

EL EDICTO DE GUILLERMO «EL QUISQUILLOSO»



Guillermo "el Quisquilloso," segundo gobernador de Nueva Amsterdam, publicó un edicto en el que prohibía fumar, y que provocó tal indignación, que un ejército de insurrectos, armados de pipas, tabaco y resolución, se apostaron frente a la casa del gobernador y empezaron a fumar denodadamente. El gobernador salió enfurecido y preguntó qué significaba aquella "fumigación ultrajante." Por única respuesta continuaron los protestantes lanzando bocanadas de humo en medio de un silencio sepulcral. Cuéntase que el gobernador hubo de retirar su edicto.

El Tesoro de la Juventud

O

Enciclopedia de Conocimientos

COLABORADORES ESPECIALES

Dr. Estanislao S. Zeballos
DOCTOR EN DERECHO, PUBLICISTA, EX MINISTRO DE ESTADO DE LA REPÚBLICA ARGENTINA, ETC., ETC.

Alberto Edwards
EX MINISTRO DE HACIENDA DE LA REPÚBLICA DE CHILE

Dr. Abel J. Perez
INSPECTOR NACIONAL DE INSTRUCCIÓN PRIMARIA, EN LA REPÚBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY

Dr. Ismael Clark y Mascaró
EX PROFESOR DE LA ESCUELA NORMAL DE LA HABANA

Dr. José Enrique Rodó
ESCRITOR CRITICO Y POLITICO URUGUAYO

Adolfo D. Holmberg
NATURALISTA DEL MINISTERIO DE AGRICULTURA DE LA REPÚBLICA ARGENTINA

Louis G. Urbina
EX DIRECTOR DE LA BIBLIOTECA NACIONAL DE MÉJICO

Dr. Paulino Fuentes Castro
ABOGADO PERUANO—DIRECTOR DEL "DIARIO JUDICIAL" DE LIMA

PRINCIPALES SECCIONES EN QUE SE DIVIDE LA OBRA

La Historia de la Tierra
América Latina
Nuestra Vida
Los « Por Qué »
Cosas que Debemos Saber
Los dos grandes Reinos de la Naturaleza
Hombres y Mujeres célebres
Los Países y sus Costumbres
Los Libros Célebres
Juegos y Pasatiempos
Narraciones Interesantes
Poesía
Hechos Heróicos
Lecciones Recreativas

TOMO XVI

W. M. JACKSON, Inc., EDITORES

LONDRES
BUENOS AIRES
MADRID
MONTEVIDEO
NUEVA YORK
RIO DE JANEIRO
MEJICO
HABANA

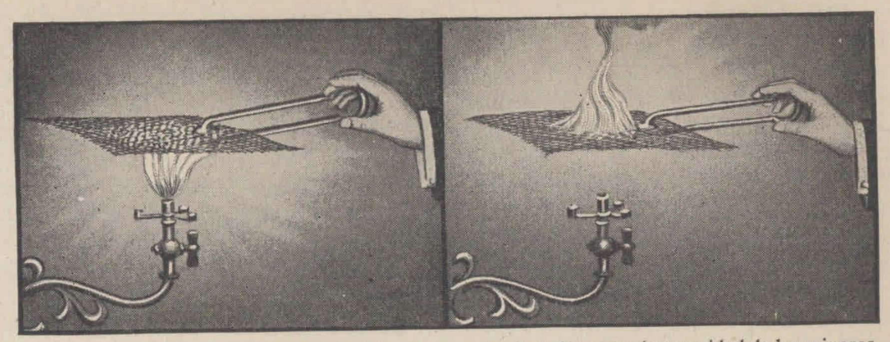


C. H. SIMONDS COMPANY, Impresores, BOSTON,
Estados Unidos de Norte América

ÍNDICE DEL CONTENIDO DE ESTE TOMO

NOTA: Como sería demasiado extenso el hacer referencia a cada uno de los muchos y variados asuntos tratados en las páginas de este volumen, sólo se ponen aquí los títulos de los capítulos y de las principales secciones que comprenden algunos de ellos. En el gran Índice General, al final de la obra, se da una vasta lista de cuanto contienen todos los volúmenes.





Este grabado pone de manifiesto el principio en que se funda la lámpara de seguridad de los mineros. Si se sostiene una tela metálica encima de un mechero de gas y se enciende el gas por debajo de la tela, el flúido que ha atravesado esa tela y se encuentra al otro lado, no se inflama. Si se enciende el gas por encima de la tela no se inflamará por debajo de la misma.

CÓMO SE PROPAGA EL CALOR

SABEMOS cómo se transmite el calor mediante lo que se llama convección y conducción; ahora vamos a ver de qué modo fueron aplicados los principios expuestos a la construcción del aparato conocido con el nombre de lámpara de seguridad, o de los mineros. Esta lámpara fué inventada, hace cosa de un siglo, por el célebre Sir Humphry Davy y está fundada en el hecho de que los metales son buenos conductores del calor.

Si tomamos un pedazo de tela metálica y la aplicamos a la llama de un mechero de gas, obtendremos resultados muy curiosos. Podemos, por ejemplo, empujar esa llama en cualquiera dirección, y, si sostenemos la tela a corta distancia del mechero, antes de encender el gas, es posible hacerlo arder al otro lado de dicha tela, sin que la atraviese ni se propague al espacio que queda entre el mechero y la tela metálica.

Ahora bien, el hecho de que no se extienda la llama proviene de que el gas únicamente arderá si está bastante caliente, y como la tela metálica es muy buena conductora, absorbe todo el calor producido por la combustión del gas, esparciéndolo por su propia materia, de manera que el gas que ha quedado al otro lado, no se calienta suficientemente para poder inflamarse. Este principio, aplicado a la lámpara de los mineros, ha salvado innumerables vidas. El aparato de Davy consiste sencillamente en una lámpara de aceite, cuya llama, en vez de arder dentro de un tubo de vidrio, está rodeada de un cilindro de tela metálica. Si el aire de la mina contiene gas de hulla, este gas atravesará la tela y arderá en el interior del cilindro al ser calentado por la llama; pero la llama del gas de hulla no podrá propagarse a la parte de afuera, porque la tela metálica conduce tan rápidamente el calor producido que el gas que hay en el exterior no puede llegar a arder. Por supuesto, que cuando el minero observa que el gas está ardiendo en el interior de la lámpara se da cuenta de que hay peligro y puede tomar las debidas precauciones.

A pesar del empleo de la lámpara de seguridad, subsisten siempre ciertos riesgos, pues es cosa sabida que el hombre, en general, se acostumbra al peligro y acaba por despreciarlo, hasta el punto de que suelen cometerse imprudencias. Se da el caso de que se hienda o se rompa la tela, sin que el minero cuide de sustituirla; o que la lámpara se le apague y se valga de un fósforo para volver a encenderla.

Además, no todas las explosiones que ocurren en las minas de carbón son debidas al gas de hulla; muchas de ellas tienen por origen la presencia del polvo de carbón. Por todos estos motivos, es

preciso emplear algo que sea más eficaz que la lámpara de seguridad. Muchas minas están actualmente alumbradas por la electricidad; y todas deberían estarlo. Esto, claro es, no implica que dejemos de rendir tributo al grande hombre, cuyo sencillo invento ha ahorrado durante muchos años tantas vidas humanas. Conviene que volvamos a tratar ahora de aquella otra clase de calor llamado *calor radiante*; y debemos hacerlo así, porque estamos estudiando los distintos modos de transmisión del calor, y, por tanto, es preciso mencionar la *radiación* además de la convección y conducción, ya que éstas son las tres formas en que se propaga el calor. Si un cuerpo está bastante caliente, no sólo comunica calor al aire que lo rodea, por medio de la conducción, sino que despide radiaciones caloríficas, como el sol o el hierro candente, y al hacerlo pierde su calor propio, puesto que en los fenómenos naturales no hay cosa alguna que salga de la nada.

Sabemos que el calor de radiación consiste en ondulaciones del éter. Las leyes que lo rigen son sencillas. En primer lugar, se propaga en línea recta, como la otra radiación parecida que llamamos luz; en segundo lugar, las radiaciones caloríficas, lo mismo que las luminosas, pueden reflejarse en una superficie, según leyes idénticas a las de la reflexión de la luz; por último, como dicha luz, sufren una refracción, es decir, son desviadas, cuando pasan del aire al agua, o sea, de un medio ambiente a otro.

LAS LEYES DEL CALOR DE RADIACIÓN, QUE SON IDÉNTICAS A LAS DE LA LUZ

Sabiendo, como sabemos, que entre las radiaciones caloríficas y las radiaciones lumínicas hay la misma diferencia que entre las notas de una octava de un piano y las de la octava siguiente, no nos habrá de parecer extraño que las leyes del calor de radiación sean las mismas que las de la luz.

La intensidad de las radiaciones caloríficas, al igual que la de la luz, del sonido, de la gravitación o de las fuerzas magnéticas, en un punto determinado, varía de un modo definido según la distancia de este punto al foco de calor, de luz, de sonido o de otra forma cualquiera de la energía. Un cuerpo caliente, luminoso o sonoro lo será cuatro veces menos, si esa distancia se dobla, nueve veces menos si se triplica, y cuarenta y nueve veces menos si se septuplica.

Estos datos son sencillamente ejemplos; y podemos observar que 4 es 2 veces 2; 16 es 4 veces 4; y 49 es 7 veces 7. Ahora bien; cuando un número se multiplica por sí mismo, el resultado se llama cuadrado de dicho número. De manera que según esa ley, al aumentar la distancia, la intensidad no decrece en proporción a dicha distancia, sino a su cuadrado. Trasladando el objeto caliente a una distancia siete veces mayor, su potencia no será la séptima, sino la cuadragésimonona parte de lo que era antes. Esto no nace de que se haya perdido cosa alguna, sino sencillamente de que la acción ejercida por el foco se reparte mucho más a medida que aumenta la distancia; y como la superficie, sobre la cual se reparte, es la misma en todos los casos, se explica perfectamente que la ley sea aplicable por igual al calor, o a la luz, al sonido a la gravitación o a otra cosa análoga.

UNA IMPORTANTE LEY QUE RIGE LA TRANSMISIÓN DEL CALOR

La ley, a que nos referimos, se formula diciendo: la intensidad varía en razón inversa del cuadrado de la distancia. La palabra «inversa» viene a significar que cuanto mayor es la distancia, menor es la intensidad. Si esta última aumentase a medida que crece aquélla, diríamos que varían directamente, o están en razón directa, en lugar de estar o variar en razón inversa.

Sabemos muy bien que la luz traspasa ciertas cosas, que llamamos transparentes, como el vidrio, siendo de suponer que, así como hay substancias más o menos transparentes en lo que se refiere a los rayos luminosos, las hay más o menos transparentes en lo relativo a las radiaciones caloríficas. No

importa el nombre especial que se dé a esta propiedad; podemos llamarla transparencia para el calor, bastando por ahora con que tengamos presente que un cuerpo puede ser transparente para la luz sin serlo para el calor, o, por el contrario, ser transparente para el calor sin serlo para la luz. El agua, por ejemplo, deja pasar la luz del sol, pero intercepta completamente el calor de la radiación, (que en realidad forma parte de dicha luz), del mismo modo que una cortina negra y espesa interceptará los rayos luminosos.

LO QUE OCURRE CUANDO EL CALOR DE RADIACIÓN NO PUEDE ATRAVESAR UNA SUBSTANCIA

Por otra parte existen ciertos flúidos que son por completo transparentes para las radiaciones caloríficas. Por supuesto, que nunca se pierde nada, y el que el agua sea opaca en lo tocante al calor de radiación no significa que este calor se pierda. Lo que sucede es que el agua se calienta. Si un flúido posee la facultad de ser transparente para el calor de radiación, no se calentará, aunque esté expuesto al ardor de los rayos solares más intensos, en proporción, por lo menos, a su grado de trasparencia. Las distintas substancias varían considerablemente en lo tocante e este particular. Así como algunas de ellas interceptan y absorben las radiaciones caloríficas, mientras otras las dejan pasar, las hay que despiden fácilmente el calor de la radiación, y otras que lo conservan. Esto depende en gran parte de la naturaleza de su superficie, pudiendo decirse que, por regla general, las superficies mate absorben ese calor con más facilidad que las superficies brillantes.

POR QUÉ NO PUEDEN LOS CUERPOS DESPEDIR CALOR MÁS QUE CUANDO LAS COSAS QUE LES RODEAN ESTÁN FRÍAS

Cuando decimos que un cuerpo irradia calor, es en el supuesto de que el estado de los objetos que lo rodean le ponen en condiciones de que se efectúe esa irradiación, lo cual depende principalmente de la temperatura de dichos objetos. Un cuerpo no puede irradiar calor más que cuando las cosas que le rodean se hallan a una temperatura inferior a la suya; si estuviesen más calientes, no les comunicaría calor, sino que ellas se lo comunicarían a él. Por regla general, la rapidez con que un cuerpo despide radiaciones caloríficas será tanto mayor, cuanto mayor sea la diferencia entre su temperatura y la del ambiente o la de los cuerpos que le rodean.

Conviene no perder de vista el hecho de que de la nada no puede sacarse cosa alguna. El calor de radiación consiste, según sabemos, en una forma de la energía o movimiento del éter, y viene a ser una especie de potencia o de fuerza. Si hay algo que lo produzca, este algo sufrirá pérdidas proporcionadas a la fuerza irradiada; todo cuerpo que despide radiaciones caloríficas tenderá, pues, a enfriarse, y si no se le ofrecen nuevas fuentes de energía, acabará por llegar un momento en que su temperatura sea la misma que la de los objetos que le rodean, quedando agotada entonces su facultad de irradiar.

Estos hechos son de suma importancia en lo que se refiere a la astronomía. Cuando estudiamos los distintos astros que componen el sistema planetario, nos damos cuenta de lo muy importantes que son las leyes de la radiación. La luna no ha podido conservar su atmósfera a causa de su reducido tamaño.

LOS CAMBIOS RÁPIDOS DE TEMPERATURA QUE EXPERIMENTA LA LUNA

La superfice sólida de la luna está desnuda y expuesta al calor solar, de modo que cuando da el sol en una parte cualquiera de ella, esta parte se pone muy caliente. Pero cuando está vuelta del lado opuesto al sol, empieza a despedir al espacio todo el calor recibido, con lo cual no ha de tardar en ponerse sumamente fría. Es decir, el hecho de que la luna esté desprovista de atmósfera, significa que su superfice sufre constantemente cambios rápidos de temperatura. No es presumible que la vida pueda desarrollarse en estas condiciones; y si es verdad que en la luna haya vestigios de vegetación,

esta vida vegetal debe de estar protegida contra las variaciones de la temperatura en el fondo de valles umbríos donde acaso queden todavía algunos restos de atmósfera.

Veamos ahora lo que ocurre en la tierra. Como los demás astros del universo, la tierra irradia calor al espacio; la cuestión es averiguar hasta qué punto puede influir la atmósfera en la intensidad de dicha irradiación. Sabemos que esa atmósfera se compone principalmente de dos gases: el oxígeno y el nitrógeno o ázoe, en la proporción de una parte del primero por cuatro del segundo.

Se ha comprobado que estos dos gases son muy transparentes para el calor de radiación; de manera que, en cuanto se refiere a ellos, la superfice de la tierra está casi tan expuesta al ardor de los rayos del sol como lo está la superficie de la luna, pudiendo por otra parte, despedir durante la noche el calor acumulado de día, poca más o menos con la misma facilidad que el satélite.

DE QUÉ MODO EL VAPOR DE AGUA CONTENIDO EN LA ATMÓSFERA NOS PROTEGE CONTRA LOS RAYOS DEL SOL

Existe en el aire un elemento de suma importancia, que todavía no hemos tomado en cuenta, y es el agua en estado gaseoso, o sea, el vapor de agua, que siempre está presente en la atmósfera en mayor o menor cantidad. Ya hemos visto que el agua líquida es muy opaca para las radiaciones del calor, y lo mismo puede decirse del agua en todas sus distintas formas. El agua gaseosa contenida en nuestra atmósfera viene a ser, por tanto, entre otras cosas, una especie de velo que nos resguarda, afortunadamente, de los rayos caloríficos del sol, y asimismo un obstáculo que se opone a la irradiación del calor por parte de la tierra, tanto del suyo propio como del que recibe contantemente del sol. Esta influencia del vapor de agua contenido en la atmósfera es un servicio de los más señalados que el agua presta a la vida.

Apliquemos estos hechos a Marte. Las variaciones y la cantidad del calor en la superficie de este planeta han de depender, en gran parte, de su atmósfera y de los gases que la componen. Después de muchos años de estudios y de dudas hemos averiguado de un modo cierto, no sólo que Marte tiene atmósfera, pues esto era ya sabido, sino que en esa atmósfera hay vapor de agua. Por consiguiente, de igual modo que en la tierra, aunque en grado menor, por no ser tanta la cantidad existente, ese vapor de agua intercepta el calor del sol y debe influir en la cantidad de calor perdida por radiación en la superficie de Marte. Todo eso está relacionado con un problema de los más interesantes que hay en el mundo: el de la existencia de la vida, y particularmente de seres racionales, en aquel planeta.

La luna, la tierra y Marte, como el propio sol, y como todos los demás cuerpos pequeños o grandes que están más calientes que lo que les rodea, pierden constantemente calor por medio de la radiación; y según ya hemos observado varías veces, la rapidez con que un cuerpo se enfría por radiación depende, en gran parte, de sus dimensiones. Tratándose únicamente de objetos redondos, cuanto mayor sea su tamaño, mayor será la cantidad de materia que contengan en proporción a su superficie, y por consiguiente tanto menor la rapidez con que se enfríen. Gracias a esta sencilla ley de radiación, nos explicamos fácilmente por qué el inmenso globo solar está muchísimo más caliente que Júpiter; Júpiter lo está más que la tierra; la tierra más que Marte, y este último, a su vez, más que la luna, a pesar de que en un principio la materia de que se componen esos cuerpos diversos se hallara toda a la misma temperatura.

EL RADIO Y OTROS ELEMENTOS QUE DESPIDEN CALOR SIN QUE ARDAN

Un descubrimiento de los más asombrosos que se han hecho últimamente, es el de que existen ciertos elementos que despiden continuamente radiaciones caloríficas, a pesar de que no arden, ni reciben calor externo, ni par-

tiendo de un estado de calentamiento intenso sufren enfriamiento alguno. El más conocido de esos elementos es el *radio*, pero el número de ellos es bastante grande y todos están relacionados de un modo bien definido, siendo el radio tan sólo uno de tantos de la serie. Estos elementos *radioactivos*, según suele decirse, poseen propiedades realmente maravillosas, algunas de las cuales hemos ya estudiado; entre las más notables se cita la de que constantemente están produciendo calor, que irradian en todas direcciones.

Por espacio de muchos años después del descubrimiento del radio, el problema planteado ante la ciencia fué el siguiente: ¿De dónde procede ese calor? Ciertos hombres insensatos, sin tomarse el trabajo de pensar y deseosos de denigrar a los que piensan y estudian la naturaleza, afirmaron que el radio anulaba la gran ley de conservación de la energía, según la cual, como ya sabemos, nada se crea ni se destruye, sino que todo se transforma. A juicio de ellos, quedaba demostrado que la antedicha ley, base hasta entonces de nuestro conocimiento del universo, era falsa, puesto que existía un elemento, el radio, que de día y de noche, producía y despedía, sin cesar un calor que, al parecer, no provenía de ninguna parte.

UNA LEY DEL UNIVERSO QUE NO PUEDE TENER EXCEPCIONES

Ahora bien, es indudable que, si esto fuese así, aun tratándose tan sólo de ese caso, a pesar de que la cantidad de calor producido fuera extremadamente pequeña y aun cuando no hubiera en todo el universo más que la millonésima parte de un gramo de radio que produjese calor sin sacarlo de algo, no sería entonces cierta la ley de conservación de la energía, y cuantas teorías se fundan en ella carecerían de base.

Suele decirse que no hay regla sin excepción; pero esto es según y cómo. En un caso como ese, la menor excepción anularía la regla. O la ley de conservación de la energía es rigurosamente cierta, o es vana palabrería. Si pudiera demostrarse que una cantidad de calor o de otra cosa cualquiera, por insignificante que fuese, ha salido de la nada por la simple acción de algún agente o sustancia natural, deberíamos rechazar cuantas nociones hemos adquirido relativas al universo, sin que tuviéramos medio de substituirlas por otras.

Pero podemos prescindir de la oposición de esa gente sin criterio, cuyo único deseo era el de desacreditar la ciencia, pero que, como todos los que combaten la verdad, no logran sino perjudicarse a sí mismos; y, al preguntarnos de dónde procede ese calor, conviene tener presente que es preciso salga de alguna parte. Respecto de este punto fueron diversas las opiniones, hasta que se adquirieron más conocimientos.

EL GRAN MISTERIO DEL RADIO, QUE LOS SABIOS PROCURARON DESCUBRIR

Un hombre muy célebre afirmó, y otros lo sostuvieron como él, en primer lugar, que el radio sacaba del aire, cuyos átomos se hallan en estado de constante agitación, una parte de la energía contenida en ellos, y afirmaba en segundo lugar, que el radio, en una forma o en otra, transformaba en radiaciones caloríficas la energía obtenida de ese modo. Pero esta teoría ha sido enteramente rechazada como todas las que consideraban al radio como una especie de transformador de energía, que absorbía radiaciones, ondas o movimiento externo para convertir en calor la energía desarrollada.

UN DESCUBRIMIENTO QUE HA TRANSFORMADO NUESTRA NOCIÓN DEL CALOR

Ahora se ha demostrado que el radio tiene en sí mismo una fuente de calor: la descomposición de sus átomos, los cuales se subdividen en otros de distinta especie, que encierran menos energía, pues una parte de la contenida en los átomos del propio radio ha sido despedida en forma de calor en el acto de descomponerse dichos átomos. Nadie había sospechado hasta hace unos pocos años, que existiera semejante manantial de calor en la materia

del radio, y el descubrimiento es de los que hacen época en la historia del saber humano.

A los que han estudiado el asunto, no puede caberles duda de que, en un porvenir, acaso no muy remoto (si bien podría ser cuestión de varios siglos), la humanidad habrá encontrado el medio de extraer, por decirlo así, la energía que encierran esos átomos y de utilizarla como fuente de calor aplicable a la calefacción, a la producción de fuerza motriz o a otras formas cualesquiera de trabajo.

Antes de pasar a estudiar la relación entre el trabajo y el calor, conviene considerar otro ejemplo de radiación, que es de suma importancia para los que viven en penínsulas o en islas, y que habemos de tener presente en lo que se refiere a esta parte del asunto. Los hechos relativos al calor de radiación, en cuanto se refieren al mar, interesan a la vida diaria de los que viven junto a él. Estudiando todo lo relativo a los climas, se observa que hay, en general, dos grandes clases de ellos, los climas que reinan en el interior de los continentes, y los que prèvalecen en las islas. Los sabios les dan respectivamente el nombre de climas continentales y de climas insulares.

POR QUÉ CAMBIAN DE UN MODO TAN GRADUAL LAS ESTACIONES EN LAS ISLAS

El clima inglés, por ejemplo, es insular, y como todos los demás climas insulares, debe sus características a la presencia del agua que rodea la tierra. Lo que distingue tales climas es la humedad, y el hecho de que la diferencia entre las varias estaciones del año es escasa y se manifiesta de un modo muy gradual si se compara con lo que ocurre en climas continentales. La palabra *templado* puede aplicarse a esa clase de climas en que los veranos no son muy calurosos ni los inviernos muy fríos, y no ocurren cambios bruscos al pasar de una estación a otra.

LO QUE DEBEN LOS INGLESES AL AGUA QUE RODEA SUS ISLAS

Las ventajas de un clima insular son debidas al efecto producido en el agua por el sol, cuando éste calienta en verano la superficie del mar. Hemos visto que uno de los hechos más importantes relativos al agua es su opacidad para los rayos caloríficos, los cuales intercepta y cuyo calor absorbe. Esto es lo que ocurre en el mar. Como veremos más adelante, el agua es capaz de absorber fácilmente una cantidad enorme de calor, no sólo mediante las radiaciones despedidas por el sol, sino sacándolo del aire por medio de la conducción.

Así, pues, el mar se va calentando durante todo el verano, debido, por una parte, a las radiaciones que absorbe directamente su superficie y, por otra, al calor que le comunica la masa de aire que gravita sobre ella. Esto significa que el aire se enfría, y al enfriarse se desliza en dirección al interior de las tierras, por debajo del aire caliente que todavía no se ha enfriado, conforme a lo que era de prever.

Así es que, merced a la influencia del mar, los isleños disfrutan de un clima templado, hasta el extremo de que sólo pueden hacerse cargo cuando pasan el verano en un país cuyo clima es de distinta clase. En resumidas cuentas, viene a ser lo siguiente: en verano hay demasiado calor, y el mar absorbe el exceso de una manera gradual, evitando a los isleños que sientan sus efectos. Y eso no es todo. Nada se pierde, y por lo tanto hay que dar cuenta de las radiaciones que el mar ha absorbido durante el verano, así como del otro género de calor que le ha sido comunicado por el aire mediante la conducción. El resultado, en primer lugar, es que el mar se calienta más y más en el transcurso del verano.

POR QUÉ ESTÁ MÁS CALIENTE EL MAR CUANDO LOS RAYOS DEL SOL HAN PERDIDO YA SU MÁXIMA POTENCIA

El mar se va calentando gradualmente desde fines de la primavera, y mientras tanto hace soportable la temperatura del verano; pero al paso que transcurre el otoño y principia la estación del invierno, el sol pierde gran

parte de su fuerza, dejándose sentir en otra forma distinta los efectos de las leyes del calor. Éste ha de propagarse de los cuerpos calientes a los fríos, sean cuales fueren los que lo están más o menos; y así como debía comunicarse del aire al mar, cuando aquél estaba más caliente, deberá ser después el mar el que se lo comunique a la atmósfera, por hallarse dicho mar a una temperatura más elevada.

De manera que, durante todo el invierno, pero particularmente a principios del mismo, el mar le va devolviendo al aire el calor que había almacenado en el transcurso del verano. El agua del mar se pone muy fría, mientras el aire se va calentando. Por consiguiente, si el verano no fué demasiado caluroso, el invierno no resulta excesivamente frío.

El mejor modo de hacernos cargo de lo que significa el estar rodeado de agua que absorba el calor de radiación es observar lo que ocurre en otras partes del mundo sometidos a condiciones climatológicas diferentes. Supongamos, por ejemplo, que las Islas Británicas quedaran donde están ahora, pero que, en lugar de agua, no hubiera alrededor de ellas más que extensos arenales. Si se efectuase esa modificación, no tardaría en transformarse por completo el aspecto del país. Dejaría de existir la Gran Bretaña, tal como la conocemos, siendo sustituída por otra que nadie reconocería. El calor del verano resultaría insoportable, a causa de la reflexión de las radiaciones caloríficas en el desierto de arena, y de que no habría nada que absorbiese y almacenase el calor de radiación procedente del sol.



EL RUISEÑOR Y EL MOCHUELO

Una noche de mayo,
Dentro de un bosque espeso,
Donde según reinaba
La triste obscuridad con el silencio,
Parece que tenía
Su habitación Morfeo
Cuando todo viviente
Disfrutaba de dulce y blando sueño,
Pendiente de una rama,
Un ruiseñor parlero
Empezó con sus ayes
A publicar sus dolorosos celos.
Después de mil querellas,
Que llegaron al cielo,
A cantar empezaba
La antigua historia del infiel Teseo,
Cuando, sin saber cómo,
Un cazador mochuelo
Al músico arrebata
Entre las corvas uñas prisionero.
Jamás Pan con la flauta
Igualó sus gorgeos,
Ni resonó tan grata
La dulce lira del divino Orfeo:
No obstante, cuando daba
Sus últimos lamentos,
Los vecinos del bosque
Aplaudían su muerte: ya lo creo.
Si con sus serenatas
El mismo Farinelo
Viniese a despertarme
Mientras que yo dormía en blando lecho,
En lugar de los bravos,
Diría: « Caballero,
¡Que no viniese ahora
Para tal ruiseñor algún mochuelo! »

Clori tiene mil gracias,
¿Y qué logra con eso?
Hacerse fastidiosa
Por no querer usarlas a su tiempo.

SAMANIEGO.



CRÁTER DEL COTOPAXI, EN LOS ANDES DEL ECUADOR



Plaza de la Independencia, en Quito.

EL ECUADOR, COLOMBIA, VENEZUELA Y LAS GUAYANAS

LA República del Ecuador es uno de los Estados independientes de la América del Sur.

Se encuentra situada entre el Perú y Colombia, con los cuales confina por el Sur y Norte, respectivamente; por el Este el confín es incierto, y por el Oeste tiene el Océano Pacífico.

Sus límites no están bien determinados, porque disputa con los países vecinos vastas extensiones de terreno en la región amazónica, y por esa circunstancia tampoco puede precisarse la superficie de su territorio, la cual, según las reclamaciones ecuatorianas, debe ser de unos 750.000 kilómetros cuadrados, mientras que, sin tomar en cuenta dichas reclamaciones, su área no excede de 300.000 a 500.000 kilómetros.

A gran distancia (500 millas) de la parte continental, en alta mar, se encuentra el archipiélago de los Galápagos, que pertenece a esta República.

Atravesado el país por la línea ecuatorial (de donde le viene su nombre), sería una comarca tórrida a no ser por la elevada altura de sus mesetas y valles habitados. Encuéntranse en el Ecuador tierras cálidas en las costas, tierras templadas en las altas mesetas andinas y tierras frías en la cordillera, coronada en ciertos puntos de nieves perpetuas.

La gran cordillera de los Andes se alza en la parte occidental de la República, a unos 160 ó 200 kilómetros de la costa; forma dos cadenas paralelas, que distan una de otra de 60 a 65 kilómetros por término medio, constituyendo el terreno que entre ambas queda una meseta de perfil cóncavo cortado por dos montañas transversales, las de Arnay y de Chisinche, que forman así tres cuencas. La altura media de esta meseta es de unos 3.000 metros; Quito, la capital de la República, situada en el borde occidental de ella, está a 2.850 metros. La media de la cordillera oriental es de 4.100 metros, y la de la occidental, 4.040. La oriental se llama también cordillera Real, porque a lo largo de su falda Oeste se ven los restos del camino real que en los tiempos de los incas enlazaba a Quito con la capital del Perú.

El Sr. Mera, escritor ecuatoriano, describe el aspecto general de los Andes en su país, de la manera siguiente: « Esta cordillera, así en sus cadenas madres como en sus ramificaciones, presenta por donde se la contemple un aspecto bello, majestuoso y sublime: ora muestra el perfil de una sierra de dientes desiguales que se dibujan en el azul de la atmósfera; ora se deprime suavemente; ora levanta a sorprendente altura picachos


Carreta tirada por bueyes, en el Ecuador.

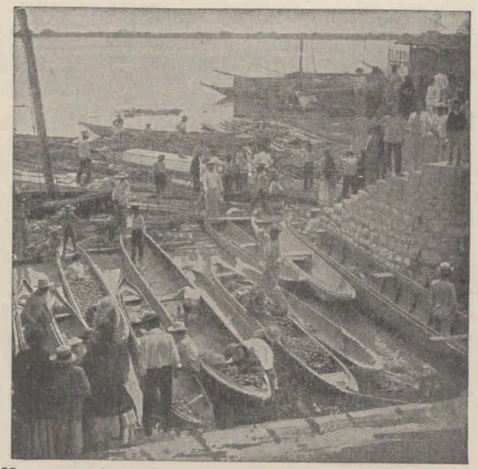
agudos cubiertos de nieve; aquí espanta con un profundo abismo que siglos antes ha sido, a no dudar, entraña en que hervía el fuego volcánico; allá sostiene sobre su cima un monte cuyo blanco vértice parece tocar la región de las estrellas; más allá se la admira vestida de verdes y floridas selvas, o cruzada de cristalinos arroyos, o estremecida por caudalosos ríos que se despeñan en magníficas y atronadoras cataratas. Sobre sus cumbres se ve con frecuencia descargar terribles tempestades, en tanto que los valles tendidos a sus pies gozan de los rayos de un sol espléndido y vivificante, o que dos, tres o más arcos iris levantados de la una a la otra cadena, abrazan en su inmenso radio ciudades y campiñas hermosas y risueñas. El viajero que recorre esta maravilla de la Creación va de sorpresa en sorpresa y agitado de variadas emociones, aunque a veces no le falten incomodidades y peligros; los vientos que braman furiosos, la nieve que cae repentinamente y todo lo abruma con su peso y frío letal, las tempestades, los rayos, los torrentes, los precipicios, amenazan su vida con frecuencia. Con todo, el amor a las Ciencias o el simple deseo de nuevas y fuertes impresiones que sacudan el ánimo, hacen que no falten audaces visitadores de esas regiones.»

En la cordillera existe un número considerable de volcanes, siendo los principales el Chimborazo (de 6.310 metros de altura), el Cotocachi (4.966), el Pichincha (4.787), el Chiles (4.818), el Corazón (4.816), el Quirotoa (4.292), el Carhuairazo (4. 595), Sara-Urcu (5.215), Antisana (5.756), Sinchalagua (4.988), Cotopaxi (5.994), Llanganate (4.576), Tunguragua (5.087), Sangay (5.323), Imbabura, Margajitas, Mulato, Sietebocas, Jorobado, Topo, Zuncho, Arnay, etc. De los mencionados, unos están en actividad y otros no.

Los volcanes activos son: el Cotopaxi, el Pichincha, el Sara-Urcu, el Cotocachi, el Tunguragua y Sangay.

El Chiles, el Imbabura, el Tunguragua, el Quirotoa y algún otro han hecho erupción en los últimos siglos, después del descubrimiento y conquista del país por los españoles. Estos volcanes rara vez han vomitado lava líquida; lanzan principalmente agua, fango, cenizas y fragmentos de rocas. El Imbabura, el Cotopaxi, el Carhuairazo y otros muchos, lanzan sustancias fangosas en las que se encuentran plantas acuáticas, peces, etc.

El Sangay es, quizás, el volcán más destructor y de más actividad del mundo. Desde 1728 sus erupciones no han cesado, y de sus laderas descienden continuamente corrientes de fuego, agua y fango. Las cenizas, que recubren las llanuras próximas con una capa de más de 120 metros de espesor, llegan en ocasiones hasta Guayaquil, a 160 kilómetros de distancia, y muchas veces en el espacio de una hora se oyen centena-

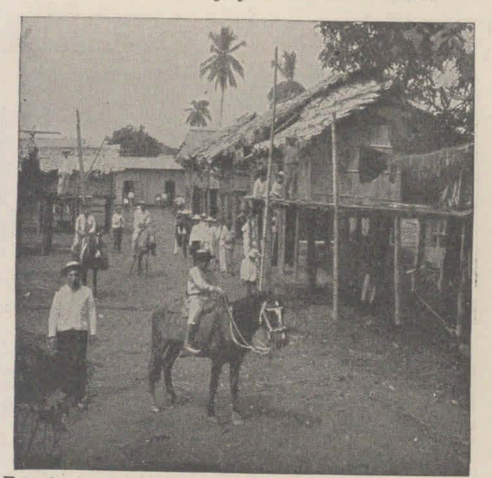

Un mercado curioso, en el puerto ecuatoriano de Guayaquil. Los vendedores colocan sus mercancías en canoas, a las que acuden los compradores en busca de lo que necesitan.

res de explosiones. Este volcán no puede visitarse; los viajeros lo ven únicamente de lejos.

Los ríos más importantes del Ecuador son: el Mira, el Santiago, el Esmeraldas, el Chones, el Charapotó, el Guayas, el Jubones y el Túmbez, que desaguan en el Pacífico; el Santiago, el Morona, el Pastasa, el Chambira, el Tigre, el Nanay, el Napo (que es uno de los grandes afluentes del Amazonas) y el Putumayo, que llevan sus aguas a la inmensa cuenca amazónica.

Según ya hemos dicho, el país presenta tres grandes regiones de diferente naturaleza: la zona marítima, la meseta o región de las tierras altas, y la vertiente del Amazonas.

La región del litoral en su parte Norte está formada por terrenos cubiertos de bosques, la cruzan muchos ríos y tiene estribaciones montañosas de mediana altura. Al Sur hay regiones intermedias, acuosas y secas como el desierto de Santa Elena y las partes situadas hacia la frontera peruana. En esta parte del territorio (la de la costa) hay dos estaciones: la de las lluvias (invierno) y la seca (verano). Esta última dura de junio a noviembre, y la otra, de noviembre a junio. Hacia Navidad caen grandes aguaceros, aunque es marzo el mes más lluvioso del año, y julio el más frío.



En algunas regiones del Ecuador, especialmente en fincas dedicadas al cultivo del cacao, los trabajadores suelen vivir en chozas construídas sobre largos postes, como las que muestra este grabado.



Campesina del Ecuador, moliendo cereales para el consumo doméstico.

El puerto principal de la República es Guayaquil, ciudad populosa (57.000 habitantes), rica y activa, que sigue en importancia comercial a Valparaíso y el Callao.

La región central del Ecuador, o región de las altas mesetas, la ocupan, en su parte septentrional, valles arenosos, fértiles y cultivables, cuya altura no excede de 3.000 metros, y donde la temperatura a la sombra es de 14 a 20° centígrados; mientras que las mesetas situadas hacia el Sur tienen hasta 4.200 metros de altitud y son terreno desolado y frío, por el que sólo se camina en caso de absoluta necesidad.

En la parte alta llamada en el país *tierra fresca* (que no debe confundirse con la llamada *tierra fría*, que es la de las grandes montañas nevadas) es en donde se ha reconcentrado la población y se han edificado las ciudades principales, la capital la primera. Las altas mesetas fueron habitadas ya en época remota por un pueblo que tenía rudimentos de civilización, como lo prueban los restos de monumentos indígenas que allí se encuentran; esta primitiva población es el tronco de que deriva la indígena actual.

La región situada al Este de los Andes es más extensa que todo el resto del territorio. Cubierta de frondosos y dilatados bosques, y fertilizada por copiosos aguaceros, vierte una cantidad enorme de agua al Amazonas, por el que pueden navegar los mayores buques desde el



Niños ecuatorianos, en una escuela pública.—La instrucción primaria es obligatoria en todo el país.

paso estrecho o *pongo* de Manseriche, situado no lejos de la confluencia con el río Santiago, hasta el Atlántico.

En cuanto al clima del Ecuador, en general, puede repetirse lo ya dicho al tratar de la región costeña, a saber: que sólo tiene dos estaciones, el verano o estación seca (que para toda la República puede fijarse de mayo a octubre) y el invierno o estación lluviosa (que es la que reina de octubre a mayo). Los límites entre ambas no son tan rigurosos que no haya interrupciones e intermitencias, y debe observarse que, por lo menos en la costa, hace menos calor en verano que en invierno, efecto de las brisas que soplan del Sur, es decir, de los mares australes, que refrescan mucho el ambiente.

Las principales industrias del país son las agrícolas: cría de ganado, cultivo del café, del azúcar, etc.; exporta principalmente caucho, cacao muy afamado, marfil vegetal, pieles, sombreros de jipijapa, y oro.

La población es, aproximadamente, de 1.500.000 habitantes, de los cuales de 100.000 a 200.000 son indios salvajes. Los mestizos forman casi la mitad de la población, y hay muchos indios civilizados, así como varios millares de negros.

La República está dividida en diez y siete provincias.

El gobierno es republicano unitario.

Las ciudades de mayor importancia son: Quito, la capital, que tiene 60.000 habitantes, y Guayaquil. Deben también mencionarse Cuenca (40.000 habitantes), Ríobamba (20.000), Loja (18.000), Ambato (16.000), Latacunga (16.000), Ibarra (13.000), y Otavalo (12.000).

Los territorios que hoy forman la República del Ecuador pertenecían antes de la conquista española al pueblo quichua, cuyos jefes usaban el título de *quitus* y tenían por capital a Quito. A mediados del siglo XV, el Inca Tupac-Yupanqui se apoderó de las provincias del Sur, y Huaina-Capac, su hijo, conquistó todo el resto del reino.

Cuando los españoles llegaron a la meseta de Quito, hacía ya medio siglo que todo el reino de este nombre estaba sometido al soberano del Perú.

Bajo la dominación de los quitus y los incas, los antiguos pueblos del Ecuador habían alcanzado cierto grado de cultura, como lo demuestran restos de construcciones, tales como los *tolas* o montículos funerarios de Cuenca, la fortaleza oval, y el templo del Sol, cerca de Cañar, vestigios de calzadas o caminos, etc.

El capitán español D. Sebastián de Benalcázar hizo la conquista del reino de Quito, comisionado por Pizarro, y le fueron disputadas las tierras por D. Diego de Almagro y D. Pedro de Alvarado, cuando ya Benalcázar había tomado en 1534 solemne posesión de la villa de Quito en nombre de Carlos I.



Arriero con su recua, en el camino de Ambato a Ríobamba, en el Ecuador.

Los tres conquistadores se avinieron por fin: Almagro quedó como gobernador de la nueva provincia y Benalcázar continuó sus conquistas hacia el Norte.

En 1538 se convirtió la comarca en un gobierno, que tomó pronto el nombre de Audiencia de Quito, la cual dependía del virrey del Perú.

La actual ciudad de Guayaquil fué fundada en 1535, y Cuenca y Loja lo fueron en 1546.

A principios del siglo XVIII la Audiencia fué segregada del virreinato del Perú e incorporada al de Nueva Granada.

Hubo ataques piráticos a las costas, levantamientos de indios, etc., y ya entrado el siglo XIX, el día 10 de agosto de 1809, se proclamó en Quito la independencia. Los patriotas fueron vencidos; pero en 1820 estallaron nuevos movimientos revolucionarios en Guayaquil, Ambato y Latacunga. Tras varias alternativas, y gracias a la victoria de Pichincha, alcanzada por el general venezolano Sucre en 1822, el Ecuador sacudió definitivamente el yugo español.

Los pueblos de la antigua Audiencia de Quito, una vez libres, aceptaron la Constitución de Colombia y se incorporaron a esta República. Sin embargo, esta unión duró poco, y después de la sublevación de Guayaquil y de la guerra sostenida en 1828 y 1829 por los peruanos contra los colombianos, separada ya Venezuela de la federación que constituía la Gran Colombia, los departamentos de Quito, Guayaquil y Azuay siguieron el ejemplo de los venezolanos, y formaron un nuevo Estado con el nombre de *Ecuador*, en 1830.

La Convención de Ríobamba eligió presidente de la República al general Juan José Flores y promulgó la primera Constitución.

A partir de entonces, la vida política ecuatoriana ha sido bastante agitada, y las frecuentes revoluciones, así como la acerba rivalidad entre los partidos, han impedido en parte que el país progrese todo lo que le hubiera sido posible.

COLOMBIA

La República de Colombia comprende la parte Noroeste de la América del Sur. Está situada dentro de la zona tropical, y confina al Norte con el Mar de las Antillas, al Este con Venezuela y el Brasil, al Sur con la República del Ecuador y al Oeste con el Océano Pacífico y la República de Panamá.

Tiene de superficie 1.135.550 kilómetros cuadrados y la pueblan unos 5.000.000 de habitantes, de los cuales más de 400.000 son indios, habiendo también muchos mestizos y algunos negros.

Todo el territorio puede dividirse en dos grandes regiones naturales: la montañosa al Oeste y los llanos o llanuras al Este.

Las montañas pertenecen al sistema andino, y forman tres ramales paralelos, denominados Cordillera oriental, Cordillera central y Cordillera occidental de los Andes. Entre ellas corren los ríos Cauca y Magdalena.

Las cumbres más elevadas y el mayor número de volcanes se encuentran en la Cordillera central, figurando en ella el famoso pico nevado de Tolima, que mide 5.616 metros de altura sobre el nivel del mar.

La región llana, casi desierta, está comprendida entre la Cordillera oriental y los ríos Arauca, Orinoco, Casiquiare, Amazonas y Napo. El río Guaviare la divide en dos partes, una septentrional y otra meridional. Por ambas comarcas circulan grandes ríos que bajan de los Andes orientales y llevan sus aguas al Amazonas o al Orinoco. Las llanuras más extensas corresponden al inmenso territorio del Caquetá.

Colombia es muy rica en minas, pues su suelo encierra en mayor o menor cantidad todos los minerales del Antiguo Continente y otros que no se hallan en éste.

Las minas de oro y plata son numerosas, y los ríos Cauca, Nechí, Porce y San Juan arrastran ricas arenas auríferas.

Abundan también el hierro, el cobre,

el plomo, la hulla, el azufre, la sal y las esmeraldas, estimadas como las mejores del mundo.

En varios distritos montañosos hay rubíes, granates, amatistas, cornerinas, diamantes pequeños, etc.

Los ríos colombianos principales son: el Mira, el Patía, el Dagua y el San Juan, que pertenecen a la cuenca del Pacífico; el Atrato y el Magdalena, con su afluente el Cauca, que desaguan en el Mar de las Antillas; el Meta y el Guaviare, que llevan sus aguas al Orinoco; el Caquetá o Yapurá, el Iza o Putumayo y el Napo, que afluyen al Amazonas.

El Magdalena es uno de los grandes ríos del globo; su curso mide 1.800 kilómetros, de los que son navegables unos 1.000, y recibe más de quinientos tributarios. Tiene varios puertos fluviales de importancia, que facilitan mucho las comunicaciones.

El río Funza, a veinte kilómetros de la capital de la República, se precipita desde una altura de ciento treinta y nueve metros, formando la cascada de Tequendama, que es una verdadera maravilla de la Naturaleza y ofrece un aspecto tan bello como imponente.

Otra hermosa catarata es la de Guadalupe, en el río del mismo nombre, que presenta tres grandes saltos sucesivos, los cuales en conjunto hacen una caída de 250 metros de altura.

El clima de Colombia es muy variado; pues aunque el país se halla situado entre los trópicos y corresponde, por consiguiente, a la zona tórrida, le dan condiciones especiales la distinta elevación de sus comarcas y la buena distribución de las aguas. Así es que el país, por su clima, puede dividirse en tres regiones: la cálida, la templada y la fría. La primera comprende las costas, las llanuras y los valles de los grandes ríos, o sea todo el territorio cuya altitud no pasa de 1.000 metros y donde la temperatura media es de 22 a 27° centígrados. A la región templada corresponden los valles altos y las pendientes de las cordilleras, entre 1.000 y 3.000 metros de altura, con temperatura media de 15 a 20°. Y la región fría abraza la parte más elevada de las cordilleras, de 3.000 metros en adelante; allí la temperatura es inferior a 15°.

En la parte occidental de la República, que es la más montañosa, predominan los climas frío y templado, y es la zona en que se halla agrupada casi toda la población.

No hay estaciones propiamente dichas, sino períodos alternados de lluvia y sequedad; al período de lluvias se llama invierno y al de sequedad verano. Ambas estaciones alternan de tres en tres meses en varias partes del Sur y en las cordilleras, mientras que en las regiones del Norte y en las llanuras hay seis meses continuos de verano y seis de invierno. Sin embargo, no es fija y constante la sucesión de las estaciones, puesto que a veces cambia el tiempo de su aparición, lloviendo mucho en los meses que debían ser de verano. Tampoco puede aplicarse esa división a todos los territorios de Colombia, pues en el Darién y en las costas del Pacífico llueve casi todo el año.

En general, el suelo colombiano es muy fértil y rico, y exuberante su vegetación. Allí se encuentran las producciones de todos los climas, desde los árboles gigantescos de los bosques situados al nivel del mar, hasta los líquenes que cubren las rocas de las altas montañas.

En la llamada *tierra caliente* se cultiva el cacao, el tabaco, el algodón, el añil, la caña de azúcar, el caucho, los bananos, el maíz, el marfil vegetal, la vainilla, etc. Hay excelentes maderas de construcción y ebanistería, gran número de plantas medicinales y muchos árboles que producen exquisitas frutas. Las palmeras forman hermosos bosques, y el cocotero prospera con profusión.

En la *tierra templada* se dan las quinas, el café (que rivaliza con el mejor del mundo), los higos, etc.

La *tierra fría* produce patatas, trigo, trébol, cebada, avena, alfalfa, legumbres de toda clase, palmeras de cera, y plantas de adorno tales como el rosal, el lirio, el clavel, la violeta, el girasol, el geranio y otras muchas.

Las especies animales que pueblan a Colombia son numerosísimas.

En las aguas que bañan el litoral hay varias clases de peces enemigos del hombre; el más temible es el tiburón. En los mares y ríos abunda la pesca, no escaseando tampoco las tortugas, que dan excelentes conchas, y en las costas de ambos océanos se halla el precioso molusco que da el nácar y las perlas.

En las grandes selvas imperan el jaguar y el tigre negro, y millares de monos alborotan en las copas de los árboles; las ardillas y papagayos aumentan el ruido y vocinglería que producen los monos. Durante la noche se oye la voz quejumbrosa del perezoso. El ciervo blanco, perseguido por el jaguar, cruza veloz el bosque, y el hormiguero y el armadillo se ocultan en los parajes más sombríos.



Bueyes usados como acémilas, en Colombia.

En los ríos caudalosos vive el caimán, y en las regiones incultas se arrastran multitud de ofidios, tales como el boa, la serpiente de cascabel, el traga-venado, la serpiente coral, el bejuco, el guascauna, el verrugoso y la podridera.

Miriadas de mosquitos llenan la atmósfera en las tierras bajas, y se encuentran también en ellas otros muchos insectos dañinos: grillos, ciempiés, hormigas, etc., etc. El comején hace destrozos en las casas y tiendas; la chinche se reproduce de tal modo, que su extinción resulta casi imposible, y el yaya es por demás molesto. La langosta aparece de vez en cuando. Hay asimismo varias especies de miriápodos venenosos, escorpiones temibles y arañas diversas, mereciendo mención especial entre éstas la araña brava.

Al lado de esos animales repugnantes viven otros de maravillosa hermosura; entre los lepidópteros llaman la atención el papilio zafiro y la mariposa de muro, con vivos y brillantes colores, y entre las aves son frecuentes las que poseen bello plumaje y harmonioso canto.

En las comarcas situadas de 1.000 a 2.000 metros de altura, desaparecen varias de esas especies de animales y se ven otras nuevas. Encuéntranse ya el gato montés y la danta, así como la nigua.

El oso y el gran ciervo de los Andes viven en la región superior de las quinas.

Y en los lugares de mayor elevación aún, ya en las cumbres de las montañas, el cóndor impera en toda su majestad.

Hay en la República bastante ganado de todas clases: vacuno, lanar, cabrío, de cerda, caballar, mular y asnal.

En las inmensas llanuras colombianas, equivalentes a las pampas argentinas, hay un tipo de habitante verdaderamente notable, semejante en muchos detalles al gaucho: es el *llanero*, el hijo del desierto, que ama sobre todas las cosas la libertad, la música y la poesía, y es bravo hasta el heroísmo.

Las vías de comunicación terrestres en Colombia son escasas y poco cómodas. Los grandes ríos, y en especial el Magdalena, son los que más ayudan al desarrollo del comercio.

La capital de la República es Bogotá, con 150.000 habitantes. Otras ciudades importantes son: Barranquilla, Cartagena, Medellín y Cali.

La parte de América que hoy forma la República de Colombia fué visitada por vez primera por Alonso de Ojeda y Américo Vespucio en 1499, aunque hay historiadores que afirman que Cristóbal Colón, en su viaje de 1498, llegó hasta el Cabo de la Vela.

Durante la dominación española formó parte del virreinato de Nueva Granada, que comprendía también a las actuales repúblicas de Venezuela y Ecuador.

A principios del siglo XIX, la desgraciada expedición de Miranda en las costas de Venezuela (1806), la invasión francesa en España, la abdicación de Carlos IV y los demás acontecimientos de la metrópoli, y la conspiración tramada y descubierta en Quito en 1809, contribuyeron a exaltar los ánimos de los criollos, ya muy agitados y dispuestos a la rebelión. El 22 de mayo de 1810 estalló la revolución en Cartagena. Por ese entonces se esperaba en Bogotá la llegada de D. Antonio Villavicencio, Comisario Real nombrado por la Regencia de Cádiz; preparábase un banquete, y con motivo del ramillete que debía figurar en el centro de la mesa, se trabó disputa entre un bogotano o criollo y un español o *chapetón*; tomaron partido por uno u otro los presentes, y el incidente adquirió proporciones inesperadas. A la voz de « ¡mueran los chapetones! » se reunió la población entera, la cual, al llegar la noche (20 de julio de 1810), pidió cabildo abierto, y con la sanción y bajo la presidencia del virrey, D. Antonio Aznar y Borbón, instalóse una Junta Suprema del Reino. Pronto la revolución se extremó, cundió la desconfianza en el virrey, éste, su esposa y otros españoles fueron reducidos a prisión, maltratados, y, por último, se les embarcó en Cartagena con destino a España.

La Junta Suprema, compuesta de treinta y siete individuos, negó obediencia a los Regentes de Cádiz, pero continuó reconociendo como rey a Fernando VII. Entonces eran muy pocos los que pretendían la independencia; aspiraban los rebeldes a que la metrópoli considerase a las colonias como parte integrante de la Monarquía española, y deseaban reformas políticas y administrativas en armonía con las nuevas ideas que había divulgado la Revolución francesa.

La Junta dirigió un Manifiesto a todas las provincias del virreinato invitándolas a enviar representantes a Bogotá. Algunas, como Cartagena, Socorro y Pamplona, se habían adelantado a la capital en el movimiento revolucionario; otras, como Santa Marta, Pasto y las del Istmo, aún acataban a las autoridades españolas.

Sólo siete provincias aceptaron la invitación; el primer Congreso neogranadino se instaló en Santa Fe de Bogotá el 25 de diciembre de 1810, y decretó la Constitución de la República de Cundinamarca, con un presidente elegido por el Congreso, pero que debía gobernar en nombre del rey de España.

El primer presidente fué Jorge Tadeo Lozano, que resignó su cargo en 1811, a causa de las dificultades que encontraba para organizar el nuevo gobierno. Le sustituyó el general Antonio Nariño; ardió empeñada guerra civil entre los partidos centralista y federalista, hasta que en 1813 Nariño abdicó, el Congreso eligió a Camilo Torres y proclamó la absoluta independencia de la colonia.

Continuaron las luchas intestinas, las cuales facilitaron al general español Morillo triunfar sobre los patriotas y restablecer la dominación española. En 1817 había en Bogotá nuevo virrey: D. Juan Samano, quien continuó la política poco hábil del triunfador Morillo. Pero los patriotas que no quisieron someterse pasaron a Venezuela para ayudar a Simón Bolívar, quien acudió en auxilio de los neogranadinos, los cuales sólo esperaban ocasión de tomar las armas y levantarse en masa contra sus dominadores.

Bolívar atravesó llanuras y páramos con unos cinco mil hombres, y el 7 de agosto de 1819 ganó la memorable batalla de Boyacá. Tres días después el ejercito republicano entraba en la capital.

A fines de 1819 se reunió el Congreso de Angostura, que el 17 de diciembre decretó la unión de Nueva Granada y Venezuela con el nombre de República de Colombia, y convocó el primer Congreso general de Colombia en la ciudad de Rosario de Cúcuta. El presidente de la nueva República era Bolívar.

El Congreso de Cúcuta, instalado en 6 de mayo de 1821, confirmó la unión de los dos países.

La sangrienta batalla de Carabobo, ganada por Bolívar, aseguró la independencia de Venezuela; y este mismo

general, de acuerdo con José de San Martín, libertador de la Argentina y Chile, procedió a librar del yugo español a los territorios situados al Sur de Nueva Granada, y los pertenecientes al Perú.

La provincia de Guayaquil se anexionó a Colombia, y las victorias de Bombona y de Pichincha, obtenidas poco antes por Bolívar y Sucre, completaron la independencia del Ecuador.

Luego Bolívar marchó al Perú y comenzó la campaña que había de terminar con la batalla de Ayacucho.

Durante algún tiempo permanecieron unidas Colombia, Venezuela y el Ecuador; pero pronto surgieron rivalidades. Páez separó a Venezuela de la confederación y los peruanos se apoderaron de Guayaquil, siendo vencidos en Tarqui por Sucre. En 1830 abandonó Bolívar el mando y Flores se alejó a su vez, con el Ecuador, quedando disuelta la Gran Colombia.

Después de esa disolución, continuaron los colombianos su vida independiente.

En 1861 invadió el territorio de la República un ejército ecuatoriano, que fué completamente derrotado.

Con motivo de la construcción del canal de Panamá, surgieron en 1903 dificultades entre Colombia y los Estados Unidos, dando por resultado que el departamento colombiano de Panamá se proclamara independiente, constituyéndose en república.

VENEZUELA

Venezuela ocupa el centro de la parte Norte de la América meridional, entre Colombia y las Guayanas, en las costas del Mar de las Antillas y cuenca y delta del Orinoco.

Confina al Norte con el Mar de las Antillas, al Este con la Guayana inglesa, al Sur con el Brasil y al Oeste con Colombia.

Tiene 1.020,000 kilómetros cuadrados de superficie y 2.725.000 habitantes.

Este vasto pais presenta regiones montuosas con numerosos y feraces valles, en la zona comprendida entre los confines occidentales de la República y la península de Paria; grandes llanos y mesetas en el centro; series irregulares de cordilleras y cerros aislados al Sur y Sudeste, y dilatadas extensiones bajas y pantanosas en la parte Este del litoral.

La primera de las citadas regiones es la Andina. La rama de los Andes que de Colombia se dirige a Venezuela, al llegar a los límites entre ambas repúblicas se bifurca en dos ramales, uno que sube recto al Norte, y otro que toma la dirección Nordeste hasta las costas de Golfo Triste, para seguir luego en dirección Este hasta el promontorio de Paria. Dentro de la bifurcación queda la vertiente del Golfo y lago de Maracaibo. El ramal que entra en dirección Nordeste se llama cordillera de Mérida, en la que hay picos con nieves perpetuas, y cuyos flancos son las tierras más frescas de Venezuela. El pico del Almorzadero tiene 3.910 metros de altura; Sierra Nevada, 4.690, y Pico Salado, 4.230. La ramificación que recorre la costa hacia el Este, desde el Golfo Triste hasta el promontorio de Paria, tiene también elevaciones considerables; en la sierra llamada Silla de Caracas están el cerro de Ávila, de 2.723 metros de altura; la Aguja de Naiguatá, de 2.880, y el monte Caculo, de 2.265.

En toda la cuenca del río Apure y del Orinoco, desde que recibe el Guaviare, apenas hay elevaciones que pasen de 1.000 metros. Más al Sur sí que hay muchas sierras, y algunas bastante elevadas.

La gran zona de los Llanos está comprendida entre la cordillera y el curso del Orinoco, y la forman inmensas llanuras, con mesas, terrazas y mesetas, que abarcan en conjunto unos 500.000 kilómetros cuadrados, donde viven y se multiplican los ganados casi sin trabajo alguno del hombre. Parece un gran golfo que se introduce en lo interior de las tierras; es un mar de hierba que por todas partes forma horizonte; es la verdadera región de los ganados, un in-

menso criadero que proporciona a la zona agrícola los animales útiles para el trabajo y las carnes para el sustento de sus habitantes.

Los moradores de estas comarcas, habituados desde su juventud a domar el potro, a luchar con el toro, a pasar a nado los ríos caudalosos y a vencer en singular combate al caimán y al tigre, se acostumbran a despreciar los peligros.

Antes del año 1548 no había en esas sabanas sino venados y chigüires. Cristóbal Rodríguez, vecino de la ciudad del Tocuyo, que había permanecido mucho tiempo en la Nueva Granada, fué el primero que introdujo en los Llanos el ganado vacuno.

Las llanuras no presentan todas caracteres idénticos; antes al contrario, difieren bastante unas de otras, según la parte del país en que se encuentran situadas. Hay partes en que, en las épocas de las lluvias, las sabanas recogen gran cantidad de agua, que llevan a los ríos; pero como éstos se encuentran con el Apure, represado por el Orinoco a causa de lo crecido de su caudal, no pudiendo descargar con toda libertad, se hinchan y refluyen hacia los caños. Éstos salen entonces de madre y se desparraman por las sabanas, cubriéndolas de agua, que sube algunos pies en sus partes centrales y que sólo deja descubiertas las laterales o más próximas a los ríos, y algunos bancos que apenas la vista puede reconocer. No duran todo el invierno estos derrames, sino el tiempo en que fuertes aguaceros han caído con igualdad por todo el territorio.

En el invierno es cuando el Orinoco crece considerablemente y sirve como de represa al Apure, el cual no puede desaguar con facilidad por no tener una velocidad y volumen capaces de abrirse paso por entre el raudal que se le opone. Hínchase, pues, y no pudiendo sus bordes contenerlo, sale de madre y redunda por todas partes. La represa que hace el Orinoco al Apure la ejerce éste sobre muchos de sus tributarios. Entonces es cuando el Bajo Apure presenta inundaciones semejantes a las del Bajo Egipto; sus sabanas ofrecen el aspecto de grandes lagos con islas en medio. Espacios hay de cincuenta leguas de largo sobre seis o siete de ancho, que están cubiertos de diez o doce pies de agua; otros son menos profundos, pero siempre lo bastante para ser cruzados en todas direcciones por las piraguas, canoas y bongos, que en aquella estación sustituyen a los caballos. El ganado que no ha tenido tiempo de recogerse a los invernaderos corre mucho riesgo de ahogarse en aquellas pequeñas islas, o ser pasto de los tigres, que van también allí a buscar asilo. Puédese, sin embargo, cuando se tiene práctica del terreno, comunicar a pie o a caballo de un hato a otro, aunque siempre con mil riesgos, por los caimanes, los tembladores o torpedos y las rayas; y aunque en estas travesías hay constantemente que nadar grandes trechos que ocupan los esteros, los caños y los ríos, en otras partes es absolutamente necesario embarcarse.

Cuando la creciente ha alcanzado todo su incremento, dejan las embarcaciones el álveo de los ríos, que a la desventaja de prolongar el camino unen el obstáculo de las corrientes y el peligro de los árboles que arrastran, y se entran por medio de las sabanas, cuya agua estancada es enteramente clara.

No sucede lo mismo con las tierras del Alto Apure; pues aunque tienen grandes llanuras inundadas e inmensos esteros, sin embargo los bancos y médanos proporcionan caminos para transitar y muchos lugares para refugio de los animales, entre los cuales hay un gran número de culebras venenosas que, como los tigres, producen grandes daños al ganado.

Tan luego como el Orinoco empieza a bajar, que es a fines de agosto, el Apure se desagua también y cesan las inundaciones, quedando sólo llenos los esteros, lagunas y caños, que van disminuyendo sus aguas a medida que la fuerza del calor las hace evaporar.

Los ríos venezolanos, con excepción de algunos pequeños en la costa, pertenecen casi todos a la cuenca del Orinoco. Al extremo Sudoeste corresponde el Guainia, de la cuenca del Amazonas,

que por intermedio del Casiquiare se enlaza allí con la cuenca del Orinoco.

A 436 llega el número de afluentes que concurren al Orinoco, siendo los principales el Ocamo, el Matacuni, el Padamo, el Cunacunuma, el Ventuari, el Sipapo, el Suapure, el Cuchivero, el caudaloso Caura, el Aro, el Caroni, el largo Guaviare (que nace en Colombia), el Vichada, el Tomo, el Meseta, el copioso Meta, el Sinaruco, el Capanaparo, el Arauca, el Apure (de longitud muy considerable), el Mucapara, el Tigre, etc. El Orinoco tiene 2.400 kilómetros de curso, y su raudal es, en ciertas ocasiones, realmente extraordinario.

Los lagos de Maracaibo y Valencia son los mayores de Venezuela.

No existe volcán alguno activo, pero los terremotos se dejan sentir, a veces con terrible violencia.

En distintos lugares suele presentarse un fenómeno muy curioso: llamas que brotan del suelo, y que se mueven. En Barinas, el fanatismo y la ignorancia, que achacan todo a grandes misterios, prodigios y milagros, viendo discurrir en el silencio de la noche una gran llama por las sabanas, sin que a su paso sufriese nada la hierba que las cubre, buscaron el modo de explicarse aquello; la trágica historia de Aguirre les presentó motivo para entregarse a la creencia de que aquella luz era el alma de aquel malvado, la cual vaga errante por aquellos lugares sin hallar jamás descanso, en castigo de sus grandes crímenes: así la llaman *Luz del tirano Aguirre.*

En las costas del lago de Maracaibo se presenta bajo otro aspecto: a manera de relámpagos brota allí la llama durante la noche. Los navegantes se sirven de ella en las noches oscuras, y le llaman *farol de Maracaibo* o *linterna de San Antonio.* Este fenómeno luminoso creen muchos, y parece cosa muy probable, que debe su origen a una mina de pez de naturaleza inflamable que existe en aquellos lugares. La mina, en los tiempos calurosos, arroja a la superficie gran cantidad de la substancia que encierra, la cual, estando derretida, corre a las partes bajas y forma a manera de lagunas, en donde se han encontrado esqueletos de cuadrúpedos, que seguramente en tiempo de sequía bajaron allí confundiendo aquella substancia con el agua, y quedaron presos dentro de la pez, en la que perdieron la vida.

Entre los productos minerales venezolanos, uno de los que dan mayores rendimientos son las salinas.

De los demás minerales de valor, el principal es el oro.

Hay también plata, cobre, hierro, plomo, estaño, zinc, platino, antimonio, mercurio, hulla, grafito, azabache, azufre, asfalto, petróleo, caolín, ámbar, alumbre, nitro, talco, asbesto, etc.

Tampoco faltan diamantes, granates, amatistas, ópalos y cristal de roca.

Cerca de la isla Margarita se pescan hermosas perlas.

Abundan las aguas minero-medicinales de distintas clases.

El clima de Venezuela ofrece diferencias, según la altura de las regiones que se consideren. La costa del Mar de las Antillas es en extremo cálida; en cambio, en la parte montuosa se disfrutan temperaturas agradables.

Las estaciones son dos, como en toda la zona tórrida: la seca y la lluviosa; la seca comprende el medio año desde octubre a abril, y la lluviosa el otro medio año. La estación lluviosa es la de más calor.

Respecto a sus productos agrícolas y botánicos, Venezuela se divide en tres zonas: la agrícola, la de los pastos y la de las selvas. En la primera están la mayor parte de las haciendas de café, cacao, caña de azúcar, cereales, etc. La segunda, cubierta de eternas y frescas gramíneas, es donde crecen y se desarrollan los rebaños con sorprendente facilidad; es el país, ya descrito, de los grandes llanos. La tercera zona, o sea la de los bosques, produce espontáneamente exuberantes plantaciones de sarrapia, caucho, copaiba, vainilla, chiquichique, zarzaparrilla, dividivi, maderas preciosas de todas clases, resinas, bálsamos e innumerables plantas medicinales. Las plantas fibrosas o textiles son también abundantes y variadísimas en esta

región, que ocupa más de la mitad del territorio de la República.

En las selvas y en los llanos se encuentran, aislados o en pequeños grupos, los chaparros y la palma llanera, la palmera moriche o árbol de la vida, el samán, mimosa gigantesca, el árbol de vaca o de leche, el calabacero, el chinchona, el coloradito, muy estimado como febrífugo, el mavacure, liana que sirve para preparar el terrible veneno urari o curare, etc., etc.

Entre los cultivos figura en primer término el maíz, que da hasta cuatro cosechas al año, y el café. El cacao crece espontáneamente en la montaña de Mérida, y el de Caracas goza de renombre universal. El cultivo de la caña de azúcar y el del tabaco tienen también importancia. La yuca o mandioca se cosecha asimismo en grandes cantidades.

Los cocales rinden considerabilísimo producto.

El ganado se cuenta por millones de cabezas, siendo el más numeroso el vacuno y siguiéndole en número el lanar y cabrío, el de cerda, caballar, asnal y mular.

En cuanto a las especies de animales salvajes, se conocen unas diez y seis de monos, numerosas de quirópteros, el tigre y el león americanos, los osos, el hormiguero u oso de las palmeras, el cabiay o chigüire, el kinkajú o cusumbé, el perezoso, etc. Remontan el Orinoco varias especies de cetáceos, como las vacas marinas y los *cerdos de mar*, manatíes y toninas. Entre las aves se hallan el guácharo, que pasa el día oculto en las cavernas, el trupial, que es el mejor cantor de los bosques, y millares de aves acuáticas, que frecuentan especialmente la zona de inundación del Apure. Hay tres especies de saurios: el bava, el caimán y los cocodrilos propiamente dichos, algunos de más de cinco metros; las tortugas cubren con sus huevos, en los primeros días de abril, las playas del Orinoco medio, entre las confluencias del Meta y del Apure; tienen casi un metro de largo y pesan hasta 300 kilogramos.

La población de Venezuela se compone de cinco elementos: blancos de origen europeo, indios indígenas, mestizos y mulatos, negros de procedencia africana y asiáticos.



Caracas, la capital de Venezuela, está situada en la falda de una montaña, a más de 900 metros de elevación sobre el nivel del mar. No obstante su proximidad a la línea equinoccial, goza de una temperatura muy agradable.

El idioma oficial es el español, aunque muchas de las tribus indias conservan aún sus idiomas primitivos.

La capital de la República es Caracas, con 75.000 habitantes, a 12 kilómetros del Mar de las Antillas y del puerto de la Guaira, con el que está unida por un ferrocarril. Situada a una altura de 920 metros, disfruta de una temperatura muy agradable. Es ciudad hermosa, con buenas calles y bellos edificios.

Maracaibo, Valencia, Barquisimeto, La Victoria, Coro, Ciudad Bolívar, Puerto Cabello y San Carlos figuran entre las ciudades principales.

El nombre de Venezuela, diminutivo de Venecia, es el que dió Alonso de Ojeda a las tierras que rodean el Golfo de

Maracaibo, por haber encontrado en el Golfo de Coro, interior a aquél, una población cuyas casas estaban construídas sobre pilotes, y cuya comunicación de unas a otras verificaban por medio de ligeros puentes, todo lo cual le pareció una pequeña Venecia. Más tarde el nombre se extendió a todo el país.

Colón, en su tercer viaje, descubrió la isla de Trinidad, próxima a la costa venezolana, el día 31 de julio de 1498. Costeando esta isla en 1.° de agosto vió el Almirante tierra al Sur, y creyendo que era otra isla, la llamó Santa: eran las costas bajas cortadas por los brazos del Orinoco; esta fué la primera tierra firme del continente americano vista por el inmortal descubridor.

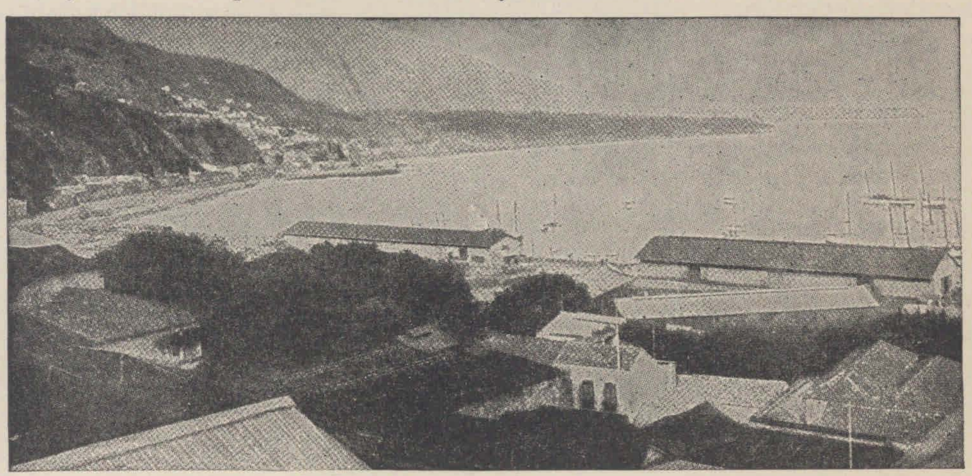
Al año siguiente (1499), Alonso de Ojeda, en compañía de Américo Vespucio, continuaron el descubrimiento de Tierra Firme (como llamaban entonces a las costas de Venezuela, en contraposición a las islas Antillas), hasta el Golfo de Maracaibo.

En 1527, cuando ya Ojeda y otros atrevidos españoles habían explorado las costas y hecho desembarcos, fundó Juan Ampués la villa de Santa Ana de Coro, en el mismo sitio donde hoy existe.

Poco después el monarca español (Carlos I) cedió la provincia, a modo de feudo, a unos comerciantes de Augsburgo, los Belzares, o Velzares, quienes nombraron como gobernador de esas tierras a Ambrosio Alfinger, que llegó a Coro a fines de 1528. Este extranjero sólo procuró enriquecerse a costa de los indios, y murió a consecuencia de una herida que le infirieron éstos.

Durante diez y ocho años explotaron la colonia los agentes de los Belzares, hasta que, a causa de los abusos y desórdenes, el rey de España declaró terminado el arrendamiento y nombró a Juan Pérez de Tolosa gobernador de Venezuela.

Restablecida así la autoridad española, se continuó la conquista del territorio y se fundaron varias ciudades.



La Guaira, importante puerto venezolano.

En el siglo XVIII tomó la colonia alguna importancia, gracias al comercio del cacao.

Erigida en capitanía general en 1731, en ella quedaron comprendidas, en 1777, todas las provincias que forman hoy el inmenso territorio de la República, y que antes habían estado separadas.

A fines del siglo XVIII se inició la rebeldía contra la metrópoli. Ya en 1797 se fraguó una conspiración, que fué descubierta y cuyos jefes eran D. Manuel Gual, hijo de E. Mateos, que en 1743 había defendido heroicamente La Guaira contra los ingleses, y D. José María España, ex corregidor de Macuto. Pocos años más tarde, Francisco Miranda buscó en los Estados Unidos apoyo contra España, y consiguió en 1806 apoderarse de Coro. Pero le faltó después el con-

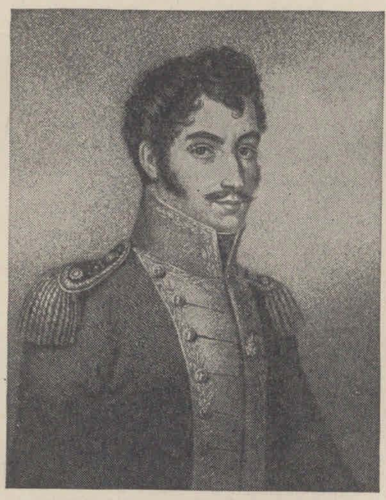
curso que esperaba, y se retiró a Trinidad.

Cuando Napoleón impuso a su hermano José como rey a los españoles de la Península, los diputados venezolanos y el Consejo de Caracas proclamaron como su legítimo soberano a Fernando VII, y se encargaron del gobierno. La Regencia de España exigió que se acatase la autoridad del Capitán General y de la Audiencia. Dividióse el país en dos bandos, y como resultado final de la discordia vino la reunión en Caracas de un Congreso que en 5 de julio de 1811 proclamó la independencia de Venezuela.

Los españoles adictos a la metrópoli se hicieron fuertes en Valencia, que fué tomada por Miranda.

El nuevo Estado proclamó entonces su Constitución, análoga a la que regía en los Estados Unidos de Norteamérica.

El 26 de mayo de 1812 fué un día triste para la República, pues un terrible terremoto arruinó a muchas ciudades, y sólo en Caracas perecieron más de 12.000 personas.



Simón Bolívar, «el Libertador».

Las tropas españolas que combatían a los patriotas lograron sobre éstos varias victorias, reconquistaron plazas, recobraron también a Caracas, e hicieron prisionero a Miranda, a quien los venezolanos habían nombrado dictador.

Pero los partidarios de la independencia no cedieron; en 1813 se renovó la guerra y consiguieron ventajas Mariño y Bolívar. Toma en ese año la lucha caracteres de crueldad. Bolívar arrolla a sus contrarios, y el 7 de agosto entra triunfante en la capital.

Llega 1814, y los españoles hacen un esfuerzo supremo aliándose a los indios; atacan a Bolívar una y otra vez, pero siempre vence el caudillo patriota, hasta que el jefe realista Boves logra derrotar en La Puerta al héroe de la independencia de su patria, quien se ve obligado a huir hacia Oriente con el resto de sus tropas. Boves, después de entrar en Caracas, persigue a Bolívar, lo alcanza, y nuevamente lo vence en Aragüita.

Tras varias alternativas, obtuvo el Libertador la gran victoria de Carabobo, el 24 de junio de 1821, victoria que aseguró la independencia de la República de Colombia, proclamada ya en 17 de diciembre de 1819 y constituída por Nueva Granada y Venezuela.

En 1.° de enero de 1822 se publicó en Caracas la Constitución.

Entretanto, los generales españoles Latorre y Morales proseguían combatiendo a los republicanos; pero derrotados, Morales se embarcó para Cuba el 3 de agosto de 1823, y habiéndose apoderado Páez de Puerto Cabello en ese mismo año, quedó toda Venezuela libre de fuerzas españolas.

Unidas Venezuela y Colombia con el Ecuador, formaron la federación de la Gran Colombia, presidida por Bolívar, quien no consiguió mantener la unión necesaria, y cuya autoridad provocó repetidas sublevaciones.

En 10 de enero de 1830 se reunió el Congreso Constituyente de Colombia, y en él renunció Bolívar la autoridad suprema.

Páez, opuesto al Libertador, declaró a Venezuela estado soberano, convocó un Congreso, y fué el primer presidente de la República.

Desde entonces entró Venezuela en una larga serie de revoluciones y contiendas civiles, alternadas con no muy duraderos períodos de paz.

LAS GUAYANAS

Guayana se llama a la región Nordeste de la América meridional, entre el Océano Atlántico al Nordeste y Este, el

río Amazonas y su afluente el Negro al Sur, los ríos Casiquiare y Orinoco al Oeste, y el citado Orinoco al Norte. Rodeada, pues, de mar y de ríos por todas partes, es una verdadera isla. Le pertenece toda la costa desde la desembocadura del Orinoco a la del Amazonas.

Su total superficie pasa de 2.000.000 de kilómetros cuadrados.

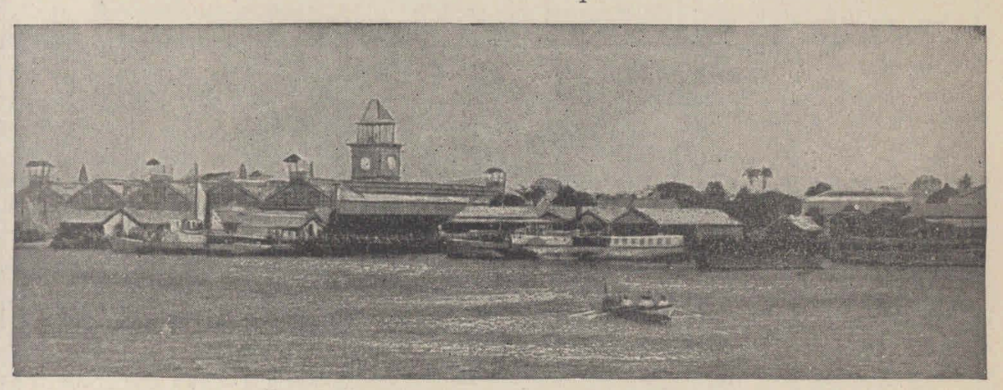
Es región llana hacia el Sur y en el litoral, y montañosa en el centro y Noroeste.

Sus principales cordilleras son las sierras de Pacaraima, de Este a Oeste, y Parima, de Norte a Sur.

En las inmensas selvas vagan tapires, jaguares, armadillos, osos hormigueros, multitud de monos y de reptiles, bandadas de loros, pájaros moscas, etc. Los mosquitos, los escorpiones y todos los insectos que más molestan al hombre, pululan por doquiera, en enjambres innumerables.

Se divide la Guayana en cinco partes: Guayana venezolana, separada de la inglesa por el río Esequibo; Guayana inglesa; Guayana holandesa; Guayana francesa, y Guayana brasileña, separada de la anterior por el río Oyapock.

La Guayana venezolana es parte de la República de Venezuela.



Vista de Georgetown, capital de la Guayana inglesa.

El clima es muy cálido; la temperatura media anual es de 27° centígrados, rara vez baja a menos de 20 y con frecuencia pasa de los 35.

Hay dos estaciones secas y dos lluviosas, y son frecuentes las tempestades al pasarse de una estación a otra.

Durante la estación seca el clima es soportable en las regiones algo elevadas; en la estación húmeda, y en todo tiempo en las regiones bajas, el clima es fatal para las personas procedentes de países templados o fríos.

Es la Guayana de los países más insalubres del mundo. Abundan las fiebres, especialmente cuando las tierras que han permanecido varios meses inundadas comienzan a secarse.

La vegetación es de lo más rico que hay entre las floras tropicales, así por la variedad como por la abundancia de especies.

La Guayana inglesa, llamada también Demerara, está entre Venezuela y la Guayana holandesa. Es colonia de la Gran Bretaña.

Tiene 233.808 kilómetros cuadrados de superficie y 305.000 habitantes, de los cuales muchos son negros, mestizos, indios, etc.

Se explotan en el país varias industrias, tales como el aserrado de maderas, fabricación de ron, azúcar, melazas, etc.

Los cultivos principales son la caña de azúcar, las bananas, las batatas, la yuca, el maíz, el algodón, el café y el arroz. Se benefician los bosques y tiene bastante importancia la cría de ganado.

La capital es Georgetown, situada en la orilla derecha del río Demerara, a dos kilómetros de su desembocadura, con 55.000 habitantes.

La Guayana holandesa, que suele también recibir el nombre de *Colonia*

del Surinam, debe esta última denominación a su río más importante. Se halla situada entre la Guayana inglesa y la francesa.

Como lo indica su nombre, pertenece a Holanda.

Su superficie es de 129.100 kilómetros cuadrados, y cuenta 90.000 habitantes, entre los que abundan los negros y los indios.

En la orilla izquierda del Surinam, a unos doce kilómetros aguas arriba de la confluencia del Commewijne, se encuentra la capital, Paramaribo, con 35.000 habitantes.

La principal riqueza de la colonia es la agricultura. La caña de azúcar, el café y el cacao son las plantaciones más prósperas.

Los agricultores son en su mayoría negros, chinos e indios.

La Guayana francesa, entre la Guayana holandesa y el Brasil, mide 78.900 kilómetros cuadrados y la pueblan 40.000 habitantes. Es posesión de Francia.

Casi todo el territorio está cubierto de bosque, con algunos claros o sabanas en que crecen gramíneas, utilizadas para pastos de ganados; la mayor parte de estas sabanas se hallan en territorio bajo, cerca del litoral.

En aquellas enormes selvas en las que a modo de columnas de treinta y cinco a cuarenta metros de alto se elevan los árboles sosteniendo espesa bóveda de verdura que apenas deja pasar la luz del sol, el aire parece que falta, y el suelo aparece cubierto de ramas y hojarasca. Sólo arriba, en las copas de los árboles, chillan los monos y cantan y revolotean millones de pájaros de variado y hermoso plumaje.

La selva cambia de aspecto en las inmediaciones de los ríos; el paisaje es menos severo y monótono, más pintoresco; se ven hierbas, arbustos, árboles pequeños cubiertos de flores y frutos, y los bejucos suben desde el suelo hasta las copas de los mayores árboles.

Estos inmensos bosques contienen ricas maderas de construcción y ebanistería.

El oro atrae mucho la atención de los colonos. Este metal se encuentra en las arenas de varios ríos, principalmente en el Apornague.

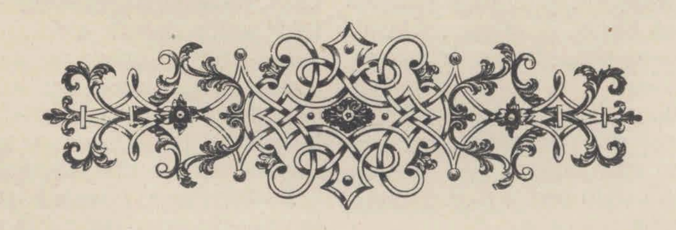
Los principales cultivos son los de achiote, café, cacao, caña de azúcar y arroz.

Las razas que hay en el país son: la blanca, en escaso número; negros, oriundos de los africanos que en otro tiempo se introdujeron como esclavos; mulatos, indios, chinos, etc.

La capital es Cayena, en la isla del mismo nombre, con 12.000 habitantes. Es puerto en el Atlántico, y exporta oro, maderas, pieles y otros productos.

La Guayana francesa es lugar de relegación para los condenados a trabajos forzados.

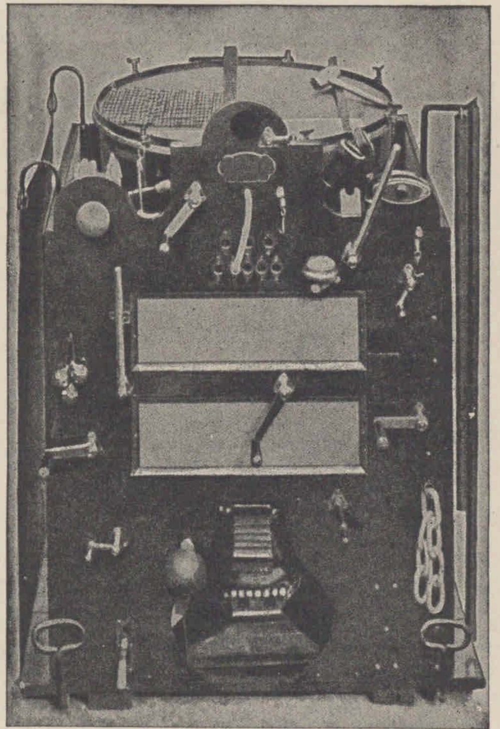
La Guayana brasileña corresponde al territorio de los Estados Unidos del Brasil, de los cuales nos ocupamos extensamente en otro artículo.



EL CINEMATÓGRAFO Y SUS SECRETOS

DISEMINADOS por todas las ciudades del mundo hay en nuestros días millares de edificios brillantemente decorados y resplandecientes de luces, en los que ocurren constantemente las cosas más extrañas y originales.

En estos palacios de la magia moderna, llamados comúnmente *cinematógrafos*, podemos ver escenas tan extraordinarias, que superan a cuanto puede imaginarse. Pero lo más admirable es la manera como se han preparado estos prodigiosos efectos de visión. Todos sabemos de qué modo se hacen las películas cinematográficas ordinarias. Algunos actores y actrices visten los trajes correspondientes, y representan una pieza, sea en un teatro, sea al aire libre, mientras un operador los fotografía con gran rapidez. Estas fotografías de tamaño reducido, se fijan en una cinta larga de una materia transparente, y en el cinematógrafo dicha cinta o película pasa velozmente delante de una linterna mágica perfeccionada. Un rayo de luz intensa atraviesa la película, y ésta proyecta sus imágenes sobre la gran pantalla blanca colocada en el escenario. Haciendo desfilar las imágenes delante de nuestros ojos a razón de diez y seis por segundo, el operador de la linterna mágica nos da la ilusión de que vemos en realidad acciones ejecutadas por seres vivos, o movimientos hechos por máquinas, etc.



Maquina que produce 50 ruidos diferentes, destinada a las representaciones cinematográficas.

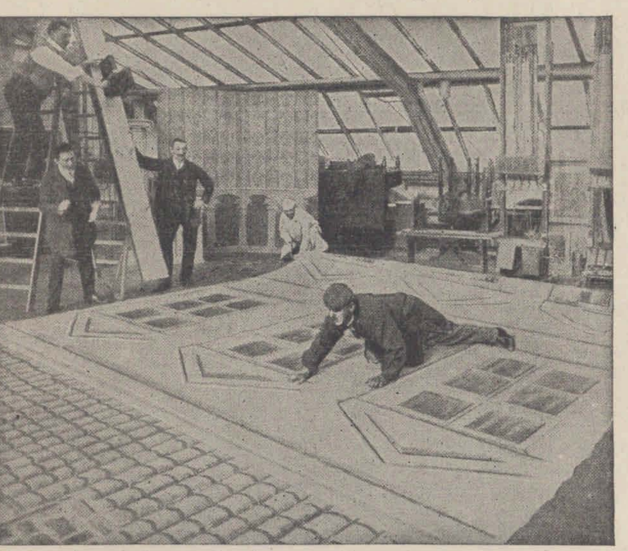
La combinación que consiste en interrumpir la marcha del aparato al impresionar una escena e introducir un nuevo arreglo de cuadros, produce gran número de efectos de magia, obtenidos por la cinematografía. Media hora, o acaso más, ha sido necesario para efectuar la transformación de la escena; pero cuando ésta es proyectada, ese espacio de tiempo se reduce al intervalo de una fracción de segundo. De este modo se puede ver en el cinematógrafo, por ejemplo, que una horrible bruja se convierte en una encantadora joven; mas para la preparación de esta escena debió pararse el aparato, a fin de dar tiempo a la actriz que representaba el papel de bruja a que cediera su puesto a una bella joven elegantemente vestida. De manera análoga se interrumpe la impresión de una serie de vistas que representan una hermosa sirena nadando en las profundidades del mar, rodeada de peces, mientras algunos buzos bajan al fondo del agua en busca de la morada mágica de la sirena.

Este último efecto se obtiene por medio de dos series de fotografías. En una, el operador fotografía un gran tanque dispuesto en forma de acuario y lleno de

peces vivos; unos buzos bajan a su fondo, mientras se toman rápidamente las fotografías en una cinta estrecha, de unos 60 metros de largo.

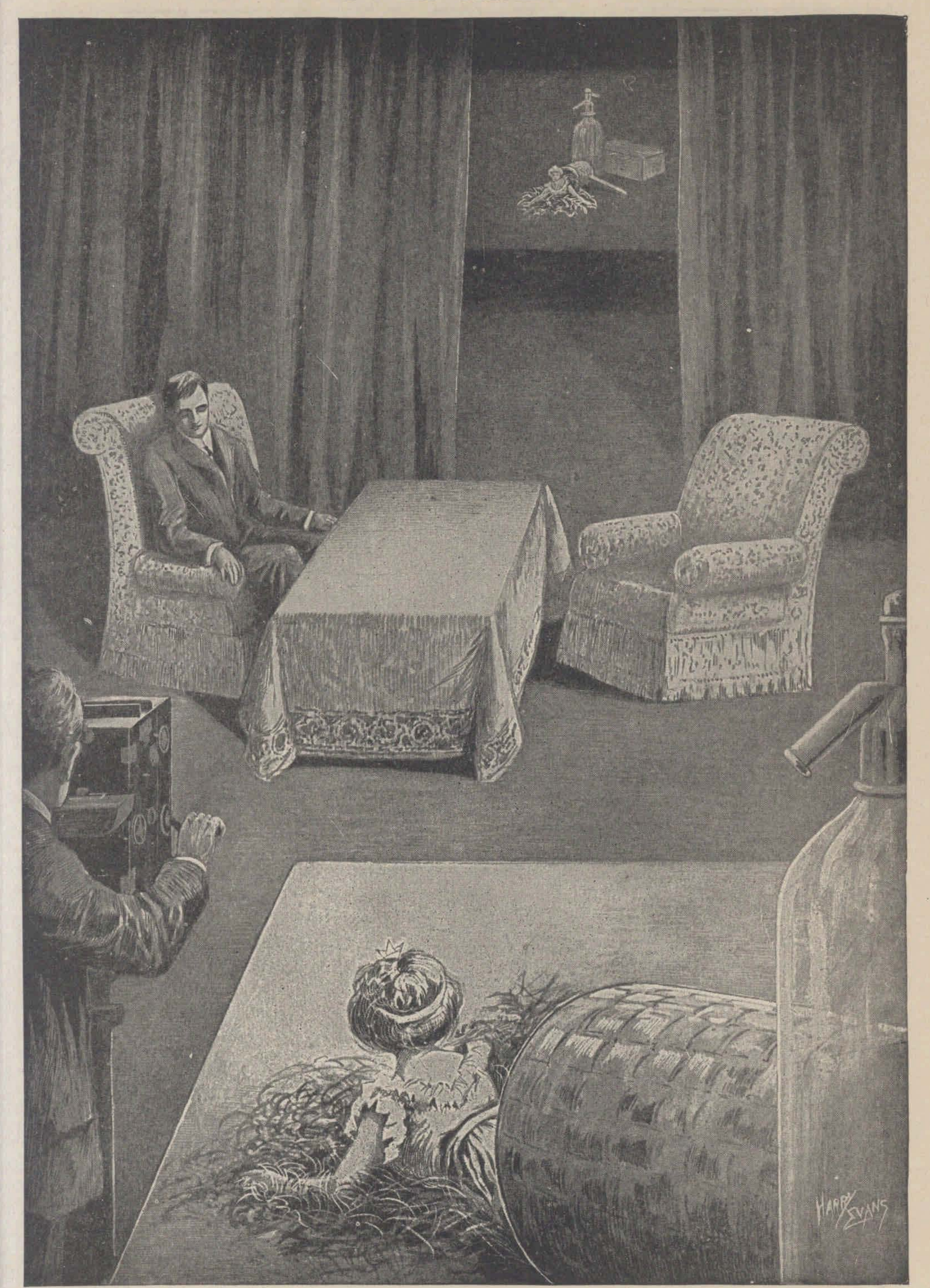
La película se desenrolla y pasa delante del objetivo, recibe las imágenes y, ya impresionada, se enrolla en otro lugar del aparato. Supongamos ahora que ya se ha fotografiado la escena del acuario en dicha película; el problema que se nos presenta es hacer entrar la sirena en la misma serie de vistas. Para ello el operador sube por una escalera a un andamiaje dispuesto cerca del techo, y desde allí enfoca el suelo cubierto de una tela pintada, de modo que represente el fondo del mar lleno de algas marinas. Una actriz vestida de sirena se tiende sobre este lienzo, y hace como que nada en medio de las aguas. De cuando en cuando, y a una señal del director de escena, finge lanzar una mirada de espanto, como si viese a un buzo acercarse a ella. Después de un momento de interrupción, se vuelve a poner en marcha el aparato, y mientras la actriz continúa simulando que nada sobre la tela pintada y extendida en el suelo, se hace pasar al mismo tiempo delante del objetivo la película en que están tomados los buzos y los peces. El resultado de esta operación es que queda impresionada en la película una larga serie de fotografías de todos los movimientos, gestos y actitudes de la sirena, combinados con las vistas precedentes de los peces y buzos. En esta forma, si la combinación ha sido llevada a cabo con esmero, al proyectar la cinta en la sala de espectáculos, parece realmente que la sirena está nadando en medio de las aguas marinas, rodeada de peces que juguetean en torno suyo, mientras los actores disfrazados de buzos la contemplan con estupor a través de sus cascos.

Este procedimiento, que consiste en fotografiar dos escenas en una misma película y en combinarlas en una sola serie de vistas animadas, constituye una especie de impresión doble. Con ayuda de este artificio pueden obtenerse numerosos efectos de magia, sorprendentes a la par que artísticos.


Cómo se fotografía a un hombre trepando por las paredes de una casa.

Otro de los secretos de la cinematografía es el de tomar imágenes de movimientos extraordinarios, que no existen en la realidad, y para lo cual se emplean sobre todo hilos invisibles. Cuando todo el mobiliario de una habitación comienza a saltar y a mudar de sitio, como por arte de encantamiento, en medio del pretendido espanto de los actores, es que se han colocado encima del escenario maquinistas que tiran de ciertos hilos, que hacen bailar y caminar las sillas, mesas, etc.

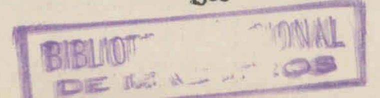
Uno de los ejemplos más divertidos de vistas hechas por medio de hilos, fué la historia de «El Hombre Magnético», que obtuvo grandísimo éxito hace algún tiempo. Este personaje tenía miedo de ser atacado y robado en un viaje que hizo a París; para protegerse, se puso una armadura de hierro debajo del chaleco; así acorazado, partió a ver las curiosidades de la capital francesa. Desgraciadamente, llegó a pasar muy cerca de



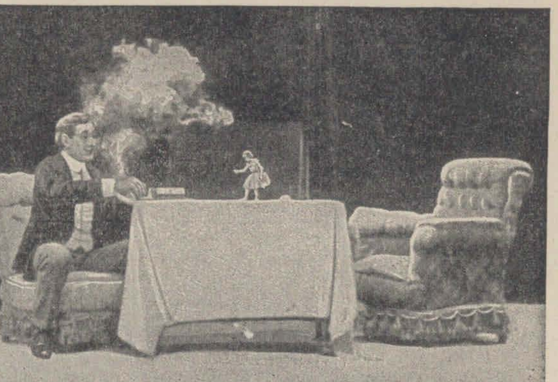
Fotografiada la imagen tal como se refleja en el espejo colocado en el fondo del escenario, el operador, que se ve a la izquierda, obtiene la reducción, que hace aparecer al hada Nicotina saliendo de la pipa del fumador adormecido.

La imagen proyectada representa una mujer nadando en el agua.

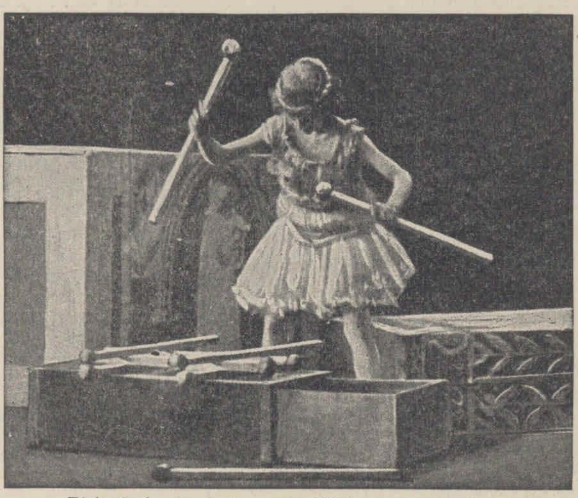
En realidad, la mujer nada en seco, y está fotografiada desde arriba.



una potente máquina eléctrica, cargada de fuerza magnética. Instantáneamente el flúido se transmitió a su cota de hierro, que de este modo recibió una carga magnética de gran potencia. Sucedió después que, al pasar delante de una quincallería, los diferentes artículos de hierro más cercanos se escaparon de donde estaban colocados y fueron a adherirse a los vestidos de nuestro transeunte. De esta suerte, el hombre magnético se llevaba multitud de utensilios, que le acompañaban con un continuo tintineo. Pero lo peor fué que al transitar por encima de una boca de alcantarilla, la placa de hierro que la cubría se salió de su sitio, y poniéndose de canto empezó a rodar detrás del hombre misterioso. Luego, su fuerza magnética continuó creciendo aparentemente, pues en el momento en que pasaba al lado de un farol, su columna de hierro se partió por la mitad, y cayó sobre las espaldas del hombre-imán.


El hada paseando por la mesa.


El hada danzando dentro de la botella.


El hada haciendo fuegos artificiales con cerillas

Todas estas curiosas escenas habían sido previamente preparadas con hilos.

La tienda del quincallero era una tienda de veras; pero el dueño había sido pagado con largueza, por los empresarios cinematográficos, para que colgase a la puerta cierto número de sus efectos, y los atase con alambres, que iban a parar a los postes que había a lo largo de la acera.

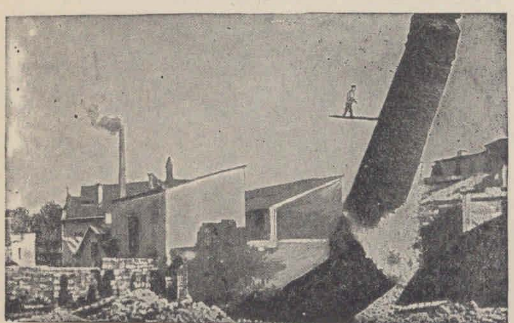
El actor que representaba el papel de hombre magnético, tropezaba intencionadamente con los alambres, y arrancaba los varios objetos de la tienda con sólo tirar de ellos por medio de un movimiento disimulado de la mano.

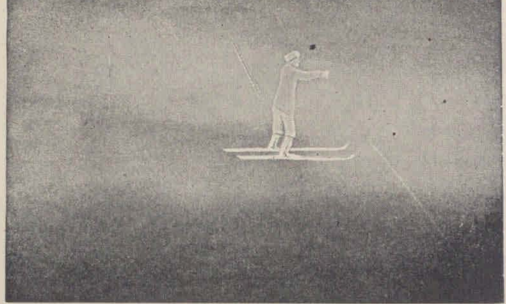
Como es de suponer, los operadores parando el aparato en los momentos oportunos, le dejaban el tiempo suficiente para que sujetase





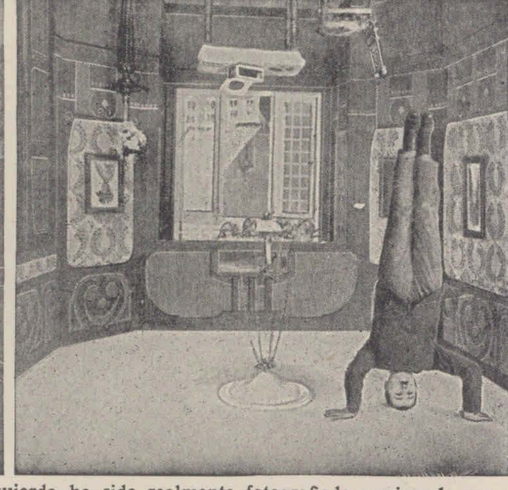
El hombre magnético realmente atrae hacia sí, por medio de fuertes y casi invisibles alambres, letreros de tiendas, tapaderas de alcantarillas, faroles y otros muchos objetos metálicos.





El patinador con skis es fotografiado en una película en que previamente se han impresionado la chimenea, las nubes y todos los demás accesorios.



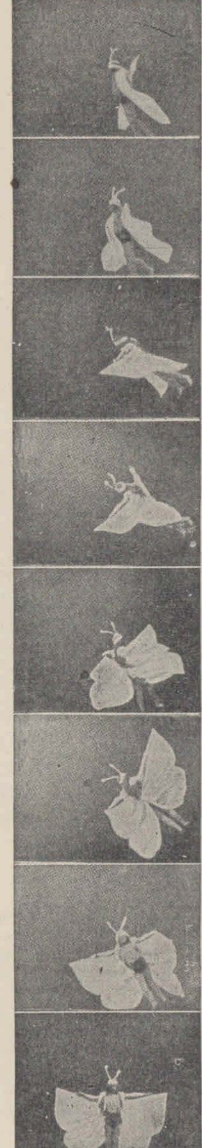


El hombre que anda con las manos por el techo, a la izquierda, ha sido realmente fotografiado caminando por el suelo, como se ve a la derecha.

bien a su traje los platos, pucheros, cacerolas, etc. La tapa de la alcantarilla no era de hierro, sino de madera imitando este metal. Una persona tenía el cabo del hilo en el momento en que el actor pasaba, y éste lo tomaba por en medio, y tiraba de la placa. El poste del farol era igualmente de madera y estaba montado por el medio sobre bisagras, que hacían que la parte superior se doblase cuando el hombre magnético tropezaba con el hilo tendido entre el farol y el borde de la acera.

Así, pues, vemos que muchas películas mágicas, las más extrañas y divertidas, se obtienen por procedimientos sumamente sencillos. No obstante, cuando la escena tiene lugar en la calle de una ciudad muy conocida, es necesaria una preparación laboriosa y mucho personal que vigile para que todo vaya bien, y para impedir que los transeuntes molesten al operador y a los actores. Para evitar esto último, es decir, que la gente se reuna, y sea tomada también por la cámara fotográfica, se hacen esta clase de películas por la mañana temprano, y se contrata gran número de personas para que representen el papel de transeuntes, y así prestar mayor vida y animación a la escena.

Aparte de todo esto, los efectos más extraños son producidos habitualmente en un escenario montado al efecto. Las casas que se desploman, arden, despiden nubes de humo, etc., están construídas con trozos de madera unidos por goznes. En el momento en que éstos funcionan y la casa se desmorona, varios maquinistas que se hallan fuera del alcance del objetivo arrojan montones de escombros sobre la escena, y por medio de una manga colocada debajo de las ruinas lanzan chorros de vapor, para dar la ilusión de humo.



LA MARIPOSA HUMANA

La mariposa permanece quieta, mientras el aparato da vueltas a su alrededor, para producir la ilusión del vuelo.

Para introducir en los cuadros de la vida ordinaria figuras diminutas, como de hadas, trasgos, gnomos, etc., se valen los cinematografistas de un recurso especial. Por ejemplo, en la historia de «El Hada Nicotina», un actor se sienta delante de una mesa, en medio del escenario, y comienza a fumar en pipa. A cierta distancia detrás de él, y en el fondo, hay un espejo grande, con cuyo auxilio es sumamente fácil hacer salir un hada de la pipa que el actor ha dejado sobre la mesa.

He aquí la explicación. Al lado mismo del aparato fotográfico, y a cierta distancia delante del escenario, hay un cesto grande, de listones de madera, con un mango largo, pintado todo ello de suerte que el conjunto imite bien una pipa. El cesto tiene seis pies de alto, y el humo que de él sale se obtiene lanzando un chorro de vapor desde el fondo. Una actriz vestida de hada entra en el cesto, y entonces el operador enfoca con el objetivo el espejo colocado en el fondo del escenario. La imagen de la enorme pipa, con el humo que de ésta se desprende, se refleja en el espejo, en escala muy reducida, y cuando la actriz sale del cesto, aparece en el espejo como una muñequita.

De esta suerte se obtienen otras muchas fotografías diminutas, cuya explicación nos parece tan difícil cuando las vemos desfilar por las pantallas de los cinematógrafos.

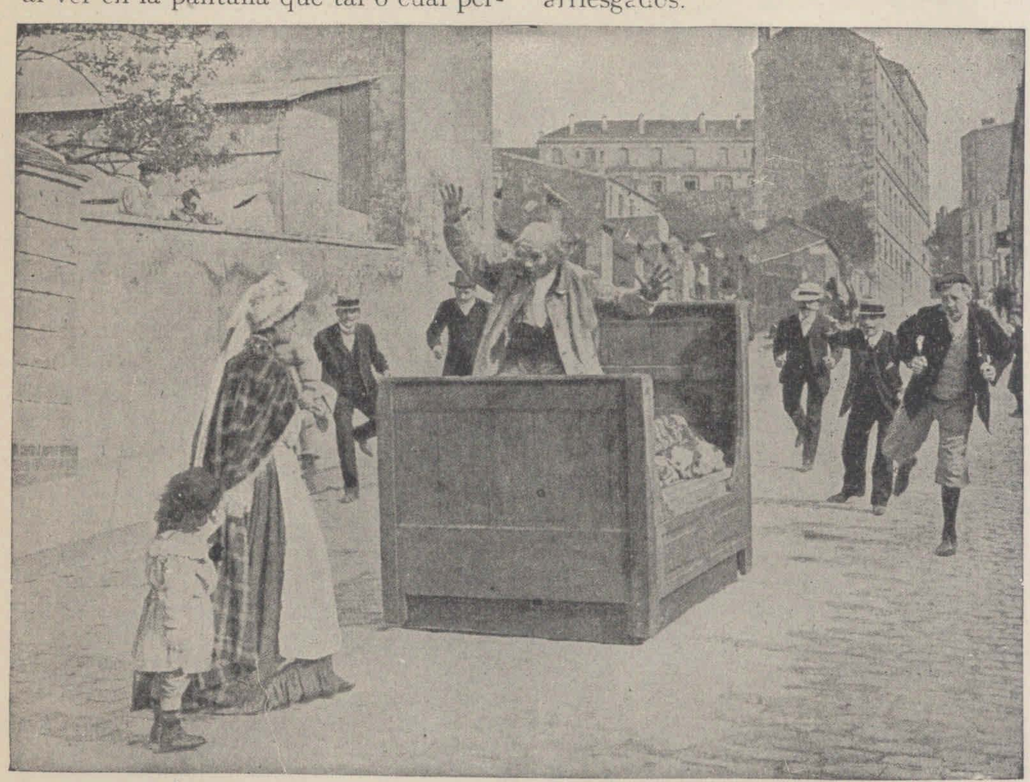
En la práctica, todas las combinaciones que nos intrigan y divierten en la sala de espectáculos, son obtenidas, ya por medio de hilos invisibles, ya tomando dos fotografías sobre la misma película,

ya por medio de espejos y de otros procedimientos escénicos.

Deteniendo la marcha del aparato mientras en el escenario se prepara una transformación cualquiera, se reproducen fácilmente toda clase de apariciones y desapariciones mágicas, y las más variadas transformaciones.

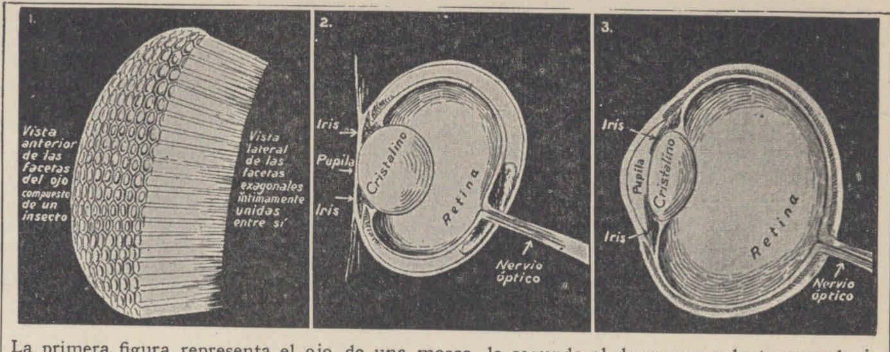
¡Cuántas personas se han horrorizado al ver en la pantalla que tal o cual personaje se precipita desde un quinto piso, y después de voltear en el aire viene a caer sobre la cabeza de un agente de policía, que hacía su servicio en la calle! Y lo que es aún más sorprendente, es ver a nuestro hombre levantarse sano y salvo, y correr a más no poder delante del agente, que le persigue en carrera veloz y llena de peligros. El secreto de obtener esta caída impresionante y sin daño, es uno de los más sencillos. En el preciso instante en que se va a arrojar al espacio, el actor es reemplazado por un muñeco vestido con ropa semejante a la suya; y únicamente en la escena que sigue sobre la acera es cuando el actor ocupa el puesto del muñeco.

No obstante, son muchas las películas en que, para ciertas escenas peligrosas, no se puede recurrir a estos arbitrios. En tales casos se emplean actores que son verdaderos acróbatas, y que suelen desempeñar papeles sumamente arriesgados.



La cama que corre por la calle.—En realidad, alguien la empuja por detrás.

La cinematografía es una invención maravillosa, que puede también tener utilísimas aplicaciones, pues todas estas combinaciones de que hasta aquí hemos tratado, son cosas absurdas, que por su originalidad sirven únicamente de alegre distracción. Las mejores películas son las que nos presentan sucesos notables, reconstrucciones de episodios célebres, escenas de la historia natural, obras de arte y otras mil enseñanzas, que se graban indeleblemente en nuestro espíritu, quedando allí como pequeños tesoros de erudición y provecho cultural.



La primera figura representa el ojo de una mosca, la segunda el de un pez y la tercera el ojo humano; comparando estas figuras entre sí, vemos cuánto más se aproxima al ojo humano el ojo de un pez que al de un insecto.

LA HISTORIA DEL OJO

EL sentido que vamos a estudiar es el de la vista, cuyo órgano, como sabe todo el mundo, es el ojo. Este sentido es el más importante y maravilloso de todos por muchos conceptos. Lo es desde luego para los fines de la vida práctica; porque es más necesario ver que oir o gustar u oler. Ser ciego es una desgracia mayor que ser sordo. Los progresos que los seres vivientes han realizado en el transcurso de las edades, han dependido, en gran parte, del desarrollo de la visión, y hemos visto ya que la región cerebral de este sentido es tanto mayor cuanto más elevado es el animal en que se considere. En la especie humana es mucho mayor que en otra especie animal cualquiera.

La visión es también de la más alta importancia para ponernos en relación con el mundo en que vivimos, así como para atender en él a nuestras necesidades. Si no viéramos, poco sabríamos de la tierra que habitamos y tan sólo conoceríamos al sol por el calor radiante que nos envía; y todos los restantes cuerpos celestes nos serían enteramente desconocidos, desde nuestra diminuta luna, hasta los millones y millones de estrellas. De la vista depende, pues, nuestro conocimiento del mundo existente más allá de nosotros, y por este hecho nuestros ojos son dignos de especial respeto. A diferencia de los otros sentidos, los ojos nos ponen en comunicación directa con lo infinito y lo sublime. Un hombre de los más grandes que han existido, Manuel Kant, decía que había dos cosas que le llenaban de espanto: el sentimiento de duda dentro de la mente de los hombres y los cielos estrellados encima de nosotros. Empecemos, pues, por estudiar cómo, en el transcurso de los tiempos, los seres vivientes han ido desarrollando los ojos por los que nos es dable contemplar el cielo estrellado.

La historia del ojo es en extremo interesante. Hace muy pocos años, hubiéramos empezado tal historia por la del ojo de los animales, y a nadie se le hubiese ocurrido que se tuviese que decir algo de los ojos o la vista de las plantas; pero recientemente se ha descubierto que la vista, en cierto modo, no es exclusiva del mundo animal. Los ojos tienen una antigüedad mayor que los vertebrados, y los más antiguos pertenecen a las plantas. Si, pues, hemos de comprender la estructura de nuestros ojos, debemos empezar por estudiar la de órganos mucho más antiguos y sencillos que ellos y que todo órgano de nuestro cuerpo.

Los ojos de las plantas son muy sencillos. Las partes verdes de una planta, y principalmente las hojas, están destinadas a recibir y aprovechar la luz que sobre ellas cae. Luego en las hojas de las plantas es donde encontramos sus

ojos. Experimentos sencillos, hoy día hasta la saciedad repetidos con plantas de muy diferentes clases, demuestran que de un modo u otro la hoja es sensible a la luz.

Por ejemplo, si la dirección de la luz cambia, la hoja no tarda a su vez también en mudar de orientación, hasta que la luz cae de lleno sobre su superficie; y hay hojas que hacen este cambio tantas veces como cambia la dirección de la luz. Quizá nos formemos una idea equivocada de la cuestión, si nos imaginamos que la hoja ve la luz; pues aunque en el fondo es así, esta clase de visión es muy sencilla, es a lo sumo comparable a la primera visión del niño recién nacido.

LOS DIMINUTOS OJOS POR LOS QUE UNA HOJA PUEDE VER

Después de haberse demostrado plenamente que las hojas, de un modo u otro, pueden ver, lo primero que importa es investigar si la hoja ve en un todo o si tiene una parte especial para ver, partes que, en cierto modo, podrían llamarse ojos. Si examináramos cuidadosamente la superficie de las hojas, veríamos que en algunas partes se ha desarrollado una especie de ojo, es decir, que ciertas células que constituyen la superficie tienen una forma especial; veríamos que la parte exterior de tales células está encorvada de igual manera que la parte anterior de nuestros ojos. A consecuencia de esta estructura, la luz que cae sobre tales células, se enfoca, como suele decirse, y va hasta el fondo de la célula, de igual manera que una lente de cristal enfoca los rayos del sol y produce una mancha brillante en un pedazo de papel. Si la hoja forma ángulo recto con la luz, el foco luminoso se formará precisamente en el centro del fondo de la célula.

QUÉ SUCEDE, CUANDO UNA HOJA NO MIRA DIRECTAMENTE A LA LUZ

Este hecho corresponde a lo que sucede en nuestros ojos cuando miramos directamente un objeto, y la imagen del mismo se forma exactamente en aquel punto de la retina en el que vemos mejor, y del que prontamente nos ocuparemos. Pero cuando la hoja no da cara a la luz, no mira directamente a ella, como podríamos decir, el circuito brillante, que debería caer en el centro del fondo de las células, se forma en un lado y aun podría suceder que no se formara en el fondo sino en la pared de la célula; y la vida de ésta no tarda en resentirse del cambio.

No hay que decir que estos descubrimientos han excitado en gran manera el interés de los sabios que se dedican a estas cuestiones; y, si bien en un principio se suscitaron algunas dudas, todas ellas se han desvanecido en la actualidad. En primer lugar, fué necesario demostrar que la superficie curva de la célula obraba, en realidad, como verdadera lente.

Tal demostración puede hacerse de dos maneras: o bien la superficie de la célula puede ser raspada, por decirlo así, hasta que quede lisa, o bien puede extenderse sobre dicha superficie un poco de agua y cubrirla después con una delgada lámina de cristal, de manera que el agua llene los huecos que existan entre las células y la hoja quede lisa, en vez de estar cubierta de centenares de ojuelos abiertos.

Cuando se hicieron estos experimentos, se vió que la planta dejaba de obedecer a la luz; la hoja no se volvía ya para recibirla en la dirección normal; en una palabra, la planta no conocía ya de dónde venía la luz. Su vista había sido destruída, como lo sería la nuestra, si algo semejante se hiciera con nuestros ojos.

FOTOGRAFÍAS QUE PUEDEN OBTENERSE CON LOS OJOS DE UNA HOJA

Más recientemente se ha demostrado de otro modo el poder de estos minúsculos ojos. Si estas células, con sus superficies curvas, obran como verdaderas lentes, con cuidado y habilidad será posible obtener con ellas fotografías; esto es, hacer que estas células obren como las lentes de centenares de diminutas cámaras fotográficas. Este experimento se ha hecho y se han obtenido excelentes fotografías; tan bue-

nas que la persona fotografiada podía reconocerse cuando la imagen fotográfica obtenida era convenientemente ampliada o proyectada sobre una pantalla.

Este asunto es completamente nuevo y aun estamos en los comienzos de su estudio. Sin embargo, se ha abierto un nuevo capítulo en la ciencia de la vida maravillosa de las plantas. Aquí nos bastará decir que las plantas, que viven por la luz del sol, y de cuyas vidas dependen las nuestras, tienen ojos que utilizan para su vida y, en último término, para la nuestra. Estas cuestiones son del mayor interés, porque la vida animal depende de la vida de las plantas. Y ahora podemos entrar en el estudio del ojo en el reino animal.

En las más rudimentarias formas de la vida animal hallamos cierta correspondencia con la luz, puesto que vemos que unas especies de animales más sencillos se dirigen siempre de la luz a la sombra, y otras especies de la sombra a la luz. La organización de estos seres es tan sencilla que es inútil buscar en ella el menor indicio de ojos.

CÓMO EL PRIMER INDICIO DE OJO SE ENCUENTRA EN LA PIEL

Probablemente el primer indicio de ojo se encuentra en ciertas especies de animales inferiores, que presentan determinadas regiones de la piel sensibles a la luz. Observamos en tales casos que el color del animal cambia, según sea el tiempo, o según el animal permanezca en la luz o en la obscuridad; y, cuando examinamos dicha piel al microscopio, vemos que hay en ella gran número de células repletas de materia colorante.

Esta materia colorante se llama *pigmento*, palabra derivada del latín, que significa tinte. Estas células pigmentarias son sensibles a la luz. Cuando la luz cae en ellas, todo el pigmento se acumula rápidamente en el cuerpo celular; pero, fuera de la acción de la luz, el pigmento se difunde en todas direcciones, desde el centro de la célula, y de este modo se disipa.

Esto explica por qué cambia el color del animal, y nos dice por qué y cómo el animal es capaz de conocer el estado de la luz y de obrar según éste sea. En el estudio de la historia del ojo se ha dado siempre gran importancia a tales células pigmentarias; pero ahora se han descubierto los maravillosos ojos de las hojas, provistas de lentes tan perfectas que permiten obtener fotografías, las células pigmentarias que parecen ser el punto de partida del ojo animal, resultan ser cosa trivial comparadas con los ojos de las plantas.

CÉLULAS DE LA PIEL SOBRE LAS QUE OBRA LA LUZ

No conocemos con exactitud la acción de la luz en las células pigmentarias, pero podemos asegurar que es una acción química. Todo el que ha trabajado algo en fotografía sabe que la luz ejerce una acción química; como, por ejemplo, en las sales extendidas sobre una placa fotográfica. Toda mujer que ha visto disminuir el color de las cortinas o ha puesto ropa a secarse al sol, sabe que la luz produce efectos químicos. Su acción sobre las células pigmentarias es también química; y cuando estudiamos lo que ocurre en nuestros ojos, cuando la luz hiere la retina, vemos que lo que ocurre es muy parecido a lo que pasa cuando la luz descolora una cortina o una prenda de vestir.

Lo que ocurre después en la historia del ojo es que las células de pigmento, que estaban primitivamente esparcidas por toda la superficie del cuerpo, se acumulan en determinadas regiones. Estas células no están propiamente en la superficie de la piel, sino debajo de la epidermis; y la segunda fase del desenvolvimiento del órgano de la visión es que el lugar en que se acumulan las células pigmentarias, la epidermis, se pone más espesa, se comba un poco. Este hecho es muy importante, porque, si se forma un abombamiento, esto es, una superficie curva, que la luz ha de atravesar, para llegar hasta las células pigmentarias, tendremos una lente de las llamadas *convexas*, y como sabemos ya, por el caso de los cristales de aumento, o de las lentes de las hojas, el resultado es que la luz se enfoca.

LA FORMA MÁS SENCILLA DE OJO Y EL OJO MARAVILLOSO DE UNA MOSCA

Con lo que llevamos dicho ya, podemos asegurar que las células de pigmento están en conexión con el cerebro, como todas las regiones del cuerpo, por medio de nervios. Con esto hemos llegado ya al caso en que existe una lente para enfocar la luz, células sensitivas sobre las que la luz ejerce determinada acción química, y nervios que transmiten al cerebro las impresiones de la referida acción, el cual ve. Aquí existe, pues, una especie de ojo completo desde la superficie hasta el centro.

Todos los ojos de los animales invertebrados deben considerarse como simples perfeccionamientos de este tipo. El ojo de tales seres se desarrolla siempre en la piel de cada individuo, del mismo modo que acabamos de ver en la historia de estas formas animales. Pronto vamos a ver que los ojos de los vertebrados son de un tipo muy superior; pero no hemos de considerar que todos los ojos sean inferiores a los de cualquier vertebrado, porque los ojos de algunos insectos son en realidad de una penetración extraordinaria. La libélula o el caballito del diablo es, en este concepto, el insecto más admirable. Sus ojos son en extremo grandes y poderosos. En este caso particular, a diferencia de lo que en otros muchos ocurre, el cristalino, en vez de estar formado por una sola superficie curva, es como un diamante que presenta multitud de facetas, cada una de las cuales es a su vez una verdadera lente. El número de facetas que presenta el ojo del caballito del diablo se ha visto que asciende a ¡17.000!

CÓMO EL CABALLITO DEL DIABLO SE DIVIERTE BURLÁNDOSE DE LOS HOMBRES

Pocas cosas son tan admirables como la habilidad y seguridad con que la libélula sigue y caza al vuelo cualquier insecto. Uno de los primeros peritos en la materia, el profesor Forel, sabio que ha hecho famosa a Suiza, escribe lo siguiente: « Procurando cazarlas a orillas de un gran pantano, podemos convencernos de que el caballito del diablo se divierte burlándose del cazador. El animal permite que se le acerque hasta casi cogerla ».

« Entonces puede verse con qué exactitud mide el insecto la distancia y escapa de su enemigo. Es un hecho indiscutible que el referido insecto huye siempre a la distancia precisa a que no es posible cogerlo, a no ser que sea en tiempo frío o de noche, y distingue perfectamente asimismo si su perseguidor va armado de una red o no lleva nada en las manos. Puede decirse que miden la longitud del mango de la red, por lo que el ir provisto de una red de mango largo no resulta ventajoso. El insecto vuela a la distancia justamente precisa para ponerse fuera del alcance del instrumento, por más que el cazador se esfuerce en ocultárselo y sacarlo de repente ».

No debemos suponer que todos los insectos tengan buenos ojos; por el contrario se encuentran todas las gradaciones entre la libélula, en un extremo, y los insectos completamente ciegos, que habitan en las cavernas, o ciertas clases de hormigas obreras, que asimismo viven constantemente debajo de tierra.

LA MOSCA VULGAR QUE HA APRENDIDO A HUIR DE LA LLAMA DE GAS

Muchos insectos presentan la particularidad de volar hacia la luz. Las luces artificiales, como las que nosotros utilizamos, no se conocen en la naturaleza y, el insecto que vuela hacia la lámpara, cree que va hacia la luz del día. Desde nuestro punto de vista, es una desgracia que un gran número de insectos domésticos hayan aprendido en el curso de los años a conocer lo que es la luz artificial. No podemos entrar aquí en la difícil cuestión de saber cómo ha ocurrido semejante cambio en sus hábitos naturales; pero, sea como fuere, no cabe duda que en la actualidad, la mosca vulgar, por ejemplo, no se destruye precipitándose en la llama del gas, y así puede campar por sus respetos en nuestras habitaciones.

Las costumbres de las moscas son en extremo sucias; sus patas están constantemente cargadas de inmundicia.

Son, pues, grandes propagadoras de enfermedades y anualmente mueren muchos niños a causa de haberles envenenado el alimento las moscas. Por este motivo ha sido para nosotros gran desgracia que las moscas hayan aprendido a evitar el peligro de la luz artificial, en la cual sus antepasados hubieran encontrado infaliblemente la muerte.

Hace muchos años, Lord Avebury demostró que las abejas y las avispas podían distinguir los colores; si bien las avispas eran bajo este respecto muy inferiores a las abejas. Éstas distinguen perfectamente todos los colores y rara vez se equivocan, a no ser entre el azul y el verde. La importancia de este hecho es muy grande, pues nos permite comprender como una abeja puede distinguir una flor de otra.

INSECTOS QUE PUEDEN VER LO QUE NO VEN NUESTROS OJOS

Por lo regular, el color de una flor es una especie de bandera desplegada para decir a las abejas y a otros insectos: « venid aquí, tengo algo que os gustará ». De este modo la abeja halla con qué fabricar su miel y la flor es fecundada. Así, pues, gracias al placer que nuestros ojos reciben del bello color de muchas flores, tenemos noticia del hecho de que también las abejas y otros insectos pueden verlas y distinguirlas. Si no hubiese insectos, no existirían tampoco hermosas flores, pues no tendría objeto el que la planta ostentara su vistoso estandarte.

Lord Avebury ha demostrado asimismo que las hormigas pueden ver determinadas clases de luz, para las que nuestros ojos son ciegos, esto es, la luz producida más allá de los rayos violeta, la luz *ultra violeta*.

Hemos de decir aquí que recientemente se ha demostrado que los ojos de las personas varían respecto a esto. Así como los ancianos no oyen sonidos altos de tono, perfectamente perceptibles para los jóvenes, también se da el caso de adolescentes que pueden vislumbrar algo de la luz ultravioleta, como las hormigas de que hemos hablado, luz completamente invisible para la mayoría de todos nosotros. Finalmente, Lord Avebury ha descubierto también que algunas hormigas se reconocen después de un año de separación. No juzguemos, pues, del valor y las facultades de las cosas por su tamaño; y por esta breve noticia de uno de los sentidos de los insectos, vemos cuán acertado es el consejo de aprender de las hormigas a ser laboriosos y prudentes.

Pasemos ahora a los ojos de los vertebrados. Los animales más inferiores de este grupo son los peces, cuyos ojos hemos visto todos. Por maravillosos y finos que sean los ojos de los insectos, los de los vertebrados pertenecen a un tipo mucho más perfecto y admirable. Esta superioridad parece depender, en primer término, de la manera de formarse el ojo en ellos. Hemos visto que el ojo de todos los animales no vertebrados se forma siempre de la piel; en cambio en los vertebrados las partes más importantes del ojo derivan del cerebro y no de la piel.

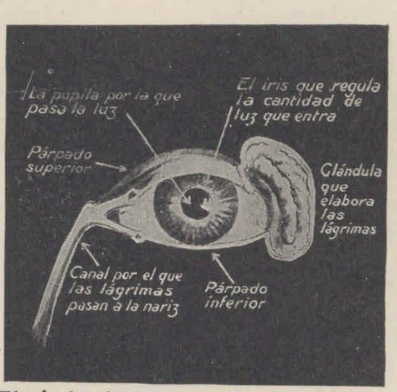
Es verdad que la parte anterior de tales ojos, sin excluir los nuestros, deriva de la piel; pero esto es cierto tan sólo respecto de las partes que la luz ha de atravesar para llegar hasta la retina Ésta es, en realidad, una porción del cerebro, que ha sido empujada hacia adelante, como si se hubiese desprendido del cerebro una especie de tallo y ramas.

La razón del gran poder de la retina de los vertebrados, muy superior a la de los restantes animales, estriba en que la retina es, en efecto, una verdadera porción del cerebro. La visión es tan importante, que el cerebro no podría confiar el cometido de recibir los rayos luminosos a un órgano derivado de la piel, sino que ha querido encargarse por sí mismo de ello, si cabe la expresión, a fin de que esta operación resulte todo lo bien ejecutada que sea posible.

En líneas generales, el ojo de los vertebrados es siempre el mismo, sea cual fuere la especie animal que se examine. El ojo de un pez es, como puede su-

ponerse, bastante inferior al de un ave o un mamífero; pues el ojo de los peces está destinado a ver en el agua donde a toda clase de ojos le sería imposible ver, si no es a muy cortas distancias; y, no obstante, el ojo de los peces pertenece al mismo tipo que el ojo humano, si bien es mucho más sencillo.

No necesitamos hacer especial mención del ojo de las aves, por más que, como sabemos, la visión en algunos de estos animales es en cierto modo superior a la de todos los demás. Esta superioridad se refiere únicamente a la penetración; por lo que de una persona que tenga la vista muy fina suele decirse que tiene ojos de águila o de lince. Esta agudeza la tiene principalmente el águila y otras especies de animales, sin que por eso deje de ser verdad que otras aves tienen también la vista muy aguda. De otro modo no les sería posible cazar insectos al vuelo, como lo hacen. Al ponderar el ojo y la penetración visual de las aves, no debemos suponer, como suelen hacerlo la mayoría de los autores que se han ocupado de esta materia, que la perspicacia de la vista es el todo.



El ojo izquierdo, mostrando las glándulas donde se elaboran las lágrimas y los conductos por los que son conducidas a la nariz, después de haber lavado el globo del ojo. En el llanto las lágrimas no pueden pasar todas por el referido conducto y por eso se derraman.

Fácilmente comprenderemos cuán equivocado es este criterio, considerando el caso de un marinero, por ejemplo, que tiene también ojos muy agudos y que puede distinguir algún tanto a través de la niebla; pero que, con seguridad, nunca se detendría a mirar el más hermoso cuadro ni el más hermoso paisaje. Por otra parte, un gran artista puede tener en su vejez la vista muy debilitada y ser casi ciego, y, sin embargo, con la escasa vista que le queda puede extasiarse ante una puesta de sol y ver en un cuadro cosas, que la simple agudeza visual, sea en un hombre, sea en un águila, sería por completo incapaz de descubrir. Conviene tener presente este hecho, porque es tan verdadero respecto de la visión, como respecto de los demás sentidos.

La agudeza de un sentido es, en realidad, una prerrogativa muy envidiable; pero una cosa es tener una vista o un oído agudos, y otra tener vista u oído, no muy agudos quizá, pero que pueden ver y oir y apreciar lo que es bello y amable. Si tenemos esto presente, no podremos estar conformes con los que dicen que los ojos de las aves de rapiña, o los de la libélula o el tigre, o los de ciertas razas humanas inferiores, son mejores y más agudos que los del hombre, civilizado; no hay nada de esto.

Y podemos decirlo así, porque sabemos que la agudeza no es la más alta cualidad de un sentido; y la mejor prueba de nuestra afirmación se encuentra en el hecho de que, cuando buscamos la contraprueba en el cerebro, hallamos que el área de la visión es mucho más amplia y desarrollada, no en el insecto, ni en el ave, ni en el hombre de mayor agudeza visual, sino en los cerebros de hombres civilizados, que saben ver y conocer lo que es bello y poético.

EL PÁRPADO QUE LIMPIA EL OJO Y LO MANTIENE HÚMEDO

Ahora podemos pasar al estudio de nuestros propios ojos y ver cómo están hechos. Justo es hacer mención de los párpados, porque existen por causa de los ojos, y éstos no podrían subsistir sin aquéllos. Estamos muy equivocados si creemos que los párpados existen únicamente para detener el paso de la luz, cuando no queremos ver; esta es, en efecto, una de sus funciones; pero si los estirpáramos y pusiéramos en su lugar una especie de pantallas arti-

ficiales, no tardaríamos en advertir que los párpados tenían además otra aplicación que constituye un enorme beneficio para los ojos.

A cada parpadeo,—y a cada pocos segundos verificamos uno aun sin darnos cuenta—el párpado superior lava la superficie anterior del globo del ojo, por medio de una lágrima, que procede de la glándula lagrimal, y se ha ido extendiendo a lo largo de la superficie interna del párpado superior.

La glándula lagrimal está situada encima del globo del ojo, un poco hacia su lado externo. La lágrima, después de lavar y humedecer la porción anterior del globo del ojo, pasa por un orificio pequeño, situado en el extremo interno del párpado inferior, llegando a través del mismo a la nariz en la forma que el grabado indica.

POR QUÉ LLORAMOS CUANDO ESTAMOS AFLIGIDOS O ANGUSTIADOS

La razón de llorar cuando nos ocurre alguna desgracia, parece ser, a primera vista, que la parte del cerebro en conexión con la glándula lagrimal, se encuentra muy próxima en aquella región cerebral que se perturba cuando estamos afligidos. Se ha dicho que si la disposición del cerebro fuese algo diferente de lo que es, en vez de producirse en los referidos estados un exceso de lágrimas, se produciría una superabundancia de saliva.

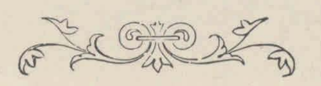
Esta suposición tan antipoética, es debida a un poeta, y ha sido admitida por varios autores. El que esto escribe cree, sin embargo, que la realidad es mucho más poética que lo que el poeta supuso. La verdadera razón por la cual manifestamos por nuestros ojos, mejor que por medio de otro órgano cualquiera, la intensidad de nuestros sentimientos, es, a lo que parece, que los seres humanos viven para su mutuo auxilio, simpatía o amor. Nos conmueve contemplar la desdicha ajena y así comprendemos, sin duda alguna cuando los demás necesitan nuestro auxilio, nuestra simpatía.

Si la boca de un niño estuviese húmeda únicamente cuando algo afligiera a la criatura, no podríamos hacernos cargo del hecho y, por tanto, no podríamos auxiliarle; pero cuando vemos que se le humedecen los ojos se despierta entonces nuestra simpatía y acudimos inmediatamente en su auxilio. Lloramos, pues, no porque el cerebro esté especialmente organizado para el llanto, sino que el cerebro está organizado así porque el llanto es la manera más útil y conveniente de hacer conocer nuestra aflicción a los demás.

CÓMO EL ROSTRO Y LOS OJOS EXPRESAN NUESTROS SENTIMIENTOS

Al desarrollarse las partes más nobles del cerebro, adquirimos dominio sobre nosotros mismos y lloramos mucho menos que en la infancia; no obstante, es cierto que aun entonces nuestros sentimientos se expresan de modo fácilmente observable por los demás, porque la cara los revela, y cuando estudiamos de un modo general la forma en que nuestros sentimientos se expresan por las distintas partes del rostro, vemos que el llanto corresponde a ciertas maneras de expresión, que estarían discordes con un aumento de la humedad de la boca; de modo que no es una mera casualidad que la aflicción y la tristeza se expresen derramando lágrimas, mejor que por una inusitada producción de saliva o en otra forma cualquiera.

Los párpados están provistos de pestañas que ayudan a defender los ojos contra el polvo. Además de la protección ofrecida por las pestañas deben tenerse en cuenta las cejas, que impiden que el sudor de la frente corra hasta entrar en los ojos. Por fin, hemos de citar la magnífica estructura ósea del cráneo que rodea al ojo procurándole admirable protección.

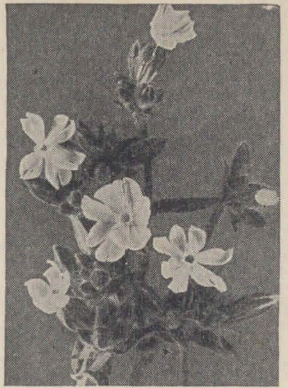
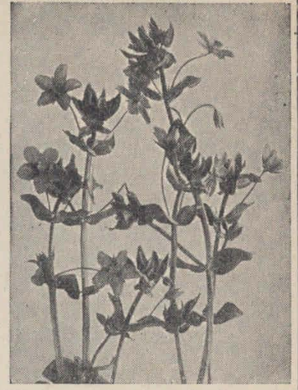




«LAS FLORES DEL CAMINO»—CUADRO DE CARLOS W. WYLLIE



PINTORESCO GRUPO DE FLORES SILVESTRES

Las flores reciben la visita de insectos que llevan el polen, abriéndose cada clase de flor más temprano, o más tarde según los hábitos de la especie de insecto que acostumbra visitarla. El grabado nos muestra tres especies de flores; dos de ellas se abren muy de mañana, mientras la otra se abre por la tarde.

LOS HÁBITOS DE LAS FLORES

SABEMOS que las distintas plantas difieren en lo tocante a su preferencia por ciertas clases de terreno, o por lugares determinados. Las hay, además, que requieren terrenos húmedos, a diferencia de otras que vegetan mejor en los secos, lo cual depende de la cantidad de agua que necesitan absorber y del espesor más o menos grande de la corteza o cutícula que las protege. Las plantas y árboles que llamamos perennes no suelen necesitar gran cantidad de agua, pues sus hojas tienen una superficie dura y pulida que impide la evaporación del agua contenida en el vegetal.

Cuanto menos rápida sea la pérdida de agua por los poros de las hojas, menor será el trabajo que han de hacer las raíces para absorber la humedad de la tierra; de manera, que si se comparan las cosechas sucesivas de plantas cultivadas en lugares secos, se observará que sólo sobreviven las de piel más gruesa y tupida y que cada especie adquiere gradualmente la estructura necesaria para evitar la pérdida de agua por las hojas y aun por el tallo, logrando así prosperar en terrenos donde habría de perecer una planta de hojas delgadas. Por eso el cacto, el agave y otras plantas por el estilo, crecen en los lugares más secos y áridos.

Igualmente, si consideramos las plantas que crecen en un lugar determinado y estudiamos detenidamente las distintas especies, observaremos que en todas ellas es parecida la estructura de las hojas y de los tallos, siempre que se considere desde el punto de vista anteriormente expuesto. Si recorremos, en busca de flores, un matorral arenoso en que crecen el brezo, la campanilla, el tojo, la juncia y el pino, las que cojamos no se nos marchitarán entre las manos, mientras las llevamos a nuestra casa; pero si paseamos por las márgenes de un río y recogemos ulmarias, miosotis u otras flores parecidas, se observará que al llegar están todas muy mustias, sin que logremos conservarlas mucho tiempo ni aun poniéndolas en agua.

Si las semillas de las plantas que viven junto al agua son transportadas a terreno arenoso, o las de las plantas que crecen en éste a las orillas de un río, es posible que broten, pero nunca alcanzará la planta un completo desarrollo, porque no encuentra las condiciones que requiere su crecimiento. Sabiendo que una clase de planta crece en los pantanos o junto a los arroyos, podemos estar seguros de no hallarla en

matorrales arenosos: de manera, que desde luego podemos distinguir unas de otras las clases de plantas, según crezcan en los bosques, entre las rocas o a orillas de los ríos.

Cada especie de planta florece en época determinada, siendo tanta la exactitud con que lo hace, que podemos estar seguros de encontrar, en cada estación, la flores que le corresponden, con tal que el tiempo sea poco más o menos lo que debe ser, segun la época del año. Hay años en que la primavera llega con retraso, porque los fríos del invierno persisten más de lo regular, y en este caso también son tardías las flores de la primavera, pues su aparición, más que de la fecha, depende de la temperatura. Los capullos brotan y se abren, cuando el estado del tiempo es el más propicio para su objeto.

Pero lo que desearíamos saber es *cómo* averiguan las plantas que ha llegado el tiempo oportuno. ¿Cómo saben, por ejemplo, la campanilla blanca y el azafrán, cuyos bulbos están sepultados en la tierra, que han terminado ya las heladas? ¿Quién le dice al almendro que eche sus hermosas y sonrosadas flores antes de haber brotado su follaje? ¿Quién avisa al tusílago para que antes de asomar una sola hoja, empiece a cubrirse de flores amarillas? Sin duda estas plantas no conocen de antemano la época exacta de su floración; pero saben que llegará y que han de estar preparadas cuando llegue aquélla.

LAS PLANTAS AGUARDAN A QUE EL SOL TRAIGA LA SAZÓN OPORTUNA PARA BROTAR DEL SUELO

A fines de otoño, las plantas bulbosas comienzan a echar nuevas raíces; y como están ya formadas sus hojas y sus capullos, aunque son todavía muy diminutos y se hallan ocultos dentro del bulbo, se disponen a perforar la tierra, dando salida a las hojas. Pero antes de llegar a la superficie se dan cuenta de que hace mucho frío, encontrándose muchas veces con que está helada dicha superficie, y entonces descansan algún tiempo. Luego, cuando viene el deshielo, el agua cálida de las lluvias primaverales penetra por el subsuelo, y las plantas conocen que pueden salir rompiendo la superficie.

Puede que entonces vuelva el frío, pasándose días y semanas sin que asomen más que las puntas de las hojas; pero en cuanto se consolida el tiempo suave, las hojas crecen rápidamente, los capullos aparecen y no tardan en abrirse al sentir las primeras caricias de los rayos solares.

No hemos de figurarnos que se forman los capullos poco antes de que deban abrirse. En el caso de las plantas *anuales* que vemos en los jardines, y cuyas semillas no suelen sembrarse hasta los primeros meses de la primavera, no es posible que los capullos empiecen a formarse con mucha anticipación; pero en cuanto a las plantas bulbosas y a los árboles y arbustos que florecen en la primavera, no cabe duda de que las flores se formaron ya dentro de sus capullos en el otoño anterior.

MARAVILLAS DE LOS CAPULLOS QUE SIRVEN DE ALBERGUE A LAS DELICADAS FLORES

Cuando en otoño se cosechan las castañas, vense pender de los ramitos pares de botones o bolitas duras y verdes, las cuales se volverán alargadas, blandas y amarillas a la llegada de la primavera. Al recoger los frutos maduros del manzano, se distinguen fácilmente cuáles son los capullos de donde nacen hojas, y cuáles los que producen flores, pues los segundos están mucho más hinchados que los primeros. Si examinamos uno de los bulbos o cebollas del jacinto, que se compran en otoño para plantarlos en el jardín, veremos por el agujero que hay en la parte de arriba, los capullos diminutos que ya se han formado en su interior.

Hay algo más extraordinario todavía que la influencia de las estaciones en las plantas, y es el hecho de que algunas de ellas se den cuenta de la hora. Existen flores de día, o diurnas, y otras de noche, o nocturnas; pero no todas las flores diurnas suelen abrirse a primera hora, ni quedan abiertas hasta que se pone el sol. Ciertas flores de verano, como la llamada barba cabruna, se abren a eso de las cuatro de la madrugada y se

cierran con frecuencia a las diez o las once, pero siempre antes del mediodía.

La pimpinela se cierra siempre a las primeras horas de la tarde, como casi todas las flores que se abren en la madrugada. Ninguna de las flores de noche suele abrirse antes de la seis. Si nos fijamos en la prímula nocturna, tal como aparece durante el día, veremos que sus flores están todas cerradas, flojas y descoloridas; pero en cuanto empieza a caer la tarde, los capullos se abren repentinamente y los petálos amarillos adquieren todo su desarrollo, mientras su penetrante y grato perfume invade el ambiente. Lo propio puede observarse tratándose de otras flores, tanto silvestres como de jardín.

UN RELOJ QUE SEÑALABA LAS HORAS POR MEDIO DEL ABRIR Y CERRAR DE LAS FLORES

El célebre botánico sueco Linneo quedó tan sorprendido de la regularidad con que se abrían o cerraban ciertas flores según las horas del día, que construyó un reloj floral, cultivando en un trozo de tierra una serie de plantas cuyas flores se abrían la una después de la otra. Claro está que ese reloj no podía usarse más que en verano.

No hay duda de que las plantas son sensibles a las diferencias de luz que se notan en las distintas horas del día, no abriéndose sus capullos hasta que esa luz ha adquirido la intensidad necesaria. Esto no es bastante, sin embargo, para explicar el fenómeno, pues hay horas en que la luz de la tarde tiene la misma fuerza que la de la mañana.

DE CÓMO SE ABREN LAS FLORES A LAS HORAS MÁS PROPICIAS PARA QUE LAS VISITEN CIERTOS INSECTOS

En los meses de verano, durante los cuales florecen las plantas en mayor número, la intensidad de la luz a las seis de la tarde es la misma que a las seis de la mañana; las plantas, por tanto, han de tener algún otro medio de distinguir entre una y otra hora, no siendo fácil decir en qué consiste ese medio. No hay duda de que las plantas poseen facultades especiales acerca de las cuales no sabemos casi nada.

El hecho de que unas plantas se abran por la mañana, mientras otras lo hacen por la tarde, se explica muy fácilmente. Todas las plantas que necesitan de los insectos para el traslado del polen, han de cuidar de que sus flores estén abiertas durante las horas en que dichos insectos suelen volar. Si así no sucediera, resultarían inútiles los vistosos colores y el atractivo del néctar, y, lo que es peor, no producirían semilla alguna. Por eso observamos que, como las abejas suelen madrugar, las flores que buscan su ayuda también se abren temprano. En cambio, hay pocas mariposas que aparezcan antes de las nueve o las diez de la mañana, y así es que las flores visitadas por esos insectos no se abren hasta esa hora, y se cierran a eso de las cinco o las seis de la tarde. Las falenas y otros insectos nocturnos, no vuelan antes de que oscurezca, y, por tanto, las flores que acostumbran visitar quedan abiertas hasta después de media noche, y permanecen cerradas durante el día, hasta el oscurecer.

FLORES QUE ESTÁN ABIERTAS ASÍ DE DÍA COMO DE NOCHE

Las flores que se benefician indistintamente con las visitas de las mariposas, de las abejas y de todo género de insectos diurnos o nocturnos, permanecen abiertas a todas horas del día y de la noche. Hay muchas plantas cuyo polen no es trasladado más que por una especie de insectos, y esas plantas han adquirido el hábito de no abrirse más que en aquellas horas en que el insecto suele volar. Al tratar de la influencia de la luz sobre el abrir o cerrarse de las flores, conviene que por un momento volvamos a considerar la cuestión del ambiente, pues se observa que la mayor o menor cantidad de luz que hay en lugares determinados influye en la distribución de las diversas clases de plantas. Si, por ejemplo, paseamos por un pinar, no podrá menos de sorprendernos el escaso número de plantas que en él crecen: la mayor parte del suelo está cubierto de hojas caídas, que forman una capa espesa, y sólo en algunos puntos crece un poco de musgo de un tinte

verde blanquecino. Esto se debe a dos motivos, uno de los cuales es que la capa de hojas caídas hace que el terreno sea muy seco; pero el motivo principal es que las hojas de las copas de los pinos, constituyendo una especie de techumbre, interceptan gran parte de la luz, tanto en verano como en invierno; y son escasas las plantas que pueden vivir en esa media oscuridad.

Los bosques formados por árboles cuyo follaje se desarrolla principalmente en las ramas bajas, también son algo oscuros en verano; pero en invierno y en la primavera, si se trata de árboles anuales como la haya u otros semejantes, la luz es intensa, y las plantas pueden prosperar, con tal que terminen su desarrollo antes del verano. Las plantas que viven en esa especie de bosques han de acostumbrarse a florecer en el transcurso de la primavera.

POR QUÉ ABUNDAN MÁS LAS FLORES EN UNOS BOSQUES QUE EN OTROS

El suelo de los bosques de hayas se cubre en la primavera de flores como las violetas, anémonas y otras por el estilo, que crecen con gran abundancia. Al llegar el verano, han desaparecido casi todas sus hojas, quedando únicamente los ovarios maduros, junto con algunas otras plantas tardías que necesitan menos luz.

Son escasas las plantas que florecen allí en verano, y las pocas que hay se sustentan principalmente de las hojas descompuestas de los árboles, por lo cual no necesitan de tanta claridad. En los puntos en donde da alguna luz, atravesando de sesgo por debajo de las ramas, suelen crecer ciertas plantas, entre otras la sadícula, cuyas hojas se extienden por el suelo a fin de aprovechar la luz.

Cuando el bosque tiene un suelo húmedo y se compone de árboles cuyas hojas, como las del roble, dejan pasar mayor cantidad de luz, las flores silvestres son muchísimo más abundantes y crecen también otras plantas, como los helechos. Pero sea cual fuere la clase de bosque, y aun en el caso de flores que nacen a la sombra de los setos que guarnecen las veredas, es preciso que la mayoría de las plantas efectúen su crecimiento en primavera, antes que el espesor de hojas dificulte el paso de la luz y les obligue a interrumpir su desarrollo.

POR QUÉ SUELEN NACER LAS FLORES DE PRIMAVERA DEBAJO DE LOS ÁRBOLES O ARBUSTOS

La circunstancia, expuesta al fin del párrafo anterior, explica por qué algunas plantas parecen darse tanta prisa en asomar la cabeza a la superficie en cuanto cesan las heladas, y por qué desaparecen al poco tiempo, antes de haber salido las primeras rosas. Si fijamos la atención en el lugar donde crecen las flores de la primavera, veremos que casi siempre es a la sombra de árboles, de arbustos, o de plantas que en verano se visten de abundantes hojas.

Desde hace muchísimos años, las plantas de flor pequeña parecen haberse dado cuenta de que hallándose rodeadas de flores más valiosas y de tallo más alto, correrían peligro de no ser vistas por los insectos. Por otra parte no les convenía aumentar el tamaño de sus flores, porque éstas estaban ya adaptadas a las dimensiones de los insectos encargados de trasladar el polen. Hallaron, pues, otra solución, que consistía en agrupar sus florecillas en gran número. Ciertas de ellas, como el erísimo, el galio o cuajaleche y la aspérula tienen flores diminutas, amarillas o blancas, cada una de las cuales nace de un pedúnculo muy corto; pero estos pedúnculos están colocados, en número de veinte o treinta, al extremo de un largo tallo, semejando el conjunto un paraguas vuelto del revés. De este modo todas las florecillas se juntan para formar un ramo, siendo visibles, por tanto, desde lejos, lo mismo que una flor de gran tamaño.

DE QUÉ MODO SE HAN PERFECCIONADO LAS PLANTAS DE FLOR PEQUEÑA

Algunos árboles, como el saúco y el viburno han adoptado el mismo sistema, reuniendo sus pequeñas flores en forma de grandes ramilletes planos. Pero el viburno ha ido todavía más allá, ha-

ciendo que las flores exteriores del ramillete renunciaran a sus pistilos y estambres para adquirir mayor desarrollo, a costa de sus facultades de reproducción; y, si nos fijamos en una de esas *inflorescencias*, que es el nombre que se ha dado a ésta clase de agrupación, veremos que las flores exteriores son de un tamaño doble del de las demás, pero que carecen enteramente de pistilos y estambres. No sabemos si las plantas compiten unas con otras, como lo hacen los hombres; pero diríase que cierta planta llamada « diente de león » ha querido sobrepujar a las demás, ideando una combinación más práctica, que consiste en suprimir por inútiles los pedúnculos, reuniendo multitud de flores, sobre una especie de plataforma colocada a la extremidad del tallo. Lo que llamamos una flor, viena a ser, pues, un grupo de doscientas flores, según puede verse cuando se las deshoja.

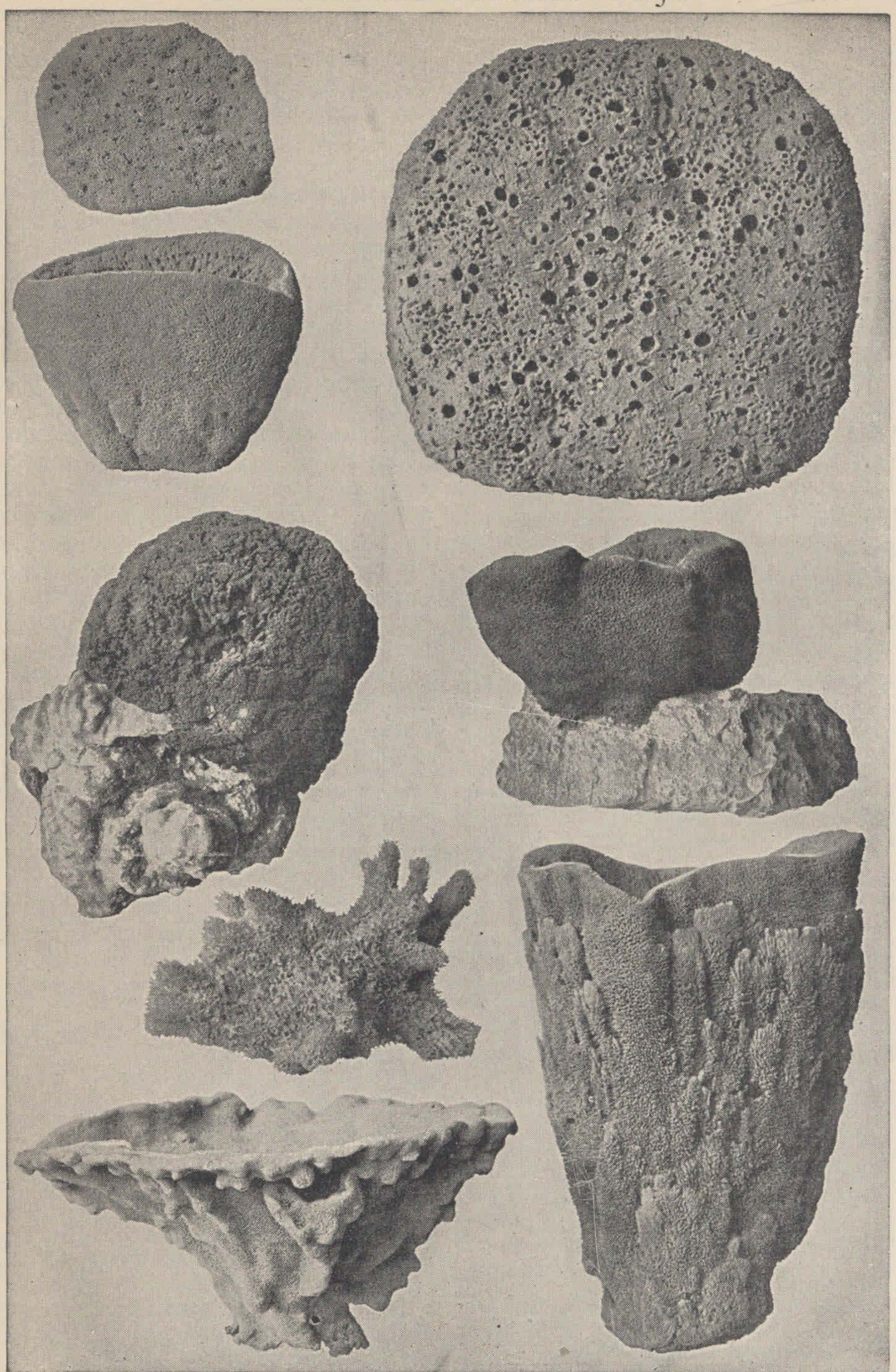
LA MARGARITA, CUYAS FLORES BLANCAS Y AMARILLAS VAN COLOCADAS EN UNA PLATAFORMA

Prosiguiendo lo que parecerá quizás un cuento de hadas, diremos que la margarita ha imaginado un sistema todavía más perfeccionado. Efectivamente, también ha agrupado sus flores. pero a fin de hacerlas más vistosas, ha dispuesto que las exteriores renuncien a sus estambres, empleando toda su fuerza para la elaboración de unas largas cintas blancas que rodean a las flores de en medio y hacen resaltar su color amarillo. De este modo pueden producir semillas, pues conservan sus pistilos y los insectos les traen el polen, lo mismo que a las flores amarillas. Si cogemos una margarita y la comparamos con un « diente de león », observaremos que en eso consiste la diferencia entre ellas dos. El cardo, el ojo de buey, el pensamiento, el girasol, el tusílago y el cardo silvestre tienen todos flores compuestas semejantes a las dos citadas, pareciendo que las unas han imitado al « diente de león » y las otras a la margarita. Siempre que vayamos de paseo por los campos o los jardines, conviene que nos fijemos en las distintas clases de flores, observando sus colores y sus formas, el lugar en donde crecen y los insectos que suelen visitarlas; así es cómo llegarán a interesarnos y a inspirarnos verdadero cariño.

EL POETA Y LA ROSA

UNA fresca mañana
En el florido campo
Un poeta buscaba
Las delicias de mayo.
Al peso de las flores
Se inclinaban los ramos,
Cómo para ofrecerse
Al huésped solitario.
Una rosa lozana,
Movida al aire blando,
Le llama, y él se acerca;
La toma y dice ufano:
Quiero, rosa, que vayas,
No más que por un rato,
Y que la hermosa Clori
Te reciba en su mano.
Mas, no, no, pobrecita,
Que si vas a su lado
Tendrás de su hermosura
Unos celos amargos.
Tu suave fragancia,
Tu color delicado,
El verdor de tus hojas
Y tus pimpollos caros
Entre estas florecillas
Pueden ser alabados;
Mas junto a Clori bella
El locura pensarío.
Marchita, cabizbaja
Te irías deshojando,
Hasta parar tu vida
En un desnudo cabo.
La rosa, que hasta entonces
No despegó sus labios,
Le dijo resentida:
« Poeta chavacano.
Cuando a un héroe quieras
Coronar con el lauro,
Del jardin de sus hechos
Has de cortar los ramos;
Por labrar su corona,
No es justo que tus manos
Desnuden otras sienes,
Que la virtud y el mérito adornaron »

SAMANIEGO.



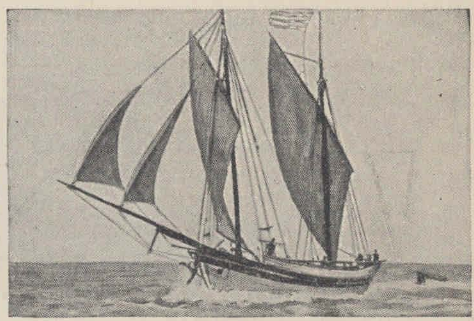
Por raro que pueda parecernos, las esponjas, que tan útiles servicios nos prestan, tuvieron vida en otro tiempo. Las esponjas viven en el mar, respirando oxígeno, de igual modo que los peces. El agua penetra por sus poros más pequeños; sus células devoran las substancias nutritivas que contiene, y sale después por los grandes orificios que vemos en su superficie. Son éstos verdaderos canales, en los que anidan gusanos, diminutos crustáceos y aun cangrejos pequeños.



He aquí una escuadrilla de buques dedicados a la pesca de la esponja, en el puerto griego de Hydra. Las esponjas viven en los mares templados, en los cuales no hay mareas, como sucede en los que bañan las costas de Grecia y Turquía, y en los de la Florida, en América del Norte, y de las Antillas y Bahamas. Anidan en las rocas, o en el fango, y a veces en otros animales.



La escuadrilla ha zarpado, y aquí se ve la cubierta de una embarcación, durante un descanso de los pescadores.



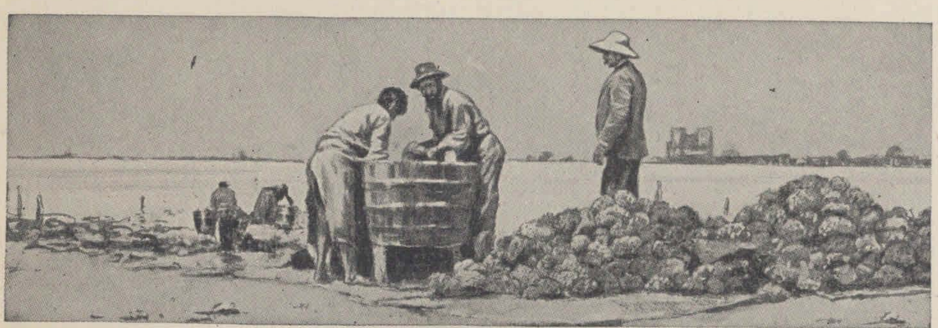
Aquí vemos un barco pescador, navegando con viento favorable en busca de los criaderos.



Este barco ha llegado al criadero, y vemos un buzo, provisto de su traje especial y su escafandra, en el momento de descender al fondo del mar, para pescar las esponjas. El tubo que vemos a la izquierda del buzo sirve para enviarle aire puro, para que no se asfixie. El buzo irá desarrollando el cabo que lleva en la mano a fin de que le sirva de guía en el agua, y lo utiliza además para dar a sus compañeros la señal de que ya lo pueden izar con las esponjas pescadas.



En este grabado vemos las embarcaciones en la superficie del mar y los buzos en el fondo, arrancando las esponjas de las rocas. El hombre que bucea debajo de la embarcación de la izquierda, desprovisto de escafandra, no podrá permanecer sumergido más de dos o tres minutos, pues peligraría su vida.



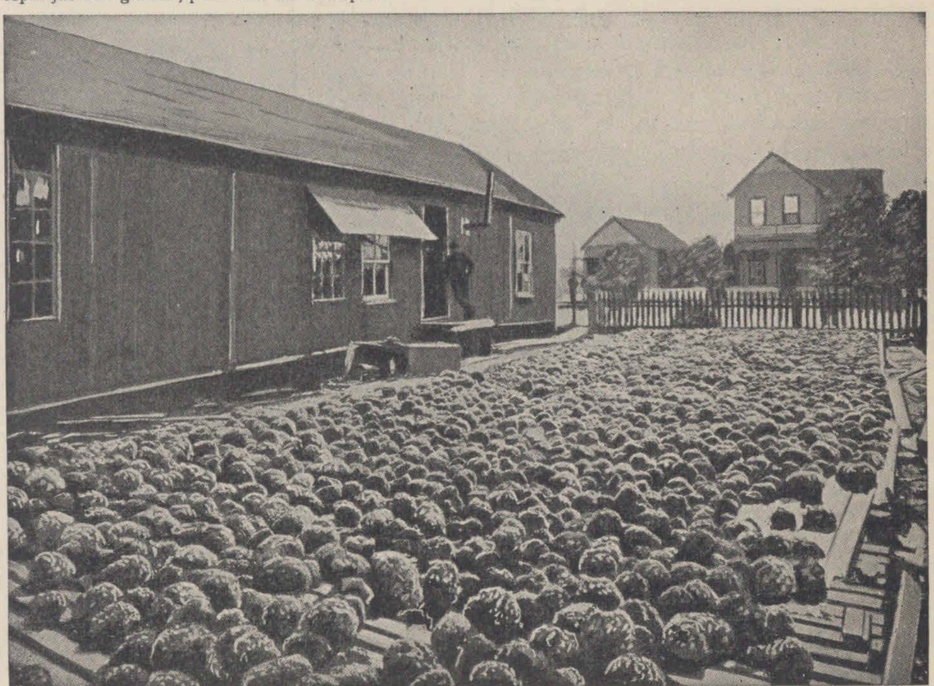
Desembarcadas las esponjas, reciben en la playa un lavado preliminar. La esponja está recubierta de una delgada piel, y sus poros y canales, llenos de una substancia viscosa, que es su materia vital. Es preciso quitarles una y otra, y limpiarlas perfectamente, antes de entregarlas al mercado.



He aquí una escena en la Florida, al regreso de los barcos dedicados a la pesca de esponjas. Los pescadores construyen los cercados de madera, que vemos, para almacenar en ellos las esponjas recién pescadas. La acción del agua facilita la extracción de la piel y el limo que contienen.



He aquí las esponjas traídas por las dos embarcaciones que vemos en este grabado. Son grandes y de buena calidad, y han sido arrancadas a mano en las profundidades del mar. Algunos buzos arrancan las esponjas con garfios; pero esto las estropea.



Lavadas y limpias las esponjas, se ponen a secar sobre bastidores de madera, y se envían a los principales mercados de América, donde se embarcan para todos los países del mundo, y especialmente para Europa. Además de los usos domésticos que tienen las esponjas, y que todos conocemos, se emplean también en los hospitales para lavados higiénicos.

¿POR QUÉ DESAPARECEN LOS RABOS DE LOS RENACUAJOS?

Durante cierto período de la corta vida de los renacuajos, algunas células de sus cuerpos comienzan a devorar a las que constituyen sus rabos, y éstos son absorbidos gradualmente hasta que desaparecen por completo bajo la acción de dichas células. La materia de que se hallaban hechos desaparece de esta suerte, mediante un proceso, conocido con el nombre de absorción, y se utiliza para otra cosa.

¿TIENEN OJOS Y PUEDEN VER LOS AMIBOS?

El amibo es un organismo vivo, en extremo diminuto, compuesto de una sola célula de substancia gelatinosa. Carece enteramente de toda estructura especial, y por tanto, no posee ojos, ni otro órgano particular de sensación; pero aunque no puede ver en la verdadera acepción de la palabra, esto no es un defecto, porque cada parte del cuerpo del amibo es capaz de realizar todas las funciones necesarias a su vida. Los seres que poseen esta propiedad se dice que están generalizados, en contraposición a los animales superiores, en que cada parte de su organismo está exclusivamente destinada a un uso diferente, y de los cuales se dice que están especializados.

¿POR QUÉ SON MUDAS ALGUNAS PERSONAS?

Por regla general, la causa de la mudez no tiene que ver nada con las cuerdas vocales que suelen existir y ser normales, aparentamente al menos, en la inmensa mayoría de los mudos; pero, por alguna razón especial, estos desgraciados seres no pueden utilizarlas. Es decir, que aunque el cerebro conciba una idea, y la persona desee manifestarla, algo ocurre que impide que el mensaje sea enviado por el cerebro a las cuerdas vocales, y el habla se hace imposible. Así pues, podemos decir que cualquiera enfermedad o lesión que destruya la parte del cerebro que se llama «centro del lenguaje» o cualquiera enfermedad o lesión de las fibras nerviosas que ponen en comunicación dicho centro con las cuerdas vocales, será causa de mudez. La mudez es a veces de nacimiento, debida a algún defecto en el desarrollo de la criatura, y en otras ocasiones sobreviene de improviso, durante el transcurso de la vida. Una veces es permanente, y otras dura sólo algún tiempo, y la persona puede recobrar la facultad de hablar.

¿POR QUÉ NOS DEJAN SORDOS, DURANTE BREVES MOMENTOS, LOS RUIDOS DEMASIADO FUERTES?

Esto es debido en parte a que los ruidos muy fuertes producen en el oído tan intensa impresión, que lo dejan como embotado y no le permiten apreciar ningún otro sonido moderado hasta que no se repone. Lo mismo ocurre con otras sensaciones. No podemos sentir en un momento dado más que una sola sensación muy intensa, y la mente consagra su atención a la más poderosa. La sordera que sigue a un fuerte ruido es también debida a partes interiores del oído, que tardan algunos momentos en recuperar su posición natural, y, mientras no la recobran, no pueden apreciar distintamente los sonidos moderados.

¿POR QUÉ NO RECORDAMOS LO QUE NOS ACONTECIÓ CUANDO ÉRAMOS NIÑOS?

Hay muchas facultades del alma que no las poseemos hasta que nuestro cerebro se desarrolla y ejercita, y entre ellas se encuentra la memoria. Sólo podemos recordar las cosas adiestrando la parte del cerebro que preside la expresada facultad y cuando somos pequeñitos todavía no ha tenido tiempo para desarrollarse, aunque todos sabemos que en unos niños la memoria se desarrolla con mayor rapidez que en otros. Aparte de esto, las cosas que nos suceden durante la primera infancia tienen para nosotros escaso interés; no podemos decirnos todavía cuáles acontecimientos tienen verdadera importancia y cuáles no la tienen, de suerte que todas las cosas nos impresionan por igual. Ahora bien, la memoria depende en gran parte de la impresión que el accidente nos causa en el momento en que acontece, y sólo

cuando la mente se halla lo suficientemente desarrollada para poder juzgar de la importancia de las cosas, es cuando la memoria se convierte en una facultad bien marcada.

¿POR QUÉ OLVIDAMOS UNAS COSAS Y RECORDAMOS OTRAS?

La memoria depende en gran manera de la impresión que los diversos incidentes causen en nuestro espíritu. Las cosas que más fácilmente olvidamos son las que no nos impresionan bastante, por carecer de interés o importancia en el momento en que ocurren. Nuestra atención se aparta de ellas con presteza, y por eso no se graban en nuestra memoria. Por otra parte, las cosas que para nosotros constituyen los acontecimientos más trascendentales de nuestra vida, aunque para los demás carezcan de toda importancia, se imprimen en nuestra memoria firmemente y siempre las recordamos; y esta es precisamente la causa de que jamás olvidemos ciertas cosas que en el fondo son verdaderas nonadas. Lejos de apreciarlas así cuando ocurrieron, grabáronse en nuestra mente con indeleble impresión.

¿POR QUÉ CAMBIAN DE COLOR LOS CAMALEONES?

El objeto del cambio de color de la piel de los camaleones, es ayudarle a ocultarse, tomando el mismo tinte que las cosas que le rodean. Esta facultad no es exclusiva de los camaleones; otros muchos lagartos también participan de ella. Tal cambio se realiza mediante gran número de celdillas que poseen debajo de la piel, perfectamente agrupadas y llenas de granulillos, que al reflejar la luz producen un color blanco. Otras células están llenas de gotitas de aceite, y las vemos amarillas; otras contienen un pigmento pardo o rojizo, y los cambios de color se efectúan mediante la contracción de diferentes partes de la piel y el movimiento de los distintos pigmentos. Así, cuando el animal hace que todos los pigmentos se agolpen en la superficie de su piel, presenta un color oscuro. Cuando los pigmentos no están tan próximos a dicha superficie, su color se torna verde, y cuando desaparece enteramente de la piel su tinte es amarillo. El mecanismo que produce estos cambios de color debe hallarse sometido a la voluntad del camaleón; sin embargo, los agentes exteriores que le rodean, tales como el frío y el calor, pueden también influir en la coloración de su piel.

¿POR QUÉ NOS ESCUECE LA LENGUA CON LA MOSTAZA?

Existen muchas substancias químicas que, cuando se aplican a la piel o a las partes delicadas del cuerpo, producen escozor, y la mostaza es una de ellas. Sobre la lengua y otras partes muy sensibles del cuerpo, obra como un irritante, y hace que los vasos sanguíneos se hinchen y descarguen parte de su contenido. Si se aplica en suficiente cantidad llega a levantar ampolla. Esto es precisamente lo que ocurre con un sinapismo, que, después que la mostaza ha permanecido en contacto con la piel durante un rato, advertimos que ha producido en ella una roseta encarnada, debida a la hinchazón de los vasos sanguíneos. Esto comprime los nervios e irrita sus extremos, lo cual se traduce en una sensación especial a la que damos el nombre de escozor. Otras muchas substancias, además de la mostaza, producen el mismo efecto.

¿CUÁL ES EL ORIGEN DE LAS TROMBAS MARINAS?

De la misma manera que las olas del mar son debidas a los movimientos del aire, así también, esa maravillosa perturbación de la superficie de los mares que designamos con el nombre de trombas, es engendrada igualmente por una perturbación insólita del aire. A veces una masa de aire emprende un movimiento giratorio, cambiando al mismo tiempo de lugar por la superficie de la tierra, de igual manera que ésta se traslada alrededor del sol, sin cesar de girar sobre su eje. Cuando esto ocurre, el mar puede ser perturbado de una manera violenta. Sucede a veces que, en medio de la región en que gira, queda muy poco aire; viene a ser algo así como si se trasladase una columna hueca. Entonces puede ocurrir que el agua que

yace debajo sea absorbida de repente y pase a llenar el espacio casi vacío que existe dentro de la expresada columna, formándose de esta suerte la tromba marina.

¿POR QUÉ DAN VUELTAS LOS OBJETOS AL CAER?

La respuesta es que los objetos al caer sólo dan vueltas en el caso de que, al iniciarse en ellos el movimiento descendente, reciban alguna impulsión rotatoria. Si dejásemos caer los objetos con tal precisión que en el mismo momento soltásemos exactamente todos sus puntos, lo cual dista muchísimo de ser fácil, no girarían durante su caída.

Pero ocurre que, casi siempre, cuando dejamos caer una cosa cualquiera no soltamos todos sus puntos a una, y de este modo le imprimimos un movimiento giratorio, como las estrías de un fusil imprimen un movimiento giratorio al proyectil, movimiento que conserva durante toda su trayectoria. Aun cuando no suceda lo expuesto, puede ser tal la forma de un objeto que una parte de él ofrezca más resistencia al aire que la otra, y entonces ocurrirá que la primera se retrasará en su caída, y el objeto adquirirá un movimiento de rotación. Este movimiento ejerce marcada influencia sobre todos los objetos que atraviesan el aire, y, si se trata de una pelota, varía la dirección en que parte después de chocar con el suelo u otro objeto.

¿POR QUÉ TENEMOS RAYAS EN LAS PALMAS DE LAS MANOS?

Cuestión es ésta acerca de la cual se ha discutido mucho, pero en la actualidad puede ser contestada con bastante exactitud. Han dicho algunos que el objeto de estas rayas era aumentar la presión que las manos ejercen sobre las cosas que agarran, y evitar que se nos escurran de ellas, pero no debe ser este su verdadero destino. Si lo fuese, casi podríamos decir que no tienen razón de ser. Es mucho más probable que el fin de estas rayas sea aumentar la sensibilidad de nuestras manos y dedos, donde tan importante es el tacto. Gracias a las arrugas que forman, aumentan la superficie de la piel, y nos ayudan a darnos exacta cuenta de la naturaleza de la superficie del objeto que tocamos. Los extremos de los nervios del tacto resultan colocados con ventaja gracias a estas rayas y esa parece ser la razón por la cual se hallan tan perfectamente marcadas en aquellos lugares de la piel donde más importante resulta la delicadeza del tacto.

¿CUÁL ES LA VENTAJA DE POSEER DOS OJOS?

Tal vez juzguen algunos que no había por qué tener dos ojos, ya que con uno solo vemos tan bien, al parecer, como con dos. Pero más de una vez hemos notado que, bien nosotros mismos, bien otros, al echar leche o poner un terrón de azúcar en el café hemos sufrido un error, vertiendo la leche y colocando el terrón dentro del platillo. Esto nos ocurriría con frecuencia si sólo tuviésemos un ojo. Los dos ojos no ven los objetos desde el mismo punto exactamente, sino desde dos « puntos de vista » distintos, como se acostumbra decir. El cerebro se aprovecha de estos dos puntos de vista, y ve desde los dos al mismo tiempo, y juzga de la distancia de las cosas por la diferencia que existe entre los dos ángulos bajo los cuales las contempla. Al hecho, también, de poseer dos ojos debemos el poder apreciar cuáles objetos están colocados delante, y cuáles detrás. En las fotografías ordinarias aparecen los objetos sin relieve, porque, si se nos permite la frase, la cámara no tiene más que un ojo; pero si tomamos dos fotografías del mismo objeto desde dos puntos de vista que disten entre sí lo mismo que nuestros ojos, y colocamos después ambas fotografías, una al lado de otra, y a la debida distancia, y las miramos con ambos ojos a través de un sencillo instrumento llamado estereoscopio, veremos la imagen como si fuese sólida, o en relieve, como suele decirse. La vemos como veríamos el objeto mismo si lo mirásemos directamente con nuestros propios ojos.



LOS CUENTOS DE VÍCTOR HUGO

NINGÚN poeta ha mostrado más amor a los niños que el gran poeta francés Víctor Hugo. Una de sus obras más famosas, «El arte de ser abuelo», es un traslado del cariño que profesaba a su nietecita Juana, preciosa niña, muy vivaracha, de quien su abuelo era humilde esclavo. Una vez, yendo a consultar al poeta un grave senador sobre un asunto de Estado, le halló andando a gatas por el aposento, montados en su espalda Juana y su hermanito Jorge.

—Ahora, abuelito, siéntate—dijo Juana cuando estuvo cansada de jugar,—siéntate, y cuéntanos un cuento.

—Es muy difícil inventar cuentos—replicó el abuelo.

—No para ti—dijo Juana acariciándole.—Has escrito muchos, pero explícanos uno que no esté en tus libros, abuelito.

Sentáronse Juana y Jorge a los pies del anciano, y empezó éste a referir el maravilloso cuento de

LA BUENA PULGA Y EL MAL REY

Había una vez un rey malo que molestaba mucho a sus súbditos, pero éstos no podían destronarle, porque era extremadamente rico y tenía un gran ejército para su defensa.

Cada mañana se levantaba de peor humor del que había demostrado en la noche precedente, hasta que llegó esto a oídos de una pulga muy amable y de muy buenos sentimientos. No son así todas las pulgas, pero aquella había sido muy bien educada; por lo que sólo picaba a la gente cuando tenía mucha hambre y aun entonces ponía cuidado en no hacer daño.

—Va a ser difícil hacer entrar a este rey en razón—se dijo la pulga;—con todo lo intentaré.

Aquella noche, cuando el rey empezaba a conciliar tranquilamente el sueño, sintió algo como la picadura de un alfiler.

—¡Oh! ¿qué es esto?—gruñó el rey.

—Una pulga que se propone corregirte.

—¿Una pulga? Lo veremos. Aguarda un poco.

Y levantándose furioso de la cama, el rey sacudió sábanas y mantas, pero sin poder encontrar la pulga, por la sencilla razón de que ésta se había ocultado en la barba del monarca.

Pensando haberla ahuyentado espantada, el iracundo rey volvió a acostarse, mas así que reclinó la cabeza en la almohada, la pulga dió un salto y le picó de nuevo.

—¿Y te atreves a picarme otra vez, abominable insecto?—exclamó.—Apenas montas más que un granito de arena, y atacas a los más poderosos de la tierra.

La pulga, sin molestarse siquiera en contestar, continuó picando. En toda la noche no pudo el rey cerrar los ojos, y al día siguiente se levantó con un humor de mil diablos. Mandó hacer una limpieza extraordinaria y veinte sabios,

armados con potentísimos microscopios, examinaron cuidadosamente la alcoba y cuanto en ella se encontraba. Pero no dieron con la pulga, porque se había escondido debajo de la solapa del vestido que el rey llevaba puesto. Aquella noche el monarca, necesitado de descanso, se acostó muy temprano.

—¿Qué es esto?—gritó al sentir una furiosa picadura.

—La pulga.

—¿Qué quieres?

—Que me obedezcas y hagas feliz a tu pueblo.

—¿Dónde están mis soldados? ¿Dónde mis generales, mis ministros—gritó el rey?—Que vengan inmediatamente.

Todos penetraron como un torbellino en el aposento real. Hicieron pedazos la cama, desgarraron el papel de las paredes, arrancaron el pavimento, y a todo esto, la pulga tan bonitamente en la cabellera del rey. Dirigióse éste a otro aposento, en el cual trató de dormir, pero la pulga pegó otro salto, empezó a picarle y no le dejó descansar en toda la noche. Al otro día el rey, furioso, hizo pregonar un bando contra las pulgas, en el cual bando mandaba a su pueblo exterminarlas a todas con la mayor presteza posible. Pero él no pudo escapar del diminuto insecto, que le atacaba incesantemente. Su mismo cuerpo quedó amoratado y negro de los pescozones cachetes y golpes que se propinó él mismo en los vanos esfuerzos que hizo para aplastar a su implacable enemiga. A fuerza de pasar las noches sin dormir, se puso flaco y pálido, y seguramente se habría muerto, si al fin no se hubiera decidido a obedecer a la pulga.

—Me entrego—dijo con tono lastimero el gran monarca, cuando la pulga volvió a morderle.—Haré cuanto tú quieras. ¿Qué ocurre?

—Has de hacer feliz a tu pueblo—dijo la pulga.

—¿Qué he de hacer, para conseguirlo?—perguntó el rey.

—Marcharte inmediatamente de este país.

—¿Puedo llevarme conmigo siquiera una parte de mis tesoros?

—No—exclamó la pulga.

Pero no queriendo ser demasiado severa, la pulga permitió al malvado rey llenarse los bolsillos de oro antes de marcharse. Entonces el pueblo se constituyó en república, se gobernó a sí mismo y llegó a ser verdaderamente feliz.



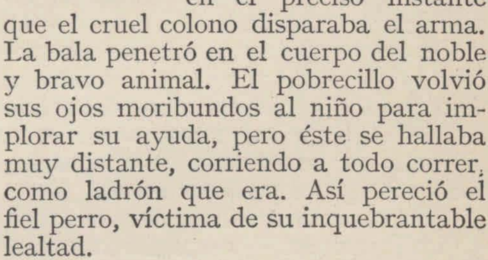
LOS SABIOS EXAMINAN EL APOSENTO

Tanto Juana como Jorge se divirtieron mucho con este alegre cuento, porque el abuelito, representando ser el implacable rey, atormentado por la buena pulga, se revolvía y se pegaba con tan cómicos movimientos, que los niños se destemillaban de risa. Satisfecho del efecto que les había causado, Víctor Hugo continuó explicándoles otro maravilloso cuento sobre

EL PERRO FIEL Y EL CRUEL NIÑO

Había una vez un perro muy bueno, de cuyo nombre no puedo acordarme; sólo sé que era un perro excelente, en toda la extensión de la palabra; hubiera yo dado cualquier cosa por ser su amigo. Por desgracia era muy feo, y además casi nunca se lavaba; bien es verdad que esto último era culpa de su amo, un muchacho díscolo que solía maltratarle. Un día este niño fué a la orilla de un lago bastante profundo para jugar a gansos y ánades. Ya sabéis en qué consiste este juego. Tenía el niño un puñado de piedras, las arrojaba a la superficie del lago, procurando que tocasen el agua, saltando tres o cuatro

veces. El perro estaba sentado a distancia observándole. De repente el niño resbaló por la musgosa orilla del lago y cayó al agua. Empezaba ya ahogarse, cuando, saltando el animal tras él, le cogió por el vestido y le salvó conduciéndole hasta la orilla. Pero enojado aquel perverso muchacho porque el perro, al sacarle del lago, le había roto un poco el vestido, echó nuevamente al animalito al agua en busca de su sombrero, y en cuanto le vió nadando empezó a tirarle piedras, y en poco estuvo que no ahogase al noble animal.



EL NIÑO ESTABA OCULTO

Un lobo hambriento y feroz vió lo que acababa de pasar, y creyendo que el pobre perro se alegraría de verse libre de un dueño tan malo e ingrato, acercándose callandito al perro, le murmuró al oído:

—Deja que le devore.

Pero el perro afectó estar sordo de aquella oreja, y el lobo, cansado de hablar, se arrojó sobre el niño. Mas el fiel perro arremetió a su vez contra el lobo, y después de enconada lucha, logró ahuyentarlo. Mientras tanto, el mal muchacho se había ocultado detrás de un árbol y armado con un palo.

El buen animal corrió hacia su amo rebosando alegría por la victoria, pero el niño, con voz iracunda, exclamó:

—¡Atrás, feúcho! ¿Por qué me has espantado luchando de aquella manera con aquel horrible animal? ¡Bruto, pendenciero!

No bien hubo acabado de decirle estas palabras, empezó a dar de palos al pobre animal y acabó echándole de sí a pedradas.

Pero el pobre perro siguió fielmente a su malvado amo, quien, sin cansarse nunca de cometer malas acciones, entró en un huerto para robar manzanas. Bien sabía que el huerto pertenecia a un hombre cruel que no tenía compasión ninguna con los ladrones; pero creyó que a la sazón estaba el dueño ausente en el mercado. Empezó a coger manzanas y a tirarle al pobre perro las que encontraba verdes. De repente apareció el colono, e iracundo fuése a él armado con una escopeta. Apuntó con rabia al muchacho:

—O me pagas inmediatamente las manzanas, o disparo—le dijo.

El perverso chiquillo no tenía ni una miserable moneda de cobre en los bolsillos. Dándose ya por perdido, empezó a gritar lleno de terror:

—¡Chucho, chucho, a mí! . . .

Los perros no pueden trepar a los árboles, pero aquél podía hacerlo. Saltó al tronco como si hubiera sido hecho de goma elástica, y cogiendo las ramas con los dientes, alcanzó a su amo y lo protegió con su cuerpo, en el preciso instante que el cruel colono disparaba el arma. La bala penetró en el cuerpo del noble y bravo animal. El pobrecillo volvió sus ojos moribundos al niño para implorar su ayuda, pero éste se hallaba muy distante, corriendo a todo correr, como ladrón que era. Así pereció el fiel perro, víctima de su inquebrantable lealtad.

. . . . .

—¿Qué se hizo de aquel niño tan malo?—preguntó Juana que se había enardecido de indignación al oir los malos tratos que se daban al pobrecito can.

—Continuó siendo malo—respondió el abuelito,—y la pagó muy cara, porque *nadie le quiso nunca.*



EL JOVIAL REMENDÓN Y SU CASACA

Cuento de viejas

DESPERDICIO, el alegre remendón, de que hemos hablado ya en la primera parte de esta historia, era tratado en la corte del rey como un príncipe; y la noticia de su buena suerte llegó a oídos de su hermano Estropajo, en la cabaña del marjal, cuando volvió el cuco otra vez con dos hojas de oro.

—¡Ya ves!—dijo Primorosa.—Pasamos tristemente la vida en este aburrido lugar, mientras Desperdicio hace su fortuna en la corte con dos o tres miserables hojas verdes! ¿Qué no lograríamos nosotros, cuando vieran las nuestras de oro? Vamos a presentarnos en el palacio del rey.

A Estropajo parecióle excelente este razonamiento. Púsose el traje de los días festivos, tomó un vaso de cuerno, que tenía un borde de plata, mientras Primorosa se armaba de su espejo; y con una hoja de oro cada uno, cuidadosamente ocultas para que nadie pudiese verlas hasta llegar a palacio, emprendieron el camino llenos de indescriptibles ilusiones.

Imposible precisar la distancia recorrida por Estropajo y Primorosa; pero cuando el sol culminó, señalando el mediodía, y sus rayos se hicieron abrasadores, penetraron en un bosque, ambos fatigados y hambrientos.

—Descansemos debajo de este árbol, —dijo Primorosa,—y examinemos nuestras hojas de oro para ver si están incólumes.

Contemplando estas hojas y hablando de sus lisonjeros planes, Estropajo y Primorosa no advirtieron que una vieja muy estirada y seca había salido de detrás del árbol con un báculo en la mano y un gran zurrón de cuero al costado.

—Nobles señores,—les dijo.—¿tendréis la amabilidad de decirme dónde podré encontrar un poco de agua para echarla en una botella de aguamiel que traigo dentro del zurrón, porque está demasiado fuerte para mí?

Al expresarse de este modo, la vieja sacó una gran botella de madera, como las que los pastores usaban en los tiempos primitivos, tapada con un puñado de hojas retorcidas, y con una tacita, de madera también, colgando de su asa.

—¿Me haréis el honor de probarlo?—añadió.—Está hecho con la miel más pura y exquisita. Tengo también queso fesco y un pan de trigo, si es que no consideráis tan humildes manjares indignos de vuestras elevadas personas.

Estropajo y Primorosa mostráronse en extremo condescendientes cuando oyeron hablar así a la anciana, y no les quedó la menor duda de que su aspecto exterior debía de ostentar cierto sello de nobleza. Además, estaban hambrientos, y, después de ocultar de nuevo precipitadamente las hojas de oro, manifestaron a la vieja que no eran orgullosos, a pesar de las tierras y castillos que habían dejado en Borealandia, y que le ayudarían con gusto a aligerar su zurrón.

Era la vieja una bruja, llamada La Mantecosa, la cual se pasaba la vida haciendo aguamiel, que, hervida con ciertas yerbas y ensalmos, poseía el poder de adormecer a todos los que la bebían y de hacerles soñar con los ojos abiertos. Tenía dos hijos enanos, llamados Lince y Grasilla, los cuales seguían siempre de cerca a su madre y robaban invariablemente a todas las personas que esta última lograba adormecer con su brevaje.

Estropajo y Primorosa se hallaban sentados sobre el césped y recostados contra el tronco del viejo árbol. El remendón tenía en la mano un pedazo de queso y su mujer un trozo de pan; ambos permanecían con las bocas y los ojos abiertos, pero estaban soñando con las grandezas que en la corte les esperaba,

cuando la vieja alzó su voz chillona, diciendo:

—¡Hola, hijos míos! ¡Venid a recoger la cosecha y a llevárosla a casa!

No bien hubo pronunciado estas palabras, cuando dos enanillos salieron de la próxima espesura.

—¡Holgazanes!—gritóles la madre.—¿Qué habéis hecho en todo el santo día?

—He estado en la ciudad,—respondió Lince,—mas nada he podido ver. Estos son para nosotros malos tiempos, porque, desde que llegó ese remendón, todo el mundo se cuida de sus negocios con satisfacción y alegría. Pero aquí traigo un jubón de cuero que su paje arrojó por la ventana; nada vale en puridad, pero lo quise traer para que vieseis que no he estado ocioso.

Y diciendo esto, dejó caer el jubón de Desperdicio, con las hojas de la alegría, que había traído en la espalda a modo de joroba.

Para explicar al lector cómo había llegado esta prenda a manos de Lince, preciso será decir que el bosque no estaba lejos de la gran ciudad donde era Desperdicio tenido en tanta estima. Todo le había salido bien al remendón, hasta que se le ocurrió al rey que no era natural que un hombre de tanta importancia no tuviese ningún criado, y le asignó para su servicio uno de sus propios pajes. Llamábase éste Oropel, y no había otro en la corte que tuviera tantas pretensiones. No le era posible avenirse sino con la riqueza, el lujo y la ostentación; y su abuela temió que se colgase de un árbol, no pudiendo soportar la idea de haber sido nombrado paje de un remendón. Por lo que toca a Desperdicio, el buen hombre estaba tan acostumbrado a servirse siempre a sí mismo, que el paje venía a ser para él un estorbo, aunque sus hojas verdes no se lo dejaban ver.

Oropel se habituó perfectamente al nuevo cargo. Decían algunos que esto nacía de que Desperdicio no le ocupaba sino en jugar todo el día a los bolos en el palacio verde. Una cosa, sin embargo, entristecía a Oropel, y era el jubón de cuero de su amo; hasta que, por último, no pudiendo discurrir cosa mejor, levantóse una mañana antes que su señor, y arrojó por la ventana la prenda odiada a un callejón, donde lo encontró Lince.

—¡Qué porquería!—dijo, al examinarlo, la vieja.—¿Para qué sirve esto?

Entre tanto Grasilla había despojado a Estropajo y Primorosa de cuanto de valor sobre sus personas llevaban: el espejo, el vaso de cuerno con borde de plata, la casaca encarnada del marido, el alegre mantón de la mujer y, sobre todo, las hojas de oro. Esta adquisición causó tanta alegría a la Mantecosa y sus hijos, que arrojaron el jubón de cuero sobre el dormido remendón, en son de burla, y corrieron a esconderse en su choza, enclavada en el corazón de la selva.

El sol tocaba a su ocaso cuando Desperdicio y Primorosa despertaron, cansados de soñar que eran dos grandes señores, que se sentaban a la mesa del rey vestidos de terciopelos y sedas. Júzguese, pues, cual sería su desengaño al ver que habían desaparecido sus hojas de oro y todo lo que de algún valor poseían. Estropajo se mesaba los cabellos y juraba tomar fiera venganza de la vieja, en tanto que Primorosa se deshacía en lágrimas y lamentos. Pero Estropajo, que sentía frío por hallarse sin casaca, púsose el jubón de cuero sin pararse a meditar su procedencia.

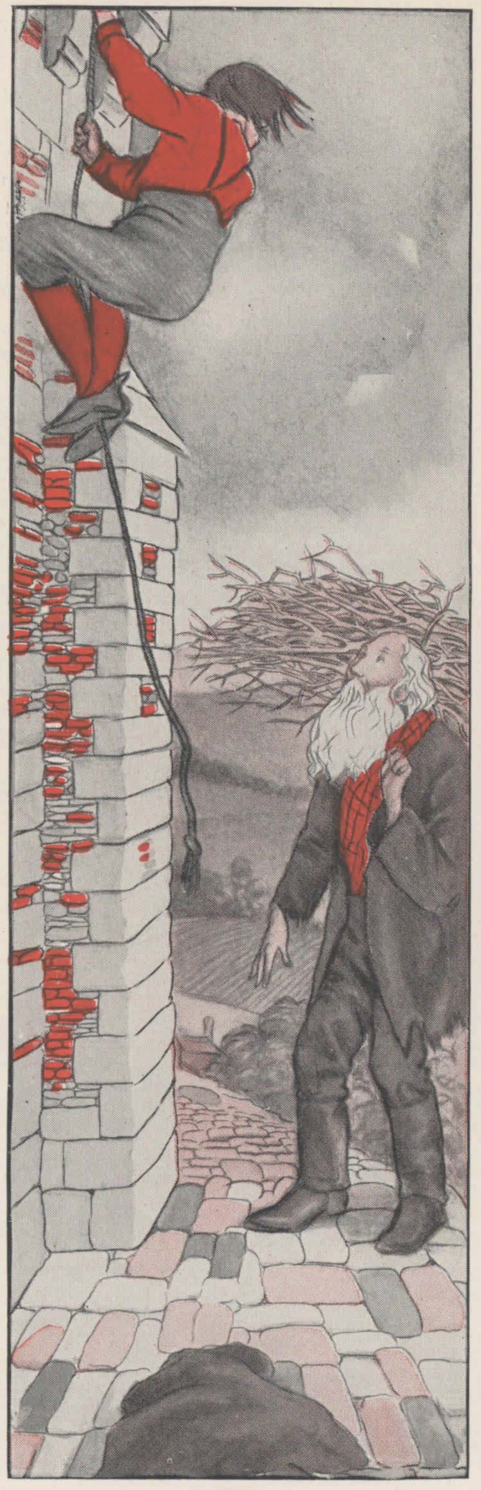
Apenas se lo había abotonado, cuando sintió que se operaba en él un gran cambio, y dirigió a su mujer frases tan llenas de gracia, que las carcajadas de ésta estremecieron el bosque. Entre ambos construyeron con ramas una especie de choza, en la que Estropajo encendió una confortativa hoguera, gracias a un eslabón y un trozo de pedernal que, juntamente con su pipa, había traído consigo a escondidas de Primorosa, quien le había dicho que en la corte no había que pensar siquiera en semejantes adminículos. Encontraron después un nido de faisanes en la raíz de una vieja encina, hicieron la gran cena con sus huevos, y se acostaron después sobre un blando montón de verdes hojas que habían ido recogiendo, arrullados por el canto de los ruiseñores.

DOS ENANILLOS SALIERON DE LA ESPESURA

Estropajo y Primorosa se hallaban sentados sobre el césped y recostados contra el tronco de un viejo árbol. El remendón tenía en la mano un pedazo de queso, y su mujer un tronzo de pan, cuando llamó con voz chillona la vieja, y dos enanillos salieron de la espesura cercana.

que en los árboles vecinos veláronles el sueño.

Entre tanto, Desperdicio se había despertado y echado de menos su jubón. Oropel, como es natural, dijo que no sabía nada de él. Registróse todo el palacio y fueron interrogados todos los criados, hasta que la corte toda preguntóse por qué se concedía tal importancia a un jubón viejo. Aquel mismo día volvieron las cosas a ir por los malos caminos antiguos. Reanudáronse las querellas entre los caballeros, y los celos entre las damas. El rey dijo que los impuestos que le pagaban sus súbditos no eran ni la mitad de los que deberían abonarle; la reina quiso más joyas. Los criados tornaron a sus antiguas pendencias, corregidas y aumentadas. Desperdicio advirtió que se iba volviendo imbécil y no se encontraba en su centro, y los nobles empezaron a preguntar qué papel desempeñaba aquel remendón en la mesa del monarca; hasta que, por fin, este último hubo de promulgar un decreto desterrando a Desperdicio para siempre de la corte y confiscando todos sus bienes a favor de Oropel.


Un leñador se detuvo a contemplarle asombrado.

Apenas publicado el decreto, entró el paje en posesión de la valiosa cámara, de los costosos vestidos y de todos los presentes con que los cortesanos habían obsequiado a Desperdicio, en tanto que éste se dió por muy satisfecho con poder escaparse por una ventana trasera, temeroso de ser blanco de las iras del populacho indignado.

La ventana por donde se descolgó Desperdicio mediante una cuerda resistente fué la misma a cuyo través arrojara Oropel el jubón de cuero; y al descender el remendón, ya bien avanzado el crepúsculo, un infeliz leñador, cargado con un haz de ramas, se detúvo a contemplarle asombrado.

—¿Qué hay, amigo?—preguntóle amostazado Desperdicio,—¿no habíais visto nunca a un hombre descolgarse por una ventana?

—No es eso,—dijo el leñador,—es que esta misma mañana, al pasar por este sitio, vi arrojar por esa misma ventana un jubón de cuero, y no sé por qué me imagino que vos debéis ser su dueño.

—Sin duda alguna, yo soy,—dijo con ansiedad el remendón. — ¿Podréis por ventura decirme qué camino siguió mi jubón?

—Al pasar, vi que lo recogía un enano, llamado Lince, el cual se lo introdujo entre la chaqueta y la espalda, simulando una joroba, y escapó corriendo hacia la selva.

Resuelto a recuperar su jubón, partió veloz Desperdicio y no tardó en encontrarse entre los altos árboles; pero no logró ver choza ni enano alguno. Al fin, la rojiza luz de una hoguera, que brillaba a través de un bosquecillo, condújole a una choza miserable, cuya puerta estaba entreabierta, como si sus moradores no tuviesen que temer nada, y descubrió en su interior a su hermano Estropajo roncando estrepitosamente sobre un lecho de yerba, a los pies del cual yacía su propio jubón de cuero; en tanto que Primorosa, con una chupa de junco tejido, permanecía sentada al pie de la chimenea asando huevos de faisanes.

—¡Buenas noches, señores!—dijo Desperdicio, entrando.

La luz del fuego le daba de plano en el rostro, pero, tan mudado estaba, gracias a la buena vida que se había dado en la corte, que no le reconoció su cuñada, y respondióle con mucha más cortesía de lo que era natural en ella:

—¡Muy buenas noches, señor! ¿De dónde venís tan tarde? Pero hablad bajo, os lo ruego, porque mi pobre marido se ha fatigado muchísimo cortando alguna madera y, como veis, se ha acostado a dormir un rato antes de la cena.

—Mucho deseo que descanse—dijo Desperdicio, advirtiendo que no le había reconocido.—Salí de la corte, con intención de dedicarme a la caza unos días, y me he extraviado en la selva.

—Sentaos y nos acompañaréis a cenar, —dijo Primorosa;—asaré algunos huevos más y me referiréis muchas cosas de la corte.

—¿No habéis estado nunca en ella?—



Desperdicio se quitó su elegante casaca y se puso su viejo jubón de cuero.

preguntóle el remendón. —Una dama tan bella como vos haría un lucido papel entre la alta sociedad.

—Veo que la lisonja os agrada,—le dijo Primorosa.—Yo no he estado jamás en la corte; pero mi esposo tiene un hermano allí y por eso abandonamos nuestra aldea para ir a probar fortuna también. Una vieja nos sedujo con halagadoras palabras a la entrada de este bosque y nos dió a beber un brebaje narcótico, que nos adormeció haciéndonos soñar no sé cuántos delirios de grandezas; pero cuando despertamos, nos lo habían robado todo, y a cambio de lo que nos quitaron, dejáronnos los ladrones ese viejo jubón de cuero que mi marido ha usado desde entonces; y, cosa particular, en mi vida lo había visto tan alegre y satisfecho, a pesar de que vivimos en esta pobre choza.

—Raído está, a fe mía,—dijo Desperdicio cogiéndolo y cerciorándose de que en efecto era el suyo, pues las hojas de la alegría permanecían cosidas aún a su forro.—Sin embargo, para cazar, todavía sirve. A vuestro esposo no le desagradará desprenderse de él a cambio de esta linda casaca mía.

Y, despojándose de esta última, colocóse el jubón de cuero con gran satisfacción de Primorosa, que despertó a Estropajo, diciéndole:

—¡Marido mío! ¡Levántate y contempla qué magnífico negocio acabo de realizar!

Estropajo restregóse los ojos, miró a su hermano y exclamó con emoción:

—¡Pero eres tú, Desperdicio! ¿Qué tal te ha parecido la corte? ¿Has hecho fortuna en ella?

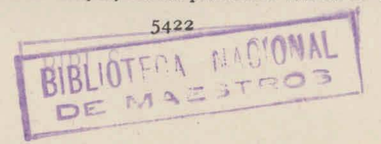
La verdadera fortuna la he hecho recuperando mi jubón de cuero, hermano mío,—respondióle Desperdicio.—Ven, vamos a cenar, y esta noche descansaremos aquí; pero mañana temprano emprenderemos el viaje de regreso hacia nuestra vieja cabaña, situada en la extremidad de nuestra aldea, a donde vendrá a traernos el cuco de Navidad las hojas consabidas.

Los dos hermanos convinieron en ello; y, en cuanto brilló la aurora, se pusieron todos en marcha y encontraron que su antigua cabaña había sufrido terribles desperfectos a causa del viento y la lluvia. Los vecinos vinieron a verles, ansiosos de saber noticias de la corte y de enterarse de si habían hecho fortuna, y todos se quedaron atónitos al ver que regresaban más pobres aún que antes, a pesar de lo cual mostrábanse satisfechos de volver a su antigua vivienda. Desperdicio sacó sus leznas y sus hormas, que había dejado ocultas en un rincón, y, en unión de su hermano, reanudaron su antiguo negocio, y la comarca entera tuvo que reconocer que no habían tenido jamás mejores remendones. Todo el mundo extrañaba que no hubieran sido mejor apreciados antes de su marcha a la corte del rey; pero desde el más elevado al más humilde, no hubo quien no se regocijara de tener otra vez a Estropajo y Desperdicio entre ellos.

Los dos hermanos remendaban los zapatos de los más encopetados señores y damas y de los más pobres labriegos sin dejar a ninguno descontento. Su clientela creció de día en día, y cuantos habían sufrido alguna contrariedad, alguna desilusión o algún revés de fortuna, acudían a su cabaña, como en tiempos anteriores a la marcha de Desperdicio a la corte.

La cabaña misma sufrió una transformación importante, sin que nadie supiese cómo. La florida madreselva creció sobre su techo; y las rosas encarnadas y blancas formaron un marco en torno de su puerta. Además, el cuco de Navidad siguió viniendo siempre el día primero de Abril, trayéndoles tres hojas del árbol de la alegría, pues Estropajo y Primorosa no quisieron más hojas de oro; y las últimas noticias que de ellos hemos tenido dicen que siguen viviendo, ni envidiosos ni envidiados, felices y satisfechos.

El hermoso castillo de Szepes, en un pintoresco rincón de los Cárpatos.





BUDAPEST Y EL RÍO DANUBIO, VISTO DESDE EL CASTILLO REAL

UN PAÍS DE HACE MIL AÑOS

LA HERMOSA NACIÓN HÚNGARA

CUANDO, hacia la mitad del siglo pasado, los pueblos del Oeste de Europa, luchaban por alcanzar derechos y leyes que les convirtiesen en hombres libres de hecho, como lo eran de nombre, este legítimo sentimiento se extendió por los valles y montañas de Europa, siendo Hungría el sitio donde produjo más entusiasmo y adquirió mayor empuje.

El interés, que tales luchas despertaron en el mundo, era grande; prueba de ello fué el recibimiento que en Inglaterra y en los Estados Unidos hicieron a un gran patriota húngaro, en aquellos borrascosos días; raras veces se han visto dichos países tan soliviantados por la presencia de un hombre, como lo fueron por la de Luis Kossuth en aquella ocasión.

Vamos a exponer aquí el modo más agradable de efectuar un viaje a Hungría, siguiendo el itinerario que mejor se acomode al gusto de cada uno. Los marinos preferirán el viaje por mar, atravesando el Estrecho de Gibraltar, entrando en el hermoso Mediterráneo, y siguiendo a lo largo de la costa del Adriático, que por sus numerosas islas, preciosas bahías y abruptas montañas, parece un país de hadas, para llegar finalmente a Fiume, puerto el más importante de Hungría. En aquella costa, la faja de tierra, que abarca unos 224,000 kilómetros cuadrados, se estrecha de tal modo, que parece un dedo que se adelanta a tocar el agua del mar.

Los húngaros trabajan con empeño para que aquel país disponga de puertos en excelentes condiciones. Fiume está unido a la capital, Budapest, por una vía férrea que atraviesa valles y montañas y hace un largo recorrido por la orilla del lago Balatón, el de mayor longitud (80 kilómetros) de los del centro de Europa.

Los de temperamento más aventurero quizás prefieran hacer el viaje desde Hamburgo o Brema, a través de las grandes llanuras del Norte de Alemania, por Berlín y Cracovia, penetrando en Hungría por los pasos de los Cárpatos, como hicieron los hunos, hace mil años. Mirando de cerca los puntos exactos, por donde penetraron tan terribles jinetes, nos percatamos de la grandiosidad de esta cordillera, cuyos picos alcanzan en muchos sitios la altura de las nubes. Nacen los Cárpatos en el punto donde el Danubio—Duna, en húngaro—entra por el Oeste de Hungría y describe, alrededor del gran llano central, un inmenso círculo, dirigiéndose

primero hacia el Norte, luego al Este, y por último hacia el Sur y Oeste, y forma la Puerta de Hierro, uno de los pasos más famosos, donde el río abandona el país, por el Este.

EL AZUL DANUBIO

Aunque son muchas las bellezas que pueden contemplarse en los Cárpatos, es mayor el interés que se siente por admirar el azul Danubio. El corazón se ensancha al contemplar tan inmenso y bello río. He aquí el itinerario que nos llevará al termino de nuestro viaje.

Se hace éste en ferrocarril hasta Viena, yendo luego a Hungría en vapor, a lo largo del río. Sólo se emplean cuatro horas desde la capital de Austria a la de Hungría, pero no es conveniente recorrer esta distancia a gran velocidad, sino con lentitud, deslizándose por el corazón del país, siguiendo la corriente de tan poética vía fluvial, a fin de tener tiempo de recrearse con los variados paisajes que se divisan, llenos de notas de color y de vida.

Nos encontramos primeramente, al empezar el recorrido, con los atrevidos Magiares, los que, con Almos y su hijo Arpad al frente, cruzaron los Cárpatos a fines del siglo IX, se establecieron en el gran valle central y fueron gobernados durante muchos siglos por sus reyes nativos, hasta que, a mitad del siglo XVI, fué llevado a su trono un miembro de la casa de Hapsburgo, con objeto de que su poder sirviese para ayudar a Hungría, baluarte del cristianismo, en su acción contra las terribles invasiones de los turcos. En los siglos sucesivos, devastada a veces por los turcos, se rehizo y luchó con heroísmo por conservar su antigua independencia, pues los reyes que procedían de la casa de Hapsburgo, quisieron incorporarla a la corona de Austria.

ESTADOS IGUALES

Casi a mediados del siglo XIX, estas luchas terminaron felizmente, y hoy Austria y Hungría se hallan la una al lado de la otra, como dos Estados iguales, siendo el gobierno de cada una distinto del otro. Tienen un soberano común, de la casa de Hapsburgo, el cual es, al propio tiempo, rey de Hungría y emperador de Austria. Su ejército, su marina y sus embajadores en las demás naciones son también comunes, así como sus convenios aduaneros.

El vapor que conduce a Hungría sale rápidamente de Austria y llega a la puerta Carpática, punto donde los Alpes y los Cárpatos se miran de frente. Cada uno de los castillos que se encuentran en las cimas de los montes, cada una de las ciudades antiguas, cada una de las torres, ante la cuales se pasa, tienen su historia de batallas gloriosas, libradas por los nobles patriotas húngaros; y así se llega a Pozsony, cuyo nombre alemán es Presburg, ciudad importante de Hungría. En ella es necesario detenerse un día para contemplar las vistas que se dominan desde los muros del derruído castillo, desde donde se alcanza a ver hasta Viena. El mencionado castillo, destruído no hace mucho por las llamas, fué en otros tiempos teatro de una grandiosa escena. En el siglo XVIII, hizo en él su famoso llamamiento a la nobleza húngara la emperatriz María Teresa de Austria, llevando en brazos a su hijo; y aun parece resonar como un eco, entre sus desnudas bóvedas, el grito con que respondieron valientemente aquellos bravos, desenvainando sus espadas:—«Nuestras vidas y nuestra sangre—dijeron—pertenecen a nuestro señor y rey, a la corona y a la nación».

Son dignas de visitarse algunas de sus notables iglesias, y sobre todo, la catedral, donde fueron coronados la mayoría de los reyes de la casa de Hapsburgo.

Al emprender de nuevo la marcha, se llega prontamente a Gran, que se enorgullece de tener la más grande de las catedrales de Hungría, y que encierra obras de arte de incalculable valor. Es la sede del Primado, o principal Obispo. En la citada catedral fué bautizado y coronado S. Esteban, que nació, según se afirma, en dicha ciudad.



Mujeres húngaras triturando maíz en un sencillo molino de mano.



Maíz colgado del techo de una casa.



Interior de una casa montañesa.



Campesinos de Suabia en la principal habitación de la casa.



AMOR DE LOS HÚNGAROS AL REY SAN ESTEBAN

No es fácil formarse idea, ni siguiera aproximada, del profundo amor y admiración que tienen los húngaros a San Esteban, el rey que vivió mil años atrás, nieto de un nieto de Arpad, jefe de los Magiares que, atravesando los Cárpatos, se establecieron en los llanos de Hungría. La obra principal de San Esteban fué la de convertir el cristianismo en religión oficial de su nueva patria. Con ella civilizó el estado que gobernaba y fué extirpando poco a poco el instinto salvaje de aquellos bravos, que tan arraigado se hallaba en sus antepasados, entre quienes el robo y el saqueo eran cosas corrientes; y así llegaron los húngaros, en unión de otras razas que se establecieron en sus límites, a ocupar un puesto digno en el número de las naciones europeas.

Un poco más allá de Gran, tuerce bruscamente el Danubio hacia el Sur y en esta dirección corre hasta llegar al corazón y capital del reino, Budapest. Si a ella se llega al caer de la tarde, se percibe desde muy lejos el resplandor de millares de luces, que, al acercarse más, ve reflejarse en las aguas. Son las luces que alumbran las orillas y puentes, las cuales arrancan gritos de admiración al viajero que por primera vez llega a tan deliciosa región, pues se cree transportado a un país de hadas. Sólo se convence el viajero de que no hay tal cosa cuando ve destacarse los edificios que tanto ansía ver y admirar.

Si deslumbrador es el espectáculo que presenta Budapest durante las primeras horas de la noche, no lo es menos el que ofrece al amanecer, hora en que pueden verse cubiertas de iglesias suntuosas, casas y notables dificios públicos, las dos orillas del río, en una extensión de algunos kilómetros, y que se hallan unidas por una serie de puentes grandiosos.

Semejante espectáculo, en extremo deslumbrador, hace vacilar al viajero, que no sabe hacia donde dirigir sus primeros pasos. Si sube las pendientes de las montañas de San Gellert, último pico de los Alpes, se encuentra con la venerable figura del santo misionero, levantando su cruz al aire. San Gellert murió poco después que San Esteban, como él también en las luchas entre húngaros y herejes.

LA MANO DE UN REY Y UNA CORONA ENTERRADA

¡Hermoso panorama! En medio del cuadro descrito se desliza el Danubio con sus aguas bañadas de sol y surcadas en todas direcciones por infinidad de vapores, lanchas, botes y embarcaciones de todas clases, y con sus orillas, en declive la derecha, y llana la izquierda, ocupadas por miles de hoteles, algunos muy lujosos.

No muy lejos se halla el palacio real, residencia del rey cuando visita la capital, edificio muy hermoso, con salas espléndidas, grandes estancias y artísticos patios.

En resumen, todo el suelo de Hungría, por el cual se luchó con fiereza durante siglos en la colina de Buda, se halla hoy admirablemente poblado, y constituye, sin duda, uno de los países más sorprendentes de Europa.

En la capilla real del palacio se venera, como preciada reliquia de la nación, la mano derecha momificada de San Esteban, la cual es paseada procesionalmente y exhibida al público en la festividad del santo; y en una de las cámaras del mismo palacio, se conservan varios tesoros históricos, de considerable valor, como la corona sagrada, cuya parte inferior fué regalada a San Esteban por el papa Silvestre II, en el año 1000, en unión de otros objetos, emblemas de realeza.

No obstante haber sido siempre conservada y guardada con gran cuidado, corrió dicha joya diversas vicisitudes. Luis Kossuth la tuvo enterrada durante cuatro años, como medida de precaución, cerca de la Puerta de Hierro, punto donde el Danubio sale de Hungría.

LUCHAS POR LA LIBERTAD

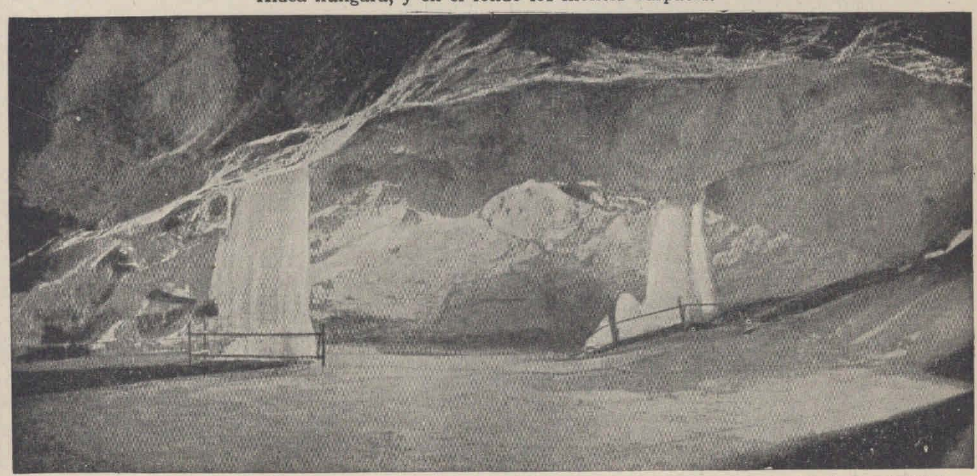
El Parlamento húngaro se halla en la orilla izquierda, destacándose entre los otros edificios por su cúpula gran-



Fiume, puerto húngaro en el Adriático.



Aldea húngara, y en el fondo los montes Cárpatos.



Maravillosa gruta de hielo, en Dobsina, cuyo suelo se halla formado por unas 100,000 toneladas de hielo.

diosa y sus numerosas torres, desde las que se domina el Danubio. En el Parlamento se reunen los miembros elegidos por el pueblo para hacer y reformar sus leyes, fijar presupuestos y discutir los asuntos de gobierno. La constitución húngara es muy antigua; y, para conservarla, han sido necesarias largas y encarnizadas luchas.

Un excelente servicio de automóviles eléctricos, tranvías y coches, permite visitar detenidamente la capital y recorrer su hermoso parque, el Museo Nacional, el Teatro de la Ópera, la catedral de San Esteban, la iglesia de la coronación de San Matías, y la isla Margarita, con sus deliciosos jardines y bellos planteles de rosas, saltos de agua y artísticas ruinas.

Gran interés despiertan los monumentos y estatuas que se encuentran por la ciudad, pues recuerdan a los nobles húngaros que lucharon por hacer grande a su patria. Sus nombres son muy difíciles de pronunciar y más aún de recordar, como la mayoría de las palabras húngaras.

ESTATUAS DE HÉROES Y REYES

Merece el honor de ser designada en primer término la estatua de bronce de San Esteban, emplazada en las inmediaciones de la iglesia de la Coronación. La figura estatuaria ostenta en sus manos la doble cruz que reproduce la forma de la que el propio San Esteban llevó ante el Papa. No muy lejos se encuentra la del valiente Juan Hunyadi, vencedor de los turcos, y hombre que hizo esfuerzos prodigiosos en pro de una causa sin esperanzas. El emplazamiento de la estatua es una reducción del palacio que fué de su propiedad, situado a orillas del lago del Parque de la ciudad y destinado actualmente a Museo.

También llama la atención la estatua del rey Matías, quien en el siglo XV, sostenía una espléndida corte en Buda, y que llegó a adquirir gran renombre por su criterio imparcial y justiciero.—« ¡El rey Matías ha muerto! ¡La justicia ha desaparecido! »—fué la exclamación unánime que lanzó su pueblo al enterarse de su muerte.

El rey Matías poseía una soberbia Biblioteca, formada por miles de volúmenes de gran valor. Corvina se llamó el local donde se hallaba, el cual fué posteriormente arrasado por los turcos, quienes se llevaron los famosos manuscritos, algunos de los cuales pudieron recobrarse en época posterior, devolviéndolos el sultán de Turquía. Estos manuscritos de la Corvina se hallan depositados hoy día en el Museo Nacional. El recuerdo de estos hechos hacen pensar con dolor en lo sufrido por Hungría durante los 150 años que la Media Luna ondeó en la fortaleza de Buda, hallándose arrasados por completo todos los terrenos de su alrededor.

Los escultores húngaros no han echado en olvido a sus grandes poetas, entre ellos, Petöfi y Arany. El primero despertó el alma del pueblo durante el último siglo, en la época en que se vislumbraba un brillante porvenir para la nación húngara. Murió combatiendo por la libertad. Arany cantó espléndidamente antiguas leyendas de los hunos y de luchas entre cristianos y turcos.

En el cementerio aparece siempre cubierta de flores la tumba del gran Luis Kossuth. Sus estatuas abundan en toda Hungría, lo mismo que las del conde Széchenyi, patriota que en diferentes conceptos hizo muchísimo bien a su patria.

Francisco Deák, que ultimó, en 1867, las negociaciones de paz entre Austria y Hungría, tiene, como muchos otros, cuyos servicios no puede olvidar su patria, estatuas repartidas por calles y plazas en todo el reino. Vense también lápidas conmemorativas en honor de determinadas personas o colectividades: así, por ejemplo, señalaremos las de « Honvéd » y otras dedicadas a la valiente guardia Nacional, que tan beneficiosos servicios prestó a mediados del pasado siglo y durante las últimas guerras por la independencia.

LA VIDA DEL PUEBLO

También hay en diversos sitios monu-

TIPOS HÚNGAROS



Pastor húngaro, en su típico y extraño traje.



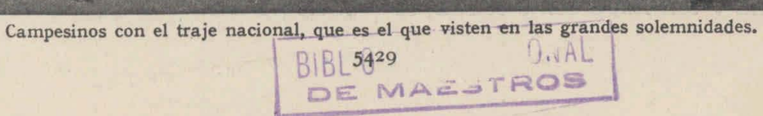
Muchachas campesinas de región montañosa.



Muchachas de los llanos, en traje de fiesta.



Campesinos con el traje nacional, que es el que visten en las grandes solemnidades.





mentos conmemorativos del Milenario, o milésimo aniversario de la fundación de la nación húngara. En 1896, celebráronse grandes festivales, no sólo para conmemorar la entrada a través de los Cárpatos, hace mil años, y haberse transmitido y conservado hasta hoy constitución, leyes y forma de gobierno, sino también en honor del pueblo, que, gracias al mantenimiento de la paz, ha alcanzado brillante educación y progreso.

Budapest se deja con pena, si se ha permanecido poco tiempo en ella, por ser muchísimo lo bueno que en la misma es digno de ser admirado, tanto en la ciudad como en los alrededores; pero, con el consuelo de que aun queda mucho por ver en el resto del país, puede aceptarse el descanso en el vapor, mientras continúa éste su recorrido a lo largo del río, que cruza las grandes llanuras características de Hungría. Extiéndense estas llanuras a distancia grande, hasta perderse en el horizonte, y cuando el viajero avanza hacia el mediodía, queda sorprendido por la gran variedad e interés que ofrecen las costumbres y los trajes del pueblo. Los grandes campos húngaros nos recuerdan que su trigo es excelente, y los canales y pantanos nos demuestran la gran habilidad de los húngaros para conducir y regular las aguas del Danubio en valles de extensión considerable.

En Mohács se ven infinidad de mujeres que lavan sus ropas en el río y otras que acuden a llenar de agua los jarros que llevan colgados de los hombros.

El campo de Mohács aun produce cierto terror a sus habitantes, pues allí murieron el rey, los nobles y casi todos los que les siguieron, en titánica lucha sostenida con los turcos, que avanzaban victoriosos hacia Buda. Siglo y medio después se libró en Zenta la batalla definitiva, que puso fin para siempre al odioso dominio de Turquía.

EN LA «LLAVE» DEL DANUBIO

A fin de reducir las curvas del río, y para regar el terreno comprendido entre el Danubio y el Theiss, río memorable de Hungría y tan largo como el Rin, se han hecho infinidad de canales, cuya vista y recorrido despiertan gran interés. Las aguas del Theiss riegan el llano corriendo hacia el Norte, y se unen al Danubio cuando el río gira al Este. El Drave y el Save, que proceden del Oeste, se unen también al Theiss, cediéndole sus aguas, descendidas de los helados Alpes. El Save afluye al Danubio en Belgrado, capital de Servia, y población de aspecto muy simpático. Allí se ven infinidad de aldeanos que cruzan el llano central en busca de mercados para sus barcas llenas de legumbres y frutas, y vapores y otras clases de embarcaciones, cargados de mercancías, que navegan a lo largo de esta importante vía fluvial. Todo está ahora tranquilo y pacífico; pero, a pesar de ello, acude a la mente el recuerdo de las veces que esta «llave» del Danubio ha sido violentada, y de las horribles luchas libradas a su alrededor, en las colinas y llanuras que aun conservan ruinas y vestigios de las vetustas fortificaciones.

LA PUERTA DE HIERRO

Avanzando más en la misma dirección del río, se observa que éste se ensancha mucho, a causa de la poca profundidad de su lecho, y presenta el aspecto de un gran lago, volviendo después a estrecharse para poder pasar entre las abruptas rocas, cuya presencia inspira temor a los viajeros, pues parece han de chocar con ellas los buques.

Al llegar al paso del Kazan, producen honda impresión sus dos cortadas, casi verticales, que se reflejan en el obscuro río, agua abajo del paso, y las rocas formando islotes, con sus cascadas, en las que se observan frecuentes arco iris, al descomponerse en ellas los rayos del sol. Al dejar el paso, se llega a Orsova, ciudad de la frontera húngara, cerca de la cual enterró Kossuth su corona en la época azarosa de guerras con los turcos; y más abajo de Orsova, se halla la célebre Puerta de Hierro y el canal, a cuyo largo navegan los buques dejando tras de sí espesas nubes de negro humo. Desde el canal se per-

cibe el ruido que produce el agua al atravesar la puerta.

En Hungría se conservan muchos vestigios de la época romana; pero ninguno tan importante como los restos de las carreteras que hicieron los romanos en esta parte del Danubio. Hungría acometió la gran obra de hacer navegable este paso del río, sin peligro para los buques. Tardó ocho años en realizarla, y fué abierto al tráfico comercial de Europa en la fecha del milenario.

« Muy agradable es permanecer algún tiempo en Erdèly», país-bosque, llamado Transilvania, en nuestros mapas, y al que, por su belleza, se denomina la « Suiza Húngara ». En este país-bosque disfrutan considerablemente los aficionados a los bosques de pinos, cuevas y ciudades antiguas. En esta región nació el célebre rey Matías.

LA GENTE DEL LLANO

Para terminar el viaje, quedan aún por recorrer las grandes llanuras, por las que de un sitio a otro se puede ir, ya sea en tren, o por carreteras bordeadas de árboles, ríos y bosques, atravesando ciudades, aldeas y fincas de recreo, hasta llegar a Debreczin, la capital del bajo país, que es una hermosa ciudad de 100,000 habitantes, en la que no se cansa uno de mirar los típicos trajes de sus habitantes, o de contemplar los miles de objetos que pueden adquirirse en sus establecimientos.

La cariñosa hospitalidad de aquellas gentes deja recuerdo gratísimo en los visitantes. Todo parece adaptarse a la belleza del país, en aquella considerable extensión de terreno llano dividido en preciosas fincas. Haciendo excursiones por el país, el viajero se familiariza pronto con sus habitantes y recrea la vista admirando paisajes y los típicos trajes de los campesinos. Delicioso es el aspecto de sus ganados, con los pastores cubiertos de pieles y sus caballos veloces como el viento. Estos pastores son los últimos descendientes de los primeros Magiares que se establecieron en Hungría; no conocen el miedo, y montados en yeguas, conducen por las llanuras considerables rebaños de búfalos y terneros negros, cuyos ascendientes acompañaron a los Magiares en su incursión en Hungría.

ENCANTADORA VIDA EN UN PAÍS MILENARIO

Continuando el recorrido, se percibe la disminución de las llanuras de césped, y poco a poco disminuye el tintineo de las esquilas del ganado y los chasquidos del látigo de los pastores, pero aun quedan gratos vestigios de aquella vida primitiva. El humo de la chimenea de alguna que otra fábrica nubla el aire transparente y diáfano, perfumado por las hierbas y florecillas silvestres. Los habitantes conservan aún la virtud de la hospitalidad y el amor a la naturaleza. Durante la noche, es una delicia entretener la velada oyendo referir las leyendas y poemas del país, lo mismo que escuchar la músicas bohemias con que se acompañan los bailes en las horas del descanso de sus rudas faenas campestres.

No se abandona a Hungría sin echar una última mirada a los Cárpatos, al cruzar, primero, algunos viñedos cultivados en los declives de colinas no muy elevadas, y después, otras regiones, donde el humo de muchas chimeneas nos denuncia la existencia de pueblos mineros con sus puertas y túneles que conducen a los grandes yacimientos de minerales ocultos en las entrañas de la tierra.

CUEVAS, MONTAÑAS, BOSQUES Y LAGOS

Necesario es desviarse del itinerario seguido por el río, para visitar la maravillosa cueva de hielo, de Dobsina, en la que se puede patinar aun en las épocas más cálidas, sobre una gran superficie de hielo, lisa como un espejo, rodeada de muros y techos de asombrosa belleza.

También es maravillosa la gruta de estalactitas, para cuya visita son necesarias seis horas, a fin de poder apreciar su suelo, bóvedas, columnas y arcos, con finísimos dibujos labrados en la piedra, representando encajes de forma sumamente artística.

Llegados, por fin, al distrito de la

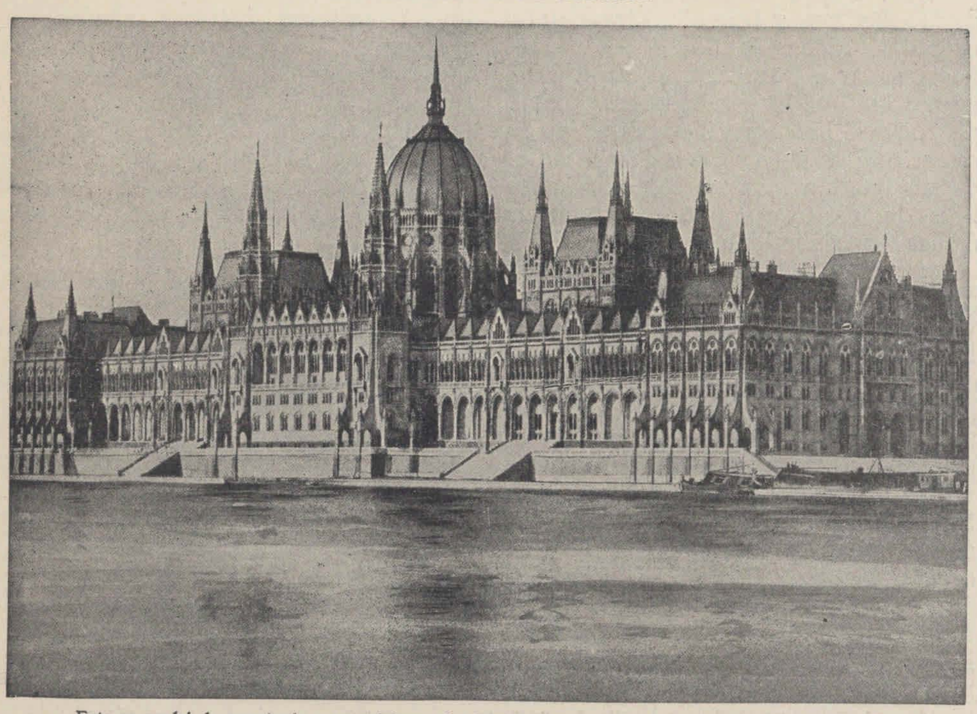
alta Tatra, nótase su gran semejanza con Suiza, a pesar de no existir aquí montañas cubiertas de hielo, sin duda por no ser suficiente altas para ello. Se sube a la alta Tatra en ferro-carril de cremallera, y desde allí, y en todas direcciones, pueden admirarse hermosas vistas, dirigiendo la mirada por encima de valles y colinas, de bosques y de los «ojos del mar», nombre con que son conocidos los pequeños pantanos que se forman en las montañas.

Álzanse allí preciosos hoteles y gran número de sanatorios, a los cuales acuden enfermos de toda Europa, para restablecer su salud, haciendo uso de las aguas minerales, y llenando sus pulmones de aire puro. Uno de sus mayores alicientes es el lago Csorba. Los *sports* que se practican en invierno son: patines, skis y toboganes, en pleno sol, y bajo un cielo azul y sin nubes.

Desde la Tatra a Budapest, sólo media un corto trayecto en ferrocarril. De regreso a esta última ciudad, puede darse un nuevo vistazo a los museos, a sus ruinas y a los recuerdos prehistóricos y romanos que en ella se conservan; decir adiós a San Gellert, San Esteban, Juan Hunyadi, Széchenyi, el más patriota de todos los húngaros, y encaminarse al lago Balaton, para pasar en él los últimos días de estancia en Hungría. Este lago es el mayor de los que existen en el interior de Europa. En deliciosa conversación con los habitantes del país, contemplamos los colores verde y azul que alternan en sus aguas siempre tranquilas; las luces de las colinas opuestas, los juegos de los niños en las orillas arenosas, las preciosas puestas de sol y la plateada luz de la luna.

La Guerra Mundial dejó a Hungría en pésimas condiciones; mucha sangre y dinero fué perdido, quedando rotos los lazos que la unían a Austria. Las tentativas del pueblo para establecer gobiernos le han proporcionado muchos desórdenes; además otras naciones han despojado al país de territorios.

EL PARLAMENTO DE HUNGRÍA



Este se acabó de construir para celebrar el milésimo aniversario de la fundación de Hungría.



LA POESÍA DE LA NATURALEZA

EN cada país la poesía tiene un carácter propio. Esto es una cosa muy natural. Así como los pueblos se diferencian entre sí, por sus costumbres y su sistema de vida, así también son distintos sus gustos, aspiraciones y sentimientos.

Muy difícil nos sería señalar todas las diferencias que existen en la poesía peculiar de cada pueblo; bastará que digamos que la poesía de Francia, de Italia o de Escandinavia, por ejemplo, difiere notablemente de la de Centro y Sud América. También existen diferencias entre los poetas hispanoamericanos y los españoles, aunque muchos de los primeros, fieles a la tradición clásica, hayan escrito poemas perfectamente castellanos por su forma y hasta por su espíritu.

Pero lo natural es que cada pueblo tenga su propia personalidad, rasgos característicos de su vida espiritual, que se reflejan en muchas cosas, y en la poesía muy particularmente.

El hecho de que hispanoamericanos y españoles pertenezcan a una misma raza, tengan igual religión y hablen idéntico idioma, hace que podamos referirnos a la *gran familia ibero-americana*, que comprende el pueblo español y las nacionalidades de la América Latina.

Pero esta gran familia, como un árbol genealógico, tiene sus ramas, y aunque todas ellas vivan de la misma savia, cada una crece independientemente de las otras. Así son distintas en su forma y hasta en su tamaño, como también en sus tendencias y frondosidad.

La poesía de la América Latina, abierta de un modo especial a la influencia de las literaturas europeas, ofrece una variedad de estilos y de formas, y una osadía y amor a la novedad, muy superiores a las que distinguen a la española; pero, como ésta, se complace en ataviarse con las más brillantes y atrevidas imágenes, y en cantar las glorias del heroísmo, de la raza y la religión, los sentimientos caballerescos, los encantos de la belleza, las inquietudes del amor, las alegrías y desengaños de la vida, etc., y muy a menudo también los espectáculos grandiosos o risueños de la Naturaleza física.

Unos más que otros, pero sin distingos determinados de región, los poetas ibero-americanos han amado la vida del campo, las flores, las montañas, los risueños valles, los lagos, los ríos, las cascadas, los bosques, las viñas, el sol, el cielo despejado, los bellos crepúsculos...

Ciertamente que cada poeta habla de su tierra, del paisaje que le es familiar,

y si un argentino celebra arrebatado la gloria de las Pampas, un venezolano canta la desbordante fecundidad de la zona tórrida, un mejicano se entusiasma con la cumbre nevada del Popocatepetl, un castellano viejo encuentra inspiración en las monótonas llanuras de sus tierras labrantías, y un levantino se inspira en sus playas risueñas, llenas siempre de alegría y de sol.

Pero coinciden todos en su amor a la Naturaleza, donde derramó Dios tantas maravillas, y gustan de reproducirla o describirla en sus versos, como el pintor en sus cuadros. Y es que también se *pinta* con palabras. La magnífica oda de Heredia « Al Niágara », que figura en una de estas secciones de EL LIBRO DE LA POESÍA, es un soberbio cuadro poético, y a continuación ponemos una *acuarela*, donde, con sobriedad y trazo seguro, un poeta colombiano reproduce su visión del río Magdalena:

Las turbias ondas corren con murmurar sombrío;
En las riberas crecen las palmas de la tagua;
La brisa roba aromas al mango y a la jagua,
Y sube azul, en copos, el humo del bohío.

Esfúmase a lo lejos un pobre caserío
Que se retrata apenas en el cristal del agua,
Y el *boga* rema y canta, feliz en la piragua
Que suave se desliza sobre el revuelto río.

Bajo las hojas verdes se duermen las orugas,
A sus retiros huyen caimanes y tortugas
Y buscan los lagartos abrigo entre la zarza.

El sol se hunde a lo lejos... El agua ya no brilla,
Y allá, sobre las ceibas de la distante orilla,
Sus níveas alas pliega la silenciosa garza.

Observamos aquí cómo el poeta, diciéndonos sólo lo que han visto sus ojos, *pinta* y hace poesía, porque en su breve composición se reproduce el *color* y el *sentimiento* del paisaje.

Otros poetas declaran francamente su entusiasmo por la vida rural, como el peruano Florentino Alcorta:

Me gusta ver los campos y sembrados,
De lozanía y de verdor henchidos;
Contemplar los gañanes desgreñados
Labrar la tierra, de calor rendidos...

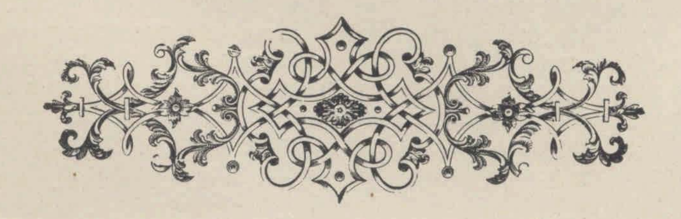
Otros, como Fray Luis de León, el más grande de los poetas españoles, buscan en la Naturaleza un dulce retiro para sus altas y sabias meditaciones. Y así se expresa:

Del monte en la ladera
Por mi mano plantado tengo un huerto,
Que con la primavera,
De bella flor cubierto,
Ya muestra en esperanza el fruto cierto.

Y como codiciosa
De ver y acrecentar sü hermosura,
Desde la cumbre airosa
Una fontana pura
Hasta llegar corriendo se apresura.

Y luego sosegada,
El paso entre los árboles torciendo,
El suelo de pasada
De verdura vistiendo,
Y con diversas flores va esparciendo.

Para todos los poetas ha sido la Naturaleza un refugio incomparable y perpetuo venero de poesía pura y altísima. En ella se han inspirado los vates de todas las épocas, sirviéndoles de asunto para muchísimas composiciones que han llegado a ser inmortales.



LENGUAJE DE LA NATURALEZA

Bernardo de Balbuena dice en este pasaje de su célebre poema « El Bernardo », que todas las cosas tienen su lenguaje, no de todos comprendido, sino de algunos privilegiados, a quienes el Engaño no embotó los sentidos al nacer.

TODAS las cosas que en el mundo vemos,
Cuantas se alegran con la luz del día,
Aunque de sus lenguajes carecemos,
Su habla tienen, trato y compañía:
Si sus conversaciones no entendemos,
Ni sus voces se sienten cual la mía,
Es por tener los hombres impedidos
A coloquios tan graves los sentidos.

¿Quién publica a las próvidas abejas
Sus sabios aranceles y ordenanzas?
Y ¿a quién el ruiseñor envía sus quejas
Si siente al cazador las asechanzas?
¿Quién a las grullas dice y las cornejas
De los tiempos del mundo las mudanzas?
Y al prado que florece más temprano,
¿Quién le avisa que viene ya el verano?

¿Quién sino estos lenguajes, que, escondidos,
No de todas orejas son hallados,
Mas de sus sordas voces los rüidos
Los raros hombres a quien dan cuidados?
Tan absortos los traen, tan divertidos,
Y en tan nuevas historias ocupados,
Que es fuerza en esto confundirse todos
En varios casos por diversos modos.

Créese que del ruido que las cosas
Unas con otras hacen murmurando,
De su armonía y voces deleitosas
Las suspensiones dan de cuando en cuando;
Que en su canto y palabras poderosas
Así el seso se va desengazando,
Que el de más grave precio se alborota,
Y el saber de mayor caudal se agota.

Desto a veces se engendra la locura
Y las respuestas sin concierto dadas,
Sin traza al parecer, sin coyuntura,
Ni ver cómo ni a quién encaminadas:
Los árboles, los campos, su frescura,
Las fuentes y las cuevas más calladas,
A quien llega a sentir por este modo
Todo le habla, y él responde a todo.

Y el no entender ni oir este lenguaje
Con que el mundo se trata y comunica,
Y a su Criador en feudo y vasallaje
Eternos cantos de loor publica,
La ocasión cuentan que es cierto brebaje
Que el Engaño, en naciendo, nos aplica,
De groseras raíces de la tierra,
Que el seso embota y el sentido cierra.

Mas aquel que, por suerte venturosa
Y favorable rayo de su estrella,
La voz desta armonía milagrosa
Libre de imperfección llega a entendella,
Al cuerpo la halla y alma tan sabrosa,
Que a todas horas ocupado en ella,
A sólo su feliz deleite vive,
Y de otra cosa en nada le recibe.

VIDA ALDEANA

El Abad de Jazende, poeta portugués del siglo XVIII, pondera la felicidad de que gozan los sencillos labriegos de la aldea.

¡CÓMO vive feliz el que en la aldea
Con rústica vivienda se acomoda;
Los campos labra, los sarmientos poda,
Y en santa calma el bienestar granjea!

Viste de tela burda, aunque no sea
Lo que el mundo falaz estime moda.
De la suerte el azar no le incomoda,
Y con frugal comida se recrea.

Teme a Dios y a la ley, y así procura
De sus años lograr el giro entero,
Sin que el fin le anticipe parca dura.

Y en el seno leal de su heredero,
Oyendo el viejo Credo al padre cura,
Muere en paz con la fe del carbonero.

MI VIDA EN LA ALDEA

Juan Meléndez Valdés (1754–1817), poeta español que sobresalió en la anacreóntica y en el romance pastoril, y que compuso obras poéticas de varios géneros, notables por su corrección y buen gusto, canta aquí las delicias de la vida sencilla y despreocupada, en una pobre aldea, en medio de los rústicos.

CUANDO a mi pobre aldea
Feliz escapar puedo,
Las penas y el bullicio
De la ciudad huyendo,

Alegre me parece
Que soy un hombre nuevo;
Y entonces solo vivo,
Y entonces solo pienso.

Las horas que insufribles
Allí me vuelve el tedio,
Aquí sobre mí vagan
Con perezoso vuelo;

Las noches que allá ocupan
La ociosidad y el juego,
Acá los dulces libros,
Y el descuidado sueño.

Despierto con el alba,
Trocando el muelle lecho
Por su vital ambiente,
Que me dilata el seno.

Me agrada de arreboles
Tocado ver el cielo,
Cuando a ostentar empieza
Su clara lumbre Febo.

Me agrada cuando brillan
Sobre el cenit sus fuegos,
Perderme entre las sombras
Del bosque más espeso.

Si lánguido se esconde,
Sus últimos reflejos
Ir del monte en la cima
Solícito siguiendo;

O si la noche tiende
Su manto de luceros,
Medir sus direcciones
Con ojos más atentos:

Volviéndome a mis libros,
Do atónito contemplo
La ley que portentosa
Gobierna el universo.

Desde ellos y la cumbre
De tantos pensamientos
Desciendo de mis gentes
Al rústico comercio;

Y con ellos tomando
En sus chanzas y empeños
La parte que me dejan,
Gozoso devaneo.

El uno de las mieses,
El otro del viñedo
Me informan, y me añaden
Las fábulas del pueblo.

Pondero sus consejos,
Recojo sus proverbios,
Sus dudas y disputas
Cual árbitro sentencio.

Mis votos se celebran;
Todos hablan a un tiempo;
La igualdad inocente
Ríe en todos los pechos.

Llega luego el criado
Con el cántaro lleno,
Y la alegre muchacha
Con castañas y queso;

Y todo lo coronan
En fraternal contento
Las tazas que se cruzan
Del vino más añejo.

Así mis faustos días,
De paz y dicha llenos,
Al gusto que los mide
Semejan un momento.

EL GUINDO

La Providencia atiende a las necesidades de todos los seres, disponiendo las variadas producciones del reino vegetal y las alternativas de las estaciones, dice en esta composición Juan Pedro Hebel.

DÍJOLE Dios cierto día
A la hermosa Primavera:
—Amiga, ve y ya prepara
Al gusanillo su mesa.
Del guindo entonces brotaron
Las hojas verdes y frescas.
Y el gusanillo que había
El invierno a duras penas
Pasado en su huevo, haciendo
Por sacudir su pereza,
Frotó sus cargados ojos
Y abrió su boca pequeña.
Después con sus nuevos dientes
Royó las hojas más tiernas,
Y se dijo: ¡Es delicioso
Este manjar! ¡Cómo cuesta
Partirlo!—En seguida Dios
Dijo de nuevo:—Ahora llega
A ponerle su cubierto
Del mismo modo a la abeja.
El guindo entonces dió flores
A miles, blancas y bellas.
Al salir el sol de nuevo
La abejilla voló a ellas
En el instante, y se dijo:
Será el café con que deba
Desayunarme. ¡Es de ver
Una taza tan bien hecha!
¡Qué porcelana tan linda
Y reluciente! Y su seca
Trompa metió en la flor grata,
Y bebiendo satisfecha
A grandes sorbos, se dijo:
¡Qué dulce está! ¡No, no cuesta

Mucho la azúcar! Aquí
La echaron a manos llenas.
—Al Estío Dios hablara,
Diciéndole:—Amigo, es fuerza
Que también al gorrión
Dispongas hoy su merienda.
Entonces pender del guindo
Mil rojos frutos se vieran,
Y el gorrión al momento
Exclamó: ¡Sea enhorabuena!
Llegaré sin ceremonia
A tan opípara mesa.
Esto debe dar al cuerpo
Fatigado algunas fuerzas
Y un claro timbre a mi voz
Para cantar mis endechas.
Y Dios al Otoño dijo:
—Pues tu reinado ya empieza,
Puedes quitar los manteles.
Ya la comida está hecha,
Y todos hartos. Entonces
Levantóse allá en las selvas
Un viento fresco y constante,
Penoso por su aspereza,
Que fué creciendo en enojos
Con las heladas primeras.
Y pálidas y purpúreas
Quedaban las hojas secas,
Y una tras otra caían...
Tal es la suerte que espera
A cuanto se alza del suelo
En el aire: cae en la tierra.
El buen Dios dijo al Invierno:
—Procura, donde convenga,
Cubrir los extensos campos,
Puesto que en ellos hoy reinas.
Entonces cubrió el Invierno
Con una sábana inmensa
De nieve, el campo, y marchóse
A dormir, tras su tarea.

REFLEXIONES AL TENER QUE DEJAR UN LUGAR DE RETIRO

Samuel Taylor Coleridge, célebre poeta inglés (1772–1834), expresa en esta poesía muy hermosos pensamientos, originados por el bello paisaje campestre que describe.

¡NUESTRO lindo cortijo era muy bajo!
Subía hasta alcanzar a la ventana
La rosa más talluda. A media noche
Podíamos oir en el silencio,
Y a la tarde, y al alba, en tono lánguido
El murmullo del mar. Al aire libre
Nuestros mirtos abiertos florecían;
Los jazmines espesos se abrazaban
A lo largo del porche, y el paisaje
Verde y tupido refrescaba el ojo.
¡Era un rincón que merecía el nombre
De valle del Retiro! En él vi un día
(Santificando en calma su domingo)
Que divagaba un rico comerciante
Ciudadano de Bristowa; fingíme
Que la sed de oro inútil le calmaba
Con más cuerdo sentir, porque paróse
A mirar registrando todo en torno
Con tristor placentero, y su mirada
Fijóse en el cortijo, y que de nuevo
Volvía a registrarlo y sollozaba
Diciendo que era aquel lugar bendito;
Y benditos quedamos. Con frecuencia
Con oído paciente atento escucho
De la invisible alondra la alta nota
(Invisible, o tan sólo en un momento
Feliz viendo brillar al sol sus alas)
Y «tal»—digo yo entonces—«es el canto
Que brota de la dicha sin estorbo...
¡No terrenal concierto! ¡sólo oído
Cuando a escuchar el alma se apercibe,
Cuando todo se calla, y en nosotros
Atiende el corazón!»
Pero, ay qué día
El que subí desde el profundo valle
Al pedregoso cerro, con peligro
Trepando hasta alcanzar el alta cima;
¡Cuán divina la escena! ¡Allí desnuda
De la montaña la imponente mole,
Moteada acá y allá con las ovejas,
Las pardas nubes derramando sombra
En los campos de sol, en las riberas,
Ya resguardadas por tupidas rocas,
Ya que brillantes se entrelazan plenas
Con las desnudas márgenes; cañadas,
Las praderas, el bosque y la abadía,
Y granjas de labor, y lugarejos,
Y la indecisa aguja de la iglesia!
¡Aquí el canal, las islas, blancas velas,
Negras costas, colinas que semejan
Ser de nube, oceano sin orillas,
La omnipresencia en torno! Dios parece
Que aquí se ha alzado un templo; ¡el mundo entero
De su vasta extensión en el contorno
Parecíame imagen en pintura!
Ningún deseo al corazón henchido
Me profanaba impuro. ¡Hora bendita!
¡Era entonces un lujo la existencia!

¡Quieto cortijo! ¡reposado valle!
¡Monte sublime! ¡ay, me fué preciso
Abandonaros! ¿Era acaso justo
Que mientras sangran y trabajan lejos
Innúmeros hermanos, yo soñara
Dejando transcurrir prestadas horas
Sobre lechos de pétalos de rosa,

El corazón cobarde adormecido
Con sentimientos de molicie inútil?
La lágrima caída de los ojos
De algún Howard, quedando en la mejilla
De aquel a quien levanta de la tierra,
Dulce lágrima es; mas quien con rostro
Impasible, algún bien me concediese,
No más que a medias su servicio cumple,
Porque él mientras me ayuda así, me hiela,
¡Mi bienhechor, de cierto, no mi hermano!
Mas aun tan frío hacer el bien merece
Mis alabanzas, cada vez que pienso
En la legión de aquellos que se fingen
De haragana Piedad fácil imagen;
Que suspiran pensando en la miseria,
Pero evitan tocar al miserable,
En deliciosa soledad nutriendo
Su delicada compasión, ¡y en ella
Alimentando al perezoso amor!
Me marcho, pues; voy a juntar en uno
El corazón, la mano y la cabeza;
¡Me marcho activo y firme a la pelea,
A combatir en el combate incruento
De libertad, verdad y ciencia en Cristo!
¡Mas cuantas veces tras la honrosa brega,
Cuando repose a descansar mi espíritu
Y a soñar en amores que despiertan,
Caro cortijo, a visitarte vaya!
Tu jazmín y la rosa que asomaba
En su tallo subiendo a la ventana,
Los mirtos que sin miedo se mecían
En la brisa del mar tibia y serena...
¡Suspiraré deseos, mansión dulce,
Mejor que tú que no la tenga nadie,
Y que una como tú todos posean!

AL SOL

Dionisio Solís (1774–1834), literato cordobés (España), en cuyas poesías campea la valentía de la versificación, es el autor de este primoroso soneto.

PURO y luciente Sol, ¡oh qué consuelo
Al alma mía en tu presencia ofreces,
Cuando con rostro cándido esclareces
La oscura sombra del nocturno velo!

¡Oh cómo animas el marchito suelo
Con benéfica llama, y cómo creces
Inmenso y luminoso, que pareces
Llenar la tierra, el mar, el aire, el cielo!

¡Oh Sol! Entra en la espléndida carrera,
Que el dedo te señala omnipotente
Al asomar por las eternas cumbres;

Y tu increado Autor piadoso quiera
Que desde oriente a ocaso eternamente
Pueblos felices en tu curso alumbres.

LA HAMACA

En tono festivo y con la amena gracia de las composiciones anacreónticas, el poeta colombiano José Fernández Madrid (1789–1830), canta las excelencias de la hamaca.

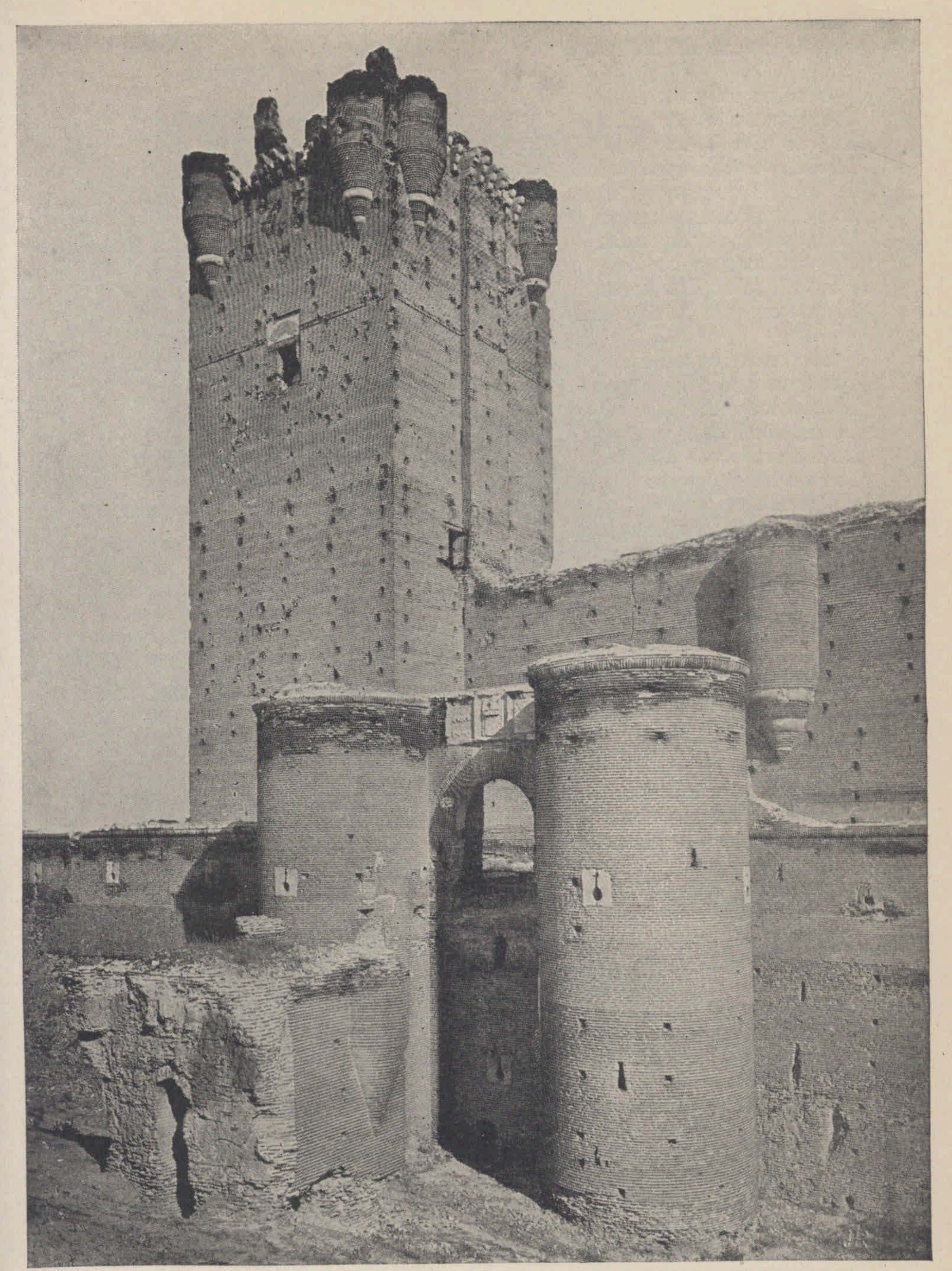
NO canto los primores
Que otros poetas cantan,
Ni cosas que eran viejas
En tiempo del rey Wamba:
Si el alba llora perlas,
Si la aurora es rosada,
Si murmura el arroyo,
Si el lago duerme y calla.
« ¡Salud, salud dos veces
Al que inventó la hamaca! »

¿Qué me importan los cetros
De los grandes monarcas,
De los conquistadores
Las sangrientas espadas?
Me asusto cuando escucho
La trompa de la fama,
Y prefiero la oliva
Al laurel y las palmas.
« ¡Salud, salud dos veces
Al que inventó la hamaca! »

Al modo que sus nidos
Que cuelgan de las ramas,
Las tiernas avecillas
Se mecen y balanzan;
Con movimiento blando
En apacible calma,
Así yo voy y vengo
Sobre mi dulce hamaca.
« ¡Salud, salud dos veces
Al que inventó la hamaca! »

Suspendida entre puertas,
En medio de la sala,
¡Qué cama tan süave,
Tan fresca y regalada!
Cuando el sol con sus rayos
Ardientes nos abrasa,
¿De qué sirven las plumas
Ni las mullidas camas?
« ¡Salud, salud dos veces
Al que inventó la hamaca! »

Meciéndose en el aire
Sobre mi cuerpo pasa
La brisa del Oriente
Que me refresca el alma;
De aquí descubro el campo,
La bóveda azulada,
Y la ciudad inquieta,
Y el mar que fiero brama:



Castillo de la Mota, en Medina del Campo (Valladolid) donde, el 25 de noviembre de 1504, murió la reina de Castilla Isabel la Católica. Terminado en 1482, estuvieron presos en él el famoso César Borgia y Hernando Pizarro hasta la edad de cien años.

« ¡Salud, salud dos veces
Al que inventó la hamaca! »

A nadie tengo envidia;
Como un sultán del Asia,
Reposo blandamente
Tendido aquí a mis anchas;
Es verdad que soy pobre,
Mas con poco me basta:
Mi mesa no es muy rica,
Pero es buena mi gana.
« ¡Salud, salud dos veces
Al que inventó la hamaca! »

Los primeros sin duda
Que inventaron la hamaca
Fueron los indios, gente
Dulce, benigna y mansa;
La hamaca agradecida
Consuela sus desgracias,
Los recibe en su seno,
Los duerme y los halaga.
« ¡Salud, salud dos veces
Al que inventó la hamaca!

Pobres los descendientes
Del grande Huayna-Cápac,
Y de los opulentos
Monarcas del Anáhuac,
Hoy miserables gimen,
Todo, todo les falta,
Y ya sólo les queda
Su pereza y su hamaca.
« ¡Salud, salud dos veces
Al que inventó la hamaca! »

Hace muy bien el indio
Que en su choza de paja
De sus ávidos amos
Engaña la esperanza:
Para que éstos no cojan
El fruto de sus ansias,
En su hamaca tendido
Se ocupa en no hacer nada.
« ¡Salud, salud dos veces
Al que inventó la hamaca! »

Mi hamaca es un tesoro,
Es mi mejor alhaja;
A la ciudad, al campo,
Siempre ella me acompaña.
¡Oh prodigio de industria!
Cuando no encuentro casa,
La cuelgo de dos troncos,
Y allí está mi posada.
« ¡Salud, salud dos veces
Al que inventó la hamaca! »

Sí, venga el ciudadano
Que dos mil pesos gasta
En ricas colgaduras
Para vestir su cama:
Venga, venga y envidie
Mi magnífica hamaca,
Más cómoda y vistosa
Sin que me cueste nada.
« ¡Salud, salud dos veces
Al que inventó la hamaca! »

Las copas elegantes
De las ceibas y palmas
Son las verdes cortinas
Que mi hamaca engalanan:
Pintados pajarillos
De rama en rama saltan,
Y en trinos acordados
Amor, amor me cantan.
« ¡Salud, salud dos veces
Al que inventó la hamaca! »

CHILDER

Federico Ruckert, orientalista y poeta alemán (1789–1866), traductor de muchas obras persas, árabes e indias, expone en esta composición la mudanza incesante a que están sujetas las cosas que el vulgo cree inmutables y eternas.

PASADOS trescientos años
Crucé por la misma senda.
Dicen, Childer, que del hombre
La juventud es eterna.
Cierta vez, de las murallas
De una ciudad me vi cerca.
A un campesino que hallé
Dado al trabajo en su huerta,
Preguntéle desde cuándo
Existía alzada aquélla,
Y me dijo, sin dejar
De proseguir su faena:
—Siempre existió esa ciudad,
Y nunca vendrá por tierra.

Pasados trescientos años
Crucé por la misma senda.
De la ciudad ya no había
Vestigio alguno en tal época.
Desde su choza un pastor
Guardaba allí sus ovejas.
Preguntéle por qué ya
La tal ciudad no existiera,
Y me dijo, sus cantares
Interrumpiendo, con flema:
—Una planta reverdece,
Cuando otra planta está muerta.

Este césped siempre ha dado
Su pasto a mis ovejuelas.

Pasados trescientos años
Crucé por la misma senda.
Las aguas del mar cubrían
Del todo extensión inmensa.
Un pescador allí echaba
Sus redes, y como viera
Que a tan penoso trabajo
Daba al fin alguna tregua,
Preguntéle desde cuándo
Bañaba el mar tal ribera.
Sonriendo a mi pregunta,
Me dió luego esta respuesta:
—Desde que rugen las olas
Del Océano sin tregua,
Vengo a hacer a estas orillas,
Como estáis viendo, mi pesca.

Pasados trescientos años
Crucé por la misma senda.
Un bosque vi dando sombra
A gran extensión de tierra.
A un ermitaño advertí
En su apartada vivienda.
Bajo su hacha esparcíanse
De un tronco las ramas secas.
Preguntéle cuál podría
Ser la edad de aquella selva.
—Este asilo donde estoy,
Es eterno, me dijera.
En él he habitado siempre,
Y siempre con vida y fuerza
He visto crecer los árboles
Que veis que a las nubes llegan.

Pasados trescientos años
Crucé por la misma senda.
Un nuevo pueblo se alzaba:
La animación más completa
Reinaba allí en el mercado,
Y todo bullicio era.
Pregunté cuándo se hizo
Tal ciudad, para mí nueva,
Y dónde se hallaba el mar,
El verde prado y la selva.
A la vez gritaban todos
Sin prestarme oído apenas.
—Está lo que estuvo siempre
En su lugar, y así es fuerza
Que siempre dure y esté
Cual lo veis y ahora se encuentra.
De los vecinos del pueblo
Las razones fueron estas.

Pasados trescientos años
Crucé por la misma senda...

LA VIDA EN EL CAMPO

El regreso a la rústica granja que le vió nacer, arranca a la lira de Lamartine estos tiernos y sentidos acentos. Los dulces recuerdos de los primeros años, las sencillas faenas de la labranza, los encantos de la vida campesina, conmueven hondamente el corazón del poeta, embriagándole de una dicha que la ciudad nunca pudo procurarle.

¡DULCES valles de mi infancia,
Salud! ¡Heredad paterna!
¡Cabaña pobre y humilde
A los bordes de la selva,
Suspendida de un collado
En la pendiente ladera,
Tú, cuyo techo campestre,
Oculto entre verde hiedra,
Nido parece que un ave
En las ramas escondiera!
¡Céspedes entrecortados
Por arroyos de aguas frescas;
Viejo umbral, donde mi padre,
Que amado como un rey era,
Contaba feliz sus reses
Al volver de las praderas,
Dulces valles, granja humilde,
Miradme, ya estoy de vuelta!

Veo del Dios de los campos
El templo rústico; suenan
Las religiosas campanas
En sus dos torres gemelas;
Y parece que en el aire
Oigo una voz lastimera,
Que, llamándome, los días
De mi niñez me recuerda.
¡Cuna obscura de mi vida!
Ya cansada el alma inquieta,
Para siempre en tu regazo
Reposo encontrar anhela.
¡Lejos de mí las ciudades
Y su estéril opulencia!
Yo he nacido entre pastores.
Niño, mis delicias eran
Seguir con ellos los pasos
Errantes de las ovejas,
Y al volver, cuando el ocaso
Va extendiendo sus tinieblas,
Lavar sus cándidas lanas
En la cristalina alberca.
¡Cuán atrevido, a los árboles
Trepaba en la edad aquella,
Porque nadie me ganase
En robar con mano pérfida
Bajo el ala de sus madres
Las tórtolas pequeñuelas!

Deleitábanme las voces
Del crepúsculo, que inciertas

«EL ÁNGELUS»—CUADRO DE JUAN FRANCISCO MILLET



«RECOLECCIÓN DE PATATAS»—CUADRO DE FELIPE SADÉE

Las ráfagas vespertinas
Por los anchos campos llevan;
El sordo y lejano ruido
De la crujiente carreta,
Y el cencerro de las cabras
Que en las lomas tintinea.
Después, triste desterrado
En interminable ausencia,
Cual vaso que su perfume
Primero siempre conserva,
En mi corazón herido
Siento delicias secretas,
Que mi espíritu cansado
A los campos encadenan.

Cúbreme, paterno valle,
Con tus sombras halagüeñas;
Sauces, que dobláis las hojas,
De luto lloroso emblema,
Sobre vuestro pobre hermano
Inclinad las ramas trémulas;
Reconoce, verde musgo
Que pisé otra vez, mis huellas,
Y tú, que, lejos del hombre,
Tu destino al mundo velas,
Cual otro tiempo, eco triste,
Dócil a mi voz contesta.

A vuestro albergue risueño
No traigo dichas ni penas,
Ni recuerdos quejumbrosos,
Ni esperanzas lisonjeras;
A vivir nada más, vengo,
A que vuestro amor proteja
Mi obscuro y blando reposo,
¡Último bien que me queda!
Despertar, bien limpia el alma,
Cuando la aurora despierta,
Para bendecir la mano
De Dios, que su luz le diera;
Ver, bañadas de rocío,
Las flores que el alba riega,
Abrir sus cálices tiernos
Para festejar su vuelta;
Aspirar de las colinas
Las selváticas esencias,
O la frescura que vierten
Las sombrías arboledas;
Ver ondular a lo lejos
En las llanuras desiertas
El soplo de la mañana
Perdido entre la maleza;
A la conocida fuente
Llevar la mansa ternera;
Soltar las cabras ariscas
Entre aromáticas hierbas,
O ver a los blancos bueyes
Cuando obedientes se acercan
Encorvando bajo el yugo
La poderosa cabeza;
Guiar el fecundo arado;
Podar la parra doméstica;
Abrir paso a los arroyos
Que en los prados serpentean;
Y al anochecer, sentado
Al tosco umbral de la puerta,
Partir el pan con un pobre,
Si acaso pasa por ella;
Los ya fatigados ojos
Cerrar con dulce pereza,
Y sin pensar en mañana,
Dejar tranquilo que venga;
Sentir, sin contarlos nunca,
Pasar, en suave cadena,
Un día tras otro día,
Callados, como la arena,
Que, grano a grano cayendo,
Mide las horas ligeras;
Ver en el huerto los frutos
Que sobre nosotros cuelgan,
Y frutos también, más dulces,
De pasión segura y tierna,
Nuestros hijos cariñosos
Que en sus brazos nos estrechan,
Y apoyándonos en ellos,
Bajar las últimas sendas,
Es felicidad bastante
Para quien la muerte espera.

EL ARCO IRIS

Dice la Biblia que después del diluvio Dios tendió el arco iris en señal de reconciliación con el hombre. Heredia recuerda este pasaje y sus ilusiones de la infancia, para poetizar ese bello fenómeno de óptica, cuyos encantos disipa el frío análisis de la Ciencia.

ARCO sublime de triunfo
Que adornas el vasto cielo
Cuando su confuso velo
Recoge la tempestad;
No al oráculo severo
De la alma filosofía
Pregunta la mente mía
La causa de tu beldad.

Paréceme como en tiempo
De mi niñez deliciosa,
Cuando tu frente radiosa
Parábame a contemplar;
Y estación te imaginaba
Para que entre tierra y cielo
Descansara de su vuelo
Del justo el alma inmortal.

¿Pueden los ópticos fríos
Explicar tu forma bella

Para agradarme con ella
Cual mi ignorancia feliz?
En lluvia fugaz convierten
El espléndido tesoro
De perlas, púrpura y oro,
Que ardiente soñaba en ti.

Cuando a Natura la ciencia
Quita el misterioso encanto,
¡Cuánto disminuye, cuánto
El brillo de su beldad!
¡Cuál ceden a yertas leyes
Mil deliciosas visiones!
¡Cuán plácidas ilusiones
Miramos, ¡ay! disipar!

Pero el mismo Omnipotente
Nos revela, arco divino,
Tu origen y tu destino
Con su palabra inmortal:
Al dibujarse tu frente
En el cielo y mar profundo,
Al cano Padre del mundo
Fuiste sagrada señal.

Cuando tras fiero diluvio
La verde tierra te amaba,
Cada madre a su hijo alzaba
A ver el arco de Dios.
El campo te daba incienso,
Y aroma puro la brisa,
Cuando en tu luz la sonrisa
Del cielo resplandeció.

Y como entonces brillabas,
Sereno brillas ahora,
Y cual del mundo la aurora,
Su fin tremendo verás:
Que Dios, fiel a su promesa,
Intacta guarda tu gloria,
Para perpetua memoria
De que a la tierra dió paz.

De la música primera
Sonó en tu honor el acento,
Y del primer poeta el viento
Oyó la mágica voz.
Sigue, pues, siendo mi tema,
Símbolo de la esperanza,
Fiel monumento de alianza
Entre los hombres y Dios.

EL PASEO DEL POETA

Leyendo en el libro de la Naturaleza halla el filósofo y poeta norteamericano Ralf Waldo Émerson (1803–1882) las enseñanzas que después ha de comunicar a los hombres en sus escritos.

NO con agreste corazón me juzgo
Porque el frondoso valle,
Bajo la espesa sombra, solitario
Cruzar tanto me place.
De Dios voy a escuchar la voz augusta
Que en el bosque ha de hablarme,
Para después al hombre sus palabras
Transmitir en mis frases.
Cuando los brazos sobre el pecho unidos,
En el borde me halle
De la limpia corriente, perezoso
No llegues a juzgarme.
Es página su tersa superficie
Donde escriben fugaces
Una línea las nubes transparentes
Que cruzan por el aire.
No me acuséis de malgastar las horas
Que en recoger me pase,
Laboriosos amigos, de los campos
Las flores más fragantes,
Y ved que cada una de sus bellas
Corolas cuando pasen
A mi humilde mansión, de un pensamiento
Al peso han de doblarse.
¿Qué misterios la flor no simboliza?
¿Qué historia interesante,
Qué secreto que, ocultas en las ramas,
No pregonen las aves?
Tú, labrador, que con afán cultivas
Los campos, y de haces
Colmadas ya, con vigorosos bueyes
A tu hogar rechinantes
Tus carretas conduces, aun había
En tus tierras feraces
Otras mieses, y yo me las apropio
En mis pobres cantares.

EL HOGAR CAMPESTRE

En estos hermosos versos pondera el poeta venezolano José Antonio Maitín los deliciosos atractivos que ofrece la vida rústica.

A LA falda de aquel cerro
Que el sol temprano matiza,
Un arroyo se desliza
Entre violas y azahar:
Allí tengo mis amigos,
Allí tengo mis amores,
Allí mis dulces dolores
Y mis placeres están.

Allí al lado se levantan
De peñascos cenicientos
Los búcares corpulentos
De dimensión colosal,
Y allí el ánimo se olvida,
En su embeleso profundo,
Del laberinto del mundo,
Del ruido de la ciudad.

No hay allí suntuosos templos,
Cuya gótica techumbre

Con su mole y pesadumbre
Piensa la tierra oprimir,
Donde en los rostros se nota
Del concurso cortesano,
Que un pensamiento mundano
Lo va persiguiendo allí;

Pero hay sencilla una iglesia
Con su campanario y torre,
A donde el creyente corre
De la campana al clamor;
Allí sus cantos entona,
Postrado, humilde, en el suelo,
Y su oración sube al cielo
Hasta el trono del Señor.

No hay un órgano en el coro,
Que despida noche y día
Á torrentes la armonía
De los tubos de metal,
Y en el aire se derrama,
Bajo del cóncavo techo,
Y baja a oprimir el pecho
Con su encanto celestial;

Pero se oye del Ministro
La voz trémula y doliente
Que del cristiano la frente
Á la tierra hace inclinar,
En tanto que del incienso
La pura, la blanca nube,
A besar las plantas sube
De Dios, que está en el altar.

Allí no hay bellos palacios,
Ni dorados artesones,
Ni estatuas en los salones,
Sobre rico pedestal,
Ni músicas exquisitas,
Ni bulliciosos placeres,
Ni artificio en las mujeres,
Ni en los hombres vanidad;

Pero hay árboles copados,
Que se mecen blandamente,
Y un arroyo transparente
Con sus ondas de cristal,
Y una tórtola amorosa,
Oculta en la selva umbría,
Que exhala, al nacer el día,
Su arrullo sentimental.

No alumbra la alegre fiesta
Clara, elegante bujía,
Que se pueda con el día
Comparar en esplendor,
Ni exquisitos los pebetes
Aromáticos olores
Difunden en corredores
Y del baile en el salón;

Mas hay lánguida una luna,
Que sirve de antorcha al cielo
Y que refleja en el suelo
Su melancólica faz;
Y hay claveles entreabiertos
En las cortinas cercanas,
Donde sus alas livianas
Va la brisa a perfumar.

Ni de la doncella hermosa
Cubre el cuello delicado
El magnífico tocado
Del fino encaje o tisú;
Ni lleva sobre los hombros
O revuelto sobre el pelo
De seda el flotante velo
O de transparente tul;

Pero sin esos primores
Es la honesta campesina
Por sí sola peregrina
Y por sí sola gentil;
Y en vez de rica diadema
O de artificioso adorno,
Se ve de su frente en torno
Brillar cándido jazmín.

¡Oh valle ameno y frondoso,
Que el sol temprano matiza,
Cuyo arroyo se desliza
Entre violas y azahar!
Contigo están mis amigos,
Contigo están mis amores,
En ti mis dulces dolores
Y mis placeres están.

Yo buscaré la dicha en tus cantares,
En tus bosques la paz y la ventura
Y acallaré la voz de mis pesares
De quieta soledad en la espesura.

LA CREACIÓN

En variados metros y combinaciones rítmicas canta en este poema Juan Arolas, con elevada inspiración, las grandezas del Universo físico.

DE tinieblas y sombras rodeada,
Con un cetro de fúnebre tristura,
Domina sobre el reino de la nada
Una noche larguísima y oscura,

Sin ningún ser, color, ni movimiento,
Sin voz, sin ningún eco ni sonido,
Sin un soplo de vida ni un aliento
Por el estéril ámbito de olvido.

Es un caos de horrores y de espanto,
Y sólo vagar puede en ese abismo
Aquel tres veces justo y también santo,
Que fué en la eternidad, y será el mismo

Lanza sobre esa noche soñolienta
Su mirada de plácidos amores,
Que toda la ilumina y transparenta,
Convirtiendo en cristales sus vapores;

Y con velocidad la errante sombra,
Pasmada de una ley desconocida,
Se oprime al replegarse, como alfombra
Que en largo funeral se vió extendida.

Nace la virgen luz, reina brillante,
Que ocupa un éter límpido y sereno,
Con cetro y con diadema de diamante,
Y abrocha con un sol su casto seno.

Y ese sol es gigante de grandeza,
Es un joyel de amor y de alegría,
Con que tu grande autor, Naturaleza,
Marca de creación el primer día.

No gastarán tu joya inestimable
Los siglos con el roce de sus alas,
Su eterna juventud infatigable
Será el mejor adorno de tus galas.

Sólo cuando, tu término llegado,
Quiera Dios que desmayes y sucumbas,
Esqueleto de un sol todo eclipsado
Te debe acompañar entre las tumbas.

Sobre tus vastos túmulos desiertos
Será final antorcha, que apagada
Dará un humo a tus sombras y a tus muertos,
El humo primitivo de tu nada.

Reinan por el zafir de los espacios
Mil globos y otros mil con un fin sólo,
Fanales de los célicos palacios,
Que encienden doble llama en doble polo;

Y aquel que los adorna y los produce
Les marca su distancia y armonía,
Y a todos con el dedo los conduce
Puestos en escuadrón, siéndoles guía.

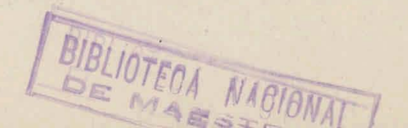
Mas del gran luminar corriendo el coche
Los rayos va entibiándoles su dueño,
Y en tus horas balsámicas ¡oh noche!
Serán brillante auréola del sueño.

¡Oh luz pura que has nacido
Del fulgor de su mirada,
Como virgen preparada
Para espléndido festín,
Que disipas de ese caos
Las nieblas y horror profundo,
Fijando la edad del mundo,
Bendice al Señor sin fin!

¡Oh sol, cuna de diamantes,
Rey de nítidos destellos,
Sin rival entre astros bellos,
Que apaga tu hermosa sien,
Joyel del Omnipotente
Sacado de su tesoro,
Minero fecundo de oro,
Bendice al Señor también!

¡Oh Cielos, morada y templo
Del artífice que os ama,
Cuyas obras son de llama
Coronadas de esplendor:
Páginas donde su nombre
Se halla escrito con estrellas
Que son polvo de sus huellas,
Bendecid al Criador!

Del sol de topacio
La luz se dilata
Por todo el espacio
Con rayo de plata:
La bóveda toda
Reviste su giro
Con traje de boda,
Color de zafiro:
Su seno que crece
Revela la nube,
La brisa la mece,
La brisa la sube;
O en tiendas flotantes
De rojo amaranto
Con varios cambiantes,
Divide su manto;
O al sol se evapora
Su espuma delgada,
Del astro que adora
De amor abrasada;
O es leve cortina
Que cubre la cuna
Do un ángel reclina
Su rostro de luna;
O es nave ligera
Que altiva se ufana,
Flotando en la esfera
Con velas de grana.
De un astro pretende
Saber otro luego,
Quién es el que enciende
Sus piras de fuego;
Quién es causa eterna,
Quién reina y en dónde,
Quién rige y gobierna:
Y el otro responde:
Que es Dios, que es la vida,
Principio y autor,
Virtud escogida,
La gracia cumplida,
Luz, dicha y amor.


BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAEST

Sentado sobre el trono de la aurora
Extiende por los ámbitos profundos
El Eterno su vista creadora
De soles, y de cielos, y de mundos.

Y aparece la tierra suspendida,
Como por atracción, de su mirada;
De mares, como fajas, circuída,
Y en sus polos muy bien anivelada.

Aparecen sus montes, cual gigantes
Que guardan sus recónditos mineros,
De precioso metal y de diamantes,
En cárcel de peñascos altaneros.

Unos su pico elevan orgulloso,
Y otros visten sus cumbres y su falda,
Do bulle el arroyuelo sonoroso,
Del nítido color de la esmeralda.

Y algunos, cual tiranos inclementes
Que han de burlar los soplos de huracanes,
Muestran con arrogancia duras frentes
Ceñidas con diadema de volcanes.

Tiende el valle su alfombra de verdura,
La colina su término le sella,
Y do nace una brisa que murmura
Nace una leve flor que es hija de ella.

El remanso que forma fuente fría
Remeda sombras trémulas, vergeles;
Miente nubes de hermosa pedrería,
Y sauces que desmayan en doseles,

Aves que se columpian en las ramas,
Insectos que festejan a las rosas,
De celajes de púrpura las llamas,
Y ornatos de elegantes mariposas.

El espumoso mar ocupa un centro,
Y aunque amaga su furia turbulenta
Con la tierra chocar en rudo encuentro,
Sobre linde arenosa desalienta.

Y es como ardiente esclavo, que nacido
Para lucha feroz y bramadora,
Con un lazo de flores detenido
Besa el nevado pie de su señora.

Se duerme en las bahías y desmaya,
Se despierta en los golfos peligrosos,
Y tumbos bullidores en la playa
Levanta con mil juegos ingeniosos.

Lame risueños istmos y arenales,
Y es rey que de mil islas se enamora,
Y les rinde tributo de corales
Y de perlas y de ámbar que atesora.

Le pagan claros ríos homenaje,
Y algunos tan subidos en orgullo,
Que sienten el humilde vasallaje
Y mueren con un hórrido murmullo.

Mil aves que se visten del tesoro
Que tiene abierto Dios para sus galas,
Émulos de la púrpura y el oro
Revelan los matices de sus alas;

Entonan dulces cantos a porfía,
Y celebran del mundo el nacimiento
Con el primer ensayo de armonía
Que, por llegar a Dios, penetró el viento.

Bebiendo luz, el águila pasea
Del éter el océano extendido,
Ocupada tal vez de altiva idea
De morar en el sol y de hacer nido.

Se espacian los cuadrúpedos veloces;
Ruge el fiero león de noble raza,
Y el mundo no distingue entre mil voces
Otra de mayor brío y amenaza.

El río que dormía sosegado
Llena el caimán de espuma vacilante,
Y tiembla el árbol duro que ha tocado
Con mole ponderosa el elefante.

Extendiendo el pavón sus plumas bellas
Copia con delicada miniatura
Un cielo de simétricas estrellas,
Único en elegancia y hermosura.

Son los cedros y palmas altaneras
Colosos de las auras que los mecen;
Los cipreses, pirámides ligeras,
Que todas las distancias embellecen;

Y las plantas acuáticas nacidas
En medio de las fuentes y las olas,
Enseñan con pudor, medio escondidas,
En urnas de cristales sus corolas

¡Oh tierra de luz vestida,
Con su aliento fecundada,
Por su mano regalada
Con un Cielo y un Edén;
Que de vida y hermosura
Tantos gérmenes contienes,
Y gozas de tantos bienes,
Bendice al supremo bien!

¡Oh mar de onda fugitiva,
Sonrosada, azul y verde,
Que en tu inmensidad se pierde,
Y otra toma su color;
Que como a risueña virgen
Que destinas a tu boda,
Abrazas la tierra toda,
Bendice al supremo autor!

Circula y se eleva
Por todo paraje
La savia, que lleva
Frescura y ramaje;
Y el céfiro leve
Que vaga y murmura
Con alas de nieve
Por toda espesura,
Derrama rocío,
Que es llanto de aurora,
Y hermoso atavío
De rama sonora.
Con galas distintas
Ostentan las flores
Penachos y cintas
De vivos colores;
Coronas radiantes,
Y gasas delgadas,
Festones, turbantes
Y tazas doradas;
Capullos cubiertos
Con gran simetría,
Y senos abiertos
Al aura y al día.
Las unas se afanan
Por ser solas ellas,
Las otras hermanan
Corimbos de estrellas;
Desmayan algunas,
Las otras asoman,
Y brillan las unas,
Las otras aroman.
Y en fin, leve nube
De esencias combinan,
Que al Cielo se sube,
Que a Dios la encaminan.
En fuentes hermosas
Que en lluvias de perlas
Inundan las rosas,
Que nacen por verlas,
Contempla el insecto,
Zumbando en la rama,
Su talle perfecto,
Su cuerpo de llama;
Y el bosque y el prado,
Vergel y montaña,
Y arroyo cercado
De verde espadaña,
Mar, ríos y suelo,
Con voz de alegría,
Dan himnos al Cielo,
Formando armonía.
Y al ave que canta
Preguntan las aves,
Quién dió a su garganta
Los trinos süaves;
Quién es causa eterna,
Quién reina, y en dónde,
Quién rige y gobierna;
Y el ave responde:
Que es Dios, que es la vida,
Principio y autor,
Virtud escogida,
La gracia cumplida,
Luz, dicha y amor.

A dominio tan vasto y halagüeño
Con trono de magnífica grandeza,
No quiso el Hacedor, el sumo dueño,
Que faltase tu rey, Naturaleza.

Y el hombre, el soberano de tus seres,
Compendio de ti misma y tu portento,
En medio del Edén de los placeres
Fué creado por Dios, y de su aliento.

Dióle un alma profunda que midiera
Toda la creación que era reciente,
Y para que su patria conociera,
Al sol y a su cenit le alzó la frente;

Y habiendo puesto el mundo por santuario,
Do brillase la gloria de su nombre,
Destinó para místico sagrario
El corazón magnánimo del hombre.

Mas deja separar, hombre creado,
Mis ojos del Edén de ruiseñores,
No sea que tropiece en tu pecado,
Que es un áspid oculto entre las flores,

Y el himno que dirijo al que te cría
Se interrumpa con ayes de quebranto,
Y venga a concluir en elegía
Toda mi inspiración, todo mi canto.

LO QUE DICE LA CREACIÓN

Antonio Alejandro Grün, escritor político y poeta austriaco (1806–1876), enseña en esta bella poesía que el hombre ha nacido para amar, como la rosa para esparcir su aroma, el sol para alumbrar y la alondra para alegrar el aire con sus cantos.

CUANDO Dios creó la rosa,
Le dijo:—« Florecerás,
Y tu aroma esparcirás
Siempre bella y candorosa.»

Cuando del caos confuso
Con tan gran magnificencia
Al ígneo sol dió existencia,
Dios habló, y esto dispuso:

—« Da a la tierra luz y vida,
Dale el calor de tu fuego.»
A la alondra dijo luego
Que a su acento fué nacida:

—« Tus dulces trinos derrama,
Alzándote al aire vano.»
Después creó al ser humano,
Y sólo le dijo:—« Ama ».

Y viendo al sol refulgente,
Que tanta grandeza asume,
Y esparciendo en el ambiente
A la rosa su perfume;

Y al oir cuan dulce canta
La alondra en la azul esfera,
¿Cómo el hombre no pudiera
Amar con ternura santa?

EL SIMÚN

El simún es un terrible viento que azota ciertas regiones del África y del Asia, causando grandes estragos. A él se refiere en este soneto el poeta español Antonio Ros de Olano (1808–1886).

LA soledad lo aborta sin destino
Sobre el páramo inmenso del desierto;
A su presencia duélese el Mar Muerto
Y gime triste el campo palestino.

Con polvorosa crin borra el camino,
Y a su bochorno el caminante incierto,
El cuerpo tiende, el hálito cubierto
De raudo y abrasante remolino.

¡Pasó!... Y el tigre bota en la candente
Arena, en que el león ruge erizado
Y silba y se retuerce la serpiente...

¡Pasó!... Y en la quietud del despoblado
La ciudad solitaria del Oriente
Llora con el Profeta su pecado.

RECUERDO DE LOS ALPES

La contemplación de los nevados picos de los Alpes y el contraste de su abrupto y solemne aspecto con el riente y amable de la verde llanura, ofrecen al atormentado espíritu de Alfredo de Musset un espectáculo confortante y consolador.

FATIGADO y sudoroso
Y vencido por el tedio,
La abrasadora llanura
Atravesaba el viajero;
Nubes de dorado polvo
Alzaba a sus pies el viento.
Junto a una pobre hostería,
En lugar casi desierto,
Deslizábase un arroyo
Bajo un puente tosco y viejo,
Dando a sus floridos márgenes
Acariciadores besos.
Saltaban de rama en rama
Dos pajarillos parleros,
Y mandando el uno al otro
Sus alternados gorjeos,
De amor y melancolía
Formaban suave concierto.

Mientras indócil un mulo,
Bajo un emparrado fresco,
La tierra a sus pies hería
Con golpes duros y secos,
Al desmoronado puente
Subió el caminante inquieto,
Con el corazón henchido
De un triste y dulce misterio.
Silencioso se detuvo,
Inclinó la frente al suelo
Y el sol enjugó las lágrimas
Que por su rostro corrieron.

« ¡Oh fortuna crüel, mudable y ciega,
Del desgraciado amor tenaz tormento!
Borra de mi memoria aquellos ojos
Que siempre triunfadores estoy viendo.
¿Por qué los vi resplandecer un día
Tan hermosos, tan puros, tan serenos?
No quieres que los mire y los adore,
¡Y no me dejas olvidarme de ellos! »

Cuando el sol limpia la atmósfera
De nubarrones siniestros,
Cuando se despeja el alma
De angustias y sufrimientos,
La mirada dirigimos,
Aun suplicantes, al cielo.
Así la cerviz levanta
El anhelante viajero,
Y ve los Alpes erguidos
En su reposo perpetuo.
Delante de él, el Mont-Rose
Alza el cabezón tremendo,
Donde el azul y la nieve
Forman caprichosos juegos.
Si alguna vez, blanca Diana,
Bajas a este mundo nuestro,
Encontrará en esas cumbres
Escabel tu pie ligero.
Los cazadores de corzos
Deben saber algo de esto,
Los cazadores de corzos,
Que, desdeñosos del riesgo,
Cruzan, al rayar la aurora,
Los verdes prados, e intrépidos
Suben, escopeta en mano,
Por los agrios vericuetos.

Mientras a Milán abrasa
El sol con rayos de fuego,
Y arrastra por la alta esfera
Su glorioso aburrimiento,

Ahito de sus fulgores
Siempre brillantes y espléndidos,
Aquí surge la montaña
Cual rápido cambio escénico:
Arriba el alud asusta;
Abajo, el derrumbadero.
No te alarmes, y cabalga
Bien prevenido y dispuesto,
Pues si el mulo da un mal paso,
Y ruedas tú por los suelos,
Serás sujeto de risa

Un águila negra vuela,
Y con ariscos recelos,
—« ¿Quién penetra, les pregunta,
En mi selvático imperio? »

Byron, de altiva tristeza
Empapado el pensamiento,
Dijo, al cruzar estos montes:
—« Cuando miro los abetos
Con su lúgubre talante
De árboles de cementerio,

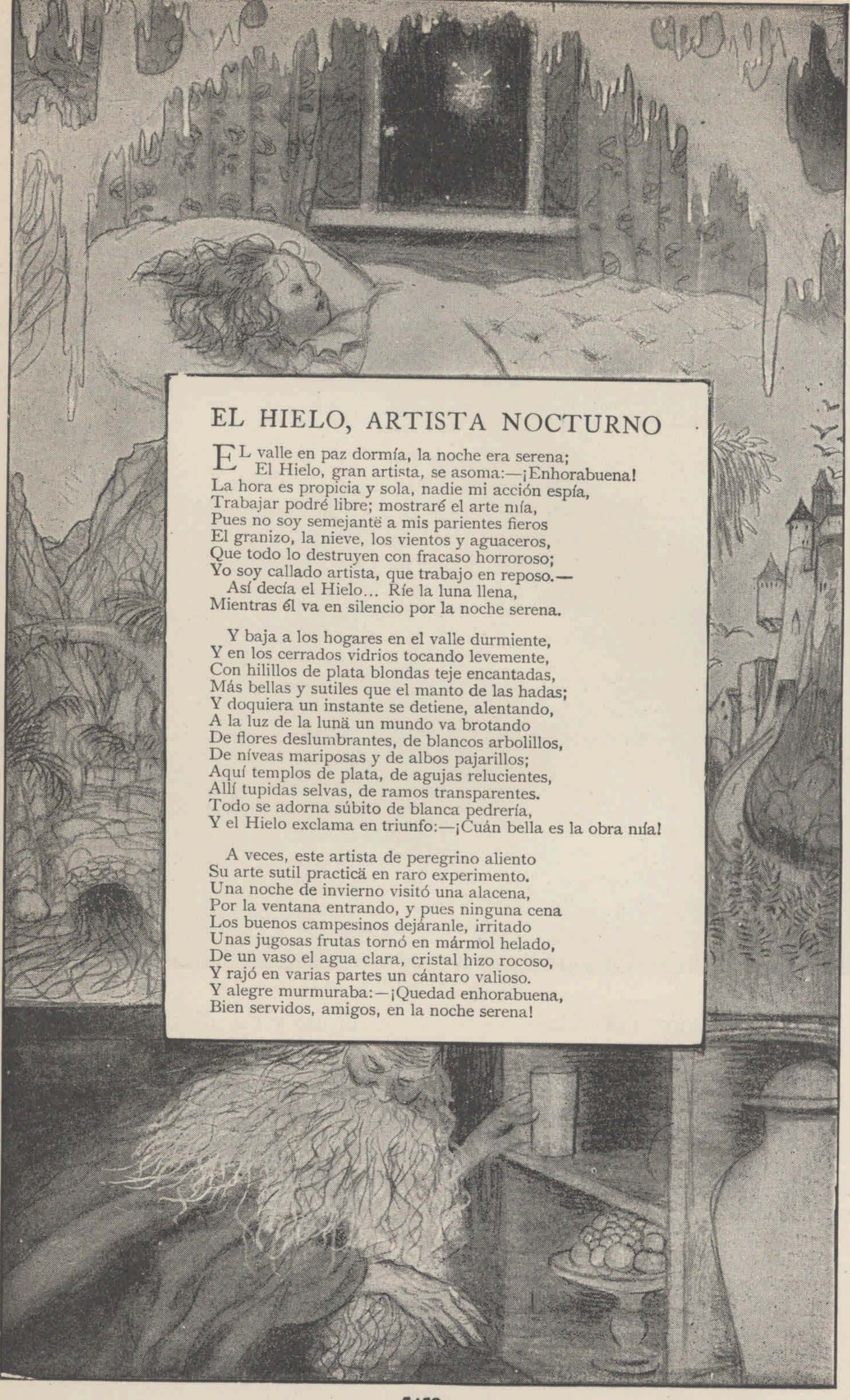


MONTE ROSA, EN LOS ALPES

Para algún corzo malévolo,
A quien sirve de atalaya
La agria cúspide de un cerro.

A través de la montaña
Corre un torrente, ahora seco;
Toma el caminante adusto
Aquella vereda, y luego
Vuelve el rostro. La llanura
Dilatada, los risueños
Campos, las praderas, todo
Desapareció. El espectro
Pálido, níveo, con tintas
Rosadas, del ventisquero,
Detrás de él álzase enorme.
Sobre los bosques siniestros

Pienso ver a mis amigos
Graves, rígidos y tétricos.»
Pero esos pinos, ¡oh Byron!,
Que hiere el rayo, son bellos
Formando espesura lóbrega
En este augusto desierto;
Y cuando sus ramas secas
Bajo tus plantas crujieron,
Entendiste el misterioso
Idioma de su silencio.
Saben tanto cual nosotros,
O quizás más, esos viejos
Venerables, que cautivos
De las rocas, en el seno
De la madre común, duermen
Tranquilo y solemne sueño.



EL HIELO, ARTISTA NOCTURNO

EL valle en paz dormía, la noche era serena;
El Hielo, gran artista, se asoma:—¡Enhorabuena!
La hora es propicia y sola, nadie mi acción espía,
Trabajar podré libre; mostraré el arte mía,
Pues no soy semejante a mis parientes fieros
El granizo, la nieve, los vientos y aguaceros,
Que todo lo destruyen con fracaso horroroso;
Yo soy callado artista, que trabajo en reposo.—
Así decía el Hielo... Ríe la luna llena,
Mientras él va en silencio por la noche serena.

Y baja a los hogares en el valle durmiente,
Y en los cerrados vidrios tocando levemente,
Con hilillos de plata blondas teje encantadas,
Más bellas y sutiles que el manto de las hadas;
Y doquiera un instante se detiene, alentando,
A la luz de la luna un mundo va brotando
De flores deslumbrantes, de blancos arbolillos,
De níveas mariposas y de albos pajarillos;
Aquí templos de plata, de agujas relucientes,
Allí tupidas selvas, de ramos transparentes.
Todo se adorna súbito de blanca pedrería,
Y el Hielo exclama en triunfo:—¡Cuán bella es la obra mía!

A veces, este artista de peregrino aliento
Su arte sutil practica en raro experimento.
Una noche de invierno visitó una alacena,
Por la ventana entrando, y pues ninguna cena
Los buenos campesinos dejáranle, irritado
Unas jugosas frutas tornó en mármol helado,
De un vaso el agua clara, cristal hizo rocoso,
Y rajó en varias partes un cántaro valioso.
Y alegre murmuraba:—¡Quedad enhorabuena,
Bien servidos, amigos, en la noche serena!

LA JERUSALÉN LIBERTADA

POEMA ITALIANO, POR TORCUATO TASSO

EN el sexto año de la primera Cruzada, cuyo fin fué rescatar el Santo Sepulcro, del poder de los infieles, Dios envió su ángel a Godofredo, caudillo de las huestes cristianas, y le ordenó libertar a Jerusalén. El celoso y cristiano Godofredo llamó a sus capitanes, les dijo que hicieran sus preparativos para avanzar, y ordenó una gran revista de todas las huestes que habían de pelear al día siguiente.

En todo el espacio que la vista podía descubrir veíase el mar surcado de buques, que traían soldados y víveres, y la tierra enteramente cubierta por las tiendas de los cruzados. Tropas de todas las naciones cristianas desfilaron ante Godofredo. En primer lugar, venían los franceses; luego los normandos y los soldados de Holanda; cada poderoso príncipe italiano marchaba al frente de sus hombres; y había también ingleses, irlandeses, noruegos y regimientos de otros países. Muchos hombres famosos se encontraban allí: Pedro el Ermitaño, el fogoso apóstol de la Cruzada; el joven y bizarro Reinaldo, el más valiente de todos los guerreros; Tancredo, campeón insigne, así en las lides de Marte como en las de Cupido, y, por fin, la flor de la cristiana caballería, que había hecho voto de libertar la tierra que Cristo santificara con sus huellas.

El viejo tirano de Jerusalén preparaba la defensa de la ciudad, y llamó en su auxilio al Sultán de los turcos hacia el norte, y por el sur al Califa de Egipto. Y, al ver alzarse el campamento cristiano ante los muros de Sión, envió una embajada a Godofredo, advirtiéndole que no aguardara la embestida de las numerosas fuerzas musulmanas que estaba reuniendo. Pero el jefe cristiano le contestó que en Dios confiaba, y en su nombre avanzaría. Al oir esta respuesta, el tirano subió a una torre muy alta, para divisar el campamento enemigo. Con él estaba Herminia, hija del rey de Antioquía. Tancredo había dado muerte a su padre, y hecho prisionera a la joven, pero tratóla con grandes miramientos y púsola finalmente en libertad para que pudiera ir a Jerusalén a reunirse con sus amigos. Mientras estuvo cautiva, Herminia se había enamorado del que a tal estado la había reducido; mas Tancredo ni siquiera sospechó su amor, porque a él le había robado el corazón una princesa musulmana, llamada Clorinda, un día que la vió sola, sentada a la orilla de un río.

La princesa Clorinda, que estaba también en la ciudad sitiada, era famosa, no sólo por su belleza, sino también por su valor. Veíasela cubierta, como un hombre, de su armadura, y no había caballero más temido que ella en las batallas. Era hija de la reina cristiana de Abisinia, pero el secreto de su nacimiento lo conocía tan sólo su anciana sirvienta, y en su infancia había sido llevada a Persia y educada en la fe del islam. Y, aunque su madre lo deseaba, nunca había sido bautizada. Fué Clorinda quien dirigió el primer asalto desde la ciudad; montada en su corcel, con su blanca armadura, salió al frente de sus hombres y atacó un pequeño cuerpo del enemigo, dando muerte a su capitán. Creyéndola hombre, Tancredo salió del campo y se lanzó contra ella; y, en medio de la refriega, a la valerosa guerrera se le cayó el casco de la cabeza. De este modo reconoció Tancredo a su amada. Con rápidas y entrecortadas palabras le declaró el joven su amor, antes de que les separase el tumulto de la batalla.

Aquel día fué muerto uno de los grandes capitanes de Godofredo, y muchos creían que Reinaldo le sucedería en el mando. Pero un osado noruego ambicionaba para él aquel honor, e insultó a Reinaldo con venenosas palabras. Irritado el impetuoso caballero, desafió al atrevido, que mordió en breve el polvo. Pero no todo fué gloria para el vencedor. Godofredo

ordenó que el matador fuera juzgado y castigado, y entonces Reinaldo, oyendo los consejos de sus amigos, montó su caballo y se alejó del campo para siempre, según creía él.

Querellas como ésta eran muy perjudiciales a la causa de los cristianos, y el maligno espíritu hacía cuanto podía para fomentarlas. Así, pues, persuadió a un mago de Damasco a que enviara a su hermosa sobrina, Armida, al campo de Godofredo, para que su belleza apartara a los jóvenes caballeros del camino del deber y del honor. Llegó la doncella, y con lágrimas imploró auxilio para recobrar su legítimo reino; y los corazones de los caballeros se conmovieron profundamente al oirla. Se le dieron diez campeones, que la suerte designó; pero, al alejarse con su escolta, otros muchos desertaron de sus sitios respectivos y, montados en sus corceles, procuraron alcanzarla al llegar la noche; de este modo perdió Godofredo a varios de sus más valientes guerreros.

De la ciudad salió un terrible campeón, llamado Argante, desafiando a los caballeros cristianos a que midieran con él sus armas en singular combate. Tancredo fué elegido para luchar con el provocador; y hasta la caída de la noche estuvieron combatiendo, pero los dos quedaron tan mal heridos, que se aplazó el término de la refriega para el sexto día. Herminia había asistido a la horrible lucha desde lo alto de la torre, y su corazón se estaba consumiendo con el deseo de acercarse al hombre a quien amaba y cuidarle hasta que recobrara la salud. Pero ¿cómo salir de la ciudad? Por fin, tuvo la idea de cubrirse con la blanca armadura de Clorinda y de salir a caballo por la noche, y así los centinelas creerían que era la princesa musulmana, que tenía libertad para entrar y salir, como y cuando quisiera. Este plan tuvo completo éxito. Se acercó al campo cristiano, y, aguardando fuera, mandó a su escudero a informarse de si Tancredo podía recibirla. Pero, mientras esperaba, en la oscuridad, vió llegar a algunos caballeros, los cuales, convencidos de que era Clorinda, la persiguieron durante varias leguas hasta que, fatigados, la abandonaron; pero ella vió que se había extraviado enteramente. Entre tanto Tancredo, al oir que una dama cubierta de su armadura deseaba verle, se levantó de su lecho, se revistió de sus armas y salió a su encuentro, creyendo que era Clorinda. Pero la dama había huido, y Tancredo, desesperado, salió hacia la selva, decidido a buscar a su amada hasta encontrarla.

Herminia halló refugio al apuntar el alba en la cabaña de un bondadoso pastor, pero Tancredo no tuvo la misma fortuna. Ya había abandonado su esperanza, cuando encontró a un viajero, y le preguntó el camino para ir al campo de Godofredo. El hombre era un malvado que aborrecía a los cristianos, y en lugar de enseñar a Tancredo el camino por que preguntaba, le hizo tomar la dirección del castillo de Armida; una gran fortaleza que se levantaba en el centro de un lago, con un puente que la unía a la orilla. Allí, después de haber luchado valientemente, Tancredo fué cogido en una trampa y encerrado en una mazmorra; causándole gran aflicción la idea de que no podría proseguir con Argante el comenzado desafío en el día designado. Otro campeón cristiano, el anciano Raimundo, fué escogido para luchar contra el fiero sarraceno, y un ángel invisible le protegió durante el combate.

Casi diariamente se reñían peleas en la llanura que se extendía entre la ciudad y el campo, en las cuales Clorinda y Argante, por un lado, y Godofredo con sus caballeros por otro, llevaron a cabo gloriosas hazañas. A menudo los espíritus de las tinieblas ayudaban a los sarracenos, mientras Miguel y las angélicas huestes prestaban su auxilio a los campeones de la Cruz. Pero en el más desesperado de estos encuentros, grande fué el regocijo de Godofredo al ver llegar en ayuda de los cristianos a un escuadrón de nobles jóvenes, en los cuales reconoció a Tancredo y a los caballeros que se habían dejado seducir por los infernales atractivos de Armida.

A las preguntas de Godofredo contestaron que Armida los había conducido a su castillo del lago, y les había dado una terrible prueba de su mágico poder, transformándoles en peces. Luego, volviéndolos a la forma humana, los había invitado a abrazar la fe del islam, y a combatir bajo de su bandera contra los cruzados. Como ellos rehusaran hacerlo, resolvió tenerlos prisioneros en las oscuras mazmorras donde también estaba Tancredo; y al llegar una escolta procedente de Damasco, los envió todos a Egipto como prisioneros de guerra. Sin embargo, su buena estrella quiso que hallaran en su camino al invencible Reinaldo, que andaba errante, desterrado del campo cristiano. Arrojóse éste con gran valor sobre la escolta, y habiendo dado muerte a todos sus soldados, quedaron en libertad Tancredo y sus compañeros, pudiendo de esta suerte prestar su auxilio a Godofredo en la gran batalla. Los mejores guerreros, excepto Reinaldo, habían vuelto, pues, al campamento cuando Godofredo decidió tomar la ciudad por asalto. Con este propósito mandó disponer grandes arietes para batir en brecha los muros; hizo construir máquinas que arrojaban enormes piedras, y en particular, una altísima torre de madera montada sobre ruedas, desde la cual hombres armados podían atacar a los defensores por encima de las murallas. Pero Pedro el Ermitaño le recordó que también debían prepararse espiritualmente las huestes, y por orden de Godofredo todo el ejército cristiano se dirigió en solemne procesión al Monte Olivete, donde se ofreció el Santo Sacrificio y se cantaron himnos sagrados, mientras los paganos proferían desde las murallas de la ciudad horribles blasfemias.

Al amanecer del siguiente día empezó el ataque. Godofredo y otros caballeros se despojaron de sus pesadas armaduras, porque cada uno de ellos quería ser el primero en escalar las fortificaciones. Diversas y terribles máquinas de guerra rodaron contra la ciudad, y pronto empezaron los arietes a abrir brecha en los muros. Argante y el Sultán turco dirigían la defensa de la ciudad; y Clorinda disparaba desde la muralla sus certeras flechas. Una de sus saetas impidió que los asaltantes triunfaran aquel día; en el momento en que Godofredo se disponía a hacer entrar a sus hombres dentro las murallas, un dardo de Clorinda le atravesó la pierna. El cielo quiso que sanase presto de su herida, pero la noche estaba para caer y hubo de abandonarse el ataque de la ciudad. Un grupo de obreros trabajaron toda la noche en la reparación de la torre, vigilados por atentos centinelas.

Aquella misma noche la valerosa Clorinda concibió el atrevido proyecto de abandonar ella sola la ciudad para pegar fuego a la torre. El rey de Jerusalén no pudo resistir a sus ruegos, y Argante quiso ir con ella. Mientras un hechicero preparaba bombas incendiarias para esta ardua empresa, la vieja sirvienta de Clorinda, procurando disuadirla de su empeño, le refirió el secreto de su cristiano nacimiento, y le predijo su próxima muerte. La valerosa joven no quiso desistir de su idea, y cubriéndose con oscura armadura, salió con Argante por la puerta de la ciudad; se deslizaron a lo largo de las murallas y, sin despertar la atención de los centinelas, pegaron fuego a la ingente torre de madera, que en breve no fué más que una inmensa hoguera, cuyas llamas se alzaban hasta el cielo.

Dada la señal de alarma, soldados y caballeros se alejaron precipitados del campo. Argante y su compañera se abrieron camino hacia la puerta de la muralla, donde los centinelas los estaban esperando; Argante entró sano y salvo, mas en medio de la oscuridad y confusión quedó Clorinda fuera, al cerrarse la puerta; sola, sin hallar refugio, y sin otra defensa que la de su armadura contra mil encarnizados enemigos. A ellos se juntó esperando pasar inadvertida; pero, al dejarlos para dar la vuelta a la muralla, esperando hallar otra puerta abierta, sus movimientos llamaron la atención de Tancredo, el cual,

sospechando que era un enemigo, la persiguió. Largo tiempo corrió tras ella, hasta que volviéndose hacia él Clorinda, se empeñó en la oscuridad una horrible y silenciosa lucha. La aurora les sorprendió, sin fuerzas, debilitados además por sus heridas, y descansando del combate apoyados en sus espadas.

Tancredo quiso entonces saber el nombre del caballero con quien había luchado, pero Clorinda no contestó a su pregunta, diciendo solamente que era uno de los que habían pegado fuego a la torre. Irritado al oir tal confesión, Tancredo se precipitó sobre ella y le atravesó el pecho con su espada. Cayó Clorinda al suelo, y mientras el príncipe contemplaba su agonía, el alma de la joven moribunda fué iluminada por la fe, la caridad y la esperanza. « Os perdono, amigo mío », le dijo. « Ya que no podéis salvar mi vida, dadme el bautismo; ¡os lo suplico! » Lleno de remordimiento, se levantó Tancredo, y corriendo a una fuente cercana, llenó su casco de agua; después trató de quitarle con manos temblorosas el casco que ella llevaba. Al ver su rostro reconoció a su amada, y este triste descubrimiento le dejó mudo de espanto. Pero, dominando su dolor, derramó el agua sobre su frente, mientras pronunciaba las palabras sacramentales. « Adiós », — dijo ella estrechándole la mano,—« muero en paz ». Los soldados cristianos hallaron a Tancredo tendido en el suelo cual si estuviera muerto, al lado del cadáver de Clorinda, e inmediatamente llevaron a los dos a su tienda. Después de haber vuelto Tancredo a la vida, y con ella a su profundo dolor, levantó en su campo a su amada una magnífica tumba; apareciósele el espíritu de Clorinda, en una visión, y le dijo que le esperaba en el cielo.

Entretanto Godofredo no pensaba sino en reemplazar la antigua torre por otra más alta aún; al efecto, mandó leñadores a la sierra para que trajeran buena provisión de madera con que empezar los trabajos. Pero el mago de la ciudad, adivinando con sus artes diabólicas estos preparativos, encerró un espíriru maligno dentro de cada árbol, y no hubo hombre capaz de trabajar en aquellas maderas. El mismo Tancredo, queriendo darse cuenta de tan extraño caso, cortó un árbol con su espada, pero el demonio que dentro moraba, imitando la voz de Clorinda, le echó en cara que quisiera matarla segunda vez; entonces el caballero, perdido el valor, regresó a su campo. Otras calamidades siguieron; el país fué asolado por un calor y sequía insoportables y en las huestes cristianas hubo rencillas y deserciones.

En su desamparo clamó Godofredo al Altísimo, y recibió la promesa de una inmediata victoria. El Señor le envió una visión haciéndole ver la vanidad de las cosas creadas, comparadas con las del cielo; y habiendo pedido luz para conocer su deber, una voz le contestó que llamara a Reinaldo de su destierro; y que siendo él la cabeza de la empresa, Reinaldo sería su brazo derecho.

Partieron dos caballeros en busca de Reinaldo. Pedro el Ermitaño les dirigió a un prudente anciano que habitaba un palacio encantado, y éste les dijo que Reinaldo estaba con Armida en una preciosa isla del Océano Atlántico. Una santa doncella les condujo en un barquito de vela desde Palestina hacia el oeste, a través del Mar Mediterráneo y del estrecho de Gibraltar, y luego, por el Atlántico, hasta que llegaron a las islas Afortunadas. Por doquier pasaba la embarcación de la doncella, las aguas del mar estaban tranquilas como las de un lago, la brisa era fresca y agradable, y en el cielo no se veía ni una nube.

Finalmente, llegaron a la isla de Armida y, al desembarcar, vieron su soberbio palacio en la cumbre de una montaña. Al día siguiente emprendieron la ascensión, desafiando los peligros de una multitud de leones, serpientes y otros animales, y resistiendo a los atractivos de hermosísimas ninfas que querían distraerles de su misión. Al entrar en el palacio, se hallaron en un

jardín bello como el Paraíso, lleno de las más lindas flores, cuyos árboles estaban poblados de mil canoros pajarillos; y escondiéndose entre los arbustos divisaron a Reinaldo, vestido de ricas y delicadas telas, conversando con Armida. Esperaron a que quedara solo, y entonces se adelantaron hacia él. La vista de las armaduras despertó en Reinaldo su antiguo amor al deber y al honor y miró sus magníficos vestidos con desvío y vergüenza. Sus compañeros le conjuraron a que volviera al ejército de Cristo; el noble joven depuso sus vestiduras de seda; y, sin hacer caso de las lágrimas ni de la ira de Armida, corrió con sus amigos hacia la orilla del mar. Pronto se hicieron a la vela con rumbo a Tierra Santa, mientras la hermosa Armida, enfurecida, destruía su castillo con sus malas artes, huyendo luego ante ellos para juntarse con sus enemigos.

Al llegar al lugar donde se hallaba el ejército que el Egipto había enviado en socorro de Jerusalén, Armida juró vengarse de Reinaldo, y prometió su persona y su reino al que le entregara su cabeza. Pero Reinaldo, arrepentido, había confesado sus errores al llegar al campo cristiano, y había sido cordialmente recibido por Godofredo y todos sus caballeros. En breve dió muestras de su antiguo valor, penetrando solo en la selva encantada y librándola de los malignos espíritus que tal temor habían infundido a todos los ánimos. Los leñadores pudieron ir a cortar madera de los árboles, y a los pocos días estaba construída una enorme torre montada sobre ruedas, mucho más formidable que la incendiada por Clorinda.

Por fin, llegó el momento en que todo estaba preparado para el ataque final. La altísima torre, los arietes y otras máquinas, fueron arrastrados hasta las murallas de Jerusalén, y muchos caballeros se proveyeron de altas escalas para subir a los muros. Los defensores de la ciudad resistieron desesperadamente, lanzando piedras, grandes trozos de leña y pez hirviendo sobre las huestes reunidas al pie de las murallas. Pero todos sus esfuerzos fueron vanos. El viento empujaba las llamas hacia sus propias obras de defensa, y el valor de los sitiadores era irresistible. En medio de la refriega Godofredo vió a San Miguel y a los espíritus celestiales combatiendo entre los cristianos. Además, la presencia de Reinaldo les daba a todos la seguridad de la victoria; y él fué el primero en poner los pies en la muralla, encaramándose en una alta escalera, y el primero también en llevar el horror de la batalla dentro de la ciudad. Godofredo, sosteniendo en sus manos el estandarte de los ejércitos cristianos, le siguió detrás, pasando desde su torre a la muralla por medio de un puente. Tancredo venía en segundo lugar, sosteniendo la Cruz; y tras ellos multitud de caballeros. Abriéronse de par en par las puertas de la ciudad, y el enemigo fué exterminado.

Jerusalén estaba libertada; y sólo por espacio de algún tiempo se resistieron el Sultán de Turquía y el anciano Rey en un viejo castillo. Godofredo volvió luego su brazo victorioso contra las huestes egipcias que se acercaban, y con las cuales venía Armida, ardiendo en sed de venganza contra Reinaldo. Habiendo encontrado Argante, el campeón sarraceno, a Tancredo dentro de la ciudad, le desafió a muerte para poner fin a su antigua enemistad; dirigiéronse ambos a un lugar solitario, y, después de furiosa lucha, cayó Argante mortalmente herido; Tancredo, aunque vivo aún, yacía en el suelo pálido como un cadáver. En tal estado le encontró Herminia, que tanto le había amado, y empezó a llorarle como a muerto; sus lágrimas y besos le volvieron a la vida; y ella, con ayuda de su escudero, vendó sus heridas y le llevó a la ciudad para cuidarle en su misma casa.

Muchos encontraron la muerte en los crueles combates de aquel día. Reinaldo se revolvía como un león contra el enemigo y mató no solamente al Sultán y al viejo tirano, sino también a los más valientes campeones de Armida. Ésta en persona le disparó varias flechas, mas deseando ardientemente que no le to-

caran, pues al volverle a ver había sentido que su amor era más grande que su cólera.

Por último, llegó la noche de aquel día terrible y con ella, la completa derrota, de las huestes paganas. Armida, desesperada, huyó del campo cabalgando en un ligero corcel de batalla. Pero Reinaldo la persiguió y le dió alcance, cuando, fatigada y sin poder casi sostenerse, estaba a punto de quitarse la vida, y arrodillándose junto a ella, se ofreció como su campeón, su protector y su amante.

Entretanto Godofredo se dirigió al Templo y, alzando sus brazos al cielo, se abismaba en oración profunda y fervorosa.



PEDRO EL ERMITAÑO, PREDICANDO LA PRIMERA CRUZADA

JUEGOS DE SOCIEDAD



NO es justo que la gente joven se aburra en las largas veladas ni en los días metidos en agua. Hay mil maneras de distraerse y entre ellas una porción de juegos que se pueden jugar en un salón sin movernos ni siquiera de nuestros respectivos asientos.

¡PUM!

Los jugadores han de contar por turno en alta voz desde uno a ciento, pero en vez de pronunciar la palabra siete, tienen que decir ¡pum! y repetir esta misma palabra en vez de catorce, veintiuno y demás múltiplos de siete. Si además se establece que se haya de decir ¡pim! en vez de cinco y sus múltiplos, es seguro que muchos pagarán prendas.

A LAS CONSONANCIAS

Uno de los jugadores, dice, por ejemplo: «Estoy pensando en una palabra que aconsonanta con *mente*», y cada uno de los demás, a su vez trata de adivinar cual pueda ser, dirigiéndole preguntas como estas: « ¿Es algo que tenemos en la cara? » si no es, el primero responde: « No, no es *frente* ». Otro dice: « ¿Es algo que nos ayuda a distinguir los objetos? » « No, no es *lente* ». «¿ Es algo que sirve para atravesar los ríos? » pregunta un tercero. « Sí, pensaba en un *puente* », exclama al fin el primer jugador. El que acertó elige a su vez otra palabra, y así prosigue el juego.

¿CÓMO, DÓNDE Y CUÁNDO?

Uno de los jugadores debe abandonar el salón mientras los demás eligen una palabra que aquél debe adivinar. Cuando se le manda volver, da principio a la tarea de adivinar la palabra por las contestaciones que cada jugador le dé a estas tres preguntas: « ¿Cómo lo quiere usted.? ¿Dónde lo quiere usted.? ¿Cuándo lo quiere usted? » Suponiendo que la palabra elegida sea una muy corriente, como café o azúcar, pronto la acertará por las respuestas; pero el juego se hace mucho más difícil si se elige una palabra que tenga doble sentido, como *bota*, por ejemplo, que puede significar el recipiente donde se guarda el vino, o el calzado tan conocido de todos.

CÓMO QUIERO A MI AMANTE

Uno cualquiera de los jugadores dice: « Quiero a mi amante con una A, porque es afable », o cualquiera otra palabra que principie por esta letra. « Le detesto con A, porque es artero », o cualquier otra cualidad que empezando por *a*, no sea buena. « Me llevó a la Argentina y me dió un puñado de aromas. Se llama Andrés y acaba de venir de los Andes ». Claro es que esta descripción del amante se puede variar a gusto del que habla. El siguiente jugador debe emplear palabras que principien todas por B, y así se prosigue el juego hasta llegar a la Z.

LA MURMURACIÓN

Este juego sirve para demostrar cómo aumentan y varían las noticias cuando corren de boca en boca. El n.° 1 dice al oído al n.° 2 una frase no muy larga. El n.° 2 se la repite al n.° 3, añadiéndole un adjetivo o adverbio. El n.° 3, al repetírsela al n.° 4, le agrega cualquier otra palabra, y cuando llega la frase al último jugador, la repite éste en voz alta, y es pasmoso ver la variación que ha sufrido desde el primero hasta el último.

DELETREO DE PALABRAS

Este es un juego para personas muy listas. El primer jugador empieza una palabra, que no dice, que comience por A; el siguiente añade otra letra, y todos los demás van haciendo lo mismo cuando les llega su turno. El que complete o redondee una palabra paga prenda.

Supongamos que un jugador dice M, y el segundo A; si el tercero dice R, completa la palabra Mar y paga prenda, volviendo a comenzar el juego, pero si es bastante listo, dirá N, y el cuarto T. Si el quinto dice A, completará la palabra Manta y pagará

prenda, pero supongamos que dice E; si entonces el sexto dice O completará la palabra Manteo; pero si en vez de O dice C, y el séptimo dice A tendremos la palabra Manteca que había pensado el primero. Aún puede prolongarse esta misma palabra a Mantequilla y también a Mantequillero.

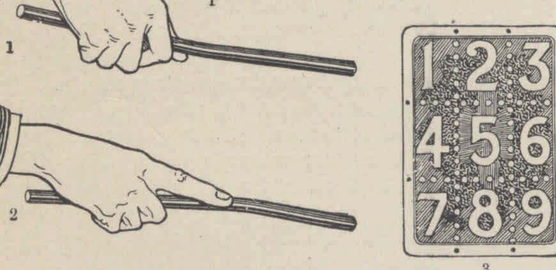
La gracia del juego consiste en prolongar una palabra todo lo más posible. No se admiten los nombres propios y deben excluirse las palabras de tres letras. El juego debe empezar por una palabra que empiece por A y concluir por otra que comience por Z.

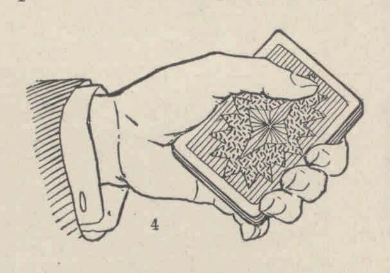
ESCONDITE IMAGINARIO

Se echan suertes para ver cuál de los jugadores es el que debe esconderse, y aquél a quien corresponda, sin abandonar su puesto, piensa en algún sitio donde supone que se esconde. Grita en seguida «*¡Cucú!*» y los demás jugadores empiezan a citar lugares hasta que aciertan el que el otro ha pensado, y en este caso el adivinador se esconde a su vez también imaginariamente. En este juego el lugar que sirve de escondite puede ser un lugar cualquiera del mundo, como una calle de París, la cumbre de Aconcagua, etc. Cada jugador por turno puede dirigirle preguntas acerca de la naturaleza y situación del lugar en donde se supone escondido; pero como el interesado sólo puede responder «sí» o «no», la pregunta debe ser formulada con ingenio y es bastante difícil de acertar.

EL MISTERIO DE LA TRANSMISIÓN DEL PENSAMIENTO

A VECES nos quedamos perplejos al ver de qué maravillosa manera una mujer, sentada sobre una plataforma, en una extremidad de un salón, acierta lo que cualquiera persona situada en el extremo opuesto tiene en la mano; pero este extraño sistema de «leer el pensamiento» es realmente muy sencillo. Cuando dos personas desean hacer este mágico juego, basta que lo ensayen mucho hasta que ambas adquieran la práctica necesaria para hacerlo con limpieza.





Diversas maneras de transmitir el pensamiento con una varita de virtudes y una baraja.

Supongamos que tratan de representar esta farsa un señora y un caballero. Llegado el momento anunciado, el segundo presenta a la primera como su «medium», y en tal concepto, claro es que se supone que posee la facultad de leer el pensamiento del prójimo. Y para demostrarlo, si durante su ausencia del salón, alguno de los reunidos indica o toca un objeto de los que existen en él, señalará a su vuelta el objeto designado.

Por varios métodos puede la supuesta «medium» venir en conocimiento de ello. Uno de los más sencillos es convenir entre ambos que cuando él pregunte por sexta vez, por ejemplo, «¿Es esto?» deba contestar ella que sí. Para el segundo experimento puede convenirse que sea a la octava o novena pregunta.

Otro método es convenir en que cuando la pregunta de él se refiera a un objeto de cuatro pies, como una mesa o una silla, a lo que pregunte inmediatamente después debe ella contestar afirmativamente.

También puede el caballero efectuar el experimento sin hablar una palabra, valiéndose de una regla o de un cortapapeles a manera de varita de virtud o puntero, señalando con ella diferentes objetos uno tras otro, y conviniendo con su «medium»

en que mientras señale con la regla empuñada como en la figura 1, debe contestar que no; y decir en cambio que sí cuando lo haga con el dedo extendido a lo largo de aquélla, como en la figura 2.

El mismo principio puede aplicarse al siguiente experimento. Durante la ausencia del « medium » se baraja perfectamente un juego de naipes: se puede dar a barajar a todo el mundo, haciendo en esto hincapié, a fin de despistar, pues para el juego no tiene la más insignificante importancia. A continuación se colocan encima de una mesa nueve cartas cualesquiera boca arriba, formando tres filas de a tres, como se ve en la figura 5. Uno de la reunión elige una de estas cartas y el « medium », al poco de entrar, después de algunas vacilaciones, dice cual es la carta indicada.

5. Situación de la baraja que indica qué carta ha sido elegida.

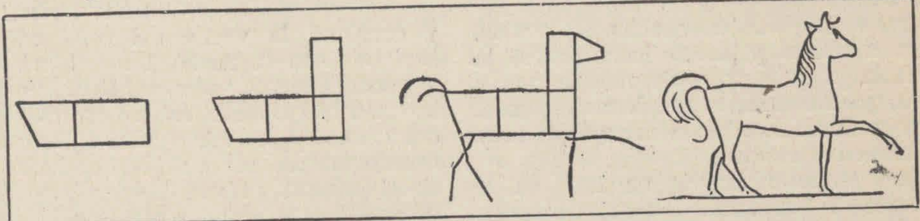
En este experimento el caballero indica al « medium » en qué fila está la carta elegida, por la manera de coger la regla. Si la toma entre el índice y el pulgar, la carta está en la primera fila; si entre el pulgar y dos dedos, en la segunda; y si con toda la mano, en la tercera. El lugar que ocupa en la fila se lo da a entender por la posición de la mano izquierda. Si se agarra con ella la solapa de la chaqueta, la carta ocupa el primer lugar; si se introduce el dedo pulgar en el bolsillo del chaleco, el segundo; y si deja caer completamente el brazo, el tercero.

Otra manera de revelarle el lugar que ocupa la carta elegida es por la posición del pulgar sobre la baraja. Para ello se considera dividida la parte posterior de cada carta en nueve porciones numeradas como indica la figura 3. El caballero indica al « medium » cuál es la carta señalada cogiendo la baraja de manera que su dedo pulgar descanse en el lugar que revele la situación de aquélla. Suponiendo que la agarre como en la figura 4; el « medium » entenderá que la carta elegida es la del centro de la primera hilera.

Pero este juego puede ser presentado todavía de un modo más asombroso. Supongamos las nueve cartas colocadas sobre la mesa, como en la figura 5. Puede fácilmente imaginarse otro grupo semejante colocado simétricamente en la otra mitad de la mesa, y el caballero entonces coloca la baraja en el lugar de este grupo imaginario que corresponde con el que ocupa en el real la carta elegida. Así la baraja de la figura 5 indica al « medium » que debe a su vez señalar la carta que ocupa el centro de la primera hilera.

CÓMO SE DIBUJA UN CABALLO

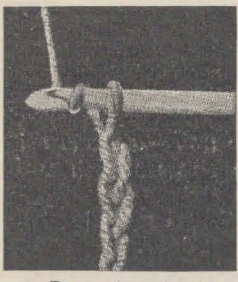
MIRANDO nuestras cuatro figuras se comprenderá el proceso de este



dibujo, mejor que con explicaciones largas y enojosas. No obstante, téngase presente que empezando a dibujar las figuras de la izquierda, se añaden después las demás líneas necesarias, borrando, cuando el caballo esté terminado, los trazos que atraviesen el cuerpo.

SENCILLO TAPABOCAS O CHALINA PARA NIÑA

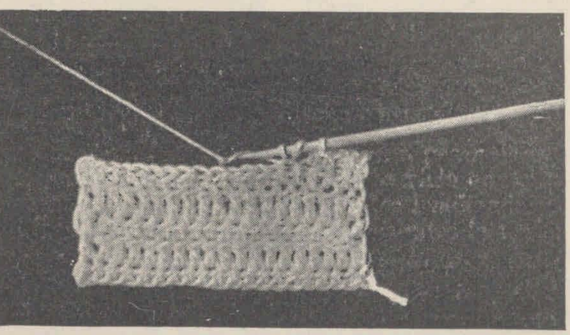
EL croché es una labor que se aprende fácilmente; se ejecuta con gran rapidez y tiene un sinnúmero de aplicaciones. Se emplea para él lana, algodón o seda de los más variados matices y diversas clases. Para la seda y el algodón muy finos, nos servimos de ganchillos de acero; y de hueso para trabajar la lana o algodón más gordo. El tamaño del ganchillo depende del material que empleamos. Para la chalina que vamos a hacer hoy, necesitamos lo siguiente: tres madejas de lana blanca muy suave, una madeja de la misma lana, pero de color, y un ganchillo de hueso.



1. Punto de cadeneta.

2. Brida larga.

Veamos, ante todo, los puntos de croché. En realidad puede decirse que no hay más que uno, puesto que el croché consiste en una sucesión de lacitos que se forman con el ganchillo y el hilo. Las variedades de estos lacitos constituyen lo que llamamos puntos. Para el chal necesitamos aprender tres clases de ellos: 1.°, la cadeneta; 2.°, la brida larga y, 3.°, la media brida. La cadeneta sirve de base a la labor entera, y los otros dos puntos se emplean en vueltas alternadas, hacia adelante y luego hacia atrás, la brida larga primero y después la media brida, que llamaremos simplemente punto. Esta combinación forma unas fajas muy visibles en el modelo.



3. Media brida.

Para empezar, haréis un lazo en el extremo de la lana. Tomad la aguja con la mano derecha, sosteniendo con la izquierda el cabo de lana y colocad el ganchillo en este lazo. Dad con la lana una vuelta al ganchillo y hacedla pasar por dentro del lazo, con lo cual quedará formado otro. Éste es el punto de cadeneta que nos muestra el primer grabado. Haremos 40 puntos iguales.

A la operación de dar la vuelta al ganchillo con la lana para hacer otro punto, le daremos el nombre de *ovillar*. Cuando encontréis esa palabra ya sabréis, pues, que significa sencillamente poner la lana alrededor del ganchillo.

Las bridas se hacen en la cadeneta que tenemos terminada. Mantened el ganchillo en la última cadeneta, número 40; ovillad, insertad el ganchillo en la cadeneta 39.ª, tomando dos hilos. Se ovilla, y se pasa el ganchillo por la cadeneta 39.ª; se ovilla otra vez y se pasa por los dos puntos que tenemos en el ganchillo. Se ovilla una vez más y se pasa por los dos puntos que nos quedan y quedará completa la brida. Mirando el grabado número 2, lo entenderéis a la perfección. Practicad exactamente lo mismo en la cadeneta siguiente. Cuando tengáis listas las 40 bridas, haced una cadeneta y empezad la vuelta del otro lado de la labor con la media brida. Conservad el ganchillo en la cadeneta, haced un *alto*, insertad el ganchillo en la parte superior del último triple de la vuelta anterior, tomando únicamente un hilo, que ha de ser el del lado más próximo a vuestra persona. Ovillad luego, pasadlo por este hilo y se vuelve a ovillar para pasarlo por los tres puntos. No olvidemos que se toma siempre un solo hilo al hacer la media brida, mientras para las bridas largas tomaremos dos.

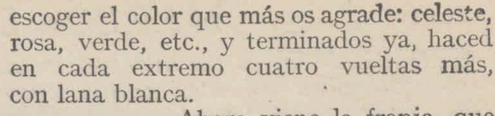
Trabajad ahora tal como os muestra el grabado número 3, en el que veis el modo de hacer el punto sencillo. Fijaos en que son muy regulares todos los puntos y, además, en la manera de tener el hilo. El croché de lana se ha de hacer siempre algo flojo.


4. La prenda completa con la guarnición y una franja blanca.

De cuando en cuando contad el número de triples de una vuelta, para ver si tenéis 40 todavía. Es muy fácil olvidar uno, o añadir otro, sin pensarlo.

Con las madejas de lana habréis hecho ya antes de empezar cuatro ovillos, tres blancos y uno de color. No debéis emplear en la labor que hemos explicado toda la lana de los primeros, sino que habéis de reservar para los extremos y franja casi todo un ovillo.

Hemos llegado ya al borde de color, que consiste en una faja de unos 5 centímetros de ancho, en cada uno de los extremos. Estas fajas se hacen como el resto de la chalina, uniendo primorosamente ambas lanas por medio de un nudito. Para los bordes podéis


escoger el color que más os agrade: celeste, rosa, verde, etc., y terminados ya, haced en cada extremo cuatro vueltas más, con lana blanca.

Ahora viene la franja, que es la parte más sencilla.

Se cortan los cabos de lana necesarios para ambos extremos, dándoles exactamente la misma longitud, y luego se sujetan de dos en dos entre los triples de la última vuelta. Para que os resulten enteramente iguales estos cabos podéis ovillar la lana alrededor de un pedazo de cartón de tamaño conveniente, dándole ochenta vueltas y cortarla después de un solo lado. De este modo tendréis los cabos que han de formar la franja a punto de ser colocados entre los triples y sujetos allí dos a dos por medio de un nudo.

Puede ovillarse la lana en una tarjeta postal ordinaria, que dará a los cabos la longitud necesaria: unos 8 ó 10 centímetros. Naturalmente, se hace con lana blanca la franja. En el grabado número 4 veis ya terminado el chal: es un lindo abrigo.

TELÉFONO QUE PUEDE SER CONSTRUÍDO POR UN MUCHACHO

LOS materiales para este teléfono no nos costarán nada absolutamente, porque los hay en todas las casas. Necesitamos dos pequeñas cajas redondas de hoja de lata, como las que sirven para guardar el café, de unos 7 u 8 centímetros de diámetro. Para nada queremos las tapas; así, dejémoslas. Quitemos después el fondo de las dos cajas, de modo que nos queden dos cilindritos abiertos por ambos lados.

Cortemos luego dos pedazos redondos de pergamino, como los que se usan para los tarros de dulce, y si no los tenemos a mano, podemos servirnos de un papel fuerte y resistente. El diámetro de estas ruedas de papel ha de tener 2 centímetros o 2½ centímetros más que el de los cilindros. Se pegan después fuertemente estos papeles al extremo de cada una de las cajas, y al secarse la goma tendremos dos tambores en miniatura, que producirán un sonido parecido al del tambor, si los golpeamos con los dedos.

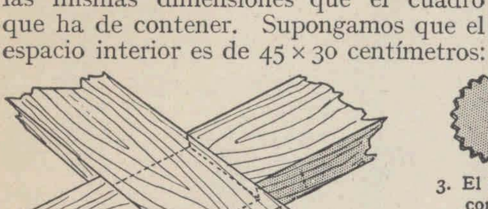
Con una aguja se taladra el centro de uno de estos papeles, y por la abertura se pasa un bramante, cuyo cabo se sujeta por medio de un nudo y de este modo no se escurre. Dejémosle al bramante ocho o diez metros de longitud, o más, si queremos, y pasemos el otro cabo por el segundo cilindro haciendo un agujerito en el papel, como la primera vez. Ya tenemos acabado el teléfono, y si dos amigos quieren hablar por medio de él no han de hacer más que mantener el hilo bien tirante y pronunciar uno sus palabras en un cilindro que, con el segundo aplicado a su oído, va recogiendo el otro. Se oye perfectamente la voz y se perciben con toda claridad las palabras, si se tiene cuidado de evitar cualquier contacto con el bramante y se conserva bien tirante.

MARCOS DE CORCHO

ANTIGUAMENTE era muy general la costumbre de hacer marcos revestidos de corcho para cuadros. El trabajo es fácil y el marco de corcho tiene un aspecto familiar y rústico, sumamente simpático. Veamos cómo se construye.

1. La muesca o caja de la pieza.

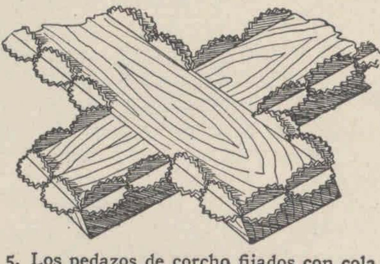
El marco de madera ha de tener, como se supone, las mismas dimensiones que el cuadro que ha de contener. Supongamos que el espacio interior es de 45 × 30 centímetros: para este espacio serán las medidas que demos. Si el tamaño del cuadro fuera otro, entonces se deberán reducir o ampliar proporcionalmente las medidas.



2. Un ángulo.

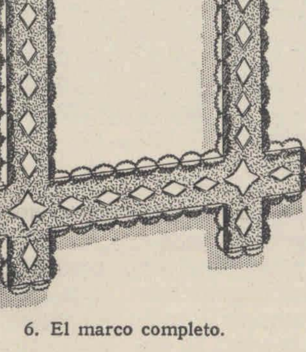
3. El disco de corcho.

4. El disco de corcho partido.



5. Los pedazos de corcho fijados con cola.

En primer lugar se necesitan dos pedazos de madera de 75 centímetros de largo por 7,5 de ancho y 1,25 de grueso, y otras dos piezas de iguales dimensiones, exceptuando el largo, que será sólo de 60 centímetros. En cada lado de las cuatro piezas se practica una hendedura o caja de 7,5 centímetros de ancho y de la mitad del grueso de la madera, según indica la figura 1. Hechas las hendeduras, se juntan las cuatro piezas como indica la figura 2. Los extremos de cada pieza sobresalen un poco. A esta elegante forma de marco, se le da el nombre de *Oxford*.



6. El marco completo.

Debajo de cada juntura se pondrá un poco de cola, y aún puede fijarse mejor con clavos pequeños. Ya tenemos la base para la aplicación del corcho.

Nos procuraremos unos doscientos corchos viejos que se harán hervir antes de usarlos, tapando la olla para que no salgan.

Cuando estén bien limpios, se les deja secar y luego con un cuchillo bien afilado se cortan en rajas de medio centímetro de grueso, lo que nos dará pedazos redondos y planos. Los pedazos que no tengan aquellas condiciones deben separarse; los bordes de los restantes se recortan como indica la figura 3. Todos los discos de corcho se parten por la mitad y así quedan piezas como la de la figura 4.

Estas piezas se fijan con cola a los lados y en el frente del marco, conforme indica la figura 5. Este trabajo es bastante pesado al principio; pero a medida que se adelanta y se ve el efecto del adorno, se prosigue con gusto hasta terminarlo. Cuando se ha fijado el corcho en los bordes interior y exterior del marco, en la forma que queda indicada, se comienza el adorno del frente del marco, utilizando para ello corchos lo más largos posible, que cortaremos en forma longitudinal, no lateral. Obtendremos de este modo piezas más grandes que las anteriores, y podremos recortarlos en forma de cuadrados o estrellas o, combinando algunas, hacer diversos adornos.

Los corchos han de fijarse con goma en la cara del marco, para que formen un

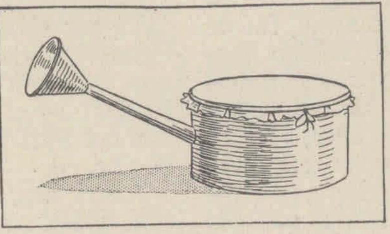
dibujo bonito. Véase en la figura 6 uno de estos sencillos dibujos.

Fijadas ya todas las piezas de corcho en los bordes y en la cara del marco, se toma serrín grueso de corcho, y después de preparar algunos centímetros del marco con cola caliente, se extiende el serrín de corcho sobre ésta, siguiendo así hasta que el marco tenga toda su superficie cubierta. Entonces se deja secar, y ya seco, se le dan dos capas de barniz. El marco está terminado, y sólo restará colocar el cuadro en él. Los gastos son, como se ve, muy reducidos; en cambio se obtiene un adorno muy bonito para la habitación.

UNA CAJA QUE RETRATA LA VOZ

ES posible trazar con la voz bellos dibujos, cuya forma varía con el tono o intensidad de la nota que hablemos o cantemos. En otra página hallarán los lectores algunos dibujos obtenidos de este modo, siendo muy fácil hacer un instrumento adecuado para ello.

Se compra en la ferretería una cacerola de hojalata, que cuesta muy barata. Se abre después la extremidad de su mango, si es que no está ya abierto, y se practica además un orificio en la pared de la cacerola, precisamente en el punto de su intersección con el mango, de suerte que éste se convierte en realidad en un tubo que penetra dentro de la cacerola. Cualquier hojalatero nos hará esta operación por muy poca cosa. Se toma luego un trozo de caucho muy delgado, un pedazo de goma de pelota, por ejemplo, y después de estirarlo bien sobre el borde de la cacerola, se ata perfectamente en la misma forma que se cubren los potes de jalea. Un trozo de vejiga sirve también al efecto. Hácese después con papel resistente un cucurucho en forma de embudo que se adapte perfectamente al extremo del mango, teniendo cuidado de cortarle la punta para que la comunicación con el exterior sea perfecta; y ya tenemos a punto de funcionar nuestro aparato, que recibe el nombre de eidófono, que quiere decir «copiador de sonidos».



Una cajita que retrata la voz.

Réstanos ahora preparar la superficie de caucho de tal suerte que la voz pueda trazar sus dibujos. De varios modos puede lograrse esto. Podemos extender una capa delgada de glicerina colorada sobre el tambor, o esparcir por igual sobre su superficie un poco de arena finísima. Después, si cantamos con insistencia una nota ante el embudo, la glicerina o arena irán tomando gradualmente una forma regular, hasta que se esboce algún bello y delicado dibujo geométrico. La práctica nos enseñará a cantar notas continuas con la debida intensidad, siendo de advertir que cada nota producirá un dibujo diferente. La figura citada nos muestra cuán variados pueden ser estos dibujos. Unos semejan flores, otros helechos, otros árboles. La ciencia de los dibujos de la voz se explica en otra página. Si queremos obtener dibujos más delicados tadavía que los que la arena fina produce, podemos substituirla con polvos de licopodio, que se obtienen de la semilla de la planta del mismo nombre, y poseen un bello color amarillo. Se les encuentra en todas las droguerías, lo mismo que la vaselina, a la que dará el droguero el color que le indiquemos.

En vez del cucurucho de papel que colocamos en la extremidad del mango de la cacerola, podemos comprar un embudo y hacer que un hojalatero le suprima la parte estrecha y suelde su pabellón a la extremidad del mango citado, obteniéndose de este modo un instrumento más sólido y permanente. En resumidas cuentas, este aparato, que tan buenos ratos puede hacernos pasar con sus pasmosos dibujos, nos sale una vez concluído, por unos cuantos centavos.





UN HOMBRE, CONTRA QUIEN NADA PUDO EL SOBORNO

LA época de la restauración del trono de Inglaterra, después de la República de Oliverio Cromwell, fué de dura prueba para los que habían apoyado al Protector. No pocos hombres de los más valientes y sabios, vieron declinar su fortuna; entre ellos, Milton, el gran poeta que tanto había trabajado por Cromwell, fué encarcelado, y otros muchos tratados duramente por los realistas.

Con todo, hubo un amigo leal del Protector que gozó de gran influencia en el nuevo gobierno. Era éste Andrés Marvell, célebre poeta satírico, antiguo miembro del Parlamento, por Hull, distrito que le reeligió en las primeras elecciones, efectuadas en tiempo del nuevo monarca, Carlos II. Marvell hablaba poco, y, a pesar de ello, su influencia era extraordinaria. Levantóse para defender a Milton y lo hizo con tal energía, que ganó para su causa numerosos amigos.

Pero mucho mayor todavía fué el efecto que produjo Andrés Marvell con su pluma, por medio de sus sátiras, es decir, esos escritos que ridiculizan amargamente las palabras, acciones o escritos de una persona. Así, por ejemplo, indignado el poeta de que Carlos II sacase constantemente dinero del Parlamento y lo derrochase, escribió un fingido discurso del rey sobre el estado de la Hacienda. En los últimos años de su vida, sus sátiras fueron de una acritud extraordinaria. Acometió a los cortesanos, atacó sin compasión al gran ministro Clárendon y, por último, satirizó a Samuel Párker, el intolerante ministro de Oxford.

Ahora bien, en vista de tal obstinación, así el rey como sus ministros creyeron necesario reducir al silencio a tan eminente y agudo escritor. A este propósito se refiere la siguiente anécdota.

El divertido monarca Carlos II se complacía frecuentemente en encontrarse y conversar con Marvell, cuyas agudezas y donaires le agradaban sobremanera. Una mañana, S. M. dió al ministro de Hacienda, Danby, el encargo de que fuese a buscar al poeta, el cual muy escaso de bienes materiales, no tenía apenas otro salario que el que recibía de la ciudad de Hull, como representante suyo en el Parlamento. Súpolo el astuto monarca y al encargar a su ministro que fuese en busca de Marvell, añadió que emplease cuantos medios creyera oportunos para atraer a su partido al célebre satírico.

Danby tuvo alguna dificultad en dar con la casa de Marvell; mas al fin, habiéndola encontrado, entró en ella sin previo aviso.

—¿A qué debo el honor de esta visita? —preguntó Marvell levantando los ojos del escrito que tenía encima de la mesa.

—He venido de parte de S. M. que desea saber en qué puede servir a usted —contestó el ministro.

—S. M. no puede servirme en nada—repuso Marvell.

—Pero es que S. M. desea que acepte usted un puesto de honor en su corte.

Andrés Marvell rechazó inmediatamente el honor, mejor dicho, el deshonor, como él lo suponía, diciendo:

—No me es posible aceptar lo que se me propone, porque o habría de ser ingrato al rey votando contra él, o desleal a mi país al hacerme partícipe de las disposiciones del gobierno. El único favor que pido a S. M., es el de que me conceptúe entre sus súbditos, como el más exacto en el cumplimiento del deber; y que se persuada de que sirvo mejor a S. M. rehusando el honor con que me brinda, que aceptándolo.

Lord Danby trató de persuadirlo, pero en vano; Marvell continuó firme en su decisión.

Como último recurso el ministro sacó un paquete en el que se contenían 1000 libras esterlinas (5000 pesos oro) y poniéndolo en la mesa, según se ve en el grabado, dijo:

El rey me ordena que entregue a usted mil libras en espera de que se dignará aceptarlas hasta que haya pensado algún otro favor que pedir a S. M.

Andrés Marvell se echó a reir.

—Supongo que el señor ministro no tiene intención de burlarse de mí con semejantes ofertas. Para nada necesito el dinero del rey. Como ve usted, tengo casa en que vivir, y en cuanto a mi alimento, ahí está mi ama que podrá informarle.

Y, volviéndose a ella, continuó el escritor:

—Sírvase decir a este caballero qué comí ayer.

—Espalda de carnero.

—Y hoy, ¿qué comeré?

—Las sobras hechas picadillo.

—Y mañana, mi querido Lord Danby, comeré la espaldilla asada—añadió jovialmente Andrés Marvell.

El ministro atónito ante la grave sencillez del famoso escritor, lió confuso el paquete del oro y se encaminó al rey a darle cuenta de su encargo.

LA GRAN ENERGÍA DE BERNARDO PALISSY

En los primeros años del siglo XVI, salió de un pueblo del Sur de Francia, en busca de fortuna, un obrero, mozo, sin más hacienda que la contenida en un zurrón que llevaba a cuestas. Tenía el oficio de vidriero, y gracias a su maña y habilidad, pudo ir ganando para vivir durante su viaje. Por lo que se refiere a la instrucción recibida en libros, carecía en absoluto de ella.

Este obrero, cuyo nombre era Bernardo Palissy, se estableció, al fin, en una ciudad llamada Saintes, en donde ganaba salarios bastante regulares, dedicado al oficio de pintor de cristales y de agrimensor. Poco después, contrajo matrimonio, y cuando llegó a ser padre de familia, la ansiedad natural por la educación de los hijos le espoleó a procurarse otra ocupación mejor pagada y más continuada que la pintura, a que hasta entonces se había dedicado.

Un día vió una copa hermosamente esmaltada, que había sido hecha en Italia. ¡Qué obra de arte! ¡Cuán hermosa a la vista, qué suave al tacto! ¡Ah! si pudiera él amasar arcilla ordinaria y transformarla en un objeto tan hermoso como esta copa! ¡Qué dichoso sería y qué fortuna podría alcanzar en poco tiempo!

Desde aquel día, Bernardo se sintió dominado enteramente por esta idea; despierto, pensaba en ella; durmiendo soñaba. ¿De qué estaba compuesto aquel esmalte? ¿Cómo podía haberse conseguido? Tomaba cuantas substancias creía él que podrían producirlo; las pulverizaba, las engrasaba en ollas comunes, sometía estas ollas a una elevada temperatura, las cocía... pero todo en vano. Su mujer no se cansaba de rogarle que no perdiese miserablemente el tiempo y aun llegó a insultarle por

esta causa. Pero Bernardo había resuelto no cejar hasta descubrir cómo se fabricaba aquel esmalte y nada era capaz de desviarle de su propósito. Construyó un horno al aire libre y prosiguió en busca del precioso esmalte.

Pasaron algunos años... años de fracaso y de derrota. Los vecinos le creían loco, y no sin motivo, pues andaba hecho un andrajoso, pálido como un espectro, feo como un espantajo. Las piernas convertidas en cañas, ni siquiera ofrecían un apoyo seguro a las ligas que debían sujetar las medias, las cuales, por esta causa, llevaba siempre caídas hasta los tobillos. Según queda dicho, Bernardo había construído sus hornos al aire libre; allí permanecía sentado, vigilando las operaciones, aun en los momentos en que desgarraba furiosa la tempestad; y cuando el pobre hombre, empapado en agua, iba a buscar abrigo en su choza, era recibido en ella por su mujer con gritos y ultrajes.

En cierta ocasión, precisamente cuando parecía que iban a dar el resultado apetecido los esfuerzos acumulados durante tantos años, le faltó combustible. Bernardo corrió a la empalizada que rodeaba el jardín de su casa, arrancó las maderas y las quemó. El experimento tardó más de lo que el obrero creía; y como viera consumido todo el combustible que había sacado de la empalizada, fué a su casa, tomó mesas, sillas, anaqueles y lo arrojó todo al fuego. En otra ocasión, invitó a sus impacientes acreedores a que fuesen testigos de su afortunado descubrimiento, pero cuando llegaron, vieron que parte de las paredes del horno se habían derrumbado echando a perder todo el trabajo, de manera que en vez de plácemes, Bernardo, en medio de la mayor desesperación, hubo de oir befas y escarnios.



Mientras Bernardo miraba desesperado su obra arruinada, los acreedores se mofaban de él.

Con todo, Bernardo era un genio. Después de diez y seis años de fracasos, cada uno de los cuales le llegaba al fondo del alma, este hombre harapiento,

solitario, señalado su demacrado semblante con el lúgubre brillo de sus hornos, pudo un día exclamar alborozado: «¡Eureka!» El secreto de la fabricación del esmalte estaba descubierto. Nunca, durante todo este tiempo, había oído de su esposa una frase de cariño; siempre había trabajado en medio de la terrible soledad de su alma. Apenas se halla, en los anales del género humano, una empresa semejante a esta de diez y seis años de fracasos, burlas y persecuciones.

Un platito hecho por este obrero—platito realmente pequeño, con un lagarto en el centro,—fué vendido recientemente por 800 pesos oro.

Pero Bernardo estaba destinado a hacerse célebre, no por el feliz resultado de sus trabajos, sino por su vida de incesantes padecimientos. Poco después de haber realizado su descubrimiento, fué encarcelado por motivos de religión. La turba penetró en su casa, echó a perder todos los instrumentos de su trabajo y destruyó sus hornos. Condenáronle los jueces a morir en la hoguera, mas puesto en libertad por mediación de un noble que necesitaba del hermoso arte de Bernardo, trabajó luego durante algunos años en París, en calidad de alfarero de la reina de Francia.

En esta época se hizo famoso y rico; pero próximo a cumplir los ochenta años de edad, el infeliz fué de nuevo arrestado y murió en la Bastilla, después de haber pasado en ella, durante algunos años, una vida peor que la misma muerte.

¿No es éste un hombre, en quien pueden admirarse las mayores dotes y de quien puede tomarse ejemplo de valor, energía y rectitud inquebrantables? ¡Qué alma tan hermosa subió a su Creador, cuando el cuerpo de barro del gran obrero cayó frío sobre el suelo de la solitaria celda de la cárcel!

LA HAZAÑA DE DIEZ VALIENTES

CUANDO Napoleón vióse obligado a retirarse de Moscú a causa del incendio de esta ciudad, huyó a través de las desiertas y nevadas estepas de Rusia, perseguido por el enemigo. Fué en el cruel invierno de 1812. La marcha era terrible: aquellos soldados (franceses, italianos, alemanes, polacos, procedentes de todas las naciones sojuzgadas por Napoleón) medio muertos de hambre, sueño y frío, apenas podían hacer más que arrastrarse, y, no obstante, el temor a los cosacos les hacía avanzar.

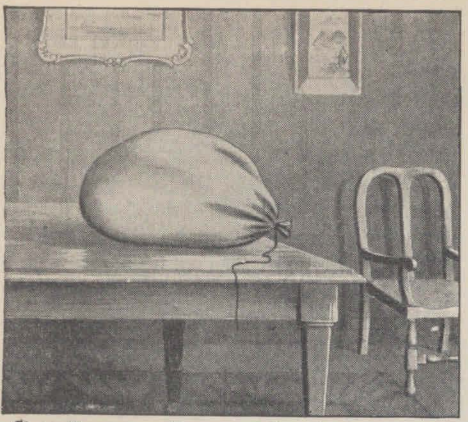
Entre los alemanes figuraba el príncipe Emilio de Hesse Darmstadt, que mandaba un grupo de diez soldados de los mil a quienes había conducido al Este unas cuantas semanas antes. Al llegar la noche encontraron las ruinas de una cabaña incendiada. El príncipe dijo allí a sus hombres: «Queridos hermanos, descansemos aquí y dejemos al cielo el cuidado de si hemos de despertar de nuevo en la tierra o no, porque hemos cumplido como buenos al sufrir fielmente nuestra parte de trabajo y padecimientos».

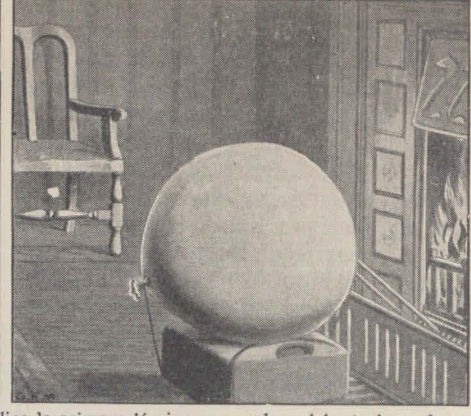
Acostáronse, pues, en las ruinas de la cabaña, y bien pronto el príncipe Emilio tuvo agradables sueños en los que veía rostros amigos junto a sí velándole.

Por fin, despertóse sobresaltado, caliente y descansado, preguntándose dónde se encontraba. Recordó la fatigosa marcha, la nieve, el hambre, la miseria. Miró en torno suyo, y en la ruinosa cabaña no había nadie; después echó de ver que había dormido bajo un montón de uniformes que reconoció ser de sus soldados, y al crecer la luz del día vió la puerta obstruída con los cuerpos de aquellos nobles súbditos que habían sacrificado sus vidas por defender la de su príncipe.

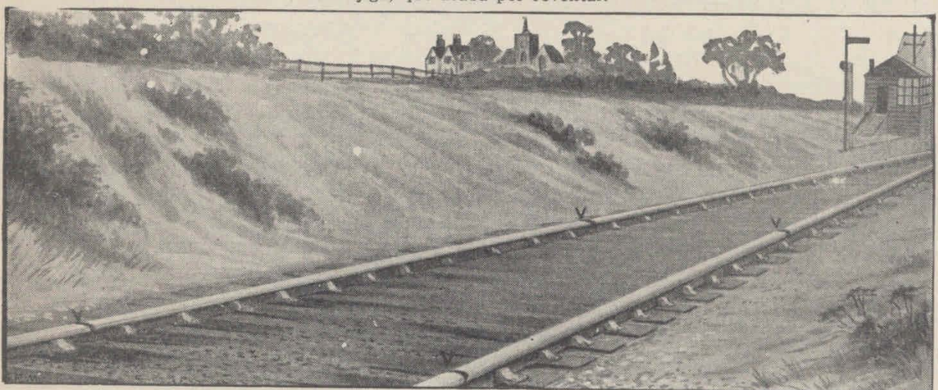


CÓMO SE DILATAN LOS CUERPOS POR EL CALOR

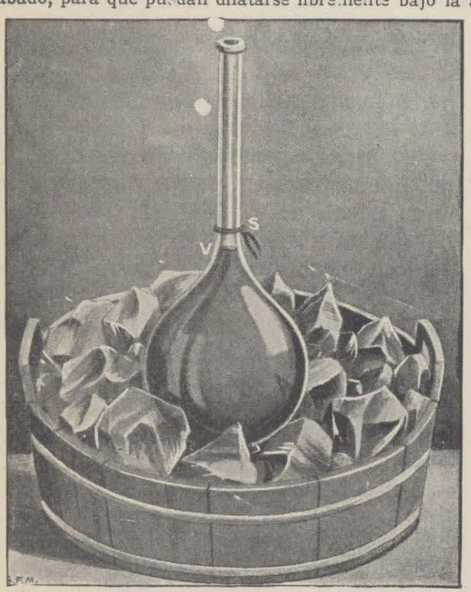


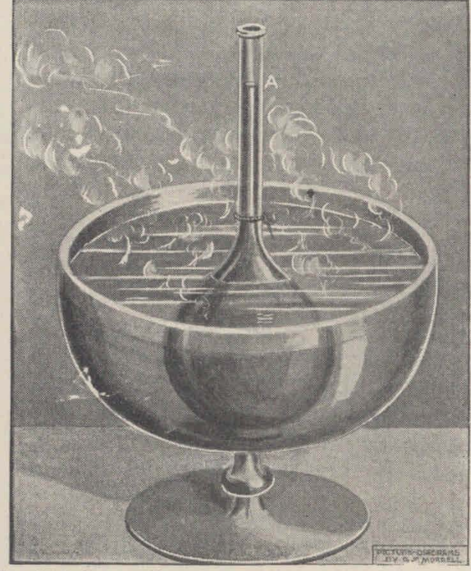


Si se llena a medias **una vejiga de aire,** según indica la primera lámina, y se coloca delante de un fuego, **el** aire se dilatará al calentarse, llenando la vejiga, que acaba por reventar.

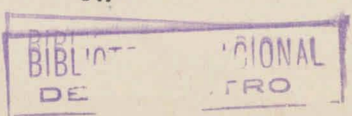


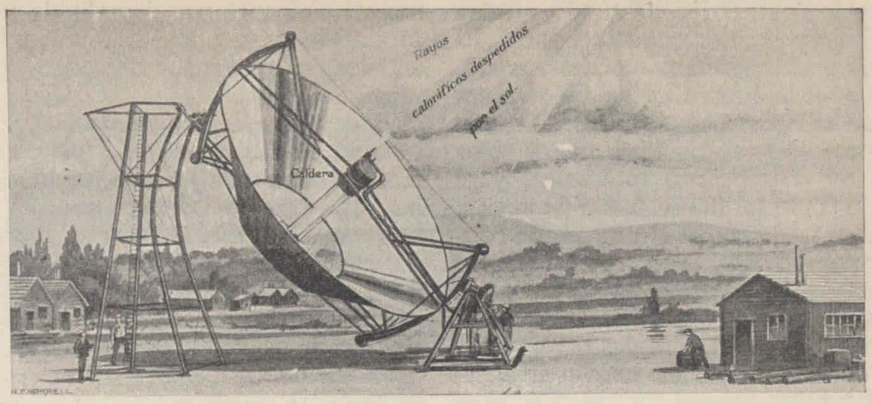
Al construir una vía férrea, se deja siempre un espacio entre los rieles, según indican las flechas **del** grabado, para que puedan dilatarse libremente bajo la acción del calor.





Colocando una botella de cuello estrecho llena de alcohol, por ejemplo, **en un recipiente con hielo, el líquido se contrae y baja su nivel de S a V. Metiéndola luego en agua caliente, el nivel se elevará hasta A.**





Este grabado representa una máquina movida por los rayos del sol. Centenares de espejos van montados en un armazón que semeja una enorme pantalla vuelta del revés; las radiaciones caloríficas del sol son recogidas por los espejos y reflejadas hacia un gran tubo de vidrio que lleva en un extremo una caldera en la cual el calor convierte el agua en vapor.

EL CALOR Y EL TRABAJO

SABEMOS que todo objeto caliente contiene cierta potencia que es posible utilizar. El caso más notable es el de la tapa de un puchero lleno de agua hirviendo, el cual, según dicen, dió tanto que pensar al famoso James Watt. El calor que se comunica al agua tiene la virtud de hacer mover la tapa. Ahora bien; si ese calor, aplicado en forma de vapor, posee la facultad de levantar la tapa de un puchero ¿no podrá acaso poner en movimiento cualquier objeto sujeto a una rueda? Cualquiera de las innumerables máquinas que funcionan en el mundo entero movidas por el calor nos dará la contestación.

Por otra parte, así como el calor puede efectuar trabajo, el trabajo puede desarrollar calor. Uno de los procedimientos que antes se usaban para encender fuego, consistía en frotar uno contra otro dos trozos de madera seca, lo cual produce calor suficiente para que salte una chispa. Cualquiera, asimismo, puede demostrar que el trabajo engendra calor, frotándose la mano en el vestido.

El trabajo realizado al frotar una cerilla la comunica calor, y por eso se enciende en cuanto está bastante caliente. En una palabra, la forma especial de movimiento, que llamamos calor, puede convertirse en otra clase cualquiera de movimiento, como el de una rueda o el de la tapa de un puchero; y lo que se llama movimiento mecánico ordinario puede transformarse en aquél género de movimiento conocido con el nombre de calor. Veamos de qué modo sencillo se formula este principio en el lenguaje científico. Masa, en latín, es *moles*, de lo cual está derivada la palabra *molécula*, que significa « masa pequeña ». Ahora bien; cuando se mueve una cosa que nuestra vista percibe, como una cerilla, una rueda o nuestra mano, puede decirse que se trata del movimiento de una masa. El calor, por el contrario, que consiste en el movimiento de las moléculas de un cuerpo, puede llamarse *movimiento molecular*. Diremos, pues, que el movimiento de masas, puede transformarse en molecular y recíprocamente; en otros términos: el trabajo puede convertirse en calor y el calor en trabajo.

Creemos que es de suma importancia el darse clara cuenta de ello. El calor y el trabajo parecen ser cosas de muy distinta naturaleza, si bien es verdad que podemos sacar trabajo del calor y producir calor por medio del trabajo. No existe, al parecer, razón alguna, por la cual debiera haber determinada relación entre la cantidad de calor origi-

nada y la del trabajo efectuado, o entre el trabajo y el calor que lo produce. El trabajo y el calor son, a primera vista, dos cosas tan diferentes que no debe ser posible compararlos exactamente uno con otro. Pero si consideramos el calor como un movimiento molecular, y el trabajo como un movimiento de masas, resultará natural que el uno pueda convertirse en el otro, así como el hecho de que exista una relación constante entre cierta cantidad de uno de esos movimientos y la cantidad del otro movimiento en que puede convertirse. Si esto no fuese así, se crearía o se destruiría alguna parte de esos movimientos, cosa, que, según sabemos, es del todo imposible.

Lo que acabamos de exponer constituye la base o fundamento de una ciencia muy grande e importante llamada *termodinámica*, lo cual viene a significar «fuerza del calor», y que trata de las relaciones que existen entre el calor y la fuerza. Esta ciencia no sólo se refiere a la construcción y funcionamiento de todas las máquinas ideadas por el hombre, sino también a la historia y suerte futura de esa eterna máquina viviente que llamamos universo.

UNA LEY CIENTÍFICA QUE FUÉ COMPROBADA DESPUÉS DE HABER TRANSCURRIDO DOS MIL AÑOS

La ley de conservación de la energía ha sido establecida en tiempos modernos, mediante el estudio del calor y del trabajo. Los grandes filósofos que vivieron antes de la era cristiana ya sospecharon que era cierta la ley que llamamos principio de conservación de la energía; pero su exactitud no pudo ser demostrada hasta el siglo XIX después de Jesucristo, siendo necesario, para efectuar la comprobación, averiguar si es absolutamente fija o invariable la cantidad de trabajo que puede obtenerse de cierta cantidad de calor, desarrollada por una cantidad determinada de trabajo.

En tiempos más recientes todavía, nos hemos ido dando cuenta de por qué ha de ser así, ya que, en resumidas cuentas, lo que parecía tan misterioso, es sencillamente un ejemplo de transformación de una clase de movimiento en otra, que nosotros mismos efectuamos diariamente.

Hace algo más de sesenta años que un hombre célebre, llamado Joule, demostró, por medio de un experimento, que hay una cantidad determinada de trabajo correspondiente a cierta cantidad de calor; y empleamos ahora la letra «J», que es la primera de su nombre, para indicar esa cantidad invariable del trabajo que puede obtenerse de una cantidad determinada de calor. Dicha cantidad de calor es la necesaria para elevar de 0 a 1 grado centígrado la temperatura de un kilogramo de agua; y resulta que es equivalente al trabajo efectuado cuando se levanta un peso de 425 kilogramos a la altura de 1 metro, o un peso de 1 kilogramo a la altura de 425 metros. Lo que importa no es la cifra exacta, sino el hecho de que esa relación existe.

DE QUÉ MODO PUEDE CONVERTIRSE EL CALOR EN TRABAJO Y EL TRABAJO EN CALOR

La primera ley de esta rama de la ciencia es, por tanto, que entre el calor y el trabajo existe una relación constante, y que el uno puede convertirse en el otro. Pero luego viene otra gran ley, según la cual, si bien no deja de ser cierta la primera, el calor sólo se comunica de un cuerpo a otro, cuando el primero se halla a una temperatura más alta que el segundo.

La primera ley viene a ser otra forma de la conservación de la energía, mientras la segunda nos dice que, aun cuando nunca se pierde energía, sólo podemos valernos de ella para efectuar un trabajo, si se cumplen ciertas condiciones. La energía puede existir sin que sea utilizable; y este principio se aplica a todo género de calor, en donde quiera que se halle, siempre que no pueda propagarse de un cuerpo caliente a otro más frío. Para poder utilizarlo en la práctica, como fuente de trabajo, no basta con que la energía no se pierda; es preciso, por decirlo así, que se halle a nuestro alcance.

Toda máquina se calienta al funcionar, y el calor producido se propaga al aire que la rodea. Nuestros cuerpos, que son máquinas vivientes—aunque son también algo más—pierden constantemente calor que comunican al ambiente, siendo regla general que otras formas de energía, tales como la energía química contenida en nuestros alimentos o en el combustible de una máquina cualquiera, tienden a convertirse en calor; y lo que conviene tener presente es que ese calor se va disipando, no siendo posible volverlc a utilizar.

LA MÁQUINA QUE PRODUCE CALOR CUANDO QUISIÉRAMOS QUE PRODUJESE TRABAJO

Veamos, en primer lugar, de qué modo puede interesar este hecho a los ingenieros. Lo que viene a significar es que, cuando se construye y se usa una máquina, únicamente una parte de la energía gastada aparece en forma de trabajo, convirtiéndose el resto en calor. Este calor, por lo regular, no sólo es inútil, sino perjudicial, y requiere un sin fin de precauciones que han de tomarse para que la máquina no se ponga tan caliente que acabe por no poder funcionar. Interviene, además, la cuestión del gasto, pues hay que pagar todo el combustible consumido, mientras sólo una parte pequeña de la potencia que contenía es convertida en trabajo útil.

Sabido es que la humanidad está actualmente consumiendo su provisión de carbón con tremenda rapidez; no obstante, tan sólo utiliza en realidad menos de la décima parte de la energía contenida en la hulla, en donde, por decirlo así, fué almacenada por el sol. Lo restante se esparce por al aire en forma de calor, y no es aprovechado.

LA ENERGÍA QUE SE CONSUME INÚTILMENTE EN EL MUNDO

Un fuego ordinario es tal vez la forma menos provechosa en que puede transformarse la energía, pero, por lo menos, el calor producido es, provisionalmente, de alguna utilidad. Ahora bien; si consideramos una máquina cualquiera de las que funcionan en el mundo entero, veremos que todas pueden estudiarse desde ese punto de vista. ¿Cuánta energía de la que se les comunica es convertida en trabajo, y cuánta se pierde en forma de calor? Podemos decir, sin temor a equivocarnos, que la décima parte de esa energía es aprovechada y que las nueve décimas partes restantes se pierden.

El que inventase una máquina capaz de convertir en trabajo toda la energía que le fuese comunicada, o siquiera la mitad, la tercera o la cuarta parte, no tardaría mucho en ser el hombre más rico de la tierra. El problema es tan importante, que en todas partes hay hombres que se esfuerzan por resolverlo. La palabra usada es «rendimiento», y lo que se trata de conseguir es un aumento que dé siquiera el uno por ciento, y acaso menos, en el rendimiento de las máquinas que son objeto de las experiencias, o sea, un aumento en la cantidad de trabajo que efectúan con relación al calor que producen y que se pierde sin provecho alguno.

EL SECRETO DE LA POTENCIA DE LOS MÚSCULOS HUMANOS, QUE NADIE HA PODIDO DESCUBRIR

La máquina de mayor rendimiento que hay en el mundo es un músculo vivo, pero quedan por descubrir las causas de su eficacia. Los mismos músculos, sin embargo, no transforman en calor toda, ni siquiera la mitad, de la energía que se les suministra; el resto se convierte en calor, si bien este calor debe considerarse desde un punto de vista distinto del calor que,—pongamos por caso—. produce el motor de un automóvil, pues sirve para calentar el cuerpo y mantenerlo a la temperatura más propia para la vida. Debido, pues, tanto a su rendimiento en lo que se refiere al trabajo, como a su utilidad en lo tocante al calor producido, el músculo es muy superior a cualquier máquina que haya construído el hombre, y eso sin tener en cuenta su facultad de durar y de repararse a sí misma.

Pero, aunque este problema de la producción del calor en las máquinas tenga suma importancia práctica, es más importante aún desde otro punto de vista. No son sólo las máquinas las

que tienden a convertir la energía en calor que no puede *volver* a utilizarse, aunque así de pronto resulte útil, como la rueda de molino que no puede funcionar a impulsos del agua que ya ha pasado por ella; todas las transformaciones de energía que observamos, ofrecen, al parecer, la misma particularidad.

Casi todas las transformaciones químicas engendran calor, que se disipa y se pierde. Todos los géneros de movimiento, además del de las máquinas, se convierten, hasta cierto punto, en calor, por efecto del rozamiento, y también ese calor se disipa inútilmente. De modo que es preciso que nos formemos otro concepto con respecto al gran principio de conservación de la energía y que ha de tenerse presente junto con aquél, y es el de que, si bien el universo nunca pierde energía, nosotros, por decirlo así, podemos perderla con suma facilidad.

EL CALOR QUE PARTE DEL SOL Y PRODUCE CONTINUAMENTE TRABAJO

Podemos clasificar las diversas clases de energía según la utilidad que tienen para nosotros, y al hacerlo así, nos daremos cuenta de que, en general, la energía tiende a *degradarse*—o sea, a pasar en el transcurso de sus transformaciones, de una clase más o menos útil a otra que no lo es tanto. La tendencia general de esos cambios sucesivos es acabar por reducir la energía a la clase inferior de todas: la del calor disipado, que no puede en modo alguno utilizarse. Ejemplo de energía en su forma más elevada es la energía del sol, el cual, desde luego, está muchísimo más caliente que los cuerpos que le rodean. La transmisión del calor de este cuerpo caliente a otros que no lo están tanto, desarrolla trabajo, lo mismo que pudiera hacerlo el agua al bajar por una cuesta.

Bastará que consideremos un momento qué les ocurre a las radiaciones despedidas por el sol, para hacernos cargo de que, durante el trancurso de los varios cambios que sufre la potencia que contienen,—dentro nuestros cuerpos o en donde sea.—cierta cantidad se disipa en forma de calor; de manera que esa energía de orden más elevado se degrada rápidamente hasta convertirse en la de clase inferior. No sufrimos ni nos alarmamos de ello, porque llegan constantemente del sol nuevas provisiones de energía. Pero esta provisión, si bien durará muchísimo tiempo, no es ilimitada. Ahora que sabemos lo que significa la *degradación de la energía*, conviene que aprendamos el significado de otra palabra, que empleó por primera vez Lord Kelvin, hará cosa de medio siglo. Fué el primero en mencionar lo que desde entonces se ha conocido con el nombre de *disipación de la energía*. Cuando decimos, hablando de algún insensato, que ha «disipado» su fortuna, queremos decir que ha gastado, derrochándolo, todo el dinero que tenía, y esto es lo que debe entenderse por disipación de la energía.

POR QUÉ NO PODRÁ CONSTRUIRSE NUNCA UNA MÁQUINA PERFECTA

Hemos averiguado lo que ocurriría, si la fuerza de gravitación no estuviese contrarrestada, esto es, que toda la materia que contiene el universo se juntaría para formar un montón inmenso; asimismo podemos decir ahora que la energía del universo tiende constantemente a disiparse, esparramándose en forma de calor incapaz de efectuar trabajo alguno.

Si tuviésemos una máquina perfecta, sería posible hacerla funcionar al revés, lo mismo que al derecho, o sea, invertir su movimiento convirtiéndose el calor en trabajo o el trabajo en calor, sin que nunca se perdiese nada. Pero no existe semejante máquina y, según Lord Kelvin, el mismo universo no constituye una máquina perfecta, si le damos a la palabra el sentido antes indicado.

Manifiesta, efectivamente, una tendencia a funcionar en una sola dirección, es decir, a disipar su energía, reduciéndola a formas inferiores. Si, como parece, continúa en este sentido, las consecuencias habrán de ser tremendas, y nos hallaremos ante un resultado del mismo género que el que preveíamos al imaginar lo que ocurriría si no estuviese contrarrestada la fuerza de gravitación.

EL AGOTAMIENTO DE LA ENERGÍA UNIVERSAL

Si es cierto el principio de disipación de la energía, y si encierra toda la verdad, significa que el universo se encamina a un estado de inacción comparable, en cierto modo, a la muerte. Subsistirían la materia y la energía, pero habrían perdido la facultad de ejercer cualquier trabajo. No sucedería nada; no habría vida ni movimiento alguno. Según ese concepto, nos representamos el universo como un inmenso reloj, al cual se ha dado cuerda para ponerlo en marcha. Puede que siga andando por largo tiempo, pero como todos los demás relojes, acabará por pararse. Y aquí surge de nuevo el concepto de un principio y de un fin en la historia del universo. De modo que si, por ejemplo, consideramos nuestro sistema solar, veremos que el hecho de que el calor se transmite del sol a las plantas y hace posible la vida en nuestro globo, es debido sencillamente a que, en la actualidad, lo que llamaríamos el nivel calorífico, o sea la temperatura del sol, es mas elevado que el de esos planetas.

Si se coge una ampolla de vidrio con la mano, el calor hará que se dilate el aire contenido en ella; pero al apartar un poco la mano, el aire se enfría, encogiéndose hasta cierto punto, de manera que una porción de agua es empujada hacia arriba del tubo. Si se aparta del todo la mano y se saca el tubo de la vasija, el aire contenido en la ampolla se enfría y contrae, siendo empujada hacia arriba por la presión atmosférica el agua en el interior del tubo.

Pero el esparcimiento y nivelación del calor contenido en el sol forzosamente habrá de terminar algún día, y con él llegarán a su término no sólo la vida, sino todos los fenómenos que ocurren en el sistema planetario y que dependen de dicha diferencia de nivel calorífico.

Según la teoría de disipación de la energía, el sistema solar y el universo entero, llegarán, por último, a un estado en que todas las demás formas de energía se habrán disipado, convirtiéndose en calor; y este calor se repartirá de una manera uniforme por toda la materia contenida en el universo. Así terminará, pues, su historia.

DE QUÉ MODO PUEDE RENOVARSE LA ENERGÍA DEL UNIVERSO

Podemos introducir una ligera modificación en las palabras de un sabio, que resumió del modo siguiente lo que se opinaba a fines del siglo XIX acerca de la teoría de disipación de la energía. Esa propiedad notable, propia de todos los procesos que se desarrollan en la naturaleza, parece fundamentar nuestra creencia en un principio definido y hacernos vislumbrar la posibilidad de un fin, viniendo a llenar el intervalo que media entre ese principio y ese fin, o sea la historia de la naturaleza, la lenta e inevitable degradación, o agotamiento, de la inmensa reserva de energía, la cual pasa de un estado activo a un estado de inacción, o sea de inutilidad.

Pero al estudiar ahora este asunto, a principios del siglo XX, empezamos a ahondarlo y a comprenderlo mejor que lo hacía aquel sabio. Únicamente un grande hombre, entre los pensadores del siglo XIX, se negó a aceptar esa teoría de la disipación de la energía. A su juicio percibía con entera claridad la verdadera naturaleza de la materia y de la energía, y no podía admitir la antigua doctrina de una degradacion de la energía y de un fin, pareciéndole que eran incompletos los argumentos aducidos en favor de dicha doctrina. Afirmó que habían de ocurrir otros procesos, que si bien eran difícilmente perceptibles, no por eso dejaban de ser reales, los cuales, por decirlo así, servían para dar cuerda al reloj, mientras aquellos otros que podemos ver, tendían a agotar esa cuerda.

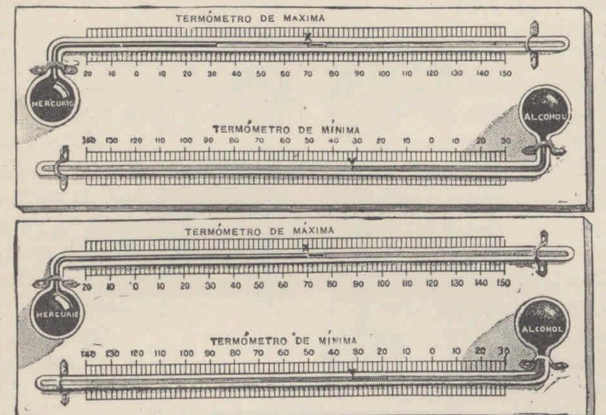
Este concepto de la conservación de la energía, considerada como verdad absoluta, ha sido gradualmente desechada durante el transcurso de los últimos

veinte años, por los que se dedican a tales estudios, empezando a hacerse justicia a la maravillosa sabiduría e intuicion de aquél pensador en lo tocante a éste como a otros particulares, debido al descubrimiento de otros procesos que ocurren, o pueden ocurrir, en el seno del universo, y que nos mueven a creer que este universo es, entre otras muchas cosas, una máquina cuyo funcionamiento es perfecto y que tal vez prolongue indefinidamente su existencia pasando por sucesivas transformaciones.

Cuanto más ahondamos el problema, mayor es nuestro convencimiento de que su solución ha de ser parecida a la que indicamos tratándose de los resultados producidos por la gravitación. Observamos en ese caso que un proceso que, al parecer, se desarrolla en una sola dirección, y debiera tener principio y fin, no representa más que una parte de lo que ocurre en realidad; y al sernos revelada la otra parte, como, por ejemplo, cuando estudiamos aquella fuerza llamada impulso de radiación, hallamos razones para convencernos de que el universo es capaz de subsistir sin termino ni fin.

Empezamos asimismo a descubrir ciertos procesos que se desarrollan en otras direcciones y que nos mueven a creer, como lo han creído siempre los más grandes sabios, que el universo durará siempre.

Sabemos ya lo bastante para comprender cuán importante es la cuestión de la temperatura, entendiéndose por esta palabra el nivel calorífico. A las diferencias de la temperatura es a lo que le debe el calor su facultad de efectuar trabajo; dichas diferencias significan que el calor puede propagarse de un cuerpo a otro, y al hacerlo puede ser utilizado. Ahora bien; ¿en qué consiste exactamente la temperatura? ¿Y qué debe, en realidad, entenderse por esa palabra? Tal vez se nos ocurra contestar, de primera intención, que la temperatura de un cuerpo es la cantidad de calor que contiene; pero no tardamos en darnos cuenta de que estamos equivocados. Es cierto que, si añadimos calor a un objeto determinado, este objeto se calentará, y la elevación de temperatura observada en este caso, significa, efectivamente, que el objeto contiene más calor.



Estos grabados representan termómetros de máxima y de mínima, que sirven para registrar las temperaturas más altas y más bajas alcanzadas en un tiempo determinado. En la lámina de arriba el termómetro de mínima se halla a 32 grados Fahrenheit—o sea 0° centígrado—que es la temperatura más baja alcanzada durante una noche. El alcohol ha empujado el índice V hasta ese punto, dejándolo allí al subir la temperatura, según indica el grabado de abajo. En el termómetro de máxima del grabado inferior, el mercurio se halla a la temperatura más alta alcanzada durante un día; ha empujado el índice X hásta un punto de la escala correspondiente a 70 grados (o sea 21° centígrado), y al bajar la temperatura y contraerse como en el grabado superior, el índice se queda a 70°. Los índices señalan, pues, las temperaturas más altas y más bajas alcanzadas durante un tiempo *determinado.*

Pero, aunque tomemos una substancia dada, como el agua, observaremos que para elevar en un grado la temperatura de una cantidad determinada de dicha substancia, se necesitará más o menos calor, según el punto de la escala termométrica que corresponda a la temperatura de la substancia, cuando empezamos a calentarla. Por otra parte, hay más calor en una cantidad grande de agua fría que en un poco de agua más caliente, de manera que tampoco en este caso puede decirse que la temperatura represente la cantidad de calor contenido en un cuerpo dado. Hemos de considerar la temperatura como algo

parecido al nivel del agua. Una porción de agua, por pequeña que sea, al caer en un lago desde grande altura, contiene cierta cosa de la cual carece el agua del lago. Por ejemplo, podrá hacer dar vueltas a una rueda. Pues bien; la temperatura es como el nivel del agua y nada tiene que ver, de por sí, con la cantidad de calor, del mismo modo que el mero volumen del agua no determina su potencia. La más débil cascada encierra cierta potencia que corresponde a su altura y que le permite realizar trabajo. Asimismo la temperatura de un cuerpo puede compararse a la altura de que cae la cascada; y en igualdad de condiciones, cuanto más alta es la temperatura, mayor será la cantidad de trabajo que el cuerpo podrá efectuar al enfriarse.

La palabra *termómetro* significa, en realidad, «medidor de calor», pero ahora nos podemos ya hacer cargo de que, si bien se le da ese nombre, el termómetro no sirve para medir el calor, sino el nivel calorífico. Si tenemos presente el agua que cae en un lago, veremos desde luego en qué consiste la diferencia. El termómetro corresponde a un instrumento que nos indicase la altura desde la cual cae el agua, sin darnos indicación alguna acerca de la cantidad del líquido de que se trata. El termómetro no nos indica la cantidad de calor, sino tan sólo el nivel calorífico.

El primer termómetro fué construído por Galileo hace algo más de trescientos años. Era un termómetro de aire — o sea, un tubo de vidrio con un extremo en forma de ampolla o bola; este tubo se calentaba, invirtiéndose luego en una vasija llena de agua. Al enfriarse el aire caliente contenido dentro de la bola, el agua se elevaba en el interior del tubo.

El aire contenido en la bola ocupaba tanto más espacio cuanto más caliente estaba, y el agua subía más o menos dentro del tubo. De manera, que la altura de la columna de agua ofrecía alguna indicación respecto de la temperatura del aire. Ahora bien; teniendo en cuenta lo que ya hemos aprendido, se verá, desde luego, que ese instrumento era un barómetro, además de ser un termómetro, ya que la subida del agua en el interior del tubo era en parte debida a la presión atmosférica.

En esta forma primitiva, el instrumento no resultaba, pues, muy útil, puesto que era imposible determinar hasta qué punto sus indicaciones correspondían a la presión o a la temperatura del aire. Lo que hacía falta era cerrar por completo el tubo después de calentarlo, de manera que la presión atmosférica no ejerciera acción alguna en su interior. Esto no se realizó hasta medio siglo después de los primeros trabajos de Galileo, empleándose entonces alcohol en lugar de agua. En 1670 se usó por primera vez mercurio.

Cuanto más caliente esté, más se dilatará y tanto mayor será el espacio que ocupa; cuanto más frío, por el contrario, menor será dicho espacio. El nivel del mercurio en el tubo nos indica, pues, su temperatura, que será más elevada cuanto más alto sea ese nivel. Obsérvese que esto es lo contrario de lo que ocurría en el termómetro de Galileo, ya que en aquél la columna de agua era tanto más alta, cuanto más frío estaba el aire contenido en el interior del tubo y de la bola. Queda por realizar la operación más difícil e importante en la construcción de un termómetro, pues falta que averigüemos qué altura de la columna de mercurio corresponde a una temperatura determinada. Para nada serviría un termómetro cuya graduación fuese defectuosa, sobre rodo tratándose de medir diferencias de temperatura muy pequeñas.

Esta observación se aplica particularmente a los termómetros que emplean los médicos para averiguar si está más o menos caliente la sangre de los enfermos, pues en tal caso las diferencias de temperatura son sumamente pequeñas, y es muy importante que los médicos no se equivoquen al medirlas. Actualmente, por lo tanto, se exige mucha habilidad y cuidado en la comprobación de todos los termómetros que no sean de la clase más barata.

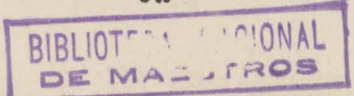
ESPAÑOLES Y FRANCESES EN LA CONQUISTA DE MÉJICO



Pocos episodios de la Historia hay tan admirables y dignos de la epopeya como el de la conquista española de Méjico en el siglo XVI. Con escasísimos centenares de europeos, con 16 oficiales y algunos cañones, el gran capitán español, Cortés, salió de Cuba a la conquista de un vasto imperio. Se halló frente a frente de una populosa nación armada, y la venció a fuerza de heroísmo y de prudencia.



Tres siglos después de la conquista española, Méjico fué invadido por otros soldados de Europa. Napoleón III, poniendo por pretexto los malos tratos infligidos en Méjico a los comerciantes europeos, declaró la guerra en 1862 y obligó a los mejicanos a aceptar como emperador a Maximiliano de Austria. Este cuadro representa la entrada de las tropas francesas, conducidas por el mariscal Bazaine, en la ciudad de Méjico.





El Popocatépetl (montaña que humea), volcán de Méjico. Tiene 5.452 metros de altura.

MÉJICO Y LA AMÉRICA CENTRAL

TIEMPOS ANTERIORES A COLÓN; ORIGEN DE LOS AMERICANOS

ES cosa cierta la antigüedad del hombre en América, como lo prueban recientes descubrimientos, hechos en diversas regiones, en las cuales se han extraído, de terrenos cuaternarios, armas y utensilios de piedra, junto con restos de animales, cuyas especies se extinguieron hace siglos. Un corte del suelo, ejecutado con un fin industrial, cerca de Nueva Orleáns, puso al descubierto selvas formadas por árboles que ha muchos siglos han desaparecido; y en una de las capas, entre los troncos de los árboles y fragmentos de madera quemada, se han hallado restos humanos, cuya antigüedad parece remontarse a los tiempos llamados prehistóricos. Asimismo, en California, a cien metros de profundidad, en unas minas, de las que más de treinta eran de lava, se encontraron, en 1862, huesos fósiles de mastodonte y otros paquidermos, y con ellos un mortero de granito, puntas de lanza de pedernal y una cuchara de esteatita. Algunas minas de mercurio presentan huellas de explotación en siglos muy remotos; hay lugares en que las rocas se han hundido, sepultando a los trabajadores, cuyos restos aparecen mezclados con sus útiles de piedra, toscamente pulimentados.

Pero, reconociendo esos hechos, y dando al mismo tiempo por indiscutible que en todo cuanto se ha dicho sobre la época remotísima en que vivieron los primeros pobladores de América, hay mucho de conjetural y arbitrario, ocurre desde luego preguntar por su origen o procedencia. La craneología, o estudio de los cráneos, demuestra que la población primitiva de América pertenece a razas de los otros continentes; los pieles rojas proceden de los esquimales, los occidentales presentan indicios de inmigraciones asiáticas; los peruanos parecen descender de Filipinas o Indo-China, y los americanos del Este, parecen derivar de Europa. Y he aquí una vez más cómo las investigaciones científicas propenden a establecer la unidad de la especie humana.

ANTIGUAS CIVILIZACIONES EN AMÉRICA

En diferentes partes del suelo americano se hallan ruinas monumentales de construcciones gigantescas, pertenecientes, según todas las probabilidades, a épocas muy remotas. A juicio de algunos antropólogos americanos, mientras en los demás continentes vivían sólo algunos pueblos, en la edad de piedra, ya la América se hallaba poblada por razas, que construían ciudades y monumentos grandiosos, y cuya civilización, enteramente indígena, se conservaba limpia de todo elemento exótico.

Los *mounds* o construcciones piramidales, que se hallan en los Estados Unidos, los palacios de Copán, de Palenque, de Tiahuanaco, y tantos otros, parecen indicar una civilización de tiempos muy lejanos. Las poderosas monarquías de los Aztecas y los Incas habían sido formadas con los restos salvados de una civilización mucho más antigua y, lo que es muy de notar, mucho más adelantada. Entre las razas conocidas, la que más contribuyó a la civilización de la América del Norte, fué la de los nahuas. En la América Central, la raza más civilizada era la de los mayas. Algunos suponen que los nahuas ocuparon un área que se extendió hasta los Andes de Bolivia, y les atribuyen las obras de Tiahuanaco. En la América del Sur se consideran como razas civilizadoras la de los muiscas o chibchas, así como la de los quechuas y chimus. Los aymaras son afines de los quechuas, y ellos con los chimus constituían, a la llegada de los españoles, el Imperio de los Incas. Los pueblos cultos del Perú formaban, bajo del Inca, un poderoso imperio con organización política y administrativa bastante complicada. En otros países existían gobiernos embrionarios, como en Florida, Virginia, Haití, Cuba y Bolivia. En una palabra, en los días de la conquista, constituían naciones las razas privilegiadas; había un cierto contingente de tribus salvajes, y, en cuanto al resto de la población, una parte se había detenido en lo que los romanos llamaron *civitas*, o gentes reunidas en pueblo, y otra en la tribu o conjunto de familias enlazadas por los vínculos de la sangre.

MÉJICO

En otros capítulos de esta obra hablamos del Canadá y de los Estados Unidos, con sus vastas llanuras bañadas por lagos inmensos y colosales ríos y surcadas por largas cadenas de montañas que encierran en sus flancos tesoros inexhaustos de minerales de toda especie. Ahora queremos volver nuestra mirada al tercero de los grandes estados de América septentrional, Méjico, para de allí pasar a aquella serie de numerosos istmos, que forman un puente entre la América del Norte y la del Sur, y se llama América Central.

Si examinamos con alguna atención el mapa que ilustra estas páginas, veremos un amplio golfo en forma de arco, en el cual el Misisipí y el Río Grande vierten sus aguas. Dos penínsulas, la de Yucatán y la Florida, avanzan en el mar, formando una inmensa entrada al golfo de Méjico, delante del cual la isla de Cuba casi semeja una puerta entreabierta.

De esta isla escribía Cristóbal Colón «que era la tierra más hermosa que pudieron contemplar ojos humanos.»

La península de Yucatán pertenece a la serie de tierras e istmos que unen las dos Américas y por las que el sistema montañoso de América del Norte continúa extendiéndose hasta la del Sur.

La América que llamamos Central, está formada por cuatro istmos, que unen tierras de varias dimensiones; los más importantes son el de Tehuantepec, constituído por el confín geográfico de América del Norte, y el de Panamá, que une la América Central a la Meridional. Las montañas que coronan esta región, en gran parte volcánicas, se elevan hasta más de 4.000 metros, pero en el territorio de Panamá no llegan a mil, decreciendo en el istmo hasta formar un paso de cien metros.

Cristóbal Colón murió con la persuasión de haber tocado las costas de Asia, y solamente, poco a poco, los viajeros que iban en busca del suspirado paso a las Indias llegaron a convencerse de que no costeaban el Asia, sino un nuevo continente.

Estos audaces navegantes traían después de sus viajes nuevas sorprendentes de las riquezas de aquellos países inexplorados: hablaban de templos majestuosos y de ídolos de piedra; de tesoros de plata y oro, de hombres riquísimos, cubiertos de preciosos vestidos. Todo esto, decían, se hallaba en el interior del continente, adonde no sería difícil llegar. En efecto, en el siglo XVI se llevaron a

cabo muchas expediciones al país de tantas riquezas y curiosidades; entre ellas fué famosa la mandada por el español Cortés, el cual zarpó de Cuba con 11 naves, 600 hombres, 16 caballos y 14 cañones, con rumbo a la tierra desconocida, con el propósito de añadir a los ya inmensos dominios de Carlos V, cuanto él con los suyos fuese capaz de conquistar.

Como vemos, no era ni una flota ni un ejército adecuado a tamaña empresa, pero Cortés no conocía el miedo ni los obstáculos. Si no fuese empeño demasiado prolijo, de buen grado nos detendríamos a seguir al osado guerrero en su conquista aventurera; pero apenas queda espacio aquí para mencionar a la gentil indígena que sirvió de intérprete a los conquistadores, la fundación del puerto de Veracruz, la amistad de los habitantes de la costa y el incendio de todas las naves, menos una: incendio provocado para que nadie pudiese volver a España, sino el que debía llevar la noticia del triunfo o fracaso de la conquista.



MÉJICO Y LA AMÉRICA CENTRAL

En una sala del Museo Británico de Londres, se pueden contemplar hoy día objetos preciosos que Cortés mandó a Europa en la única nave no incendiada, para mostrar la riqueza del nuevo país: caretas de mosaico de turquesas, una serpiente azul con dos cabezas, y algunos preciosos ejemplares de escritura ideográfica.

Mientras eran admiradas en Europa estas muestras de la riqueza americana, Cortés, con su gente, se aventuraba por las cálidas y malsanas costas, cubiertas de vegetación tropical; por los grandes declives que bajan al mar; sobre las altiplanicies de Méjico, etc., mientras ante sus ojos asombrados aparecían florestas inmensas, lagos y campos cultivados dentro de altos setos de cactus.

El emperador Moctezuma, de la raza de los aztecas o mejicanos que gobernaban aquel país, había mandado muchos mensajes y regalos a Cortés, suplicándole que retrocediera. El español aceptó los presentes, pero continuó avanzando hasta que llegó a la ciudad de Tenochtitlán, donde ahora se alza la ciudad de

Méjico, sobre uno de los grandes lagos de la alta estepa.

Los rostros pálidos de los españoles, y sus caballos y cañones, causaron sorpresa a los aztecas, que jamás habían visto cosa semejante. Muchos de ellos creyeron que Cortés era el dios blanco de la guerra, que, según narraban sus leyendas, había prometido hacía muchos siglos, al país. Esta creencia parecíales confirmada por el espectáculo de aquellos extraños corceles, que corrían como el viento, y por el resplandor y estruendo de las armas.

No menos maravillado quedó Cortés, al contemplar la ciudad, sus templos y sus edificios y el soberbio collado coronado de ahuehuetes que domina la capital mejicana.

En breve logró Cortés apoderarse de Moctezuma, más obligado a ir por algún tiempo a Veracruz, las crueldades de su lugarteniente irritaron de tal modo a los aztecas, que únicamente el pronto regreso de Cortés y su habilidad fueron poderosos para salvar de la destrucción a los conquistadores.

Fué preciso que Moctezuma, prisionero a la sazón que Cortés, hablara a su pueblo tratando de disuadirlo de atacar a los blancos; mas pasado el primer estupor, causado por las palabras del soberano, en vez de obedecerle se lanzaron todos con piedras y flechas contra los invasores. Moctezuma cayó herido. Después de su muerte los mejicanos atacaron con denuedo a los españoles, teniendo éstos que abandonar de noche la ciudad, tras un terrible combate en las calzadas que conducían desde Méjico a tierra firme.

Aquella noche («la noche triste») costó a Cortés la pérdida de 400 españoles.

Cortés lloró lágrimas de desesperación, cuando recogió las diezmadas filas de sus soldados.

Ocho meses después, merced a la ayuda de gran número de tribus y de la extraordinaria habilidad que Cortés tenía como organizador y guerrero, era Cortés dueño del valle de Méjico y de su capital Tenochtitlán, entonces en ruinas, y que después había de resurgir con el nombre de Méjico.

El país quedó incorporado a los dominios de Cárlos V y estuvo gobernado militarmente; pero Cortés, no contento con éstos éxitos, hizo varias exploraciones a la América Central, buscando siempre el ansiado paso del Atlántico al Pacífico.

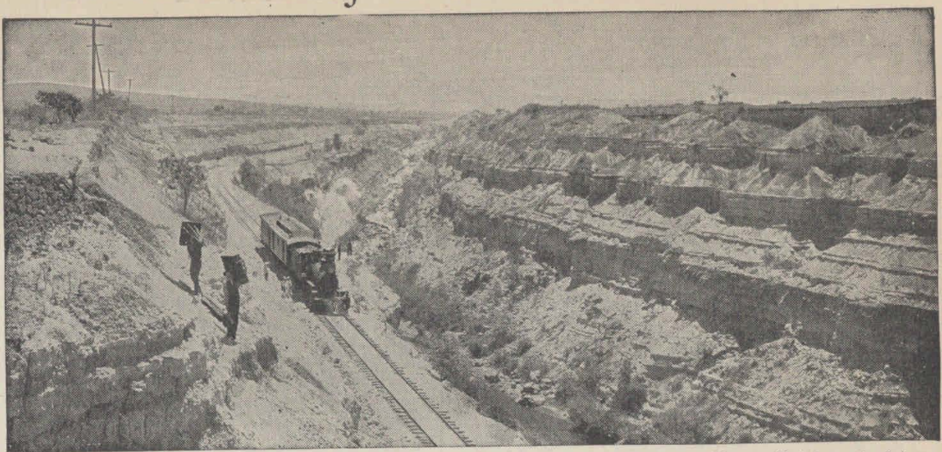
Poco a poco se fundaron nuevas colonias en Yucatán y en Honduras, regiones exploradas por el invicto caudillo y sus oficiales, los cuales avanzaron hasta el Golfo de California.

No nos es desconocida la geografía del país conquistado por Cortés, ni la historia de sus primeros pobladores. Los españoles llamaron (impropiamente) indios a todos los indígenas que hallaron en el Nuevo Mundo, y, como éstos eran idólatras, se dedicaron con gran celo a convertirlos al Cristianismo. Legiones de misioneros trabajaron con ahinco en esta obra de evangelización y el mismo Cortés intentó persuadir a Moctezuma para que abandonara su primitiva fe y renunciara a sus ídolos y a los bárbaros ritos de una religión que exigía sacrificios humanos.

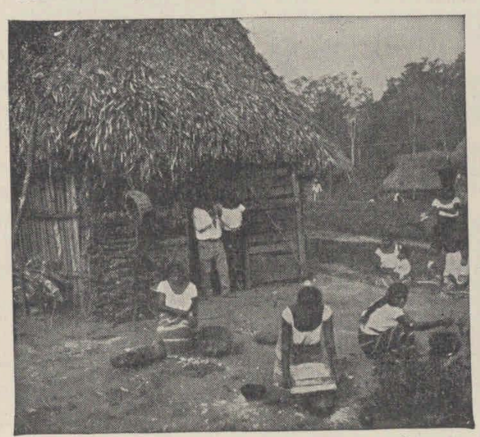
La propaganda religiosa y el celo de los misioneros y de los convertidos, condujo a la destrucción de cuanto podía recordar la antigua fe azteca, e hizo derrocar templos, despedazar ídolos, destruir inscripciones y ornamentos, en tal forma, que la tarea de los estudiosos investigadores de hoy día, es extraordinariamente difícil.

La conversión de los indígenas parecía a los españoles empresa de importancia capital, no menos ardua por cierto que su sumisión. Una y otra se realizaron con los años; pero el rigor usado por los conquistadores fué tal, que la campaña de conquista vino a convertirse a veces en guerra de exterminio.

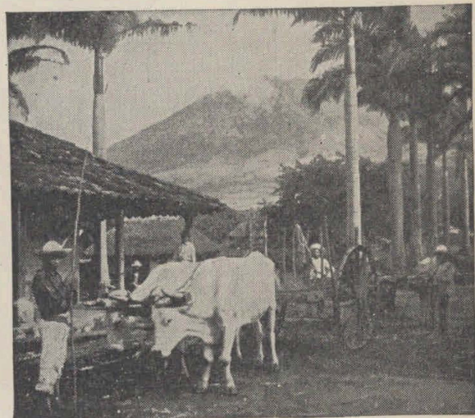
La antigua civilización mejicana quedó enteramente borrada, y hasta el mismo pueblo fué diezmado como también fueron diezmados los indígenas de la América Septentrional.



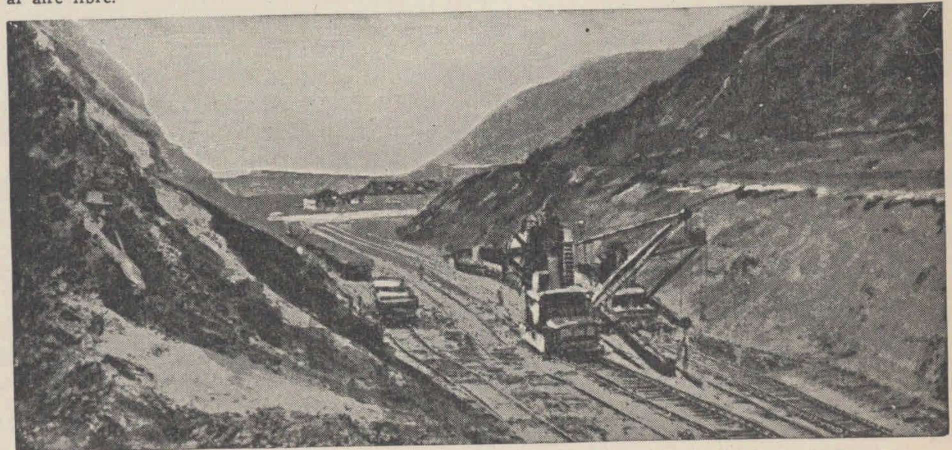
Una de las más importantes líneas ferroviarias de Méjico corre por un terraplén artificial antiquísimo. Se dice que los rieles descansan sobre traviesas de ébano y que el balasto es mineral de plata de minas abandonadas por los aztecas; pero todo esto no pasa de ser una conseja.



Indígenas de Tehuantepec, preparando sus alimentos al aire libre.



Plantio de azúcar en Guatemala. En el fondo se ve el famoso volcán del Agua.



Corte del canal de Panamá en la roca viva de la región de Culebra.

España no supo gobernar bien las provincias conquistadas; gravó a las colonias con muchos fiscos y vejaciones; dejó que los colonos europeos maltratasen a los indígenas, y cuando, gracias a la admirable intervención de los misioneros, se salvaron de la esclavitud los aborígenes, favoreció, como por otra parte lo hicieron en todo el mundo las naciones más cultas, la trata de negros.

Durante tres siglos, Méjico fué gobernado por virreyes españoles, muchos de los cuales fueron buenos; pero hubo también funcionarios incapaces y también lo fueron a las veces los mismos colonos, que avanzaban contínuamente hacia el oeste para ocupar las ricas provincias del Pacífico.

Méjico hizo en aquel tiempo grandes progresos: levantáronse ciudades según el tipo de las españolas; abriéronse escuelas y colegios, fueron tendidas anchas carreteras, difundida y mejorada la agricultura y la cría del ganado llegó a constituir una importante base de riqueza nacional, cosa nada extraña, pues tanto la América Central como Méjico, tenían todas las condiciones para llegar a ser países de gran riqueza agrícola.

En las regiones tropicales prosperan el arroz, el algodón, el cacao, la caña de azúcar, la vainilla y las bananas mientras en los altos crecen el maiz, el tabaco, los frijoles, y el café, para no hablar de los árboles del caucho. En el interior, extensos prados ofrecen pasto a innumerables manadas de bueyes y caballos.

Las magníficas selvas en que están representadas las más preciosas maderas del mundo, desde el palo de campeche hasta la caoba son una fuente de riqueza no menos que las minas numerosísimas de que se extraen oro, plata, plomo y otros metales. Del cráter del Popocatepetl, uno de los muchos volcanes del país, se recoge azufre. Otro famoso volcán es el Jorullo, que surgió en una noche, en 1759, en una región de fértiles campos de caña de azúcar e índigo.

MÉJICO SACUDE EL YUGO ESPAÑOL

Españoles e indígenas, especialmente en la América Central, se unieron frecuentemente en matrimonio, formándose así una población en gran parte mezclada. Desde los españoles de pura sangre, que eran considerados en cierto modo los más altos de la escala social, se descendía hasta los ínfimos indígenas, siguiendo una interminable gradación de sangre mixta. Baste decir que para determinar las varias especies de mestizos, se empleaban más de veinte términos diferentes.

Sobre esta población desplegó España su autoridad, representada por gobernadores, no siempre buenos, y por leyes a veces vejatorias.

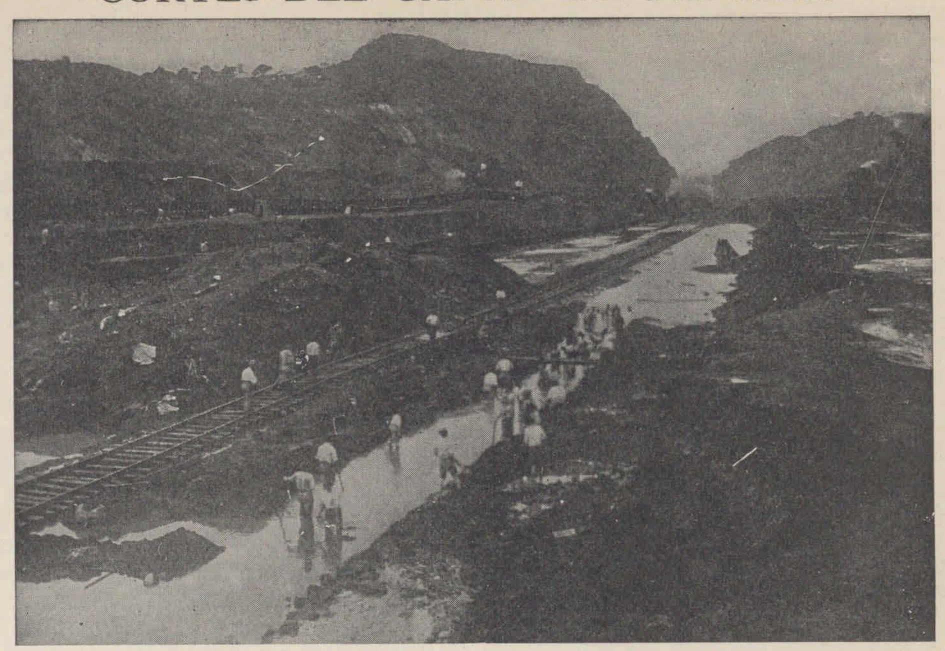
Cuando las colonias inglesas de América se insurreccionaron por su independencia, y la revolución ensangrentó a Europa, también la Nueva España (así se llamaban las colonias españolas que se extendían desde el Golfo de Méjico a California) comenzó a luchar por su libertad.

Algunos años después, surgió uno de los primeros campeones de la independencia de Méjico, Hidalgo. A la cabeza de un gran número de hombres trabó campaña desesperada con las autoridades españolas, mas después de diez y medio meses de lucha, fué hecho prisionero, y durante diez años, su cabeza, y las de varios de sus primeros partidarios, permanecieron expuestas, clavadas en picas, en uno de los edificios de la ciudad de Guanajuato.

Los mejicanos le han levantado muchas estatuas de bronce o de mármol, con inscripciones como ésta: «Al primer libertador de la patria», y, en efecto, la semilla por él arrojada, dió su fruto en breve tiempo.

Pocos meses después de la ejecución de Hidalgo, Morelos conducía a la victoria a sus independientes, sobre las costas del Pacífico, tomando o defendiendo ciudades, reuniendo asambleas, de las que emanaba la declaración de la independencia. Pero la fortuna se les mostró inconstante, y el 22 de Diciem-

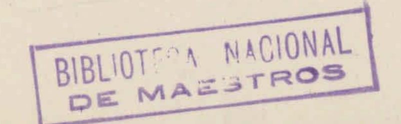
CORTES DEL CANAL DE PANAMÁ



A veces son tan abundantes las lluvias que caen en el istmo de Panamá, que no teniendo fácil desagüe, los obreros se veían obligados a suspender sus trabajos. Aquí vemos algunos trabajadores examinando las condiciones del terreno, después de la lluvia.



El corte de Culebra fué uno de los trabajos más arduos, pues está hecho en una montaña rocosa. Podemos adquirir cierta idea de este corte gigantesco, observando cuán pequeños parecen los trenes que serpean sobre los bordes de las rocas que aun no han sido cortadas.



bre de 1815, seis meses después de haber perdido Napoleón la última batalla, el valiente caudillo mejicano fué hecho preso y muerto. Los realistas creyeron haber desarraigado las ideas revolucionarias, pero se engañaron. Morelos, como Hidalgo, fué considerado como uno de los más grandes héroes, por sus connacionales, que mudaron el nombre de su ciudad natal, Valladolid, por el de Morelia, y la propaganda de las ideas de independencia prosiguió cada vez con mayor tenacidad y empeño.

EL FIN DE ITURBIDE Y LA GUERRA DE TEJAS

Entretanto, España sentía también el influjo de las nuevas ideas, y mientras en la madre patria se abolía la inquisición, y se implantaba la libertad de la prensa y una Constitución liberal, Méjico hallaba un nuevo campeón de su libertad política en un oficial del ejército realista, pero mejicano de sangre, Iturbide, que se unió para consumar su empresa con otro valeroso y resuelto insurgente, Guerrero.

En el movimiento revolucionario tomaron parte con los mejicanos muchos españoles, y con ellos Iturbide fué a Veracruz contra el nuevo gobernador enviado desde España, a convencerle de que sus servicios como virrey eran inútiles. Esta entrevista tuvo por consecuencia el tratado de Córdoba, en el que se decidió y acordó la independencia de Méjico. Iturbide entró triunfalmente en la capital a la cabeza de los independientes, y entre aclamaciones y vítores terminó el dominio de España, tres siglos después de la llegada de Cortés.

Méjico adoptó los colores nacionales, el blanco símbolo de la pureza, el rojo de la independencia, y el verde de la unión. Su escudo, un águila con una serpiente, sobre un cactus, recuerda una antigua tradición azteca.

Surgieron graves disensiones sobre la forma que había de darse al nuevo gobierno: quién prefería la república; quién la monarquía. Entre éstos se contaba Iturbide, que logró hacerse elegir emperador, pero pocos meses después pagó con la vida su ambición.

Siguió una época de levantamientos y revoluciones, en las que figuró con frecuencia, ya en uno ya en otro partido, un hombre que había tenido gran parte en la revolución libertadora: Santa Ana.

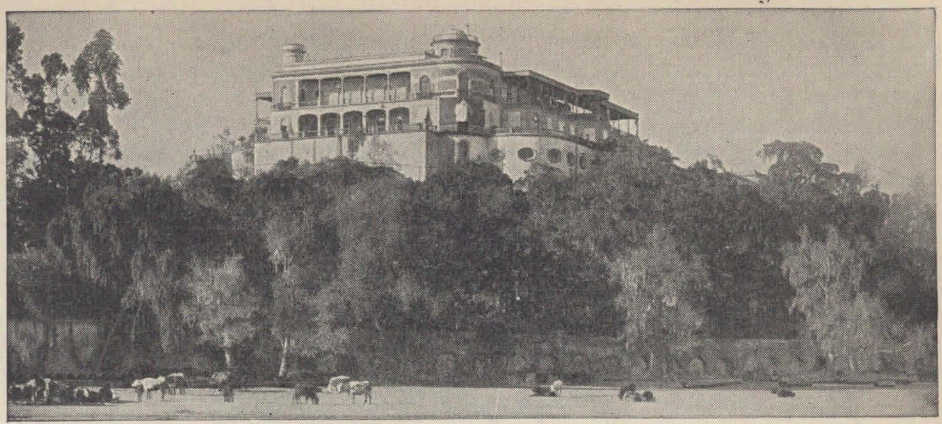
Un cambio operado en la forma de gobierno en el año 1835 fué alegado por Tejas, región tan vasta como Francia, para rebelarse contra Méjico, y después de diez años de lucha, se unió a los Estados Unidos, pero, como Méjico no había renunciado a la posesión de la rica provincia, era claro que se originarían guerras entre la república del Norte y la del Sur.

En efecto, cuando se publicó la anexión, estalló la guerra. Esta duró poco tiempo, y acabó con la derrota de la república meridional, debida, en parte, a la circunstancia de estar los ejércitos norte americanos mejor armados. Los mejicanos dieron, no obstante, pruebas de gran valor; entre ellos descollaron los generales Anaya, León y Balderas. Todo fué inútil; Veracruz y Puebla cayeron en poder del enemigo, y sobre la colina de Chapultepec se libró una furiosa lucha en la que los héroes fueron los jóvenes alumnos, verdaderos niños, del Colegio Militar, que prefirieron morir en la desigual campaña a aceptar la derrota de su patria. Fué tomada Méjico, y la guerra pudo darse por terminada. Tejas quedó para los Estados Unidos, y la República Mejicana tuvo finalmente un poco de paz.

Pero el descanso fué breve; pronto surgieron controversias, que fueron pretexto para que tres naciones de Europa interviniesen en los asuntos de la República. Napoleón III hizo la guerra a Méjico, que después de tres años fué ocupado por los franceses y una asamblea de notables eligió emperador a Maximiliano de Austria, hermano del Emperador Francisco José.

Nada tan trágico como el breve reinado del príncipe austriaco, a quién un destino fatal llevó a empuñar el cetro del nuevo imperio.

CIUDADES Y EDIFICIOS DE MÉJICO



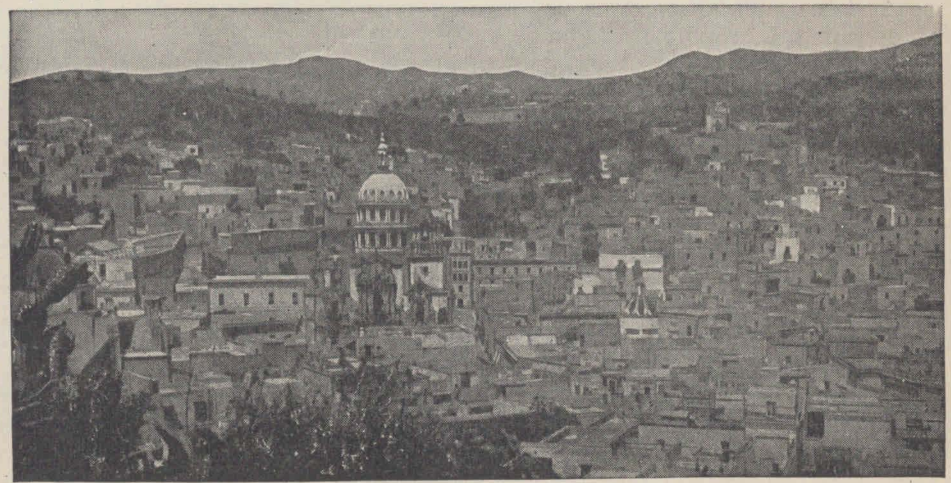
Sobre la colina de Chapultepec, coronada de ahuehuetes, está un palacio, que ha sido y es frecuentemente residencia de los gobernantes de Méjico.



La magnífica catedral de la ciudad de Méjico, comenzada en 1573 y terminada 84 años después. Consta de 5 naves y en cada una de las laterales hay 14 riquísimas capillas.



La ciudad de Zacatecas es uno de los primeros centros argentíferos. El mineral fué descubierto por el capitán Juan de Tolosa en 8 de septiembre de 1546.



Vista general de Guanajuato, capital minera emplazada en las laderas de un profundo barranco, por cuyo fondo corre un río que las lluvias de invierno hacen torrencial.

La empresa de Napoleón había sido llevada al cabo mientras los Estados Unidos andaban empeñados en la guerra de secesión, que había de poner término a los horrores de la esclavitud; pero apenas terminó esta campaña, los americanos hicieron saber al emperador francés que no estaban dispuestos a reconocer un gobierno monárquico en Méjico. Napoleón había desistido desde antes, de mandar los socorros prometidos a Maximiliano con el fin de mantenerle en el trono. En vano la Emperatriz Carlota fué a Europa para implorar el auxilio de Napoleón y del Papa; sus ruegos nada pudieron conseguir.

Entretanto, habiéndose negado Maximiliano a presentar su abdicación, y hecho prisionero por los republicanos, fué fusilado en Querétaro. La emperatriz enloqueció de dolor.

Después del fusilamiento de Maximiliano fué elegido presidente Juárez, a cuya muerte se eligió presidente a Don Sebastián Lerdo de Tejada, sucedido después por el General don Porfirio Díaz, el cual es considerado como uno de los grandes hombres de Méjico, bajo cuyo gobierno se comenzó a extender la agricultura, a mejorar los servicios públicos y a introducir útiles reformas.

Caminos de hierro recorren hoy casi en todas las direcciones del país, mientras otra línea une, por el istmo de Tehuantepec, el Atlántico con el Pacífico.

No obstante, en medio del progreso material y civil, Méjico no halló paz. En 1910 estalló una revolución en Puebla, inspirada por Francisco I. Madero. Los revolucionarios lograron prevalecer; y el anciano Porfirio Díaz se retiró de su patria y tuvo que refugiarse en Europa, siendo elegido presidente Madero. Una revolución planeada por Félix Díaz, sobrino del ex-presidente, secundado por los soldados, dió por resultado el asesinato del presidente Madero, en 1913. El jefe de los soldados triunfantes, el General Victoriano Huerta, fué elegido presidente provisional. Después de su nombramiento, la guerra civil siguió más enconada que antes, entre «constitucionalistas» y federales. Sabido es que los primeros eran los adversarios de Huerta, quien a su vez encabezaba a los segundos.

EL CONFLICTO DE MÉJICO

En esta guerra civil como por lo demás en todas las guerras del mundo, se cometieron actos contrarios al derecho de gentes, que motivaron reclamaciones de varias cancillerías, y por último, la intervención armada de los Estados Unidos.

En este estado las cosas, tres grandes potencias americanas, la Argentina, el Brasil y Chile, ofrecieron su intervención, que fué aceptada por los gobiernos de Washington y de Méjico, declarándose por consiguientes un armisticio o suspensión de hostilidades. La mediación de dichas tres naciones forma época en los anales de la historia, por ser la primera vez que se inició la acción diplomática americana, independientemente de las cancillerías europeas.

Los delegados para resolver el litigio pendiente, empezaron a reunirse en Niágara Falls, y en su conferencia estaban representados por parte de Méjico, el General Huerta y D. Venustiano Carranza, caudillos respectivamente de los «constitucionalistas» y de los derrocadores del gobierno de Madero.

LA CONFERENCIA DE NIAGARA FALLS Y SUS RESULTADOS

Gracias a la hábil gestión de los diplomáticos de las tres potencias mediadoras, la resolución del conflicto logró hacerse satisfactoria, y, al parecer, definitiva. En vista de la dimisión de Huerta, los plenipotenciarios acordaron proponer a los «constitucionalistas» una fórmula de conciliación: el reconocimiento inmediato de un gobierno provisional y el retiro de las tropas norteamericanas, si bien seguiría ocupada Veracruz, hasta el restablecimiento de la paz.

Los «constitucionalistas» admitieron al armisticio tan pronto como tuvieron conocimiento de la pública dimisión del

General Huerta, y del establecimiento del gobierno provisional.

La gestión de los plenipotenciarios del Niágara ha constituido un triunfo de la diplomacia americana, pues quedó demostrada por primera vez la eficacia de las cancillerías del Nuevo Mundo, sin necesidad de recurrir a arbitrajes y laudos europeos.

En el mes de julio salió de la capital el General Huerta, para embarcarse con rumbo a Europa.

De mucha importancia es la reorganización de Méjico en los actuales momentos, en que el Canal de Panamá ha de influir enormemente en los destinos de los países vecinos al istmo.

La costa del Pacífico de Méjico ha de rivalizar con la Atlántica en comercio y navegación, por el fácil cruce del nuevo paso y la comunicación interoceánica. Puertos como Tampico, Veracruz y otros, han de tener sus similares en la costa occidental mejicana, como depósitos y escalas para los buques del Asia y la Australia, que preferirán el camino de Panamá al del Canal de Suez.

Méjico, con su ventajosa situación geográfica en medio del continente; con sus puertos y bahías, grandes y excelentes; con su copiosa red ferroviaria y sus ferrocarriles continentales, solo necesita de paz interior y de buena administración, para resurgir grande y próspero y alcanzará, no lo dudamos, todo esto, con el empeño de los mejicanos patriotas e inteligentes.

LAS REPÚBLICAS DE LA AMÉRICA CENTRAL

Varias son las repúblicas independientes que ocupan la América Central: Guatemala, Nicaragua, Honduras, Costa Rica, San Salvador y Panamá. De ellas se puede decir lo que hemos escrito de Méjico: les falta la estabilidad política y social. Las revoluciones no son en ellas menos frecuentes que los terremotos. Los productos de la tierra en estas regiones son los mismos que en Méjico: bananas, café, arroz, azúcar y maíz; pero cada estado se dedica a un cultivo especial. El cacao de Nicaragua, el índigo del Salvador y el caucho de Panamá, son universalmente conocidos.

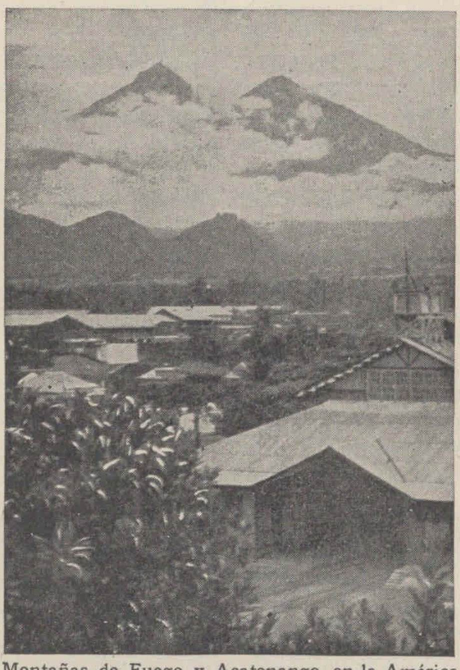


AHUEHUETE EN EL BOSQUE DE CHAPULTEPEC

Panamá es hoy una de las repúblicas de más brillante porvenir. Una obra gigantesca se ha llevado a cabo en el estrecho istmo de Panamá: un canal que une el Atlántico con el Pacífico y abre el paso que desde Colón fué el sueño y afán de todos los navegantes.

Basta echar una mirada al mapa para ver las inmensas dificultades que han debido ser superadas a fin de realizar la mayor obra de ingeniería jamás ejecutada. Cincuenta mil hombres han trabajado en ella entre grandes incomodidades y peligros, creados, no sólo por el género del trabajo, sino también por el clima malsano, que ha costado la vida a millares de pobres obreros.

Del corte del istmo de Panamá, reportará más ventajas América que Europa. Y no obstante, europeo fué el que lo ideó, Lesseps, después de haber ejecutado otra obra grandiosa, la abertura del canal de Suez.



Montañas de Fuego y Acatenango, en la América Central. Estos dos volcanes gemelos se elevan a la altura de unos 4.000 metros; pero mientras Fuego se muestra a veces violentamente activo, el Acatenango no arroja lavas ni fuego desde hace siglos.

La empresa del canal de Panamá falló después de haber costado muchas vidas y dinero. Durante largos años, los trabajos y la misma idea de la obra colosal fueron abandonados, hasta que el departamento de Panamá — que desde cuando se había libertado de España formaba parte de Colombia—se rebeló, proclamándose república independiente. Esto sucedió en 1903; y un año después la nueva república estableció con los Estados Unidos un convenio por el que les cedía por 50 millones de dólares una zona de unos 18 kilómetros a izquierda y derecha del canal, a más del uso de las aguas necesarias para su construcción. De esta suerte, el gobierno de los Estados Unidos reanudó los trabajos.

Para el mes de enero de 1915 estaba anunciada la inauguración del canal de Panamá, pero ulteriores complicaciones, ajenas a esta obra magna, aplazaron tan solemne acontecimiento.

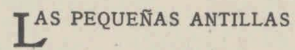
En otra parte damos una descripción de este verdadero prodigio de la ingeniería moderna, con todos sus pormenores.

LA ISLA DE PUERTO RICO

A los Estados Unidos pertenece también una de las más bellas entre las numerosas islas que forman una espléndida corona en torno del mar Caribe. Es una isla cubierta de bosque, cuyo suelo fertilísimo produce en gran cantidad toda suerte de plantas tropicales: café, tabaco especialmente, y caña de azúcar. Puerto Rico, que es la isla a que nos referimos, de igual modo que Cuba, *la perla de las Antillas*, pertenecía a España, que las perdió en 1899 en la guerra con los Estados Unidos.

De Cuba nos ocupamos extensamente en varios capítulos de esta obra.

LAS PEQUEÑAS ANTILLAS



Tanto las grandes, como las pequeñas Antillas, son casi todas colonias de Estados europeos; en mayor número pertenecen a Inglaterra, cuya bandera ondea hasta sobre los innumerables islotes que forman el archipiélago de las Lucayas, al Nordeste de Cuba, y entre las cuales está la isla de San Salvador, a la que arribó Colón en 1492.

De las pequeñas Antillas inglesas, las

más importantes son Barbados y Santa Lucía. Pero posesión mayor es la isla de Jamaica, çuyo suelo fertilísimo, cultivado en gran parte por negros, rinde toda clase de productos tropicales, entre ellos la banana, exportada anualmente en grandes cantidades. Esta isla sería un verdadero paraíso, si los terremotos y ciclones no la devastasen a menudo.

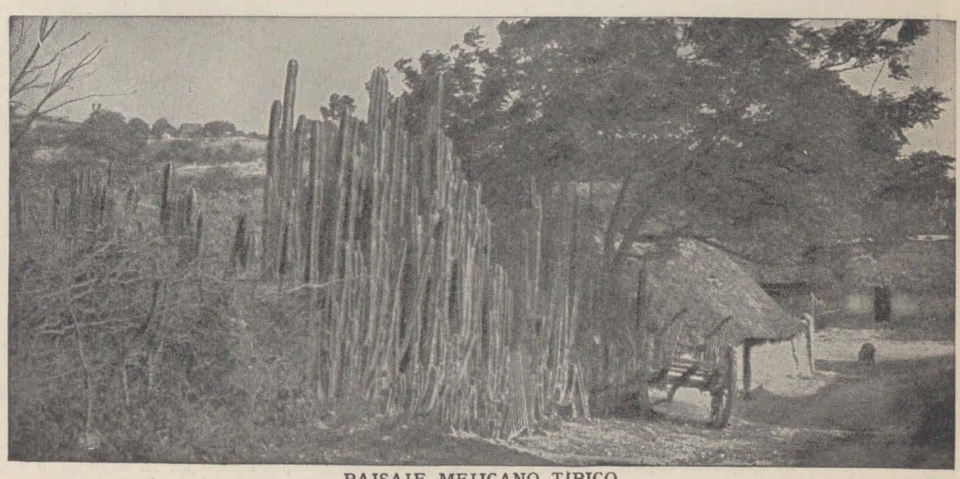
Los mencionados cataclismos no afligen sólo a Jamaica; en las otras Antillas se conoce también este azote, y la Martinica, además, fué teatro, en 1903, de una de las más terribles catástrofes que la historia registra: la erupción de la montaña Pelée. La floreciente ciudad de Saint-Pierre quedó totalmente destruída, y del terrible desastre sólo escapó un negro encerrado en la cárcel.

La lava cubrió la ciudad y los bien cultivados campos, en que poco antes lucía sus galas una vegetación espléndida.

Entre las muchas posesiones inglesas, francesas, danesas, holandesas y norteamericanas, se cuenta una bella y vasta isla independiente, Santo Domingo, cuyas riquezas naturales no son explotadas como debían serlo por sus habitantes, que están divididos en dos repúblicas, Santo Domingo y Haití, formada esta última casi exclusivamente de negros.



UN VALLE DE MÉJICO, CERCA DE TAMPICO



PAISAJE MEJICANO TIPICO

FAMOSA ORACIÓN DE MARCO ANTONIO

Esta es una de las más famosas oraciones escritas por Shakespeare, cuyas obras abundan en tales discursos oratorios. Fué pronunciada por Marco Antonio, amigo de Julio César, ante el cadáver de éste, después de haberse llevado a cabo el complot en que murió asesinado el gran guerrero romano. Marco Antonio trataba de ganar el pueblo a la causa de los amigos de César. La obra de donde se ha tomado esta oración es el célebre drama « Julio César ».

Amigos y romanos,
Compatriotas, atención prestadme;
A enterrar, no a ensalzar a César vengo.
Al hombre sobrevive el mal que hizo;
El bien se entierra con el cuerpo a veces.
Se hará con César. El honrado Bruto
Os ha dicho que César fué ambicioso;
Si lo fué, falta inmensa fué la suya,
E inmensamente César lo ha purgado.
De Bruto y de los otros con la venia
—Porque varón pundonoroso es Bruto—
Todos lo son—pundonorosos todos—
Al funeral de César vengo a hablaros.
Mi amigo fué, constante y fiel conmigo;
Mas Bruto afirma que ambicioso era,
Y Bruto es un varón pundonoroso.
Infinitos cautivos prisioneros
Él a Roma nos trajo, y sus rescates
El público tesoro repletaron.
¿Esto ambición en César parecía?
Viendo al pobre llorar, César lloraba;
Es la ambición de material más rudo;
Mas Bruto afirma que ambicioso era,
Y Bruto es un varón pundonoroso.
Cuando en las Lupercales—bien lo visteis—
Tres veces le ofrecí regia corona,

MARCO ANTONIO ANTE EL CADÁVER DE CÉSAR, SU AMIGO, ENCOMIANDO SUS VIRTUDES



Después de haber dado muerte a Julio César, los conspiradores descubrieron su acción al pueblo. Bruto habló en público y agradó a la multitud. Luego hizo lo mismo Marco Antonio, amigo de César, y en su oración ensalzó al gran estratega romano, mostrando al pueblo sus despojos mortales. La muchedumbre, convencida, se puso del lado de Marco Antonio. En el grabado vemos, en primer término, a Bruto y a Casio retirándose de entre la multitud irritada. Casio es el que lleva la cabeza cubierta por un casco militar. El grabado es reproducción de un cuadro del célebre pintor francés Court.

Rehusó tres veces. ¿Ambición es esto?
Mas Bruto afirma que ambicioso era,
Y es, sin duda, varón pundonoroso.
Contradecir a Bruto no pretendo.
A hablar de lo que sé tan sólo vine.
Le amasteis una vez y no sin causa...
¿Qué causa, pues, detiene vuestro llanto?
Razón, asilo entre las fieras busca,
Que los hombres prescinden de su juicio.
Vuestro perdón reclamo, que con César
En su ataúd mi corazón se halla,
Y hablar no puedo hasta que al pecho
torne.

. . . .

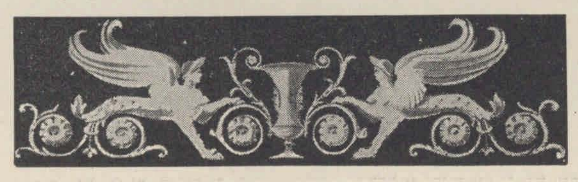
Ayer pudo de César la palabra
Contrarrestar el mundo. Muerto ahí yace.
Y ya ni el más humilde le respeta.
¡Oh señores! si acaso pretendiese
Los corazones excitar, las almas
A rebelarse, a enfurecerse, en daño
De Bruto y Casio fuera; y bien os consta
Que ambos varones son pundonorosos.
No es mi ánimo ofenderlos, no; prefiero
Ofender a los muertos, a mí mismo,
Y a vosotros también, que hacer ofensa
A tan pundonorosos ciudadanos.
Mas tengo en mi poder un pergamino,
De César con el sello. En su bufete
Lo hallé. Su voluntad postrera es ésa.
Que oiga el pueblo tan sólo el testamento
—Que leer no es mi ánimo—: escuchadme,
Y del difunto César las heridas
Querréis besar, y en su sagrada sangre
Paños empaparéis. De él un cabello
Reclamaréis como eternal memoria;
Y al morir y al testar, a vuestros hijos
Los legaréis cual valïosa herencia.

. . . .

Si acaso tenéis lágrimas, ahora
Preparados estad para verterlas.
Todos recordaréis el manto este,
Yo cuando César lo estrenó recuerdo:
En una tarde de verano era,
Y en su tienda se hallaba. En ese día
Fué de los nervios vencedor: miradlo.
Aquí el puñal de Casio deslizóse;
La brecha ved del envidioso Casca;
Aquí la herida de su amado Bruto;
Y al retirar el hierro maldecido,
Ved cual de César se agolpó la sangre,
Cual si fuera de casa le siguiese
A averiguar resuelta si era Bruto
Quien de manera tan crüel llamaba.
Juzgad, ¡oh dioses!, si le amaba César.
Fué el golpe más crüento de entre todos.
El gran César, al ver su acometida,
La ingratitud, venciéndolo, lo postra,
Más fuerte que puñales de traidores,
Y estalla al fin su corazón potente;
Y su faz encubriendo con el manto,
A los pies de la estatua de Pompeyo,
Que su sangre tiñó, cayó el gran César!
¡Cuánto con él cayó, compatrïotas!
Yo entonces, y vosotros, todos juntos
Caímos también; y la traición sangrienta
En tanto floreció sobre nosotros.
Ahora lloráis. Os punza, ya lo veo,
La compasión. ¡Oh lágrimas benditas!
¡Almas nobles! ¿Lloráis al ver tan sólo
De nuestro César las heridas vestes?
Mirad, aquí. ¡Mirad aquí su cuerpo;
Ahí lo veis por traidores lacerado!

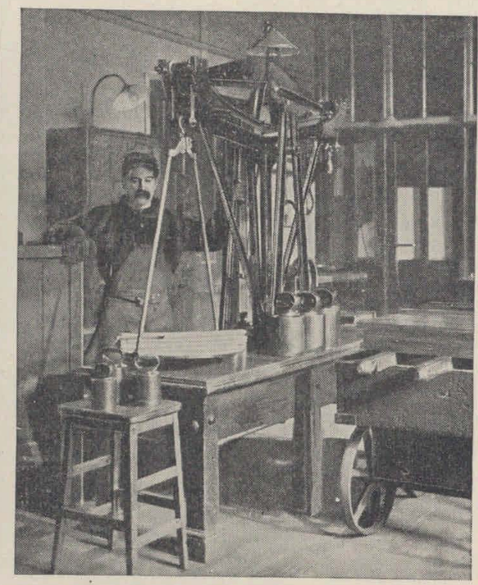
. . . .

Amigos excelentes,
Caros amigos míos, no os conmueva
Mi voz a rebelión tan repentina:
Pundonorosos son los que esto hicieron.
Por desgracia, quizás, privada queja,
Ignorada de mí, movió sus brazos.
Discretos son y son pundonorosos;
Y razones darán que os satisfagan.
No vengo a concitar vuestras pasiones,
Amigos. Orador no soy, cual Bruto,
Sino, cual todos me conocen, franco,
Hombre sencillo que a su amigo amaba,
Y esto lo saben bien los que me dieron
Para hablar de él aquí pública venia.
Ni inteligencia tengo, ni palabra,
Ni mérito, ni estilo, ni ademanes,
Ni el don de la oratoria que enardece
La sangre de los hombres—hablo al caso;
Y os digo lo que todos ya conocen,
Del noble César muerto las heridas
—¡Ay pobres, mudas bocas!—y les pido
Que ellas hablen por mí. Si fuera Bruto,
Y Bruto fuera Antonio, hubiera Antonio
Que exasperara vuestras almas; lengua
Cada herida de César mostraría
Que las piedras de Roma conmoviendo
En rebelión a alzarse la forzara.



He aquí una gran Casa de Moneda. Hállase situada a orillas del Támesis, casi bajo la sombra de la lúgubre Torre de Londres. De este edificio salen casi todos los *soberanos* (libras esterlinas) que se gastan en Inglaterra, todas las monedas de oro y de plata que circulan por el país, excepto aquellas que vienen por casualidad de Australia. Podría acuñar un millón de soberanos por semana, pero su labor se limita actualmente a 40.000,000 de pesos oro por año. Las láminas siguientes nos dan idea de cómo se hace un penique; y claro está que sucede exactamente lo mismo cuando se trata de hacer soberanos, u otras piezas cualesquiera.





En el primero de estos grabados puede verse un gran acopio del metal que sirve para fabricar los peniques. Aunque corrientemente se llama a éstos monedas de cobre, en realidad son de bronce, que es una aleación de cobre, estaño y zinc. En el segundo grabado vemos pesar el metal antes de pasar al taller de laminación.

LO QUE NOS ENSEÑAN ESTOS GRABADOS



LA VERDADERA RIQUEZA DE UNA NACIÓN

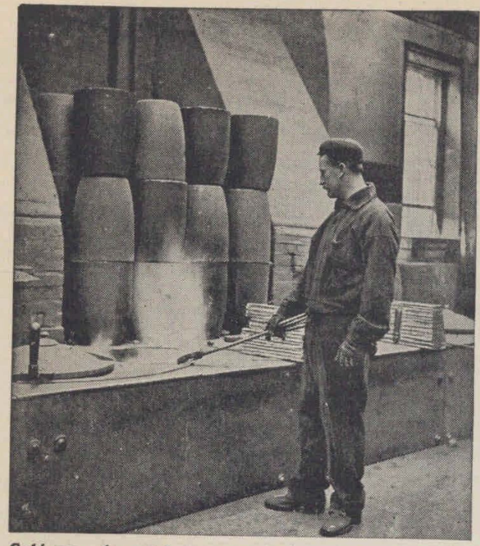
NOTA: Las monedas representadas en el grabado son algunas de las usadas en Inglaterra, donde circulan piezas de oro, de plata y de bronce.

EN la antigüedad más remota no se conocía la moneda; pero en cuanto empezaron los hombres a construir habitaciones, a roturar la tierra, y a criar ganados, surgió la necesidad de algo que representase el valor de estas cosas. Cuando alguien deseaba cambiar una oveja por una cabra, la cuestión no ofrecía dificultades: entregaba la oveja al otro individuo, y éste le daba la cabra. Pero cuando se presentaba el caso de querer comprar la cabra sin desprenderse de la oveja, la cosa no era tan fácil; y el mismo problema volvía a presentarse cada vez que una persona quería vender su casa para edificar otra nueva. Y como no era cosa de andar a cada momento cambiando casas y ovejas, convinieron los hombres en entregarse a cambio de ellas ciertos objetos a los cuales asignaron valores especiales en relación con el de aquéllas.

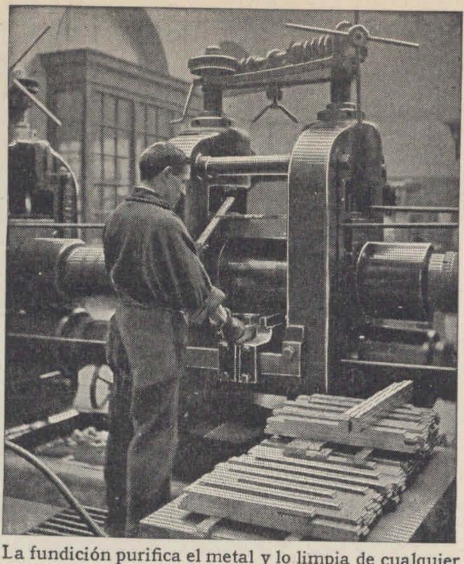
Estos objetos recibieron el nombre de dinero, el cual puede fabricarse de una substancia cualquiera. En algunos países las conchas constituyen el dinero, y en casi todo el mundo se utilizan para las transacciones unos trozos de papel, impresos de tal modo que no pueden ser imitados, a los cuales se asignan valores muy diversos.

Pero lo más frecuente es que dichos objetos sean monedas hechas de diversos metales y que llevan marcado su valor. Las monedas carecen, por supuesto, de todo valor intrínseco. No es posible comer oro, ni beberlo, ni hacerse de él vestidos. Un inglés ilustre, Juan Ruskin, dijo muchos años ha, que si fuese destruído todo el dinero que existe en el mundo, la humanidad, considerada en conjunto, no sería más rica ni más pobre de lo que es actualmente, lo cual no ocurriría si desapareciese de improviso todo el pan, o toda la ropa. Con la destrucción del dinero sólo desaparecería el dominio que unos hombres ejercen sobre otros. Si hacemos el dinero de oro y plata, es simplemente porque nadie ha podido, hasta hoy, fabricar estos metales, y sabemos, hasta cierto punto, qué cantidad de ellos existe actualmente en la tierra. Pero si se descubriese mañana una gran montaña de oro, tendríamos que recurrir a otra substancia para hacer nuestras monedas.

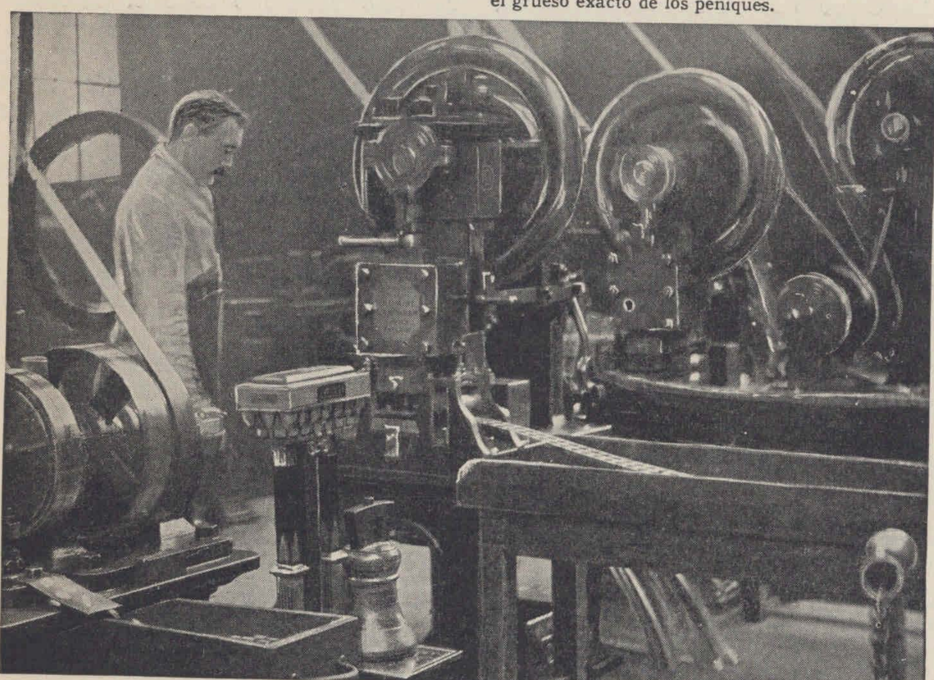
Decía Juan Ruskin que «no hay más riqueza que la vida», y trató de demostrar que la verdadera riqueza de un país estriba no en la suma de monedas, o fichas, o billetes de banco que posee, sino en sus habitantes, y sobre todo, en sus niños. Todas las demás cosas no valen nada comparadas con esto. La riqueza real de un país no está en sus bancos, sino en sus hogares.



Colócase el metal en un crisol cerrado, de forma semejante a un perol (como los que se ven apilados en esta lámina), el cual se introduce después en un horno, donde el calor funde el metal hasta dejarlo completamente líquido. Aquí vemos un hombre abriendo el horno para observar el estado del metal.



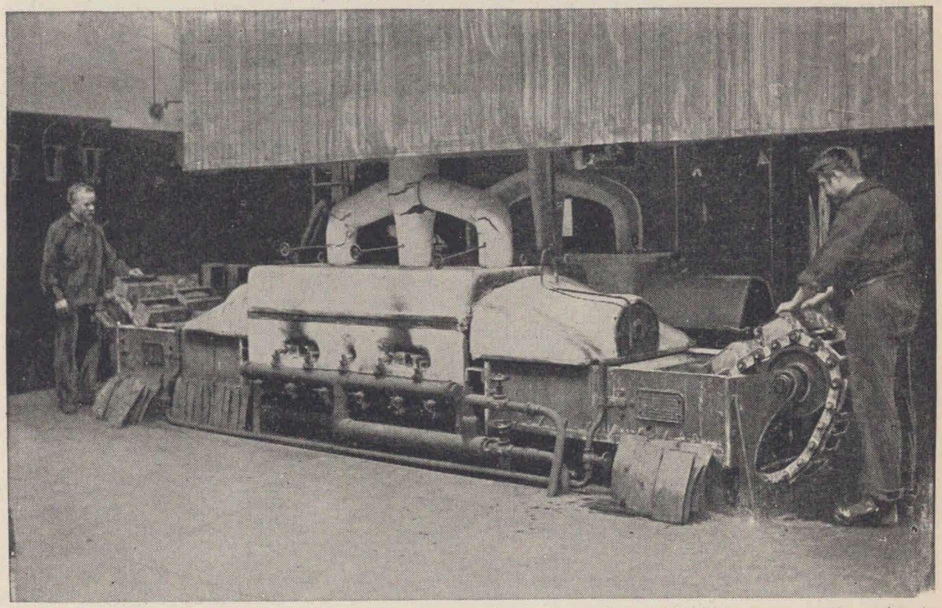
La fundición purifica el metal y lo limpia de cualquier substancia extraña que pueda contener, después de lo cual es vertido en moldes de hierro largos, estrechos y poco profundos, a modo de cajas, donde se le deja enfriar, saliendo de ellos convertido en planchas, que son pasadas en seguida por el laminador, para darles el grueso exacto de los peniques.



Las largas y estrechas tiras de metal que resultan, entran luego en esta máquina, que las corta en discos iguales del diámetro exacto de un penique. Esta máquina, llamada « cortadora », funciona con tal rapidez, que puede cortar unos quinientos peniques por minuto. A medida que son cortadas esas tiras, los restos van cayendo en unas artesas dispuestas al efecto, y son llevados otra vez al crisol, para ser de nuevo fundidos; así que nada se desperdicia. Los peniques poseen ya el debido tamaño y espesor, pero tienen que pasar por otra curiosísima máquina, y ser perfectamente recocidos en un horno, antes de quedar terminados.

LENTO PASO DE LOS PENIQUES A TRAVES DE UN HORNO ENCENDIDO

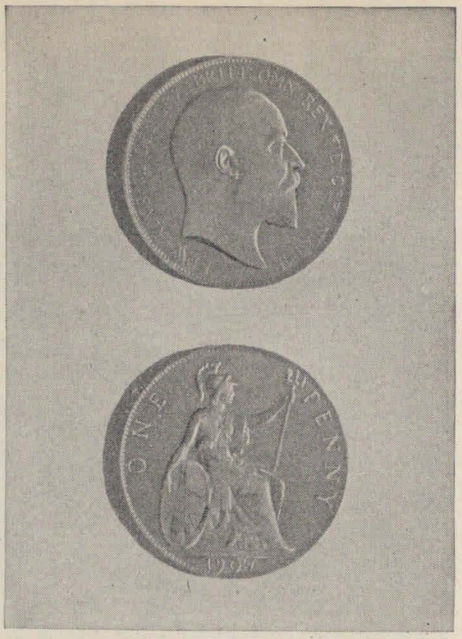
En todos los peniques, el borde es algo más grueso que el resto de la moneda. Este grabado nos muestra la máquina que les da esa forma especial, cuyo objeto es proteger las figuras que en la moneda se acuñan.



En esta figura podemos ver el horno por el que pasan todas las monedas, conducidas por pequeñas cajas de hierro, fijas a una cadena sin fin. Cuando los peniques han sido bien recocidos, quedan en disposición de ser acuñados.

EL HOMBRE POR CUYAS MANOS PASAN TODOS LOS PENIQUES





Para acuñar los peniques se les introduce por el tubo oblicuo que se ve a la izquierda de la fotografía y en cuyo extremo son comprimidos entre dos cuños, saliendo ya grabados por ambas caras, tal como se ve a la derecha.



Antes de poner las monedas en circulación, tienen que ser convenientemente probadas. Las que por su estructura o color no son perfectas, son desechadas en el acto, y las restantes van cayendo en el recipiente que está junto al empleado de la derecha.

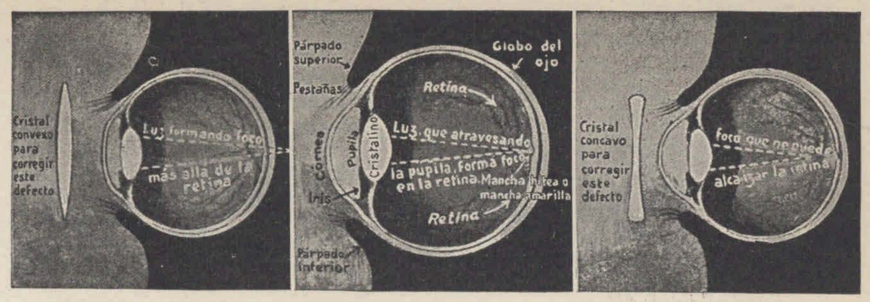
Esta máquina es la más notable de cuantas hay en la Casa de la Moneda. Después de pesados los peniques son metidos en sacos y traídos a esta máquina, que los cuenta sin equivocarse jamás. La carretilla llena de sacos se coloca debajo de la plataforma, y los sacos son subidos a la parte superior por medio de un pequeño ascensor. El obrero que está arriba vuelca el contenido del saco encima de la platina, y la máquina hace el resto: prueba las monedas de nuevo, las cuenta, las pesa y las deja caer, finalmente, dentro de los sacos, quedando listas para ser utilizadas.



Los sacos de peniques son embalados en cajas resistentes, y conducidos al depósito. Todos los soberanos que se acuñan van inmediatamente al Banco de Inglaterra, pero las monedas de plata y las de bronce son puestas en circulación de muy diversas maneras.

PALACIO DEL CONGRESO DE LOS ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA

En este grabado aparece la fachada oriental del Capitolio de Wáshington. Es de notar la sencillez majestuosa, la belleza de este edificio y su enorme cúpula blanca. El ala derecha, en que se halla el Senado, y la izquierda, en que está la Cámara de Representantes, fueron construídas posteriormente a la parte central.



En el dibujo central vemos una sección de un ojo perfecto, en el cual la luz forma foco exactamente en la retina. En el dibujo de la izquierda vemos un ojo en el que la córnea es excesivamente plana; y la luz que forma foco más allá de la retina produce una visión confusa. El ojo representado en la figura de la derecha tiene una córnea demasiado convexa.

LAS PARTES DEL OJO

CUANDO examinamos un ojo, lo primero que observamos es que su parte anterior es transparente. Esta parte, transparente y redonda, se llama *córnea*. Si miramos con atención una córnea, veremos que es prominente y que su curvatura no es la misma que la del resto del globo del ojo. Esta conformación de la córnea es muy importante, a causa de la influencia que ejerce en los rayos luminosos que la atraviesan, y obra como la superficie curvada de la célula ocular de una hoja.

La transparencia es la primera y más importante condición de la córnea, por lo que no contiene vasos sanguíneos, ni pequeños ni grandes, pues la presencia de corpúsculos rojos o blancos dificultarían el paso de la luz. Pero la córnea es viva y, por tanto, debe ser alimentada; los materiales nutritivos los recibe de la red de vasos sanguíneos que se encuentran a su alrededor. La córnea está también provista de nervios, la mayor parte de los cuales se dirigen hacia su superfice externa para hacerla muy sensible.

Esta cualidad es necesaria, para que la menor mota de polvo que caiga sobre ella, y que podría perjudicarla, sea expulsada por las lágrimas y las pestañas. Únicamente cuando — como con excesiva frecuencia sucede—a un obrero le sobreviene lo que se llama vulgarmente un « fuego » en el ojo, una queratitis, corre grave riesgo de que al reponerse de la dolencia la porción de la córnea afectada quede perpetua e irremediablemente opaca. Así pues, si algo de esto ocurre, los vasos sanguíneos se extienden desde el borde de la córnea hacia su interior para ofrecer a la parte enferma nutrición y otros materiales que necesita para reponerse; pero, en cambio, estos vasos sanguíneos impiden también el libre acceso de la luz.

Muy recientemente se ha conseguido, por vez primera, extirpar un pedazo de córnea, que se había hecho opaca, e ingertar en su lugar otra porción de córnea sana. Nos es muy conveniente darnos cuenta de la importancia y maravilla de esta porción del ojo. Toda la luz que vemos, debe de atravesar la córnea; y, sin embargo, esta es materia viva con toda la delicadeza y necesidad de los seres vivientes, muy distintas de las de un pedazo de cristal curvo. Además, a pesar de que los párpados, pestañas y cejas y la pared ósea que rodea el ojo contribuyan todos a protegerla, está muy expuesta.

La córnea, por toda la circunferencia de su borde, penetra en el revestimiento blanco, espeso y fuerte del globo del ojo, (la esclerótica) y es una porción especial de la misma, que se ha hecho transparente y se ha combado un poco hacia adelante para contribuir a enfocar la luz.

El revestimento externo del globo del ojo (la esclerótica) es muy fuerte y

resistiría una presión relativamente considerable. Si con los dedos nos palpamos un ojo, percibiremos que es muy tenso y esta tensión que está contrarrestada por la firmeza del revestimiento externo del globo ocular o esclerótica, es de grande importancia para la visión.

Ahora bien, si miramos un ojo de cualquiera persona, veremos algo a través de la córnea transparente; un anillo redondo y colorado, que tiene en su centro un hueco negro, pequeño o grande. El anillo colorado es el *iris*, que es de naturaleza muscular, y el hueco del centro es la *pupila*. Ésta parece negra porque es la abertura que conduce a la cámara oscura o interior del ojo, que es realmente idéntica al interior de una cámara. Ahora bien, si observamos el corte longitudinal de un ojo, veremos que existe un espacio bastante ancho entre la cara posterior de la córnea y el iris. Tal espacio está lleno de un líquido claro, el humor acuoso, que la luz ha de atravesar antes de llegar a la pupila.

LA PUPILA DEL OJO QUE SE HACE BRILLANTE A UNA LUZ DÉBIL

La función del iris es regular la abertura de la pupila. Cuanto menor es la cantidad de luz, mayor es la pupila; y al contrario, a mayor cantidad de luz, menor es la pupila. Así, pues, cuando una persona pasa de la oscuridad a la luz, o cuando una luz muy viva le hiere los ojos, la pupila se hace más pequeña. Observamos también que las pupilas se estrechan cuando una persona que ha estado mirando un objeto distante mira de repente a un objeto próximo. Hay una razón especial, algo difícil de explicar, por la cual mejora la claridad de la visión reduciéndose el tamaño de la pupila cuando miramos cosas cercanas. La causa se ha de buscar en la forma de lo que hay detrás de la pupila, como veremos pronto.

El color del ojo se debe al iris; pero este color no se ha de buscar en las fibras musculares que lo constituyen, que en nada difieren de las ordinarias, sino en una capa de células que existe en ambas caras del iris, las cuales contienen cierta cantidad variable de *pigmento* o tinte. Esta cantidad es la que varía en las diversas personas; y este hecho es muy interesante desde el punto de vista de la belleza, porque de sus diversas gradaciones dependen los diferentes tipos de ojos bellos. Pero el color del iris tiene hoy día un interés aún mayor, pues precisamente empiezan ahora a conocerse las leyes que rigen la transmisión del color del iris de los padres a los hijos. Este asunto es estudiado con gran atención en la actualidad por los hombres de ciencia en todo el mundo, y no hay duda que derivarán de él grandes enseñanzas.

LAS PERSONAS DE OJOS AZULES Y LAS PERSONAS DE OJOS NEGROS

Parece que hay personas que tienen en el iris células con pigmento negro y otras no. De este hecho resultan, desde luego, dos grandes tipos de ojos: los negros y los azules; los primeros tienen mayor a menor cantidad de pigmento negro, y los segundos carecen de él y son más o menos azules. La cuestión no es en modo alguno tan sencilla, pues, como sabe todo el mundo, existe gran variedad de ojos negros y una variedad no menor de ojos azules, junto con otros muchos ojos, que no podrían propiamente ser llamados ni azules ni negros. Sin embargo, sabemos ya que un padre y una madre de ojos azules o negros los dos, no tendrán jamás un hijo con ojos negros; y por otra parte, si uno de los padres tiene los ojos negros y el otro azules, la mayor parte de la prole los tendrá negros.

En la actualidad, parece que en América los ojos azules se van haciendo con rapidez más raros y los negros van siendo más comunes. Es de gran interés descubrir las causas de este hecho y las consecuencias que pueda tener. El estudio del iris de miles de personas en diferentes lugares, y de un modo especial el estudio de la coloración de los iris de los niños, comparada con la de sus respectivos padres, no sólo puede revelarnos muchas particularidades de la ley de herencia, sino que también nos

ayudará a saber lo que está sucediendo realmente, y hasta qué punto es verdad que la extensión de los ojos azules en la población va expirando y las personas de ojos negros van sobreviviendo.

LAS PERSONAS DE OJOS AZULES QUE ESTÁN DESAPARECIENDO DEL MUNDO

Es muy probable que, si bien las personas de ojos azules parecen ser menos a propósito para la vida de las ciudades y de soportar las actuales condiciones de la existencia, es innegable, que, por otra parte, poseen valiosas cualidades, por lo que es de temer que su lenta, pero indudable desaparición del mundo, constituya gran pérdida para la humanidad, debiendo ser cuidadosamente investigadas las causas a que tal desaparición obedece y tratar de evitarla.

Ahora bien, si desde el iris penetramos en el interior del globo ocular, encontramos la hermosa lente del ojo llamada *cristalino*. Se trata de una verdadera lente, enteramente igual a la de un ordinario cristal de aumento, y también biconvexa. Como la córnea, contribuye a reunir los rayos de luz que entran en el ojo y es de una transparencia perfecta. A diferencia de todas las lentes que el hombre construye, el cristalino posee una cualidad que lo distingue de todos, la de ser elástico y cambiar de forma, según convenga.

CÓMO EL CRISTALINO ESTÁ CONTENIDO EN UN SAQUITO

El cristalino está contenido en un saquito que presenta, por todo alrededor de su borde circular, una serie de fibras de las que tiran delgadas bandas musculares, situadas dentro del ojo. Cuando por la acción de tales fibras el saco resulta estirado, el cristalino se aplana, y cuando cesa la referida acción de tales fibras, el cristalino, gracias a su elasticidad, recobra su forma primitiva.

Debido a esta facultad, podemos distinguir con claridad de lejos y de cerca. Ahora bien, todos sabemos que en una cámara ordinaria es también necesario enfocar la luz, si queremos obtener una imagen clara en la pantalla; o, si hacemos uso de una linterna mágica, es igualmente necesario enfocar, si deseamos que sobre la pantalla se forme una imagen con la limpieza suficiente. En todos estos casos y en todos los restantes en que se emplean lentes artificiales, como, por ejemplo, en el microscopio y en el telescopio, el procedimiento para enfocar es el mismo, y consiste en acercar o alejar la lente del objeto o pantalla, sobre la que queremos que caiga la imagen.

CÓMO NUESTRO OJO ENFOCA ALTERANDO LA FORMA DEL CRISTALINO

Es muy interesante saber que el procedimiento de que se vale el hombre para enfocar en todos los instrumentos ópticos que construye, es el de que se vale también el ojo. El cristalino se aproxima o aleja de la *retina*, o sea, de la membrana o pantalla de la parte posterior del ojo. Pero en todos los tipos elevados de ojo, como el nuestro, no se sigue este método. No hay medio de correr el cristalino adelante y atrás para colocarlo a la distancia conveniente del objeto que se está mirando. Su distancia de la retina es fija. El procedimiento de los ojos superiores no es alterar su posición, sino cambiar su forma. Por esta razón, el cristalino debe de ser de una elasticidad perfecta, a fin de que recobre exactamente su forma redonda, así que deja de ser aplanada dentro del saco que lo contiene.

Esto significa que la forma del globo del ojo es también muy importante. Un globo ocular puede ser alargado de delante atrás, y entonces el cristalino está lejos de la retina, o bien puede acortarse en la misma dirección, y en este caso el cristalino se encuentra más cerca de la retina. Si en ambos casos el cristalino tuviese la misma forma, no se acomodaría bien a la función visual. Así, pues, a consecuencia de la variación de la forma del globo ocular, las distintas curvaturas de la córnea y, finalmente, por la diferente convexidad del cristalino, encontramos gran número de personas cuyos ojos no están

muy adaptados a toda clase de funciones.

LA MIOPÍA O CORTEDAD DE VISTA NADA TIENE QUE VER CON LA SALUD DEL OJO

Es de grande importancia comprender, desde luego, que la miopía no es cuestión de la salud del ojo. El ojo, como todos los restantes órganos del cuerpo, puede estar sano o enfermo; pero la cuestión de que tratamos aquí, la miopía, depende tan sólo de la forma del ojo o de parte del mismo. La desviación que los rayos luminosos experimentan al atravesar un medio transparente que tenga una forma determinada, se llama *refracción*; y así se habla de « errores de refracción » al referirnos a un ojo miope, o a otro largo de vista, o a otro que presente algún defecto análogo.

Esto nada tiene que ver con la salud del ojo, ni con la del resto del cuerpo, a no ser que se corrija el defecto, pues entonces, como vamos a ver, puede llegar a resentirse la salud general. Debemos, por el momento, considerar al ojo como una especie de instrumento o aparato de óptica, y tener presente que de la forma de tal instrumento depende la desviación que experimenten los rayos de luz que lo atraviesan, como sucede en todo instrumento de óptica.

Se da con frecuencia el caso de que la córnea no presente una curvatura regular, sino que puede ser más combada en una dirección, como de lado a lado, de lo que lo es en la otra, esto es, de arriba a abajo. Esto significa que, si miramos, por ejemplo, una cruz, una parte de ella no puede ser vista con entera precisión, si lo es la otra. Por regla general, este defecto de la córnea es tan leve, que no afecta prácticamente a la visión; pero en otras ocasiones es tan marcado, que exige el uso de cristales, que sean más curvos en una dirección que en otra, más en la dirección en que la córnea lo sea menos, y menos en la que la córnea lo es más, de manera que el ligero defecto quede corregido. Este leve error de refracción no tiene la importancia de los que vamos a estudiar ahora.

POR QUÉ ALGUNAS PESONAS SE VUELVEN CORTAS DE VISTA

La miopía, o cortedad de vista, es el defecto que sobreviene a consecuencia de ser demasiado largo el diámetro antero-posterior del ojo. En este error de refracción, el foco de los rayos luminosos que entra en el ojo se forma antes de llegar a la retina; de manera que la imagen resulta algo borrosa. Algunas veces, la miopía es también debida a una curvatura exagerada de la córnea, de manera que tiene una acción excesiva de lente convexa y da lugar a que el foco se forme demasiado delante.

La cortedad de vista es un defecto muy frecuente y muy molesto. Los miopes distinguen muy bien los objetos próximos, en cambio, los lejanos los ven borrosos. La razón de este hecho y de que los miopes para leer se acerquen mucho el libro a los ojos, es que de esta manera éstos pueden recibir rayos procedentes del objeto que se mira, que de otra manera irían a parar fuera del ojo, por ser muy divergentes.

Y el motivo de recoger tales rayos divergentes es porque la divergencia impide que sean enfocados demasiado pronto; en cambio, si el objeto que se mira está lejano, los rayos que, procedentes del mismo, llegan al ojo, no son ya tan divergentes sino paralelos, por lo que fácilmente se reunen en foco, resultando éste situado demasiado cerca para un ojo que presenta un diámetro antero-posterior excesivamente largo

EL INCONVENIENTE DE SER MIOPE EN LOS JUEGOS DE LA INFANCIA

La persona corta de vista con dificultad puede reconocer a otra, encontrándose también en una gran desventaja en los juegos. Es realmente una molestia tener que usar lentes para distinguir con claridad objetos a cualquiera distancia; sin embargo, no se perjudica si no los lleva, y sus ojos están dispuestos para trabajar a cortas distancias, como leer y escribir, examinar una maquinaria, coser, y por consiguiente, las nueve décimas partes de los trabajos que hoy ejecutan las personas civilizadas. A los miopes de naci-

miento y a los que en sus primeros años fueron présbitas, esto es, largos de vista, al llegar alrededor de los treinta años se les aumenta notablemente el defecto. La mayor parte de los hombres de ciencia que se han dedicado al estudio de esta cuestión, creen conocer con seguridad la causa de este hecho; pero, desgraciadamente, no están de acuerdo.

Algunos de ellos, que no han estudiado la cuestión muy a fondo, creen que la miopía es una especie de enfermedad del ojo, debida a un trabajo excesivo del mismo, o a la falta de los convenientes cuidados durante la niñez, y otras cosas semejantes. Otros creen que es un cambio natural que inevitablemente ocurre siempre, y otros, finalmente, suponen que la miopía es tan sólo originada por el constante mirar objetos cercanos.

La verdad oscila entre las dos últimas opiniones; cada una de las cuales es probablemente cierta en parte. El ojo, como otras partes del cuerpo, va evolucionando con la edad, y, así como, dejando aparte lo que pueda ocurrir en casos especiales, al paso que la edad avanza la vista suele alargarse más; del mismo modo no hay razón alguna para creer que, en casos especiales, no pueda uno hacerse corto de vista en la juventud.

CÓMO LA MIOPÍA ES CAUSADA POR MIRAR LOS OBJETOS DEMASIADO DE CERCA

Por otra parte, es fácil probar que cuando miramos los objetos demasiado de cerca, unos músculos situados en el interior del ojo, actúan de modo que tienden a alargar el diámetro anteroposterior del ojo, esto es, a hacer el ojo miope.

La razón de explicar este asunto con detención, es que pocos se dan cuenta de su importancia y aun muchos médicos no lo han estudiado debidamente. Jóvenes entre los veinte y veinticinco años advierten que cada vez son más cortos de vista; empiezan por necesitar lentes en juegos y otras ocasiones en que no los necesitaban, y las lentes han de ser cada vez más fuertes, o bien ocurre que los padres notan que sus hijos empiezan a necesitar lentes, por ser cortos de vista, y cada dos años, poco más o menos, ha de aumentarse la intensidad de los cristales.

Entonces suelen alarmarse, si consideran que la miopía es una especie de enfermedad del ojo, y se preguntan a donde irá a parar el aumento de su cortedad de vista. Por esto hay que tener presente que la miopía no es, en modo alguno, una enfermedad; que sus progresos son naturales, y que no pasan de ciertos límites.

Mejor es considerar la miopía como una especie de adaptación a nuestras necesidades, como ocurre en la inmensa mayoría de individuos que necesitan estar mirando constantemente objetos cercanos. Para tales distancias, un ojo algo miope es lo mejor que se puede tener; resiste de una manera espléndida y no se cansa.

LOS MIOPES O CORTOS DE VISTA PUEDEN LLEGAR A SER PRÉSBITAS CON LA EDAD

A cierta edad, a los cuarenta y cinco años, o más tarde, ojos que habían sido siempre miopes, se hacen présbites o, por lo menos, disminuye su miopía. Mas para comprender la causa de este hecho, debemos volver a considerar el caso del niño.

Prácticamente, todos los niños muy pequeños son largos de vista, y algunos continúan siéndolo al adelantar en edad, hasta que empiezan a aprender a leer y a escribir. Esto no implica enfermedad alguna, como no lo implica tampoco el caso contrario, sino que significa únicamente que el ojo es demasiado corto de delante atrás o que la córnea es excesivamente plana, y así los rayos de luz no forman su foco a distancia conveniente, sino que llegan a la retina antes de haberlo formado. La retina se encuentra demasiado próxima al cristalino.

En otros tiempos, este defecto no tenía importancia, pues se vivía más la vida natural, quizás deberíamos decir que se vivía más la vida animal; en todo caso, lo cierto es que se vivía más al aire libre; y en lugar de leer libros a pocos centímetros de distancia de los

ojos, se leía en el libro de las nubes y de las montañas; el hombre se ejercitaba entonces en distinguir a sus enemigos y a las fieras a grandes distancias, y el uso de los ojos para mirar objetos a corta distancia era únicamente ocasional.

DISTINTOS USOS PARA LOS QUE LA NATURALEZA HA DISPUESTO DISTINTAS CLASES DE OJOS

Cuando se han de mirar objetos lejanos, el ojo de larga vista no experimenta fatiga alguna. Se encuentra tan bien como el ojo miope lo está en el género de vida que llevamos la mayor parte de nosotros hoy día.

Pero ha de venir el tiempo en que al decidir a qué hemos de dedicar nuestros hijos, nos preguntemos antes de decidirnos—¿para qué lo ha formado la naturaleza?—y quizás, entonces, sin dejar de atender las restantes circunstancias, meditemos dos veces antes de enviar al pupitre de un escritorio a un muchacho présbita en vez de mandarlo a bordo de un buque. Pero por el presente domina la idea de que todos los niños son iguales, que todos necesitan el mismo tratamiento y que iguales disposiciones presenta el présbita que el miope. No obstante, no podemos prescindir de procurar que de lo que hagamos con el niño, no resulte perjuicio, y, sin embargo, es muy fácil que resulte así y vamos a ver por qué.

El ojo de larga vista es, como hemos dicho, demasiado corto de delante atrás y el foco no llega a formarse, porque se formaría más allá de la retina. Ahora bien, si un ojo de esta clase se emplea en trabajos minuciosos, está en un esfuerzo constante del que fácilmente sobreviene una fatiga excesiva, porque los músculos, situados en su interior, están en todo momento en acción, a fin de alterar la forma del cristalino y conseguir que el foco se forme a distancia conveniente. De manera que el ojo présbita necesita en toda ocasión de los músculos del interior, por lo que el cansancio no tarda en sobrevenir, y toda persona présbita puede dar cuenta del dolor de cabeza que le sobreviene, después de un trabajo que un ojo miope hubiese podido llevar a cabo sin el menor esfuerzo.

IMPRUDENCIA DE OBLIGAR A LOS NIÑOS A HACER MAL USO DE LOS OJOS

En nuestra ignorancia y descuido, en cuanto a los niños respecta, y en la desatentada manera con que pretendemos educarlos, usamos de verdadera crueldad, que puede ser causa de un perjuicio irreparable, si obligamos a niños largos de vista a ejecutar trabajos para los que no están organizados sus ojos.

En todas partes pueden verse pobres niños haciendo grandes esfuerzos con la vista para leer y escribir, esfuerzos de los que no resulta ningún beneficio, sino, por el contrario, un perjuicio; pues lo que a aquellas criaturas les haría falta es un par de lentes biconvexas que hicieran converger los rayos a fin de que pudiesen formar el foco en la retina. Debemos repetir que el ojo de corto diámetro es el largo de vista, y el de diámetro largo es el de vista corta o miope.

Hoy se empieza a reconocer la importancia de estas cuestiones y a pensar que antes de mandar al niño a la escuela, debe ponérsele en condiciones de aprender; y es de esperar que antes de muchos años no se dará ya el caso de que un niño présbite resulte perjudicado por la falta de lentes, cuyo coste es insignificante. El alivio que el uso de los cristales adecuados procura es sorprendente.

Como podemos fácilmente comprender, los cristales para los cortos de vista son lentes bicóncavas, y lentes biconvexas son las que convienen a los présbitas o de larga vista.

Con la edad, el ojo se hace cada vez más présbita, y este cambio tiene lugar principalmente pasados los cuarenta y cinco años; si la persona es miope disminuye entonces su miopía. Si consideramos las necesidades de la vida moderna no nos será difícil reconocer que el miope está en mejores condiciones para vencerlas que el présbite, aunque a primera vista no parezca así.

EL CRISTALINO QUE PIERDE LA ELASTICIDAD OCASIONANDO LA VISTA LARGA

La vista larga de las personas de edad es principalmente debida a cambios sufridos por el cristalino. Su elasticidad, cualidad importantísima, disminuye; y así la lente no se arquea cuando cesa de aplanarla la tensión del saco que la contiene, como había sucedido siempre, y el cristalino queda permanentemente plano. En la extrema vejez, éste pierde su elasticidad hasta el punto de no cambiar ya de forma ni poco ni mucho.

La primera señal de que este cambio va a tener lugar es que la persona empieza a leer difícilmente a una luz débil. En este caso es mucho mejor atender desde luego a la alteración y usar los cristales convenientes, que no tratar de luchar con ella; pues este empeño no produce beneficio alguno, sino que de él puede resultar, y resulta, el mismo perjuicio que el irrogado al niño, que se « educa » sin los cristales que por su larga vista necesita. Lo mismo ocurre, pues, en el presente caso; por lo cual hay que recurrir al instante a los cristales convenientes, y usarlos sin reparar en la opinión equivocada que supone que su uso es un signo de dolencia o debilidad, y que, por tanto, debe lucharse contra la necesidad de llevarlos.

Ahora bien, es necesario luchar contra la debilidad y nada hay que esperar de personas que no se decidan a esta lucha; pero, si consideramos bien la cuestión, veremos que la debilidad está en tener la vanidad o el descuido de querer prescindir de los cristales. De todos los males que afligen a la humanidad, pocos hay cuyo remedio sea tan fácil, seguro, cómodo y barato, que el de los llamados errores de refracción, que sucintamente acabamos de estudiar.

CÓMO MUCHOS GRANDES HOMBRES DEL PASADO SE VOLVIERON CIEGOS

En la vejez, y, en ocasiones, antes de ella, el cristalino se hace opaco. Esta desgracia, como hemos dicho ya, ocurre principalmente en la vejez, pero existe una forma del mismo mal que sobreviene en la infancia y que se sabe ocurre y se transmite con toda regularidad de padres a hijos. La opacidad del cristalino ha recibido el nombre de *catarata;* su consecuencia es la ceguera y tiempo hubo, y no muy lejano, en que no se conocía remedio para tan terrible aflicción.

Sabemos que muchos hombres eminentes de la antigüedad fueron ciegos en su vejez, siendo debida la ceguera, en muchos casos, a cataratas. En la actualidad, la ciencia ha vencido semejante calamidad, gracias a los que han estudiado la estructura del ojo y gracias a Pasteur y a Lord Lister, que nos han enseñado a tener las heridas libres de microbios, para que así puedan cerrarse rápida y certeramente y sin dolor; así que hoy es posible practicar un corte en la superficie del ojo y otro corte en el saco que contiene el cristalino y extraerlo por ambos cortes, apareciendo en la mano del cirujano como una lentejuela de cristal deslustrado.

Esta operación puede practicarse en los dos ojos, si bien basta practicarla en uno solo para obtener un resultado espléndido, pudiéndose practicar con facilidad y sin dolor para el paciente. Con ella desaparece el obstáculo que se oponía al paso de la luz, y ésta puede llegar ampliamente a la retina; pero los rayos no forman foco y los objetos no se distinguen con claridad.

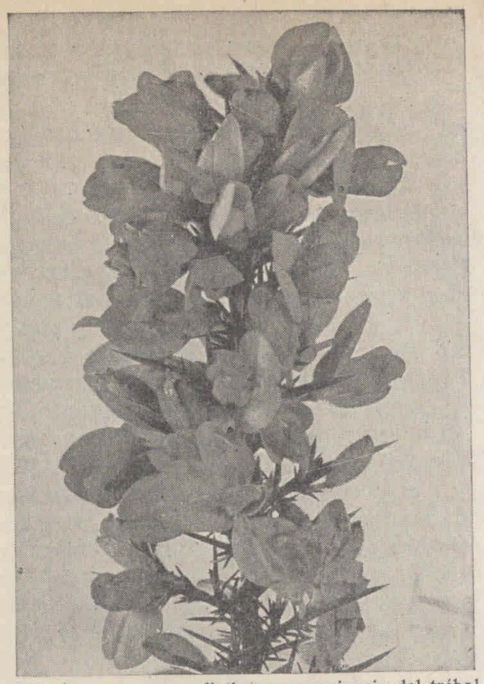
CÓMO LA CIENCIA PUEDE DAR VISTA AL CIEGO

Este inconveniente se obvia con el uso de lentes fuertemente convexas, que reemplacen al cristalino extraído. Pocas operaciones tan sencillas y seguras producen tan inmensos beneficios, y valdría la pena de estudiar el ojo, aunque no fuera sino para dar con esta operación vista al ciego, como ocurre con mucha frecuencia en todos los países civilizados.





Pocas personas entre las que no han estudiado botánica adivinarían que el trébol blanco, aquí representado, pertenece a la misma familia de plantas que el guisante.



El tojo europeo, tan distinto en apariencia del trébol blanco y del guisante, es otro miembro de la misma familia, a la cual pertenecen cerca de siete mil plantas diferentes.



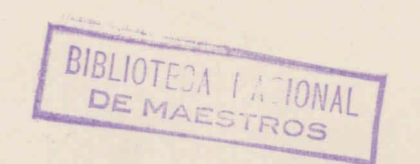
La familia de las margaritas o mayas, llamada también de las Compuestas, es la más numerosa del reino vegetal. A ella pertenecen diez mil especies distintas, entre las que se cuentan los cardos, el diente de león y la achicoria.

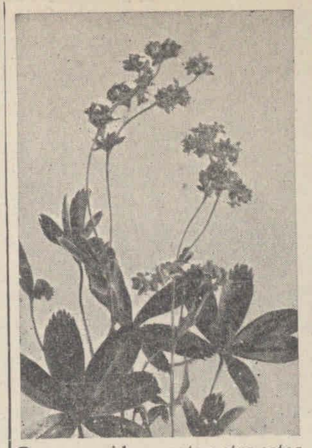


He aquí la berza o col silvestre. Representa la familia de las coles, a la que pertenecen las distintas especies de berros, el lepidio o mastuerzo, la hierba pastel o glasto, que suministró tinte azul en otros tiempos, el rábano, la mostaza, etc.



Las flores parecen devolver al aire, descompuesta en brillantísimos colores, la luz que el sol envía a la tierra pródigamente.


BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS





Poco parecido se nota entre estas tres especies de flores, y, no obstante, pertenecen todas a la misma familia: la de las rosas. A la izquierda vemos la alquímila o pie de león; en el centro, flores de cerezo silvestre, y de zarza común al lado derecho.

FAMILIAS DE LAS PLANTAS

MUY interesante sería conocer las distintas especies de flores, pero son tan numerosas, que no deja de ofrecer alguna dificultad su estudio. En la América septentrional, por ejemplo, hay unas 2.000 clases de árboles, arbustos y flores silvestres; más variada y rica es todavía la vegetación en la América del Sur, y si recorriéramos toda la superficie de nuestro planeta, hallaríamos que pasan de 100.000 las diversas especies de plantas. Si tan variadas son las flores del bosque o de la pradera, ¿de qué medio nos valdremos para conocer sus nombres? Difícil tarea sería, en verdad, si los botánicos no nos la hubieran facilitado con sus pacientes esfuerzos.

Primeramente descubrieron que ciertas plantas, entre las cuales se notaban grandes diferencias de tamaño, costumbres, forma de las hojas o color de las flores, coincidían en la disposición de éstas, o en la estructura de sus frutos.

Los botánicos han notado, pues, estas semejanzas de familia, y por medio de ellas han podido clasificar los miles y miles de plantas en reducidos grupos. Gracias a su labor, en lugar de buscar el nombre de una flor en el catálogo general de plantas, averiguaremos primero, examinando su estructura, a qué familia pertenece, y entre los miembros que la componen miraremos cuál es el que mayor parecido guarda con el ejemplar de nuestro caso.

En la historia de la vida de los animales vimos que éstos se clasifican en grupos, a causa de la semejanza que entre sí ofrecen.

Si por las calles encontramos un galgo, y más allá un mastín, y luego un podenco, un perro de aguas o de Terranova, conocemos todos tan perfectamente su estructura general que, sin vacilación alguna, afirmaremos que son perros. Y si visitamos la colección de un parque zoológico y vemos un lobo, adivinaremos al instante que pertenece a la misma familia.

Lo mismo podemos decir de los gatos negros, atigrados, de Angora, de China, etc. Al ver en la jaula un león o un tigre, no nos queda duda de que estamos en presencia de un individuo de la raza felina, esto es, de los gatos, sólo que es algo más feroz que los que solemos acariciar en casa.

Análoga regla puede aplicarse a todos los seres vivientes, sean animales o plantas, y el descubrimiento de esas relaciones de familia ha simplificado en gran manera la materia.

Lo que deberíamos hacer en primer lugar, es adquirir una idea general de los rasgos más salientes que caracterizan a esas familias. Supongamos que nuestro país tiene unas 2.000 plantas silvestres, las cuales están divididas en un centenar de familias aproximadamente: agradable pasatiempo será para nosotros averiguar a qué grupo pertenecen las lindas flores que hemos cogido durante un paseo por el campo.

La bella zarza-rosa, flor del escaramujo o rosal silvestre, cuyo nombre científico es *Rosa canina*, muy común en los montes, setos o vallados de ciertas regiones, luce sus flores blancas o de un rosa delicado al llegar el estío. Cada una de ellas está formada por un botoncito verde del tamaño de un guisante; su parte superior contiene cinco hojas verdes de áspera superficie, encima de las cuales se abren los anchos pétalos, blancos como la nieve o levemente matizados de rosa, también en número de cinco. Destacándose sobre los extremos estrechos de los pétalos, forman anillo una especie de alfileres verdes, con la cabecita amarilla, y en el centro se descubre un diminuto racimo de pelusilla de color verdoso.

El botoncito verde se llama el *receptáculo*, dentro del cual hay las bolsitas que contienen el germen de la semilla. Marchita ya la flor, aumenta el tamaño del receptáculo y adquiere forma ovalada y hermoso color rojo, que tan lindo efecto produce en otoño, resaltando sobre el follaje de los setos. Las cinco hojas verdes de áspera superficie son los *sépalos*, y su conjunto constituye el cáliz. Se llama *corola* a los cinco pétalos reunidos. Los alfileres de cabecita amarilla son los *estambres*, y los hililIos que forman la pelusilla los *pistilos*.

LA FAMILIA DE LAS ROSAS

Si cogiéramos una flor de manzano y otras de ciruelo, cerezo, oxiacanta o espino albar, endrino, zarza, mostajo, fresa y ulmaria, o barba de cabra, notaríamos inmediatamente que, a pesar de algunas pequeñas diferencias, presentan igual estructura. Entre las plantas que producen esas flores existe muy poca semejanza: unas son árboles, otras arbustos y algunas hierbas insignificantes, pero siendo del mismo tipo las flores, están todas incluídas en la gran familia de las rosas.

Existen numerosas ramas en ella, caracterizadas por su fruto o semilla. La manzana, la pera, el mostajo y otras rosáceas parecidas, tienen varias semillas de viscosa superficie, que llamamos pepitas, colocadas en cinco bolsitas coriáceas que hay en el interior de la fruta, y están rodeadas de carne firme y jugosa. La cereza, la ciruela y la endrina poseen únicamente una semilla de gran tamaño, contenida en el hueso, el cual está cubierto de dulce y jugosa pulpa. En la fresa vemos que el mismo receptáculo se convierte en pulpa y produce sus semillas en la superficie; la mora y la frambuesa envuelven, por el contrario, cada una de sus semillas en un glóbulo separado y lleno de jugo. Algunas plantas pertenecientes a la familia de las rosas, como la cincoenrama, la potentila y la agrimonia, producen flores amarillas, por lo que algunas personas las creen botones de oro o ranúnculos, pero si las comparamos con ellos notaremos inmediatamente la diferencia. De este modo, estudiando las flores y hierbas más conocidas, nos formaremos idea cabal de lo que se entiende por una familia de plantas.

LA FAMILIA DE LAS AMAPOLAS

Es esta familia muy reducida, de manera que con facilidad podemos conocer a todos sus miembros. Sus flores presentan siempre forma regular, y tienen tan sólo dos sépalos y cuatro pétalos. Los primeros van desapareciendo a medida que los arrugados pétalos salen de su envoltura para lucir al sol sus brillantes colores. Muy numerosos son los esbeltos estambres, pero todos se caen, como los pétalos, después de fertilizados los gérmenes de la semilla en el pistilo, que es muy grande. Éste, en las verdaderas amapolas, consiste en un botón redondo o en forma de maza, protegido por una

especie de techo inclinado, en el cual las líneas que desde el centro van hasta los bordes, son los estigmas. En la celidonia doble y en la amapola de oro, que da preciosas flores amarillas, el pistilo es más delgado, y se prolonga todavía al desaparecer los pétalos; y en esta última planta se convierte en una vaina encorvada, la cual llega a medir 30 centímetros de longitud. Esta vaina, conteniendo la semilla, es el fruto, empleándose el de las adormideras en varios usos.

LA FAMILIA DE LOS RANÚNCULOS O BOTONES DE ORO

No sólo incluye esta familia las plantas cuyas flores están abiertas como lindas tacitas, tales como los ranúnculos, sino también algunas de forma tan singular como la espuela de caballero o delfinio y la aguileña, llamada también pajarilla. Todas ellas poseen cinco sépalos, otros tantos pétalos y varios estambres y pistilos. Estos últimos terminan en un diminuto punto.

LA FAMILIA DE LAS CRUCÍFERAS

La col, el berro, el alhelí, la mostaza, el rábano, el nabo, y una multitud de hierbajos que crecen en el campo o en los setos, son los que componen la numerosa familia de las crucíferas, así llamada porque las flores de estas plantas poseen todas cuatro sépalos y otros tantos pétalos, colocados en forma de cruz. La distinguiremos, al instante, si examinamos una flor de alhelí, por ejemplo; y en adelante no confundiremos ya más los miembros de esta familia con los de otra ninguna.

Poseen estas flores seis estambres únicamente, y algunas veces menos, dos de los cuales son más chicos que los restantes, y tienen sólo un pistilo, que se convierte en una vaina larga y delgada, la cual se abre generalmente por los lados, a fin de esparcir una o ambas hileras de semillas.

Según hemos dicho, gran número de las plantas de las más comunes pertenecen a esta familia.

No suele ser muy vistosa su apariencia, excepto en contados ejemplares.

LA FAMILIA DE LAS VIOLETAS

Con gran facilidad reconoceremos a los miembros de esta familia, porque sus flores son irregulares, es decir, todos sus pétalos no ofrecen la misma forma ni tamaño. Poseen cinco sépalos, otros tantos pétalos y estambres y un solo pistilo. La violeta y el pensamiento son flores muy conocidas, de manera que sin dificultad podremos seguir su descripción. Uno de los pétalos es de mayor tamaño que los demás, lo cual sucede con el de la parte superior, pero como el tallo de la flor se inclina siempre, aparece como si fuera el inferior. Por detrás continúa este pétalo formando una especie de espuela, o cola vacía, que guarda la provisión de néctar para atraer a los insectos. De los cinco estambres, dos están asimismo provistos de cola, la cual se extiende hasta penetrar en dicha espuela, y todos ellos terminan en puntitas planas, que rodean al pistilo, formando un estrecho círculo. El estigma consiste simplemente en un botoncito vacío.

LA FAMILIA DE LOS CLAVELES

Más numerosa que la anterior es la familia de los claveles, la cual, además de sus flores de mil variados matices, posee el clavel doble y el dianto, llamado también clavel barbado. Pertenecen asimismo a esta familia multitud de flores silvestres, tales como el cucubalo, la colleja, la cizaña, la camomila y el álsine. Todas estas plantas tienen sus hojas dispuestas de dos en dos, y a veces los extremos inferiores de uno de estos pares se juntan alrededor del tallo. Las flores son siempre regulares; poseen cuatro o cinco sépalos y otros tantos pétalos, y doble número de estambres. El pistilo termina en dos estigmas, y a veces más, hasta llegar a cinco. En el cucubalo y clavel vemos unidos los sépalos, de manera que forman un rígido cáliz de forma tubular, pero el álsine y la camomila los tienen separados. La vaina que contiene la semilla aparece larga y cilíndrica, con su extremo superior muy recortado, o bien pequeña y de forma redondeada.

LA FAMILIA DE LOS HIPÉRICOS O CORAZONCILLOS

Existe una especie de flor, semejante a una rosa, cuyas grandes corolas amarillas adornan multitud de jardines, aunque se encuentra también silvestre en ciertas regiones. Pertenece a la familia de los hipéricos o corazoncillos, como otras numerosas flores de los campos. La mayor parte de estas plantas crecen muy erguidas, sus tallos son esbeltos y poseen hojas de lisa superficie y forma ovalada, colocadas de dos en dos. Sus flores son amarillas; tienen cinco sépalos y otros tantos pétalos, gran número de estambres, dispuestos en manojitos separados, y un solo pistilo, que termina en tres o en cinco estigmas. Si las examinamos al trasluz, veremos que algunas de esas plantas presentan unos puntitos en las hojas, como si las hubieran agujereado con alfileres, mientras otras tienen en el borde de los sépalos, de los pétalos o de las hojas, unas líneas y puntitos negros, formando relieve. El hipérico o corazoncillo de los pantanos, que crece en lugares húmedos y arrastra por el suelo sus tallos, tiene las hojas redondas y cubiertas de suave pelusilla.

LA FAMILIA DE LOS GERANIOS

Aunque en ella están incluídos los grandes geranios de brillantes matices, que vemos en los jardines y glorietas, como regla general tienen las plantas silvestres pertenecientes a esta familia muy diminutas flores. Éstas son lindísimas, a la verdad, así como las hojas que las acompañan. Excepción hecha de la balsamina silvestre, todas estas plantas poseen flores regulares. La acedera, que crece comúnmente en las márgenes de los arroyos, es planta silvestre muy abundante en los bosques durante la primavera, y se cuenta entre los miembros más conocidos de esta familia. Las flores de estas plantas poseen cinco sépalos y otros tantos pétalos; los estambres suelen ser en número de diez, y el pistilo termina en un grueso estilo, el cual se divide en su parte superior formando cinco estigmas. Las plantas de flores regulares tienen los pétalos adornados de cinco fajas, las cuales alcanzan hasta las glándulas que segregan el néctar. Todas ellas están dotadas de singulares vainas para la semilla, de tal modo dispuestas, que esta última, al llegar a sazón, es arrojada a gran distancia de la planta que la produce.

LA FAMILIA DE LOS GUISANTES

Muy numerosa es esta familia, en la cual quedan incluídos el tojo, la hiniesta, la retama, el algarrobo, la alfalfa o mielga y el trébol. La mayor parte de estas plantas tienen las hojas divididas en tres o más hojuelas, y las flores son siempre irregulares y de forma algo singular. Los cinco sépalos aparecen unidos, y en cuanto a los pétalos, en número de cinco también, uno de ellos, llamado el estandarte, es mucho más grande que los demás; dos de los otros se designan con el nombre de alas, y los dos restantes, que son los más pequeños, forman la quilla.

Estos últimos presentan con frecuencia los bordes unidos; entre ellos se encuentran los diez estambres y el largo y encorvado pistilo, cuya porción más gruesa, llamada *ovario*, se convierte en la prolongada vaina, tan familiar a todo el mundo en los guisantes propiamente dichos. Pero estas vainas no presentan siempre la forma recta que vemos en el tojo, en las habas y en los mismos guisantes. Las distintas especies de trébol la tienen corta, la de algunas clases de alfalfa es encorvada en forma de hoz, y en otras plantas de la misma especie aparece replegada sobre sí misma como la concha de un caracol.

Además de las algarrobas y todas las variedades del trébol, pertenecen a esta familia las habas, las habichuelas, los garbanzos, la planta llamada detienebuey o rémora de arado, y otras muchas.

LA FAMILIA DE LAS SAXÍFRAGAS

He aquí otra extensa familia. En general sus flores son chicas, pero muy lindas. Tienen cuatro o cinco sépalos, que se juntan formando un cáliz tubular,

del cual emergen los cinco pétalos. Los estambres son en número de cinco a diez, y poseen también estas flores un ovario con dos o cuatro estigmas.

Las saxífragas propiamente dichas son unas plantas muy pulcras y diminutas, que suelen crecer en las vertientes de las montañas, pero algunas de las cuales se han trasplantado al jardín, donde se cultivan, como el clavel barbado, por ejemplo. Las saxífragas amarillas, que se encuentran en los pantanos o en las orillas de arroyos y ríos, producen flores muy pequeñas y desprovistas de pétalos, pero como los sépalos y las hojas adyacentes aparecen matizadas de hermoso color dorado, es verdaderamente preciosa esta planta.

La hierba del Parnaso produce una sola flor, blanca y de gran tamaño. Entre sus cinco estambres tiene otras tantas anchas escamas, provistas de una franja de pelillos nudosos. A la misma familia pertenecen las distintas especies de grosellas, de color rojo o negro, que se encuentran entre los matorrales principalmente, o en los bosques de las regiones septentrionales, y también la uva espín o crespa.

LA FAMILIA DEL PEREJIL

Sin duda es ésta una de las más numerosas, y con facilidad reconoceremos casi siempre a los miembros que la componen. Sus flores son muy menudas, pero abundantes, y están dispuestas en delgados tallos que irradian, como las varillas de un paraguas, del extremo del tallo principal.

Si el viento volviera del revés nuestro paraguas, arrebatando la seda o alpaca que lo cubre, la armazón presentaría el mismo aspecto que un grupo de esas flores: el tallo principal, bastante grueso, sería el mango, y los que sostienen las flores, muy delgados, representarían las varillas.

En muchos casos necesitamos el auxilio del microscopio, o una lente de aumento, para apreciar en todos sus detalles la estructura de esas flores. Su cáliz es muy sencillo, con los bordes delicadamente recortados a veces, para mostrar que se compone de cinco sépalos unidos. Los pétalos son cinco también, pequeñísimos y en forma de corazón, blancos o amarillos, menos en el eringe marítimo, que son de un tono azulado. Poseen también estas flores cinco estambres encorvados y un lindo pistilo con dos estigmas. Algunas de estas plantas, como la cicuta y el acónito, son en extremo venenosas, en tanto que otras prestan grandes servicios como alimento o condimento. Entre las útiles figuran la zanahoria, la chirivía, el apio, el perejil, el hinojo marino y la alcaravea.

FAMILIA DE LAS COMPUESTAS

Más cuantiosa que las familias de que hemos hablado es la de las margaritas, llamada también de las Compuestas, porque las flores de estas plantas aparecen apiñadas en gran número, formando un manojo. Los hay que cuentan hasta 250 florecillas, de dos formas distintas: las que constituyen la hilera exterior tienen la corola blanca, en forma de lengüeta, y en las de la parte interior es amarilla y en forma de tubo. Si dividimos por la mitad uno de estos manojitos, nos daremos cuenta de esta diferencia y comprenderemos por qué razón se llaman compuestas estas flores y la familia a que pertenecen. Sin embargo, no todos los miembros son exactamente iguales a las flores que acabamos de describir; los hay, como el diente de león o amargón, el tanaceto y el cardo, que presentan únicamente corolas tubulares.

Además de las plantas ya nombradas incluye esta familia, entre otras muchas, los asteres, el ajenjo, el tusílago, la hierba cana, la achicoria, la escarola, la lechuga, la cerraja y la barba cabruna. Y entre las flores compuestas de los jardines se cuentan el girasol, el crisantemo y la dalia.

ALGUNAS OTRAS FAMILIAS

Existen tantas familias de plantas, que es imposible describirlas aquí todas. Mencionaremos tan sólo la de las campánulas, de la cual son miembros el

jacinto de los prados, la lobelia y la escabiosa, entre otras flores; la de los géneros *Erica* y *Calluna*, que comprende, además de la erica cinérea y de la caluna vulgar, el arándano, el mirtilo, el madroño, etc.

La familia de las primaveras posee, además de las flores de este nombre, las prímulas y velloritas, sin contar la hierba pajarera, tan conocida. A la familia de las gencianas pertenece la hermosa flor azul así denominada, y además la centaura o centáurea, el trébol de pantano y la hierba llamada clora. La familia de la borraja debe su nombre a esta planta, cuyas flores son de un precioso matiz azul; pertenecen a la misma la buglosa o lengua de buey, la pulmonaria oficinal, la miosota o no-me-olvides y la cinoglosa o lengua de perro.

Además de las mencionadas, existen muchísimas otras familias de plantas, entre ellas, la de las solanáceas, como la patata, el tabaco, el tomate, la hierba mora, etc.; la de las escrofulariáceas, como la escrofularia, la algarabía y el gordolobo; la de las labiadas, como la hierbabuena o menta, el espliego y el orégano; la de las orquídeas; la de las liliáceas, como el tulipán, la azucena, el ajo, la cebolla y el espárrago; la de las amarilídeas, como el nardo, la flor de lis y el narciso; etc., etc.

Más adelante estudiaremos algunas de ellas.





¿TIENEN VISTA DE AUMENTO LOS CABALLOS?

HAY quien dice que si los caballos obedecen al hombre, que es mucho menor que ellos, es porque su vista aumenta los objetos, y esto hace que nos vean de tamaño mucho mayor del que en realidad tenemos. Pero la mayoría de la gente no cree semejante cosa.

En primer lugar, si los ojos del caballo amplificasen los objetos, verían todas las cosas amplificadas en la misma proporción, de suerte que los hombres seguirían pareciéndoles mucho más pequeños que los otros caballos que viesen. Los caballos, por otra parte, no se guían meramente por la vista para apreciar el tamaño, sino que, a semejanza de nosotros, conocen por el tacto y el oído que somos más pequeños que ellos.

Pero, fuera de que, aun siendo así, el caballo no se dejaría engañar por las apariencias, los ojos del caballo no amplifican las imágenes. Para que el ojo pueda amplificar las imágenes, se requiere que contemple los objetos a una distancia muy corta, y es muy probable que ciertos animalillos posean esta clase de ojos que tienen gran semejanza con los microscopios.

Pero no es posible que ningún ojo pueda amplificar las imágenes de los objetos mirados a distancia, porque esto no pueden hacerlo ni los mismos telescopios, los cuales sólo hacen que veamos las imágenes de los objetos menos pequeñas de lo que nos parecerían si las mirásemos a simple vista. Los ojos de los caballos, a semejanza de los nuestros, ven pequeñas imágenes de los objetos más voluminosos, tales como el sol, por ejemplo, retratadas en sus retinas; y si ellos nos obedecen es porque tenemos mucha más inteligencia, y la inteligencia manda siempre.

¿PODEMOS EMBELLECERNOS?

Hay muchas clases de bellezas: unas que perduran y otras que pronto se malogran. Poco podemos influir sobre la belleza que pudiéramos llamar transitoria, pues depende de nuestro nacimiento y fortuna; pero algo podemos hacer, sin embargo, llevando una vida morigerada y metódica, no excediéndonos en el comer y menos en el beber, respirando aires puros el mayor tiempo posible y procurando mantener nuestra piel limpia y que los músculos de la cara conserven su vigor natural, mediante un prudente ejercicio. Todo esto es bueno que lo hagamos, ya por ello en sí, ya por los efectos que ejerce sobre nuestra apariencia exterior.

Pero existe otra clase de belleza mucho más trascendental e importante, e ilimitada, que podemos nosotros mismos procurarnos, si somos bastante sabios para ello; y esta belleza es la de un alma inocente que brilla a través del semblante, como la luz del interior de una casa a través de sus ventanas en una noche oscura. Dando sólo acogida a los buenos pensamientos, reprimiendo nuestro cáracter y perseverando firmemente en nuestros propósitos, podemos grabar

en nuestros rostros la historia de lo que han sido nuestras vidas. Todos los estados del ánimo influyen en la expresión de la faz, y, andando el tiempo, los sentimientos que más frecuentemente hemos experimentado van trazando en nuestros rostros ciertas líneas indelebles que hacen que los niños se acerquen con cariño a unas personas y huyan de otras con pavor. En nuestras manos, pues, está, el labrar nuestra belleza o fealdad en el único sentido verdaderamente importante.

¿POR QUÉ SE HA AGLOMERADO LA ARENA EN LAS ORILLAS DEL MAR?

Las arenas que vemos en las orillas del mar y en otros muchos lugares, están formadas de uno de los elementos más comunes del mundo, conocido con el nombre de silicio. El silicio ocupa en el mundo que ya ha muerto el mismo lugar que el carbono en el que vive aún. Son dos elementos muy semejantes; y ambos se combinan con el oxígeno para formar compuestos denominados óxidos, que, cuando se trata del carbono, es el ácido carbónico, y cuando del silicio, las arenas del mar. Adopta también otras formas muy diversas.

Hace ya muchos siglos, cuando la temperatura de la tierra era muy superior a la actual, formóse su corteza gracias a la solidificación de ciertos cuerpos, siendo tal vez el hecho más importante de aquella remota época que el elemento silicio hubo de quemarse todo, combinándose con el oxígeno, cuya abundancia era entonces extraordinaria. El nombre vulgar del compuesto que forman el silicio y el oxígeno, es sílice. La formación de la sílice, mediante la combinación del silicio y del oxígeno, fué el primer paso dado hacia la arena de los mares.

Ahora bien, una buena porción de esta sílice, formada de granitos muy pequeños, aglutinóse, merced a la intervención de otras substancias más blandas, formando la piedra llamada arenisca; y cuando esta clase de tierra se halla sometida a la acción del agua y del viento, se desmorona, formando esos granos de tan diversos tamaños que constituyen la arena, y que, como acabamos de ver, no es otra cosa que silicio quemado. Una capa no muy profunda de él contiene tanto oxígeno como todo el aire que gravita sobre ella.

¿CÓMO PUEDE CONFECCIONARSE UN DIARIO POR UNOS POCOS CENTAVOS?

Si sólo hubiera de hacerse un único ejemplar de un diario, costaría centenares de miles de pesos. Y, si cada cosa que su confección exige hubiera de hacerse expresamente, sería preciso gastar muchos millones en ferrocarriles. cables, buques, telégrafos, teléfonos, minas de donde extraer el hierro de la maquinaria, y otras muchas cosas más. Pero el hecho de existir ya todas estas cosas y prestar otros muchos servicios además, nos permite obtener un diario a un precio tan reducido.

Pero, aun concediendo que todas estas cosas ya existan, y aun convencidos de que un simple diario es realmente el producto y la síntesis de toda una civilización, todavía sería imposible hacer un solo ejemplar de un diario por unos cuantos centavos. Esta ridícula suma no alcanzaría a cubrir el gasto que supone el imprimirlo y los honorarios de los gacetilleros y articulistas.

Pero si un millón de personas, o siquiera algunos centenares de miles de ellas, adquieren el periódico, entonces la cantidad de centavos que de esta suerte se acumulan permite su tirada. El imprimir un solo ejemplar del diario costaría centenares de millones de pesos, si se imprimiera como dijimos al principio; pero la impresión de otro número más sólo costaría algunos centavos, y ya está revelado el secreto. El mero hecho de ir sacando nuevas copias de un mismo ejemplar, cuesta mucho menos de lo que pagamos por ellas; de suerte, que si un gran número de personas adquieren el diario, las pequeñas ganancias que se van obteniendo en la venta de cada ejemplar, cubren juntas los gastos de la edición, y aun dejan algún beneficio.

¿EXISTEN DOS COSAS EXACTAMENTE IGUALES EN EL MUNDO?

Es esta una pregunta que ha sido formulada a menudo por personas muy

cultas y que por fin creemos poder contestar de un modo satisfactorio. Si queremos hallar cosas exactamente iguales, preciso nos será descender hasta las más sencillas. Jamás encontraremos dos religiones, ni dos hombres, ni dos animales, ni aun siquiera dos plantas, exactamente iguales. Hasta los seres vivientes más sencillos es probable que sean demasiado complicados para que exista una perfecta igualdad entre dos cualesquiera de ellos. Debemos, pues, prescindir del mundo de la vida, si queremos encontrar una similitud absoluta.

En el mundo inanimado tenemos muchas más probabilidades de hallar lo que buscamos. Dos cristales de una misma substancia pueden ser completamente semejantes, ateniéndonos a lo que nuestros medios de apreciar las cosas nos dicen; pero, si nos fuese posible afinar más y más estos medios, hallaríamos probablemente pequeñas diferencias. Mucho más iguales deben de ser los átomos de cualquier elemento, aunque el estudio del radio nos ha dado a conocer que los átomos de los diversos elementos pueden ser viejos o jóvenes, y diferir, por consiguiente, entre sí.

Sólo se hallará una perfecta semejanza descendiendo hasta los electrones, o «corpúsculos negativos», que constituyen los átomos de todos los cuerpos. Estos son, al parecer, exactamente iguales por todos conceptos y en todas las épocas, cualquiera que sea su procedencia atómica.

¿LLORAN ALGUNA VEZ LOS PERROS Y LOS GATOS?

Los perros y los gatos tienen con mucha frecuencia motivos más que sobrados para llorar amargamente, y, sin embargo, jamás vemos ejecutar a estos animales ningún acto que pueda ser con propiedad calificado de llanto. Poseen glándulas lagrimales, lo mismo que nosotros, porque las partes anteriores de los globos de sus ojos necesitan conservarse limpias y húmedas, lo mismo que las nuestras; y hasta es posible que dichas glándulas produzcan las lágrimas con mayor abundancia y rapidez en unas ocasiones que en otras; pero no por esto podemos decir que los perros y los gatos lloran.

Sería cosa interesante estudiar las especies de animales que más se aproximan al hombre y ver si existe el llanto entre ellas. Los animales más cercanos a nosotros son los monos, entre los cuales existen cuatro especies que se aproximan a nosotros mucho más que las otras. No cabe duda alguna de que ríen y hacen muecas, pero ninguno de ellos llora; el hombre es el único ser que tiene esta propiedad, sin que nadie sea capaz hasta ahora de explicarnos el por qué.

¿NOS VEMOS A NOSOTROS MISMOS EN SUEÑOS?

No existe razón alguna para que no nos veamos en sueños, y por eso no son pocas las personas que en ellos se ven. La mayoría de los sueños son visuales, es decir, que afectan principalmente a la vista. Con frecuencia vemos en ellos a las personas ejecutar diversos actos, y sólo raras veces las oímos; y es porque la porción de nuestro cerebro que preside las funciones de la vista es mucho más importante, y ha sufrido una excitación mucho mayor durante la vigilia.

Cuando nuestra atención se ha reconcentrado mucho más especialmente sobre nosotros mismos durante la vigilia, es más probable que nos veamos durante el sueño. Si nos ha ocurrido algo y nos han mirado con insistencia; si hemos estado cantando o representando, o hablando, o leyendo; y si hemos estado pensando en nuestra propia actitud cuando la gente nos miraba, o nos hemos estado mirando en un espejo o contemplando algún retrato nuestro, es muy probable que nos sigamos viendo durante el sueño.

¿POR QUÉ EXPERIMENTAMOS CIERTA EXCITACIÓN, CUANDO SENTIMOS PLACER?

El placer es un estado de emoción o sentimiento. Estos estados pueden ser clasificados en dos grupos: unos que nos causan placer y otros que nos producen dolor. Todos los estados de sentimiento o emoción que pueden ser clasificados, cualquiera que sea su intensidad, en el grupo segundo, tienden a deprimirnos y

reducen nuestra actividad. Un hombre herido de súbito por una terrible desgracia puede permanecer hecho una momia y privado de movimiento durante horas enteras. El dolor y la aflicción debilitan la intensidad de la vida.

Por el contrario, las sensaciones que nos producen placer la estimulan; y así como las otras debilitan nuestra actividad, éstas la excitan. El hombre feliz siente necesidad de saltar, y bailar y gritar y arrojar al aire el sombrero. Estos estímulos se manifiestan más especialmente en los niños, por la sencilla razón de que éstos dan rienda suelta a sus sentimientos, en tanto que los hombres los refrenan; pero ambos experimentan idénticos impulsos.

¿POR QUÉ NO CHOCAN LOS MUNDOS EN SUS GIROS A TRAVÉS DE LOS ESPACIOS?

Es muy cierto, a juzgar por lo que la apariencia nos enseña, que los mundos no chocan entre sí. No hay noticia de que haya acontecido ningún choque en el sistema planetario desde que los mortales fijaron en él su atención. Hemos descubierto que los cuerpos celestes se mantienen en equilibrio en el espacio en virtud de las leyes de la gravitación universal, obrando de consuno las del movimiento. Sin embargo, no cabe duda alguna de que el sistema planetario no fué siempre lo que es hoy, ni de que va cambiando sin cesar, de suerte que las colisiones no son en absoluto imposibles.

En todos los lugares del cielo existen estrellas dobles, las cuales debieron formarse a consecuencia de choques.

Otra cuestión importantísima, cuya explicación es posible que dé la clave de muchos hechos, es lo que ocurre cuando una estrella penetra en una nebulosa, fenómeno que debe repetirse con frecuencia. Recientemente se ha asegurado que estamos en la actualidad viendo ejemplos de nuevas estrellas que se encienden, por decirlo así, en el cielo, después de formarse a consecuencia de ciertas colisiones.

¿POR QUÉ ES EL CIELO MÁS AZUL EN UNOS PAÍSES QUE EN OTROS?

El color azul del cielo es debido a que ciertas partículas muy pequeñas que flotan en el aire se apoderan de las diminutas ondas que producen los rayos azules de la luz solar, y nos las envían a nuestros ojos. A no ser por esto, el cielo sería oscuro.

En las regiones próximas al Ecuador los rayos del sol inciden sobra la tierra más normalmente, y poseen, por tanto, mayor brillo. Esto quiere decir que la cantidad de rayos solares, así azules, como de los restantes colores que hasta la tierra llegan, es mayor; de suerte que las partículas aludidas reflejan mayor cantidad de rayos azules y el color del firmamento es, por tanto, más azul. No debe echarse en olvido que, cuando decimos que el cielo está azul, lo que en realidad está azul no es el cielo, sino el aire; y que este color, que creemos que nos llega de tan lejos, sólo nos viene de muy pocos kilómetros de distancia. Otra razón de por qué el cielo de algunos países es más azul que el de otros, la tenemos en que las ciudades de los primeros no infestan el aire con tan considerable cantidad de humo como las de los segundos.

¿POR QUÉ LAS GOTAS DE LLUVIA SON A VECES GRANDES Y A VECES PEQUEÑAS?

Antes que el vapor de agua existente en la atmósfera se condense, formando las pequeñas gotas líquidas que al caer sobre la superficie de la tierra reciben el nombre de lluvia, debe existir elgún núcleo sólido sobre el cual pueda condensarse; y es posible que una de las razones de la diferencia de tamaño que se observa entre las gotas de lluvia, estribe en la que existe entre las partículas de materia sólida—suciedad o polvo—alrededor de las cuales se condensa.

Pero se ha descubierto no ha mucho que la electricidad puede actuar a veces sobre los gases del aire y destrozar sus moléculas, pudiendo condensarse el vapor sobre los pequeños fragmentos que de esta manera resultan. La altura a que la lluvia se forme puede también influir sobre el tamaño de sus gotas; y cuando un cambio muy brusco de temperatura ha sido causa de que se formen con gran celeridad, suelen ser muy abultadas.

ELENA KELLER

MUCHOS son los niños a quienes les es costoso el tener que encerrarse en la escuela, con sus libros, en esas agradables mañanas de primavera, en que la pureza del ambiente y la hermosura del sol que las anima, parece convidarlos irresistiblemente a escapar de ella e irse a jugar por el campo o por el bosque. Pero ¡qué pocos habrá seguramente que se detengan a pensar en la suerte de que gozan al tener oídos para escuchar la voz del profesor, ojos para ver las estúpidas figuras en el encerado, y voz para hacer preguntas y poder contestar a las que se les hagan! Por eso, es muy conveniente que sepan la historia de una niña falta de todos estos sentidos, que, siendo sordomuda y ciega, ha aprendido mucho más que otros niños dotados de todos ellos.

Llamábase esta niña Elena Keller.

SU NIÑEZ

Elena no nació sordomuda y ciega, sino que como otros niños sanos y normales, veía, oía y hablaba perfectamente y saltaba y corría como los demás, cuando jugaba con ellos. Pero un día se sintió presa de una terrible fiebre, y, cuando pudo abandonar el lecho no había luz ya en sus ojos, tenía paralizada la lengua y tampoco disponía de la facultad de oir a sus semejantes. No tardó en estar otra vez sana y robusta, pero ¡qué diferencia había entre la Elena de antes y la de ahora! La infortunada había visto interrumpida súbitamente su comunicación con el mundo bullicioso, feliz y lleno de animación.

De esta época de su existencia, escribió más tarde Elena Keller: « Mi vida interna era una página en blanco, sin pasado, presente ni futuro; sin esperanzas ni ilusiones; sin admiración, sin alegría, sin fe.

« No había para mí noche ni día.

. . . .

Sólo el vacío por doquier hallaba . . .
Sin noción de lugar, espacio y tiempo,
Las estrellas, la tierra, no eran nada;
No existían los choques, ni los cambios,
Ni las buenas acciones, ni las malas ».

Pasó el tiempo, y la necesidad de poseer algún medio adecuado de comunicación se le hizo de todo punto imperiosa, porque los constantes y vanos esfuerzos que hacía para expresar sus deseos, terminaban frecuentemente en furiosos e irascibles arrebatos de aquella alma aprisionada que luchaba por romper los barrotes de su cárcel. Los padres de Elena, convencidos de la extrema necesidad en que estaban de hacer algo, buscaron en el instituto de sordomudos una maestra para su hija. Llamábase esta profesora Miss Sullivan.

MISS SULLIVAN, LA ADMIRABLE PROFESORA

La misma mañana en que llegó la maestra, condujo a Elenita a una habitación y le dió una muñeca que para ella le habían entregado los cieguecitos del instituto; y, mientras se la entregaba, escribió en la mano de Elena, sirviéndose del alfabeto de sordomudos, la palabra *bebé*. Sintió la niña los movimientos y procuró repetirlos, aunque sin sospechar siquiera cuál pudiera ser su significado. En los días siguientes, y también sin que la niña entendiese claramente lo que se le decía, Miss Sullivan le enseñó a escribir otras palabras breves. Pero, por fin, un día se produjo súbitamente la ansiada comprensión. Había procurado Miss Sullivan explicar a la pobre niña la diferencia entre agua y cubo, pero Elena persistía en confundir ambos conceptos. Entonces la condujo hasta el pozo; sacó Miss Sullivan un cubo lleno de agua, e hizo que su joven discípula lo sostuviese sobre el brocal, y cuando el frío líquido tocó la mano de Elena, la profesora le escribió rápidamente la palabra agua. La niña soltó el cubo, y por primera vez comprendió que cada cosa tenía su nombre peculiar. Desde aquel momento la educación de la pobre criatura hizo notables progresos, porque con su natural viveza e inteligencia, ansiaba saber muchas cosas,

y constantemente hacía preguntas a su maestra.

Cuando Elena tenía diez años empezó a aprender a hablar. El trabajo fué largo y pesado, porque no podía ver los labios de su maestra, como puede verlos aquel que únicamente es mudo; a pesar de ello, luchando poco a poco y adelantando siempre algo, empezó a librarse de la *cárcel del silencio*.

Mientras tanto Elena había aprendido también a leer la escritura hecha según el sistema Braille, con lo cual tuvo bastante para dedicarse a varios estudios, entre ellos el de la historia y el de las lenguas francesa y alemana. En 1896 entró en la *Cambridge School for Young Ladies*, a fin de prepararse para el ingreso en el Colegio Radcliffe. Miss Sullivan le leía todos los libros y la acompañaba a clase, en donde le escribía en la mano lo que decían las profesoras, pues a éstas les era imposible dar instrucción especial a la pobre joven. En 1899 se examinó y aprobó las últimas asignaturas necesarias para ingresar en el Colegio Radcliffe.

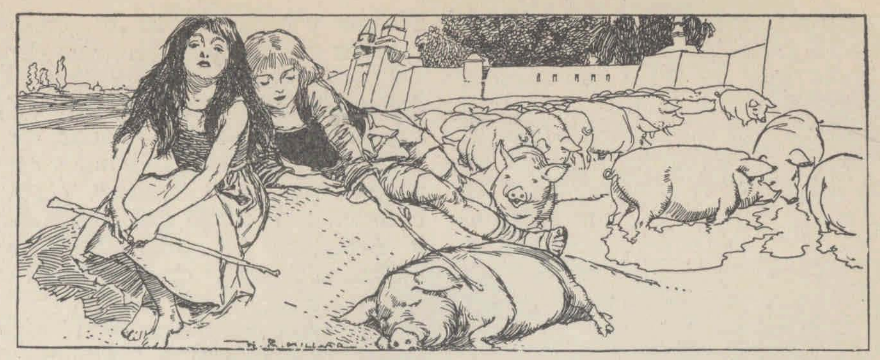


Pero terminada su lucha por el ingreso, empezaba con mayor violencia otra para poder sostenerse y seguir adelante en el nuevo colegio; empresa que, si para cualquiera otra joven de privilegiado entendimiento y en posesión de todas sus facultades es muchas veces difícil, había de ser titánica para Elena Keller. Mas su ambición y valor le infundieron ánimos para sobreponerse a todas las dificultades; y en efecto, obtuvo el grado tras exámenes cumplidos y brillantes.

Miss Keller ha escrito varios libros y numerosos artículos, y en todas partes a donde va es considerada como una de las mujeres intelectuales más notables, por su claro entendimiento y notable perspicacia. En su poema, *The Stone Wall* hace una descripción magnífica de la luz, de la sombra y de los colores del viejo muro, como no lo habría hecho de seguro con tanta precisión y tanta viveza, si en realidad hubiera podido ver los objetos que describe.

En otra de sus obras habla del exquisito placer que experimentaba mediante el tacto de la mano: «todo lo que me mueve, todo lo que penetra en mi alma, produce en mí el efecto de una mano que me tocase en las tinieblas, y este tacto es mi realidad. He crecido y me he desarrollado por medio del tacto. El delicado aleteo de una mariposa en mi mano, los suaves pétalos de la violeta, ondeantes en los fríos pliegues de sus hojas o levantándose suavemente en la hierba de la pradera; el claro y firme perfil del rostro y del cuerpo, el suave arco del cuello de un caballo y el aterciopelado tacto de su nariz... todas estas cosas y mil combinaciones que de ellas resultan y toman forma en mi alma, constituyen mi mundo».

Y con todo, esta mujer inteligente y feliz fué en otro tiempo una niña encerrada en las cuatro paredes de sus padecimientos. La gran inteligencia de su maestra y el ansia de aprender que tenía la niña vinieron a obrar esta especie de milagro. Cuando en lo sucesivo os vengan ganas de refunfuñar por lo pesado de vuestras lecciones y de vuestras clases, queridos niños, bueno será que penséis en esta jovencita que las aprendió todas a pesar de no tener oído, vista, ni lengua, como los tenéis vosotros.



LOS SEÑORES DEL CASTILLO BLANCO Y DEL CASTILLO GRIS

VIVÍAN una vez en Oriente, dos nobles caballeros, cada uno de los cuales tenía en medio de sus tierras un majestuoso castillo; uno edificado con piedra blanca, otro con granito gris. Por esto a uno de dichos caballeros se le llamaba el señor del Castillo Blanco, y al otro el señor del Castillo Gris.

El señor del Castillo Gris tenía un hijo, y el del Blanco una hija; y en las fiestas que celebraban juntos, uno en casa del otro, solían decir: «Cuando nuestros hijos sean mayores se casarán y poseerán nuestros castillos y nuestras tierras».

Así vivían felices los señores con sus hijos y sus renteros, hasta que una noche, el día de San Miguel, mientras todos se hallaban celebrando la fiesta en los salones del Castillo Blanco, llamó un peregrino a la puerta. Había visto muchas cosas y países extraños, y, como la mayor parte de los hombres, se complacía en referir sus viajes.

—Buen extranjero—le dijo el señor del Castillo Blanco,—¿cuál es la cosa más admirable que habéis visto en vuestros viajes?

—Lo más maravilloso que he visto—repuso el viajero,—está al extremo del bosque que se ve allá abajo, donde en una vieja casita de madera, vive una anciana que, en un desvencijado telar, teje una tela gris con sus propios cabellos. Cuando se le acaba la hebra, se corta nuevamente los cabellos grises, los cuales le crecen tan de prisa que habiéndoselos visto yo cortados por la mañana, antes de mediodía llenaban ya el aposento.

Marchado que hubo el peregrino, el señor del Castillo Blanco no pudo comer ni dormir, aguijoneado por los deseos de ver a la anciana que tejía sus propios cabellos. Al fin, determinado a explorar la floresta, en busca de la vieja casita, comunicó su intención al señor del Castillo Gris.

Convinieron ambos en salir sin notificárselo a nadie, a fin de que no se tomara a broma su curiosidad. El dueño del Castillo Blanco tenía un mayordomo llamado Robacuentas, que le había servido muchos años; a éste, pues, le dijo:

—Voy a emprender un largo viaje con mi amigo. Cuida bien de mis bienes y sobre todo sé bondadoso para con mi hijita Amaflores, hasta mi regreso.

También el señor del Castillo Gris tenía un antiguo mayordomo de toda su confianza, que se llamaba Cautela. Díjole su señor:

—Voy a emprender un largo viaje con mi amigo. Cuida bien de mis bienes y sobre todo sé bondadoso con mi hijito Rondabosques, hasta mi regreso.

Con esto, ambos señores besaron a sus hijitos mientras dormían, y partieron. Los niños echaron de menos

a sus padres y los renteros a sus señores; pero nadie, a excepción de los mayordomos, podía decir qué había sido de ellos. Pasaron siete meses sin que regresaran los señores. Estos habían creído que sus mayordomos les serían fieles porque les habían servido muy bien mientras les tuvieron a su vista; pero se equivocaron, porque ambos eran soberbios y astutos, y, creyendo que les habría ocurrido a sus señores algún daño, trataron de hacerse dueños de todo, ocupando su lugar.

Una noche de luna, entró un oso. —Buenas noches, oso—dijo la señora Mangasverdes. —¿Qué noticias me traes?

Robacuentas tenía un hijo llamado Agarrafuerte, y Cautela una hija que llevaba el nombre de Sin-blanca. Resolvieron sus padres hacer de ellos dos señoritos; tomaron, pues, para sus hijos, los vestidos de seda de Rondabosques y de Amaflores, y a éstos los vistieron de harapos. Los hijos de los mayordomos se sentaron a la mesa principal y durmieron en las mejores habitaciones, mientras que Rondabosques y Amaflores fueron enviados a guardar puercos y a dormir en el pajar.

Los pobres niños quedaron abandonados. Cada mañana, al salir el sol, eran enviados a cuidar de una gran piara de cerdos en unos grandes pastos que se extendían cerca del bosque. Menos mal que Rondabosques y Amaflores se consolaban mutuamente, diciéndose que sus padres volverían; y así seguían tan hermosos como siempre, al paso que Agarrafuerte y Sin-blanca eran cada vez más revoltosos y más feos.

Esto, claro está, no les gustaba a los astutos mayordomos, Creían que sus hijos debían parecer señores, y, por el contrario, Rondabosques y Amaflores simples porqueros; por esto les enviaron a pastos más solitarios y más cercanos al bosque y al propio tiempo les dieron a guardar dos grandes cerdos más feroces que todos los demás.

Un bochornoso día de verano, mientras Rondabosques y Amaflores estaban sentados a la sombra de una musgosa roca, el muchacho advirtió la falta de los dos grandes cerdos, y creyendo que debían haberse internado en el bosque, los pobres niños corrieron en su busca; pero a pesar de haberlos buscado durante muchas horas, no hallaron huella de los cerdos favoritos.

Al fin, vieron llegar a una dama por el camino. Llevaba en su derecha una rama de acebo; pero la parte más notable de su vestido eran unas mangas tan verdes como la misma hierba.

—¿Quiénes sois?—les preguntó la dama.

Explicáronle entonces sus historias y cómo habían perdido los cerdos.

—Bien,—dijo aquella señora,—vosotros sois los porqueros más hermosos que he visto en mi vida por estos parajes. Escoged entre volver a vuestras casas y guardar cerdos para Robacuentas y

Cautela, o vivir libremente conmigo en el bosque.

—Nos quedaremos contigo—contestaron los niños,—porque no nos gusta guardar cerdos.

Mientras ellos hablaban, la dama introdujo la rama de acebo por la hiedra, como si hubiese sido una llave; y de repente se abrió una puerta en una gran encina, en la que había una casa encantada. En cuanto hubieron entrado, díjoles la dama.

—Aquí vivo desde hace cien años, y me llamo la señora Mangasverdes. No tengo ningún amigo ni criado, a excepción de mi enano Rincón que viene aquí al terminar las cosechas.

No tardaron mucho los niños en ver lo muy bien recibidos que habían sido. Mangasverdes les dió leche de cierva y tortas de harina de nuez, y blando musgo verde para que les sirviera de cama. Este buen tratamiento hizo que los pobrecilios olvidasen todas sus aflicciones.

Durante todo aquel verano, Rondabosques y Amaflores vivieron con ella en la gran encina, tan a su gusto, que de haber tenido niticias de sus padres, hubieran sido enteramente felices. Al fin, empezaron a marchitarse las hojas y a caer las flores. Díjoles Mangasverdes que Rincón estaba a punto de llegar; y una noche de luna llena dejó abierta la ventana, diciendo que esperaba a algunos amigos que debían traerle noticias del bosque. Poco después entró un gran oso pardo.

—Buenas noches, señora—dijo el animal.

—Muy buenas, oso—repuso la dama. —¿Qué noticias me traes de tus vecinos?

—No muchas — contestó el interrogado.—Sólo que los cervatos cada vez son más avispados; no es posible cazar más de tres por día.

—Malas noticias son éstas—dijo Mangasverdes, mientras entraba volando un gran cuervo negro.

—Buenas noches, señora—dijo éste.

—Buenas, cuervo. ¿Qué noticias me traes de tus vecinos?

—No muchas—contestó el pájaro— Sólo que dentro de un siglo poco más o menos, viviremos muy retirados . . . los árboles serán demasiado espesos.

—¿Cómo es esto?

—¡Oh!—exclamó el cuervo.—¿No ha oído decir que el rey de las hadas del bosque encantó a dos nobles caballeros que viajaban por sus dominios para ver a la mujer que teje sus propios cabellos? Cada año habían aclarado más las encinas, cortando leña para el fuego de los pobres; por esto, encontrándoles el rey vestidos de cazador, les rogó que, pues era el día tan caluroso, bebiesen en su copa de roble; y en cuanto hubieron bebido, olvidáronse de sus tierras y de sus hijos, y no pensaron en nada más que en



En un claro del bosque donde eran más raras las encinas, Amaflores y Rondabosques encontraron a sus padres, ocupados en cavar y sembrar bellotas.

sembrar bellotas, labor en la que se ocupan día y noche, y no cesarán en su trabajo hasta que alguien les obligue a detenerse antes de ponerse el sol.

A la mañana siguiente, dirigiéndose los niños a Mangasverdes, le dijeron:

Oímos anoche lo que te explicó el cuervo, y sabemos que los dos caballeros son nuestros padres; dinos cómo puede romperse el hechizo.

—Le tengo miedo al rey de las hadas del bosque—repuso la dama,—pero voy a deciros cómo debéis portaros. Al extremo del sendero que comienza en este barranco, volved la cabeza hacia el Norte, y hallaréis un angosto camino, salpicado a trechos con plumas negras; tomad por él y os conducirá derechamente al vecindario del cuervo, en donde veréis a vuestros padres sembrando bellotas bajo los árboles del bosque. Esperad a que el sol esté próximo a ponerse, y decidles entonces lo que sepáis más a propósito para hacerles olvidar su trabajo; pero cuidad mucho de no decir sino la verdad, ni de bebér más que agua corriente; de lo contrario, caeríais ciertamente en poder del rey mago.

Agradecieron los niños el buen consejo que la dama acababa de darles y se pusieron en camino. No tardaron en hallar el estrecho camino salpicado de plumas negras, y al séptimo día, entrando en el vecindario del cuervo, en un grande claro en que las encinas eran más raras, vieron los niños a sus padres ocupados en cavar y sembrar bellotas. Llamáronles por sus nombres y corriendo a besarlos, les dijeron:

—Querido padre, vuelve a tu castillo y a los tuyos.

Pero los señores replicaron:



EL CAZADOR VOLVIÓ AIRADO LA CABEZA Y DERRAMÓ EL VINO EN LA HIERBA

No sabemos de ningún castillo ni de nadie. No hay nada en el mundo más que encinas y bellotas.

Llenos de tristeza, Amaflores y Rondabosques se sentaron para comer un bocado, y en cuanto hubieron concluído, se encaminaron al arroyo que corría pcr allí cerca y empezaron a beber. De pronto, mientras bebían, llegó a ellos, deslizándose por entre los árboles, un joven alegre y cazador con una gran copa de roble llena de leche hasta el borde. Cuando estuvo al lado de los niños, les dijo:

—Hermosos niños, no bebáis de esta agua impura; bebed de la mía.

Y les mostraba su copa colmada de leche.

Pero Rondabosques y Amaflores contestaron:

—Gracias, buen cazador; pero hemos prometido no beber sino agua corriente.

El cazador se acercó más a los niños con su copa, diciéndoles:

—Esta agua es sucia; puede ser buena para los leñadores, pero no para niños tan hermosos como vosotros. ¿No os habéis educado en palacios?

A lo cual los niños contestaron:

—No; nos hemos educado en castillos, y somos los hijos de aquellos señores que están allí. Díganos cómo puede romperse el encanto que les tiene hechizados.

Inmediatamente volvióse el cazador, arrojándoles una furiosa mirada; derramó en el suelo la leche, y se volvió con la copa vacía.

Cuando, al mediodía, se hizo más intenso el calor, los niños volvieron al arroyo; también entonces llegó por entre las encinas otro cazador, llevando en la mano una copa de roble llena de aguamiel hasta el borde. Como el otro, les rogó que bebiesen, les dijo que el arroyo estaba lleno de ranas y les preguntó si eran príncipes. Pero al contestarle los niños, como antes: « Hemos prometido no beber más que agua corriente, y somos hijos de aquellos señores; díganos cómo hemos de romper su hechizo », el cazador se volvió echándoles una iracunda mirada, derramó el aguamiel y prosiguió su camino.

Toda aquella tarde trabajaron los niños junto a sus padres, sembrando bellotas; pero los señores no advirtieron su presencia ni oyeron sus palabras. Al acercarse la noche, sintiéndose con hambre, los niños dividieron entre sí la última torta, y puesto que de ninguna manera lograron persuadir a sus padres de que debían comer con ellos, encamináronse a la orilla del arroyo y empezaron a comer y beber ellos solos.

Los cuervos volvían a sus nidos, colgados en los árboles más altos; pero uno de estos pájaros, que parecía viejo y cansado, revoloteaba cerca de los niños, como queriendo beber en el arroyo. Mientras los niños comían, los cuervos guardaban una actitud espectante y picoteaban las migajas que a aquellos se les caían.



Rondabosques, tomando la pala de su padre, corrió a tirarla al río, y lo mismo hizo Amaflores con la del suyo. En este momento quedaba roto el hechizo.

—Hermano,—dijo Amaflores,—este cuervo seguramente tiene hambre; démosle un bocadito; no importa que sea la última torta.

Accedió Rondabosques, y ambos dieron al cuervo un pedacito de lo que comían, pero su gran pico acabó los pedazos en un momento, y saltando más cerca empezó a mirarles alternativamente.

—El pobre cuervo todavía está hambriento—dijo Rondabosques, y le dió otro pedacito.

Cuando el ave lo hubo engullido, se dirigió a Amaflores, quien le dió también otro pedacito, y así continuaron hasta que el cuervo se comió toda la torta que les quedaba.

—Bien—dijo Rondabosques,—por lo menos podremos beber.

Mas cuando se detuvieron ante el agua, llegó de entre las encinas otro cazador, llevando en la mano una gran copa de roble, colmada de vino.

También éste les dijo:

—Dejad esta agua cenagosa, y bebed conmigo.

Pero los niños contestaron:

—No beberemos sino de esta agua; aquellos señores son nuestros padres; díganos cómo podremos romper el hechizo.

El cazador se volvió echando una mirada de enojo, derramó el vino sobre la hierba, y prosiguió su camino. No bien se hubo ido, el viejo cuervo les miró al rostro, y dijo:

—Yo he comido vuestra última torta; en recompensa os diré cómo podréis romper el hechizo. Antes de que se ponga el sol, acercaos a los señores y decidles cómo os han tratado los mayordomos y cómo os mandaron a guardar puercos. Cuando veáis que os escuchan, tomadles las palas de madera y guardadlas, si podéis, hasta que se haya puesto el sol.

Rondabosques y Amaflores dieron las gracias al cuervo, y, corriendo se acercaron a sus padres y les dijeron lo que les había aconsejado el cuervo. Mientras los niños referían cómo se les había obligado a dormir en el pajar y forzado a guardar puercos, los señores continuaron con más lentitud su trabajo, hasta que llegaron a dejar sus palas. Entonces Rondabosques, tomando la de su padre, corrió a arrojarla al río, y lo propio hizo Amaflores con la del suyo. En aquel momento, desapareció el sol tras las encinas de Occidente, y los señores quedaron de pie, mirando, como si acabaran de despertar de un sueño, el bosque, el cielo y a sus hijos.

Rondabosques y Amaflores volvieron contentísimos a sus casas con sus padres. Obligaron a Agarrafuerte y a Sin-blanca a dejar los vestidos de seda y a salir de los mejores aposentos, que quedaron nuevamente para los hijos de los señores, y los perversos mayordomos, con sus groseros hijos, fueron enviados a guardar puercos.

Por lo que a Rondabosques y a Amaflores se refiere, no sufrieron en adelante más contratiempos, y cuando tuvieron edad para ello, se casaron y heredaron los castillos y las tierras de sus padres. No se olvidaron de la solitaria señora Mangasverdes, pues, según se supo en todo el Oriente, así ella como su enano Rincón, pasaron con ellos en lo sucesivo todas las fiestas de Navidad, y éstos, por su parte, fueron todos los veranos a vivir con la dama en la gran encina del bosque.

LA HIJA DEL REY EN LA MONTAÑA

LA HISTORIA DE CUPIDO Y PSIQUIS

ANTIGUAMENTE vivía en Grecia un rey que tenía tres hijas. Psiquis, la menor de todas, era de una hermosura extraordinaria.

Cuando pasaba por las calles, la gente arrojaba flores a su paso; todos la adoraban. Pero cuando llegó el tiempo de casarla, el rey recibió un misterioso aviso de que la llevase a una montaña salvaje y la dejase allí.

—¡Ah!—pensó el pueblo.—Nuestra amable Psiquis probablemente va a ser sacrificada.

Y así era, en efecto. El pueblo había dicho que Psiquis era más hermosa que la misma Venus. Ahora bien, Venus era el espíritu de la belleza; por esto, aun cuando el pueblo decía verdad, Venus estaba, sin embargo, irritadísima. Tenía un hijo llamado Cupido, el cual era el espíritu del Amor; a éste le mandó que casara a Psiquis con el hombre más feo de la tierra.

Por esto, cuando Psiquis fué llevada a la montaña, sopló un viento mágico que la llevó a un extraño palacio, donde la joven fué cuidada por espíritus invisibles, que tocaban una música encantadora y le servían un manjar delicioso. Cuando, he aquí que, en medio de la

DESPLEGANDO SUS ALAS, CUPIDO ESCAPÓ VOLANDO

Psiquis era tan hermosa, que Venus, el espíritu de la belleza, la odiaba y envió a Cupido para que la casase con el hombre más feo de la tierra. Pero Cupido se prendó de su belleza y se casó con ella, en la obscuridad de la noche, prohibiéndole mirar su cara. Mas una noche, Psiquis encendió una lámpara, y al caer una gota de aceite en el rostro de Cupido, éste despertó y huyó.

obscuridad de la noche, fué alguien a decirla palabras tan tiernas que Psiquis se enamoró de aquel que tan dulcemente le hablaba y consintió en ser su esposa. Entonces le dijo él:

—Psiquis, puedes hacer lo que gustes en este palacio que he construído para ti. Sólo una condición te impongo: que no quieras ver mi rostro.

El esposo de Psiquis era muy dulce y amable para con ella, pero como únicamente iba de noche, la joven se sentía muy sola durante todo el día. En cierta ocasión, un viento mágico le llevó a sus hermanas. Esta visita le causó un gran disgusto, pues le dijeron que, por mandato de Venus, Cupido la había casado con un monstruo.

—Este es tu esposo—le dijeron.—Por eso no te permite que le veas la cara.

A la noche siguiente, Psiquis encendió una lámpara y miró a su compañero mientras dormía. ¡Era Cupido, el espíritu alado y radiante del Amor! En su alegría, levantó en alto la lámpara, dejando caer una gota de aceite caliente, que le despertó.

—¡Ah, Psiquis! —exclamó.—Hemos de separarnos. Ahora sabrá mi madre que me he enamorado de ti y que en vez de hacer que te casases con un monstruo, me he casado yo contigo en secreto. ¡Adiós!

Y desplegando sus alas, escapó. A la mañana siguiente, Psiquis se dispuso con gran valor a seguirle, y después de haber vagado tristemente por el mundo, llegó al palacio de Venus, en donde se quedó como criada con la esperanza de ver a Cupido. Pero Venus la reconoció, y, más enojada que nunca, la dedicó a los trabajos más peligrosos, a fin de que hallase en ellos la muerte. Con todo, Psiquis era tan amable y se hallaba tan solitaria y triste, que todo el mundo se ponía en su favor y la ayudaba. Venus, entonces, tramó un plan contra ella.

—Toma este estuche de oro—le dijo—llévalo a la reina de los muertos, y pídele que te lo llene con el unguento mágico de la belleza.

Sabía Psiquis que ningún mortal había vuelto de la tierra de los muertos, y, en su desesperación, subió a una torre para arrojarse desde lo alto y morir. Pero las mismas piedras, llenas de compasión por ella, le dijeron:

—No te desesperes. Hallarás un camino que conduce a la tierra de los muertos por el Monte Tártaro. Vé allí y lleva dos monedas de cobre en la boca y dos tortas de miel en las manos.

Así lo hizo Psiquis, llena de alegría. Llegó a la tierra de los muertos y un barquero la hizo pasar el río de la Muerte, recibiendo en pago una de las monedas de cobre. Saltó luego a su paso un horrible perro de tres cabezas, mas ella le arrojó una torta de miel y el perro la dejo pasar.

La reina de los muertos le llenó el estuche de oro, y mediante la otra torta de miel y la otra moneda de cobre, pudo Psiquis volver a la tierra llena de verdor y de luz.

Entonces abrió el estuche para ver lo que en él se contenía. Era ello precisamente lo que Venus esperaba. El estuche estaba lleno de vapores ponzoñosos, los cuales, levantándose impetuosamente sobre el rostro de Psiquis, la desvanecieron. La pobre cayó sobre la hierba; pero Cupido, que la había seguido cuidadoso en todas sus pruebas, voló ahora en su ayuda y disipó los vapores del rostro de la joven. Tomándola entonces en brazos, desplegó sus alas y la llevó a la tierra de la inmortalidad. Y allí viven todavía unidos y gozando de una alegría sin fin.

EL TESORO DE RAMPSINITO

HABÍA una vez en Egipto un rey llamado Rampsinito, muy rico, quien temiendo a cada paso ser robado, mandó a buscar a un hábil albañil para que le edificase un aposento muy resistente en donde poder guardar todos sus tesoros.

Pero el rey no sabía que el albañil había colocado una piedra del muro de tal manera, que se podía quitar con

facilidad suma. A la hora de su muerte, reveló el albañil a sus hijos el secreto de la piedra; desde entonces los hijos del albañil se acostumbraron a introducirse de noche en el aposento para tomar todo el dinero que necesitaban, dejando después la piedra en su lugar.

El rey furiosísimo al ver que cada vez que entraba en el aposento donde guardaba sus tesoros veía en él menos dinero, ideó una trampa. Una noche, cayó en ella uno de los rateros, el cual, al verse perdido, dijo así a su hermano:

—Es indudable que el rey me condenará a muerte y que tú nada puedes hacer por salvarme. Pero si me cortas la cabeza y te la llevas, nadie sabrá quien soy y tú te salvarás.

Siguiendo estas indicaciones el hermano libre cortó al otro la cabeza, se la llevó y la enterró. Pero necesitaba también en gran manera enterrar el cuerpo, porque los egipcios ponían gran empeño en dar adecuada sepultura a sus difuntos.

Ahora bien; Rampsinito sospechó que alguien trataría de adquirir el cuerpo, y esperaba encontrar con este motivo al que había ayudado al muerto en su robo. Mandó, pues, que se colgara el cuerpo del ladrón con unas cadenas y puso algunos guardias para que lo vigilaran.

Entonces el otro hermano, determinó llegarse a la plaza en donde estaba suspendido el cadáver y atravesarla llevando a cuestas dos pellejos de vino, según es costumbre egipcia. En el mismo momento en que pasaba, abrió uno de los pellejos, de manera que el vino empezó a derramarse, y al hacerlo dió un gran grito. Acudieron los centinelas a ayudarle, y él, simulando mucha gratitud, les dió el otro pellejo. Pero este vino contenía ciertas substancias de virtud hipnótica, de suerte que los centinelas muy pronto se quedaron dormidos; entonces, el astuto mancebo se llevó el cuerpo de su hermano. Los soldados, temiendo confesar que se habían dormido, declararon que el cadaver había sido sacado de allí por arte mágica.

Quedó desconcertado el rey; pero se le ocurrió una idea que el juzgó maravillosa. Dió una proclama en la cual se declaraba que su hija estaba dispuesta a casarse con el hombre que mejor le contestase a determinadas preguntas; pero que los pretendientes debían ir a hablarla en un lugar obscuro, de manera que se pudiera estar seguro de que haría su elección sin conocer quién era el pretendiente. A su hija le dijo que a cada uno de los que se le presentasen le preguntase cuál había sido la cosa más ingeniosa que había hecho en su vida.

El hijo del albañil se decidió a presentarse como pretendiente, aunque ya sospechaba que en todo esto debía haber alguna trampa.

Hízose una mano postiza, que al tacto parecía como si fuese verdadera, y fué a probar fortuna con la princesa. Naturalmente, al hacerle ella la pregunta convenida con el rey, contestó el joven que lo más ingenioso que había hecho, fué el engaño a los soldados. Ahora bien, esto era lo que precisamente deseaba saber Rampsinito.

—Querido mío—dijo la princesa—realmente *fué* esta una acción ingeniosa. A ti te elijo; dame tu mano.

Pero por el tono con que dijo estas palabras la princesa, sospechó algo el mancebo, y, en la obscuridad le dió la mano postiza y se escurrió antes de que ella supiera lo que había sucedido. Entonces el rey, viendo lo inteligente y agudo que era el ladrón, dió otra proclama en la cual, no sólo le concedía el perdón, sino que le ofrecía de veras la mano de su hija.

Dice la historia que el albañil se casó con la princesa y que vivieron felices hasta una edad muy avanzada.

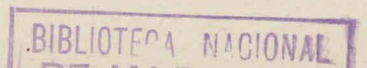


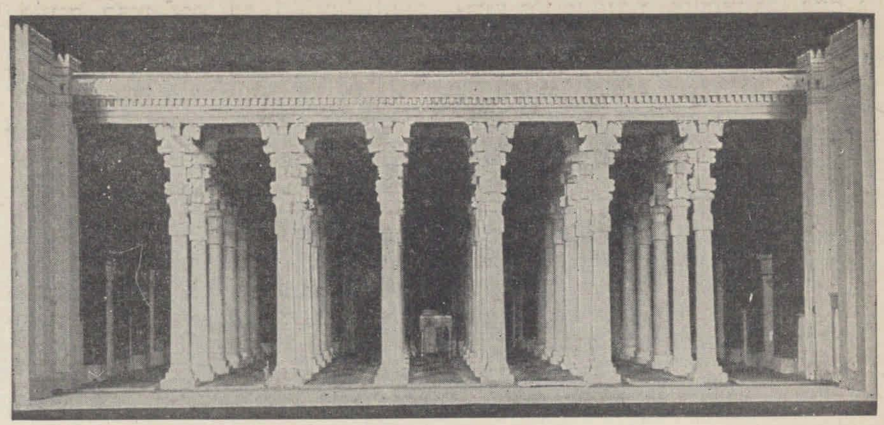
DOS REYES CONQUISTADORES DE PERSIA

Cuando Ciro el Grande conquistó a Babilonia, abrió sus puertas a los judíos que Nabucodonosor había expulsado de ella llevándolos en cautividad a otros países. En este cuadro de Gustavo Doré vemos a los judios repatriados ofreciendo al sumo sacerdote los vasos del templo derruído para uso del nuevo que Ciro había mandado edificar.



El rey Jerjes levantó un numeroso ejército para invadir a Grecia: construyó un puente de barcas sobre el Helesponto (Dardanelos) de más de kilómetro y medio de largo. El grabado representa el paso de Jerjes y su ejército por dicho puente.





Los reyes persas vivían con un lujo extraordinario, en palacios suntuosísimos. Este grabado representa el Salón del Trono de Darío I, en Persépolis, tal como era en los días gloriosos de Persia.

EL ENCUMBRAMIENTO Y LA CAÍDA DE PERSIA

LOS CONQUISTADORES ASIÁTICOS A LAS PUERTAS MISMAS DE EUROPA

ENTRE las inscripciones pertenecientes a los siglos en que los grandes y poderosos « hijos de Asur » edificaban sus magníficas ciudades, formaban sus admirables bibliotecas y subyugaban a los pueblos vecinos, hállanse algunas alusivas a expediciones contra cierta potencia que de una manera constante había ido tomando incremento en sus fronteras.

« Peligrosos enemigos » les llamaban los reyes asirios. Pertenecían a la gran familia aria, de la cual descienden los pueblos europeos, y sus progenitores procedían del misterioso corazón de Asia.

Educados en la pobreza, de constitución vigorosa, y sin grandes necesidades, cayeron sobre las antiguas naciones del Asia Occidental—que se hallaban debilitadas a consecuencia de sus riquezas y de una larga época de prosperidad,—cual desciende desde las heladas cumbres de las sierras sobre el caldeado valle la fresca y bienhechora brisa.

Algunos de los invasores estableciéronse entre la Asiria y el Mar Caspio, y se les conoce en la historia con el nombre de medos. El primero de sus reyes de cuya existencia no es posible dudar, fué Ciajares, que se alió con Nabopolasar y acaudilló a los babilonios en la lucha final contra Asiria. Este mismo Ciajares fué quien, en aquellos espantosos días de desolación y terror, tomó a Nínive, asestando un golpe de muerte no sólo a esta espléndida ciudad, sino al imperio del « rey de las multitudes », como Asur-bani-pal y otros solían titularse a sí mismos. A Nabopolasar, que fué el fundador de la nueva monarquía babilónica, tocóle en el reparto la parte Sur del imperio, en tanto que Ciajares dilató las fronteras de la Media con la anexión de la Asiria, prosiguiendo sus conquistas hacia el Oeste, hasta tropezar con el reino de Lidia, en el Asia Menor.

Su sucesor, Astiajes, fué destronado por uno de los más ilustres generales que registra la historia del mundo, Ciro, quien condujo a los persas desde sus montañosas moradas de la Persia, por las orillas del Golfo Pérsico, a una serie de brillantes victorias.

Pertenecían los persas a la misma

familia que los medos, porque los progenitores de ambos habían nacido en la atmósfera confortante de la meseta central, y se hallaban educados en la pobreza y las penalidades cuando emprendieron la marcha hacia el Oeste, viendo que un mundo más ancho y opulento les brindaba sus tesoros. Era Ciro vasallo de Astiajes, y después de la revolución que le dió el cetro de los persas y los medos, ambas naciones quedaron constituídas en una misma forma, y, prácticamente, formaron un solo pueblo.

EL OPULENTO CRESO Y EL INVENCIBLE CIRO

El genio de Ciro pronto hubo de impulsarle a extender los dominios del imperio medo-persa por la parte occidental del Asia Menor. Había a la sazón en Lidia un rey tan opulento, que la expresión «tan rico como Creso» hízose proverbial (y ha llegado hasta nuestros días), para ponderar la fortuna de un hombre. Trabajó cuanto le fué posible para armar su país contra los invasores; pero sus aliados le hicieron traición, y Ciro se adueñó rápidamente de toda la parte del Asia Occidental bañada por los mares Mediterráneo y Negro.

Y después, unos 539 años antes de Jesucristo, le llegó a Babilonia su turno.

Algunos de los cilindros de forma abarrilada en los cuales se halla escrita la historia de Babilonia, se conservan hoy en el Museo Británico de Londres. Los correspondientes a Nabónidas, rey de Babilonia en la época en que Creso hacía esfuerzos inauditos para defenderse contra el invencible Ciro, hablan de las investigaciones realizadas en busca de noticias de los tiempos antiguos, de la edificación y reconstrucción de templos consagrados a los dioses, y de las preces que Nabónidas elevaba a estos últimos por sí mismo y por su hijo Belsazar o Baltasar.

¡Singular espectáculo! ¡El padre absorto en el estudio de la historia antigua y rindiendo culto a los dioses, y el hijo entregado a la molicie y el lujo, mientras el famoso Ciro, con su ejército, rodeaba sus formidables murallas, poniendo a contribución su poderoso genio para expugnar la capital!

UN EJÉRCITO QUE HIZO VARIAR EL CURSO DE UN CAUDALOSO RÍO

Uno de esos cilindros refiere cómo pudo el conquistador lograr su objeto: las turbias aguas del Éufrates, que atravesaban la ciudad, fueron desviadas de su curso secular, y penetró en aquélla el ejército por el cauce mismo del río. Refiere también que los conquistadores entraron en la plaza sin combate, de suerte que la ciudad no sufrió los efectos de la lucha. Habla, además, del homenaje que le rindieron y el tributo que le pagaron sus habitantes y los de las regiones limítrofes, y de cómo Ciro captóse las simpatías del pueblo, restableciendo las imágenes de sus dioses en los templos a que pertenecían en otras partes del país. Los anales de este reinado y los de los sucesivos, dicen que la vida en la ciudad y en todo el país siguió siendo aproximadamente la misma que antes de la conquista de los persas.

El zumbido de la vida activa parece resonar en nuestros oídos cuando leemos en estos libros de arcilla las noticias referentes al comercio y la agricultura, a los préstamos y deudas, a las plantaciones de bosques de palmeras datilíferas, y a la manera como se enseñaba a los muchachos un oficio cualquiera, como el de panadero, tejedor, picapedrero, etc., con otros cien detalles, tan apropiados a la vida de hoy como a la de la época de Ciro.

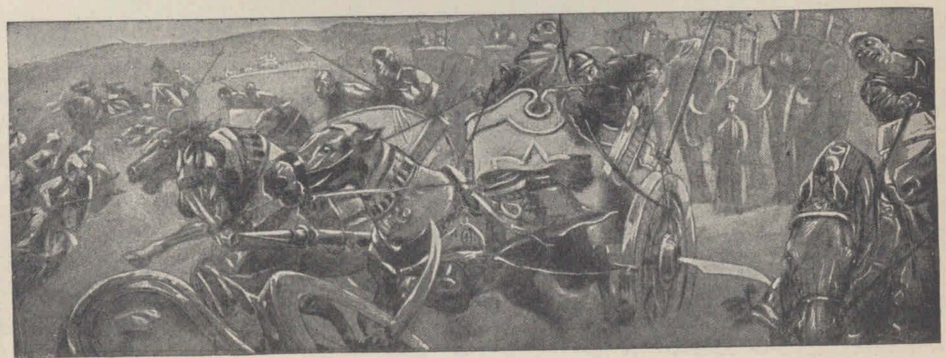
La religión de los invasores difería mucho al principio de la de los babilonios y asirios. Era mucho más pura y simple, si bien con el transcurso del tiempo fué influída por las idolatrías de los pueblos más antiguos. Ormuz era, para ellos, el nombre de un gran dios que otorgaba a los pueblos la victoria, la seguridad y toda clase de bienes.

LOS SABIOS DE ORIENTE QUE ADORABAN EL FUEGO Y EL SOL

El ilustre Zoroastro enseñó a los medos y persas la tan famosa como antigua religión de los pueblos del remoto Oriente, que adoraban el fuego

HUÍDA DE DARÍO, REY DE PERSIA

Alejandro Magno derrotó completamente un numeroso ejército persa en la batalla de Iso, y en este grabado vemos a Darío, rey de Persia, huyendo de su carroza, que se encuentra casi rodeada por los griegos.



Los carros de los persas, con largas y afiladas cuchillas en sus ruedas, sembraban el terror entre sus enemigos; pero los griegos los inutilizaron hiriendo a sus conductores y caballos con flechas y jabalinas.

y el sol como expresiones supremas del Todopoderoso Gobernante del mundo. Los sacerdotes de esta maravillosa religión eran los magos, o sabios, que, andando el tiempo, llegaron a adquirir gran poder en el Estado.

Demostró Ciro gran simpatía a los judíos, que adoraban también a un solo Dios y habían permanecido cautivos por espacio de mucho tiempo en el país conquistado por aquél. En los días de su reinado empezaron a salir de Babilonia las alegres caravanas del Gran Regreso, que, a través del desierto, dirigíanse a su tan ardientemente anhelada tierra, entonando por el camino los cánticos que les estaban vedados en el «extraño país» de su destierro.

Sucedió al ilustre Ciro su hijo Cambises, que sembró la miseria y la desolación en su propia familia y en Egipto, adonde fué como conquistador.

Darío el Grande, que, aunque no pertenecía a la familia de Ciro, siguió a Cambises, fué un gobernante vigoroso y enérgico, que supo aplastar las rebeliones que surgieron en las diversas partes de su inmenso imperio y sostener en todo él el orden, desplegando al mismo tiempo una rara habilidad en su gobierno. Hay en el Museo Británico muchas tablillas relativas al reinado de Darío, que contienen toda clase de documentos referentes a la venta de casas y terrenos, sociedades, préstamos de plata, etc.

Las inscripciones descubiertas en piedras, y en especial las de la roca de Behistún—que ha resultado ser una valiosa clave para leer la escritura cuneiforme,—nos han enseñado muchas cosas relativas a este rey. Los relatos de sus guerras y conquistas tenían que ser escritos en lenguaje babilonio, escita y persa, a fin de que pudieran leerlos las principales naciones sujetas a su dominio. Ha llegado también hasta nosotros un magnífico retrato de este monarca, tallado en la roca viva, recibiendo la sumisión de los jefes de las naciones rebeladas, atados unos con otros.

Otros retratos de Darío existen en sus monedas de oro y plata, que eran de inmensa utilidad en el comercio existente entre las diversas provincias del imperio.

EL REY DARÍO, CAZADOR DE LEONES Y AMIGO DEL PROFETA DANIEL

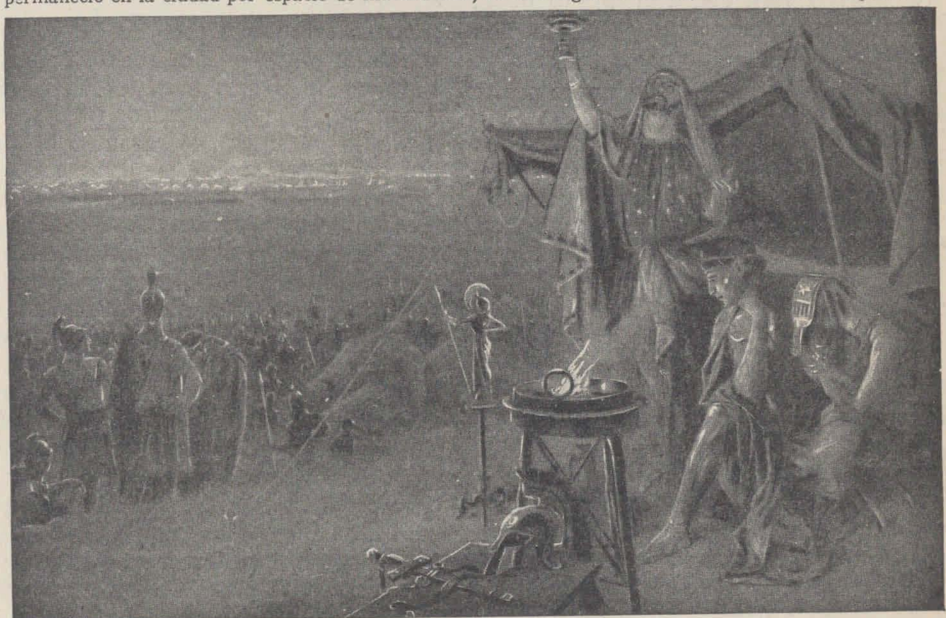
Un sello cilíndrico de este rey, que contiene su nombre en tres idiomas y su imagen cazando un león desde su carro bélico, nos recuerda los detalles que de él se leen en la historia bíblica del profeta Daniel. En las losas que se conservan, con datos acerca de los reyes asirios, se ven las jaulas en que eran conducidos los leones a los cazaderos desde cavernas semejantes a aquella en que fué encerrado el anciano profeta.

En estos últimos años se han practicado excavaciones en los lugares donde estuvieron emplazadas las grandes ciudades del imperio, habiéndose encontrado inapreciables reliquias que han servido de base a trascendentales estudios. En Persépolis se ven las ruinas del mayor de los palacios, en las cuales se conservan no sólo los cimientos, sino «los más espléndidos tramos de escalera del mundo», y magníficas puertas con toros copiados de los palacios asirios. Vense además las ruinas de los soberbios salones de columnas, mayores que las de las grandes catedrales. Las esculturas nos muestran los guardias y cortesanos persas que prestaban servicio cerca de los soberanos. En Susa, la antigua capital de los elamitas, y en Ecbatana, la gran ciudad de los medos, se ven también ruinas de hermosísimos palacios edificados por Darío y sus sucesores. Causa asombro, al buscar estas ciudades en el mapa, el considerar la extensión de los dominios de Darío.

DE COMO SOÑÓ EL REY CON DOS IMPERIOS, Y LA VOZ QUE SE OYÓ EN UN FESTÍN REAL

Desde los países que rodean al río Indo extendíase el imperio hasta los mares Caspio y Mediterráneo, y se internaba en Egipto, donde abrió Darío un canal que ponía en comunicación el Nilo con el Mar Rojo, o introdujo mejoras en él, por lo menos. Construyéronse por su orden magníficas carreteras que conectaban las diversas provincias imperiales, puentes, posadas,

Después de hacer sufrir numerosas derrotas a los persas, llegó Alejandro Magno a Persépolis, la soberbia capital de aquéllos, donde es fama que habían sido acumuladas vastísimas riquezas, afirmándose que solamente las cajas del tesoro imperial contenían una suma equivalente a $138.000.000 oro, que cayeron en manos de los conquistadores macedonios. Pero, aunque « Dueño del Mundo », Alejandro no lo era de sí: permaneció en la ciudad por espacio de muchos días, en una orgía constante, incendiándola después.



En la batalla de Arbelas acabó Alejandro de un modo definitivo con el poder de los persas, derrotando enteramente al ejército de Darío, fuerte de más de un millón de hombres. En este grabado se ve a Alejandro la víspera de la batalla, contemplando la llama que arde en un altar sagrado, mientras un sacerdote implora el favor de los dioses. Al fondo se divisan las hogueras del campamento persa.

atalayas, y estableció un servicio nacional de correos. Darío pasó también a Europa a través del Bósforo, y llegó a cruzar el Danubio, ensanchando los límites del imperio y preparando el camino para nuevas conquistas en Occidente.

Se aproximaba, empero, una gran lucha. Las provincias del Asia Menor que Ciro había conquistado, estaban habitadas por griegos procedentes del Archipiélago, los cuales eran muy amantes de la libertad y odiaban el gobierno de una monarquía absoluta. El descontento fué aumentando por grados, dando origen a rebeliones (que fueron castigadas de una manera salvaje) y a amenazas de venganza. Darío estaba sobre todo furioso contra los atenienses, quienes, no contentos con ayudar a sus conciudadanos a través de los mares, habíanse negado a acatar las decisiones del gran rey.

Mientras meditaba sus planes para obtener el dominio absoluto de los estados sublevados y de Grecia, y tal vez de toda Europa, refiérese que un día, en uno de sus suntuosos festines, oyó que por tres veces le decían estas palabras: « Señor, acuérdate de los atenienses »

DARÍO PASA A EUROPA POR MEDIO DE UN PUENTE DE BARCAS

Entablóse una lucha feroz contra los griegos del Asia Menor, cuyas ciudades fueron incendiadas y cuyos habitantes, que a menudo guerreaban unos con otros, dominados por el número abrumador del ejército de Darío, fueron aniquilados y vencidos; y de este modo, las bellas y esplendorosas costas, con sus islas bañadas de sol y sus encantadoras bahías, convirtiéronse en desiertos, llenos de desolación y ruina.

Y entonces Darío « acordóse » de los atenienses: envió contra ellos un ejército numerosísimo, reclutado en todos los países de su imperio y al mando de su yerno, el cual cruzó el Helesponto (que hoy llamamos los Dardanelos) sobre un puente de barcas—de igual modo que Darío cuando fué a conquistar a los escitas del Danubio—e invadió la región conocida hoy en día con el nombre de Turquía Europea. Abrigaban los invasores la esperanza de aniquilar en poco tiempo al enemigo; pero los temporales hicieron zozobrar sus embarcaciones, les escasearon los víveres, y los fieros habitantes de la Macedonia y la Tracia se hicieron fuertes sobre sus desfiladeros y riscos y lograron cerrarles el camino; de suerte que el ejército se vió precisado a repasar el estrecho sin haber llegado a Atenas.

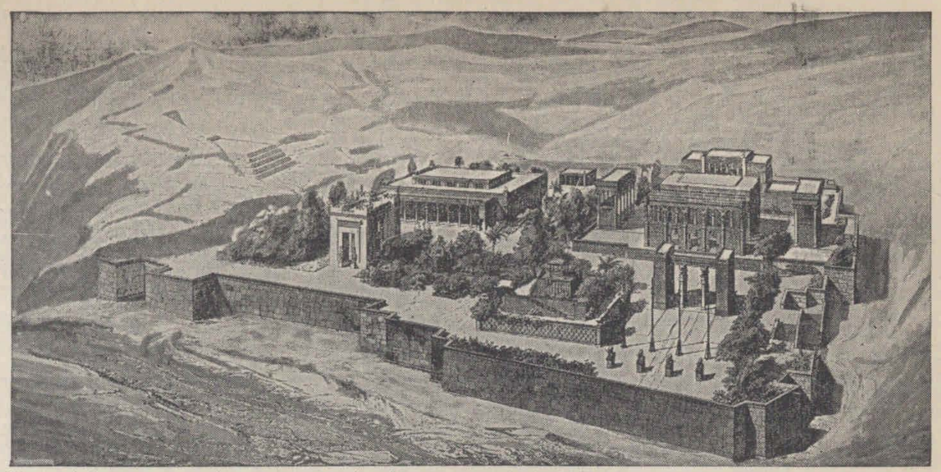
EL MOMENTO TERRIBLE EN QUE SE DECIDIÓ LA SUERTE DE EUROPA

Pero Darío, merced a los grandes recursos y riquezas de que podía disponer, no tardó en equipar una nueva expedición, que embarcada en 600 naves, cruzó felizmente el Egeo, pasó por la isla de Naxos y desembarcó a corta distancia de Atenas. Fué aquel para los griegos un momento pavoroso, pues se vieron en una situación aun peor que la que se hubiera creado a Inglaterra si la Armada Invencible, equipada por el rey de España Felipe II, hubiese logrado remontar el Támesis y desembarcar en Gravesend el ejército que a su bordo llevaba.

Grande fué la excitación, el descorazonamiento y el espanto de los pequeños Estados de Grecia al tener noticia del desembarco de los ejércitos persas y del incendio y saqueo de sus más bellas y prósperas ciudades.

En la historia de Grecia, que insertamos en otro lugar de esta obra, puede ver detalladamente el lector de qué modo hicieron frente los griegos a estos acontecimientos, siendo un hecho notable que, a pesar de combatir estos últimos contra un número diez veces superior de persas, lograron derrotarlos en la célebre batalla de Maratón, obligándolos a reembarcarse en sus naves. Otra nueva tentativa realizada por los persas para desembarcar más cerca todavía de Atenas, fué evitada, y de este modo viéronse obligados a regresar a su país sin haberse cubierto de gloria. Unas cien generaciones de hombres han vivido desde Maratón; pero el resultado de tan famosa batalla afecta todavía al mundo.

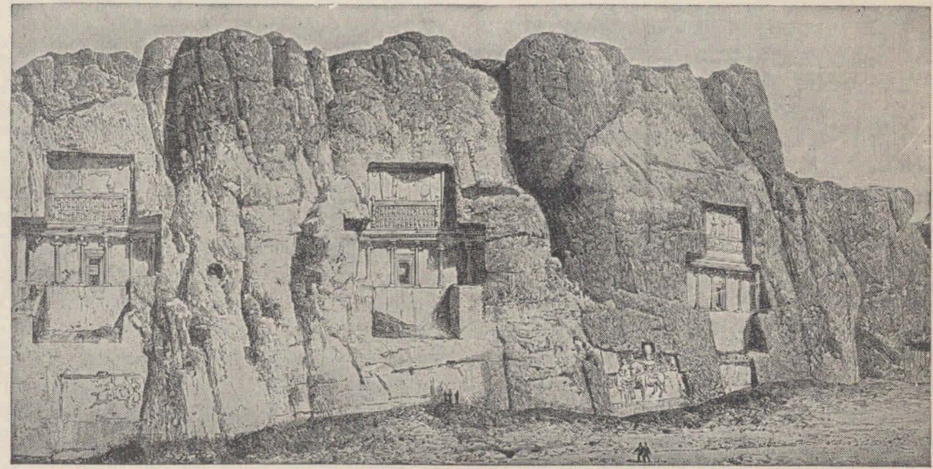
LA ESPLENDOROSA CIUDAD DE LOS REYES PERSAS



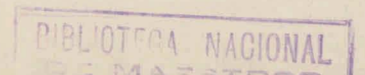
He aquí el aspecto exterior que presentaba el suntuoso palacio de Darío, en los días gloriosos de Persépolis.



Los enormes tesoros acumulados por los monarcas persas, eran obtenidos mediante extorsiones y crueldades. Vese en este grabado a un rey de Persia recibiendo los tributos de los pueblos conquistados.



No lejos de las ruinas de la antigua Persépolis existen algunas tumbas admirables, excavadas en piedra viva, hallándose estas rocas esculpidas, en su parte exterior, de manera que simulan un templo o palacio. **Algunos de estos nichos, donde reposaron reyes y príncipes, son utilizados hoy día como graneros.**



EL GRAN EJÉRCITO COMPUESTO DE SOLDADOS DE CUARENTA Y SEIS NACIONES

Mostróse Darío más furioso y decidido que nunca, cuando recibió la noticia de la derrota de Maratón, y juró no descansar hasta que los insolentes atenienses fuesen conducidos a Susa cargados de cadenas. Despacháronse por todos los caminos rápidos mensajeros a pedir a los gobernadores de las provincias que enviasen hombres y dinero; pero antes de ver realizados sus planes, sobrevino la muerte a Darío, sucediéndole en el trono su hijo Jerjes. Era éste un joven apuesto, de carácter alegre, que sentía más afición a la molicie y los placeres que a las empresas bélicas; de suerte que, al principio de su reinado, creyóse que no volvería a pensarse en la conquista de Grecia. Pero, al fin, fué persuadido a proseguir la obra de su padre; y al efecto se llevaron a cabo preparativos enormes para la invasión. El ejército reclutado fué tal vez el más numeroso que jamás se ha visto en el mundo. Refiérese que cuarenta y seis naciones enviaron sus mejores soldados, entre los cuales había hombres de todos colores: negros del África y blancos y cobrizos de las regiones más distantes del Asia. Y estos soldados, con sus diversos trajes y armas, marcharon a la guerra a pie, a caballo, en elefantes, en camellos y en buques.

Jerjes mismo iba en el centro de sus huestes, acompañado de un numeroso séquito de criados y cortesanos, y rodeado de todas las comodidades y el lujo que las más fabulosas riquezas podían proporcionar a un soberano. ¡Qué diferencia con los días de sus pobres, vigorosos y afortunados progenitores!

Empleó el ejército siete días y siete noches en cruzar el doble puente de barcas, tendido al efecto a través del Helesponto, arruinando a su paso para Grecia numerosas ciudades que tuvieron que suministrarle la enorme cantidad de alimentos que aquella muchedumbre necesitaba, aunque no fuese más que para una sola comida.

UN PUÑADO DE ESPARTANOS QUE HICIERON INMORTAL SU NOMBRE

¡Qué triste se presentaba el porvenir a los griegos! Supieron con horror que aquellas espantosas multitudes avanzaban hacia ellos, dispuestas a aniquilar su país y su reducido ejército; y especialmente en la época en que ocurrían estos sucesos, la situación se hacía más difícil aún por existir entre los pequeños estados que constituían la Grecia celos y resentimientos que dificultaban su unión contra el enemigo común. Los persas tenían que atravesar una cordillera de elevadas montañas que protegía a Atenas por el Norte, y entre ella y los pantanos que se extendían hasta la orilla del mar había un desfiladero, próximo a unos manantiales de aguas calientes, conocido con el nombre de Paso de las Termópilas.

En este famoso lugar libróse una de las más heroicas batallas que registran los fastos de la historia: uno de los pocos hechos de armas en que los derrotados se cubrieron de gloria inmortal. Un puñado de griegos defendieron el paso por espacio de dos días y dos noches contra las huestes de medos y persas, los cuales se estrellaban contra la inexpugnable muralla que formaban las lanzas griegas. Pero un traidor reveló a los persas la existencia de otro desfiladero, por el que guió al ejército enemigo, a favor de la obscuridad de la noche. Algunos griegos huyeron, pero un grupo de espartanos, acaudillados por Leónidas, decidió vencer o morir, y resistieron hasta el último instante, rodeados por un número abrumador de enemigos, pereciendo todos ellos acribillados por los dardos de los persas. Jerjes logró entrar en Atenas, de la que habían huído casi todos sus habitantes. Pasó a cuchillo a los que se habían quedado, e incendió los edificios más bellos, marchando después a presenciar, desde un alto farallón que domina la bahía de Salamina, la gran batalla naval que iba a librarse. Estaba él convencido, sin duda, de que su magnífica flota, compuesta de más de mil buques, bien tripulados y equipados, daría buena

cuenta de la pequeña escuadra griega, que sólo se componía de 350 naves.

Pero al paso que el día fué avanzando, la zozobra y la inquietud fuéronse apoderando de Jerjes, quien saltó al fin, furioso y desesperado, de su trono de marfil, que hiciera llevar consigo, al ver que sus mil naves se amontonaron, chocando unas con otras, en la estrecha boca de la bahía, hundiéndose muchas de ellas. Y hería entonces sin cesar sus oídos el agudo grito de guerra lanzado por los griegos cada vez que lograban introducir la bronceada proa de alguna de sus naves en el costado del buque enemigo más próximo, abordándolos unos tras otros con ayuda de sus largos arpones.

CÓMO LOS BIZARROS GRIEGOS EXPULSARON DE EUROPA LOS FORMIDABLES EJÉRCITOS PERSAS

Jerjes se enfurecía como un loco cada vez que veía a sus buques, escuadra tras escuadra, virar de bordo y abandonar la bahía. Pero él también acabó por huir a su patria, dejando a su general el encargo de terminar la campaña con un número de hombres triple del que los griegos podían reunir. Tres meses después, estos restos del gran ejército persa fueron aniquilados y dispersados en la batalla de Platea, terminando de este modo las guerras de los persas en Europa, gracias a la bizarría de Grecia, que durante doce años logró tener a raya a los mayores ejércitos que hasta entonces se habían congregado.

En los aciagos días en que el Asia amenazaba con conquistar a Europa, había nacido en Alicarnaso, uno de los Estados griegos del Asia Menor, un niño, el cual sólo contaba cuatro años de edad al librarse las batallas de Salamina y las Termópilas. Cuando creció, propúsose, como objetivo principal de su vida, escribir una extensa relación del modo de ser de los persas y de las guerras que sostuvieron con los griegos, y para ello procuró recoger el mayor número de datos posible, en todas las regiones del imperio. Nos referimos a Herodoto, el Padre de la Historia, que lo mismo admiró el Nilo y los grandes monumentos de Egipto, que las formidables murallas, los jardines colgantes y los templos de Babilonia. Muchas de sus maravillosas narraciones hase patentizado que son fábulas; pero en su ameno y difuso estilo nos refiere muchos hechos reales, entremezclados con la ficción, que poseen el inmenso interés de ser relatados por un testigo presencial de los mismos, o que los oyó referir de viva voz a los que intervinieron en ellos.

LA BELLA REINA DE PERSIA CUYA HISTORIA REFIERE LA BIBLIA

Para conocer los detalles de la vida de la corte de Jerjes, podemos recurrir al Libro de Ester, de la Biblia, pues son muchos los que creen que el rey Asuero de esta historia es el mismo que fué conducido de un lado para otro en su trono de marfil, y que mandó arrojar grillos al indócil Helesponto, en castigo de haber éste, con sus tormentas, destruído el primer puente de barcas. Sea de ello lo que quiera, completando las visiones de los suntuosos palacios que se bosquejan en las desenterradas ruinas de Susa y de Persépolis, con los vivos relatos de la vida que en sus cortes se hacía, podremos formarnos una idea bastante exacta de cómo transcurría la existencia de los soberanos de Persia en la época de su inmenso poder, tal como la presenció la bella y patriótica judía que llegó a ser reina de tan poderoso imperio.

También hace la Biblia mención de Artajerjes, uno de los hijos de Jerjes, por tener un copero judío llamado Nehemías, a quien permitió que abandonase su corte y fuera en ayuda de sus hermanos a la reedificación de las murallas de Jerusalén y reorganización del gobierno del Estado judío.

Durante el reinado de Darío II, otro de los hijos de Jerjes, perdió Persia el Egipto, que había dominado, a pesar de sus frecuentes rebeliones, por espacio de más de cien años. Otras señales indicaban también que el gran imperio comenzaba a desmoronarse.

CAÍDA DE LA MONARQUÍA PERSA Y ENCUMBRAMIENTO DE ALEJANDRO

Una de estas principales señales eran las intrigas y luchas entre los nobles y príncipes, que llegaron a su punto culminante cuando los dos hijos de Darío II se disputaron el trono. Ciro el Joven, convencido de que los soldados griegos eran mejores que las tropas reclutadas en diferentes regiones del Asia, tomó a sueldo 13.000 griegos para que le ayudasen a luchar contra su propio hermano. Ciro perdió la vida, y su ejército fué derrotado en Cunaxa, cerca de Babilonia. Los griegos, cuyo número quedó reducido a 10.000, abriéronse paso hasta la costa, acaudillados por Jenofonte, el famoso historiador, teniendo que vencer grandes dificultades.

Entre las muchas cosas que estos soldados contaron a sus conciudadanos al regresar a su patria, pudieron describirles el estado de degradación en que se hallaba sumida la monarquía persa, a causa de la molicie y el lujo, de las luchas intestinas, de la debilidad de los gobernantes y de la ambición de los sátrapas o gobernadores de las provincias, ponderándoles además lo mal organizado que se encontraba su ejército.

Por espacio de algún tiempo mejoró bastante el estado de los asuntos de Persia, bajo el reinado del enérgico rey Artajerjes III, quien subyugó de nuevo al Egipto y sofocó numerosas sublevaciones de los países mediterráneos. Pero su reinado fué corto, pasando después la corona a Darío III, monarca de los más débiles e infortunados de Persia, el cual tuvo que hacer frente a un general famosísimo en los fastos de la historia: Alejandro Magno.

Era Alejandro rey del Estado griego de Macedonia. Su padre, Filipo, que conocía los relatos de Jenofonte y sus soldados, había muerto mientras meditaba los planes para la invasión de Persia, y Alejandro sintió verdadera ansiedad de llevarlos a término, poniéndolos en ejecución sin demora.

LA MARCHA TRIUNFAL DE ALEJANDRO, QUE ANIQUILÓ EL IMPERIO PERSA

Habiendo cruzado el Helesponto en el año 334 antes de Jesucristo, obtuvo, una tras otra, numerosas victorias en el Asia Menor, Fenicia y Egipto, con su bien disciplinado ejército, y al tercer año de su expedición ganó una de las más grandes batallas del mundo, cerca de Arbelas, en la cual se decidió virtualmente la lucha. Las grandes capitales, Babilonia—que a la sazón había perdido gran parte de su pasada grandeza,—Susa y Persépolis, rindiéronse al poder de sus armas, siendo esta última incendiada y destruída hasta sus cimientos. Se cree que este incendio desastroso fué debido a una insensata venganza, en represalia de las atrocidades que los persas cometieron en Grecia.

El infortunado Darío III fué asesinado poco después, por uno de sus propios sátrapas, extinguiéndose así por algún tiempo el imperio fundado por Ciro el Grande unos 200 años antes.

Refiérese que Alejandro visitó la tumba, que aun subsiste, de este rey, y que leyó esta inscripción: « Yo soy Ciro el Rey.»

Por espacio de muchos años habían guardado los sacerdotes el ataúd de oro que contenía las cenizas del fundador de la monarquía medo-persa, destruído en la actualidad.

Alejandro no volvió jamás a Grecia. Prosiguiendo su camino, cruzó el Indo y llegó al Asia Central; fundó numerosas ciudades, que hizo colonizar por los griegos, y fijó su capital en Babilonia. Mas su muerte prematura impidiéle poner en práctica los vastos proyectos que había concebido para organizar como un gran imperio los inmensos dominios greco-persas que había conquistado.

LA INVASIÓN QUE PRIVÓ DE SU LIBERTAD A LOS PERSAS DURANTE 400 AÑOS

A su muerte, disputáronse sus generales la soberanía del imperio de un modo encarnizado, durando muchos años el ciclo de asesinatos, conspiraciones y derramamientos de sangre; hasta que uno de esos generales, llama-

do Seleuco, fundó una dinastía de reyes griegos, en Persia, denominada, en su honor, de los Seléucidas, 312 años, aproximadamente, antes de Jesucristo. Su capital fué Seleucia, situada a orillas del Tigris.

Los soberanos y colonizadores griegos lucharon con inmensas dificultades, teniendo los sucesores de Alejandro que sofocar constantes rebeliones y disturbios, hasta que por fin fueron perdiendo terreno gradualmente.

Más tarde, cuando los persas empezaban a acariciar la idea de recuperar su perdida independencia, surgió inopinadamente en el Asia Occidental una nueva y vigorosa potencia, que estableció un imperio del cual viéronse aquéllos obligados a formar parte como provincia subordinada.

Los recién llegados eran de la misma estirpe que los medos y los persas, aunque no tan inteligentes y refinados, y se les conoce en la historia con el nombre de partos, el cual deben al del país situado al Norte de Persia, del que se desterró voluntariamente esta tribu cuando vieron que les era imposible mantener su libertad contra los colonizadores griegos de la remota Bactriana.

Muy poco sabríamos de los partos, que dominaron a Persia durante más de 400 años, a no ser por el hecho de que, más adelante, sostuvieron constantes luchas contra los romanos, cuyos historiadores nos han legado noticias relativas a los héroes principales de esta raza. Por fortuna también, poseemos muchos de sus retratos, grabados con vigor y claridad, y que se han conservado incólumes desde la época en que fueron copiados del natural, hace ya muchos siglos.

LUCHA ENTRE PARTIA Y ROMA POR EL IMPERIO DE ORIENTE

Bien ajenos estarían Mitrídates el Grande, Orodes y otros héroes partos, de que imágenes grabadas en sus monedas habían de ser, muchos siglos después, ávidamente buscadas para formar una galería de retratos de su raza. En el Museo Británico pueden verse muchos de dichos retratos, entre los de los gobernantes que rigieron los destinos del Asia Occidental antes y después de la época a que nos referimos. La historia de Roma narra cómo los poderosos ejércitos romanos marcharon hacia Oriente para atacar a los partos, una y otra vez, cual se estrellan las olas contra la roca viva de una costa acantilada. En unas ocasiones, la suerte favorecía a los romanos, en otras, a los partos; pero al fin, cuando el imperio parto amenazaba ya derrumbarse, su último rey, Artabano, hacia el año 216 después de Jesucristo, infligió a los romanos dos abrumadoras derrotas y les arrancó una indemnización de guerra muy crecida.

Como diez años después tuvo efecto la tan escrupulosamente preparada y tanto tiempo aplazada insurrección de Persia, que logró sacudir el yugo y hacerse independiente. Artabano fué asesinado, y empuñó las riendas del nuevo Imperio Persa, o Sasánida, un rey llamado Artajerjes I, o Ardesxir, descendiente de la antigua estirpe real.

Por espacio de seis siglos habían permanecido los persas sometidos a la coyunda extranjera: primero, a la de Alejandro y sus sucesores; después, a la de los partos. Pero jamás se apartó de sus mentes durante todo ese tiempo el recuerdo de sus antiguas glorias, la pureza superior de su religión, ni las esperanzas futuras de su raza.

PERSIA SE ENGRANDECE DE NUEVO, AL CABO DE CENTENARES DE AÑOS

Llegado el momento oportuno, sobrevino una revolución certera y rápida, y el vetusto imperio persa surgió de nuevo a la vida. En el reverso de las monedas que ostentan el busto de Artajerjes aparece el fuego sagrado mantenido por un sacerdote, para demostrar el carácter religioso del resurgimiento y reconstitución del imperio. Los ídolos de los partos fueron destruídos, y los magos o sabios que predicaban la antigua religión de Zoroastro, fueron congregados en Persépolis y dióseles una parte importante en el gobierno del Estado.

En esta época fué cuando se pusieron por escrito los sagrados preceptos y

sentencias, los cuales pueden ser leídos hoy día en el Zend-Avesta, o Biblia de los persas, que sigue siendo aún la guía de muchos hombres virtuosos y cultos: los parsis de Persia y la India.

Artajerjes, al restablecer el gobierno, dióle una forma muy semejante a la estatuída por Darío el Grande. Numerosas obras de arte de los tiempos sasánidas han sido recuperadas de entre las ruinas de sus grandes ciudades, dándonos a conocer cuán grande eran la riqueza y magnificencia y el amor a lo bello de estos siglos de resurgimiento nacional.

Muchas fueron las guerras que tuvieron que sostener los reyes de la dinastía sasánida, algunos de los cuales fueron excelentes generales. Entre ellos sobresalieron dos reyes llamados Sapor y otros dos denominados Cosroes. El primer Sapor obligó a rendirse con todo su ejército al emperador romano Valeriano, suceso que fué inmortalizado en una escultura grabada en una inmensa roca.

UNA CARRERA DESENFRENADA HACIA LAS PUERTAS DE LA CIUDAD DE CTESIFONTE

El segundo Sapor derrotó al emperador Juliano en una encarnizadísima campaña. Los romanos tenían en el Éufrates un gran número de embarcaciones, y en una escultura grabada sobre una roca se ve a Juliano transportando su flota y su ejército del Éufrates al Tigris, siguiendo un canal que une ambos ríos, y atacando al ejército persa con sus elefantes y carros. Después tuvo lugar una desenfrenada carrera hacia la importante ciudad de Ctesifonte. Los persas llegaron primero y cerraron las puertas a sus perseguidores.

Al final de esta interesante campaña encontró el gran Juliano la muerte, viéndose su sucesor obligado a aceptar las condiciones que Sapor tuvo a bien imponerle, que fueron tales como los invictos romanos no habían escuchado jamás.

En los reinados de los dos Cosroes suscitáronse los conflictos con los emperadores de Oriente, Constantino y Heraclio, que hemos referido ya en otro lugar de esta obra.

PERSIA PERMANECE BAJO EL DOMINIO DE SUS NUEVOS CONQUISTADORES POR ESPACIO DE OCHO SIGLOS

Los conquistadores del Imperio de Oriente lo fueron también de Persia. Cuando el famoso estandarte de cuero—el delantal de herrero tachonado de diamantes y otras piedras preciosas—cayó en manos de los mahometanos, después de tres días de lucha desesperada, la nación que, con la vista fija en él, había tantas veces marchado a la victoria desde los remotos días anteriores a Ciro, fué subyugada y permaneció bajo el dominio del conquistador durante más de ocho siglos.

La independencia y religión nacionales extinguiéronse; pero se mantuvieron vivos el espíritu, la destreza y el valor de la nación, hasta que por fin llegó la época en que Persia volvió a resurgir con nueva vida y vigor; y con justo motivo puede enorgullecerse, aún hoy día, de sus glorias y grandezas pasadas. En otro lugar de esta obra tratamos de su historia moderna.



EL CANTO DE LA TARDE

Al contemplar cómo al expirar el día se recogen los hombres y los animales, buscando el descanso, Ruckert siente la nostalgia que le causa la ausencia de su amado hogar.

EN la montaña hallábame a la hora
Que allá en el horizonte
El sol camina hacia su ocaso. Absorto
Miraba sobre el bosque,
Como ligero encaje en él tendido,
Sus postreros fulgores.
Con la paz descendía sobre el campo
El rocío de la noche.
Daba la lengua de metal sonora,
De la campana el toque
Del *Ángelus*, señal y dulce aviso
Que a la natura impone
El reposo y advierte que al descanso
Debe darse ya el hombre.
Comprende, corazón, la dulce calma,
Me decía, y los goces
Que inspira la creación envuelta en sombras.
Con tu vista recorre
Cuanto existe en los campos; cuanto toma
Vida en ellos. Las flores
Sus cálices ya cierran y el riachuelo
En su curso es más torpe.
El fugitivo silfo ya reposa
En las hojas del roble,
Y el insecto rüin cierra sus alas
De la rama en el borde.
El dorado abejorro de la rosa
De purpúreos colores,
La verde hojita por su lecho toma,
Y a su aprisco en el monte
Regresa ya el pastor con su rebaño
Que a dormir se recoge.
La alondra vuelve del azul del cielo
Al trébol do se esconde
Su nido, y con el corzo luego el gamo
Se internan en los bosques.
Y quien es poseedor de una cabaña
En ella duerme entonces,
Y a aquel que pisa la extranjera tierra,
El sueño en que se absorbe
A su nativo hogar, ay, le conduce...
Y yo en mis ilusiones,
Un anhelo del alma ver no puedo
Cumplido en esta noche:
Un sueño que a mi patria me conduzca,
Donde están mis amores.

DESEOS

Ruckert, en medio de sus debilidades, envidia la inconmovible firmeza, la eterna juventud y las sanas alegrías de la Naturaleza.

QUISIERA ser como la roca enhiesta
Cuyas raíces bajo el mar se extienden,
Y cuya cima se levanta al cielo,
Y que jamás vacila y se estremece.

En los anhelos que mi mente forja,
Quisiera ser como la pura fuente
Que limpia surge del helado seno,
Con el murmurio que jamás ofende.

Quisiera ser como el frondoso árbol
Que a los rayos del sol sus ramas mece,
Y que sin nunca marchitarse vive,
Y florecido se nos muestra siempre.

A la avecilla que acaricia el aura
En el bosque, quisiera parecerme,
La que a la luz del sol alza sus trinos
Que en la azul extensión van a perderse.

EL GRILLO

El canto del grillo despierta en el alma de Lamartine dulces y sentidos recuerdos de un pasado venturoso.

OH grillo solitario
Cual yo lo estoy, despierta:
Oigamos ya tus voces
Que salen de la tierra.
La llama, pues, avivo
Para ver si te alegra.
Un alma al hogar falta:
Aquí todo es tristeza.

¡Oh grillo solitario
Que sales de la tierra,
Despierta sólo para mí! ¡Despierta!

Cuando era pequeñuelo
Cual lo es la cuna esa,
Hilaba Margarita,
Alzando aquí su rueca,

Los vientos del otoño
Gemían con rudeza.
Tu canto igual y lento,
¡Qué bien dormir me hiciera!

¡Oh grillo solitario
Que sales de la tierra,
Despierta sólo para mí! ¡Despierta!

Tres lustros de mis días
Corrieron por mi cuenta,
Cuando siempre cantando
Te oí en la chimenea.
No dejo de escucharte
En los meses que hiela,
Recuerdo el más sonoro
De toda casa vieja.

¡Oh grillo solitario
Que sales de la tierra,
Despierta sólo para mí! ¡Despierta!

Menor encanto tiene
Tu voz que en otras épocas.
¿También en tus acentos
Mis lágrimas se encuentran?
¿Lloras tú a tus hermanos,
Tu madre y a tu abuela?
El hogar de mi alma
A mí solo me alberga.

¡Oh grillo solitario
Que sales de la tierra,
Despierta sólo para mí! ¡Despierta!

La llama que de nuevo
En el hogar chispea,
Las voces que son caras
Parece que recuerda:
El alma en sí se abisma;
Los ojos se me cierran,
Y en sueños oigo a seres
Que faltan de la tierra.

¡Oh grillo solitario
Que sales de la tierra,
Despierta sólo para mí! ¡Despierta!

¡Cuántas cosas me dices
Y al corazón le cuentas,
Como a las lindas rosas
Habla el ave parlera!
En sus vuelos murmura
Sus cantos para ellas.
¡Oh voz triste y sin alas,
Sé el ave que a mí venga!

¡Oh grillo solitario
Que sales de la tierra,
Despierta sólo para mí! ¡Despierta!

EL OCASO

El mar se apaciguaba
Como en la urna ardiente
El licor espumoso
Si se apaga el hogar,
Arrollando en los bordes
Su onda resplandeciente
Que entraba en su gran lecho
Adormecida ya.

Y el astro que de nube
En nube descendía,
Sobre la ola, el disco
Sin rayos suspendió;
Y al fin cayó sangriento
Allá en la mar sombría
Como la nave presa
Del fuego destructor.

Y la mitad del cielo
Palideció, y la brisa
Sobre la vela inmóvil
Desmayándose fué;
Y la sombra agitando
Sus alas indecisa,
El cielo, el mar, la tierra,
Borraba de una vez.

Y recogí en el alma,
También palideciendo,
Las voces de la tarde
Que mueren en rumor,
¡Y algo en mí, a la plegaria
Del día respondiendo,
Lloraba y bendecía
Con misteriosa voz!

Donde el Ocaso cierra
La puerta de diamante,
La luz en olas de oro
Centelleando va;
Y la púrpura nube,
Como tienda ondulante,
Cubre sin extinguirlo
Aquel inmenso hogar.

Y los vientos, la sombra,
Las aguas del abismo,
Hacia el arca de fuego
Atropellarse vi;
Espanto que embargaba
Al Universo mismo;
¡Se va la luz, se siente
El miedo de morir!

Volaba en polvareda
La vía solitaria,
La espuma sobre la onda
Alzóse con afán...

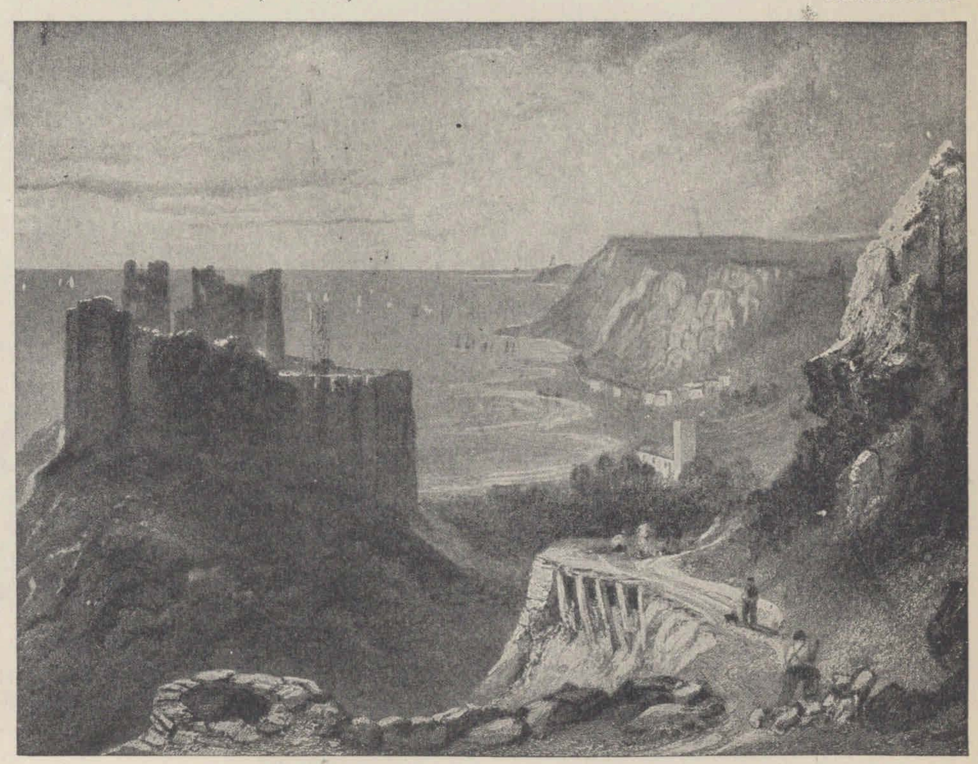
¡Con la mirada triste,
Errante, involuntaria,
Yo la seguí, llorando
Lágrimas sin pesar!

Todo desparecía
Con la sombra cubierto;
Aquel vacío, al alma
Llenaba de opresión;
Después, cual la pirámide
En medio del desierto,
Un pensamiento solo
De mi frente se alzó.

¡Oh luz! ¿Dónde caminas?
Oh nubes, ondas, viento,
Astro que en los espacios
Viertes tu claridad;
¿Adónde va la espuma,
El polvo, el pensamiento,
Adónde corre el alma,
El hombre adónde va?...

¡A Ti, que eres el Todo!
Y la estrella encendida,
La noche, el día, el alma,
Dentro de Ti se ven,
¡Flujo y reflujo eterno
Y universal de vida
Donde todo se absorbe,
Océano del Ser!...

LAMARTINE.



AL OCÉANO

Con levantada inspiración y grandilocuencia canta aquí José María Heredia las magnificencias del mar.

¡QUÉ! ¡De las ondas el hervor insano
Mece por fin mi pecho estremecido!
¡Otra vez en el mar!... Dulce a mi oído
Es tu solemne música, Oceano.
¡Oh! ¡Cuántas veces en ardientes sueños
Gozoso contemplaba
Tu ondulación, y de tu fresca brisa
El aliento salubre respiraba!
Elemento vital de mi existencia,
De la vasta creación mística parte,
¡Salve! Felice torno a saludarte
Tras once años de mortal ausencia.
¡Salve otra vez! A tus volubles ondas
Del triste pecho mío
Todo el anhelo y esperanza fío.
A las orillas de mi fértil patria

Tú me conducirás, donde me esperan,
Del campo entre la paz y las delicias,
Fraternales caricias,
Y de una madre el suspirado seno.
Me oyes ¡benigno mar! De fuerza lleno
En el triste horizonte nebuloso,
Tiende sus alas aquilón fogoso,
Y las bate: la vela estremecida
Cede al impulso de su voz sonora,
Y cual flecha del arco despedida
Corta las aguas la inflexible prora.
Salta la nave como débil pluma
Ante el fiero Aquilón que la arrebata,
Y al empezar el mundo su carrera,
Fué su primer vagido,
De tus hirvientes olas agitadas
El solemne rugido.
Cuando el fin de los tiempos se aproxime,
Y al orbe desolado
Consuma la vejez, tú, mar sagrado,
Conservarás tu juventud sublime.
Fuertes cual hoy, sonoras y brillantes,
Llenas de vida férvida tus ondas,
Abrazarán las playas resonantes,
Ya sordas a tu voz: tu brisa pura
Gemirá triste sobre el mundo muerto,



Y en torno, cual rugiente catarata,
Hierven montes de espuma.
¡Espectáculo espléndido, sublime
De rumor, de frescura y movimiento;
Mi desmayado acento
Tu misteriosa inspiración reanime!
Ya cual mágica luz brillar la siento;
Y la olvidada lira
Nuevos tonos armónicos suspira.
Pues me torna benéfico tu encanto
El don divino que el mortal adora,
Tuyas, glorioso mar, serán ahora
Estas primicias de mi nuevo canto.
¡Augusto primogénito del Caos!
Al brillar ante Dios la luz primera,
En su cristal sereno
La reflejaba tu cerúleo seno:
Y entonarás en lúgubre concierto
El himno funeral de la natura.
¡Divino esposo de la madre tierra!
Con tu abrazo fecundo
Los ricos dones desplegó, que encierra
En su seno profundo.
Sin tu sacro tesoro, inagotable,
De humedad y de vida,
¿Qué fuera?—Yermo estéril, pavoroso,
De muerte y aridez sólo habitado.
Suben ligeros de tu seno undoso
Los vapores que en nubes condensados,
Y por el viento alígeros llevados,
Bañan la tierra en lluvias deliciosas,
Que al moribundo rostro de natura
Tornando la frescura,
Ciñen su frente de verdor y rosas.

¡Espejo ardiente del sublime cielo!
En ti la luna su fulgor de plata
Y la noche magnífica retrata
El esplendor glorioso de su velo.
Por ti, férvido mar, los habitantes
De Venus, Marte o Júpiter, admiran
Coronado con luces más brillantes
Nuestro planeta que tus brazos ciñen,
Cuando en tu vasto y refulgente espejo
Mira el sol de su hoguera inextinguible
El áureo, puro, vívido reflejo.
¿Quién es, sagrado mar, quién es el hombre
A cuyo pecho estúpido y mezquino
Tu majestuosa inmensidad no asombre?
Amarte y admirar fué mi destino
Desde la edad primera;
De juventud apasionada y fiera
En el ardor inquieto,
Casi fuiste a mi culto noble objeto:
Hoy a tu grata vista, el mal tirano
Que me abrumaba, en delicioso olvido
Me deja respirar.—Dulce a mi oído
Es tu solemne música, Oceano.

HIMNO DE LA MAÑANA

La Naturaleza entera se anima y viste de gala en las primeras horas de la mañana. Arolas canta en sonoros versos, repletos de atrevidas y pintorescas imágenes, tan magnífico y espléndido espectáculo.

AL palacio del Sol, de altas columnas
Formadas de topacio luminoso,
Llaman las leves Horas, sus alumnas,
Que no conocen sueño ni reposo.

Se visten de una nube trasparente
Que a impulsos de los céfiros se muda,
Desatan sus cabellos largamente
Sobre la espalda nítida y desnuda.

De gotas de rocío coronadas
Y bebiendo en las auras ambrosía,
Con resplandor de tibias alboradas
Dan a la noche fin y abren el día.

Acarician con mano de azucena
Del claro luminar a los bridones,
Que al halago sacuden su melena,
Ganosos de cruzar altas regiones.

¡Cuadrúpedos alados! Se alimentan
De una luz eternal, pura y radiante,
Y respiran calor y fuego alientan
Cuando tascan el freno de diamante.

Ellas su genio activo distrayendo
Con astuto cariño, los detienen,
Y al carro de rubí los van unciendo,
Mientras con las caricias se entretienen.

Pero al ceñir el sol por las mañanas
Los rayos que jamás se debilitan,
Y al empuñar las riendas soberanas,
Ellos su raudo curso precipitan.

Agitando sus remos voladores,
Con la cerviz gallarda y altanera,
Se explayan por espacios superiores,
Mas el astro sus ímpetus modera

Con maestría docta y arte suma,
No sea que abandonen su camino,
Y el mundo miserable se consuma
Con un incendio horrendo y repentino.

Las horas junto al eje van formando
Un círculo de sílfides hermosas;
Siguen una en pos de otra, desatando
Sobre el zafir del cielo pie de rosas.

Y el mundo que era vasta sepultura
Sin voz, sin alegría y sin encanto,
Deja sombras de duelo y de tristura,
Y viste de la luz el regio manto.

¡Sombras, huíd! Rollad vuestros crespones
En las cuevas remotas y profundas,
Volved a vuestras fúnebres prisiones,
Plegaos en los huesos de las tumbas.

¡Luz sobre el alto monte! Ya es gigante
Con dorada diadema; seno y falda
Do serpea el arroyo susurrante
Se visten de una trémula esmeralda.

Los pinos con los vientos triscadores
Sacuden de su cúpula eminente,
Templo do el ave canta sus amores,
Las gotas de rocío trasparente.

Y la fiera de manchas salpicada
Se rebulle en la gruta do se abriga,
Deslizando por áspera quebrada
Si el nocturnal ayuno la fatiga.

En cáliz virginal de aromas lleno
Se introduce zumbando leve abeja,
Y a la engañada flor que le abrió el seno
Roba rico botín, parte y se aleja.

....

¡Luz sobre el mar! Sus ondas que dormían
Despiertan en sus lechos de corales,
Y a solazarse en tumbos se desvían
Viendo resplandecientes sus cristales.

Unas besan arenas en la playa,
Después que la amagaron con furores,
Ya la llenan de espuma que desmaya,
Mientras forma del iris los colores.

Otras entre sí chocan batallando
Con aljófares líquidos que estrellan,
Otras, franjas de nieve dilatando,
En sus bases derrumban o descuellan.

Aquélla cristal riza y lo desata,
Otra lleva más lejos su camino,
Una muestra su azul, otra su plata,
Otra vaga entre ciego remolino.

El bajel desplegando a la sonora,
Con majestad y pompa las embiste,
Y se humillan delante de su prora,
Como al noble señor el siervo triste.

El vapor las obliga con desvelo
Que le rindan espumas a millares,
Y con su nube de humo indica al cielo
Su artificioso rumbo por los mares.

El marinero adusto, cuyo pecho
Desafía la sirte peligrosa,
Entona un ronco adiós al patrio techo
Y al tálamo desierto de su esposa.

¡Todo es vida! La vida se derrama
Mezclada con la luz que la colora
Sobre el nítido pez de limpia escama,
Sobre el bajel y el agua bullidora.

Viste el sol a las moles de granito;
Y las torres más altas y serenas
Pierden pardo color, con que ha descrito
Su antigüedad el tiempo en sus almenas.

Del rayo matinal el fulgor vivo
Se sienta en los adornos recargados
Y delgadas columnas y arco ojivo
De los góticos templos elevados.

Hiere por las redondas aberturas
Al rosetón de vidrios de colores,
Y dibuja fantásticas figuras
En los santos recintos interiores.

Ave, céfiro, fuente, insecto, rama,
Arbusto, flor y réptil y colina,
Canta, suspira, bulle, zumba y ama,
Se mece, aroma, arrastra y se ilumina.

De la hortensia una leve mariposa
Las flores en corimbo va rondando;
Parece que la alada veleidosa
Les dice este concepto breve y blando:

« ¡Los sueños sacudid! alba ninguna
Me sorprende dormida entre claveles,
Que forman mi palacio y son mi cuna
Coronada de nítidos doseles.

» Quiero beber el llanto de la aurora
Sobre la primer flor que se despierta,
Y por robar el jugo que atesora,
Con la dulce inquietud estoy alerta.

» Reprendo a las que tardan, y al momento
Que les da nueva luz nuevo embeleso,
Apoyada en su tallo soñoliento,
Con astucia les doy el primer beso.

» Quiero que el sol admire la abundancia
De mi presa aromática y preciosa,
Y por eso me tachan de inconstancia,
Por correr sin cesar de rosa en rosa.

» Hoy sorprendí una flor que se escondía
Bajo de ajenas ramas bien segura;
Cuanto más mis halagos resistía,
Tuvo la libación mayor dulzura.

» Ayer una besé linda y fragante
Prendida entre los rizos de una bella;
Se distrajo la niña un solo instante,
Y aproveché el descuido, y di con ella.»

Aquí calló, porque otra hermana leve
Tal vez de dulce amor herida vino,
Y volaron las dos, huyendo en breve
Con alto y caprichoso remolino.

Mas yo que de la noche al peso duro
Gemí, viendo su sombra y su tristeza,
Debo entonar a Dios el himno puro
Que la rinde feliz naturaleza.

¡Origen y principio de ti mismo,
Eterno en el Empíreo donde moras,
Que miras las estrellas y el abismo,
De ti viene la luz y tú la doras!

Sin ti, el sol rutilante, antorcha fría
Vagara por el cielo moribundo;
Tú alimentas los rayos que él envía
Cuando de tu piedad llenas el mundo.

Tú cuentas las estrellas tan distantes
Que cual blanca neblina se presentan;
Mides la eternidad por sus instantes;
Por ti viven los seres, por ti alientan.

¡Dios! ¡Padre! ¡Criador! ¡Oh dulces nombres!
Llenan el corazón del que te invoca,
Son la rica esperanza de los hombres,
Y salen con amor de toda boca.

Tus obras me revelan tu grandeza;
Los astros tu esplendor; tu gloria el Cielo,
La tierra tu bondad y tu riqueza,
Y el día tu piedad, que es mi consuelo.

Ya que a tu santo amor mi pecho aspira,
Concédeme en las penas transitorias
Pulsar alguna vez sagrada lira;
Bardo de religión, cantar tus glorias.

EN EL INVIERNO

Es encantadora y sugestiva la descripción que Ros de Olano hace del hogar de la vieja casa de familia, nido de dulces recuerdos, y en la que imperan las costumbres tradicionales.

EL HOGAR

¿VES, hermana, cómo acude
Tras la aflicción el consuelo,
Sin que el corazón lo advierta
Ni lo procure el deseo?
Antes, al volver la vista
A la cruz del cementerio,
Vertías acerbas lágrimas
Con amargo desaliento;
Y hoy, con los ojos enjutos,
Pronunciando el Padrenuestro,
Han apartado tus manos
La nieve del santo suelo,
Donde de nuestros mayores
Yacen los mortales restos,
Cuyas almas inmortales
Te bendicen desde el cielo.
Se han cambiado tus sollozos
Y los ayes de tu pecho
En plácidas melodías
Que acusan otros afectos...
Y esa misma cantinela
Del ángel que guarda el sueño
De los niños, la aprendiste
En el regazo materno.
Nuestra madre te la dijo
Abrigándote en su seno,
Con arrullo de paloma
Cuando ampara a sus hijuelos.
Y la rueca, con sus flores
De siempreviva al extremo,
Y el huso de plata fina,
Con la inicial de su dueño;
Ese infatigable huso
Que tus delicados dedos
Tras levísimo chasquido
Lanzan con ágil gracejo;
Y ese copo bien peinado
Del lino de nuestro huerto,
Que vas desatando en hebras
De finísimo cabello;
La rueca, el huso y el lino
Son que allá en mejores tiempos,
Al compás de las canciones
Del ángel que guarda el sueño,
Sirvieron a nuestra madre,
Al arrimo de este fuego,
Para hilar blancas madejas
De que luego se tejieron
Las sábanas de tu cuna
Y las de mi breve lecho.
¡Oh, piadosa hermana mía!...
¡Cuán dulce contentamiento
Sentimos los dos ahora
En el altar del recuerdo;
En este hogar heredado,
Llama de calor perpetuo,
Que avivaban nuestros padres
Y sus padres encendieron!...
¡Así nosotros, hermana,
Venturosos herederos
De sus cristianas costumbres,
De su hacienda y de su techo,
Podamos legar el fruto
De sus honrados consejos
A hijos dignos de nosotros
Y dignos de sus abuelos!
Que en mal hora los que heredan
Olvidan sus venideros;
Y los que son en el mundo,
Porque sus mayores fueron,
Poderosos en riqueza,
En la ostentación egregios,
Y disipan en festines
Bajo artesonado regio,
Hacienda que no fundaron
Con su ciencia ni su esfuerzo,
Afrentan en ocio impuro
Honor que no merecieron.
Yo, a ejemplo de nuestros padres
Hermana mía, prefiero
A manjares no soñados
Por el natural deseo,
Frugal mesa abastecida
Para el preciso sustento
Con los frutos generosos
Que rinde al trabajo el suelo.
Y, al mirarlos sazonados
Con la forma en que nacieron,
Servidos en blanca loza
Sobre limpísimo lienzo,
Digo con gozo en el alma,
Y en quien soy los ojos puestos:
«Aves son de mis corrales,
Que en mis corrales nacieron;
Corderos de mis ovejas;
Caza que abatí en el suelo;
Vino tinto de mi viña,
Trasegado, limpio, añejo;
Verduras de mi cercado
Y frutas de mis injertos»...
Así Dios no me perdone,
Hermana, si te exagero;
Pero si se me obligase
A optar entre dos extremos:
Vivir sobrado de fausto
Fuera del hogar doméstico,
O empobrecer mi comida
Aquí, al amor de este fuego,

¡Hermana! Dios no me ayude
Si no es verdad que prefiero
A dejar mi amado asilo,
Un negro pan de centeno,
Con las frutas arrugadas
Que guardas para el invierno.
Mas ya advierto que vencimos
Esta velada de Enero;
Y, pues nos anuncia el gallo
Que ha dormido el primer sueño,
Hermana, arropa la lumbre
Con la ceniza, y dejemos
La guarda de nuestro ejido
A mi leal compañero.
Ni asechanzas de la envidia
Ni injustas venganzas temo;
Pues, al fin, no tiene el hombre
Mejor amigo que el perro.

AL TEQUENDAMA

José Joaquín Ortiz celebra aquí, en inspirados y grandilocuentes versos, la grandiosidad sublime del Tequendama, magnífico salto de 139 metros de altura, formado por el río Funza, no lejos de la capital de Colombia. Esta oda de Ortiz, justamente celebrada, es de las que consolidaron su fama de poeta.

OIR ansié tu trueno majestuoso,
¡Tremendo Tequendama! ansié sentarme
A orillas de tu abismo pavoroso,
Teniendo por dosel de parda nube
El penacho que se alza de tu frente
Que, cual el polvo de la lid ardiente,
En confundidos torbellinos sube.

Quise también mezclar mi acento débil
Al grande acento de tus muchas aguas,
Y, respirando el aire de tu gloria,
Ensalzarte también con voz ferviente,
Mi lira haciendo digna de memoria,
Y arrojarla después a tu corriente.

Heme aquí contemplándote anhelante
Suspenso de tu abismo;
Mi alma atónita, absorta, confundida,
Con tan grande impresión te sigue ansiosa
En tu glorioso vuelo
Y al querer comprenderte desfallece
De tanta fuerza y majestad vencida.

Tu voz es cual la voz de un Dios que pasma
De asombro y de terror a las naciones;
Cual rimbomba el cañón de la pelea,
Y anuncia así de lejos al viajero
La hórrida majestad que te rodea.
Los ecos ensordecen y se cansan
De repetir el rebramar horrendo
Que de ti suena en torno,
Cual si fueran los himnos de un trïunfo
Lleno de pompa y belicoso estruendo.
El águila asustada alza sus vuelos
Por el éter brillante a las montañas
Donde chillan hambrientos sus hijuelos.

Manso y tranquilo y sosegado corre
Lleno de majestad, y de repente
Cual dragón infernal alza la frente,
Sacude enfurecido
Las vedijudas greñas,
Y asoma al borde del abismo, y brama,
Y se lanza iracundo
De un abismo a otro abismo más profundo
En sábanas lumbrosas de alba espuma,
A ser despedazado entre las peñas.
La roca al golpe gime:
Hierve la onda atormentada y gira,
Se rompe, se revuelve, se comprime
Con clamoroso y desigual rugido,
O como quien se queja y quien suspira,
Y como el humo de una gran hoguera
A torbellinos al olimpo sube
De clara niebla en argentada nube;
Y el poderoso acento
De soledad en soledad, de un monte
A un monte más lejano, lleva el viento.

El ángel guardador de tus raudales
Aquí, de tarde, a contemplarte viene,
Y en ese altar de piedra que se avanza
Lleno de algas, de espuma zarpeado,
Se sienta, el ruido de tu choque oyendo.
Su cabeza de juncos ven ceñida
Y de silvestres ovas,
Y su capa de púrpura teñida
Los montañeses, y oyen el concierto
De su laúd divino, al brillo incierto
De la pálida luna
Cuando en silencio está todo el desierto.

¡Prodigio del Creador! ¡oh! ¡nada falta
A tu gloria! Pictórico horizonte
Delante se abre; antiguos como el mundo
Los árboles se elevan en tu monte;
Solemnes armonías
Resuenan en tu seno ancho y profundo:
Flores, aromas, luz y movimiento;
Aire esencial de vida en cada aliento;
Un cielo claro encima,
Como el alma de un niño, ven los ojos;
Y por diadema para ornar tu frente
Iris de oro, de púrpura y diamantes
Se cruzan sobre ti reverberantes.

Mas ¿dónde están, oh río, aquellos pueblos
De esta región antiguos moradores?

¿Qué se hicieron los Zipas triunfadores
Que se sentaban sobre el trono de oro,
Y que padres más bien que augustos reyes,
Con amor sonrïendo y frente leda,
De dulce paz dictando iguales leyes,
Cual se gobierna una familia, al pueblo
Con el cayado patriarcal guiaban
Cual con riendas de seda?

¿En dónde el templo en láminas de oro
Resplandeciente al sol? ¿A qué comarca
Trasladaron las aras en que ardía
El aroma suavísimo, entre el coro
De virginales voces noche y día?
¿Dónde Aquinún? ¿El Bogotá? ¿El Tundama?
¿Adónde el santo Sugamuxí, adónde?
Tu trueno asordador como un lamento,
Es la voz sola que a mi voz responde.

¡Pobres indios, abyectos, decaídos
Del valor varonil, desheredados
De este tan bello y tan fecundo suelo,
Vosotros no poseéis de vuestra patria
Sino el dulce aire y el brillante cielo,
O una heredad cortísima! El arado
Rompe la tierra y de las tumbas saca
Los ídolos pequeños, confundidos
Con el polvo sagrado
De un sacerdote, un Zipa, un rey de Iraca.

Como se avanzan a este abismo obscuro
Y en él se pierden las pesadas ondas,
Así su pobre raza desparece;
Parte cayó bajo el acero duro
De los conquistadores; en los hierros,
En infectas prisiones y sombrías
Se marchitó su juventud lozana;
Otra se pierde en el estrecho abrazo
Con sangre de verdugos confundida...
¡Nación ayer, no existirá mañana!

¡Y este río caudal sigue corriendo
Como corrió desde la edad antigua!
¡Y el trueno aterrador que estoy oyendo
Sonaba desde entonces como ahora,
Duro, rabioso, asordador, tremendo,
Como una eternidad devoradora,
Y sonará cuando al sepulcro caiga
Este hombre obscuro, débil, ignorado
Que oyéndolo a su borde está sentado!

¡Oh! ¡qué objetos! ¡el hombre y Tequendama!
¡El hombre sin poder, pincel ni acento
Con que pintar lo que su mente inflama,
Que ayer nacido, vivirá un momento
Y mañana en el polvo del sepulcro
De su vivir se apagará la llama!

¡Y esta tremenda catarata, eterna
Con esa voz, cual la de mil tambores,
Cual ruido estrepitoso
De cien y cien caballos triunfadores
En el afán de una total derrota;
Y ese hervir fragoroso, inextinguible,
Y esa su roca firme, estable, inmota,
Que alcanzará a los años de los años
Y del mundo a la edad la más remota!

¡Calma un momento el torbellino raudo
En que ruedas, oh río, al ciego abismo,
Y ese fragor y la explosión del trueno!
¡Disipa el pabellón de negra nube
Que cada instante de tu lecho sube
Para velar tu majestad! ¡Mi alma,
Mis deslumbrantes ojos, mis oídos
Sordos ya con el ruido de tus aguas
Anhelan contemplarte un solo instante
Y dejarte después agradecidos!
Porque tu vista bella
Asombro, pasmo, horror sublime inspira
Y de verdad severa lección grande
Deja en la mente con profunda huella.
Aire de gloria y de virtud respira
El hombre en ti, capaz de más se siente:
De legar a los siglos su memoria,
De ser un héroe, un santo o un poeta,
Y sacar de su lira
Un son tan armonioso y tan sublime
Como el iris que brilla por tu frente,
Como el eco de triunfo que en ti gime.

LA NIEBLA

La imaginación romántica de Enrique Gil y Carrasco, poeta español (1815–1846), describe sus candorosas ilusiones de niño en esta poesía, notable por su melancólica dulzura.

NIEBLA pálida y sutil
Que en alas vas de los vientos,
No así callada y sombría
Desparezcas a lo lejos.
O en pos de ti correré,
Sin vagar y sin sosiego,
Porque está sedienta el alma
De tus sombras y misterios.

Acuérdate, engañadora,
Del inocente embeleso
Con que, niño embebecido,
Contemplaba tu silencio,
Por ver si en él resonaban
Perdidos y blandos ecos
De las arpas melodiosas
De las magas de los cuentos.

Crédulo entonces y puro
Rasgar intenté tu velo,

Pensando que me ocultaba
Sus palacios hechiceros,
Sus fantásticos pensiles,
Sus músicas y torneos,
Y los flotantes penachos
De encantados caballeros.

Rasgada en pedazos mil,
Cual perdido pensamiento,
Te vi envolver cuidadosa
Y con solícito anhelo
Las almenas carcomidas
Del alcázar, que en un tiempo
Escándalo fué del mundo
Por su pompa y devaneos,

Sin ver que era vano afán
Y descabellado intento
Velar sus rotos blasones
Y sus mutilados fueros
Con tu liviano ropaje,
Y más liviano deseo;
Y con todo alguna vez
El sol te daba contento

Reverberando apacible
Del torreón altanero
En el musgo húmedo y triste;
Roja chispa de su fuego,
Que después tú disfrazabas
Hasta mentir el reflejo
De perfilada armadura
O de rutilante yelmo.

¡Cuántas veces me engañaste
Con dolosos sortilegios,
Haciéndome atropellar,
Desapoderado y ciego,
Las ruinas de algún castillo,
Cándido infante, creyendo
Mirar de pie en su poterna
Membrudo y alto guerrero
Como lúgubre guardián
De la prez de sus abuelos!

¡Cuántas veces ¡ay! mis lágrimas
Por tus mentiras corrieron
Al ver que mi fantasía
Y mi dulcísimo ensueño
Tornábanse entre mis manos
Manojo de musgo seco,
Que en vagas ondulaciones
Flotaba a merced del viento!

Y a la verdad no era mucho
Que el sol oyera tu ruego;
Porque nunca le engañaste
Para mostrarse severo:
Y, a pesar de tus engaños,
Yo te adoraba en extremo.

Y aun te adoro, parda niebla
Porque excitas en mi pecho
Memorias de bellos días
Y purísimos recuerdos;
Porque hay fadas invisibles
En el vapor de tu seno,
Y porque en ti siempre hallé
Blando solaz a mi duelo.

¡Ay del que pasó la infancia
A sus ilusiones muerto!
¡Ay de la flor que fragancia
Consume y pura elegancia
En apartado desierto!

¡Ay del corazón de niño
Que se abrió sin vacilar,
Sin reserva y sin aliño,
Pidiendo al mundo cariño,
Y no lo pudo encontrar!

Niebla que fuiste mi amor
Y de mi infantil desvelo
Amparo consolador,
Que sola bajo del cielo
Comprendías mi dolor;

¡Qué mucho que yo te amara
Yo desterrado del mundo,
Que en ti perdido vagara,
Y a ti sola confiara
Mi desamparo profundo!

Tú a mi espíritu algún día
Dabas tus húmedas alas,
Y, demente de alegría,
El vago viento corría
Descomponiendo tus galas.

Cuando, en el llano tendida,
Los contornos de los montes
Ocultabas atrevida
Fingiendo en los horizontes
Vaga mar desconocida;

Y de la verde montaña,
Que asomaba la cabeza
Con altiva gentileza
Isla formabas extraña
De delicada belleza:

Bogaba la fantasía
Por tu misterioso mar,
Y en su ignorancia creía
La virgen isla lugar
De ventura y de alegría.

Y crédulo la soñaba
Puerto en la vida seguro,
Y desde allí imaginaba
Un porvenir que llegaba
Sereno, radiante y puro.

En tu piélago tal vez
De gótica catedral
La fábrica colosal
Flotaba con altivez,
O fortaleza feudal.

Y el ánima embebecida
En entrambas se fijaba,
Y ya la veleta erguida,
Ya la almena esclarecida
Solitaria acompañaba.

Que en los mares de la edad
No flotan, no, de otra suerte
Mundana pompa y beldad,
Hasta que en la oscuridad
Relumbra el sol de la muerte.

Todo confuso y borrado
En tu seno aparecía,
Vaporoso y nacarado
Y en celajes mil velado
Como luna en noche umbría.

Y la mente virginal
Que sólo a ver alcanzaba
Las rosas en el zarzal
Y otros vientos no soñaba
Que la brisa matinal;

Tus enigmas resolvía
A favor de la inocencia,
Y calma tan sólo vía,
Y solamente escondía
Amor sin fin y creencia.

Que hay una edad placentera
De vistosos arreboles,
Pura como azul esfera,
De espléndida primavera
Y mágicos tornasoles,

En que se goza el dichoso
Porque en la dicha confía,
En que se goza el lloroso
Viendo fanal luminoso
Allá en la bruma sombría.

De pura nieve y carmín
Formada está el alma nueva:
No es mucho, pues, que se atreva
Con el destino, y que beba
En las copas del festín.

Vaga niebla sin color,
No es mucho que vea en ti
Serenas dichas de amor,
Luz de brillante rubí
Y verdes prados en flor.

No es mucho; porque ilusiones
De tan vistoso jaez
Pasan tan sólo una vez
Para velar sus blasones
En perpetua lobreguez.

Su blanca luz placentera
Brilla un instante no más,
Y en la amorosa carrera
De juventud hechicera
No vuelve a lucir jamás.

Niebla, ya no puedo ver
En tu misterioso espejo
Los verjeles del placer,
Que el corazón está viejo
De quebranto y padecer.

Pasó mi infancia muy triste,
Más pasa mi juventud;
Que entonces tú me acogiste,
Y hoy mi ventura consiste
En la paz del ataúd.

Mas, ya que has sido mi amor,
Envuélveme con tu velo,
Dame sombras y consuelo,
Que tú sola mi dolor
Has comprendido en el suelo.

AL MAGDALENA

La anchurosa y soberbia corriente del Magdalena, uno de los grandes ríos americanos, que arrastra su caudal entre las dos cordilleras andinas en territorio de Colombia, inspiró a Manuel María Madiedo, poeta de dicha república, la oda que va a continuación, esmaltada de brillantes imágenes y muy rica en colorido local.

¡SALUD, salud, majestuoso río!...
Al contemplar tu frente coronada
De los hijos más viejos de la tierra,
Lleno sólo de ti, siento mi alma
Arrastrada en la espuma de tus olas,
Que entre profundos remolinos braman,
Absorberse en las obras gigantescas
De aquel gran Ser que el infinito abraza.

¿Qué fuera aquí la fábula difunta
De las ninfas de Grecia afeminada,
Al lado del tremendo cocodrilo
Que sonda los misterios de tus aguas?

No en tus corrientes nada el albo cisne,
Sólo armonioso en pobres alabanzas;
Pero atraviesan tu raudoso curso
Enormes tigres y robustas dantas;
Cadáveres de cedros centenarios
Tus varoniles olas arrebatan,
Como del techo del pastor humilde
Las tempestades la ligera paja.

No nadan rosas en tus aguas turbias,
Sino los brazos de la ceiba anciana,
Que desgarró con hórrido estampido
El rayo horrendo de feroz borrasca.
Veo serpientes que tus aguas surcan
Cuyos matices a la vista encantan,
Y oigo el ronquido del hambriento tigre
Rodar sobre tu margen solitaria;
Mientras salvaje el grito de los bogas
Que entre blasfemias sus trabajos cantan,
Vuela a perderse en tus sagradas selvas,
Que aun no conocen la presencia humana.

¡Oh, qué serían Sátiros y Faunos
Bailando al son de femeniles flautas,
Sobre la arena que al caimán da vida
En tus ardientes y desiertas playas!...
¡Ah, qué serían cerca de los bogas
Que rebatiendo las calludas palmas,
En el silencio de solemne noche
En derredor de las hogueras danzan
Acompasados, al rumor confuso
De tus mugientes y espumosas aguas,
Que acaso llega a interrumpir no lejos
Del ronco tigre seca la garganta!...

Yo los he visto en una obscura noche
Dando a los aires la robusta espalda,
Sobre la arena que marcado habían
De las tortugas la penosa marcha,
Y del caimán la formidable cola,
Y de los tigres la temible garra.
Yo los he visto en derredor del fuego
Danzar al eco de sonora gaita,
Mientras silbaba el huracán del Norte
Sobre tus olas con sañuda rabia.
Yo los he visto juntos a la hoguera
Cavar ansiosos tus arenas blandas,
Y en sus entrañas despreciar el lecho
Del más pomposo femenil monarca.
Aun me figuro que sus rostros veo
Del trémulo relámpago a la llama,
Con los ojos cerrados, cual si fueran
Los despojos de un campo de batalla.

No muy lejos de allí, menos salvaje
Sobre tu arena inculta y abrasada,
El caimán abandona tus corrientes
Y junto al boga sin temor descansa.

En vano busca en tu desierta margen
El hombre, que cual débil sombra pasa,
Palacios y ciudades de una hora,
Que derrumban del tiempo las pisadas.

El pescador que en tus orillas vive,
Bajo su choza de nudosas cañas,
Que a nadie manda, ni obedece a nadie,
De sí mismo el vasallo y el monarca,
¿No es más dichoso que el abyecto esclavo
Que entre perfumes sus cadenas carga?

¡Yo te saludo en medio de la noche,
Cuando en un cielo plácido y sin mancha
Mira la luna en tus remansos bellos
Su faz rotunda de bruñido nácar!
¡Yo te saludo, nuncio del Océano!
Todo eres vida, libertad y calma;
Y el hombre libre que sus redes seca
En tu sublime margen solitaria,
Como en Edén nuestros primeros padres,
Sólo de Dios adora la palabra.

Tú te deslizas al través del tiempo
Como la sombra de la acuátil garza,
Sobre la paz de tus fugaces olas
Que de los montes a los mares bajan.
En tus riberas vírgenes admiro
La creación saliendo de la nada,
Grandiosa y bella, cual saliera un día
Del genio augusto que tus olas manda.

¡Corre a perderte en los ignotos mares
Como entre Dios se perderá mi alma!

Cedros y flores ornan tu ribera,
Aves sin fin que con tus ondas hablan,
Cuyos variados armoniosos cantos
De tus desiertos la grandeza ensalzan.

¡Yo te saludo, hijo de los Andes!
¡Puedas un día fecundar mi patria,
Libre, sin par por su saber y gloria,
Y habrás colmado toda mi esperanza!

A UNA ESTRELLA

Adolfo Berro, sintiéndose abrumado de males y oprimida el alma de tristeza, desahoga su dolor en esta poesía a una estrella solitaria, en la que cree ver, más bien que un mensajero de paz y de consuelo, un astro de siniestros augurios.

PÁLIDA estrella que mi frente hieres
Con luz escasa, mientra en blando lecho
Busco a los males que mi ser devoran
Bálsamo en vano.

¿Por qué te ostentas solitaria en medio
Del negro manto que la noche tiende,
Pábulo dando a las que abriga el alma
Locas ideas?

....

¿Eres el ángel que en mi guarda vela,
Y ansiosa vienes a calmar la mente,

Secando el lloro que arrancó a mis ojos
Mundo engañoso?

Querub, acaso, del celeste coro
De allí te apartas para dar consuelo
Al que en estrecha y solitaria cárcel
Mísero gime.

Tal vez al hombre que del suelo patrio
Lejos arroja su infeliz destino,
Traes en tu lumbre de perdidos bienes
Grato recuerdo.

En ti la imagen de la amante esposa,
En ti la faz del adormido hijuelo,
O el rostro amigo de la anciana madre
Plácido mira.

Al nauta guías que los mares hiende,
Al indio rudo que el desierto corre,
Y al verte augura bonancible día
Yerto el mendigo.

Mas ¡ay! velada por opacas nubes
Tu luz perece, macilenta estrella,
Y el pecho mío por doquier te busca,
Présago late.

Ingratas voces que al oído llegan
Astro te dicen de mi frágil vida,
Que mustia brilla, y el sepulcro espera
Luego en su seno.

EL AIRE Y EL AGUA

El atribuir vida y pensamiento a los seres inanimados, es privilegio reservado a los poetas. En estos versos puede verse con qué ingenio hace uso Selgas de tal prerrogativa.

I

Él vuela en el valle ameno
Con solicitud extraña,
Ella al pie de la montaña
Tiende su raudal sereno.

Él trémulo se desliza
Moviendo las ramas graves,
Ella en círculos süaves
Sus dóciles ondas riza.

Ambos se encuentran en suma,
Rivales en pompa y galas:
Él perfumadas las alas,
Ella cubierta de espuma.

II

El aire al verla se engríe,
Llega, la besa y suspira;
Ella avergonzada gira,
Tiembla toda, y se sonríe.

—Yo soy, el agua murmura
Agitando su corriente,
La hija altiva del torrente
Que salta en la peña dura.

Alzando polvo en la tierra
Ufano el aire la dijo:
—Yo soy más; yo soy el hijo
Del rudo huracán que aterra.

III

Suspensa el agua lo mira,
Tiende con gracioso encanto
La pompa azul de su manto,
Y estas palabras suspira:

—Mucho en tu origen reparas,
Pero es mayor mi tesoro;
Yo sobre arenas de oro
Derramo mis ondas claras.

—Si tu valor no es escaso,
Bien tu orgullo lo levanta:
Mas no hay flor, ramo ni planta,
Que no se incline a mi paso.

—Nacen las flores más bellas
Donde van mis ondas frías.
—Ya se sabe que las crías
Para que yo duerma en ellas.

IV

Callóse el agua oportuna
Por esquiva o por modesta;
Esperó el aire respuesta,
Pero no obtuvo ninguna.

Siguió muda la corriente,
Voló inquieto el aire ufano,
Esperó respuesta en vano
Y al fin prorumpió impaciente:

—Desdén te inspiran los celos.
Y ella dijo:—Mucho subes.
—En mí se mecen las nubes.
—Y en mí se miran los cielos.

V

Callaron: el agua grave
Gimió con dulce interés;
Alzó el vuelo el viento suave,
Y es cosa que nadie sabe
Adónde marchó después.



LOS NIDOS

Esta delicada composición es de Ventura Ruiz Aguilera, quien se refiere en ella a los nidos de las aves, en las distintas estaciones del año.

EL almendro florece;
Ábrese el lirio; luego
La amapola de fuego,
Que una llama parece;
Y, con sordo murmullo,
La rosa también rompe su capullo.

La luz aun no clarea
Del alba, ni en alegre y mansa nube
El humo al cielo sube
De hospitalario albergue o chimenea,
Cuando, a la par del gallo vigilante,
Despiértase la alondra, y dulce trina
A las estrellas pálidas vecina,
Mensajera amorosa
Del sol; como en la selva silenciosa,
Al morir de la tarde,
Con voz más triste y bella
El ruiseñor oculto se querella.

Después, el astro rey fecundo baña
El valle y la montaña;
Al rayo de su lumbre
Que la deshace en breve,
En arroyos la nieve
Despeñándose baja de la cumbre,
Con salvajes rumores,
Y riega la campiña
Llena de luz, de cánticos y flores.

¡Cómo, al nido asomado,
Moviendo sin cesar la calva frente,
El polluelo inocente,
Campiña y luz y arroyos ve pasmado!
Del mundo al contemplar las ricas galas,
Tender quiere las alas,
Y volar y vivir,... pero le asusta
La extensión del espacio, retrocede,

Y torna, y otra vez al temor cede;
Hasta que el padre le acompaña y guía,
Mostrándole su celo,
Con el peligro, la segura vía.

Si el nuevo pajarillo
Es débil para el vuelo,
Desciende presurosa
La madre, que en su ausencia no reposa,
A recoger del suelo,
Para el nido que está bajo su amparo,
Ya paja y heno, o la sutil bedija
Al cordero robada
Por el zarzal avaro;
Ya la pluma olvidada
De otras amigas aves,
Y aromáticas yerbas y süaves;
Ya el precioso alimento
De la familia que dejó un momento;
Y cuando al nido torna,
De inquietud maternal y de amor llena,
Dentro, muy dentro suena
Con mal formados sones,
Como rumor confuso
De besos, y de gozo y bendiciones.

Pasaron las risueñas alboradas
Y las tranquilas noches de verano;
Vinieron las ventiscas desatadas,
Que la alta cumbre y llano
Despojan de hermosura,
Trayendo en pos de sí la niebla oscura.

Entre el horror sublime
De los campos, que al ánima suspende,
El olmo al cielo tiende
Los descarnados brazos, y al son gime
Del vendaval que azota
Su frente sin verdor, hollada y rota.
Están los bosques mudos;
Escarcha o nieve cubre
Los árboles desnudos
A las revueltas ráfagas de Octubre.

Por los aires desiertos,
Hija de la tormenta,
Con giro torpe cruza
Tal vez un ave de rapiña, hambrienta,
De corvas garras y graznido ronco,
Que luego el pico aguza
En pedernal y tronco.
Y en el hueco de encinas y de peñas,
Colgados entre breñas,
O en un rincón de viejos palomares
Do no llega el calor de los hogares,
Solos se ven y yertos,
Como cunas vacías
De pobres niños muertos,
Los nidos que otros días
Poblaron monte y valle de armonías.

AL MAMORÉ

El Mamoré, río de Bolivia y el Brasil, que arrastra sus aguas por regiones vírgenes y solitarias espesuras de sin par belleza, tiene un cantor elegante e inspirado en Ricardo José Bustamante, diplomático y literato boliviano (1821–1880), que hace votos por que el progreso llegue hasta aquellos territorios inhabitados y los despierte de su secular sopor.

TÚ aquí en regiones ignoradas giras,
Serpiente nacarada, bajo un cielo
Palio de lumbre por do tiende el vuelo
La garza colosal;
Río argentado que onduloso ciñes
Vírgenes bosques, o en variadas tintas
Sobre tu espejo con sus nubes pintas
El éter tropical.

Al fin respiro tus fragantes auras;
Tus palmas miro que columpia el viento;
Oigo en tus selvas armonioso acento
Y admiro tu quietud;
Oh tú a quien siempre en ilusión lejana
Vi cual portento que a la patria mía
Las puertas abras a su gloria un día,
¡Gran Mamoré!—¡Salud!

De región fría y apartada vengo,
Donde el monarca de los Andes brilla
Con su manto de armiño, maravilla
De ingénito poder.
De allí al empuje de infortunio infausto
Yo vengo, sí, cansado peregrino,
Y al verte aparecer en mi camino
Ya aliento de placer.

Placer que inspira al corazón patriota
Alegre canto y de solaz lo llena;
Así el proscrito ya olvidó su pena
Al verte, Mamoré.
Si no es mi canto como el dulce canto
De los bardos que pueblan tus regiones,
Preludia sobre ti las bendiciones
Del porvenir, con fe.

En el seno feraz de los desiertos
Genio escondido en soledad murmuras
Al blando soplo de las auras puras
Con plácido reir;
Mientras la patria tu existencia ignora,
Cual ignoras que en ella los humanos
Se agitan por correr tras los arcanos
De un grande porvenir.

Sobre tu manto líquido, ondulante,
Refleja el cielo diamantina estrella,

Que suerte anuncia venturosa y bella
Al patrio pabellón;
Cumplir se debe tan brillante ensueño,
Undoso río que hacia el mar te lanzas
Mecido por futuras esperanzas
De gloria y de ambición.

Corres hoy arrastrando añosos troncos
Que aun ostentan ropaje de esmeralda,
O ya a los juncos de la verde falda
Arrancas tierna flor;
Tu majestuosa soledad recrean
Parleras aves de pintadas plumas
Que en ti retratan su elegancia suma,
Girando en derredor.

Caimán que invade la arenosa orilla,
Blanco bufeo que rasgando el agua
El rumbo sigue de veloz piragua,
O la hoja que cayó;
O ya algún tigre que a la opuesta margen
Se lanza a nado con tranquila frente,
Perturban la quietud de tu corriente
Que el hombre aun no turbó.

Tendido al pie de la floresta virgen,
Cual amante a los pies de la que adora,
Cuando el último rayo del sol dora
Tus ondas de cristal,
Te deleitas feliz con los perfumes
Que en alas de la brisa pasajera
Te arroja de su ondeante cabellera
Tu amada virginal.

Es solemne el concierto de tus bosques
En el silencio de la noche, cuando
Con grito melancólico turbando
La augusta soledad,
El pájaro gemífero y el viento
En bonanza te aduermen deliciosa,
Mientras el rayo de la luna hermosa
Te da su claridad.

Tal es tu vida en el presente, oh río:
Gigante puerta del soberbio templo
Que, de prósperos pueblos al ejemplo,
La patria labrará.
Hay de vida otro mundo que en ti duerme,
Mundo y vida de acción en la natura
Con que a los hombres dispensó ventura
La mente de Jehová.

Dormiste el sueño de pasados siglos;
Siempre ignorado resbalaste en calma;
Siendo tus ondas de la acción el alma,
Tu noche larga fué.
Rompa tu sueño secular el hombre;
Tu margen pueble de ciudades bellas;
Marque en tus bosques el vapor sus huellas,
¡Despierta, Mamoré!

LA DALIA

—« LA dalia es hermosa » — cantaban las aves,
Volando ligeras en torno a la flor:
La flor ocultaba sus hojas süaves,
Temblando inocente de casto pudor.

—» ¿Qué tiene la esquiva — las aves decían,—
Que guarda su cáliz del sol celestial? »
Y más afanosas sus alas batían,
Y más se ocultaba la flor virginal.

Las aves dijeron:—« ¿Te causa congojas
El vuelo oficioso del aura sutil? »
La flor por respuesta cerró más sus hojas,
Doblando impaciente su tallo gentil.

Huyeron las aves, y tímida y pura
Abrió muy despacio sus hojas la flor:
Fecunda brillaba su casta hermosura.
¡Oh brillo fecundo del casto pudor!

José Selgas.

EN LA PLAYA

El poeta recuerda a la vista del mar los felices días de su infancia, pasados en la playa, y busca en ese recuerdo un lenitivo para la amargura inmensa que atribula su espíritu. El asunto está tratado con mucha delicadeza por Manuel del Palacio.

OTRA vez, Oceano, del destino
La rueda caprichosa,
Me arrastra junto a ti, que entera guardas
De mi niñez la historia.

Otra vez a tu arrullo me adormezco
Como en aquellas horas,
En que tus tempestades presagiaban
Tempestades más hondas.

Tú eres el mismo mar que tantas veces
Fijó mi vista absorta,
Dando a mi corazón el dulce anhelo
Y la mortal zozobra.

Yo no soy el que fuí: lentos los días
Llévanse, una tras otra,
De mi infantil edad las ilusiones,
Mis esperanzas locas.

Sin tregua, como tú, rudo combato
En lid que me destroza,
Y retrocedo ante el escollo inmóvil
Que mi furor redobla.

Ya no me alegra el rayo de la luna
Cuando tu espalda borda,
Ni el sol que al declinar tiñe tu frente
De mágica aureola;

Ni del delfín los caprichosos juegos,
Ni las sencillas notas
Que modula el alción, triste habitante
De la desnuda roca.

Náufrago de otro mar vengo a tu orilla
Trayendo en mi memoria,
Con los delirios de mi edad pasada,
Mis amarguras todas.

Harto tiempo feliz hallé a tu lado
La paz que busco ahora;
Harto mezclé al murmullo de tus vientos
Las risas de mi boca.

Hoy del raudal oculto de mi llanto
Te ofrezco algunas gotas;
De este raudal que, abierto, bastaría
Para endulzar tus olas.

EL MOLINO

Con breves y seguras pinceladas pinta aquí Grilo la rústica escena de la molienda del trigo.

SIGUE el agua su camino,
Y al pasar por la arboleda
Mueve impaciente la rueda
Del solitario molino.

Cantan alegres
Los molineros,
Llevando el trigo
De los graneros;
Trémula el agua
Lenta camina;
Rueda la rueda,
Brota la harina,
¡Y allá en el fondo
Del caserío,
Al par del hombre
Trabaja el río!

La campesina tarea
Cesa con el sol poniente,
¡Y la luna solamente
Guarda la paz de la aldea!

EL FONDO DEL SILENCIO

En el silencioso trabajo de la Naturaleza, Salvador Rueda cree escuchar las misteriosas armonías de la Creación.

REDONDO el horizonte ilimitado;
Fecundo el cielo cual promesa rica;
¡La santidad de todo lo creado
En el silencio augusto fructifica!

Nada hay ocioso en su profunda calma;
Repleta está de músicas sutiles,
De clepsidras que se oyen en el alma,
De martillos, escoplos y buriles.

Taller maravilloso se dijera,
Donde la luz, los átomos del viento,
Los haces de agua, la creación entera,
Trabajan con un mismo pensamiento.

Una risa de Dios mueve la vida
Como un motor inmenso, y milagrosas,
Mientras rueda esta máquina encendida,
Embriagadas de amor cantan las cosas.

Cantan en un trabajo que no apena,
Porque el placer sus herramientas mueve,
Y la bondad que lo infinito llena
A todo da su movimiento leve.

Mas no pueden oirse sus sonidos,
Pues de esas altas músicas el vuelo
Es sensible tan sólo a los oídos
Aptos para la acústica del cielo.

No se oye el cincelado de las flores
Que en su regazo labran los vergeles,
Pero en esos oídos interiores
Se siente el golpear de los cinceles.

No se escuchan los átomos brïosos
Que hacen las rosas cual la luz de hermosas,
Pero en esos oídos misteriosos
Se oye el desplegamiento de las rosas.

No oye el oído la precisa ciencia
Que forma una numérica granada,
Pero la mente escucha la cadencia
Que alza el taller hasta quedar rimada.

No escuchan los oídos materiales
De una espiga los granos como gotas,
Mas la oyen los oídos ideales
Cual flauta de oro de acordadas notas.

Nadie escucha el buril idealizado
Que diseña de un pájaro las galas,
Mas se siente afinar, como un teclado,
Las ringleras de plumas de las alas.

Del fondo del silencio estremecido
Sube una grande, prodigiosa fiesta,
Y donde acaba inútil el oído
Empieza el alma a percibir la orquesta.

Escuchad con las mentes peregrinas
La voz rítmica y grave de las cosas.
¡Cantan las matemáticas divinas
En los soles lo mismo que en las rosas!

A número y a ritmo, como el verso,
Está la vida universal sujeta,
Y del arpa triunfal del Universo
Una chispa que salta es el poeta.

Oíd el paso isócrono del mundo,
Del corazón con el gigante oído;
Al ir por los espacios errabundo
Va a una cadencia original ceñido.

Escuchad por el cielo imaginario
Andar alada, cual visión ninguna,
A la de nácar místico incensario
Que un ángel mece, a la afligida luna.

Oíd del sol el cántico valiente;
Sus notas son sonidos ardorosos
Con fuego escrito de su hoguera hirviente
En su marcha de acordes prodigiosos.

Quitando de esa música grandiosa
Los mentales oídos asombrados,
Y oyéndonos el alma misteriosa,
Nos hablan de otros mundos ignorados.

HORA DE FUEGO

QUIETUD, pereza, languidez, sosiego...
Un sol desencajado el suelo dora
Y a su valiente luz deslumbradora
Queda el que mira fascinado y ciego.

El mar latino, y andaluz, y griego,
Suspira dejos de cadencia mora,
Y la jarra gentil que perlas llora
Se columpia en la siesta de oro y fuego.

Al rojo blanco la ciudad llamea;
Ni una brisa los árboles cimbrea
Arrancándoles lentas melodías.

Y sobre el tono de ascuas del ambiente,
Frescas descubren su carmín rïente
En sus rasgadas bocas las sandías.

SALVADOR RUEDA.





CREPÚSCULO

MORÍA el sol; sus bellos resplandores
Se esparcieron en franjas purpurinas,
Y desmayos de luz y de colores,
De acentos y rumores,
Expiraron por valles y colinas.

Y aquel recogimiento tan profundo
Que en sus senos encierra,
Con toda la armonía de los cielos,
Los rumores que vibran en la tierra,
Parecía entonar himno de gloria
Al sol en los espacios moribundo.

....

La tarde fenecía,
Y a medida que el fuego se apagaba
Del esplendente sol que ya se hundía,
El monte melodioso suspiraba,
La vega enmudecía,
Callaban en los aires mil rumores,
Las flores ocultaban su alegría,
Y en la atmósfera azul, rica en fulgores,
La luz crepuscular se derretía...
¡Sólo la de la tarde hay en el mundo
Que se pueda llamar bella agonía!

EL HUERTO DE GETSEMANÍ, EN EL CUAL ORÓ JESÚS LA NOCHE ANTES DE LA CRUCIFIXIÓN

Historia de los libros célebres

LAS CREACIONES DE SHAKESPEARE

SON los libros una de las cosas más preciosas que el hombre ha podido inventar. Los libros célebres del mundo son sus más ricos tesoros, porque el autor de un libro nos puede narrar una historia imborrable, o expresar algún gran pensamiento que haga meditar a todos los hombres. Por medio del libro adquirimos toda suerte de conocimientos. Dos son las formas de la composición escrita: prosa y verso. Hay grandes libros escritos en una y otra; pero aquí trataremos de los libros de universal renombre como si hubiesen sido escritos en prosa, pues nuestro objeto es contar en forma breve las largas narraciones que contienen. Las obras de Guillermo Shakespeare, que figuran a la cabeza de lo más selecto de la literatura inglesa, fueron escritas en verso; pero nos limitaremos a narrar sus argumentos como cuentos corrientes. Y aunque las producciones del gran poeta inglés se escribieron para representarlas en el teatro, figuran también entre los más hermosos libros que nos es dable leer.

EL SUEÑO DE UNA NOCHE DE VERANO

HABÍA una vez en Atenas un duque llamado Teseo, que estaba prometido a Hipólita, reina de las Amazonas. Y aconteció que, mientras estaban hablando un día de su próximo matrimonio, presentóse un anciano cortesano llamado Egeo con su hija Hermia y dos amantes rivales, suplicando al duque le auxiliase. El deseo del padre era que Hermia se desposara con Demetrio; pero ella no quería más que a Lisandro. Al oir esto, díjole Teseo que, por las leyes de Atenas, no tenía más remedio que hacer lo que su padre deseara, pues de otro modo podía verse condenada a muerte, o a permanecer soltera toda la vida.

Hermia contestó que prefería permanecer soltera. Pero cuando hubo hablado en secreto con Lisandro, convinieron en encontrarse al día siguiente en un bosque poco distante, y huir juntos de Atenas. Participaron, sin embargo, su proyecto a Elena, amiga de Hermia. Ahora bien: como Elena estaba enamorada de Demetrio, pensó que, refiriéndole los propósitos de Hermia, seguiría a los amantes, y ella iría también tras ellos para tener la dicha de estar cerca de Demetrio, aunque él no la amase.

Por este tiempo, Oberón, rey de las hadas, había tenido cuestiones con su reina Titania, porque no quería ésta darle un paje negro a cuya madre quería muchísimo. Decidió entonces Oberón jugar una mala pasada a Titania por tal motivo, y dijo al silfo Puck, su criado, travieso y enredador, que vertiese jugo mágico de amor en los ojos de Titania mientras durmiese, para que al despertar se enamorara de la primera criatura viviente que se presentase ante su vista.

Quiso la casualidad que un grupo de groseros trabajadores estuviera ensayando en aquel bosque una comedia, que habían de representar durante las fiestas que iban a celebrarse con motivo de la boda del duque Teseo, y con un toque mágico, cambió Puck la cabeza de uno de los trabajadores, de oficio tejedor, llamado Bóttom, en la de un asno. Este hombre, panzudo, antipático, con cabeza de asno, fué lo primero que Titania, la adorable reina de las hadas, vió así que hubo ahuyentado el sueño de sus ojos y, gracias al jugo mágico de amor, enamoróse inmediatamente de Bóttom, arrojóse con los brazos abiertos a su peludo cuello, adornó sus largas y movientes orejas con flores y mandó a sus criados que le obedeciesen en todo.

Dijo también Oberón a Puck que un ateniense que se había extraviado en el bosque, descuidaba su verdadero

amor por una doncella que huía de él, y mandó al silfo cambiase el corazón del extraviado Demetrio. Pero Lisandro y Hermia, fatigados del viaje que habían hecho desde Atenas, estaban descansando cuando pasó Puck volando, y tomando a Lisandro por Demetrio, derramó el silfo el jugo mágico en sus ojos. Cuando Elena se presentó ante Lisandro, despierto ya, manifestóle éste cuánto la amaba. El encanto había hecho su efecto en el otro amante. Lisandro dejó entonces a Hermia y siguió a Elena, que siempre había huído de él, pues ella amaba todavía a Demetrio. Luego, mientras Oberón y Puck iban vagando por el bosque, hallaron a la pobre Hermia que se esforzaba en despedir al porfiado Demetrio. Al enterarse de que éste era el ateniense de quien Oberón había hablado, Puck, inmediatamente, quiso enmendar su error, encantando los ojos de Demetrio, quien al ver a Elena enamoróse de ella. Imagínese ahora el asombro de Elena al suponer que tanto Lisandro como Demetrio se burlaban de ella, pretendiendo estar enamorados los dos. Afortunadamente, lo que el jugo mágico de amor pudo hacer, lo pudo también deshacer, y otra gota derramada por Puck devolvió bien pronto Lisandro a su Hermia.

Oberón, entre tanto, empezaba a sentir la mala pasada jugada a su reina, y habiendo obtenido de ella el paje negro (mientras creyó estar enamorada del cabeza de asno), hízola creer que no había tenido más que una pesadilla, y volviéndole los ojos a su estado normal, convinieron en que jamás volverían a tener cuestiones. Bóttom, el tejedor, se consideró también feliz recuperando su propia cabeza, aunque hubiese podido seguir perfectamente con la cabeza de burro.

El sonido de un cuerno de caza repercutió por el bosque; Teseo e Hipólita salieron a cazar. Encontraron a Elena y Demetrio, a Hermia y Lisandro, reconciliados todos, y cuando Egeo recordó al duque que aquel era el día en que Hermia debía hacer su última elección, manifestó Demetrio como había cambiado su cariño, diciendo:

De mi ardoroso corazón amante
la dicha, y el encanto de mis ojos,
será Elena de hoy en adelante.

Así, pues, ya no tuvo Lisandro rival alguno que pretendiese la mano de Hermia, y para celebrar alegremente aquel día, dirigiéronse todos a palacio, para presenciar la comedia de los trabajadores, en la cual Bóttom, el tejedor, hacía de protagonista.

BUENO ES LO QUE BIEN ACABA

BELTRÁN, joven conde de Rosellón, en el Sur de Francia, despedíase un día de su madre, que era viuda, pocos momentos antes de abandonar el castillo para la corte del Rey, en París. No fué su madre la única que sintió hondamente su partida, pues no bien hubo dejado el país, cuando una señorita, llamada Elena, a quien la condesa había educado como si hubiese sido su propia hija, sintióse presa del más acerbo dolor. Amaba a Beltrán y no se atrevía a manifestárselo, toda vez que, siendo hija de un médico, si bien famoso, no podía aspirar a la mano de un noble de sangre real.

En medio de su dolor, presentóse a la imaginación de Elena una idea atrevida. El rey de Francia estaba entonces tan enfermo, que todos sus médicos desesperaban de salvarle. Padecía una enfermedad que el difunto padre de Elena había logrado curar y cuyo remedio conocía ella. ¿Por qué, pensaba ésta, no iría yo también a la corte? Expresaba la joven sus pensamientos en voz alta, creyéndose sola, pero oyóla un criado y enteró de ellos a la condesa.

En vez de enojarse, díjole la condesa que había descubierto la verdadera causa de sus lágrimas, y hasta llegó a

añadir que recibiría con alegría a Elena como nuera, prometiendo ayudarla en su misión cerca del rey.

Cuando, algún tiempo después, llegó Elena ante el doliente monarca, no quiso éste permitir que hiciese prueba alguna para curar su enfermedad; pero ella insistió, diciendo que, si no lograba curarle, estaba dispuesta a sufrir cualquier castigo que se le impusiese. Y como recompensa, si realizaba su curación, sólo pedía que le diera por esposo un noble de sangre real, pero elegido por ella misma. El rey asintió.

Curóse el monarca, y cuando estuvo restablecido, llamó a algunos de sus cortesanos, explicóles las condiciones con las cuales se había llevado a feliz término la curación por la hermosa doctora, y manifestóles finalmente que le daría riquezas y la elevaría al más alto estado, pagando de esta manera la deuda de gratitud que con ella había contraído. Al ir Elena al encuentro de Beltrán, y participarle que él era el elegido de su corazón, el joven conde negóse rotundamente a desposarse a la fuerza; pero el sentimiento de la lealtad, que poseía en el más alto grado, venció al del orgullo, decidiéndose por fin a llevar a Elena al altar. No bien la ceremonia nupcial hubo terminado, desapareció súbitamente el conde, que se había alistado en secreto para tomar parte en las guerras de Toscana, dejando abandonada a su no solicitada esposa.

La pobre Elena, mensajera inconsciente de malas noticias, llevó a la condesa del Rosellón una carta de su hijo, en la cual juraba no volver jamás. También dijo a Elena que no la volvería a ver hasta que hubiese obtenido una sortija que él no se quitaba jamás.

Elena, dulce y tímida habitualmente, no pudo resignarse a ser despreciada de modo tan grosero: disfrazóse de peregrino y partió para Florencia, teatro de la guerra.

Vivía en esa ciudad una viuda con una hija llamada Diana, a quien Beltrán había declarado repetidas veces su amor; pero ella se había negado a escucharle; el enamorado joven llegó hasta darle palabra de casamiento para cuando falleciese Elena. Pero ésta, sin que Beltrán se enterara, había ido a alojarse con la viuda y su hija, y no en vano acudió en su auxilio. Desde aquel momento demostró Diana mucha más amistad para con Beltrán y suplicóle le diera la sortija que llevaba puesta, diciéndole que le daría otra en cambio.

En el lugar de la cita, y entre las sombras de la noche, sin pronunciar una sola palabra, según se había ya convenido de antemano, cambiáronse las sortijas entre Beltrán y . . . no Diana, como él suponía, sino con Elena, a quien en la obscuridad no podía ver.

Entre tanto, corría el rumor en Francia de que Elena había muerto, puesto que había desaparecido del Rosellón; y, en ausencia de Beltrán, habíase convenido que éste se desposaría por segunda vez con una señorita de más alta alcurnia. Beltrán, por su parte, sintió nacer súbitamente en su corazón un amor profundo por la esposa que consideraba ya perdida para siempre, y al regresar al castillo de sus antepasados negóse a desposarse de nuevo. La viuda de Florencia llegó al Rosellón, condado que recibía entonces la visita del rey, y con ella Diana y Elena disfrazadas.

Diana contó al rey una historia muy extraña, y cuando todos hubieron quedado intrigados por haber declarado Diana que la sortija se la había dado a ella y, sin embargo, a ella no; que Beltrán le había dado cita para la media noche y, sin embargo, no se la había dado a ella, presentóse la solución del enigma en forma de la esposa de Beltrán, que, como sabemos, vivía, siendo ella la que obtuvo la sortija y por quien el conde sentía cada vez más intenso cariño.

De modo que, tras muchas y duras pruebas, uniéronse felizmente por fin, resultando cierto que: *bueno es lo que bien acaba.*

EL ARGUMENTO DE «LA TEMPESTAD

HACE muchísimo tiempo que en una isla solitaria y triste del Mediterráneo, vivían tres personas. Era una de ellas un sabio anciano llamado Próspero, a quien acompañaba una hermosa joven, hija suya, llamada Miranda. La tercera de esas personas era un criado, que respondía al nombre de Calibán. Pero aunque hubiese sólo tres personas en la isla, Próspero tenía, además, otro servidor, un trasgo, silfo o duendecillo, llamado Ariel. Ariel amaba a su amo tiernamente, porque estuvo una vez encerrado en el corazón de un pino, y Próspero, que conocía el secreto de muchos misterios, habíale libertado de tan extraña cárcel, en la cual había sido encerrado por el arte mágico de una vieja bruja llamada Sícorax, que había vivivo en la isla años antes. Calibán hijo de la bruja, era una criatura tan fea y horrorosa, que apenas podía dársele el calificativo de humana.

Aconteció que un día, mientras Miranda estaba contemplando el agitado y tempestuoso mar, vió un bajel en peligro, y sabiendo que su padre había aprendido los secretos del mágico poder, suplicóle calmase la furia del mar y salvase de una muerte segura a los pobres marineros. Contestóle Próspero que había sido él mismo quien había levantado la tempestad; pero la tranquilizó prometiéndola que nadie perecería ahogado. Y le contó entonces una historia realmente interesante y extraña:

—Hace doce años—dijo—que yo era duque de Milán, pero aborrecía las riquezas, el poder y la fama. Sólo era feliz al lado de mi hijita y entre mis libros. Mi hermano, que es tu tío Antonio, a quien dejé el gobierno del Estado, no era como yo, y, ganoso de poder y riquezas, quiso apropiarse mi ducado. Dirigióse con este objeto al rey de Nápoles—en aquella época enemigo mío declarado—y prometióle que, si le ayudaba en la empresa de despojarme de mis tierras, le recompensaría dignamente. Así quedó convenido, y una noche estos enemigos míos nos prendieron a los dos—a ti y a mí—embarcándonos en una nave carcomida, que podía a duras penas sostenerse a flote. Afortunadamente, un buen amigo proveyó la nave con cosas útiles y llevó a ella mis amados libros, que nos han servido de dulce consuelo desde que nuestra malaventurada nave arribó a esta isla desierta. Pues bien; ahora vuelve la fortuna a protegernos, porque por medio de la sabiduría que he adquirido, mis antiguos enemigos, todos los cuales se hallan a bordo de esa nave batida por la tempestad, me serán entregados sin tardanza. Mientras así hablaba Próspero, Ariel, su criado, hízose invisible, pues claro está que, como espíritu que era, podía hacer todo cuanto les es posible a los espíritus. Embarrancó la nave, en menos tiempo del que cincuenta marineros hubieran empleado para hacerlo, y desembarcó la tripulación, sin embargo de que nadie pudo decir cómo. Separó luego a Fernando, hijo del rey de Nápoles, y le condujo donde Próspero y Miranda se hallaban. No hay quien pueda ganar en astucia a un espíritu como Ariel, a no ser una bruja como Sícorax.

Tan pronto como Miranda hubo puesto sus ojos en el príncipe, se enamoró perdidamente de él. Y el príncipe, por su parte, pensó que no podría ser feliz sin ella. Próspero lo observó con el mayor placer, pero quiso probar el amor de Fernando, fingiendo, por primera providencia, acusarle de espía.

En otra parte de la isla, el rey de Nápoles y sus compañeros salvados de la nave embarrancada, dormían profundamente, todos, menos el propio hermano del rey, llamado Sebastián, y Antonio, el usurpador del Ducado de Milán, quienes estaban despiertos y conspiraban para matar al rey, a fin de obtener sus riquezas el día en que



CANCIÓN DE ARIEL EN «LA TEMPESTAD» DE SHAKESPEARE

La canción de Ariel describe la vida de un silfo, servidor de un príncipe desterrado.

pudiesen regresar a Italia. Pero no contaban con el travieso Ariel, cuyo sabio amo y señor habíale enviado a vigilar al soberano. El entrometido e invisible silfo púsose a cantar al oído de Gonzalo (el anciano y amable gentilhombre que había dado a Próspero libros y objetos de valor, cuando le embarcaron en la nave sin mástiles ni gobernalle), la siguiente canción:

Mientras tú duermes aquí,
la conjura está ya en vela;
si apego a la vida tienes,
despierta, vigila y cela.
¡Despierta! ¡despierta!

Sobresaltado despertó Gonzalo; abrió luego el rey los ojos, y decidieron ambos ir a buscar a Fernando. Así es, que los malos designios de Sebastián y Antonio quedaron anulados por Ariel, que les condujo a una cueva en cuya parte exterior había Próspero dibujado un círculo mágico.

Mientras estaban todos dentro de este círculo mágico, tratando de hallar su significado, Próspero, luciendo las ricas vestiduras que había traído de Milán, apareció ante ellos. Dudando estaban sus antiguos enemigos de si aquél era o no su espíritu; pero él les contó su extraña odisea, diciéndoles al mismo tiempo que les perdonaba y les devolvía la libertad.

El rey de Nápoles dijo luego a Próspero que había perdido a su hijo en la isla, y el segundo repuso, sonriendo, que acababa también de perder a su hija. Después, conduciéndoles a la cueva, enseñóles a Fernando y a Miranda, que jugaban dichosos al ajedrez.

Tan contento estaba Próspero con los relevantes servicios prestados por Ariel, que puso en libertad al fiel espíritu, poco antes de que todos se hicieran a la mar para celebrar las bodas de Fernando y Miranda.

EL MERCADER DE VENECIA

ANTONIO era el nombre de un mercader muy rico y generoso que vivía en Venecia desde hacía largos años y cuyas mercancías eran llevadas por innumerables naves a lejanas tierras. Aunque Antonio era tan rico, su mejor amigo, llamado Basanio, era tan pobre que una vez exclamó, refiriéndose a sí propio:

—Todas las riquezas que poseo corren por mis venas—queriendo decir que era todo un caballero, pero que carecía de bienes.

Ahora bien: sentía este Basanio un amor intenso por una señora hermosa y rica a la vez, llamada Porcia, que residía en un lugar algo distante, conocido con el nombre de Belmonte; y cuando llegó el día en que se había decidido a hacerla una visita, dijo a Antonio que no podía ir por carecer de dinero. Al oir semejante confesión. Antonio, dispuesto siempre a ayudar a un amigo, trató de recoger los fondos que Basanio necesitaba. Pero, desgraciadamente, por aquel tiempo las naves de Antonio estaban todas navegando, de modo que todas sus riquezas las tenía empleadas en el tráfico, y esta era la causa que le impedía aprontar la cantidad necesaria. No sabiendo de qué manera podía servir a su amigo, determinóse a pedir un préstamo a un judío viejo, que ejercía de usurero. Llamábase Shylock, y aborrecía a Antonio porque este generoso mercader no cobraba jamás interés alguno por el dinero que prestaba, con lo cual se resentían sensiblemente los negocios del judío. Sabía también éste que Antonio le despreciaba y, sobre todo, disgustábale porque era cristiano.

Así es que, cuando llegó su enemigo (pues como tal consideraba a Antonio) a tomar prestada cierta cantidad, ocurriéronsele al judío ideas de venganza.

—Si las naves de Antonio naufragasen —pensó—o si se las arrebatasen los piratas, no podría entonces devolver el préstamo. Y el astuto judío fingió

luego hacer el negocio en broma, y ofrecióse a prestar el dinero con la condición de que Antonio lo devolviera a los tres meses, pasados los cuales, si no lo devolvía, ¡debía perder una libra de su propia carne! No dudaba Antonio que las naves regresarían al puerto a su debido tiempo, y como se conformó alegremente con tan extraña condición, obtuvo la cantidad que había solicitado, y con la cual Basanio, acompañado por su amigo Graciano, pudo ir a visitar a Porcia.

Sabíase que cuando el padre de Porcia yacía moribundo en su lecho, había dado a su hija tres cofrecitos, uno de oro, otro de plata y el tercero de plomo. En el de oro veíase estampada la inscripción siguiente: «El que me escoja ganará lo que desean muchos hombres»; en el de plata decía: «El que me escoja obtendrá tanto como merece», y en el de plomo leíanse estas palabras: «El que me escoja debe dar y aventurar cuanto posee». Dentro de uno de estos cofrecitos había un retrato de Porcia, y quienquiera que fuese el que la pretendiera y escogiera ese cofrecito, debía conducirla al altar.

Muchos fueron los pretendientes que se presentaron a probar fortuna en esta extraña lotería del amor, y los ambiciosos escogieron los cofrecillos de oro o de plata. Pero vino Basanio, a quien Porcia amaba de verdad, y ella y su doncella Nerisa temblaron al solo pensamiento de que podía equivocarse de cofrecillo. Escogió el de plomo, en el cual, naturalmente, estaba el retrato.

En medio del legítimo gozo que sentían por tan grata elección, recibió Basanio una carta de Antonio, en la cual le decía que todas sus naves se habían perdido y que Shylock pedía y exigía la libra de carne convenida; pero añadía que moriría contento por su amigo, si Basanio se encontraba a su lado para darle el último adiós.

Contó Basanio a su señora la terrible historia, y ella le pidió que marchara inmediatamente a casa de su amigo. No bien hubo salido él envió Porcia una de sus doncellas a casa de su primo, el doctor Belario, eminente abogado, para que le prestase la toga y el birrete, que debían servir para ella, y una sotana de pasante de abogado, para Nerisa; y con todo este equipaje, Porcia y su doncella partieron para Venecia.

Reunidos en el palacio de Justicia estaban todos los interesados en pleito tan extraño—Antonio, Basanio, Shylock, Graciano, el Duque de Venecia y muchos otros—cuando Nerisa, vestida de pasante de abogado, entró en la sala del tribunal y leyó una carta del doctor Belario, en la cual decía que estaba enfermo; pero que su joven amigo, el doctor Baltasar, de Roma, se encargaría de la defensa, pues jamás había conocido «un cuerpo tan joven con cabeza tan vieja». Los ujieres anunciaron a Porcia, disfrazada de abogado.

Porcia era tan inteligente como hermosa, y en su elocuente peroración esforzóse en alentar las esperanzas de Shylock, hasta que éste, en un momento de entusiasmo, exclamó:

—«Gracias sean dadas a Dios, que nos ha enviado un nuevo Daniel para hacer justicia».

Explicó ella que el judío tenía derecho a una libra de carne, a una libra exacta—tan exacta, que no podría haber de más ni de menos, ni siquiera lo que puede pesar un cabello;—y, en segundo lugar, no podría derramar ni una gota de sangre, pues ésta no se mencionaba en el contrato de préstamo.

Claro está, que semejantes condiciones eran imposibles de cumplir, y Shylock, viendo a dónde le había conducido su odiado rival—«aquel estúpido que prestaba dinero sin interés»—iba ya a abandonar la sala, sin recuperar el dinero, puesto que exigir el cumplimiento de lo estipulado equivaldría a condenarse a muerte él mismo. Pero Porcia no le dejó marcharse tan fácilmente, y le detuvo diciéndole:

—Existe una ley por la cual, si un extranjero residente en Venecia in-

tentase o tramase algo contra la vida de un ciudadano, sus bienes serán confiscados, yendo la mitad a poder del Estado y la otra mitad a manos de la presunta víctima. Además, la vida del criminal debe quedar a merced del Duque.

Así, no sólo perdió Shylock su dinero, sino que también hubiera podido perder la vida; pero esta pena le fué indultada con la condición de que entregase su fortuna a su hija Jesica, a quien había maltratado siempre, y a su amador Lorenzo, renunciando al propio tiempo a la religión judaica.

En medio de la alegría que le produjo tan feliz resultado, ofreció Basanio al falso doctor en leyes todo cuanto pidiese, y Porcia pidióle entonces una sortija que le había dado al partir de Belmonte, petición que oyó con el mayor asombro. El pasante de abogado pidió también la sortija de Graciano, que Nerisa le había dado.

Cuando Basanio regresó a Belmonte, llevando consigo a Antonio para presentarlo a Porcia, ella y Nerisa pidieron sus sortijas, que no pudieron mostrar. Y después de simular ambas gran enojo, enseñaron las sortijas puestas en sus dedos. Entonces supo Antonio que el elocuente discurso de Porcia le había salvado la vida, y su gozo fué mayor y más completo cuando Porcia le dió una carta, la cual decía que tres de sus naves, que se juzgaban perdidas, habían llegado a puerto sin ninguna novedad.



Shylock era un usurero judío, el cual prestó dinero a un cristiano con la condición de que, si no le devolvía el préstamo en el plazo señalado, quedaba obligado a dejarse cortar una libra de carne. Shylock pretendió se cumpliese lo pactado, pero fué convicto de mala fe y salió del juicio perseguido por los gritos y burlas de los muchachos.



LA HUÍDA A LA LUZ DE LA LUNA

HARÁ cosa de mil años que vivía en Normandía un muchacho llamado Ricardo, nieto del famoso Rollo, que vino con los *vikings* del Norte para conquistar los hermosos territorios regados por el Sena. El pequeño Ricardo pasó una infancia bien triste. Aborrecíale su madrastra, y veía raras veces a su padre Guillermo Longsword. Cuando el muchacho cumplió ocho años, cayó gravemente enfermo su progenitor, y creyendo próximo su fin, llevóse a Ricardo a Bayeux e hizo que los barones jurasen lealtad a su heredero.

Poco después, fué su padre traidoramente asesinado y llegó para Ricardo una serie de días tumultuosos. El rey Luis de Francia era enemigo suyo y creyó que por ser Ricardo un niño podría fácilmente despojarle de su ducado.

Pero había muchos barones leales y caudillos que le querían y que se pusieron en seguida de su parte; y cuando cayó prisionero, le rescataron. No estuvo, sin embargo, mucho tiempo en libertad, pues Luis, pretextando un cariño que no sentía, volvió a apoderarse del muchacho, que tenía entonces once años, y encerróle en una torre de Laon, al cuidado de Osmundo, noble normando.

Ahora bien: Osmundo era muy hábil y enseñó a Ricardo todo lo que había aprendido, durante las solitarias horas que pasaron en la torre. Además, amaba al muchacho y sentía grandísima tristeza al verle cada vez más pálido y débil por carecer de aire puro y no poder hacer ejercicio alguno.

Una vez, sin embargo, atrevióse a desafiar la cólera del rey Luis, y llevóse secretamente a Ricardo fuera de la torre, haciendo galopar su caballo por la dilatada campiña. Hizo tanto bien al muchacho esta escapatoria, que Osmundo, que le quería entrañablemente, determinó huir con él.

Acontecían estos sucesos durante la estación de las lluvias, y la humedad y soledad de la torre fueron causa de que Ricardo cayese realmente enfermo, tanto, que el rey y todos sus cortesanos, creyeron que los días del muchacho estaban contados. Osmundo quería que creyesen que su estado era mucho más grave de lo que en realidad era, pues había ya combinado su plan para huir con el pequeño y no aguardar más que una oportunidad favorable para ponerlo en práctica.

No tardó mucho en presentarse una ocasión propicia. Iba a celebrarse un gran banquete en el castillo y el pequeño prisionero seguía con la vista, desde la ventana de su celda, los preparativos que alegremente iban haciéndose. Según las instrucciones de Osmundo, cuando el oficial inspector hizo su visita acostumbrada, encontró a Ricardo acostado en su lecho y pudiendo

apenas contestar a las preguntas que se le hacían. Tan débil era su voz. Pero no bien hubo el oficial inspector traspasado el umbral, Osmundo advirtió a su amiguito que huirían juntos aquella misma noche, y cuando Ricardo preguntó con afán:—¿Cómo? —no quiso decírselo y sólo le contestó:

—Come todo lo que te traigan, porque necesitarás todas las fuerzas que puedas reunir.

Siguió el día su curso, y al llegar la hora del banquete, entraron los invitados, encaminándose todos al gran salón. El patio de honor, la entrada y los corredores interiores parecían estar completamente desiertos. Abrió Osmundo la puerta de la celda, miró por la ventana que daba a la escalera y escuchó. Luego, haciendo señas a Ricardo para que le siguiese, bajaron silenciosamente, y atravesaron el patio, ocultándose en las sombras todo lo que podían.

Por fortuna, Osmundo conocía el camino del granero hasta en la más densa oscuridad y con el pequeño pegado a sus talones, entró en el granero, cogió un haz de heno y con una cuerda lo ató por la cintura alrededor de su cuerpo, de modo tal, que nadie hubiese sospechado que dentro de aquel haz se ocultaba un niño. Luego, con sumo cuidado, apoyó el haz contra la pared, levantólo y se lo cargó encima de los hombros.

—No te muevas ni hagas ruido alguno.

Venía ahora, empero, la parte más peligrosa de la aventura; pues Osmundo tenía que cruzar el patio iluminado por la luz de la luna, para llegar a las cuadras. Al entrar en ellas dejó su preciosa carga, ensilló un caballo, sacó a Ricardo del haz de heno y condujo el caballo fuera del castillo por una salida lateral. Luego, con el niño delante y envueltos ambos en una ancha capa, cabalgaron silenciosamente por las calles de la ciudad, y cuando hubieron dejado atrás las últimas casas, huyeron a todo escape.

El pequeño Ricardo vivió y gobernó su ducado, conquistándose el amor y el aprecio de todos sus súbditos.

LA MUJER QUE VENDIÓ SU CHAL

SUCEDIÓ una vez que algunos de los pobres niños de los barrios bajos de Londres, formando una colonia, iban a pasar quince días en el campo. El espectáculo era de los más conmovedores. La charla continua de los pequeñuelos, la prisa que llevaban para llegar cuanto antes, pugnando cada uno por trepar el primero a los coches, la colocación de líos, paquetes y cestas en los estantes destinados a este objeto, las hermanas mayores procurando que los más pequeños hiciesen el viaje con toda comodidad; los hermanos más pequeñitos pidiendo a voz en grito que les dejasen estar junto a las ventanillas, y todos, grandes y pequeños, contándose unos a otros, en alegre excitación, lo que iban a hacer y a donde se proponían ir.

Recorriendo el andén en todas direcciones, veíanse a muchas madres que iban agrupándose ante las portezuelas —pobres mujeres que para poder despedir a sus hijitos habían perdido una hora de jornal en la fábrica o en el lavadero.—Cada uno de los niños llevaba su paquetito de comida para el viaje, y una o dos monedas de cobre para gastárselas en alguna golosina.

Pero había una niña que carecía de todo. Hallábase sentada al borde de la banqueta del coche con los ojos excesivamente abiertos y mirando fijamente en torno suyo, sin que asomase a sus labios la más leve sonrisa o dejase oir una sola palabra de contento.

Su aspecto miserable llamó la atención de una de las mujeres del andén, cuya hijita estaba allí cerca, alegre como un pajarito, con una mano llena de monedas de cobre y asiendo con la otra un saquito lleno de bollos.

Aquella carita blanca y triste conmovió profundamente a la buena mujer. ¿Dónde estaría la madre de aquella

pobre criatura? ¿Y no tendría tal vez hermanos o hermanas ni unos centavos ni nada que comer durante el viaje?

La niña movió tristemente la cabeza. Su padre había muerto; su madre no podía abandonar el trabajo, y no conoció hermanos ni hermanas, y en cuanto a los centavos no disponía de ninguno, y tampoco tenía nada que llevarse a la boca. La pobre niña no hizo más que tenderla las manecitas vacías. Una amiga la había acompañado a la estación.

Muchas otras personas por este tiempo, habíanse agrupado ya en torno de la buena mujer y oíanse varias expresiones de lástima y de interés. Pero la mujer de quien hablamos, cuyos andrajosos vestidos proclamaban muy alto su extremada pobreza, dejó brotar de sus ojos una lágrima y dijo, desapareciendo apresuradamente:

—¡Aguarda un poco!

Ya nadie pensaba en ella; el jefe del tren iba a dar la señal de partida y no tardaría ya en ponerse en movimiento el convoy, cuando volvió aquella buena mujer jadeante, sin el chal que le abrigaba y en busca de la pobre niña. Llevaba en las manos unas cuantas monedas de cobre y un bollo muy grande.

—¡Aprisa! ¡aprisa!—exclamó el jefe del tren, con la mano en la portezuela, todavía abierta.

La pobre mujer no tuvo más que el tiempo preciso de depositar su óbolo en manos de la pequeña. Cerróse estrepitosamente la portezuela y el tren comenzó a rodar majestuosamente por los rieles. La buena mujer acababa de vender el chal que cubría sus hombros para que aquella pobre criatura fuese tan dichosa como sus compañeras.

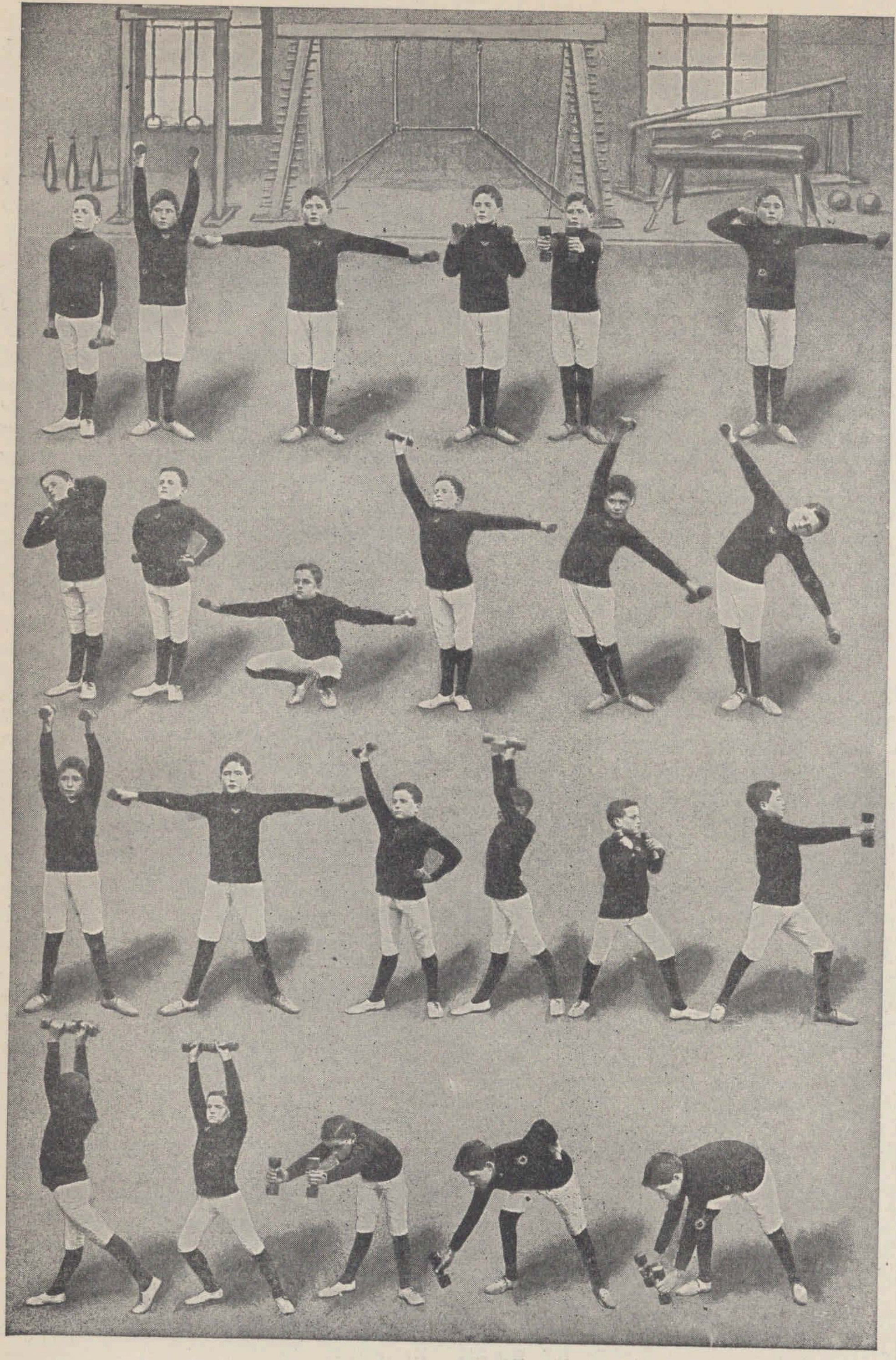
CERVANTES CALUMNIADO

LA facilidad que hay para lastimar la reputación ajena, ha dado lugar a casos frecuentes de venganza personal por medio de la calumnia. A este propósito, recordaremos el lance original ocurrido a Cervantes, en Valladolid, y que fué en parte causa importante de que escribiese su célebre D. Quijote.

Una noche, al retirarse a su casa Don Gaspar de Ezpeleta, caballero de San Jorge, y muy conocido en su tiempo, tuvo que cruzar su espada con la de un valentón que le salió al encuentro en un puente próximo a la casa de Cervantes. Mal herido en la refriega, Don Gaspar fué a caer en aquellas inmediaciones, y a sus lamentos acudió uno de los vecinos, llamado Esteban de Garibay, quien llamó a Cervantes, para que le ayudara a socorrer al herido, que a poco murió en brazos de ambos. Intervino la justicia, e ignorado el matador, las primeras sospechas fueron a recaer sobre Cervantes, a cuya habitación había sido conducido Ezpeleta. Aunque las declaraciones de Garibay y de los demás convecinos le fueron favorables, no así las de un tal Hernández de Toledo, señor de Cigales, ni las de un portugués, llamado Simón Méndez. En efecto, éstos alegaron que Cervantes era enemigo del señor Ezpeleta, persona que solía visitar a varias familias de la casa en que vivía el acusado; y que, por tanto, cabía muy bien que éste hubiera armado a la víctima una celada, dando por resultado la desgracia ocurrida. Todo esto, envuelto en contradicciones, por la ojeriza que ambos individuos tenían a Cervantes, fué causa de que aquellas malas lenguas hicieran sospechosa su honradez, tantas veces probada, y de que se le condenase en su casa a una reclusión rigurosa que duró por mucho tiempo.

Tal vez la herida que abrió en su dignidad el triunfo de sus calumniadores, le moviera a trazar en el Quijote aquellas frases que suenan a una queja: «Donde quiera que está la virtud en eminente grado es perseguida; pocos o ninguno de los famosos varones que pasaron dejó de ser calumniado de la malicia».

DIFERENTES EJERCICIOS CON PESAS



ALGUNOS EJERCICIOS DE GIMNASIA CASERA

NO son pocos los que cansados tal vez de oir que se les dice «ponte derecho», únicamente entonces y por unos pocos minutos se enderezan, para no tardar en inclinar la cabeza, arquear los hombros y adoptar la viciosa postura de siempre. Si realmente nos cansara demasiado el esfuerzo de mantenernos rectos, sería necesario tendernos por unos momentos, a fin de dar descanso a nuestros músculos; pero, mediante el ejercicio diario regular, llegaremos a fortalecerlos y a corregir nuestra joroba, *con tal que nos propongamos conseguirlo.*

Pongámonos, pues, ante el espejo, a ser posible, con el objeto de comprobar si seguimos con exactitud los preceptos que se nos dan y copiemos correctamente los grabados que los ilustran.

I. RESPIRACIÓN.—1.° Colóquese el dedo índice de la mano izquierda en la ventana izquierda de la nariz, y tápese ésta. 2.° Aspírese profundamente el aire por la ventana derecha. 3.° Dejada en libertad la nariz izquierda, ciérrese la derecha con el dedo índice derecho y efectúese pausadamente la espiración por la ventana libre. 4.° Repítase el mismo ejercicio, aspirando esta vez enteramente por la ventana izquierda y espirando por la derecha. Repítanse tres o cuatro veces alternativamente estos ejercicios.

II. EJERCICIOS DE LOS BRAZOS.—1.° Dóblense los brazos hacia arriba. 2.° Extiéndanse los brazos hacia adelante, al nivel de los hombros, con las palmas de las manos una enfrente de otra y guardando tanto ellas como los brazos una distancia igual a la anchura de la parte superior del busto, teniendo el cuerpo bien recto. 3.° Vuélvase a doblar los brazos hacia arriba, procurando mantener los hombros bien atrás. 4.° Repítase varias veces, cuidando de estirar los brazos todo lo posible y de volverlos con elegancia a la postura perfectamente correcta. 5.° Del ejercicio de flexión de brazos hacia arriba, pásese al de extender los brazos hacia abajo con vigor, vueltas las palmas a los lados, rectos los dedos, las espaldas hacia atrás. 6.° Vuélvase con resolución a la flexión primera de brazos. 7.° Añádanse estos dos ejercicios a los ya aprendidos y procédase en esta forma: después de doblar los brazos hacia arriba, se tienden hacia adelante y se doblan de nuevo; se estiran hacia arriba y se vuelven a doblar; se estiran hacia los lados, y se vuelven a la posición de doblados hacia arriba; se estiran hacia abajo y se vuelven a la posición anterior. Repítase esto varias veces, esforzándose en alargarlos bien y en encogerlos con garbo. Pueden variarse los ejercicios repitiendo cada movimiento tres o cuatro veces antes de pasar al siguiente.

III. EJERCICIOS DE LOS PIES.—Pies abiertos enteramente, caderas firmes. 1.° Colocación de los pies hacia afuera; colóquese el pie izquierdo como a una distancia de 60 centímetros en la dirección en que apuntaba el dedo gordo cuando aquellos estaban abiertos, doblando ligeramente la rodilla izquierda, y, conservando firme la pierna derecha, repartiendo por igual entre las dos piernas, tóquese primeramente el suelo con el dedo gordo; téngase bien levantada la cabeza y algo hacia adentro la barba. 2.° Vuélvase a la posición primitiva, procurando no arrastrar el pie al volverlo a su lugar. 3.° Repítase el movimiento, esta vez con el pie derecho. 4.° Añádase este ejercicio a los ya aprendidos, así: pies oblicuos, vuélvase a la primera posición; hacia adelante y vuélvase a la posición; hacia fuera y otra vez primera posición; repítase cada movimiento varias veces.

IV. EJERCICIOS DEL TRONCO.—Póngase particular atención en respirar suave y naturalmente durante todos estos ejercicios, sin retener nunca la respiración. Flexión del busto hacia atrás, con los pies abiertos y firmes las piernas. 1.° Levántese el pecho y dóblese ligeramente hacia atrás la parte superior del espinazo, llevando hacia atrás la cabeza juntamente con el cuerpo; consérvense derechas las rodillas y no se doble el cuerpo por la cintura. 2.° Vuélvase a la misma postura, levantando el tronco. 3.° Repítase varias veces, inclinándose algo más hacia atrás a medida que el ejercicio se va haciendo más fácil, pero siempre de la parte superior del espinazo. 4.° Añádase este ejercicio a los ya aprendidos, procediendo en esta forma: dóblese el tronco hacia atrás, y vuélvase a su anterior postura hacia adelante, y a su posición primera; hacia la izquierda, y a la posición; hacia la derecha,

y a la posición inicial. Repítase varias veces.

V. Respiración.—1.° Principíese con los brazos junto a los lados y las palmas hacia adentro. 2.° Efectúese una inspiración y al mismo tiempo, vuélvanse los brazos hacia atrás, comprimiendo los hombros hasta que las palmas de las manos queden hacia afuera. 3.° Expélase el aire respirado, mientras los brazos recobran su primera posición.

COSAS QUE PUEDEN HACERSE CON PAPEL PLEGADO

Es verdaderamente delicioso el entretenimiento que puede procurarnos una simple hoja de papel de unos setenta y cinco centímetros de largo por sesenta de ancho, u otra más pequeña que tenga idénticas proporciones. Sin necesidad de otros materiales, y con sólo plegar el papel y abrirlo de diferentes maneras, pueden llegar a hacerse un centenar de diferentes objetos. Con alguna práctica, se logrará adquirir soltura y habilidad para doblar y desdoblar el papel, después de lo cual el joven lector estará en condiciones de hacer pasar un buen rato a sus amigos, causándoles no poco asombro y diversión. Expliquemos ahora la manera de proceder para ejecutar las diferentes figuras.

Será bueno emplear una hoja de papel del tamaño arriba indicado (setenta y cinco por sesenta centímetros), pues de ese modo se le plegará y manejará con mayor facilidad. Pero si no tenemos a mano un papel de estas dimensiones, podremos valernos de otro más pequeño, con tal que tenga la misma forma. Dispuesto el papel, señálense a cada lado de él seis partes iguales, según muestra la figura 1, y dóblese como se indica en la figura 2. Luego, doblando alternativamente hacia adelante y hacia atrás este papel en el que se han hecho ya tres dobleces, quedará como se representa en la figura 3, la cual ha de servir de base para las manipulaciones ulteriores. Apretando y reuniendo en A los extremos de los pliegues, según muestra la figura 4, y abriendo la parte B, tendremos un abanico. La siguiente figura, 5, se hace metiendo el dedo en el punto C de la figura 3 y moviéndolo a lo largo bajo los pliegues hasta D. Esto levantará una hilera de pliegues estriados, y tomando el papel en A, como para hacer el abanico, pero invirtiéndolo, el resultado será una repisa.

Ahora, sosténgase el papel hacia arriba, como para hacer el abanico, conservando los pliegues superiores que formaban el anaquel de la repisa extendido horizontalmente; dése vuelta a los plieguecitos marcados con las letras X e Y en las figuras 3 y 4, hasta que se encuentren por la parte de atrás. Entonces tendremos una sombrilla, según se ve en la figura 6; e inclinando en forma de ángulo más agudo la parte que representa el varillaje y la tela de la sombrilla, tendremos un hongo, como se representa en la figura 7.

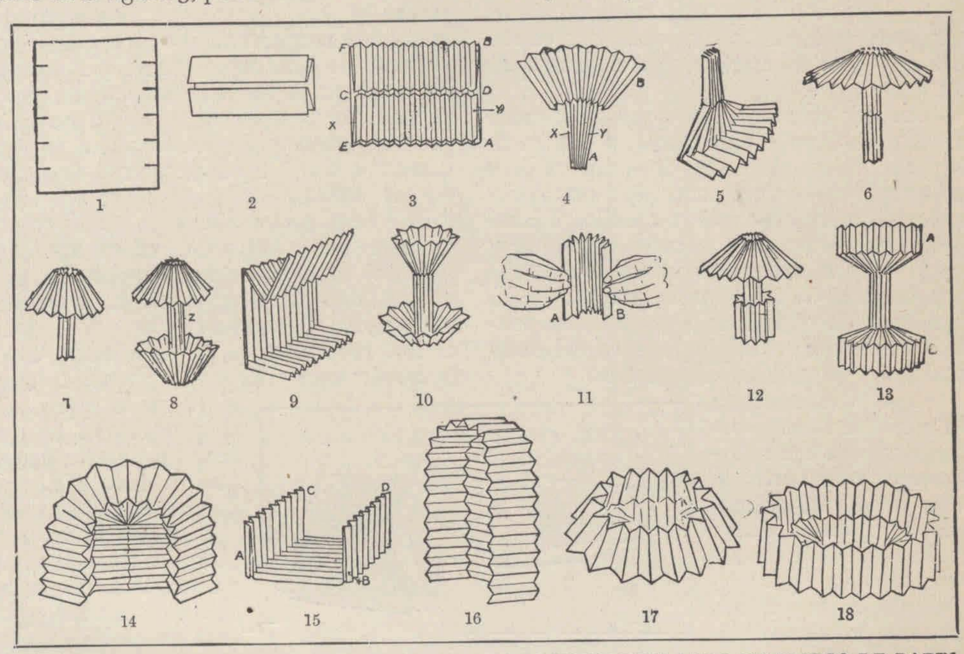
Ábrase después la serie inferior de pliegues, como los que forman el sombrerillo del hongo, y retorciendo los pliegues del tallo, Z, se tendrá la figura 8. Levántese luego otra serie de dobleces en la parte superior, como en la figura 9; recójanse los pliegues centrales, uniendo los de los tres extremos opuestos, y se producirá la figura 10 en su lugar.

Si hubiera alguna dificultad en formar los tallos y sostenes y en obtener los pliegues distendidos para formar lo que representa el varillaje, copa, etc., la figura 11 pone de manifiesto la manera de efectuarlo. A y B son los extremos de cada lado del pliego de papel dispuesto en forma de acordeón; pues bien, estos extremos se disponen de modo que den la vuelta y se encuentren por detrás. Esto hace que se doblen todos los pliegues y se pueda formar con facilidad la tela de la sombrilla, el sombrero del hongo, y así sucesivamente.

La figura 12 nos presenta una lámpara, y es una pequeña variación de la figura 10. Sacando los pliegues de la base, así como los de la parte superior que se representan en la figura 8, y luego, arrollando el tallo como antes, se obtendrá la figura 13. Ahora, conservando el papel en esta forma, tómense los extremos de los pliegues A y B entre los dedos y únanse. Esto nos dará la figura 14, que es una especie de pórtico. Colóquese el papel como indica la figura 15, y obtendremos una papelera. Tírense juntamente A y B, y se obtendrá una garita, figura 16. Reuniendo

no sólo A y B, como en la figura 13, sino también C y D, habremos formado un molde para gelatina o jalea, figura 17; y sin cambiar nada, y sólo moviendo las manos mientras se sostiene el molde, formaremos el recipiente que se indica en la figura 18.

Tales son algunas de las muchas formas, figuras y modelos, que podemos hacer de un sencillo pliego de papel. Plegado éste como en la figura 3, pueden irse inventando gran variedad de formas y de plegados como hemos indicado. Por consiguiente, no será tiempo perdido el que se emplee en doblar el papel con el mayor cuidado posible. Otro punto que debemos tener presente, si queremos salir airosos de nuestro juego de manos, es que, después de una figura o serie de figuras, cerremos el papel y oprimamos los pliegues, de manera que queden bien marcados y den siempre al papel el mismo aspecto rizado



ALGUNOS DE LOS MUCHOS OBJETOS QUE PUEDEN HACERSE DOBLANDO UN PLIEGO DE PAPEL

1. El papel señalado para los dobles. 2. Los primeros pliegues. 3. El papel doblado a modo de acordeón. 4. Un abanico. 5. Una repisa. 6. Una sombrilla. 7. Un hongo. 8. Un candelero. 9. Dirección que debe darse a los pliegues. 10. Un vaso. 11. Cómo se forman los tallos. 12. Una lámpara. 13. Una campana muda. 14. Un pórtico. 15. Una cuna de papel. 16. Una garita. 17. Un molde para jalea. 18. Un recipiente culinario.

dibujos originales; y cuando se ha llegado a adquirir cierta destreza y práctica en el uso del papel doblado en las partes indicadas, puede uno proceder a la formación de nuevos pliegues, que le darán los más asombrosos modelos.

Mas, para la perfecta ejecución de todo esto, preciso es tener muy presente algunas advertencias. En primer lugar, cúidese mucho de que sean muy pequeños y limpios los pliegues que, a modo de acordeón, se deben hacer en el papel. Esto es esencialísimo, porque si los dobleces son anchos y desiguales, el papel no tendrá la elasticidad necesaria para la formación de la que al principio. Siguiendo puntualmente estas indicaciones, podremos hacer escaleras, celosías, cajas, vasos, sombreros, esteras, faroles japoneses, etc.; en efecto, pocos objetos hay que no puedan ser representados por el papel plegado y doblado o vuelto en determinada dirección.

Claro está que, para nuestro propósito, será prudente adquirir papel correoso, que no se estropee fácilmente en las líneas de los pliegues. Si se emplea el papel común, no tardarán en aparecer roturas, lo cual obligará a tener que echar mano de otra nueva hoja de papel, o de otras varias, durante la sesión. Al propio tiempo,

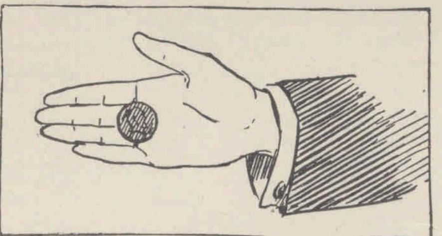
téngase cuidado de evitar el extremo opuesto, es decir, escoger el papel tan apergaminado, que no pueda plegarse con nitidez y en forma muy apretada; porque de lo contrario, nuestros esfuerzos fracasarían, con toda seguridad.

Por último, no estará de más recordar que, para procurar un rato de verdadero solaz a nuestros amigos, es esencial que hayamos adquirido ya mucha práctica en manejar rápidamente el papel; pues todo el efecto de semejante entretenimiento depende de la rapidez y limpieza con que se suceden las diferentes figuras.

LA MONEDA MISTERIOSA QUE DESAPARECE

PARA ejecutar este juego de manos debe utilizarse una moneda en la cual se haya hecho, muy próximo al canto, un agujerito no mayor que el grueso de un alfiler.

Obtenida esta moneda, el prestidigitador se procurará un cabello largo, o a falta de él, una hebra de seda de color rosa o encarnado que por muchos conceptos será más manejable que el cabello. Pásese por el agujerito este cabello o hebra, y luego átense ambos extremos formando una presilla, de tal tamaño que, metiendo por ella todo el dedo índice quede suspendida la moneda sobre la juntura del dedo medio, según muestra el grabado.


Cómo se sostiene la moneda mágica.

Dispuesta la moneda en esta forma, el prestidigitador la hará desaparecer y aparecer; en otras palabras, la trasladará desde el dorso de la mano (en donde naturalmente estará invisible), a la palma de ésta y vice-versa. Para hacerla desaparecer pueden emplearse dos métodos. El primero, mediante un rápido movimiento de la muñeca hacia atrás, con lo cual la moneda por su propio peso irá a colocarse en el dorso de la mano. El segundo, impulsarla hacia atrás con la punta del pulgar. Lo esencial es operar con gran limpieza, cualquiera que sea el método que se emplee, y para ello será bueno ejercitarse ante el espejo, a fin de poder juzgar del efecto exacto que produce la maniobra. El movimiento de levantar la moneda en ambos casos ha de procurar ocultarse con un rápido retroceso del brazo, para cubrir la desaparición; y hacia adelante, para hacerla reaparecer.

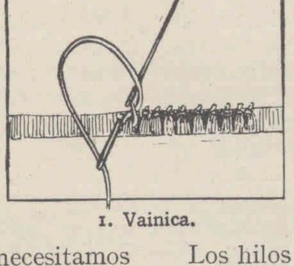
El efecto será asombroso, si el juego de manos se ejecuta con una moneda que acaba de pedirse prestada. Pero un hábil escamoteador no se contenta solamente con la desaparición de algo. Para completar el juego, hace que el objeto desaparecido reaparezca en otra forma. Como ejemplo de esto supongamos que, después de preparar la moneda suspendida por la presilla, oculta en la mano derecha, el prestidigitador pide prestada una moneda, que toma con la mano izquierda dejándola en las junturas del segundo y del tercer dedo. Dando con el cuerpo media vuelta de izquierda a derecha, coloca aparentemente la moneda en la mano derecha, pero en realidad la retiene en la izquierda, inclinando ligeramente los dos dedos arriba mencionados, y enseñando en la mano derecha la moneda preparada como si fuera la que acaba de prestársele. La otra mano se separa con la palma hacia abajo, como si estuviese vacía.

Enseña luego esta moneda tendida en la palma de la mano, invita a alguien de los presentes a que la cubra con un pañuelo, y en terminando la operación exclama: «¡ Va!» Levanta delicadamente el pañuelo por el centro, pero la moneda ha desaparecido mediante el movimiento producido con el dedo. Cubierta nuevamente la palma, vuelve a ella la moneda; y con un movimiento de la mano cuando levanta el pañuelo, desaparece otra vez misteriosamente la moneda. Al llegar a este punto, no faltará tal vez algún espectador que exclame: « Está en la manga », pues sabido es que las mangas desde tiempo inmemorial tienen fama de encubridoras de la mitad por lo menos de los juegos de manos. Para rechazar esta falsa acusación, el autor del juego se arremanga, y en esta forma hace desaparecer de nuevo la moneda, pero en el momento de decir « ¡Va! » sacude hacia adelante la mano izquierda cerrada, y abriéndola en ademán de broma, enseña la moneda dentro.

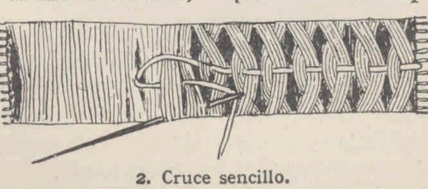
Entonces puede tomar la moneda prestada de la mano izquierda, enseñándola de nuevo en vez de la suya que tiene en la mano derecha, la cual mientras tanto la ha llevado a la palma de la mano. Entonces, dirigiéndose al público, exclama: « Voy a mandar que esta moneda se meta en esta caja de cerillas », en la cual ha metido previamente otra moneda semejante. La mano derecha se muestra vacía al público y mientras éste, lleno de asombro, se vuelve ansioso para saber si la moneda ha pasado en realidad al lugar indicado, la moneda prestada pasa tranquilamente a uno de los bolsillos del prestidigitador.

ELEGANTE MANTEL PARA TE

VEAMOS lo que se necesita para hacer el elegante mantel con calados, que vemos en la figura 5. En primer lugar se requiere una pieza de lino de un metro cuadrado (no demasiado fino, porque cuanto más delicado sea, más difícil es de trabajar) y una madeja o dos de algodón de Tenerife, hecho especialmente para este género de trabajo, que puede comprarse en cualquier mercería.


1. Vainica.

Lo primero que debemos hacer es medir el dobladillo, y necesitamos uno de 156 milímetros de anchura. Los 6 milímetros son para la parte que se ha de doblar, y los 150 milímetros doblados en dos, nos darán un ribete de 75 milímetros. Medido el dobladillo, no podemos volverlo ni recogerlo como en las labores ordinarias, porque debemos dejar sueltos los bordes para sacar el hilo; pero marcaremos su ancho, sacando un hilo exactamente en el sitio en que tendríamos que coserlo después. En realidad, necesitamos más de un hilo para el dobladillo; pero en todo trabajo de sacar hilos se hacen primero las inserciones; y esto es lo que vamos a hacer.


2. Cruce sencillo.

La inserción, como indica el dibujo, es realmente la labor más sencilla que puede imaginarse y una niña cualquiera puede hacerla,con tal que sepa coser. Empecemos por separar, en una dirección sola, los hilos que sean necesarios. Con esto no hacemos más que dejar hebras sueltas y la unión de ellas en hacecillos es lo que se llama calados.

Pero, en primer lugar, es necesario medir el espacio que debe dejarse entre el dobladillo y el sitio de la inserción o entredós, especialmente si se desea hacer una orla, bordada a punto de espinilla, como se ve en la figura 5, lo cual avalorará mucho más la labor. De este bonito punto de adorno hemos tratado ya on otra parte.

Determinado ya el espacio, se saca un hilo a cada lado del punto dado. Si queremos que el mantel sea perfectamente cuadrado, nos tomaremos la molestia de contar los hilos, y si la tela escogida es bastante ordinaria, la molestia será muy pequeña.

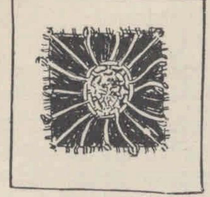
Los hilos sacados a cada lado formarán en los cuatro ángulos en que se encuentran un cuadradito vacío, que después lo transformaremos en una preciosa rueda. Por el momento nos servirá de señal, y, metiendo la punta de unas tijeras puntiagudas, cortaremos la tela en línea recta, siguiendo los hilos entrelazados por dos lados del ángulo que tiene una pulgada a cada lado del agujerito de señal.

En cada ángulo haremos lo mismo. Ahora bien, para evitar que los hilos cortados queden sueltos a los lados del material que forma el ángulo, inmediatamente haremos un ojal suelto cosido a pespunte. Esto evitará muchas molestias y mantendrá la labor limpia y sujeta.

Ahora viene la parte más entretenida y deliciosa, que es la de sacar los hilos. Separando la parte cortada que está en frente del borde en que hemos hecho el ojal, tendremos bastante asidero en los hilos para sacarlos fácilmente. Procuraremos no sacar varios hilos de una vez, porque el tejido está hecho de hilos que se cruzan y si cogemos dos al mismo tiempo se apretarán entre sí, y cada uno contribuirá a dejar al otro en su lugar. Todos los hilos sacados a lo largo del corte de dos

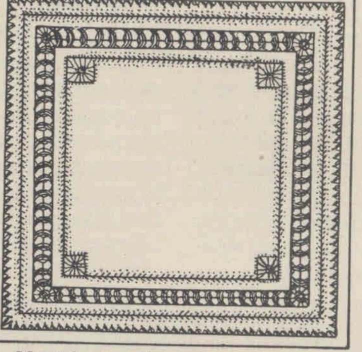
centímetros y medio, nos dejarán una tira recta de hilos sueltos y en estos hilos nos pondremos a trabajar.

Para un principiante pocas labores son tan sencillas como la llamada de *cruzamiento simple*; porque en este caso se cuentan las hebras, es decir, cada manojo de hilos rectos que han de ser cogidos con la aguja, y se juntan en series de cinco. Para cada modelo se necesitan dos series o manojos. Ahora bien, debemos enhebrar las agujas con un hilo largo, y empezar en medio del borde del ojal en el ángulo extremo de la tira de hilos sueltos, como se ve en la figura 2. Se mete la aguja por la parte baja de dos manojos, subiendo el hilo para que uno quede delante y otro detrás, cruzándose, y esta operación se repite a lo largo de toda la tira y quedará el entredós de la figura 5.



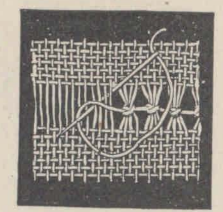
3. Un cornejal.

Un punto muy útil en la labor de calados es el de nudo, llamado así porque el hilo forma un nudo. Este nudo es una especie de cadeneta, que se hace sacando la aguja enhebrada por el lado derecho de la labor en la parte superior del material, y luego bajando el hilo a través de las hebras sueltas del material y otra vez hacia arriba a la derecha. Fórmase así una lazada que se baja al fondo con el dedo pulgar de la mano izquierda. Después se mete la aguja a la izquierda del hilo y debajo de las hebras que van a ser rodeadas y sujetas, y se forma un nudo que se pondrá tirante y apretado moviendo el pulgar y tirando del hilo. Esta labor de anudar los hilos sueltos se usa mucho tal como lo enseña la figura 4.



5. Mantel para te, con guarnición de calados.

Hecho el entredós de vainica doble, como dejamos explicado, se da vuelta en el borde de la tela, se dobla la bastilla o repulgo en la forma usual con los 6 milímetros dentro y se recoge con esmero todo alrededor a lo largo de la línea del primer hilo sacado. Los ángulos deben volverse cuidadosamente, porque de no ser así saldrían muy gruesos. Los extremos abiertos deberán pespuntearse finamente. Pero no podemos hacer una vainica sin sacar más hilos, de modo que usaremos otra vez la punta de las tijeras y cortaremos a cada lado tantos hilos como sean necesarios para hacer el calado conveniente.



4. El punto de nudo.

El trabajo de vainica se representa en la figura 1. Veamos cómo se hace. Se enhebra una aguja con un hilo largo de algodón y se sujeta en el borde superior de los hilos sueltos, en el extremo derecho de los mismos, cogiendo un par de puntos y sacando la aguja tres hilos por encima de las hebras sueltas. Se mete la aguja dentro de éstas exactamente debajo del lugar por donde se sacó, y se toman tres hebras encima de derecha a izquierda, sosteniendo el algodón debajo de la aguja. Se saca ésta; se vuelve a meter por donde salió últimamente, pero esta vez saca tres hilos sobre las hebras sueltas, a la izquierda, tomando exactamente las tres mismas hebras de antes.

¿Qué hacer ahora en los cornejales? Siempre que se hacen tiras de calado a lo largo de dos lados de una prenda, en la esquina en que se encuentran las líneas del deshilado se forma un espacio o «cuadro abierto». En la vainica sencilla ordinaria es tan pequeño este espacio, que puede prescindirse de él; pero cuando se han sacado varios hilos se necesita llenarlos, y entonces toma la forma de una rueda, como se ve en la figura 3.

Los hilos fundamentales o radios de la rueda, son continuaciones de los hilos que se han usado a lo largo del entredós. Dos o más hilos se cruzan rectamente de punta a punta y la rueda se trabaja desde el centro. La aguja ha de sacarse alternativamente por encima y por debajo de uno de estos radios, formados por los hilos que se cruzan y se cierra en redondo el centro hasta que haya sido rodeado cuatro o cinco veces. Se meterá después la aguja por la última vuelta del hilo, entre los radios y se sacará el hilo enhebrado por el ángulo vacante, donde se sujeta.


ESCENA DEL DESIERTO. UNA FAMILIA DE BEDUINOS AMBULANTES

ÁFRICA

EGIPTO, ABISINIA, MARRUECOS, LIBERIA, SAHARA Y POSESIONES DE LAS NACIONES EUROPEAS

ÁFRICA es un continente tres veces mayor que Europa, y ocupa una quinta parte de su superficie el desierto más grande del mundo. El resto se extiende desde los mares hasta las altas mesetas centrales. Tiene enormes ríos, de mil a cinco mil kilómetros de largo, que descienden de las montañas, para desembocar en el mar. Largas cordilleras muy elevadas se extienden por casi toda la costa, como barreras de defensa. Los montes forman una gran meseta, en cuyo centro se hallan los grandes lagos africanos.

El sol abrasador, que cae verticalmente en casi toda el África, favorece a la variedad de la flora y de la fauna del continente. Allí se encuentran elefantes, rinocerontes, leones, etc., que admiramos en nuestras colecciones zoológicas. Muchos de estos animales y sus fósiles, así como los vegetales, nos suministran preciosos datos sobre la historia de África. Durante mucho tiempo los indígenas sólo se ocuparon en buscar su alimento y defenderse de las fieras, con sus rudimentarias armas. Hoy mismo, a pesar de la civilización, existen allí tribus en el más primitivo estado. Los árabes, desde la orilla opuesta del Mar Rojo, invadieron el África en diversas épocas, y se extendieron por la parte Norte del continente. Los negros trataron de rechazarlos y sostuvieron contra ellos empeñadas guerras.

Lo propio aconteció cuando los blancos invadieron el África, hacia el siglo XIV y en tiempos de Colón. Ambas invasiones dieron el mismo resultado: la esclavitud del africano. Y el mismo objeto las impulsó: la riqueza en marfil y goma. En los antiguos mapas de África, trazados hace 2000 años, sólo se hallaba señalada la costa Norte, con parte del Egipto, y el istmo de Suez. Esta pequeña porción de tierra, que unía el Asia y el África, era en la antigüedad la gran ruta que iba de una a otra parte del mundo conocido. Tampoco sabían más del África los civilizados egipcios y los pobladores de la costa Norte, pues el gran desierto se les interponía en su camino, como un obstáculo invencible, y más aún no empleándose todavía el camello, navío del desierto, hasta el tiempo de los romanos.

LOS VALIENTES MARINOS QUE PRIMERAMENTE TRAZARON UN MAPA DE ÁFRICA

Retrocedamos varios siglos, hasta llegar a los tiempos del príncipe Enrique el Navegante y sus valientes portugueses, y veremos cuáles fueron los resultados de las atrevidas exploraciones por aquél organizadas, merced a cuya perseverancia se descubrió gran parte de la costa del continente africano. El príncipe Enrique fué quien dibujó una

especie de mapa, que fué de los primeros que de esta parte del mundo se conocieron.

Hasta entonces se había ignorado lo que encerraba el interior de África. Estaba invadida por los árabes, cuyos robos y saqueos no tenían límites. También comerciaban con seres humanos, y de ahí nació, con el tiempo, y explotado por algunos europeos, el abominable comercio de esclavos. No obstante, el repugnante tráfico no se conoció en la Europa moderna hasta mucho tiempo después. Así, pues, cuando ya se conocieron los mapas y se empezaba a dibujarlos, el corazón de África era aún tan poco conocido, que los dibujantes dejaban en el mapa que representaba dicha región, espacios en blanco, con dibujos de animales imaginarios.

LOS EXPLORADORES DEL ÁFRICA

Al paso que los europeos han explorado las partes desconocidas de África, ha ido disminuyendo el tráfico de esclavos. Los primeros que, con su valor y perseverancia, descubrieron las fuentes de los ríos, los grandes lagos, los tremendos y fragorosos saltos de agua, admiraron con asombrados ojos los hasta entonces ocultos tesoros del corazón de ese continente. Todos los exploradores que hasta allí llegaron, han atravesado los desolados caminos en los cuales el ardiente sol africano hace que queme la tierra que se pisa; por ellos, durante muchos siglos, pasaron, cual manadas de bestias, los desgraciados esclavos, que, arrancados de sus hogares, eran llevados a distintos puntos, de donde pocos o ninguno regresaba.

Sigamos con los exploradores a través del obscuro continente y podremos deleitarnos con sus interesantes narraciones, que nos descubren las curiosas costumbres del país y de las tribus que lo pueblan. El África, casi en su totalidad, es muy insalubre, especialmente para los europeos, por ser su clima ardiente en exceso y por los pantanos e insectos infecciosos que tiene en gran cantidad.

EL TRÁFICO DE ESCLAVOS DESAPARECE

El tráfico de esclavos va siendo gradualmente suprimido, poniéndose así fin a la inicua explotación de los negros, principalmente de los ocupados en la recolección de la goma.

Demos ahora otro vistazo al mapa de África, y apreciaremos los diversos países y las diferentes razas que los pueblan. Se halla situada al sur de Europa, y entre Asia y América. Desde aquí, hace muchos años, invadieron los moros o árabes, pasando el estrecho de Gibraltar, a España y a otros países, donde dejaron huellas de su dominación.

En África poseen grandes colonias Francia y Alemania.

La parte más ancha de África es la septentrional, que se extiende desde el Atlántico hasta el Mar Rojo. Esta parte de África es, casi en su totalidad, un desierto, el llamado de Sahara. En esta gran extensión de terreno escasean mucho las lluvias; el suelo es arenoso, o bien granítico, limpio de plantas y en el cual están muy distanciados algunos oasis, donde hay agua y abundante vegetación. A pesar de todo, existen en el desierto algunas ciudades, por la parte del Atlas, cordillera situada frente a España, y que tiene picos tan altos como los de Suiza. Al sur del Mar Rojo se alzan los montes de Abisinia, que forman grandes mesetas y se comunican por angostas gargantas. Al sur de estos montes, se hallan los de Kilimanyaro y Kenia, situados cerca del Ecuador, entre el gran lago de Victoria Ñanza y el mar; el primero mide una altura de 6010 metros y el segundo de 5600.

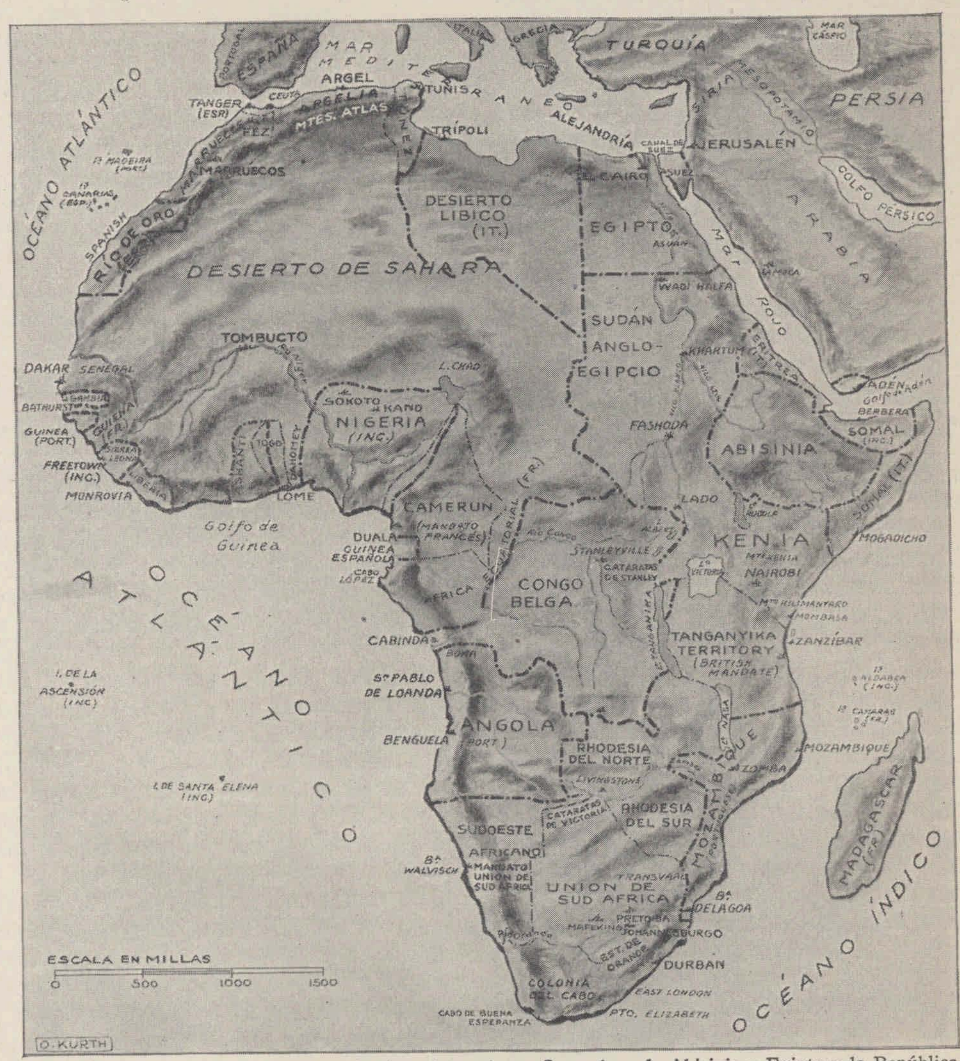
Desde este punto el país desciende al océano, escalonándose por mesetas, con grandes valles; algunas veces las mesetas se prolongan hasta el mar, formando costa acantilada. La costa es más saludable que el interior para los europeos. Los ríos de este continente desaguan en el mar por dichas mesetas, formando cataratas al saltar de una a otra.

No obstante las exploraciones veri-

ficadas hasta la fecha, el África continúa siendo poco conocida.

La navegación por los ríos de África se hace difícil, por las numerosas pendientes que en ellos se encuentran.

que desagua en el Mar Mediterráneo, después de fertilizar el Egipto, se halla el Nilo, cuya primera catarata dista tanto de la desembocadura, que lo hace navegable en una gran extensión.



Es pequeña la parte de Africa en que dominan los nativos. Los reinos de Abisinia y Egipto y la República de Liberia son los únicos Estados independientes. Francia domina la porción mayor, aunque buena parte de ella está desierta. Inglaterra, Belgica, España, Portugal e Italia, tienen tambien grandes porciones. Los que fueron territorios alemanes en Africa, han sido divididos. El Africa Oriental Alemana, a la que ahora se llama Territorio de Tanganyika, es gobernado por Inglaterra; y el Africa del Sudoeste Alemana, lo es por la Unión del Africa del Sur. Francia gobierna en el Camerun, al que los alemanes llamaban Kamerun. Y Togolandia ha sido dividida entre Inglaterra y Francia.

RÍOS DE ÁFRICA

Hay, por lo menos, dos grandes ríos, uno a cada lado del África. Al Norte, con un curso de unos 5600 kilómetros,

Al Este, desaguando en el Océano Índico, se halla el río Zambeza, frente a la isla de Madagascar. Este río es poco navegable. Su afluente, el río Siré, toma sus aguas del lago Ñasa, y es un

gran medio de comunicación en el interior del país. Los admirables saltos de agua de Victoria son sólo comparables al Niágara. Descienden desde una roca de cien metros de altura, con ruido ensordecedor, y el agua, pulverizada por el choque, mantiene en el aire, en muchos kilómetros a la redonda, un rocío finísimo y constante.

En la alta meseta central, entre los lagos, nace el caudaloso Congo, que mide unos 5000 kilómetros de largo y que, tras un quebrado curso, va a desembocar en el Atlántico. Stanley, el célebre explorador, siguió durante seis meses el curso de este río a través de espesas selvas; a las cataratas que primero se encuentran en este río, se les dió el nombre de Saltos de Stanley.

LOS RÍOS DE LO PORVENIR EN ÁFRICA

El Níger y el Benué, su tributario, son también una vía importante de comunicación. Bajan por Timbuktu, centro de las caravanas del desierto. El Zambeza, el Congo y el Níger pueden llamarse los ríos de lo porvenir, pues comunican el mar con algunas ricas regiones de África. El Nilo tiene una gran historia, y sepulta en el lecho de sus aguas verdosas muchos crímenes y misterios. Su leyenda ha desaparecido bastante, desde que se descubrieron sus fuentes, y con ella desaparecieron también sus ritos y ofrendas; éste es el río del Egipto. Egipto es un gran oasis situado en el centro del desierto. Su forma ha sido comparada con la de una azucena de tallo curvado. La azucena es el Delta, en el Mediterráneo, y el tallo es el largo curso del río con unos kilómetros, pocos, de vegetación por ambos lados.

EL NILO FERTILIZA A EGIPTO

Parece extraño que exista un país tan fértil en medio de los abrasados arenales del desierto; pero el prodigio es fácil de comprender sabiendo que todos los años, en una época determinada, el río Nilo, invariablemente, inunda las comarcas bajas, dejando sobre la tierra una capa de limo que fertiliza el suelo. De esta manera se dan en el país hasta tres cosechas anuales. Remontando el curso de dicho río, se ofrecen a nuestra vista ruinas y restos evocadores de la pasada grandeza de Egipto.

Hagamos un ligero estudio de esta nación, en tiempos de Roma. Cuando Inglaterra era una de las provincias menos adelantadas del imperio romano, el Egipto, que está situado al Nordeste del Mediterráneo, de fácil acceso desde todos los puntos del antiguo imperio, era una de las provincias más civilizadas e importantes. La Bretaña fué abandonada por los romanos en el siglo V, cuando la decadencia de la Roma imperial. Egipto formó parte del Imperio de Oriente a la división del imperio romano.

LOS PERSAS INVADEN EL EGIPTO Y SON RECHAZADOS

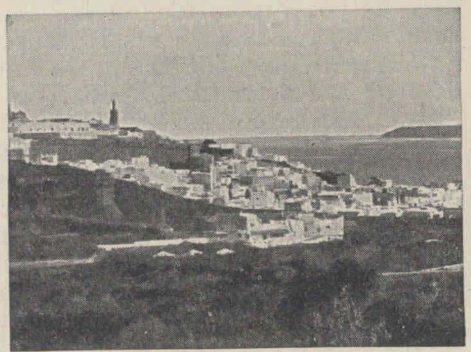
En el siglo VII los persas dominaron en Egipto durante diez años, pero fueron expulsados por Heraclio. A la aparición del cristianismo, los egipcios hicieron una mezcla de la religión cristiana con la suya pagana. De allí surgieron dos bandos opuestos, que se entregaron a toda clase de excesos y persecuciones. Luego fué dominado el Egipto por Omar, que mandaba las tropas mahometanas. Poco a poco los árabes fueron dominando el país, extendiéndose, además, por el Norte de África. A pesar de todo ello, los que seguían la fe de Cristo, egipcios, o coptos, se hallaban mejor bajo el dominio de los califas, que gobernados por los emperadores cristianos. Pero no sucedía lo mismo con el gobierno del país, que se hallaba completamente desmoralizado con las luchas religiosas, las cuales dieron lugar a la invasión de los turcos.

SALADINO, EL EMPERADOR TURCO

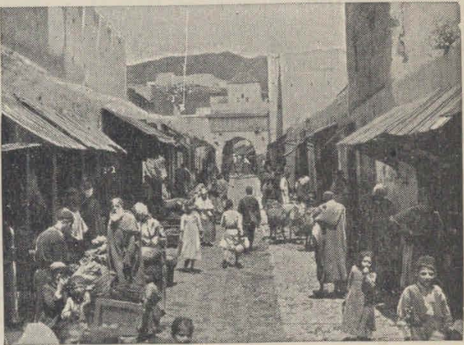
Saladino, a fines del siglo XII, reorganizó el Egipto e introdujo importantes mejoras. Fortificó El Cairo, la capital, a orillas del Nilo. Se apoderó de muchos puertos del Mar Rojo, sofocó las revueltas populares e hizo algunas expediciones. Su hermano, y luego su sobrino, continuaron los trabajos de Saladino. Desecaron las regiones pan-



Argel es una ciudad que cuenta muy cerca de mil años de existencia. Durante algunos siglos estuvo sometida a Turquía; pero desde 1830 pertenece, como toda la Argelia, a Francia.



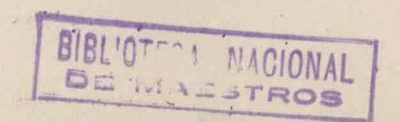
Tánger, el principal puerto de Marruecos, tiene carácter internacional.



Mazagán, otro puerto marroquí, es muy comercial. Aquí se ve el mercado en el barrio judaico.



El Cairo, la capital de Egipto, es la ciudad más populosa de África. La parte moderna está construída sobre las ruinas de cuatro ciudades distintas. La parte antigua es de calles tortuosas y estrechas. El Cairo es célebre por sus hermosas mezquitas.



tanosas, llevando sus aguas a comarcas más áridas.

Por entonces se constituyó el cuerpo de los mamelucos, soldados escogidos de caballería, de origen turco. Algunos de sus jefes adquirieron tal importancia, que llegaron hasta a ser sultanes. La dominación árabe duró unos trescientos años. El poder de los sultanes proclamados por los mamelucos, solía ser poco duradero, pues en el mismo campo de batalla se proclamaba sultán a cualquier héroe, derribando al que ocupaba el trono. Se distinguió esta dominación por su grandioso lujo y fausto.

LAS MEZQUITAS DE EGIPTO CONSTRUÍDAS POR LOS MAMELUCOS

Los soberanos mamelucos se distinguieron por la construcción de mezquitas, entre las cuales descuella la del sultán Hassán, en El Cairo. Después de apoderarse los turcos de Constantinopla, pasaron inmediatamente al Egipto, que fué conquistado por completo, a pesar de las fortalezas y de la defensa que opusieron los egipcios. La batalla decisiva se dió cerca de El Cairo, en 1517.

EL EGIPTO, CONVERTIDO EN PROVINCIA TURCA

Este hecho llenó otra página en la larga historia egipcia. Egipto pasó a ser una provincia turca, pero continuaron dominando los mamelucos, teniendo al frente un gobernador, enviado de Constantinopla a dicha provincia, a la que, como a otras muchas, le fueron impuestas contribuciones excesivas. Por este motivo, y por haber pasado el comercio de Alejandría a Constantinopla, se empobreció el país considerablemente. También perdió mucho el Egipto con los descubrimientos de Vasco de Gama, que abrió nuevos caminos marítimos al Asia por el cabo de Buena Esperanza. Más de 200 años transcurrieron, durante los cuales se construyeron mezquitas, de arquitectura oriental, mientras las luchas internas agitaban al país constantemente. Entonces fué cuando empezó la ola del levantamiento revolucionario en Francia y llegó a repercutir en aquel extremo rincón del Mediterráneo.

Napoleón, en su deseo ambicioso de derrumbar el poder británico en la India, decidió hacerse dueño de Oriente para atacar a Egipto. Logró llegar con su flota desde Tolón hasta Alejandría, y poco después ganó la famosa batalla de las Pirámides, antes de que Nelson pudiese atajarle. Después de esta victoria, Napoleón regresó a Europa con sus 24.000 soldados, que llegaron a Francia en navíos ingleses. Poco tiempo después, los ingleses abandonaron Egipto.

EL TIRANO MOHAMED ALÍ

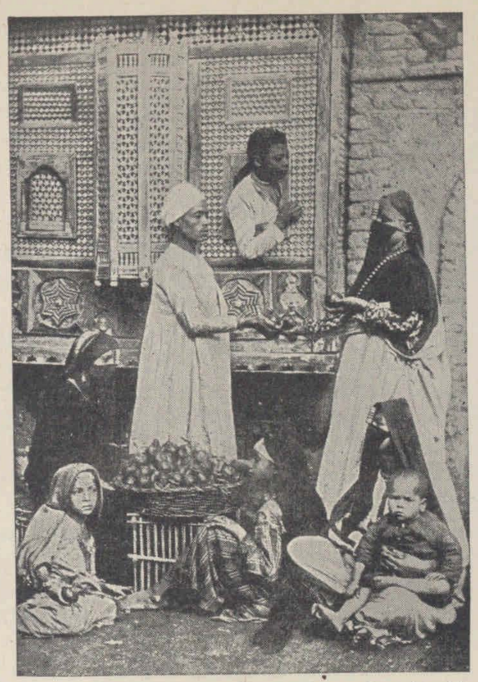
Después de los pasados acontecimientos, se posesionó de Egipto el tirano Mohamed Alí, que nació en Albania y llegó al poder por su gran habilidad siendo bajá. Extendió sus conquistas hasta la Arabia y el Sudán, apoderándose de todos los estados de Egipto. Apresó 500 beyes mamelucos y los encerró en la ciudadela de El Cairo, matándolos a todos. Tampoco debemos pasar en silencio que él y su hijo tomaron las armas contra su propio pueblo, cuando los griegos luchaban con los turcos, para obtener su independencia, como no debemos olvidar el éxito que Mohamed Alí logró contra el sultán de Turquía. No obstante, sus triunfos de traidor fueron poco duraderos, puesto que pronto se rebelaron contra sus crueldades y opresión los conquistados. Entonces fué cuando el hijo menor de Mohamed Alí dió la concesión al ingeniero francés De Lesseps para construir el canal de Suez: esa obra maravillosa que mide 160 kilómetros de longitud. Su ejecución duró trece años. Hoy navegan por el canal, hacia el Norte o Sur, buques de todo el mundo.

INFLUENCIA DE LOS INGLESES EN EGIPTO

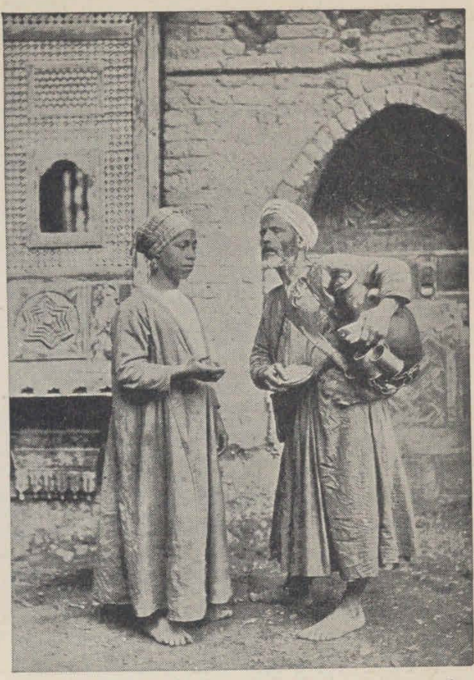
Cuando la guerra civil norteamericana, las cosechas de algodón, que tanta importancia tienen en los Estados Unidos, no podían ser exportadas, y Egipto fué entonces el que empezó un buen período con la explotación del comercio de algodón.

Inglaterra, que era el poder marítimo al que más interesaba tener abierto el camino a la India, logró poner pie firme

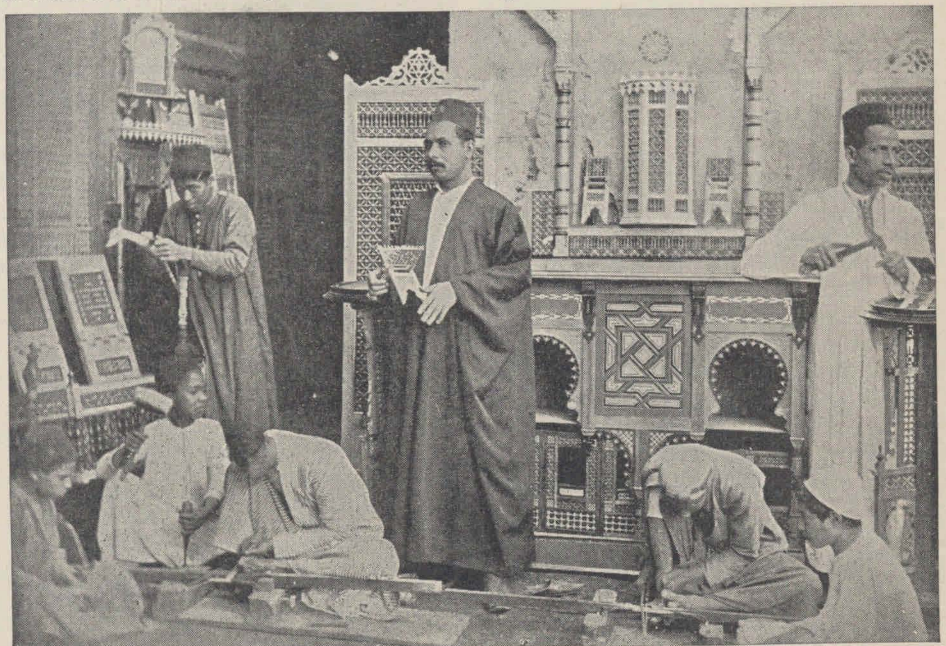
LA VIDA EN EL CAIRO



El Cairo cuenta con una buena parte de población europea, pero predomina el elemento indígena, que se dedica a la fabricación de persianas y tapices. El vendedor de frutas es allí típico.



Las calles de El Cairo son estrechas y tortuosas, y las casas de variada y pintoresca arquitectura. La ciudad parece una evocación de « Las mil y una noches ». El grabado muestra un vendedor de limonada.



Según un antiguo escritor árabe, « el que no ha visto El Cairo, no ha visto nada; su suelo es de oro; su Nilo es un prodigio; sus casas son palacios; su aire es suave, y en él se respira alegría ». Seguramente, quienes más han hecho por embellecer la ciudad, son los artífices en marfil y madera y los tapiceros, que han dado fama a El Cairo. Los obreros aquí representados, se sirven del pie izquierdo como de una tercera mano.

en Egipto. Los ingleses han sido verdaderamente quienes han llevado el florecimiento y el orden a este país. Los sucesos acaecidos durante estos últimos años, todos han sido muy interesantes. Las continuas rebeliones cesaron después de la batalla de Tel-el-Kebir y la caída de Alejandría. Aun son muchos los soldados ingleses que hoy ostentan las cicatrices de la batalla que tuvo lugar en el año 1882.

EL AUXILIO PARA EL GENERAL GORDON LLEGÓ TARDE

Las fuerzas egipcias fueron derrotadas en distintas ocasiones al tratar de sofocar la rebelión dirigida por el Mahdi, profeta mahometano, contra los recaudadores de impuestos y los traficantes de esclavos. Entonces fué mandado el general Gordon para ver el modo de arreglar aquello. Pero pronto se vió sitiado en Kartum por los insurrectos, y en vano esperó refuerzos, que llegaron tarde. Sólo su heroísmo y valor pudieron sostener durante tanto tiempo aquella situación desesperada. Era un cuadro conmovedor y trágico el ver cómo los indígenas, armados con largas lanzas, traspasaban a los infelices europeos, que resultaron completamente destrozados. Durante once años quedó el Sudán en un lamentable estado de devastación y miseria, tanto, que la gente se moría de hambre. Algún tiempo después, el general Kitchener, al frente de un valeroso ejército, tomó Kartum y alcanzó una brillante victoria en Omdurman. De aquella fecha data el ferrocarril que desde Egipto llega hasta Kartum y lo comunica con el Mar Rojo. Para honrar la memoria del héroe de Kartum se fundó el colegio Gordon, en donde se educa a la juventud indígena. Con el tiempo, el Sudán está llamado a ser más importante que Egipto.

LOS TORRENTES DE AGUA FANGOSA QUE DESDE ABISINIA VAN A FERTILIZAR LAS TIERRAS DE EGIPTO

Los torrentes formados por las lluvias, arrancan la tierra de las gargantas y rocas, y el agua fangosa se precipita a través de la Nubia y pasa por una cadena de cataratas que, por la parte de Asuán, está casi al nivel del mar. He aquí el por qué de las extraordinarias crecidas del Nilo y del fango fertilizador que baña anualmente las tierras de Egipto En Asuán se ha construído un gran muro a través del río para canalizar las aguas. La gente de Egipto tiene la creencia de que, cuando el Nilo crece demasiado o cuando su caudal mengua, anuncia malas cosechas y grandes penurias.

Abisinia es un país independiente que ha tenido muchos encuentros de armas con naciones europeas. Sus habitantes abrazaron la fe cristiana, hace muchísimo tiempo; si bien ahora sus costumbres y creencias son muy distintas.

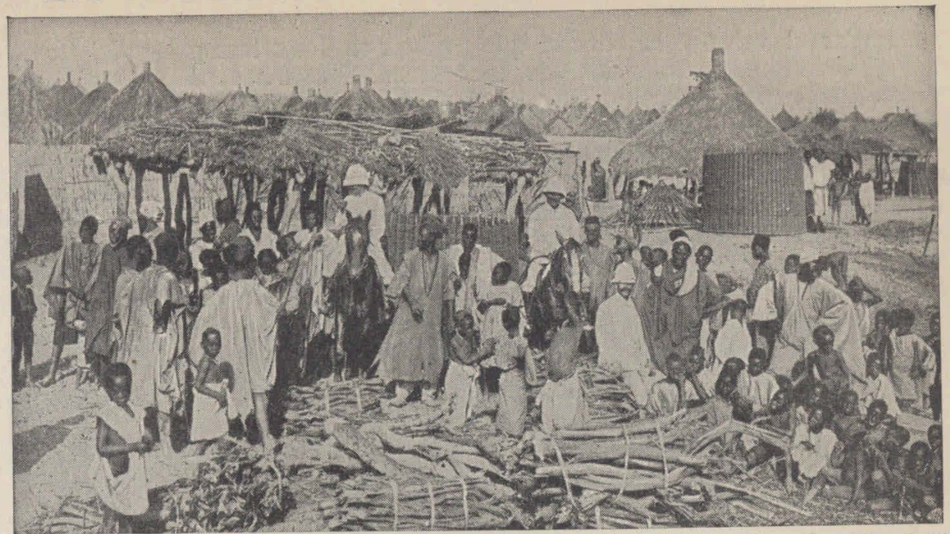
En Kartum, el Nilo Azul se une con el Nilo Blanco, río principal desde el distrito británico de Uganda, que pasa por los lagos Victoria y Alberto Ñanza. La palabra Ñanza significa lago.

El ferrocarril une ahora Uganda con Egipto y Mombasa, la puerta del África inglesa del Este.

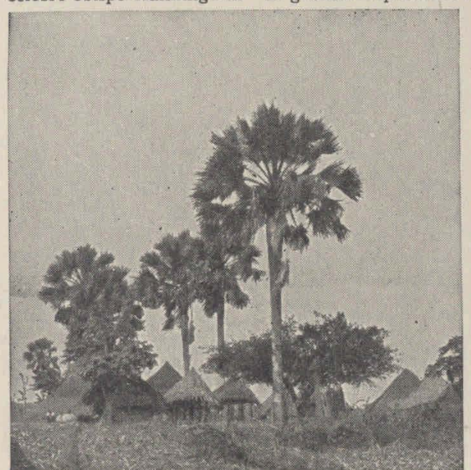
UN PAÍS, EN EL CUAL LOS VIAJEROS VEN A LAS FIERAS DESDE LAS VENTANILLAS DE LOS COCHES

Los viajeros que han recorrido el Norte de África, hablan de haber visto en sus viajes, desde las ventanillas de los coches, leones, jirafas y cebras, y, a veces, también panteras, hienas y chacales. La abundancia de bestias feroces, la inclemencia del clima de muchas regiones, y las tribus salvajes, han contribuído a retrasar la exploración del continente. En la parte del Sudán que está en la región del Nilo, hubo que vencer no pocas dificultades. Sudán significa «País de los negros,» y se extiende a través del África, al Sur del Sahara. Es un país muy fértil, bien regado y muy ardiente, que hoy está dividido entre varias potencias. El Sudán, durante mucho tiempo, estuvo bajo el dominio de Egipto, cuya idea principal era explotar el país, sobre todo con el abominable tráfico de esclavos. El general Gordon, que fué nombrado gobernador del Sudán, aportó muchos beneficios durante algunos años, hacien-

LA POBLACIÓN DEL ÁFRICA TROPICAL



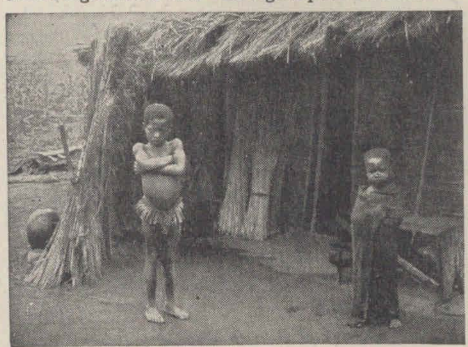
Uganda es un protectorado inglés, donde los misioneros han obtenido resultados positivos, especialmente el célebre obispo Hánnington.—El grabado representa un mercado de aldea.



Aldea del África Oriental Portuguesa. Se extiende este país desde el Mar de las Indias hasta las posesiones inglesas del Sur. Es región poco saludable.



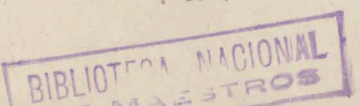
También en este país se obtiene el caucho. El grabado presente da a conocer una plantación cauchera. El caucho es el látex que manan ciertos árboles.



Niños del Congo. La población de esta colonia, que pertenece a Bélgica, es de unos 20.000.000 de habitantes, distribuídos en muchas tribus diferentes.



Aldea en la Isla del Príncipe, en la desembocadura del río Congo. Enfrente de esta aldea se encuentra Boma, residencia del Gobernador belga.



do recordar el valor y la energía que desplegó cuando la supresión de la revuelta de Taiping, en China.

La invasión de los mahometanos en el Norte de África se relaciona con la historia de España. Los invasores, los berberiscos, dieron el nombre de Bervería a la región invadida, y luego pasaron a Europa y penetraron en España. Los árabes se enseñorearon de casi toda ella; pero muy pronto comenzó la reconquista. En el siglo XVI se establecieron en algunos puertos de la costa los piratas; y, aunque Carlos V se esforzó por arrojarlos de allí, no pudo conseguirlo del todo. Estos piratas lo mismo atacaban a los barcos mercantes, que saqueaban ciudades. Cuando fué descubierto su refugio, se hallaron en él monedas de todos los países, prueba de su extendida acción en todas partes. Los prisioneros que hacían eran vendidos como esclavos, si no se pagaba por ellos un cuantioso rescate. Poco a poco fueron arrojados, hasta dejarles sólo dominar en dos o tres países del Norte de África. Hasta hace cosa de un siglo muchas naciones europeas pagaron grandes sumas para librarse de sus piraterías.

Los Estados Unidos de América no quisieron tolerar tal bandidaje, y mandaron una escuadra contra los piratas; por fin, ayudaron a los norteamericanos los ingleses, que permanecieron inactivos mucho tiempo, y también Holanda se alió con ellos; pero hasta 1830 no comenzaron los franceses su campaña, que dió por resultado la anexión de Argelia y el aniquilamiento de los piratas. Libertaron a los prisioneros, se apoderaron de las riquezas atesoradas, y tras muchos inconvenientes y dificultades, anexionaron la Argelia al imperio francés. Poseen, además, los franceses, en África, parte del Sudán y del Congo, etc. Marruecos, el más occidental de los estados berberiscos, es independiente; pero los trastornos constantes ocurridos en este imperio, dieron lugar a la intervención de las principales potencias en la Conferencia



EL REY DE PORTO-NOVO, EN EL DAHOMEY, PRESIDIENDO UN CONSEJO DE MINISTROS

de Algeciras. En virtud de lo acordado en ella, Francia y España mantienen en Marruecos fuerzas encargadas de sostener el orden; y la primera ha nombrado últimamente un Residente General. Turquía ha perdido en África todos sus dominios: Trípoli fué conquistada por Italia; Túnez es ahora protectorado francés, y Egipto ha sacudido la influencia turca, habiéndole sucedido la inglesa. Si contemplamos un mapa de África y ponemos en sus diferentes países banderitas, podremos observar que los negros no han podido oponerse a los europeos ni a los árabes, pues, según apreciaremos, en toda el África no ondean más banderas que las de estados europeos. Siguiendo la costa, se suceden las banderas de diferentes Estados, que la ocupan enteramente.

LAS POSESIONES EXTRANJERAS EN LAS COSTAS AFRICANAS

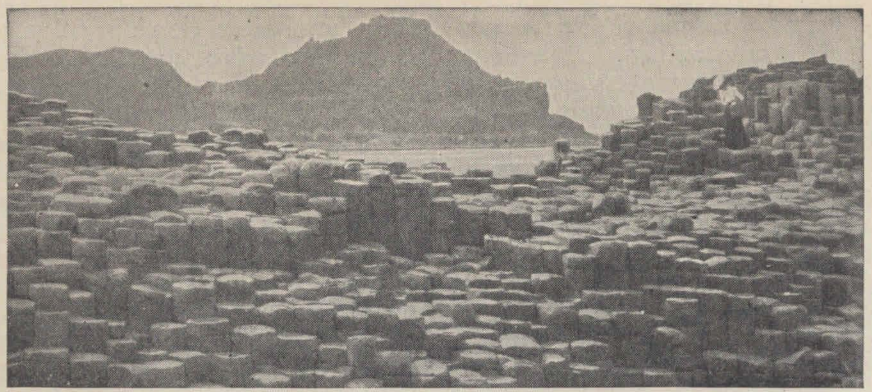
Dejemos a Egipto, con su pabellón, que ostenta una media luna y una estrella, y, al pasar por Trípoli, podremos ver que en esta ciudad ondea la bandera italiana. En Túnez y en Argelia, extendiéndose hasta las montañas del Sahara, flota al aire la bandera tricolor de Francia. Los franceses piensan, con el tiempo, construir un ferrocarril que atraviese el desierto y llegue hasta sus posesiones del Níger. Marruecos es independiente, si bien la bandera de España ondea en Ceuta. España también tiene posesiones en la costa del Sahara, desde Marruecos hasta el Cabo Blanco, en donde empiezan las inmensas posesiones francesas, al Oeste del África. La bandera independiente de Liberia, estado de esclavos libertados, ondea en la costa de Guinea, rodeada por banderas portuguesas, inglesas, y francesas, todas marcando las distintas regiones que pertenecen a sus países. En el Congo se ven banderas francesas, que señalan el territorio que llega hasta el lago Tchad, un lago muy curioso, que por tiempos aumenta y disminuye su caudal de agua en forma sorprendente.

El antiguo Estado libre del Congo se halla hoy bajo el dominio del gobierno belga. Por toda su costa ondean las banderas de esta nación, que por el interior se extiende hasta Uganda.

Al sur de Angola está la que era el Africa Sud-Occidental Alemana hasta la Guerra Mundial, y la que es gobernada ahora por la Unión del Sur de Africa. Toda la esquina meridional del Continente africano está bajo la bandera inglesa. El Africa Oriental Alemana, con los tres hermosos lagos de Nyassa, Tanganyika y Victoria en sus límites, es llamada ahora Territorio de Tanganyika, y la gobiernan los ingleses. Kenya es lo que antes se llamaba el Africa Oriental Británica.

Los vapores que navegan por estos lagos ponen en comunicación las vías férreas. En Zanzíbar se organizan las caravanas para el interior. En el Este, en la península en forma de cuerno, cuya punta forma uno de los lados del estrecho de Babel-Mandeb, se hallan las colonias de Somalilandia inglesa, y Eritrea y Somalilandia italiana. El nombre de Rhodesia viene del de su fundador Cecil Rhodes, el gran estadista inglés. Uno de sus principales proyectos era la unión del Norte y Sur de África por un ferrocarril, que atravesara el centro del continente. Este ferrocarril habría pasado a la vista de los saltos de Victoria y del río Zambeza. Debía también unir dichos puntos con Kartum, atravesando asimismo la región del Nilo.

Ideó también unir esta línea principal a muchas otras vías férreas y ponerla en comunicación con puertos de los distintos mares africanos. Algo de esto se ha efectuado ya; el ferrocarril del Sur cruza los saltos, y se proyecta unirlo con el del Norte. Tal empresa ataca en su raíz la explotación de los esclavos que trabajan en la recolección de goma y marfil; pues abriéndose la comunicación, hay más probabilidades de atajar los excesivos abusos. El negocio que había de proporcionar tal ferrocarril está aún en sus comienzos, por falta de comunicaciones.



La Calzada de los Gigantes, en Irlanda, en la que se ve la conformación especial de las rocas basálticas.

¿TIENEN VIDA LAS PIEDRAS?

LA contestación que debe darse a pregunta tan trascendental depende de lo que entendamos por « vida ». Los animales y las plantas hacen cosas que las piedras y las rocas no pueden hacer. Las piedras revisten con frecuencia formas raras y regulares, como se ve en los cristales o en las columnas de la « calzada de los gigantes », en Irlanda, que representa el grabado de esta página. Los cristales suelen crecer, y parece algunas veces que echan retoños en forma de cristales más pequeños; pero no respiran ni se nutren, ni se reproducen y carecen de ciertas facultades, que posee el más humilde de todos los seres vivientes. De manera que hemos de contestar que las piedras no viven, si damos a la palabra « vivir » su sentido más estricto.

Pero con esto dista mucho de quedar completamente contestada la anterior pregunta. Está demostrado que la substancia de que se componen las piedras contribuye a formar el cuerpo de los seres vivientes, y que este cuerpo no sólo puede descomponerse en substancias químicas más sencillas, sino también convertirse en piedra. Podrá parecer raro, pero no hay duda de que es así.

El elemento que más abunda en las rocas y en las piedras, en la arena y en la arcilla, se conoce con el nombre de silicio; y hemos averiguado que entra en la composición de la materia viviente, como, por ejemplo, en la del trigo, cuya paja contiene siempre cierta cantidad de silicio. Lo dicho acerca del silicio y de las piedras es aplicable igualmente a otras muchas clases de « materia inerte ». Todos los seres vivientes están compuestos de « materia inerte » y de una fuerza o principio generador y director de sus operaciones, y la vida es el movimiento intrínseco del ser que hace servir a sus necesidades esa misma materia en forma de aire o en forma de alimentos. Se deduce, pues, del estudio de las piedras, de las rocas, y de los árboles, así como del de todas las demás cosas, que ha de existir un Poder Supremo que se manifesta en la formación de los átomos de la materia, lo mismo si se trata de una roca que de una planta, de un animal que de un hombre.

¿GIRABA LA TIERRA MÁS DE PRISA ANTES DE ENFRIARSE?

Es difícil contestar a esta pregunta de una manera categórica, pues, claro está, no había nadie en la tierra para observar lo que entonces ocurría. Sin embargo, hay poderosas razones para suponer que la velocidad con que la tierra da vueltas disminuye gradualmente; lo cual, desde luego, significa que en tiempos remotos esa velocidad era muchísimo mayor. Lo que llamamos un día es el tiempo que tarda

la tierra en dar una vuelta sobre sí misma. Parece ahora probable que la tierra, digámoslo así, se retrasa unos cuantos segundos cada siglo; y los cálculos que se han efectuado últimamente con mucho cuidado, si bien, por supuesto, siempre subsistirán ciertas dudas, nos inclinan a creer que hubo un tiempo en que el día, es decir, la rotación de la tierra, duraba sólo cuatro horas en lugar de veinticuatro, y que en un porvenir muy lejano, durará treinta o todavía más.

Esta disminución de la velocidad con que gira la tierra, es debida principalmente a las mareas que se producen en su superficie, por efecto, en primer término, de la atracción de la luna, y también, hasta cierto punto, por la influencia del sol. Estas mareas debieron producirse ya mucho antes de que la tierra se enfriara, aunque no consistían entonces en agua, sino más bien en materias derretidas, que luego se solidificaron para formar las rocas de que se compone la corteza terrestre. Las mareas actúan como un freno, que por su rozamiento constante con la superficie de la tierra, mientras ésta ejecuta su rotación, tiende siempre a retardar el movimiento de que está animada.

¿POR QUÉ NO SE QUEMA EL HIERRO CUANDO SE LE METE EN EL FUEGO?

Cuando una cosa se quema, como decimos, en el fuego, lo que ocurre es que su substancia se combina con el oxígeno del aire para formar una clase de compuestos, conocidos con el nombre de óxidos. Estos óxidos algunas veces están en forma de gas y se esparcen por la atmósfera, consumiéndose de este modo el objeto quemado; mientras otras veces tienen forma de sólidos, que suelen desmenuzarse con suma facilidad.

Como la mayor parte de las substancias no se combinan con el oxígeno, sino estando algo calientes, lo único que hace el fuego es elevar su temperatura hasta el punto necesario para que puedan empezar a arder, del mismo modo que cuando usamos un fósforo para encender una bujía.

Pero no es cierto que el hierro no se consuma en el fuego, si bien lo hace muy lentamente a la temperatura de un fuego ordinario. El hierro puede ser quemado, lo mismo que casi todos los demás cuerpos, pero es preciso que la temperatura sea muy elevada para que la combustión se efectúe con cierta rapidez.

No obstante, a temperaturas más bajas, el hierro se consume lentamente y aun sin la ayuda de fuego alguno, con tal que exista en el aire hastante humedad. Este desgaste del hierro se llama enmohecimiento; y el moho, orín o herrumbre, es un compuesto de oxígeno y de hierro.

¿POR QUÉ ES LUMINOSA LA LUZ?

Esta pregunta nos parece al principio una tontería; pero en realidad es sumamente sensata. Sabido es que lo que llamamos luz, consiste en un movimiento ondulatorio del éter, del mismo modo que lo que conocemos con el nombre de sonido es un movimiento ondulatorio del aire; pero nos queda por contestar, si es que podemos hacerlo, la siguiente pregunta: ¿A qué se debe que una clase de ondas produzcan en nuestro cerebro la sensación de luz, mientras otra clase produce la impresión de lo que se llama sonido? ¿Por qué las ondas del aire no nos producen el efecto de la luz, y las del éter el efecto del sonido?

Únicamente puede decirse que es debido a la conformación particular del cerebro. Es posible imaginar, según ha dicho un gran sabio que se dedica al estudio de la mente humana, que los nervios del ojo fuesen a parar al centro auditivo del cerebro, y los nervios del oído al centro visual; o que al ir a un concierto « viésemos » las notas musicales y « oyésemos » los movimientos del jefe de orquesta y de los demás músicos. Esto quiere decir que lo que llamamos luz y sonido, no son más que consecuencias de la impresión producida en partes determinadas del cerebro, que corresponden a dichas impresiones.

Es un hecho sumamente interesante el de que en ciertas personas se observe lo que se llama *sensaciones asociadas*. En tales casos, cuando una parte del cerebro es impresionada, como, por ejemplo, por un sonido, lo es igualmente la parte que corresponde al sentido de la vista; de manera que puede decirse que el sonido ha producido luz. Cuando las personas, cuyo cerebro presenta esa particularidad, oyen tocar algún instrumento por el estilo del cornetín, perciben al mismo tiempo un color carmesí; y si oyen alguna otra clase de instrumento puede que perciban un color azul. Estos casos parecen muy extraordinarios, pero no hay duda de que ocurren realmente.

¿POR QUÉ SE INFLAMA TAN FÁCILMENTE EL CELULOIDE?

El papel se enciende fácilmente, porque está compuesto de substancias vegetales que contienen grandes cantidades de hidrógeno y carbono, a la vez que muy poco oxígeno. Así es que cuando se calientan con un fósforo, o de otro modo cualquiera, el carbono y el hidrógeno se combinan con el oxígeno del aire y el papel arde.

Ahora bien, el celuloide se prepara con papel u otra fibra vegetal, mediante el empleo de ácidos muy fuertes y de alcanfor, los cuales producen otro compuesto que es el llamado celuloide. Calentándolo se reblandece, pudiendo dársele entonces la forma que se desee y que conserva después de enfriarse. El celuloide tiene una composición parecida a la del papel, aunque difieran en cierto modo, y su combustión obedece a las mismas causas que la de este último.

La materia de que se compone la parte dura de las plantas se llama celulosa y pertenece a la misma clase de substancias que el azúcar y el almidón. El celuloide viene a ser un compuesto formado por la combinación de la celulosa con ácido nítrico.

¿POR QUÉ ARDE MEJOR UN FÓSFORO CUANDO SE LE COLOCA CON LA PUNTA ABAJO?

Hallaremos la contestación a esta pregunta si tenemos presente lo que ocurre cuando arde un fósforo. Su combustión dimana de que la madera o la cera, si se trata de una cerilla, se combinan con el oxígeno del aire y continúan haciéndolo mientras queda material para quemar. Tratándose de un fósforo de madera que se mantiene con la punta hacia arriba será fácil que se apague por falta de combustible.

Esto ya no es tan fácil si se trata de una cerilla, porque la parte combustible del fósforo está compuesta de substancias de las llamadas *volátiles*. Esto quiere decir que se convierten en gases y que ascienden cuando se calientan. Un fósforo de madera no contiene, por otra parte, ni con mucho, tanta materia de ese género y por eso tiende a apagarse; pero si lo ponemos con la punta hacia abajo, la llama encuentra entonces abundancia de combustible con que alimentarse.

Este mismo principio es aplicable, como sabemos, al papel, lo cual es muy natural, pues el papel y la madera se componen de la misma substancia perteneciente al mismo género de compuestos químicos que el azúcar y el almidón. Muy pocas de esas substancias son volátiles, al revés de lo que ocurre con las que componen las cerillas.

¿EN QUÉ PUNTOS DEL CIELO PUEDE VERSE BRILLAR EL SOL?

Esto dependerá del lugar, desde el cual lo contemplamos. Cuando en tiempos remotos unos navegantes dieron la vuelta a África, y recorrieron por primera vez las regiones del sur del ecuador, contaron a su regreso que habían visto brillar el sol en la dirección del norte. La gente se burló de ellos y ni siquiera les dieron crédito los más grandes escritores de la época. Ahora sabemos, sin embargo, que era cierto lo que decían y que el hecho de haber visto el sol hacia el norte demostraba que efectivamente habían cruzado el ecuador.

En dondequiera que nos hallemos, el sol siempre sale por el este y se pone por el oeste, porque, claro está, la tierra entera gira en el mismo sentido y es debido justamente a su movimiento de rotación el que el sol parezca levan-

tarse y ocultarse tras el horizonte. Pero si lo miramos desde un punto situado en el hemisferio boreal, nos parecerá que el sol cruza por el cielo en la dirección del sur; mientras si lo miramos desde algún punto situado en el hemisferio austral, nos parecerá que lo atraviesa en la dirección del norte.

Para hacernos cargo de ello, bastará con que nos figuremos al sol situado, pongamos por caso, al nivel del suelo, y a la tierra al mismo nivel, dando vueltas a su alrededor. Comprenderemos entonces por qué aparece de un modo diferente según lo miremos por arriba desde la parte superior de una pelota o por abajo, desde la parte inferior de dicha pelota.

¿DE QUÉ SE ALIMENTAN LOS PECES?

Sabemos que los peces grandes se comen a los pequeños, pero es preciso que a su vez estos últimos encuentren algún alimento; y como es muy importante que haya bastantes peces para que nosotros los podamos comer, conviene que averigüemos de qué se nutren los peces pequeños.

Ahora bien; sabemos que en la superficie de la tierra, las plantas son las productoras y los animales los consumidores de lo que producen las plantas; pues lo propio ocurre en el mar, que tiene pastos como la tierra.

El océano contiene cantidades enormes de plantas de especie inferior, junto con animales, también de organiración rudimentaria, que se nutren de esas plantas; y entrambos ofrecen alimentos a los peces pequeños.

La enorme masa de vegetales diminutos que flota de ese modo por el mar se conocen con el nombre de *criadilla*, y de ella sacan el sustento los peces jóvenes o pequeños. Parece ser que la cría de la mayor parte de los peces comestibles se verifica en la época del año en que la criadilla es más abundante y de mejor calidad, o sea, en la primavera. La criadilla sufre luego ciertos cambios a medida que la temporada está más adelantada, acomodándose a las necesidades de los peces cuando éstos son ya más crecidos.

Además, se ha demostrado ahora que la luz, al iluminar el mar, produce el mismo efecto que en las plantas terrestres. Gran parte de la materia viva de que se compone la criadilla contiene una especie de clorofila, materia colorante de las hojas verdes, por cuya virtud tiene la facultad de nutrirse con los gases disueltos en el agua del mar, del mismo modo que las plantas terrestres se alimentan de aire.

¿QUÉ ES UNA ESPONJA?

Todas las esponjas han estado vivas. Acaso el mejor modo de contestar a esta pregunta será decir que la esponja es el esqueleto de un ser viviente, entendiéndose por esqueleto la armazón que sostiene un cuerpo. El esqueleto de los animales pertenecientes a cualquiera de las especies superiores está compuesto de huesos; la esponja, claro está, no se compone de huesos, ni siquiera de materia ósea; pero no por eso deja de ser un esqueleto.

Los seres que forman esponjas y que viven en ellas son de clase muy inferior y se crían en el agua del mar; pertenecen a una especie situada en la escala zoológica, más abajo todavía que los mismo gusanos, que las ostras y que las estrellas de mar. No hemos de ver en la esponja el esqueleto de un solo animal; se compone, en realidad, de una colonia de seres muy elementales que, por decirlo así, viven y trabajan juntos. En lugar de vivir separados y de nadar de aquí para allá, se juntan para formar una colonia; y a medida que aumenta su número, crece el tamaño de las esponjas en que han hecho su habitación.

Esos seres sacan del agua del mar la materia de que se componen las esponjas. No hay más que una clase de esponjas que nos sea de alguna utilidad, las que forman un esqueleto que sea más o menos blando. Pero existen otras clases de esponjas que sacan materiales del agua del mar para formar esqueletos. Las hay que son duras

como piedras, por estar compuestas de sales de silicio contenidas en el agua; mientras otras tienen estructura caliza.

Lo asombroso en todos estos casos es la potencia química que encierran esos animales minúsculos y por virtud de la cual separan de entre las varias sales disueltas en el agua del mar las que más les convienen para elaborar esa cosa maravillosa que llamamos una esponja.

¿DE QUÉ MODO SE EMPAPAN DE AGUA LAS ESPONJAS?

El efecto causado en el agua por una esponja es parecido al que se observa en un terrón de azúcar. Será más fácil que nos hagamos cargo de ello, si en vez de estudiar un objeto complicado, como una esponja o un terrón de azúcar, nos fijamos en un caso más sencillo, como el de un tubo de vidrio fino. Puede utilizarse cualquier clase de tubo, pero es preferible que sea de vidrio para que veamos lo que ocurre en su interior; y, cuanto más delgado sea el tubo, más claro resultará el fenómeno observado. Un tubo muy delgado se parece algo a un cabello, y por eso el asunto que estudiamos se llama *capilaridad*, palabra derivada de la que en latín significa cabello. Si tomamos un tubo de esa clase y lo sumergimos se agua, observaremos que el líquido se elevará en su interior, sin que efectuemos ninguna succión, hasta alcanzar un nivel más alto que en el exterior; y cuanto más fino sea el tubo, más elevado será ese nivel.

Esto no sucede, sin embargo, con algunos otros flúidos. El mercurio, por ejemplo, sufrirá una depresión y su nivel será más bajo dentro del tubo que fuera de él. Unicamente podemos decir que la superficie del agua se adhiere a los lados del tubo y sube un poco por su interior.

Pues bien; tanto la esponja como el terron de azúcar se componen realmente de un sistema complicado de tubos muy pequeños y de forma irregular que producen en el agua el mismo efecto que un tubo sencillo. El mercurio, por otra parte, no empapará la esponja ni el terrón de azúcar. La subida del agua en el tubo, en la esponja o en el azúcar, no tiene nada que ver con la presión atmosférica y es cosa completamente distinta de lo que ocurre cuando se chupa el extremo del tubo.

¿POR QUÉ SE ELEVAN LOS LÍQUIDOS DENTRO DE UN TUBO, CUANDO LO CHUPAMOS?

Sabemos muy bien que si el líquido sube por el tubo es porque ejercemos alguna fuerza, ya que cesa el efecto en cuanto dejamos de aspirar, si bien cerrando el extremo del tubo con la lengua, el líquido no vuelve a bajar. Ahora bien; es fácil que al darnos cuenta de que hacemos subir el líquido nos figuremos que tiramos de él, arrastrándolo hacia arriba; pero no es así. Aunque parezca que el líquido es *arrastrado* por una fuerza, lo que sucede es que lo *empuja* la presión del aire.

Cuando sorbemos el líquido contenido dentro del tubo, disminuímos la presión del aire en el interior de ese tubo; y la presión atmosférica que ejerce sobre la superficie exterior del líquido que estamos sorbiendo, lo impulsa hacia dentro del tubo para que llene el vacío producido por la succión. Nosotros hacemos el vacío y el aire lo llena de líquido.

Todas las clases distintas de succión vienen a ser lo mismo; aunque parezca que se ejerce una tensión, no se hace sino dejar libre el camino para que pueda pasar lo que viene empujado por detrás. Si el aire es denso y pesado, la presión que ejercerá será más fuerte que si está enrarecido o si es ligero.

De manera, que según el estado de la atmósfera, o sea, por lo regular, según el tiempo que hace, será distinta la altura de la columna de líquido que el aire sostendrá dentro del tubo. Esta altura será mayor cuando el aire es pesado y menor cuando es ligero; así es que, si tomamos uno de esos tubos y sellamos su extremo superior, tendremos un instrumento que medirá la presión del aire en un momento o en un lugar cualquiera. Ese instrumento es conocido con el nombre de barómetro

¿POR QUÉ SE HIELA EL AGUA?

Esta pregunta parece muy sencilla, y sin embargo, no hay nadie todavía que haya podido contestarla. No sabemos por qué el hecho de quitarle calor al agua ha de dar por resultado su transformación en una masa sólida. Se supone, no obstante, que es un error creer que existe una demarcación perfectamente definida entre el estado sólido y el estado líquido del agua o de otra substancia cualquiera. Es probable que el agua se convierta en hielo o el hielo en agua, mediante una serie de gradaciones continuas; sino que en casi todos los casos y con seguridad tratándose del agua, los cambios ocurren con tanta rapidez que no hay tiempo de fijarse en ellos. En lo que se refiere a ciertas otras substancias, como, por ejemplo, el lacre, no es posible decir en dónde termina el estado sólido y principia el estado líquido.

Para que logremos saber por qué se congela el agua, es preciso descubrir todo cuanto podamos tocante a la naturaleza del hielo, no siendo difícil darse cuenta, en primer lugar, de que el hielo se compone de cristales. De manera que será necesario que estudiemos cristalografía y tratemos de averiguar el motivo, por el cual tantas clases de materia se solidifican en forma de cristales.

El asunto es muy complicado, pero las leyes de los cristales se van formulando, aunque lentamente, y tal vez cuando esté terminado ese trabajo de investigación, será posible dar con la clave del porqué se congela el agua, cosa que no estamos por ahora en condiciones de hacer.

¿POR QUÉ SE CONVIERTE EL HIELO EN LÍQUIDO CUANDO SE LE CALIENTA?

Esta pregunta, es en realidad, la misma que la anterior, si bien, en cierto modo, es más fácil comprender por qué se convierte el hielo en un líquido, cuando se le calienta que no descubrir las causas de la congelación del agua. Sabemos, más o menos, en qué consiste el calor; lo consideramos como un movimiento de los átomos y moléculas de que se compone la materia. Sabemos, por otra parte, que el frío es la ausencia de calor. De manera que nos podemos hacer cargo del motivo por el cual los sólidos, sobre todo cuando son, como el hielo, de estructura cristalina, se transforman en líquidos, si bien se les calienta suficientemente, pues desde luego nos será fácil imaginar que sus partículas se van moviendo más y más rápidamente, hasta que llegan a un punto en que no tienen ya bastante cohesión, no pudiendo mantenerse unidos en la forma regular necesaria para constituir los cristales de una substancia sólida.

¿EN DÓNDE SE HALLAN LAS NUBES, CUANDO EL CIELO ESTÁ SERENO?

Las nubes, según sabemos, se componen de agua; y el agua puede existir en el aire en varias formas distintas. Cuando forma una nube, consiste en gotas de líquido como las que produce nuestro aliento en los días de mucho frío.

El agua de que están compuestas las nubes existe en la atmósfera, aun cuando el cielo esté despejado; solamente que, a causa en parte del calor del sol, y también, sin duda, del estado eléctrico de las capas superiores de la atmósfera, el aire está en condiciones de conservar en forma gaseosa toda el agua que contiene.

Esta agua gaseosa, o vapor de agua, es tan transparente como el mismo aire, y aun será mejor que lo consideremos como uno de los varios gases de que se compone la atmósfera, al igual que el oxígeno o nitrógeno. Acaso nos sea difícil hacernos cargo de que, cuando contemplamos el cielo en un día sereno, estamos, en realidad, mirando a través de agua, lo mismo que si nos hallásemos en el fondo de un estanque y abriésemos los ojos para mirar hacia arriba. Si no fuera por el agua que forma parte de la atmósfera, quedaríamos completamente achicharrados por el calor del sol, mientras ahora la mayor parte de ese calor es absorbido por el vapor de agua que

es muy opaco para los rayos caloríficos, si bien es transparente para los de la luz.

¿EN DÓNDE ESTÁN LOS PECES QUE VIVÍAN EN LAS CONCHAS QUE ENCONTRAMOS EN LAS ORILLAS DEL MAR?

Los peces que vivían en esas conchas están muertos, habiendo sido, en algunos casos, devorados por otros seres; con más frecuencia, probablemente, sus cadáveres han sido disueltos gradualmente por el agua del mar o acaso digeridos por unos seres minúsculos que viven en dicha agua de mar y que nuestra vista no puede percibir. Las conchas de esos peces vienen a ser su esqueleto, y como son más duras que el resto del cuerpo, se conservan después que el animal ha muerto, como se conserva una esponja o el esqueleto de un animal terrestre.

Ahora bien, si comparamos estos esqueletos con el esqueleto de un pez verdadero, nos daremos cuenta al instante de que los seres a que pertenecen no son peces. Se les suele llamar mariscos, y únicamente se parecen a los peces en lo tocante al hecho de que viven en el mar; pero difieren enteramente de ellos en cuanto a todo lo demás. La diferencia entre ellos y los peces es mayor que la que hay entre los peces y nosotros, pues el hombre y el pez pertenecen ambos al gran grupo de animales vertebrados, cuyo esqueleto está en el interior del cuerpo, si bien el pez es el más imperfecto y el hombre el más perfecto de todos los vertebrados. Los mariscos no tienen huesos de ninguna clase, pero se construyen un esqueleto en la parte exterior del cuerpo. En lo relativo a todos los demás pormenores de su vida y de su estructura difieren mucho, aun de los peces más inferiores.

¿PUEDEN LAS FLORES RENOVAR LA PROVISIÓN DE MIEL QUE HAN LIBADO LAS ABEJAS?

Es un error creer que es miel lo que las abejas sacan de las flores. No hay ninguna flor que contenga miel en la forma que la conocemos; la miel es una substancia elaborada por las abejas con ciertos materiales que sacan de las flores. La materia azucarada que producen las flores no es miel, ni existe con el único fin de que la utilicen las abejas; la flor la produce para sus propios fines, pero se aprovecha indirectamente de la visita de las abejas, pues estas contribuyen en cierto modo a la fecundación.

No hay duda de que la flor renueva su provisión de materia azucarada, si bien no puede hacerlo inmediatamente, porque se trata de un proceso químico, muy largo y complicado, que depende de la luz del sol, de la absorción de la humedad del suelo, y de la elaboración de varios compuestos con cuerpos elementales.

¿CÓMO SE FORMA UN DELTA?

Es preciso, ante todo, que nos hagamos cargo de lo que es un delta y por qué se le da este nombre. Si miramos un mapa de Egipto, hallaremos el Nilo, el cual constituye un buen ejemplo de un río, cuya desembocadura está formada por lo que se llama un delta; y observaremos que dicho río, al desembocar en el mar, se extiende en forma parecida a la de un triángulo. Pues bien, esta es la forma de la letra mayúscula que los griegos llamaban delta y que equivale a nuestra D; por eso se da el nombre de delta a las desembocaduras de los ríos, cuando están formadas como la del Nilo.

Cuando un río desemboca en el mar, sus aguas penetran en la de éste. Las mareas también producen cierto efecto en los ríos, penetrando agua salada hasta cierta distancia de la desembocadura, así como varias clases de vegetales y animales, principalmente peces, de los que viven en el agua del mar. Asimismo el nivel del río, en la parte cercana al mar, sube o baja según el flujo o reflujo de las mareas, como puede observarse en los muelles de un gran puerto situado a orillas de un río y a corta distancia del mar.

Los ríos, sin embargo, consisten en agua corriente y el movimiento de esta agua, tiene por efecto arrancar del

lecho y de las riberas del río una porción de materias sólidas que no se disuelven ni se derriten, sino que son arrastradas río abajo.

Cuando las aguas del río se encuentran con las del mar, su velocidad disminuye, porque el movimiento es contrarrestado por el peso del agua de mar; la materia sólida contenida en las aguas del río propende, pues, a irse al fondo, depositándose en forma de banco o lodazal. Si, como ocurre tratándose del Nilo, hay dos o más ramas principales, el depósito comprendido entre esas ramas y el mar tiene forma triangular. Los deltas se encuentran casi siempre a la salida de los ríos que desembocan en lagos, en mares interiores o en golfos y bahías resguardadas, donde no hay corrientes que se opongan a su formación.

¿POR QUÉ HAY COSAS QUE CONVIENEN A LAS PERSONAS MAYORES Y QUE SON MALAS PARA LOS NIÑOS?

Lo cierto es, tal vez, que las personas mayores, no difieren de los niños tanto como nos lo figuramos, y que lo que no es bueno para éstos, tampoco les conviene a aquéllas; pero no hay duda de que ciertas cosas perjudican a los niños sin que causen daño a los adultos.

Esto se debe a tres motivos. El primero es que, como los niños tienen el cuerpo más pequeño, se necesita menos cantidad de una substancia dañina para producir un efecto dado. El segundo es que el organismo humano posee la facultad de aprender a protegerse contra las cosas perjudiciales, de manera que, si muchos adultos pueden fumar o beber alcohol, sin que les causa daño alguno, no es porque sean mayores, sino porque su cuerpo ha aprendido a hacerlo. También a una persona adulta puede dañarle el tabaco, cuando lo fuma por primera vez.

Pero el tercer motivo es el más importante. Es un principio aplicable a todas las clases de seres vivientes el de que es más fácil dañarles cuando se hallan en su período de desarrollo o de crecimiento. Se comprende en cierto modo, que esto haya de ser así, pues el crecimiento de un niño es un proceso más delicado y difícil que el simple funcionamiento de los órganos cuando el cuerpo ha adquirido ya su pleno desarrollo; y es natural que el organismo, mientras se está desarrollando, se halle más expuesto a todo género de males. Únicamente los que han estudiado las leyes de la formación de un ser, pueden hacerse cargo de cuán grave es el efecto de ciertos venenos, como el alcohol y el tabaco, en el cuerpo de una persona que se encuentra en el período del desarrollo.

¿POR QUÉ MUDA DE TIMBRE LA VOZ DE LOS NIÑOS Y NO LA DE LAS NIÑAS?

Si la voz de un niño muda de timbre, es porque aumenta repentinamente el tamaño de su laringe. Al crecer una niña y convertirse en mujer, su laringe sigue creciendo en proporción al resto del cuerpo ; pero, debido a algún motivo que ignoramos, ha dispuesto la naturaleza que los hombres tuvieran la voz más profunda y más fuerte que las mujeres. Para que esto sea posible, es preciso que el tamaño de la laringe y el de las cuerdas vocales, sea mayor, proporcionalmente, en el hombre que en la mujer.

Ese cambio empieza a efectuarse en los niños a la edad de catorce o quince años. No es indispensable que se les desafine la voz, pudiendo bajar su tono de un modo lento y gradual; pero por lo regular, no sucede así, debido sencillamente a que el niño no sabe todavía usarla.

Los músculos aumentan en peso y en tamaño y las cuerdas se ponen más largas, efectuándose la transformación en muy corto tiempo; es preciso, por tanto, acomodarse a las nuevas condiciones, como aquél que hubiese aprendido a tocar con toda perfección un violín muy pequeño y tuviera luego que usar un instrumento de tamaño regular. De ahí proviene que el niño no posea, desde luego, el completo dominio de su voz, y que unas veces hable en tonos bajos, mientras otras su voz es chillona.

¿POR QUÉ HACE RUIDO UN BASTÓN, CUANDO LO AGITAMOS EN EL AIRE?

Todos los ruidos, por mucho que difieran unos de otros, así como todas las distintas notas musicales, altas o bajas, débiles o plenas, son de la misma naturaleza, en cuanto se componen todas de ciertas ondas que, por lo regular, se producen en el aire, aunque también pueden producirse en los sólidos o en los líquidos. Estas ondas sonoras son de una clase especial y consisten en un vaivén o balanceo de las partículas diminutas del medio que transmita el sonido, bien sea el aire, el agua, las rocas u otro cualquiera.

Si el aire no fuese elástico, no podrían propagarse esas ondas en su seno, porque las partículas, una vez empujadas hacia adelante por una fuerza cualquiera, no volverían más hacia atrás, y no se produciría, por tanto, el movimiento de vibración.

Por eso, cuando se quiere interceptar la transmisión del sonido, se emplean substancias como la madera, el algodón o el serrín, que, por ser de escasa elasticidad, amortiguan las ondas sonoras.

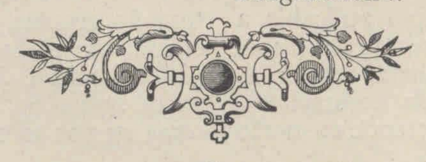
No es posible comprender la contestación a la pregunta que encabeza este párrafo, sin saber antes lo que es el sonido; pero será muy fácil dicha contestación en cuanto hayamos averiguado los principios fundamentales de la acústica. La agitación del bastón perturba el ambiente elástico, pues al moverse dicho bastón ha de abrirse paso a través de innumerables millones de átomos de los gases de que se compone el aire, apartándolos con violencia. Estos átomos chocan con los inmediatos, y como son elásticos, rebotan unos tras otros, de modo que durante unos instantes todos los átomos del aire están animados de un movimiento de vaivén; y este movimiento es lo que produce la onda sonora que percibimos como un zumbido.

¿ES POSIBLE VER LAS COSAS MÁS PEQUEÑAS QUE EXISTEN?

Las cosas más pequeñas que hasta ahora se han llegado a descubrir son esas partículas diminutas de electricidad que llamamos electrones y que contribuyen a la formación de los átomos de la materia. Estos corpúsculos no se pueden ver. Los átomos son muchísimo más grandes que ellos, pues un electrón, comparado con un átomo, es como un grano de polvo comparado con una pelota de tamaño regular. Tampoco pueden verse los átomos. Si usamos un microscopio de los más potentes y nos valemos de la luz más adecuada, que es la luz violeta, y procuramos que las demás condiciones sean todo lo perfectas posible, el objeto más pequeño que podremos percibir será aproximadamente cinco mil veces mayor que un átomo; y ya hemos visto que el átomo es enorme en comparación del electrón.

El electrón es probablemente la cosa más pequeña que existe, y todos los electrones, procedentes de cualquiera clase de materia, parecen ser exactamente iguales. Pero no es necesario, ni mucho menos, referirse a cosas tan minúsculas como los electrones, ni siquiera como los átomos, para llegar más allá del límite de nuestra visión, aunque esté ayudada por el microscopio más perfeccionado.

Para que un objeto pueda verse separadamente, es preciso que su tamaño no sea inferior a la mitad de la amplitud de las ondas de la luz que lo iluminan. Al llegar a este punto, alcanzamos el límite máximo de nuestro poder visual en lo tocante a la percepción de las cosas pequeñas. Esto no implica que no tengamos pruebas de que existen ciertas cosas demasiado pequeñas para ser visibles, y que sólo podemos verlas «con los ojos de la imaginación».



Cosas que debemos saber

CÓMO SE HACEN LOS MAPAS

¿NO os ha llamado alguna vez la atención el hecho extraño de que, siendo la superficie de la tierra redonda, pueda ser representada en un trozo de papel plano? Porque si alguien tratara de adaptar una hoja de papel a una esfera no tardaría en convencerse de la imposibilidad de su empeño.

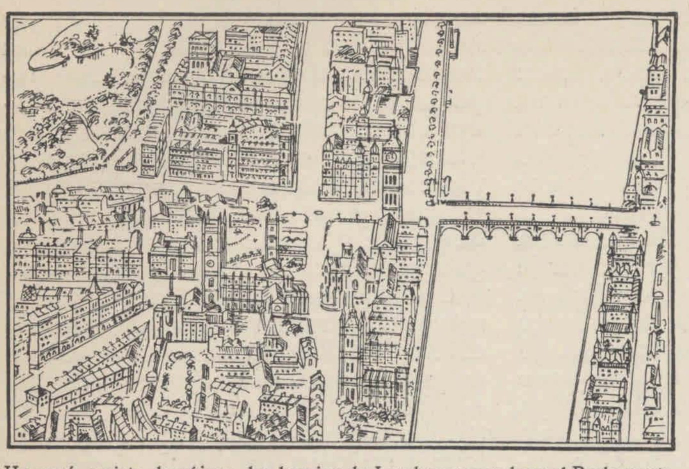
Es de todo punto imposible trazar una representación perfectamente exacta de la superficie de la tierra en un trozo de papel plano; de suerte que desde luego podemos asegurar que ningún mapa del mundo, por hermoso y acabado que parezca, puede ser exacto. Todo mapa lleva siempre algún error, aunque pequeño, pero este error carece de importancia, *porque es conocido.* El error sólo es peligroso, cuando se le ignora; pero, conociéndolo, basta hacer una corrección proporcional a él para que los datos a que afecta sean tan aproximados como nos convenga. Conviene no olvidar esto nunca.

En un mapa puede verse con toda exactitud cuál es la configuración de un país, y cuales son los océanos que lo bañan. Pero en el caso de extensiones muy grandes de terrenos, como en los mapas de América, por ejemplo, no pueden representarse con todos sus pormenores los territorios comprendidos entre Buenos Aires y Mar del Plata, o entre Santiago de Chile y Valparaíso, o entre Nueva York y Boston, por ejemplo, y por eso se acostumbra a considerar dividida la superficie de la tierra en un determinado número de porciones que se van representando en hojas de papel separadas. Así es que se hacen mapas de La Argentina, de Chile, de los Estados Unidos, de Francia, de Alemania, de Inglaterra, etc., en los cuales pueden representarse fácilmente las montañas, los ríos y las principales ciudades de estos países. Pero, no pareciéndonos aún esto bastante, subdividimos todavía más la superficie de la tierra y hacemos mapas de estados, provincias, y hasta de pequeños distritos y ciudades, a fin de que los hombres puedan apreciar con la mayor minuciosidad la configuración de todos los lugares del globo. Es frecuente tropezar en las calles de las grandes ciudades, como París, Londres, Buenos Aires, Chicago, etc., con individuos que caminan consultando a cada paso sus mapas y planos, pues por medio de éstos es fácil orientarse y visitarlas sin necesidad de guía ni peligro de extraviarse.

Un débil niño puede sostener en sus manos la representación del mundo entero. Se han construído numerosos mapas pequeños de las diversas regiones del globo, y uniéndolos unos a otros en forma conveniente, se ha logrado formar un mapa de toda la tierra que, como decimos antes, puede sostener un niño. Al contemplar un globo terráqueo, de esos que se utilizan en las escuelas para enseñar la geografía a los niños, o un mapa-mundi cualquiera, y admirar el lujo de pormenores que en ellos se consignan, comprenderemos cuán interesante es la construcción de mapas.

Porque, merced a ellos, tomamos en nuestras manos la representación de la vastísima superficie de nuestro planeta, en la que viven millones de criaturas humanas, millones de animales, millones de árboles, y que abarca inmensas cordilleras de montañas, caudalosísimos ríos, enormes océanos y vastos continentes. A pesar de todo esto, es tal la claridad y perfección con que en nuestros días se construyen, que hasta los niños pueden estudiarlos y entenderlos. Ahora bien, estos globos terráqueos y mapas hallan su complemento en ciertos libros que nos dan una explicación minuciosa de los mismos y nos enseñan a conocer y admirar las maravillas del mundo que habitamos, y en los cuales se lee cuanto de interesante ha descubierto el hombre acerca de los diferentes países que componen la tierra. Con su ayuda sabemos, al contemplar un mapa, la clase de clima que cada país disfruta, las especies de animales que lo habitan, las

industrias a que sus pobladores se dedican y los árboles, plantas y flores que

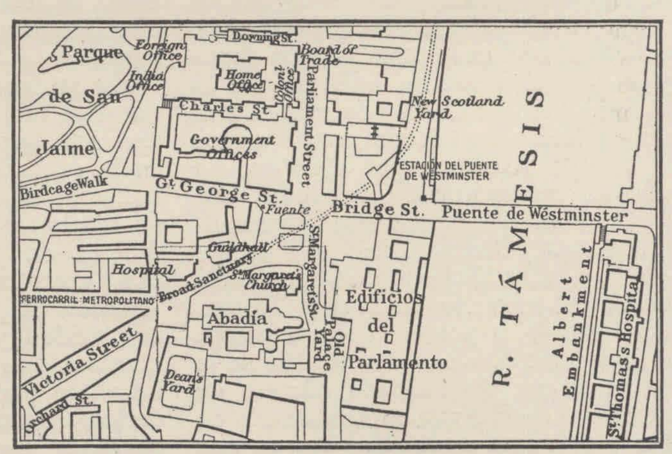


He aquí, a vista de pájaro, los barrios de Londres que rodean el Parlamento. Aun cuando pudiéramos tomar desde un globo una fotografía de la ciudad entera, difícil nos sería orientarnos en ella; tan populosa es la gran capital inglesa.

producen sus terrenos; conocemos, en una palabra, hasta los más ínfimos pormenores de los variados países que integran este mundo admirable que habitamos.

Veamos ahora cómo se construyen los mapas. Los artistas, cuando copian un cuadro y tienen interés en hacerlo con gran escrupulosidad, empiezan por trazar una cuadrícula, es decir, un cierto número de líneas verticales, paralelas entre sí y equidistantes, y otras horizontales, en las mismas condiciones, sobre el dibujo que tratan de copiar, y después otra segunda cuadrícula o serie de líneas semejantemente dispuestas sobre el lienzo o papel donde van a hacer la copia; y una vez hecho esto, nada más fácil para ellos que ver con toda precisión en qué puntos las diversas particularidades del cuadro cortan a las expresadas líneas, lo cual les permite copiar el modelo adoptado con gran exactitud.

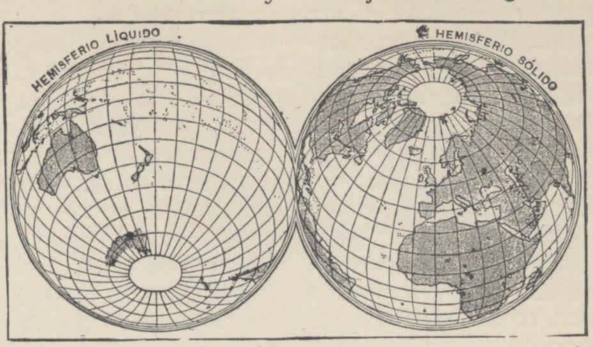
Algo semejante hacemos cuando nos proponemos trazar la figura de la tierra. Constrúyese un globo y se empieza por marcar en él dos puntos diametralmente opuestos, que han de representar los polos Norte y Sur. Después se traza una serie de líneas, siguiendo los círculos máximos de esta esfera, que van de uno a otro polo, las cuales reciben el nombre de *meridianos de longitud*, y luego otro círculo máximo perpendicular a la recta que une los polos, el cual se denomina *ecuador*, y paralelos a él, y hacia el Norte y hacia el Sur, una serie de círculos menores que se llaman *paralelos de latitud*. Hay 360 meridianos o grados de longitud, y el trozo de ecuador comprendido entre cada dos de ellos



Aquí vemos un plano de los barrios de Londres, representados en el anterior grabado, con sus calles perfectamente detalladas. Aunque en él apareceríamos nosotros como un simple puntito, podemos tener en la mano la representación gráfica de una inmensa ciudad, con el nombre de sus calles y edificios.

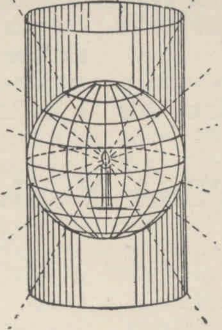
mide un grado ó 60 millas geográficas de 1851,58 metros. Ordinariamente, sólo se representa en estos globos un meridiano de cada diez. Para trazar los paralelos de latitud se empieza por dibujar el ecuador y se trazan des-

pués ocho círculos completos, paralelos a él, hacia el Norte, y otros tantos hacia el Sur, formando en total diez y siete. Estos círculos distan también diez grados entre sí. El ecuador se marca con un cero, y las líneas que le siguen, hacia uno y otro lado, con los números 10, 20, 30, 40, 50, 60, 70, 80 y 90 que corresponde a ambos polos.



He aquí dos vistas del mundo que habitamos que nos muestran la distribución sobre él de las tierra y las aguas. Se llaman hemisferios, que quiere decir medios mundos. Las líneas trazadas de arriba abajo se denominan meridianos de longitud; y las otras, paralelos de latitud.

Vemos, pues, que el globo terráqueo se halla cuadriculado, semejando su aspecto al de una jaula para pájaros o al del cuadro rayado por un pintor, que hace pocos momentos mencionamos. Fácil es, por lo tanto, dibujar en él los diversos países. Sólo precisamos para ello los datos que nos suministran los marinos que regresan de recorrer el mundo en todas direcciones, trayéndonos abundantes noticias de nuevas tierras. Ellos saben con toda exactitud en qué puntos los salientes y entrantes de estos nuevos territorios tocan o cortan a los meridianos de longitud y a los paralelos de latitud; y en cuanto nos dicen en qué grados de longitud y latitud se halla situado un punto cualquiera, no hay cosa tan sencilla como marcarlo en nuestro globo.



Esta figura nos permite comprender la proyección ideada por Mercator. Colocando una bujía dentro de un globo de vidrio, en el que se hayan marcado de antemano los meridianos y paralelos, las sombras de estas líneas son proyectadas sobre un cilindro de papel circunscrito al globo, y es fácil dibujarlas en aquél.

Empero, tropezamos al punto con una gran dificultad, y es ésta que las personas no pueden, cuando viajan, llevar en el bolsillo un globo terráqueo. Además, por muy perfectos que sean estos globos, no es posible darles las dimensiones necesarias para que quepan en ellos todos los detalles que poseemos acerca de la tierra. Por eso hay que tratar de reproducir en una hoja plana de papel la figura de la tierra que hemos dibujado en el globo. Es muy posible que nuestros lectores hayan oído hablar de un tal Mercator y de sus celebradas proyecciones, con arreglo a las cuales se construyen los mapas o cartas planas. Su verdadero nombre era Gerardo Kramer, y nació en Alemania en el siglo XVI. A él, y al famoso inglés Eduardo Wright, somos deudores de los maravillosos mapas denominados «Proyección de Mercator».

Veamos de explicar a nuestros lectores la teoría de estas proyecciones. Para más fácil comprensión del asunto, supondremos que se circunscribe a un globo de vidrio, convenientemente cuadriculado, un cilindro de papel, y que se coloca en el centro de aquél una luz que proyecta sobre el papel las sombras de los meridianos y paralelos. Si se dibujaran estas sombras, cuando se desarrollara el cilindro de papel observaríamos que las líneas curvas del globo habían quedado rectificadas sobre el plano del papel, y aparecería éste a nuestros ojos cruzado de arriba abajo y de derecha a izquierda por rectas paralelas, equidistantes las primeras y separadas las segundas por intervalos desiguales. Tal es la proyección usada en las cartas de Mercator. Cierto que en estas cartas aparecen deformados algunos países y aumentadas sus dimensiones; pero es tal su disposición, que el marino puede, sin riesgo alguno, trazar en ellas sus rumbos y

guiarse en sus viajes por las indicaciones de estos utilísimos mapas.

No vaya a suponerse que con esto puede darse ya por terminada la misión de las personas que se dedican a la construcción y levantamiento de mapas, pues queda aún la tarea de llenar, por decirlo así, nuestro cuadro. Existen grandes extensiones del globo acerca de las cuales no se sabe casi nada. Es posible que existan ciudades cuyos nombres ignoran aún los hombres. Ocultas en el remoto corazón de los enormes continentes es posible que vivan en los actuales momentos razas humanas de las cuales no tenemos noticia; hombres que jamás oyeron hablar de globos, ni de teléfonos, de automóviles ni de caminos de hierro.

Y por eso los constructores de mapas esperan pacientemente el regreso de los exploradores que les traigan maravillosas nuevas de ciudades, lagos y montañas, para añadir en seguida otros detalles al retrato que tienen ya hecho de la tierra.

Además del procedimiento arriba expuesto, que podríamos llamar de *desarrollo cilíndrico* y que se usa preferentemente para construir las cartas de los marinos, hay otros basados en la proyección de la superficie esférica sobre un plano. Dos son los principales: el de *proyección ortográfica,* en que cada punto de la superficie terrestre se representa por el pie de la perpendicular bajada desde dicho punto al plano del ecuador o al de un meridiano; y el de *proyección estereográfica,* en que la superficie del globo está representada, tal como se vería desde un cierto punto, llamado *punto de vista,* sobre un plano, supuesto transparente, que se denomina plano del cuadro. *Los desarrollos cónicos* se obtienen circunscribiendo a la esfera un cono y determinando en la superficie de éste las intersecciones de los planos paralelos y meridianos. Y hay, finalmente, otros métodos, que en lugar de conservar la forma de las figuras, como los citados de proyección, aspiran a representar las áreas en una relación determinada; tales son los métodos *de Lorgna* y el *homolográfico,* que no podemos exponer en este lugar, remitiendo al lector a los tratados especiales de cartografía.

LA RAPOSA Y EL GALLO

Con las orejas gachas
Y la cola entre piernas,
Se llevaba un raposo
Un gallo de la aldea.
Muchas gracias al alba
Que pudo ver la fiesta
Al salir de su casa
Juana la madruguera.
Como una loca grita:
«¡Vecinos, que le lleva,
Que es el mío, vecinos!»
Oye el gallo las quejas,
Y le dice al raposo:
«Díla que no nos mienta,
Que soy tuyo y muy tuyo.»
Volviendo la cabeza
Le responde el raposo:
«Oyes, gran embustera,
No es tuyo, sino mío:
Él mismo lo confiesa.»
Mientras esto decía,
El gallo libre vuela,
Y en la copa de un árbol
Canta que se las pela.
El raposo burlado
Huyó, ¡quién lo creyera!

Yo, pues, a más de cuatro,
Muy zorros en sus tretas,
Por hablar a destiempo,
Les vi perder la presa.

SAMANIEGO.

LA ALFORJA

En una alforja al hombro
Llevo los vicios;
Los ajenos delante,
Detrás los míos.
Esto hacen todos:
Así ven los ajenos:
Mas no los propios.

SAMANIEGO.



LA BUENA DOSZAPATITOS

HAY que hacer constar que Doszapatitos no era su nombre verdadero. No, el nombre de su padre era Bienquerer, viejo y honrado campesino establecido durante muchos años en la parroquia en que nació Margarita, que así se llamaba la niña; sus padres murieron dejándoles a ella y a su hermanito al amparo y bajo la protección de las buenas gentes de la parroquia.

Margarita y Tommy andaban muy desastrados, conservando el niño un par de botas, mientras que la niña sólo tenía un zapato. Cosa de más valor no les quedaba, pero ambos se profesaban un cariño verdadero, necesario siempre entre hermanos que, como ellos, poco o nada podían esperar de sus parientes, que los tenían casi olvidados.

La situación de los huerfanitos movió a compasión al Señor Smiht, el venerable sacerdote que vivía en la porroquia donde los niños nacieron, el cual decidió ocuparse de ellos y los llamó para que fueran a verle a su casa.

Consiguió que un amigo suyo se interesara por Tommy, llevándosele para hacerle marinero, y que diese también algún dinero para comprarle zapatos y vestidos a la niña, la que quedó definitivamente al cuidado del respetable señor Smiht.

Al día siguiente, se presentó el zapatero con los zapatos nuevos para Margarita, la que apresuradamente se los calzó, corriendo a buscar a la señora Smiht, muy bien compuesta con su vestido y zapatos nuevos.

—¡Dos zapatos, mamá! ¡dos zapatos! —le dijo.

Lo que hizo también con todo el mundo, llegando por tal circunstancia a ser conocida por « la buena Doszapatitos ».

Margarita vivía feliz en casa de la familia Smiht, viendo cuan bueno y sabio era su padre adoptivo, llegando a deducir que ello era el resultado de estudiar mucho, hecho que la niña se dispuso a imitar, siéndole así preciso, antes que nada, aprender a leer y a escribir. Para lograr su propósito solía salir al encuentro de los niños que regresaban del colegio, a los que pedía prestados sus libros, en los cuales estudiaba con afán hasta la hora en que aquellos habían de volver a la escuela. De este modo pronto supo más que sus amiguitas, y llegó al punto de idear un sistema muy práctico, para enseñar a aquellos que se hallaban más atrasados.

Sabiendo que sólo se necesitan 28 letras para formar y componer todas las palabras del mundo, con la subdivisión en mayúsculas y minúsculas, con un cuchillo cortó unos trocitos de madera, dándoles la forma de las 28 letras y reuniendo diez series de minúsculas y seis de mayúsculas.

Con ellas salía todas las mañanas a dar sus vueltas por la aldea, para dedi-

carse a la enseñanza de los niños más abandonados.

Un día tuve el placer de acompañarla; la primera casa en donde nos detuvimos fué en la del labrador Wilson; Margarita llamó a la puerta.

—¿Quién es?

—La buena Doszapatitos, que viene a dar lección a Guillermo.

—¡Qué contenta estoy de verte, buena niña!—dijo la señora Wilson, reflejándose en sus ojos la alegría que la producía la llegada de Margarita.—Guillermo te necesita porque ya ha aprendido tu última lección.

A poco salió un muchachito; era Guillermo.—¿Cómo estás, buena Doszapatitos?—dijo el niño que apenas sabía hablar claramente.

Este niño, sin embargo había aprendido todas las letras. Margarita volcó en el suelo su revuelto alfabeto, y Guillermo fué cogiendo y dando su nombre a cada una de las letras que colocaba correlativamente.

Terminada lección tan original, nos encaminamos a la finca de Gaffer Cook. Algunos niños pobres que allí había, discípulos también de Margarita, acudieron al punto, colocándose a su alrededor. Puso Margarita sus letras en el suelo y preguntó al niño que tenía más cerca:

—¿Qué has comido hoy?

—Pan—contestó aquel, pues los niños pobres viven en muchos sitios tan sólo de pan.

—Pues bien—dijo Margarita;—coloca la primera letra de la palabra *pan*.

El niño puso la P, y a continuación las otras dos letras.

—¿Y tú, Polly, qué comiste?

—Torta de manzanas,—contestó la niña aludida. Y por el mismo sitema continuó la lección de los pequeñuelos.

De allí fuimos a la hacienda Thompson, donde otra legión de chicuelos aguardaba la llegada de la original y pequeña maestra.

—Querida Doszapatitos, ¿dónde has estado, para llegar tan tarde?—preguntó un rapazuelo.

—Me he entretenido en las otras lecciones más tiempo que el de costumbre—contestó ella—pero aun así temo haber venido demasiado pronto para vosotros.

—No por cierto—replicó uno—todos sabemos ya nuestra lección. Y, sin dilación, agrupáronse todos junto a Margarita con inequívocas muestras de regocijo.

—Si ello es cierto, será prueba de que sois muy buenos y entonces Dios os amará a todos—díjoles cariñosamente Margarita.

Colocáronse ordenadamente en círculo. En los demás sitios donde habíamos estado antes, vimos niños que formaban sílabas y palabras con el abecedario; aquí pudimos observar niños de mayor habilidad y conocimientos que formaron frases enteras de proverbios y máximas religiosas, leyéndolas en voz alta.

La señora Williams, que tenía a su cargo el colegio donde en la aldea recibían educación los niños y niñas, se hallaba por aquella época muy anciana y enferma; y en vista de los progresos de Margarita y de las simpatías que ésta se había conquistado, decidió que la niña la ayudara en su cargo, supliéndola en los casos de imposibilidad suya; desde este momento, se conoció a Doszapatitos por el nombre de la señora Margarita.

Un día llevó a su casa un cuervo que había salvado de las iras de unos chicuelos; le puso por nombre Raúl y dedicóse con cariño y constancia a enseñarle algunas cosas, logrando al cabo de algún tiempo que el pájaro aprendiese a hablar, deletrear y leer. Púsole en un rincón de la clase, y cuando alguno de los niños se equivocaba, ella le decia al cuervo.

—Raúl, corrígele.—Orden que el pájaro se apresuraba a cumplir.

También educó a una paloma, a la que enseñó varias habilidades; era preciosa y le puso por nombre Tom.

En cierta ocasión regaláronle un perro precioso al que llamó «Saltador;» y «Saltador» llegó a convertirse en el portero y guardián del colegio, cumpliendo sus funciones, tan a conciencia,

que no dejaba entrar y salir a nadie sin el permiso de su ama.

Un día «Saltador» se agarró al delantal de Margarita, y tirando con fuerza, hacía como si quisiera sacarla de la casa. Asombrada ella al principio, resistióse a salir, pero ante la insistencia del perro, se decidió a seguirle. En habiendo salido de la casa soltó el perro el delantal, y volvió al colegio, de donde por el mismo procedimiento, hizo salir a todos los niños y niñas. No habían transcurrido cinco minutos cuando se desplomó el techo de la casa. El hundimiento del colegio fué una gran desgracia para Margarita, pues si bien salvó su vida y la de sus discípulos, gracias al instinto de «Saltador», perdió en cambio sus libros y ajuar, quedando, además, sin local donde poder dar sus lecciones. Gracias a la generosidad de un vecino, pudo reconstituirse el edificio.

Los habitantes del pueblo tenían un alto concepto de Margarita, a la que estimaban muchísimo. Sir Carlos Jones, uno de los propietarios más acaudalados del pueblo, llegó a sentir tal simpatía y afecto por ella, que la hizo brillantes ofertas para que se encargase del cuidado de su familia, pero ella rehusó para no abandonar la educación de los niños desvalidos. Al poco tiempo cayó enfermo dicho señor, y quiso que Margarita se encargase de su cuidado en aquella peligrosa enfermedad; quedó tan satisfecho y agradecido del comportamiento cariñoso de la maestra, que la ofreció casarse con ella en prueba de reconocimiento.

Margarita aceptó tal ofrecimiento, y previas las tramitaciones de rigor, llegó el día en que había de celebrarse la ceremonia.

Todos se hallaban en la iglesia, los novios y los invitados; y, cuando el sacerdote se disponía a dar su bendición a los futuros esposos, un caballero atravesó corriendo la iglesia, abriéndose paso entre los que presenciaban la ceremonia.

—¡Alto, alto!—gritaba.

Dióse a conocer el recién llegado, que resultó ser el hermano de Margarita, quien acababa de llegar de lejanos países, donde había reunido una gran fortuna, y, enterado del proyectado enlace de su hermana, se dió prisa en llegar a la iglesia para convencerse de si era el futuro esposo digno de ella.

Terminó el acto con gran satisfacción de todos, y la señora Margarita continuó sus caritativas obras; fué una madre cariñosa para los pobres, un médico para los enfermos y una amiga para todos los menesterosos.

CUENTOS DEL TALMUD

EL HEREDERO Y EL TESTAMENTO

Al morir un avaro y rico judío, se halló en su testamento que había legado toda su fortuna a un esclavo, con la única condición de que éste había de permitir al hijo del difunto, que se hallaba en país lejano, elegir una sola cosa de toda la herencia.

El esclavo no podía ocultar su alegría por tan inesperada suerte y así marchó a la ciudad donde se encontraba el hijo del que había sido su amo, para informarle de lo ocurrido. El hijo lamentó la muerte de su padre, y quedó asombrado al conocer su última voluntad, no acertando a explicarse tal determinación.

Molestado por la desconsideración que suponían las disposiciones de su padre, acudió a un rabino, quejándose de la injusticia de que se creía objeto. El rabino le recibió con simpatía y compasión, escuchándole sus quejas, al propio tiempo que daba a entender el asombro que sus palabras le producían.

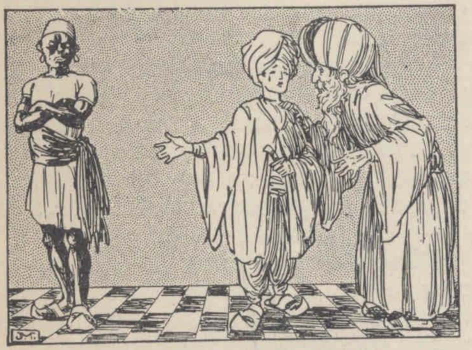
Cuando el hijo hubo terminado, exclamó el rabino.—¡Qué hombre tan sabio era tu padre! Ese testamento demuestra su maravilloso modo de mirar por lo porvenir.

Con tal acuerdo te ha conservado toda su propiedad, cosa que no habría sucedido si todo te lo hubiera dejado en el testamento. Estando tú, el heredero, tan lejos de la hacienda, el esclavo te hubiera robado; para evitarlo, tu padre legó toda la herencia al esclavo, quien

se tomará todo el interés posible en beneficio de las propiedades que él cree suyas.

—Pero ¿cómo puede ser todo eso en beneficio mío, si el verdadero dueño de todo es él?—preguntó el joven asombrado.

—¿No sabes que todo lo que posee un esclavo pertenece a su amo? dijo el rabino.—Tú puedes elegir una cosa; elige, pues, al esclavo y toda la propiedad será tuya.



—Escoge al esclavo—dijo el rabíno.

Así lo hizo el joven, bendiciendo la previsora sabiduría de su padre que le había evitado perder una buena parte de su hacienda.

EL REPARTO DE LA COMIDA

Un joven que llamó a la puerta de una posada, fué invitado a comer con el dueño, su esposa, sus dos hijas y sus dos hijos.

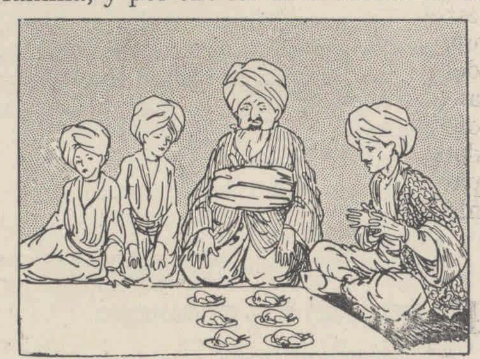
Sentados todos a la mesa, sirviéronse cinco palomas y una gallina, rogando entonces el dueño al joven que hiciese la distribución.

Repartió una paloma entre los dos hijos, otra entre las dos hijas, una tercera entre los dos padres, y él reservóse las dos restantes.

El posadero quedó asombrado de tal sistema de distribución; pero, no obstante, se abstuvo de decir nada. Llegado el momento de servir la gallina, fué invitado el forastero a partirla, y dar a cada uno su parte, lo que hizo el joven con la mayor satisfacción; dió al dueño y su esposa la cabeza, una pierna a cada uno de los hijos y un alón a cada una de las hijas, y pusose él toda la pechuga y cuerpo en su plato.

El dueño no pudo aguantar más y pidió al joven una explicación acerca de tan original modo de repartir los manjares.

—He hecho el reparto que he creído más equitativo—contestó el aludido.—Usted, su mujer y una paloma suman tres; otra paloma y sus dos hijos suman también tres, lo mismo que la tercera paloma y sus dos hijos; para obtener la misma suma yo necesitaba dos palomas: he aquí la explicación. Y referente a la gallina la aclaración es sumamente fácil también:—ustedes, dijo—dirigiéndose al matrimonio—son la cabeza de la familia, y por ello les di la cabeza de la gallina; a sus hijos, que son el sostén, les serví los muslos, y a las hijas, porque han de casarse y extender sus alas volando lejos de la casa, les serví los alones de la gallina; quedó el resto para mí, por tener la pechuga una forma parecida a la de un buque, toda vez que en un navío vine a este país y en otro pienso volver a mi hogar.



Invitosé al joven a que trinchara las aves.

EL VALIENTE PERRITO DEL BOSQUE

BRISQUET, un pobre leñador, vivía en un bosque cerca de Lyón, junto con su linda esposa Brisqueta y sus dos hijos Briscotín y Briscotina. El niño era moreno y con el pelo castaño y contaba apenas unos siete años de edad; la niña rubia, de cabellos dorados, no había cumplido aún los seis años.

El bosque en que vivían era espeso y peligroso, por lo cual la madre nunca les permitió a los niños llegar más lejos de la barraca, situada al extremo del huerto, donde el padre almacenaba la leña, temiendo fuesen atacados por alguno de los muchos lobos que merodeaban por el bosque.

El único compañero que los niños tenían en sus juegos era Brichonne, un perrito gris con la boca azul y ojos negros; pero era tan bueno y vivaracho, que nunca se cansaron de jugar con él, sobre el verde césped, ante la puerta de la casa.

Una noche de invierno Brisquet se retrasó en volver a su casa más que de costumbre, tanto que Brisqueta, alarmada, dijo a sus hijos:—Corred a la barraca a ver si encontráis a vuestro padre.—Los niños salieron juntos muy contentos por el sendero que a la barraca conducía. Brichonne se dispuso a seguirles, pero la madre le detuvo, diciendo:

—No, Brichonne; quédate hasta que regresen los niños, que si vuelven solos tu irás a buscar a tu amo.

Briscotín y Briscotina no encontraron a su padre en la barraca, y el hecho les hizo recelar una desgracia.

—¿Se habrá extraviado nuestro padre? —exclamaron llenos de pena.

—Voy a entrar en el bosque—dijo Briscotín—a ver si le encuentro, aunque me coman los lobos. Y al mismo tiempo internóse en el solitario y lóbrego bosque, pero Briscotina se asió fuertemente de su mano marchando con él.



EL VALIENTE PERRITO NO DEJÓ AL LOBO QUE SE ACERCASE A LOS NIÑOS

Al poco tiempo, regresó el padre a la casa, quedando sorprendido al ver que no salían, como de costumbre, sus hijos a acariciarle—¿Dónde están los niños? —preguntó a su mujer.

—Han ido hasta la barraca, a ver si te encontraban,—exclamó alarmada la madre.—Seguramente, al no hallarte, se habrán internado en el bosque. ¡Ah, los lobos! ¡los lobos! ¡los lobos!

Brisquet arrojó al suelo su carga de leña, y cogiendo su hacha buscó a Brichonne, pero éste había salido esca-

pado de casa, tan pronto como vió regresar solo a su amo; y ladrando furiosamente, había desaparecido.

A Brisquet le disgustó mucho no tener el perro, para que le siguiera en un momento en que tanta falta le hacía.

—No deberíamos tener un perro tan pequeño e inútil—dijo;—con un perro de raza con facilidad encontraríamos el rastro de los niños, mientras que ahora no sé hacia dónde se habrán dirigido

Marchóse y a poco de seguir por el bosque oyó los ladridos del perro y hasta le pareció percibir los gritos de los niños. Corrió con toda la velocidad que le permitieron sus piernas, orientándose por los ladridos dei can y llevando el hacha preparada. Así llegó a una plazoleta donde el espectáculo que se ofreció a sus ojos le llenó de alegría y de temor al propio tiempo, pues vió a sus hijos fuertemente abrazados junto a un árbol y a poca distancia un enorme lobo que se disponía a lanzarse sobre ellos; pero el pequeño Brichonne no le dejaba acercarse a los niños, pues a pesar de ser cuatro veces mas pequeño que el lobo, luchó con él con tanta valentía y ardor, que no pudo conseguir la fiera su propósito, mucho menos habiendo llegado oportunamente el leñador, que mató de un certero hachazo al lobo, y recogió al perrito que se hallaba herido y al que condujeron a la casa, donde le cuidaron cariñosamente, agradecidos todos por haber salvado la vida a los pequeñuelos.

EL RETRATO MISTERIOSO

EN la pequeña aldea japonesa de Yowcuski, era el espejo cosa aún desconocida, hasta el punto de que las muchachas ignoraban cómo eran sus caritas, salvo por las decripciones que de ellas hacían sus respectivos novios, elogiando su belleza.

Cierto día, un joven japonés halló en la calle un espejo de bolsillo. Como era la primera vez que veía tal objeto, le asombró ver en él una imagen de cara morena con ojos oscuros e inteligentes.

—¡Es mi santo padre! ¿Cómo puede este retrato encontrarse aquí? ¡Será tal vez algún aviso?

Guardó en un pañuelo el objeto hallado, que ocultó en su bolsillo, y, al llegar a casa, lo escondió en un jarrón por parecerle lugar seguro, sin decir nada a su esposa. Temía a la curiosidad femenina, y al mismo tiempo a la poca reserva que suelen tener las mujeres.

Durante algunos días Kiki-Tsum estuvo pensando continuamente en el retrato, y a veces abandonaba su trabajo y se presentaba de improviso en su casa, ávido de contemplar su tesoro. Pero en el Japón, como en todas partes, las acciones misteriosas han de explicarse a la esposa. Lili-Tsee no llegaba a comprender el por qué de aquellas apariciones inesperadas de su esposo, y así decidióse a vigilarle, convenciéndose al instante de que su esposo no abandonaba nunca la casa sin haber permanecido un rato solo en la habitación última de la parte posterior. Buscó y escudriñó sin hallar rastro alguno en la mencionada habitación, cuando un día, al entrar en ella, observó que su marido colocaba precipitadamente en un sitio un jarrón lleno de rosas. Momentos después de abandonar él la casa, su esposa buscó en el jarrón hasta dar con el espejo, y entonces la terrible verdad apareció a su ojos. ¿Qué vió ella en el espejo? ¡El retrato de una preciosa mujer! ¡Ella, que siempre había creído en el cariño y lealtad de su esposo!

Llena de rabia, volvió a mirar el espejo, asombrándose de que su marido admirase cara de tan mal gesto.

Sin ánimo para nada, no se ocupó en prepararle la comida a su esposo quien, al llegar a su casa, quedó atónito ante tal abandono.

—¿Es ése el modo de tratarme al año de matrimonio?—dijo indignado a su esposa.

—Lo mismo puedo preguntarte a ti: ¿Es ése el modo como me tratas?—replicó ella.

—¿Qué quieres decir?

—Que guardas retratos de mujer en

mi jarrón de rosas. ¡Aquí está! tómalo, pues yo para nada lo quiero. ¡Oh, la mala mujer!

—¡No comprendo!—exclamó él.

—Ni tampoco lo comprendo yo—exclamó ella.—¿Cómo puedes querer a esta fea mujer más que a tu propia esposa?

—Lili-Tsee ¿que estás diciendo? El retrato es la viva imagen de mi difunto padre; lo encontré el otro día en la calle, y para mayor seguridad lo guardé en el jarrón de las rosas.

—¿Me supones incapaz de distinguir la cara de un hombre de la de una mujer? —contestó con indignación Lili-Tsee.

La cuestión adquirió caracteres serios; ella creyó ver destruída su felicidad por aquel misterioso retrato, mientras que Kiki-Tsum encontraba perfectamente ridícula la acusación de su compañera, pues el retrato no era, según él, de mujer, sino el de su propio padre: no cabía duda.

Las palabras de indignación cambiadas entre los esposos llamaron la atención de un sacerdote que acertó a pasar ante la casa, el que se detuvo y escuchó durante un momento.—« No debe continuar semejante altercado,—pensó el sacerdote, probablemente suscitado por algun motivo fútil ».

—Hijos míos—dijo asomando la cabeza por la puerta—¿por qué disputáis de ese modo?



EL SACERDOTE TOMÓ EL ESPEJO ENTRE SUS MANOS Y LO MIRÓ CON ATENCIÓN

—Padre, ¡mi mujer se ha vuelto loca!

—Todas las mujeres lo son en mayor o menor grado: te equivocas si creías encontrar la perfección en alguna; no hay razón, por tanto, para enfadarse por ello.

—Mi marido tenía oculto en mi jarrón de flores el retrato de una mujer.

—Juro que no tengo más retrato que el de mi difunto padre.

—Enseñadme el retrato—dijo el sacerdote.

Y una vez que lo hubo recibido y contemplado se inclinó respetuosamente ante él, y con voz emocionada, dijo:—Es el retrato de un venerable sacerdote; no comprendo cómo habéis podido equivocaros al contemplar esa cara que resplandece santidad.

Les bendijo y se marchó llevándose el espejo para colocarlo entre otras preciadas reliquias de la iglesia.

CUENTOS DE GRECIA Y ROMA

LOS DOCE TRABAJOS DE HÉRCULES

LOS antiguos griegos cultivaban la belleza en las artes y en las letras tanto como apreciaban la fuerza física natural. Por eso a Hércules le concedieron los más altos honores entre todos sus héroes y le tomaron como símbolo de la fuerza. La frase *los trabajos de Hercules* ha llegado a ser conocida y empleada en todo el mundo, y algunos de estos trabajos se mencionan separadamente con gran frecuencia.

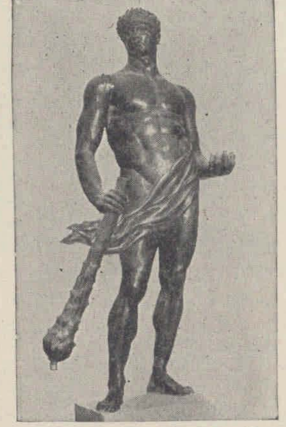
Por ejemplo, « limpiar las cuadras de Augías » significa limpiar algo casi imposible de ser limpiado.

Hércules en su juventud despertó los celos de Euristeo, rey de Argolis, al que los dioses habían conferido poder para realizar una serie de servicios. Euristeo encargó a Hércules realizar las siguientes empresas.

LA SERPIENTE DE CIEN CABEZAS

Era la Hidra una serpiente acuática de siete o de nueve cabezas que crecían instantáneamente cuando las cortaban. Semejante monstruo causó estragos en la provincia de Argolis devorando a hombre y animales, a los que atraía al pantano donde se refugiaba.

Hércules recibió orden de matarla, y ayudado por su amigo Yolas, cortó las cabezas de la serpiente, y aplicó antorchas encendidas en las heridas; despues mojó sus flechas en la venenosa sangre, para que sus heridas fuesen incurables.



EL JOVEN HÉRCULES

LA MUERTE DEL LEÓN

En la provincia de Argolis llegó a ser el terror de todos sus habitantes un temible león que de cuando en cuando abandonaba el bosque y se dedicaba a devorar a las personas que encontraba.

Tan temible y grande era la fiera, que nadie se atrevió a atacarla ni hubo flechas ni otras armas que lograran traspasar su piel. Ello no obstante, Hércules llegó a coger al león con sus poderosos brazos, obligándole a echarse al suelo sobre su espalda, y cayendo arrodillado sobre él le extranguló con las manos.

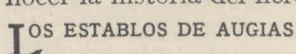
El héroe le arrancó al león la piel invulnerable y siempre la llevó echada a la espalda.

LA CAPTURA DE LA CIERVA SAGRADA

En las montañas Cerineas vivía una maravillosa cierva, que estaba consagrada a Diana, la diosa de la caza. Sus cuernos eran de oro; y tan veloz era su carrera que nadie fué capaz de cogerla jamás.

Se ordenó a Hércules su captura para conducirla viva a Euristeo; y el héroe logró realizarlo, después de una cacería que duró un año entero, a través de los bosques que cubrían todo el sur de Grecia.

Al regresar vencedor se encontró con que Diana estaba furiosa; pero quedóse después muy satisfecha la diosa al conocer la historia del héroe.



LOS ESTABLOS DE AUGIAS

Uno de los trabajos de Hércules, que ha llegado a ser proverbial en el mundo, fué la limpieza de las cuadras de Augías, pues así suele denominarse cualquier tarea que parece imposible de realizar.

Augías era el rey de Elide y propietario de unas tres mil cabezas de ganado. Las cuadras donde se albergaba este ganado jamás fueron limpiadas por nadie, y por tal circunstancia, llegaron a tal estado de suciedad, que su limpieza llegó a creerse imposible hasta para el propio Hércules. Sin embargo, éste la llevó a cabo, derrumbando uno de los muros; y así consiguió que un río que corría cerca de allí pasase a lo largo de las cuadras arrastrando en su corriente la enorme suciedad allí acumulada.

EL JABALÍ DE ARCADIA

Un enorme jabalí, que procedía del monte Erimantea, llegó a arruinar todo el estado inmediato a Arcadia, pues en sus diferentes incursiones no perdonó la vida a persona o animal que hallara a su paso.

Hércules fué comisionado para capturarle, y aquella fiera, que siempre resistió los ataques y venció las astucias de los pastores de Arcadia, tan pronto vió a Hércules dió media vuelta y huyó velozmente a las montañas cubiertas de nieve, donde su perseguidor logró cazarle, y llevárselo a la corte del rey Erimanteo, pero éste sentía tal temor, que se ocultó en un barril sin querer ver a la fiera.

LOS PÁJAROS CON ALAS DE METAL

Los bosques pantanosos que rodeaban el lago de Stinfalia en Arcadia, hallábanse infestados de unos pájaros de rapiña cuyas alas, garras y cabeza eran de metal, y se alimentaban tan sólo con carne humana y de animales domésticos.

Enviado Hércules para aniquilarlos, hallóse con la dificultad de ser inaccesibles sus nidos y, por tanto, imposible acercarse a ellos; pero acudió a Minerva, la diosa de los héroes, que le facilitó una especie de sonajero de metal.

Colocado Hércules a orillas del lago, hizo resonar en los bosques el terrible sonido del sonajero; asustados los pájaros por aquel ruido estrepitoso, abandonaron su nido, atravesando a la desbandada el espacio donde fueron alcanzados por las envenenadas flechas de Hércules.

EL TORO FURIOSO DE CRETA

Minos, rey de Creta, isla situada al sur de Grecia, prometió en cierta ocasión a Neptuno, dios de los mares, sacrificarle un toro; pero en vista del tamaño y belleza del animal, Minos quedóse el toro para él. Sucedió que a poco volvióse el toro furioso y empezó a destruir las cosechas de la isla.

Hércules logró darle caza y llevó la terrible fiera viva a Micenas, como prueba de su meritoria tarea; pero Euristeo le dejó imprudentemente en libertad y entonces el toro, atravesando el istmo de Corintio, fué a devastar el valle de Maratón, en Atica.

LOS CABALLOS QUE SE COMÍAN A LOS HOMBRES

Diomedes, rey de Tracia, fué tan cruel que llegó a tener el hábito de arrojar a cuantos forasteros llegaban a la corte a unos caballos salvajes que tenía, para que éstos los devorasen.

Hércules, en unión de algunos amigos valientes, fué a Tracia, atacó y se apoderó del tirano, al cual arrojó como pasto a sus propios caballos; luego ahuyentó a éstos, haciéndolos atravesar el mar, llevándolos a Micenas, donde les obligó a refugiarse en la montaña y allí fueron despedazados por otras fieras.

EL CINTURÓN DE LA REINA DE LAS AMAZONAS

El noveno trabajo de Hércules le obligó a hacer un largo viaje; se le envió a buscar el cinturón de Hipólita, reina de las belicosas amazonas que vivían en Escytia, país denominado hoy Rusia.

Unos dicen que después de reñidos combates, logró darle muerte, mientras otros afirman que sólo la hizo prisionera, obligándola a casarse con su amigo Tereno, pero lo cierto es que logró su objeto de llevar a Euristeo el famoso cinturón de Hipólita.

EL COMBATE CON LOS GIGANTES

Muy lejos de Grecia, en el Océano denominado de Oriente, existía la isla de Gades. Viajeros llegados de ella

dieron la noticia de la existencia de un gigante llamado Gerión, que poseía un hermoso rebaño y un perro para vigilarle. Este perro tenía dos cabezas.

Mandóse a Hércules para apoderarse del ganado. Muchos lances han narrado los poetas griegos sobre este viaje, destacándose entre los hechos más salientes el de que, extenuado Hércules, trató de matar con sus flechas al dios del sol, quien admirado de tal audacia, le dió una vasija grande de oro, en la que se fué por mar al islote, atravesando el estrecho de Gibraltar, cuya rocas miran hacia las llamadas columnas de Hércules.

Logró matar al perro de las dos cabezas y a los vigilantes, pero en el momento en que se disponía a marchar con el ganado, llegó Gerión y le cogió fuertemente. Tras terrible lucha quedó vencido el gigante; pero ni aun así pudo realizar su objeto, pues otro gigante llamado Cacos, que vomitaba fuego, le robó varias cabezas de ganado, haciéndolas marchar hacia atrás para que no se notasen sus huellas y las ocultó en unos subterráneos.

Pero no obstante tal precaución, Hércules oyó sus pasos y recuperó los animales después de dar muerte a Cacos.

LAS MANZANAS DE ORO

En un hermoso país del Oeste de Africa vivían unas ninfas llamadas las Hespérides cuya sola misión era vigilar la fruta que la madre tierra había ofrecido a la diosa Juno como regalo de boda.

Un dragón, que jamás se entregaba al sueño, guardaba los huertos, donde se producían las manzanas de oro, y el camino que a ellos conducía hallábase erizado de dificultades.

Tras mucho caminar, y tras cruentas luchas con gigantes, todas con resultado victorioso, Hércules logró apoderarse de Nereo, uno de los dioses del mar, el cual se transformó de mil maneras en su afán de evadirse de los fuertes brazos que le retenían prisionero; mas viendo la inutilidad de su esfuerzos, recobró su forma natural y envió a Hércules a buscar a Atlas, el que accedió a ayudarle a buscar la fruta anhelada, bajo la condición de que Hércules debía sostener el peso del mundo mientras él se hallaba ausente.

EL ROBO DE CERVERO

A la entrada del Hades, morada de los muertos, se hallaba de guardián un perro de tres cabezas, llamado «Cerbero», cuya misión era impedir la entrada de los vivos o la salida de los muertos del reino de las sombras.

Plutón, el rey sombrío del país de los muertos, concedió permiso a Hércules, para que se llevase el perro en plena luz del día, con la sola condición de que no hiciese uso de sus armas; consiguió su objeto Hércules por la fuerza corporal que poseía, y llegó a restituir el perro a su dueño sin haberle causado daño alguno.

Libre ya Hércules de sus trabajos, marchóse a recorrer el mundo, llevando a cabo infinidad de acciones heróicas y nobles, y desde aquellos tiempos ha sido considerado como el símbolo de la fuerza física.

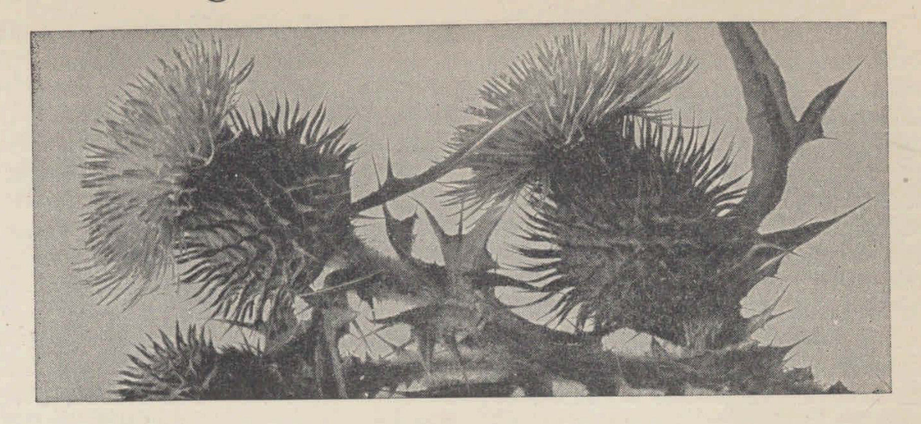
LOS PERROS

—¡QUÉ degenerada está aquí nuestra raza!—decía un mastín que había viajado.—En una lejana comarca que los hombres llaman India, ¡allí sí que hay perros de verdad! ¡Canes! ¡Amigos míos! no me lo creeréis, y no obstante escuchad; yo lo he visto con mis propios ojos,—son perros que no tienen miedo a ninguna fiera, ni a un león, pues le hacen frente y le acometen. . . .

—Pero—preguntó un perro de caza de mirada maliciosa en un rincón—¿vencen también al león?

—¿Vencerlo?—fué la respuesta—no lo puedo decir de cierto. Pero de todos modos, pensadlo bien, ¡atacar a un león . . .!

—¡Oh!—exclamó entonces el perro perdiguero;—si tus perros de India no le vencen, ¿en qué son más valientes que nosotros? Son mucho más estúpidos debieras decir. LESSING.



HIERBAS Y PLANTAS DE LOS SETOS

EXISTEN multitud de hierbas que en su suelo nativo pasan casi inadvertidas, pero que, trasplantadas a un país extraño, de tal modo invaden los campos y orillas de los senderos, que no dejan espacio ninguno a las plantas indígenas. Las hay que llegan a ser la pesadilla de los labradores, pues tan vigorosas son, que a pesar de arrancarlas aquéllos una y otra vez de sus campos, vuelven a renacer y los invaden por entero.

Esas malas hierbas que vemos en los setos y que constituyen una verdadera plaga para los terrenos cultivados, provienen con frecuencia de muy lejanos países. De distintas maneras efectúan sus largas travesías: una planta que un viajero lleva consigo en memoria del antiguo jardín que en su país rodea la casita en que aquél vive, da origen a otras mil en su nuevo suelo; otras nacieron de una semilla que por casualidad cayó de un vehículo cargado de ellas, o alguien arrojó distraídamente junto a un campo, y allí germinó; la cáscara de algunos frutos, espinosa o provista de anzuelos, se agarra a la lana o al pelaje de los animales, recorriendo así aquéllos grandes distancias; en fin, de mil diversos modos, sencillos a veces, y otras en extremo ingeniosos, se propagan y arraigan las plantas. No sólo los cuadrúpedos, sino también los pájaros las extienden por toda la tierra. La mayor parte de las malas hierbas de que aquí hablamos, son tan comunes, que bastará una mirada a los grabados para reconocerlas. Descubriremos también que muchas de ellas pertenecen al orden tan dilatado de las campánulas, el cual no sólo comprende las hermosas campanillas, sino otros tres extensos grupos: el de las achicorias, el de las ambrosiáceas y el de los asteres

Esto se explica tal vez por la circunstancia de producir los miembros de estas tres últimas familias unos frutos secos y diminutos, llamados aquenios, cada uno de los cuales contiene una semilla invariablemente envuelta en el tubo del cáliz de la flor. Los sépalos son deformes y de apariencia muy variada: ora se presentan recortados, ora imitando escamas o cerdas; ya duros, ya blandos, o bien rígidos como los cuerpos espinosos llamados arilos. Éstos constituyen lo que llamamos el vilano, que puede presentar la forma de una tacita o de una diminuta corona, el cual algunas veces no existe en ciertas flores. Este curioso desarrollo del ovario y del cáliz que observamos a menudo, no tiene otro fin que procurar a la planta los medios de trasladarse de un punto a otro. Porque puede ocurrir que las tiernas plantas hallen en cualquier otro sitio del campo terreno más apropiado a su condición que el lugar en que se criaron sus padres, y natural es que a él se trasladen. El estudio de las malas hierbas comprende también el de sus semillas, y aunque el labrador no busque en ese estudio

más que la manera de destruirlas, por dañinas, nosotros hallaremos datos verdaderamente interesantes en la historia de tales plantas.

EL DIENTE DE LEÓN O AMARGÓN

En Europa, los niños suelen soplar la suave pelusilla que en forma de globo tiene el diente de león, con el objeto, según dicen ellos, de averiguar qué hora es. La brisa se lleva el blando plumón, dejando en el extremo del tallo sólo uno o dos pelitos. Si observamos éstos cuidadosamente, descubriremos un diminuto aquenio en forma de huso, el cual termina en un delgado tallo que sostiene un penacho de suave pelusilla. Más ligera que el aire, vuela ésta al menor soplo, llevando consigo el aquenio hasta un sitio lejano a veces, quedando prendida entre las ramas de algún arbusto o descendiendo hasta el suelo el paracaídas al cesar la brisa, y penetrando en la tierra la punta. Ésta va provista de barbas, cuyo fin es impedir que el viento la arrebate otra vez, y habiendo cumplido su misión, el paracaídas desaparece en breve. Si halla terreno favorable, y casi todos lo son para la planta de que hablamos, la tierra va cubriendo poco a poco la semilla, y las primeras lluvias contribuyen a su desarrollo.

Continuará creciendo durante todo el verano, con perjuicio de la hierba que la rodea, cubriéndola con sus hojas profundamente recortadas, que tiene dispuestas en forma de penacho circular, a semejanza de otras muchas plantas que hallamos en las praderas. De este modo escapa a la voracidad de los animales rumiantes. El diente de león no roza con sus hojas la tierra, como tantas otras plantas, pero está provisto de un jugo lechoso tan amargo, que al animal que lo ha gustado una vez no le quedan ganas de volver a acercarse a él. Cosa singular: ese mismo sabor amargo es el motivo de que en varios países se tenga en mucha estima esta planta como ensalada de primavera.

Al llegar el otoño, el diente de león se ha hecho ya fuerte y vigoroso, y tiene buena provisión en sus recias raíces de substancia feculenta, con la que se nutre. Sus flores, cuando enteramente formadas, son también lindas, y no necesitan más que de unos días de sol para trocarse en botones de oro. Pero entonces es precisamente el momento de utilizar la planta, porque de sus raíces se extrae cierta droga, y para obtenerla, suele arrancarse aquélla.

LA ACHICORIA

Estrecho parentesco une al diente de león con la achicoria, la cual tiene sus flores de color celeste al abrirse, que se convierte a menudo en matiz rosa, y a veces en blanco. Dejando aparte sus hojas, en extremo recortadas, el aspecto de la achicoria es muy distinto del que presenta el diente de león. La primera de estas plantas es alta y poco graciosa, y sus ramas tienen formas angulares. El follaje, de un verde grisáceo, es bastante escaso, y suele estar cubierto de polvo, porque generalmente crece la achicoria junto a los caminos o en lugares abandonados. Apiñadas en los desnudos tallos y brotando de ellos directamente, sus flores forman grupos a intervalos irregulares; son achatadas, y miden casi cinco centímetros de diámetro. Se abren a las caricias del sol, pero al ponerse este astro, o si amenaza lluvia, vuelven a cerrarse, levantando sus lígulas, que forman un apretado grupo en el centro de las flores. De este modo protegen su precioso polen, al que perjudica en gran manera la humedad excesiva. Cada florecilla, tubular en su base, se prolonga por el otro extremo, en forma de correa, sobresaliendo de la flor lo mismo que una lengua, a lo cual se da el citado nombre de lígula. Éstas se extienden sobre la flor describiendo un círculo exterior, que sirve para protegerla, como ya hemos dicho. En el tubo de la florecilla hay un anillo compuesto de cinco anteras con estambres unidos, y por las incisiones interiores de las anteras cae muy fácilmente el polen, llenando el tubo por encima del tierno pistilo. El estilo de éste, no obstante, empieza a crecer al derramarse el polen, y lo empuja hacia la parte superior, has-



ACHICORIA SILVESTRE

La flor de la achicoria silvestre es muy linda. Se parece algo, en forma y tamaño, a la del diente de león; aunque su color es lila azulado, en lugar de amarillo.



DIENTE DE LEÓN O AMARGÓN

No es una sola flor lo que llamamos tal en el diente de león o amargón, sino un verdadero manojo de ellas. Esta planta es muy apreciada en medicina.



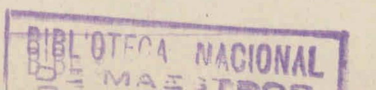
CARDO COMÚN

Por más que tengamos en tan poca estima al cardo, preciso es confesar que constituye uno de los más bellos adornos del campo cuando alcanza más de un metro de altura y se corona de flores purpúreas.



CERRAJA O CARDO AJONJERO

La cerraja, llamada también cardo ajonjero, es uno de los manjares favoritos de los conejos. Esta planta alcanza muy considerable altura, y el interior de sus tallos contiene un jugo viscoso parecido a la leche.



ta que queda amontonado junto a la abertura del tubo, donde se halla expuesto a los perjudiciales efectos que le ocasiona la lluvia. Durante las operaciones que hemos descrito, las florecillas se encuentran en contacto, el cual basta para fertilizarlas, y no puede menos de ocurrir, puesto que las lígulas interiores son más cortas que las que forman los círculos exteriores. Además, los estigmas de éstos alcanzan su sazón antes que los otros, y la razón de ello es muy sencilla. Al comenzar a marchitarse la florecilla, lo que ocurre primero en el borde exterior de la cabezuela, las ramas del estilo, que se habían encontrado muy apretadas durante el desarrollo del pistilo dentro del tubo, empiezan a extenderse, encorvándose hacia abajo, dejando expuesta de ese modo la superficie interior del estigma, que hasta entonces había estado oculta, y ahora se halla dispuesta a recoger el polen.

Con corta diferencia, es el mismo el procedimiento empleado para la fecundación del diente de león y de la achicoria, así como para la de otras plantas, entre las que se cuentan el hieracio o hierba del gavilán y la cerraja o cardo ajonjero, que veremos en seguida.

HIERACIO O HIERBA DEL GAVILÁN

No dejan de ofrecer alguna semejanza las pálidas flores amarillas del hieracio, colocadas una a una en el extremo de los delgados tallos, con las del diente de león, aunque son muy distintas las hojas, puesto que las de la hierba del gavilán, de suave superficie, son oblongas o espatuladas, y tienen por debajo unos pelillos en forma de estrella. De Europa pasó esta planta a América, y su apariencia es la de una alfombra: de tal modo inclina sus tallos, algunos de los cuales, muy largos, se arrastran por el suelo, donde arraigan a cortos intervalos. El hieracio es una verdadera plaga en ciertas regiones septentrionales del continente americano, como otras hierbas pertenecientes a la misma familia.

HIERACIO ANARANJADO

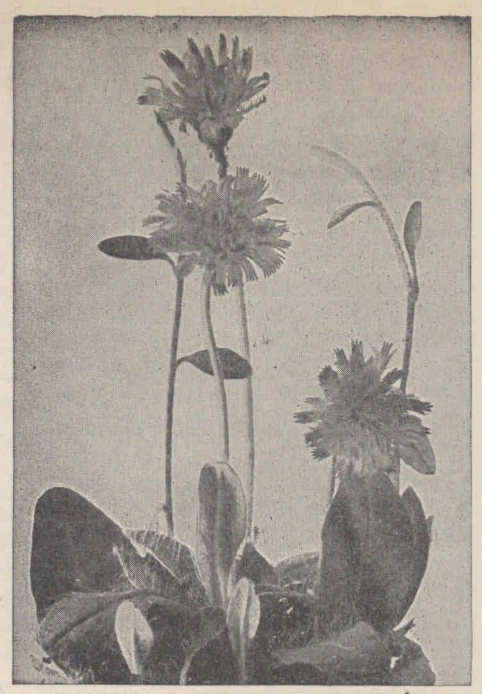
Esta planta, llamada también pincel del diablo, es muy notable a causa de su corimbo, formado por cabezuelas de color de fuego. Tiene asimismo tallos que arraigan en el suelo, y diminutas semillas, las cuales se forman en un penacho de pelusa de color blanco pardusco, e invaden las fértiles praderas de tal modo, que ni con el arado pueden ser extirpadas, sofocando a las demás hierbas con su abundante, pero inútil follaje. Aunque parezca singular, tiene esta planta estrecho parentesco con otras varias hierbas del bosque, entre ellas la lechera, que crece en los sotos y nunca invade los prados como el hieracio anaranjado.

CERRAJA O CARDO AJONJERO

Planta muy notable es sin duda la cerraja, que alcanza hasta la altura de un hombre, y se presenta cubierta de flores diminutas, parecidas a las del diente de león, que segregan un jugo viscoso, semejante a la leche, si se las estruja. El follaje de esta planta, compuesto de anchas hojas en la base, que van disminuyendo gradualmente hasta terminar en las estrechas de la parte superior, le comunica cierta apariencia de grande espiga. Por fortuna, es planta anual, que sólo invade los jardines y los campos de rastrojo. Hacia fines de verano se ve al cardo ajonjero cubierto de una especie de velo blanquecino, el cual no consiste más que en las cabezuelas que contienen el fruto, estando cada una de ellas provista de un penacho de suave pelusa de vilano, con el que se prenden en los vestidos de los que por allí aciertan a pasar, o en las hierbas, al desprenderse volando de la planta en grandes grupos.

HIERBA CANA

La diminuta planta llamada hierba cana ostenta pequeñas inflorescencias compuestas de florecillas verdosas, de las cuales parecen haberse caído las lígulas. Lo cierto es que nunca las tuvieron, pero a pesar de ello se desarrollan perfectamente en la planta las semillas, provistas de un diminuto penacho, que se desprenden de la hierba cana y van a parar a lo lejos, en algún jardín con frecuencia.



HIERACIO O HIERBA DEL GAVILÁN

Las personas poco versadas en botánica confunden a veces las cabezuelas amarillas que forman las flores del hieracio con las del diente de león, pues ofrecen con éstas bastante parecido.



HIERBA CANA

Pertenece esta planta a la familia de las margaritas, y es una de las más comunes en los climas templados, porque el viento arrebata las semillas cubiertas de pelusilla y las esparce por doquiera.



BARDANA O LAMPAZO

En las regiones donde crece, no hay muchacho que no conozca esta planta, a causa de las bolas de pinchos que rodean a las flores. Esas bolas, con sus espinas, se adhieren fuertemente al traje de las personas.



AQUILEA O MILENRAMA

Es esta una de las plantas silvestres más comunes en todo el hemisferio septentrional, y sus flores, que forman apiñados racimos en el extremo de los tallos, tienen un color que varía desde el blanco al rosa.

HIERBA DE SANTIAGO

Muy estrechas relaciones existen entre ésta y la hierba cana. La hierba de Santiago es planta que vive poco, por fortuna, ya que, según se ha averiguado, origina una terrible y singular enfermedad en el hígado de los animales que comen de ella. Alcanza grande altura y es de rudo aspecto, con sus hojas doble y profundamente pinatífidas, esto es, divididas y dispuestas en forma de pluma, y los segmentos ondeantes, los cuales son de color verde obscuro y se hallan los unos junto a los otros. Los extremos de los tallos sostienen pesados y vistosos corimbos de doradas flores, cuya forma es achatada, y que tienen recortadas lígulas. Las semillas están provistas de un blanco y suave vilano.

CARDO COMÚN

Suele hallarse el cardo común creciendo en los setos o al abrigo de las rocas. Llama mucho la atención, con sus tallos armados de punzantes protuberancias, en el centro de las cuales se ve el nervio que divide las hojas. El follaje de esta planta es también muy espinoso, terminando en punta afilada como la de una lanza. Las cabezuelas purpúreas del cardo común son grandes y hermosas y, aunque compuestas, están desprovistas de lígulas. Consisten en simples penachos de frágiles florecillas tubulares, que son en breve reemplazadas por los aquenios y el vello, blanco y suave, del cardo. Los primeros sirven de alimento a los jilgueros, que no temen las punzantes espinas, y tapizan el interior de sus nidos con el último, de modo que se les ve revolotear constantemente alrededor de esta planta. Al llegar a sazón los aquenios y al abrirse ligeramente las escamas—lo que les permite desprenderse del cardo—flotan en el aire, sostenidos por su paracaídas de blanca pelusilla. Existen otras dos clases de esta hierba, muy comunes, que están desprovistas de vilano.

MARGARITA O MAYA

La preciosa margarita forma una nevada alfombra en los campos o en los prados, al llegar la estación de sus flores. Esta planta exhala olor penetrante, alcanza considerable altura, y de tal modo invade el suelo, que ahoga a las demás hierbas, y el labrador pone todo su empeño en arrancarla, porque el ganado no hace ningún caso de ella. Pertenece a la familia de los hermosos crisantemos, y es lindísima la margarita con sus pétalos blancos como la nieve, que arrancan las niñas para saber si su novio las amará *un poquito, mucho, apasionadamente, o nada.*

La milenrama, llamada también milhojas o aquilea, es una bonita planta que crece a orillas de los senderos y tiene las hojas en extremo recortadas y parecidas al follaje de los helechos. No puede contársela entre las hierbas nocivas, aunque comunica sabor amargo y penetrante olor a la leche de las vacas, cabras, etc., que comen de ella. También se obtiene de la aquilea una droga estimulante. Las cabezuelas, que forman racimos achatados, tienen flores con el centro de un blanco verdoso, el cual no es muy común entre las plantas; sus lígulas son blancas y los aquenios oblongos y aplastados.

BARDANA O LAMPAZO

Pertenece también esta planta a la familia de las compuestas, y la unen estrechas relaciones con el cardo y la hierba cana. En la bardana notamos ya cierto progreso respecto a las otras en la utilización de las brácteas protectoras, que forman un involucro alrededor de la base de sus cabezuelas globulares, compuestas de flores purpúreas en forma cilíndrica. El involucro propiamente dicho es casi redondo, brotando las florecillas de la parte superior, y las brácteas que lo cubren son rígidas y de forma parecida a una lanza que se prolongara como una larga espina, la cual se extiende, o bien se encorva en su extremo. Tal es la planta designada con el nombre de bardana, que se llama también lampazo, y cuyos frutos están cubiertos de una cáscara parecida a la de la castaña. Cuesta trabajo arrancar éstos del traje cuando a



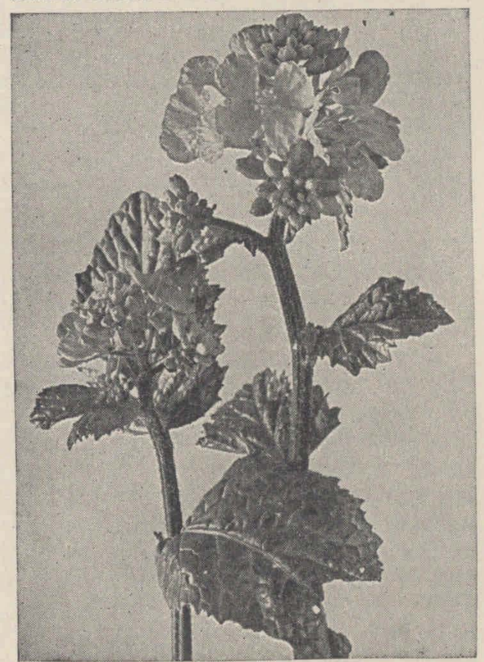
RANÚNCULO O BOTÓN DE ORO

Existen numerosas especies de ranúnculos, y ésta es una de las que se hallan con mayor frecuencia en los prados. Sus flores son muy lindas, y se las llama también botones de oro.



MELILOTO O TRÉBOL DULCE

Pertenece esta planta a la familia de los guisantes, y es muy bonito su aspecto, cuando está cubierta de pálidas flores amarillas. Al secarse exhala el mismo olor que el heno recién cortado.



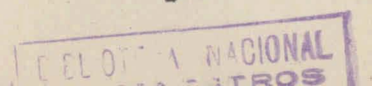
MOSTAZA SILVESTRE

Esta linda planta constituye una pesadilla para el labrador, que no puede desarraigarla de sus campos. Forma en ellos una alfombra movediza de flores amarillas, cuyas plantas han de arrancarse una a una. Están por entero cubiertas de áspera pelusilla.



BOLSA DE PASTOR

He aquí una de las hierbas más comunes en casi todos los países que ha hollado la planta del hombre. Se la llama bolsa de pastor, porque tal parece la vaina de semilla. Antes solían llevarla consigo los pastores europeos, como amuleto.



él se agarran, y quedan, naturalmente, más sujetos todavía a la lana de las ovejas o al pelaje de las vacas o de los perros, etc., que transportan estas semillas a grandes distancias. Por tal medio la bardana invade los campos y setos, donde crece con verdadera profusión. Pero no es hierba enteramente inútil: sus raíces, que semejan prolongadas cerillas, se emplean en medicina, como remedio para las enfermedades del cutis y de la sangre, y, por otra parte, sus hojas constituyen una refrescante cataplasma, que se aplica a las úlceras.

ZANAHORIA SILVESTRE

Dejamos ya la familia de flores compuestas para tratar de las umbelíferas, en la cual hallamos una planta de notable aspecto, que es la zanahoria silvestre. Sus delgados tallos sostienen delicadas florecillas blancas, aunque las que se hallan en el círculo exterior de la umbela son más grandes, para que resulte ésta más vistosa. En el centro de los verticilos hay siempre una florecilla de color castaño, y las hojas, delicadamente recortadas, son tan graciosas como el follaje de los helechos. De esta planta proceden las zanahorias comestibles, cuya transformación se debe a los desvelos y cuidados del horticultor. Al anochecer se inclina la umbela, para proteger sus florecillas, y al llegar a sazón las semillas, se encorva hacia dentro la nervadura, convirtiéndose la cabezuela en una bola, que se desprende del tallo y es juguete del viento, el cual las amontona sobre el terreno, donde van desparramando sus semillas.

LINARIA O LINO BASTARDO

Junto a la zanahoria silvestre se halla con frecuencia la linaria o lino bastardo. Las hojas de esta planta son largas y estrechas, como las del lino, y hay quien pretende que la corola cerrada de la flor se parece al hocico de un sapo. Aquélla se presenta teñida de claro y brillante amarillo, y la corola está matizada de un tono algo más pronunciado del mismo color o bien anaranjado, para mostrar a la abeja, cuando despliega la flor sus pétalos, el sitio donde reserva el dulce néctar. El peso del insecto, al posarse en un par de botoncitos que sobresalen de la corola, inclina a esta última, y al penetrar en la flor frota su cuerpecillo contra dos pares de grandes estambres que se encuentran debajo de la parte superior de la corola, impregnándose de este modo de granos de polen.

Los insectos de menor tamaño no pueden abrir estas flores, que se hallan apiñadas en el extremo de los tallos, comunicándoles muy lindo aspecto. Pero, aun antes de su florescencia, es bonita la linaria, con sus numerosas y estrechas hojas, de color verde blanquecino. Algunas veces los cinco pimpollos que se encuentran en la parte superior del pedúnculo se unen, formando una flor monstruosa, aunque de forma regular, con cinco prolongaciones parecidas a espuelas.

LOS RANÚNCULOS O BOTONES DE ORO

En los prados, en cualquier época del año, se encuentran siempre algunos ranúnculos; pero en primavera sobre todo, y al comenzar el estío, cubren los campos con rica alfombra. Se les llama también botones de oro, porque realmente de este metal parecen fabricados.

Existen numerosas variedades de esta planta, cada una de las cuales presenta sus rasgos característicos; y es estudio muy interesante buscarlas en los campos y notar sus diferencias. Una de las especies de ranúnculo que más temprano florece es la de los prados.

Muy erguida se presenta esta planta, con sus hojas provistas de largo pedículo, las cuales son redondeadas o en figura de pentágono, aunque divididas en cinco o más partes, que tienen a su vez muy recortados los bordes. Los tallos de las flores presentan numerosas ramificaciones, y las hojas que en ellos vemos son mucho más sencillas en su forma que las anteriores: menos recortadas y carecen de pedículo. Una sola planta tiene gran número de flores, cuyos sépalos y pétalos son anchos y aplastados, de modo que la flor se asemeja algo a un platillo.

El ranúnculo es muy común en América, donde se introdujo desde Europa.

Esta familia de los botones de oro presenta una particularidad muy curiosa, y es que las flores segregan el néctar por una pequeña depresión que hay en la base de cada dorado pétalo, y está protegido por una escama.

BOLSA DE PASTOR

En la familia de la mostaza hallamos dos hierbas tan distintas de aquélla, que apenas creeríamos que las uniera la menor relación, a no ser por los cuatro pétalos de sus flores, dispuestos en forma de cruz de Malta.

Una de ellas es la bolsa de pastor, que presenta una especie de rosa compuesta de estrechas hojas, profundamente lobuladas, y diminutas florecillas blancas. Difiere mucho de la mostaza silvestre en la forma de su ovario. Aquélla le tiene aplastado y en forma de corazón, abriéndose por el centro para dar paso a las semillas. Antiguamente se hacían bolsas parecidas a esta flor, por lo que podemos fácilmente colegir de dónde le vino su nombre. Estas bolsitas se yerguen en el extremo de los diminutos pedúnculos. Entre la hierba aparecen muy numerosas en invierno las rosas de esta planta, la cual produce unas cincuenta mil semillas, de manera que, a pesar de ser tan diminuta, se hace verdaderamente temible en los prados y aun en los jardines.

MOSTAZA SILVESTRE

Durante los días primaverales, y en menor abundancia más tarde, se presentan los campos cubiertos de las alegres flores amarillas de la mostaza silvestre, que los visten de rico manto de oro. Es planta anual, perteneciente a la familia de las crucíferas, y la odia cordialmente el labrador, que no puede desarraigarla de sus tierras. Está cubierta de áspera pelusa, y tiene las hojas con los bordes irregularmente recortados. Las vainas, estrechas y prolongadas, contienen una sola hilera de semillas, de obscuro color pardo.

CORREGÜELA

La linda corregüela es una verdadera plaga, que cuesta infinitos esfuerzos extirpar de los campos, merced a la persistente vitalidad de su carnoso rizoma.

Esta planta se arrastra por el suelo o trepa por las que tiene a su alrededor. Antes de que desparrame sus semillas debería arrancarse el ovario de la corregüela, que se parece mucho al de la planta llamada dondiego de día, que pertenece a la misma familia.

ÁLSINE Y CIZAÑA

En la familia de los claveles encontramos dos plantas muy distintas de aquéllos. La primera es el humilde, pero tenaz, álsine, cuyas florecillas blancas se abren durante todo el curso del año. La otra es la cizaña, que alcanza considerable altura, y cuyas flores, de linda forma, están teñidas de pálido color purpúreo rojizo. Éstas presentan características líneas en los pétalos, parecidos a un corazón, y además en los prolongados lóbulos del cáliz, que forman una estrella verde debajo de la flor. Los tallos de esta planta son rígidos, esbeltos y redondeados, y están provistos de hojas estrechas lanceoladas, dispuestas de dos en dos. La cizaña está enteramente cubierta de blancos y lanosos pelos, hasta en las largas puntas del cáliz.

Aunque se despliegan de tal modo los pétalos que la flor llega a tener unos cinco centímetros de diámetro, podemos observar que su base es muy esbelta. La fecundación la efectúan las mismas flores, después de recibir la visita de los insectos, prolongando para ello sus estambres hasta que se ponen en contacto con los numerosos estigmas. El fruto producido consiste en una abultada cápsula de forma casi triangular, que contiene diminutas semillas negras, y está provista de algunas hileras de dientes. A veces se descubren estas cápsulas antes que alcancen su completo desarrollo, y deben arrancarse, porque de no hacerlo no sólo decoloran la harina de los cereales en medio de los cuales crece, sino que, además, la convierten en

dañina, ya que ellas son venenosas. La harina de mala calidad, que contiene semilla de cizaña pulverizada, si se da a las aves de corral o a otros animales, les causa la muerte, ya inmediatamente, ya como resultado de la enfermedad que les ocasiona.

HIERBA MORA

Entre las plantas venenosas que crecen en América no debemos olvidar la hierba mora, que pertenece a la familia de las solanáceas. Es pequeña, y busca con preferencia los sitios húmedos y sombreados, siendo sus hojas ovaladas con los bordes recortados. Posee también racimos de florecillas blancas, parecidas a las de la patata, las cuales se inclinan hacia el suelo, y producen bayas negras, redondas y jugosas, de apetitoso aspecto. Todas las partes que componen esta planta son venenosas, causando daño a los pequeños animales rumiantes que las comen. Se debe, pues, advertir a los niños que no se metan nunca la hierba mora en la boca.



NO HAGAMOS MAL A LOS PÁJAROS

DE todos los seres de la naturaleza, los pájaros son los que cuentan con más enemigos, que sin cesar les amenazan y persiguen. El hombre mismo, a pesar de admirarlos poéticamente, no es de los que menos contribuyen a su persecución, pues por tenerlos en cautividad, o por su carne, o por la belleza de sus plumas o por los daños que se les imputan y que raramente hacen en los cultivos, los persigue sin descanso.

Como ejemplo de la idea errónea que existe con respecto a la destrucción de pájaros que se consideran dañinos, puede presentarse el del gorrión, el más perseguido y calumniado de todos; y, sin embargo, uno de los que más bienes nos procuran. Se considera molesto el gorrión por sus chirridos monótonos, sus constantes algazaras y por su glotonería. Como es vivo y perspicaz, no cae en las trampas fácilmente, y por esto se le odia. No es asustadizo, puesto que se han visto gorriones que han ido a posarse en los espantajos que los hortelanos y labradores ponen en sus huertos y campos para ahuyentarlos; y sabido es que el gorrión pica las cerezas, las grosellas y otras frutas, y aun los granos, no parando ahí su atrevimiento, sino que llega hasta a introducirse en las paneras para buscar alimento y aun en los palomares para robar la comida de las palomas.

El gorrión, del cual hay varias especies designadas con distintos nombres en los varios países de la América Latina, resiste todos los climas y todas las temperaturas y presta en todas partes el mismo servicio, es a saber, la destrucción de los gusanos que acaban con las sementeras y arruinan las huertas y jardines. En las poblaciones donde no existe el gorrión se ven en las calles y en los alrededores, numerosos gusanos muertos que, aparte del efecto desagradable que produce su vista, afectan la salud pública.

En muchos países se han formado sociedades para perseguir, cazar y aun exterminar a los gorriones; pero después de haber estado a punto de conseguirlo, se han visto precisados a reconocer su error.

Se ha calculado que una pareja de gorriones consumen 40 gusanos por hora, o sean 960 gusanos cada día; y este número va creciendo al paso que la familia del gorrión se hace mayor. Con la desaparición del gorrión los gusanos se multiplican y destruyen las sementeras; de manera que es preferible mil veces perder algunas frutas y granos a ver arruinadas por los insectos la mayor parte de las plantas de un sembrado.

La miseria que en algunos países acarrearon las sociedades enemigas de los gorriones a los agricultores fué tal que se hizo necesario crear institu-

ciones protectoras de ese pajarillo, y dictar leyes prohibiendo y hasta castigando que se le molestase y diese caza.

También en los Estados Unidos fué general el exterminio del gorrión y aun se expidieron ordenanzas prohibiendo que se le diera alimento, pues decían que destruía las flores y los frutos; pero fué tal la invasión de gusanos en los campos y plantíos que bien pronto se hizo necesario desistir de tan insensata empresa. El gorrión dejó de ser perseguido; se le miró como pájaro benéfico; y, hoy día, los mismos que le negaban alimento, le arrojan migajas de pan.

Lo que sucede con el gorrión ocurre con multitud de pájaros y de animales, en general. Por eso hay que saber distinguir los que son realmente dañinos o se nos figura que lo son, de los que causan verdadero daño; y aun entonces convendrá averiguar si éste es menor del que resultaría en el caso de que tales aves no existieran.

Lo cierto es que en todos los países y en todos los climas, hay aves y pájaros bienhechores que nos libran de insectos que son un verdadero azote y nos evitan con ello multitud de enfermedades.

A no haber otras laudables razones, únicamente por este señalado beneficio que nos reportan las aves en general son severamente censurables cuantos actos de crueldad se llevan a cabo contra ellas, como arrancarles las plumas, espantarlas, destruir los nidos que ellas fabrican con tanto primor, paciencia y habilidad, y especialmente arrebatar a la madre sus polluelos, pues esta acción revela tal cobardía que, más de una vez, la misma ave parece haber querido dar una lección eficaz a su enemigo, deponiendo su natural timidez y atacando al destructor en defensa de sus pequeñuelos.

Cuéntase, a este propósito, que cierto indio de la América del Sur trató de robar el nido de un cóndor, mientras la madre estaba ausente. Para ello tenía que trepar a una altura muy escarpada, erguida sobre un abismo; pero su mala intención le infundió valor para arrostrar aquel peligro y logró apoderarse del nido.

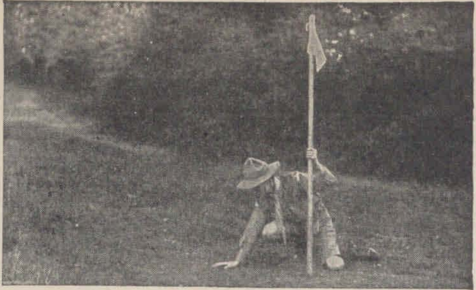
Ya bajaba contento con su presa-sordo a las piadas de terror de los pequeñuelos cóndores, cuando en esto, vió una sombra sobre su cabeza, y momentos después se vió acometido por una enorme ave de grandes alas y aguzado pico. Era la madre que acudía en defensa de sus polluelos. Cuando el indio, reconocida la maldad de su obra, no había tenido tiempo aún de salvar el abismo y trataba en vano de defenderse, el ave comenzó a herirlo a picotazos, hasta que le hizo caer en el precipicio, mientras ella recuperaba sus hijuelos.

Un caso análogo sucedió en las cercanías de Avranches (Francia). Cierto muchacho había robado el nido de un ave, con tal espíritu de maldad que mató a los polluelos por puro placer de destrozarlos. Al volver los padres al nido y ver que de él faltaban las crías, por instinto se pusieron en busca del ladrón, no tardando en dar con su paradero; y todas las tardes cuando el muchacho regresaba de la escuela o de sus mandados, le esperaban escondidos entre los árboles, hasta que, al fin, una tarde sorprendiéndole solo, la emprendieron con él a picotazos, acabando por sacarle los ojos.

Sin embargo, es tal el carácter de sociabilidad de algunas aves, que al no verse expuestas a malos tratos, pierden su natural temor al hombre y llegan a familiarizarse con él. Así, se ha visto pájaros que han construído sus nidos en el interior de las casas y hasta dentro de los vagones de los ferrocarriles, donde han permanecido todo el tiempo necesario para la cría de sus pequeños, sin asustarse del estrépito de la marcha, de la velocidad y cruce del tren a través de los túneles ni del cargar y trasbordar de las mercancías en las diferentes estaciones.

A veces, en las plazas de los mercados, han llegado a hacer nido en los puestos de los vendedores; y hasta en un carro de heno, se halló en cierta ocasión un nido que había sido formado durante el trayecto del campo a la ciudad, a pesar de las sacudidas del carromato.





El "boy-scout" o explorador ha llegado a ser una figura familiar y simpática. La institución escutista se propone despertar en los muchachos el sentimiento del honor y desarrollar sus facultades físicas e intelectuales. En el primero de estos grabados se ve a un explorador que esconde un mensaje; y en el segundo, otro busca las huellas del supuesto enemigo.



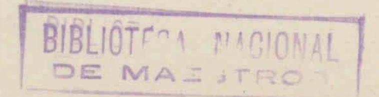
Un "boy-scout" trazando una señal en la pared, para dar noticia a sus camaradas de su paso por aquel lugar.



En este grabado el explorador, encaramado a un árbol, espía a las patrullas rivales que representan al enemigo.



Los exploradores suelen entregarse en pleno campo a innumerables ejercicios escutistas, análogos a los representados en estos grabados. Quizá una de las mayores satisfacciones del explorador es la de sorprender a un enemigo en marcha, o bien, oculto en algún escondrijo, observar los movimientos de su rival.





LOS "BOY-SCOUTS" O EXPLORADORES

DURANTE la guerra del Transvaal, un célebre militar inglés, el general Sir Roberto Baden Powell, pudo observar que la energía distintiva de la raza inglesa, la firmeza de voluntad, el carácter, en una palabra, estaban bastante decaídos, y, hombre práctico, como la mayoría de sus compatriotas, a su vuelta a Inglaterra propuso un remedio sencillo y eficaz: las excursiones campestres, reglamentadas convenientemente a fin de desenvolver en los muchachos y jóvenes las facultades de orden físico y moral. Esta institución, que llamaremos *escutismo*, apareció en Inglaterra en 1908, y se ha propagado después a casi todas las demás naciones.

En los países civilizados, el desarrollo del bienestar y de las comodidades compromete el equilibrio moral y el valor cívico, produciendo cierto decaimiento de la voluntad y de la iniciativa; la civilización da generaciones de hombres de talento y exquisita sensibilidad, de artistas y de sabios; pero el gusto por la acción, el esfuerzo y el riesgo, se pierden, y la pereza, vanguardia de la parálisis, se adueña de las masas.

Las cualidades de actividad, trabajo y esfuerzo, existen en la humanidad, se encuentran vigorosas en los exploradores, en los colonos que en el centro de África o en las pampas americanas luchan sin tregua contra la hostilidad de los hombres, de las cosas y de los animales; audaces, valientes y fecundos en recursos, estos hombres no cejan un momento hasta dominar el medio que les rodea: son fuertes, sobrios, dueños de su voluntad; tienen espíritu de abnegación; en todos sus actos se observa la generosidad de los fuertes y la alegría de los que nada temen.

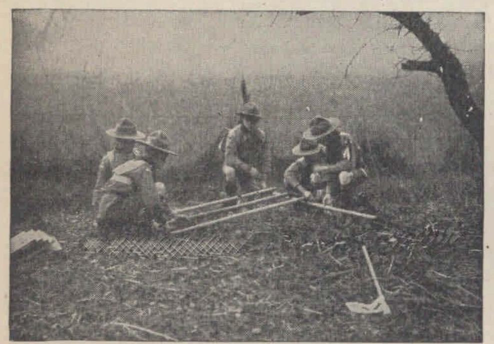
De ahí el escutismo, es decir, la enseñanza y la práctica en los países civilizados de las cualidades y procedimientos de la vida de aquellos hombres.

Una sana actividad física, en la que el esfuerzo es agradable y el trabajo hecho se traduce en resultados tangibles; un compañerismo alegre y de buena ley, y la experiencia y el ejemplo de hombres respetables, sostienen y fomentan en los exploradores o boy-scouts las virtudes necesarias a la acción: el valor, la decisión, la propia confianza y el optimismo, que los disponen a luchar y a vencer.

La disciplina, la obediencia y cierta educación marcial, que prácticamente se inculca a los exploradores, no significan que se les prepare para soldados, aunque estas virtudes les favorezcan cuando lo sean, y den valor a su concurso en el ejército. La finalidad de la institución es más amplia y más



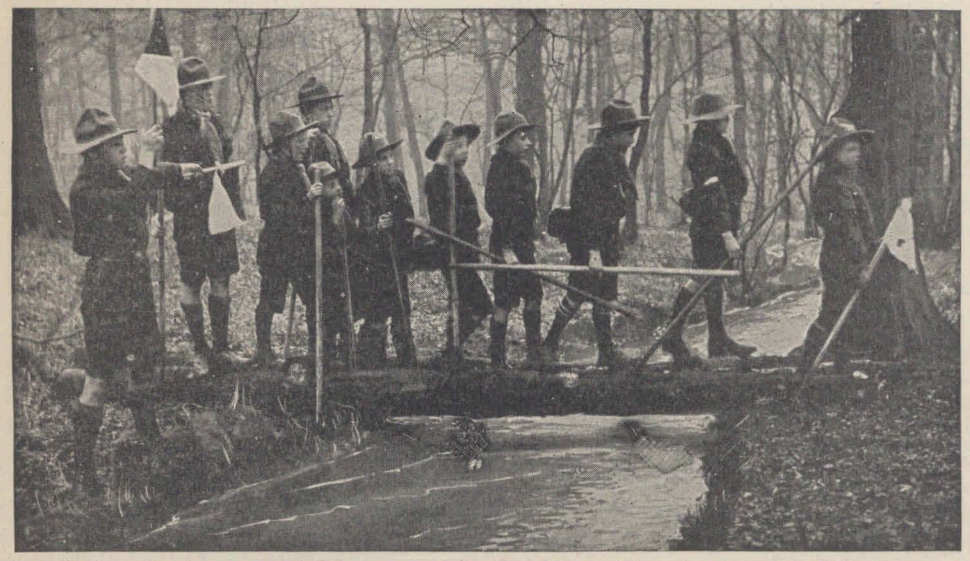
El explorador ha de estar continuamente dispuesto a vencer toda clase de obstáculos. Aquí vemos un grupo de exploradores conduciendo un tronco que han cortado, para con él tender un puente.



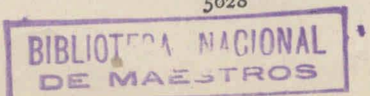
No siempre necesitan los exploradores cortar árboles para hacer puentes, pues a veces llevan puentes armables, que montan y desmontan con facilidad.



Exploradores cruzando un río por el puente portátil que hemos visto montar en el grabado anterior. El puente es ligero, pero fuerte y resistente.



Patrulla de exploradores cruzando un arroyo por un puente construído con un tronco de árbol, previamente cortado por ellos mismos. Esta clase de puentes la usan únicamente para atravesar riachuelos; cuando se trata de un río más o menos caudaloso, se sirven de barcas, o de puentes desmontables de especial construcción.





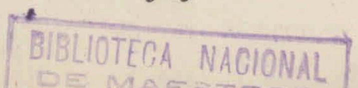
El muchacho explorador debe saber mantenerse invisible a los ojos del enemigo, y no ha de poner nunca la cabeza al descubierto en los parajes que supone acechados por los fingidos contrarios.



El explorador sigue los pasos del enemigo andando a gatas, y deteniéndose al menor indicio de ser descubierto. El escutismo es una educación que exige gran viveza de entendimiento y ligereza de miembros.



Los ejercicios que los exploradores practican en el campo, al ponerse en contacto íntimo con la Naturaleza, les sirven de provechosa lección de historia natural, y especialmente de botánica. El grabado representa una avanzada de exploradores, seguidos de ciclistas, dispuestos a descubrir al adversario.



hermosa, porque se propone formar ciudadanos útiles a su patria, individuos que acepten el lugar que les corresponde en la sociedad y que desenvuelvan en su campo de acción los medios de hacerse útiles a sus semejantes; ciudadanos, en fin, dispuestos a llevar a cabo actos de abnegación, a sacrificar sus intereses particulares en pro del bien general.

El mismo ejercicio físico los conduce a un fin moral. Los exploradores, a quienes podemos calificar de modernos caballeros andantes, van por el mundo durante su juventud, como el héroe cervantino, en busca de servicios que prestar y de buenas acciones que llevar a cabo. En sus marchas, en sus excursiones, en medio de sus juegos y deportes, nunca olvidan sus reglas ni el cumplimiento de sus promesas; dispuestos, serviciales, buenos hasta con los animales, los escutistas son los amigos de todo el mundo.

PROMESA Y CÓDIGO DE LOS EXPLORADORES

La promesa y Código de los exploradores forman la piedra angular, la mejor garantía, de la institución escutista; constituyen, como si dijéramos, los Estatutos de una nueva Orden de Caballería; son, en fin, para los exploradores, una enseña, una bandera de la que no desertan jamás.

« Yo prometo, por mi honor, hacer cuanto de mí dependa por: Cumplir los deberes para con Dios y para con el jefe del Estado.

» Amar a mi patria, serle útil en todos los momentos y respetar sus leyes.

» Obedecer el Código del Explorador, cuyos artículos son los siguientes:

1°. El Explorador es honrado, y su palabra merece entera confianza.

2°. El Explorador no teme el ridículo, cuando de ejecutar obras nobles se trata.

3°. El Explorador es obediente, disciplinado y leal.

4°. El Explorador es hombre de iniciativas; pero también consciente de la responsabilidad de sus actos.

5°. El Explorador es tolerante, cortés y servicial.

6°. El Explorador es amigo de todos y considera a los demás exploradores como hermanos, sin distinción de clases sociales.

7°. El Explorador es valiente y se afana por ser útil y ayudar a los débiles.

8°. El Explorador hace cada día una buena acción, por modesta que sea.

9°. El Explorador quiere a los animales, los árboles y las plantas.

10°. El Explorador es limpio y está alegre.

11°. El Explorador es económico, trabajador, tenaz y perseverante.

12°. El mayor honor del Explorador es serlo, porque este título supone alteza de miras y nobleza de sentimientos.»

De estas doce leyes, una hay que tiene importancia capitalísima: « Haced una buena acción diaria, por modesta que sea.» Al Explorador se le exige una buena acción, sin limitar la importancia de ella, porque tan buena acción es detener un caballo desbocado o arrojarse al mar por salvar una vida, como recoger del suelo una corteza de naranja o una cáscara de banana, que pudieran ocasionar una caída; se les enseña, pues, a hacer una buena acción por ser tal, infundiéndoles el convencimiento de que el permanecer ignorada no mengua nada su valor.

TRASCENDENCIA DE LA OBRA DEL ESCUTISMO

La labor que realiza la Asociación de los " Boy-scouts ", es de enorme trascendencia para el engrandecimiento de cualquier país.

A esa institución van los muchachos, agrupándose sin distinción de clases, como buenos hermanos; se les inculca la elevada moral que de sus mandamientos se desprende; se les inspira el respeto de su palabra: « El Explorador no miente nunca; su palabra es sagrada »; se despierta en ellos el amor a sus semejantes, a los animales, a la Naturaleza; se fomenta en ellos el espíritu de sacrificio y abnegación; se limpia su alma de malos pensamientos y de ideas ruines, reemplazándolas por las de altruísmo, de amor a la patria, de

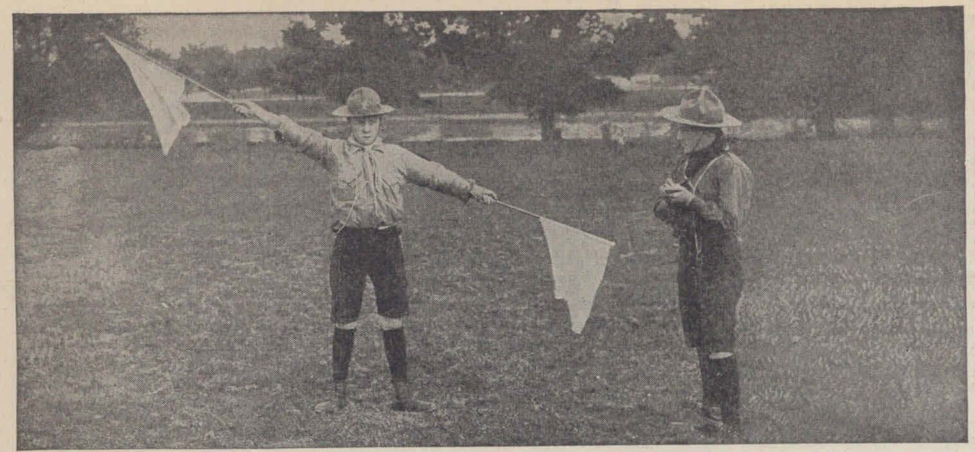






Los exploradores gustan de la vida al aire libre, y son frecuentes las excursiones que realizan por los campos. En el grabado de la izquierda vemos a un explorador avisando para la cena, y a la derecha a un tambor que les llama también para la comida. En el centro se ven varios exploradores levantando una tienda para pasar la noche.

Los muchachos disfrutan gozosos de una comida bien merecida, al finalizar el día de una excursión llena de obstáculos.—Todo explorador promete ejecutar una buena acción diaria, por modesta que sea, sin esperanza de recompensa, y a fin de no olvidarlo, cada uno de ellos se hace un nudo en la corbata.

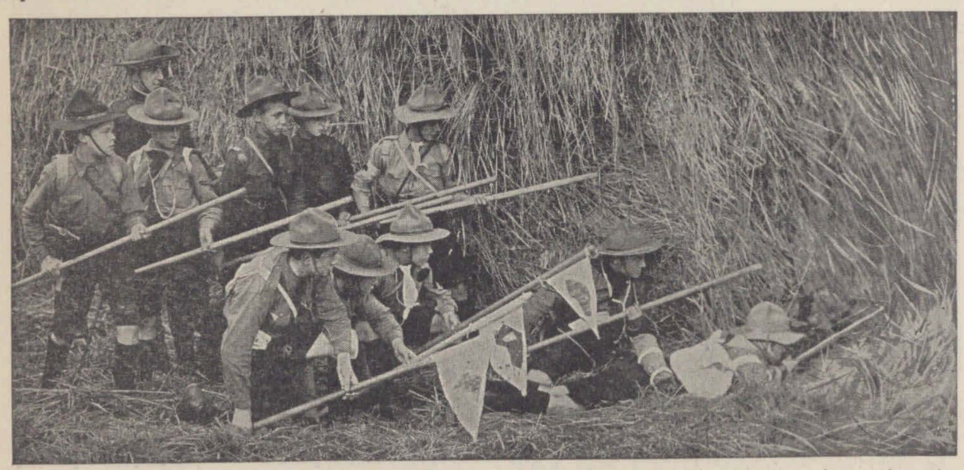


Entre las mil cosas que los exploradores han de aprender, están las señales. En este grabado vemos a un explorador haciendo señales con banderas, y a otro a su lado anotando la comunicación.





Es de suma importancia para los exploradores el saber prestar los primeros auxilios a un herido. A la izquierda se ve cómo un muchacho herido es vendado, y a la derecha a otro herido colocado en una camilla.



Los exploradores, ocultos a la vista del enemigo simulado, acechan su llegada para atacarle con denuedo.

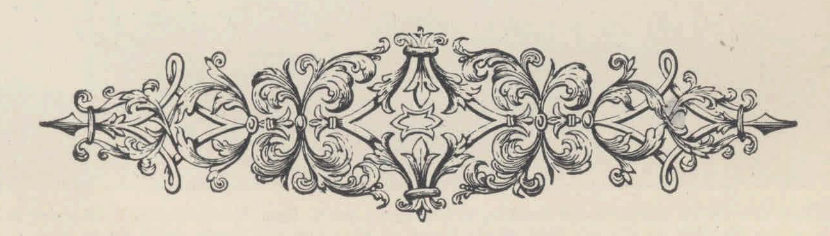
deseo ferviente de hacerse útiles a ella, y en consonancia con estos sentimientos se les lleva al campo, se les aparta de las calles y de lugares peligrosos, despertando en ellos el amor de la vida al aire libre.

Empleando una enseñanza circunstancial, se aprovechan en las excursiones los momentos oportunos para enseñarles cultivos, exploraciones y oficios. Ante los pequeños problemas que en el campo se presentan—como orientarse, atravesar un río o un paso difícil, ingeniarse para buscar su alimento, para resguardarse de la intemperie, etc.—se aprovechan todos los elementos que se ofrecen para despertar la iniciativa, la voluntad, la facultad de valerse de sus propios medios, y de exigir al cuerpo los servicios que puede prestarnos.

Cuando estos muchachos lleguen a la edad adulta, cuando estos hombres se cuenten por millares, hombres enérgicos, sanos y acostumbrados a mirar la vida cara a cara, a luchar por ella y vencer, serán verdaderos hombres y no parodia de ellos; mirarán lo por venir sin miedo; serán audaces en sus empresas; les gustará el campo; su voluntad firme les hará ser tenaces en sus propósitos. Habiéndose despertado su ingenio e inventiva, habituados al ejercicio de sus facultades y aptitudes y a saber utilizar los medios que se les ofrecen, plantearán proyectos y negocios, que a nosotros nos asustan; su moral sana se reflejará en todos sus actos, y serán morigerados, leales, abnegados y prontos al sacrificio de su vida.

RESULTADOS OBTENIDOS HASTA AHORA

Los exploradores han empezado con modestia en diferentes países; hoy poseen la exclusiva del uniforme y de la insignia; son reconocidos como institución de carácter oficial; reciben muestras innegables de aprecio, traducidas prácticamente en donativos, recompensas, permisos para acampar en terrenos particulares, etc., etc. Marchan unidos a los acordes de un himno; pero no de guerra, sino de paz y esperanza, que conmueve y alienta también a los que le escuchan; vencen con firme voluntad e intachable conducta las dificultades que les salen al paso; en una palabra, son respetados y queridos con tanto más motivo cuanto no ocultan su reconocimiento profundo a quien les favorece. Todo esto ya sería bastante; pero hay que reconocer que la Institución ha conseguido algo más fundamental, más hermoso: con su proceder y su sano desprecio del qué dirán, con su exaltación patriótica y sus saludables prácticas, ha introducido costumbres nuevas, ha fomentado el gusto por el campo y el amor a la Naturaleza, ha comunicado vigor a la juventud en sorprendente grado. Esto en el orden físico; en cuanto al moral, los testimonios recogidos en diferentes países son otras tantas alabanzas de la Institución, a sus procedimientos para estimular a los muchachos a ser aplicados, respetuosos, obedientes, veraces y emprendedores; a desterrar el injustificado temor al ridículo, adquirir confianza en sí mismos y lograr personalidad y, en fin, a empezar a formar su carácter, ese carácter que, al ser hombres, les hará poseedores de honradez, laboriosidad, voluntad y perseverancia en alto grado, con lo que contribuyen en gran medida al engrandecimiento de su patria.



UN CAMINO ABIERTO A TRAVÉS DE UN ÁRBOL

Este árbol, uno de los mayores del mundo, se encuentra en el Soto Mariposa, en California; se le llama Wawona, y es tan enorme, que, como bien puede verse, se ha abierto a través de él un camino, por el que puede pasar muy holgadamente un carro con su caballo. El árbol mide ocho metros y medio de diámetro.

NUBE DE VERANO

En lo más ardiente del estío suelen entoldar de pronto el cielo plomizos nubarrones que descargan torrencial lluvia entre truenos y relámpagos. Pero la tormenta pasa rápidamente, el sol vuelve a brillar, y la Naturaleza queda en augusta calma y silencio. Tal es el espectáculo que describe Antonio Arnao en este romance.

EN abrasada siesta
Dormido yace el viento;
Muéstrase turbio el éter;
El sol arde en los cielos.
Caliginoso el aire,
Deja sentir su peso;
Los árboles pardean
Mustios y polvorientos.
Allá por Mediodía
Lenta elevarse veo
En cúmulos hinchados
Nube de vasto seno.
Trepando poco a poco
Su manto va extendiendo,
Y al fin el sol oculta,
Y entolda el firmamento.
Después se trueca en nimbo
De cuyo oscuro centro
Rojas, fugaces chispas,
Salen de tiempo en tiempo.
Cálidas y anchas gotas
Se estrellan contra el suelo,
Polvo sutil en torno
Alzando al choque recio.
Borrasca muy lejana
Se acerca por momentos,
Y con granizo envuelta
La lluvia va cayendo.
Relámpagos más vivos
De cárdenos reflejos
El denegrido ambiente
Tornan en mar de fuego.
Rápido luce el rayo,
Con resplandor siniestro,
Y ya en profunda noche
Ronco retumba el trueno
Cuyo fragor creciente,
Zumbando por los ecos,
Parece que hace al mundo
Temblar en sus cimientos.
El huracán arranca
Los centenarios cedros,
Y bajan de los montes
Torrentes con estruendo.
Todo es horror y espanto:
Reina pavor inmenso;
Las gentes aterradas
A Dios alzan su ruego.
Mas ya no están furiosos
Los rudos elementos;
El agua es menos fuerte,
Los lampos brillan menos.
Varias opacas nubes
Rompen su manto denso,
Dejando ver tras ellas
De luz algún reflejo.
El vendaval amaina
Sus ímpetus violentos,
Y en lluvia, ya menuda,
Sopla airecillo fresco
Que amables perfumaron
Tomillos y romeros,
Mientras la esfera, en parte,
Luce su azul intenso.
Y la tormenta corre
Con presuroso vuelo;
Y más y más se aparta;
Y, cada vez más lejos,
Sólo se escucha apenas
Leve rumor incierto:
Y el sol en triunfo sale,
Y en pos el iris bello.
Los árboles gotean,
Verdor mostrando nuevo;
Los pajarillos cantan,
Su pluma sacudiendo.
Collados y vergeles
Parecen más risueños,
Y al fin son cielo y tierra
Reposo, paz, silencio.

EL CISNE

MONARCA de los pájaros marinos,
Cisne hermoso,
Que a veces por los golfos cristalinos
Vas vistoso;
Que a veces cortas solitario estanque,
Barco alado,
Desafiando al viento y a su arranque
Desbocado;
Óyeme, y no así loco te envanezcas
Con tu pluma,
Porque los besos y el amor merezcas
De la espuma:
Que siendo tan espléndidas tus alas,
Sólo un día
No es plazo que la suerte con sus galas
Fijaría.
No la provoques, no, que débil eres
Para ella,
Y no por blancos búrlanse los seres,
De su estrella.

¡Ay! guarda, guarda esa liviana pompa,
Que es muy loca;
No sople el viento, y mísero te rompa
En una roca.
Que el cielo no te dió tanta belleza
Por jactancia,
Ni dió a la flor por eso gentileza
Y elegancia.
Formóte Dios para que viera el hombre
Tu existencia,
Y amara bajo el velo de tu nombre
La inocencia.
Y es la inocencia tímida y graciosa,
No liviana,
Flor que apartada crece y candorosa,
Nunca vana.
Oye un momento, pájaro orgulloso,
No te ciegue
Ver que el agua en cambiante tan vistoso,
Tu ala riegue.
La veleta en la torre por altiva
Llama al rayo,
Y a veces, por audaz, llora cautiva
Flor de Mayo.
¡Ay! no despliegues tan liviana pompa,
Que es muy loca;
No sople el viento, y mísero te rompa
En una roca.

Para desdicha mayor,
A mirarte alcanzó el hombre,
Y le prendó tu candor,
Y le encantó tu color,
Y halló sonoro tu nombre.

Entonces, adiós paseos
Por las llanuras del mar,
Adiós gala y contoneos:
Pasaron los devaneos,
Llegó la hora de cantar.

Cantar, dejar de existir,
Palabras iguales son
Para ti, que al sucumbir,
Del cantar y del morir
Vienen a ser eslabón.

Canta, sí, canta tu muerte,
Que si posible te fuera
Ver la suerte que te espera,
Comenzaras a dolerte
En canción más lastimera.

No alcanzarás un suspiro
Cuando, vil mercadería,
Consumas en el retiro
La pompa que en leve giro
Cortar los mares solía.

Y en lugar de las caricias
Con que el agua te halagaba
Cuando eras tú sus delicias,
Darán tu pluma en albricias
Tal vez a mísera esclava.

....

¡Ay! ¡pájaro sin ventura!
Si morir es tu destino,
Si allá de la sombra oscura
Llega la muerte segura
En el ronco torbellino,

¿Por qué no gallardearte
Cuando la vida es tan bella,
Y a su magia abandonarte,
Y vistoso engalanarte,
Como la gentil doncella?

Tus memorias nada más
Sobradas a defenderte
Debieran ser de la muerte;
Ni en tu belleza jamás
Debió cebarse la suerte.

Que en las doradas edades
Cobijó tu pluma un Dios:
De ti salieron beldades
Soberanas de ciudades,
Y luceros dos a dos.

Y si tu encanto es igual
Al que en la Grecia risueña
Te elevó a ser celestial,
¿Cómo ya sólo animal
Eres de forma halagüeña?

Pero si vas a morir,
¿Qué importa un misterio más?
¡Ay! el dejar de existir
Misterio es, que a concebir
No alcanzó el hombre jamás.

Pues bien, si morir es ley,
Envanécete en la vida,
Alza la frente florida,
Que tu corona de rey
No está del todo perdida.

Deja un recuerdo de orgullo,
Si tu vivir se acabó;
La rosa de su capullo,
La fuente de su murmullo,
Cada una lo dejó.

¡Pobre cisne, tan puro y reluciente!
La desesperación no es para ti:
Si la huesa te llama tristemente,
Piensa que el hombre al cabo para allí.

Mírala como un puerto de esperanza,
Do los peligros cesan y el afán,
Como tierra de paz y bienandanza,
Sembrada de jazmines y arrayán.

Que si para los hombres hay un cielo,
Mar para ti sereno habrá tal vez,
Más azul que los mares de este suelo,
Y más lleno de luz y brillantez.

Porque es tanta tu gracia y tu inocencia,
Tan puro de tus alas el lucir,
Que, al acabar tu plácida existencia,
Miras tal vez rosado porvenir.

Tal vez por eso melodioso cantas,
Y te despides sin pesar del sol,
Y el cuello moribundo ya levantas,
Por gozarte al morir en su arrebol.

Abandónate al mar en que naciste,
Que amor y espuma tuvo para ti;
¡Ay! morir en la cuna nunca es triste,
Que el maternal dolor aguarda allí.

Piensa además que, emblema de pureza,
Al pasar has dejado una lección...
Si el mundo la recibe con tibieza,
¡Lástima para él y compasión!

ENRIQUE GIL.

LO QUE SON LAS MARIPOSAS

Selgas desenvuelve en los siguientes versos la ficción poética de que las mariposas son las almas de las flores muertas, que vienen a velar por sus hermanas.

DEL tallo de una rosa,
Pálida por la edad, otra se alzaba
Inocente y hermosa,
Abriendo apenas el gentil capullo,
Y mientras que su madre la miraba
Con tierno afán y maternal orgullo,
La hija preguntaba:
—«Decidme, madre mía;
Esas fantasmas breves
De nácar y bellísimos colores,
Que, volando con tímida alegría,
Fugitivas y leves
Se agitan con las flores,
Pasan del bosque a la pradera umbría,
De la enramada cruzan a la fuente;
Que vienen cada día
Y acarician mi frente,
Y como el aire blando
Me besan con sus alas dulcemente
Y siempre presurosas,
Huyen, vuelven, se van siempre volando...
¿Es verdad que me aman?
¿Y no es verdad también que son hermosas?
¿Por qué las quiero yo? ¿Cómo se llaman?»
—«Se llaman mariposas,»
Dijo la madre, y la estrechó en sus brazos.
—«¡Qué inocentes! ¡Qué bellas!
Romped, romped estos estrechos lazos,
Y dadme alas, volaré con ellas.»
—«¿Tu infantil alegría,
Tu virginal y cándida hermosura
Tal vez me dejaría
Sola con mi inquietud y mi ternura?»
—«¿Pues qué son mariposas, madre mía?»
—«De hermosura cubiertas,
Felices y lozanas,
Son almas, hija, de las flores muertas,
Que vienen a velar por sus hermanas.»

Dos mañanas después, la joven rosa
Huérfana se veía;
Y al beso de una blanca mariposa
Sus pétalos abría,
Exclamando afanosa:
—«Velad, velad por mí, ¡oh madre mía!

EN EL MAR

Extasiado ante la inmensidad del mar, Manuel del Palacio desahoga su admiración en estas lindas estrofas.

¡SIEMPRE eres grande, mar! ora te mire
Rizar en calma como leve pluma
Tus olas de cristal,
Ora en tu seno la tormenta gire,
Montes alzando de hervidora espuma
El recio vendaval.

¡Siempre eres grande, mar! cuando l aurora
Tiende sobre el azul del firmamento
Su rojo pabellón;
Y cuando el Sol que las montañas dora
Huye, y alza la noche a paso lento
Su fúnebre crespón.

Yo he surcado tus olas espumantes;
Yo de la luna al rayo plateado
Miré su inmensidad.
Las he visto agitarse por instantes
Y sublime en mi oído ha resonado
La voz de: ¡tempestad!

Yo adoro el mar; sus aguas contemplando,
Del Dios que le dió ser la mano admiro
Y le venero fiel:
Yo viviera sus ámbitos cruzando
Y al dar al mundo el postrimer suspiro
Mi tumba fuera él.

EL ZENTZONTLE

José Rosas Moreno dedica esta bella composición al zentzontle o sinsonte, interesante pájaro americano, que habita principalmente en Méjico, en la parte meridional de los Estados Unidos y en las Antillas, y cuyas canciones, imitativas y variadas, son muy meliodosas y expresivas.

¡CUÁN dulce es la harmonía
De tus cantos de amor! ¡Cuánta ternura,
Cuánta melancolía,
Qué extraño sentimiento,
Hay en tu triste acento,
Bardo alado de Anáhuac, bardo errante,
Morador de sus bosques silenciosos,
Trovador de sus lagos rumorosos!

Cuando su luz brillante
Vierte la primavera en los jardines,
Tiendes al viento tú las pardas alas,
Cruzas el valle umbrío,
Y alegres himnos amoroso exhalas,
Entre los sauces del tranquilo río.

En el ardiente Estío,
Cuando el sol en el cielo apenas arde,
El himno de la tarde
Cantas en las praderas,
Al rumor de las brisas lisonjeras.

Y en la noche callada,
Cuando la luna pálida fulgura,
Como virgen que vela enamorada,
Y la naturaleza desmayada
En grata, inmóvil languidez reposa,
Y la nocturna diosa
Vierte doquier su plácido beleño
En el sereno ambiente,
Suspiras tiernamente
La tímida canción de un dulce sueño.

En esas tristes horas
Tu cadenciosa voz llega al oído,
El silencio turbando,
Como el eco fugaz de un bien perdido;
Como el vago gemido
De un alma ardiente que en ardiente anhelo
La tierra va cruzando,
Solitaria y doliente suspirando,
Sin cesar suspirando por el cielo.

Al levantarse un día
Entre las olas de la mar hirvientes
La adorada y hermosa patria mía,
Quiso amoroso Dios que independientes
Los *sinsontes* su atmósfera cruzaran
A la luz de sus astros refulgentes;
Que allí su dulce amor tiernos buscaran,
Y orgullosos volando en las alturas,
Su juventud espléndida cantaran
En la selva, en el monte, en las llanuras.
Tus hermanos, de entonce en raudo vuelo
Cruzan su hermoso suelo,
Sus soberbias montañas, sus verjeles,
Sus floridos y extensos limonares,
Sus magníficos bosques de laureles;
Y suspiran dulcísimos cantares
Impregnados de amor y sentimiento,
Y el ambiente respiran de sus mares,
Y orgullosos se mecen en el viento
Que sacude sus anchos platanares.

Cuando altiva otro tiempo y vencedora
La reina de Occidente,
Ornada en jaspes de vistosas plumas
Alzaba al cielo la serena frente,
Y Axayacatl valiente,
Humillando a sus pies a las naciones,
Sus gloriosas conquistas extendía,
Y doquier la victoria sonreía
A la sombra feliz de sus pendones,
En la risueña margen de los lagos,
Los sinsontes, con notas celestiales,
Del guerrero imitaban la querella,
El discorde vibrar de los timbales,
La enamorada voz de la doncella,
Y el clamor de los himnos nacionales.
Otras veces, volando en la espesura,
De la fuente imitaban los rumores,
El lamento del mirlo entre las flores,
La querellosa voz de la paloma,
De hondos suspiros llena,
Del tardo buey el trémulo bramido,
Y el hórrido silbido
Del reptil que se arrastra entre la arena.

Así cual del Anáhuac contemplando
La majestad divina
Que un sol de fuego espléndido ilumina,
Mustia y triste la Europa nos parece,
Y su antigua hermosura palidece;
Así cuando el sinsonte enamorado,
Feliz se oculta en el risueño prado
Y canta entre las palmas y las flores,
Deben enmudecer los ruiseñores.

Tú, inimitable artista,
En mil revueltos giros
Volando caprichoso,
Imitas cadencioso
Ecos, cantos, murmullos y suspiros.
Siempre hallas una voz y una harmonía
Para expresar tu duelo,
Y traduces en tierna melodía
Del amor el dulcísimo consuelo
Y el ardiente placer de la alegría.
Tienes siempre al mecerte por el viento,
Para todos los goces un acento;

A todo prestas inefable encanto,
Y ora el dolor te agite, ora el contento,
No hay dicha, no hay afán, no hay sentimiento
Que tú no expreses con tu tierno canto.
¡Cuál conmueve tu voz el alma mía!
¡Bendita la harmonía
De tu suspiro amante,
Bardo alado de Anáhuac, bardo errante,
Morador de sus bosques silenciosos,
Trovador de sus lagos rumorosos!
¡Plegue al piadoso cielo
Que en estrecha prisión nunca suspires
Triste canción de duelo,
Que en orgulloso vuelo
Cruzando las inmensas cordilleras,
A nuestra patria mires
Bendita por la historia;
Y que repitas siempre en tus cantares
El himno de su gloria,
Al gemir de sus anchos platanares
Y al rumor de las olas de sus mares!

LA ROSA

¡QUÉ gallarda que se alza la rosa,
Delicada, de vivo color!
¡No se ha visto otra flor más hermosa,
No se ha visto otra rosa mejor!

Con su aliento la brisa la mece,
Ella en cambio perfumes le da,
Y a la par de su amor ella crece,
Y más bella poniéndose va.

Con encanto la miran las flores,
Leves perlas coronan su sien,
Y la luna, en su seno de amores,
Deposita sus rayos también.

Sin envidia la miran las rosas,
Suspirando la ve el alhelí,
Y de vario color mariposas,
Revolando se ven siempre allí.

Pero todas respetan y admiran
Su corola de real majestad:
Y si la aman, de lejos suspiran
Por tan rara exquisita beldad.

Hacia ellas un día miraron
Bello insecto las flores venir;
Era bello, y las flores temblaron,
Era de alas azul y zafir.

Y lo vieron llegar, y en el seno
De la rosa gentil se posó,
Y la rosa bebió su veneno,
Y la rosa su tallo dobló.

....

¡Pobre rosa! perdió su hermosura:
Una a una sus hojas perdió,
Leve el aura a la extensa llanura,
Suspirando sus hojas llevó.

EDUARDO DE LA BARRA.

EL HURACÁN

Después de describir en magníficas estrofas la terrible grandeza del huracán, concluye el poeta diciendo que hay algo más terrible: las tempestades del alma y las revueltas vicisitudes de la vida. Esta composición figura entre las más celebradas de Grilo.

TURBIAS las ondas del revuelto río
Se arrastran hacia el mar; ruedan las nubes
Por la bóveda inmensa del vacío.
Del arenal en la abrasada tumba
Expiran los murmullos del desierto,
Y por aires y piélagos retumba
De cien volcanes el atroz concierto.

Fantástica armonía
Forma la tempestad; mundos de sombras
Cubren la espalda de la mar bravía;
En negros montes y entre opacas brumas
Vuélcase la soberbia catarata,
Cual serpiente magnífica de espumas
Con piel sonora de brillante plata.
La tormenta en su cóncavo palacio
Estremece los ámbitos profundos,
Y cual genio invisible del espacio
Se arrastra el huracán sobre los mundos.

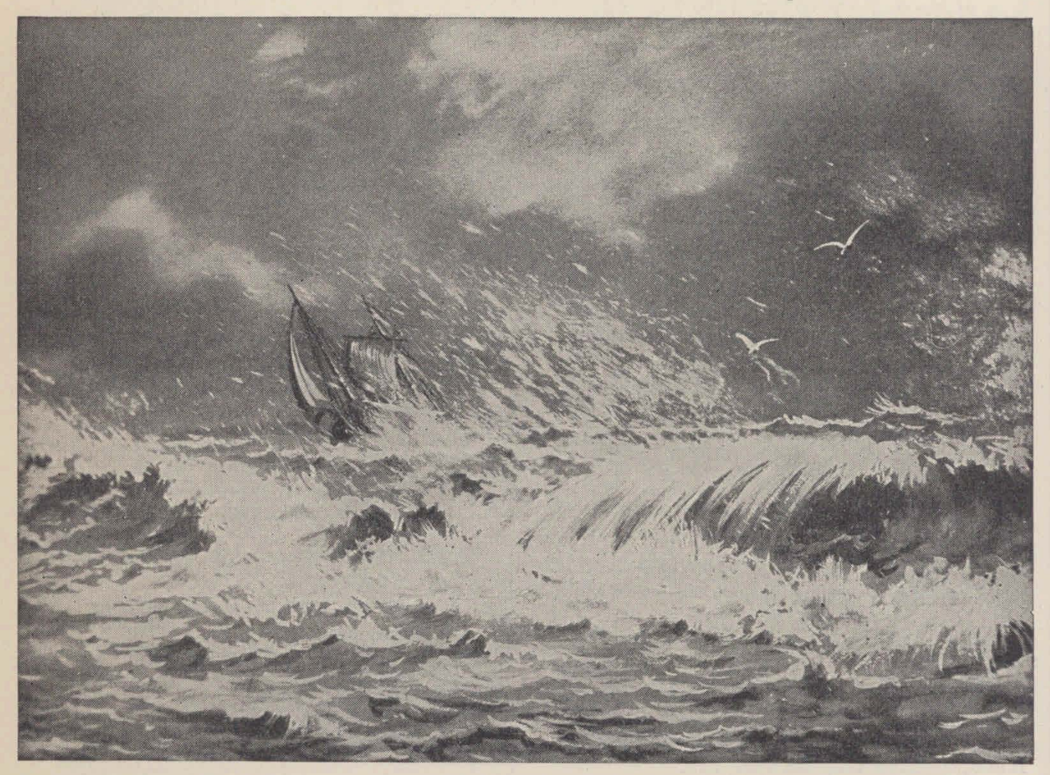
¿Quién eres, huracán, que en los altares
De las esferas ronco te levantas,
Que revuelves los senos de los mares,
Cuando al estremecerlos los espantas?
¿Quién eres tú, que al arrastrarte ufano
Silbando en las entrañas de la sierra
Haces hervir al lúgubre Oceano
Y vacilar los ejes de la tierra?
¿Quién eres tú, que en los peñascos huecos
Depositas tus ecos?
Tú, que eres grande como el mar bravío;
Tú, que a ese mar en tu furor provocas,
Ya gimas en las grietas de las rocas,
Ya brames en los golfos del vacío.

Trastornada creación; nubes que lloran,
Flamígeros penachos de volcanes
Que en la cárcel del monte se devoran;
Aguilas altaneras,
Que descienden heridas y cansadas
Del umbroso dosel de las esferas;
Ondas desconcertadas;
Nieblas en el abismo entretejidas
Y por fúnebre sol tornasoladas;

Torrentes mil fantásticos y oscuros,
Que arrebatan las flores
Y copian sólo ennegrecidos muros:
Lamento sepulcral, hondo misterio,
Sombra inmóvil de horror, tumba desierta
Son el alcázar, el medroso imperio
Del huracán que rápido despierta.

¡El huracán! la voz desenfrenada
Que aterra nuestros plácidos hogares;
La cólera de Dios, que vuela airada
Rompiendo nubes y agitando mares.

Murmullo de cien mares,
Gemido de los piélagos profundos.
Libre emprendes tu marcha triunfadora;
Con voz de trueno rebramando subes
Y empujas como audaz locomotora
Las tormentas, los rayos y las nubes.
La nave alejas del tranquilo puerto,
Hundes entre las ondas las riberas,
Y haces vibrar el arpa del desierto
Agitando en magnífico concierto
Arenales, peñascos y palmeras.
Invisible recorres tu palacio,



El rey del aire, el vencedor del monte,
El genio oculto que en el trueno alienta,
El guerrero voraz del horizonte
Que cabalga en la horrísona tormenta;

El mundo de las águilas reales,
La fantástica voz de las alturas
Que llora en las desiertas sepulturas
Y suspira en las viejas catedrales;
El hervor de las aguas cristalinas,
El ronco grito que silbando corre,
El gemido que llena las rüinas,
El eco despeñado de la torre.

Voz de la tempestad son tus cantares;
Música de los mundos,

Y es tanta y tan salvaje tu armonía,
Que hasta parece que la mar bravía
Sorda respira en el inmenso espacio.

En la cárcel medrosa,
Allá en el muro por el tiempo herido
Donde la luz a intérvalos reposa,
Silbas con melancólico gemido.
De las vírgenes turbas los cantares
Allá en el claustro, cuya torre escala
Del huerto los nevados azahares,
Y en cuyos tristes lúgubres altares
Duerme la sombra y la oración resbala.

Cuando en la muda soledad te escondes
Y en lo profundo del vergel te internas,

Con tus rugidos bárbaros respondes
Al grito de las cóncavas cavernas.
Haces temblar al monte en su cimiento,
Y en lluvia eterna de luciente plata
Tuerces con el empuje de tu aliento
El arco de la ronca catarata.
Las nubes, del espacio en los confines,
Como copos de nieve balanceas,
Y aplacando tu furia en los jardines
Las palmas y los álamos cimbreas.
De la noche en las horas enlutadas
Penetras en las fúnebres mansiones;
Y acaso, entre las tumbas olvidadas,
Mueves en impalpables oleadas
El polvo de cien mil generaciones.

Ven, soberbio huracán, dame tu brío,
¡Y al ronco acento que cantando exhalas,
Yo cruzaré los mundos del vacío
En el trono flotante de tus alas!
Llega hasta mí; tu rápida carrera
Detén bajo mi planta vacilante
Y súbeme contigo hasta la esfera
Que llena el sol con su esplendor radiante.
Romperemos los dos el áureo velo
De las nieblas que bordan el espacio;
Tocaremos los pórticos del cielo;
Nos abrirán sus senos virginales
Grupos de blancas nubes,
Y de luz entre mágicos raudales
Oiremos los suspiros celestiales
Que ante el Señor levantan los querubes.

¡Llega hasta mí! ¡tu voz no me intimida;
De mi aislamiento en la desierta calma
Superan a tu cólera temida
Las hondas tempestades de mi alma
Y el concierto gigante de la vida!

CANCIÓN AMERICANA

Grilo dedica esta melodiosa canción a describir y elogiar la pintoresca y tropical belleza de Cuba.

ISLA gentil, al pulsar
En tu honor el plectro mío,
Mi alma en mi canto te envío
Con el viento y con el mar.
Muere el sol, y al matizar
Las nubes con su arrebol,
Te saludo de ese sol
En los últimos reflejos;
Para amarte desde lejos
Me basta ser español.

Sí; que cuando muere el día
Y el sol tras las cumbres arde,
Te consagro en cada tarde
Mi tierna melancolía.
Entonces mi fantasía,
Con tus recuerdos ufana,
A aquellas nubes de grana
Pretende, loca, ascender,
Y volar...¡y amanecer
En la costa americana!

En la luz de primavera
Con que tus colinas doras;
En las palmas cimbradoras
Que forman tu cabellera;
Sobre la fértil ribera
Que es tu eterno valladar,
Tus galas al ostentar
Entre todas elegida,
Pareces, virgen querida,
La Jerusalén del mar.

Sí; que cual perla guardada
Bajo el agua que murmura,
Fué tu cándida hermosura
Sólo al genio revelada.
Por eso en triunfal jornada
Que aun bendice el Oceano,
Colón, con osada mano
Y con esfuerzo valiente,
Levantó sobre tu frente
La cruz del templo cristiano.

....

De allí, de tu fértil suelo,
Brotó intrépida la planta
Que en su pompa se levanta
Hasta mecerse en el cielo.
De virgen cándido velo
Te forman pálidas brumas;
Con sus alfombras de espumas
La mar tus plantas cubrió,
Y el iris mismo bordó
De tus pájaros las plumas.

Tu noche recuerda el día,
Tan breve y encantadora,
Que, más que noche, es aurora
Llena de melancolía.
La luna en ti se extasía
Como vestal inocente;
Y cuando tu blanca frente
Esmalta con suave brillo,
Mezcla el ópalo amarillo
Con el nácar transparente.

En ti la planta se orea,
La hoja fragante y tostada
Que en humo luego trocada
Nuestros sentidos recrea.
El plátano balancea
Su follaje en tu vergel;
Frutos que envidia el pincel
En tu ardiente suelo entrañas,

Y las fibras de tus cañas
Destilan gotas de miel.

LA ISLA DE LA FELICIDAD

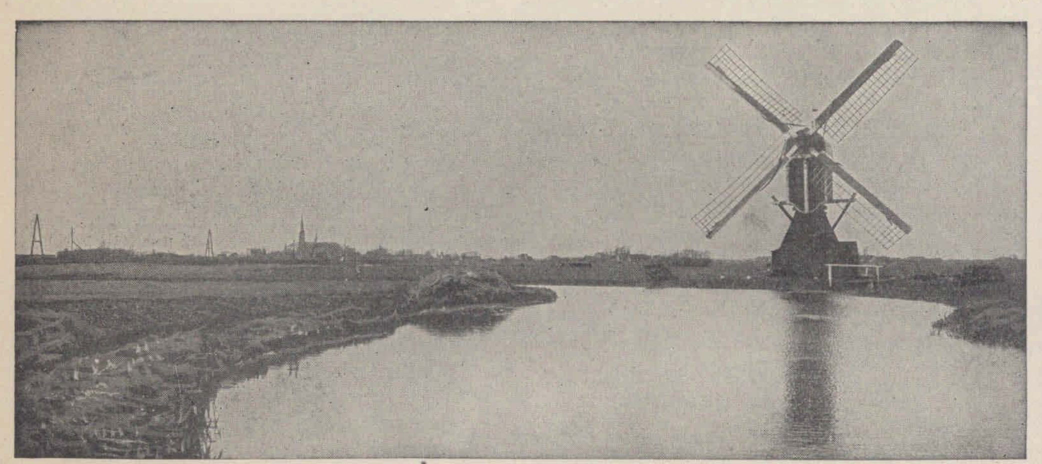
Envuelta en una atmósfera de olvido y aislamiento, se desliza tranquila la existencia en la casa campesina. Tal es el cuadro de rústica felicidad, exenta de cuidados y turbaciones, que traza en breves pinceladas Detlev, Barón de Liliencron (1844–1909), uno de los primeros poetas líricos de la Alemania moderna.

LA luz humea en el caliente establo
Y en él dos vacas del reposo gozan.
Gallo y gallinas, a la prole atentos,
Con prodigiosos desperdicios sueñan.
El zagal, en la hebilla de las calzas,
Tierno cantar al hermanillo silba.
Mozo, gallo y polluelos, descuidados
Viven ante el raudal del Universo.

EL LABRADOR

EL gallo canta, el labrador despierta,
Y alegre el tibio lecho abandonando
Mira perderse el matinal lucero,
Y el incansable buey unce al arado
Que abre los surcos de fecunda tierra.
Gustoso apura el líquido regalo
De blanca leche tibia y espumosa,
Que le ofrece, en su fuente derramando,
La humilde madre del soberbio bruto.
Su luz difunde por los aires claros
La blanca aurora que en Oriente asoma,
Y al colorar los montes y los prados,
Despierta a bulliciosas avecillas,
Que alegres cantan al mirar de blanco
Y de fuego teñido el horizonte,
Cual lluvia de oro suspendida en lo alto
Por la carrera que en su curso sigue
El que la luz eclipsa de los astros.
Tras la yunta que al célico rocío
Va en riachuelos tornando el lento paso,
Sigue el labriego que el hogar dejara,
Su esperanza en la fe depositando;
Que el premio encuentra el que en la madre tierra
Deposita su amor y su trabajo.

Sin dar ya sombras, por el éter puro
Flota bañando de candentes rayos
El refulgente luminar del día,
El astro-rey de los millares de astros.
La frente humedecida por las gotas
Que fertilizan el inculto llano,
El labrador el grano deposita
Entre los surcos que trazó el arado:
De allí verá brotar plantas y flores
Con los frutos que dulces, sazonados,



PAISAJE HOLANDÉS TÍPICO—FOTOGRAFÍA DEL NATURAL

PAISAJE HOLANDÉS

(*Traducción de Calixto Oyuela*)

BAJO el húmedo cielo la llanura
Sin fin se tiende, do el silencio asiste.
Está desierta la campiña y viste
El horizonte tempestad oscura.

Tiemblan las aguas, tiembla la verdura,
Pliega el aliso su cabeza triste,
Y conturbar parece cuanto existe
Un presagio de llanto y desventura.

Sola, allá al borde de un canal, humea
Una choza que entre álamos se esquiva;
Mueve un molino su ala gigantea:

Y en el sosiego del inmenso verde,
Callada, soñadora, pensativa,
Cruza una vela cándida y se pierde.

EDMUNDO DE AMICIS.

Serán el grato aliento de sus hijos
Y llenarán la choza y el cercado;
Por eso, alegre el labrador, no siente
La lluvia estiva ni el fugaz verano.
Llega la madre de sus tiernos hijos
Llevando el refrigerio a su trabajo,
Y el sencillo manjar, dulce y sabroso,
Recibe con placer de entre sus manos;
Luego a la sombra, respirando al fresco,
Al pie de un árbol quedan reclinados
Sobre la alfombra de mullido césped
En su dicha y su amor siempre soñando.
Con más firmeza a levantarse vuelve,
Y de nuevo comienza su trabajo,
Contento el corazón, tranquila el alma,
Y la conciencia exenta de cuidados,
Que el ángel bueno sin cesar le guía,
Que huye a sus ojos el arcángel malo.

Ya el sol declina, resplandecen tibios
Sobre el Citlaltepetl pálidos rayos;
Y vuelve el labrador a la cabaña
En busca de su sueño y su descanso;
Besa a sus hijos y a su esposa besa,
Que a recibirle salen a su paso,
Y al guarda fiel de su cabaña toca
Acariciando con callosa mano,
Y sin temor, tranquilos saborean
El blanco queso y el cabrito asado.
Entre tanto, las aves se recogen,
Trinando alegres en los verdes ramos
Del cedro embalsamado, donde cuelgan
Sus nidos de bejuco entrelazado,
Y el buey dormita entre la paja seca
O está rumiando en el cubierto establo.
De gracias la oración en coro entonan
Al Hacedor de todo lo creado,
Y el ángel de los sueños se desprende
Del alto cielo hasta llegar al campo,
Cubriendo con sus alas la cabaña
Para impedir la entrada a los cuidados.

Manto de sombras la callada noche
Tendió en silencio por el monte y prado,
Y el genio de los campos con sus alas,
De húmedas gotas y perfumes raros,
De brisas vagarosas, do la luna
Difunde melancólica sus rayos,
Al rozar mansamente las colinas,
Hace brotar el germinante grano,
Y crecer los retoños y planteles,
Y cubrirse de fruto los sembrados,
Mientras que duerme de inocencia el sueño
El laborioso labrador cansado.
¡Bendita esta existencia encantadora!
¡Dichosa vida la que dan los campos!

RAMÓN RODRÍGUEZ RIVERA.

SICILIA

He aquí cómo expresa Teodoro Varlet, poeta francés contemporáneo, las impresiones y sentimientos que le causaron las costas de Sicilia, contempladas desde el mar en una hermosa mañana de cielo despejado y puro.

EL alba,
Dulzor agudo en el perfil calabrio,
Despeja en su vehemente despertar
Los fantasmas furtivos de los vanos insomnios;
Allá en el horizonte del evacuado mar
La luna abdica en nocturnos jirones,
Y en las crestas del horizonte
Nada en el glauco azur un cono de cinabrio.

¡Entusiasmos al aire, mañana empavesada!
Destellos de epopeya triunfal,
La luz del día con su esplendorosa llama
Proclama
El claro advenimiento de un ignorado génesis,
Y montes esculpidos en sueños de coral,
En el cielo ultramar, desnudo heroicamente,
¡Ved,
Gloria del meteoro inaugural,
Bajo el Etna candente, monstruoso, a Sicilia!

¡Mirad!
La breve apoteosis
De pétalos divinos se vierte en la ciudad,
Por el golfo se desparrama,
Con senda de rosa todo el surco decora
—¡Y rebosa de sol el cráter de la aurora!

¡Salve, voluptuosa deidad, salve, Sicilia!
Hacia tus encumbrados montes de venas rojas
Salta mi corazón aventurero, bárbaro...
Mas la suave mañana que la gracia satura,
Hinche y deslíe inmensamente
El alma soñadora de idilios inmortales
Que aspiraba en lejanas mañanas virginales
Aromas de azahar sobre la mar de púrpura.

CALMA VESPERTINA

El crepúsculo vespertino es la hora en que se extinguen lentamente con la luz los rumorosos trajines del día, y en que la Naturaleza empieza a sumergirse en el silencio y la paz de la noche. Iván Bunín da aquí una versión poética de este pensamiento.

SE extienden ya las sombras de la noche,
Pero está azul aún el Occidente.

La brisa procedente de los lagos
Pasa sobre los campos fresca y leve.



Caluroso y pesado ha sido el día,
Mas ya la noche se aproxima y viene
Borrando toda pena, y murmurando
Una canción de cuna que adormece.

Silencio... Soledad... La noche avanza
Con su callado paso, tristemente.
!Oh corazón! Descansa, pues, y olvida...
Reposa, corazón, reposa y duerme...

EL ERMITAÑO MENDICANTE

Aislado del mundo y en inmediato contacto con la Naturaleza, el ermitaño mendicante es un tipo exótico, cuya fisonomía poética describe en la siguiente composición' Juan Alcover, poeta español contemporáneo, nacido en 1854.

HUÉSPED soy de la altura, y es mi oficio
De casa en casa recoger limosna
Por los parajes próximos, adonde
Trémulos ecos de la ermita llegan.
Mi pie conoce todos los senderos.
El pueblo, la masía, la cabaña
Visito, y los vecinos me dan nuevas
De sus tribulaciones y venturas.
Así, del mirador del ermitorio
Veo lo que no ven los pasajeros
Que apenas, al cruzar, interrogaron
La imagen del país.

Si la montaña
Te atrae a contemplar desde la cima
Su vasto señorío, no la escales
Sin recorrer la tierra palmo a palmo,
Que allí dominarás. En bosque y valle
Detén el paso; al antro de la mina
Asómate; visita las humanas
Colmenas; si es el verde de las vegas
Cebada o trigo a distinguir aprende;
Y escrutándolo todo, tus pupilas
A la eficaz contemplación prepara.

No por eso el encanto del misterio
Que en toda cosa late, ha de borrarse.
Según la luz avanza, retrocede
Sin disiparse, el reino de la sombra,
Más pavorosa cuanto más se aleja.
La noche llena de astros, para el sabio
Que los conoce bien, ¿no es tan divina
Como para el indocto que en sus fuegos
Ve una legión de indescifrables signos?
Un tiempo, contemplaba indiferente
Las domésticas luces que de noche,
Del monte alrededor, como otro cielo
Que a tierra descendió, resplandecían.
Hoy es un nombre cada luz: la casa
Cuyo umbral en verano me dió fresco;
A cuyo hogar las manos congeladas
En invierno tendí; donde he logrado
Compasiva merced o la dulzura
De ser humilde ante cerrada puerta;
Vislumbro bajo aquellos horizontes
Otros más interiores, y gozando
La plenitud de la visión, los ojos
Penetran, como el agua en una esponja,
En la íntima expresión de la Natura.

EL CANTO DE LA ALONDRA

Esta composición de Luis Melián Lafinur deleita por la dulzura armoniosa del verso y el lirismo romántico en que se inspira.

¡RECUERDO aquella tarde! En espirales
Las nubes remecidas se elevaban,
Y en sus senos de nácar virginales
El zafir con el oro se alternaban.

En el terso cristal de un arroyuelo
Movíanse en imágenes lucientes
Los reflejos más fúlgidos de un cielo
Que espejaba de luz místicas fuentes.

A las palmas y sauces de la orilla,
En su pie por el agua acariciados,
El aura al descender de la cuchilla
Impelía a besarse entrelazados.

De las ondas volubles que la brisa
Rizara al deslizar su suave aliento
Por la corriente que impulsó sumisa,
Surgió un efluvio enervador y lento.

Doquier filtrando su sutil beleño,
La hoja impregnó en su rama vacilante,
Mi vida penetró en forma de un sueño
Y en su vuelo detuvo un ave errante.

El alma en melancólicos desmayos
Ansiando inspiración alta y ardiente,
Al sol se la imploraba de sus rayos
Y al río de su límpida corriente.

¡Nada le respondió! Desparecía
Soberbio el astro en su ostentoso orgullo:
La brisa indiferente se perdía
Sobre la linfa en gemidor murmullo.

Deshecha por el llanto de su pena,
Sin el consuelo de un acento amigo,
En un mar de dolor, huérfana arena,
Se hundió mi alma sin rumbo y sin abrigo.

¡Y entonces la avecilla detenida
Entre aromas y célicos vislumbres,
Con sus alas rozó la hoja escondida,
Con su garganta se elevó a las cumbres!

....

Arrullada en la fe de sus destinos,
Gozosa entre los pliegues del follaje,
La hija del bosque en cantos peregrinos
La esperanza evocaba en su lenguaje.

Sacerdotisa de la selva agreste,
Bálsamo trajo a la aflicción ignota,
Que fué su canto de mansión celeste,
Un eco eterno que en las sombras flota.

En la noche del alma que abatida
Vaga sin luz para su paso incierto,
Es norte en el delirio de la vida,
Del bosque un eco, un aura del desierto.

Fué el eco dulce, el aura ambicionada,
La alondra de los sauces agorera,
Y aquella fugaz tarde no hubo nada
Que más tiernos halagos esparciera.

Al fin batió las alas en el viento
Que la arrastró en sus ondas fugitivas,
Dejando con sus notas de un momento
Perenne el timbre de esperanzas vivas.

De las promesas de un edén velado,
De los prestigios de un ideal querido,
Nada queda al espíritu angustiado,
Si el corazón se hiela adormecido.

Mientras el mío su calor aliente,
De aquella tarde guardaré el recuerdo;
Su postrer haz de luz radia en mi frente,
Ninguno ya de sus murmurios pierdo.

Cuando mis horas nubla el desconsuelo
Ante el eclipse de anhelada gloria,
Levanto en calma la mirada al cielo,
La llevo adentro a mi vivaz memoria;

Y entonces, por presagios de ventura.
Se agolpan de mi vida en el camino,
Ya los celajes de la tarde pura,
Ya de la alondra el melodioso trino.

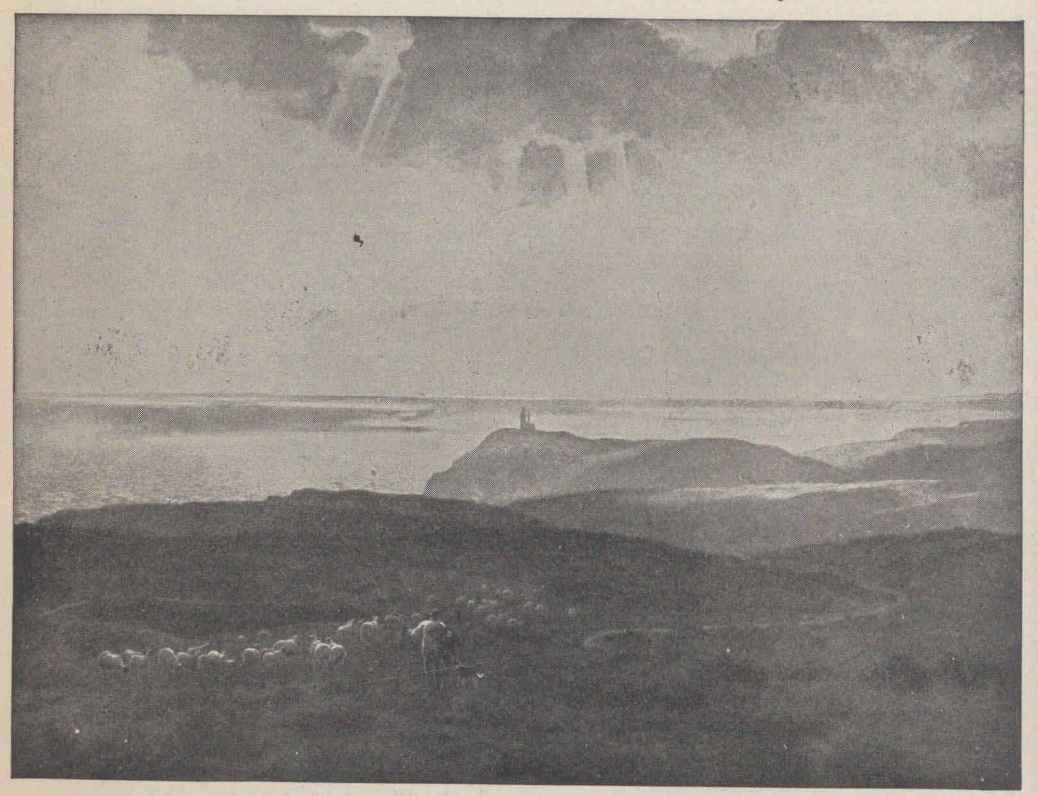
Si en una gota de aflictivo llanto
Se compendia una historia de dolores,
Yo en un recuerdo de inefable encanto
Guardo un mundo de ensueños seductores.

FLORES DE ALMENDRO

Mensajeras de la bella estación, las flores del almendro blanquean en huertos y jardines como menudos copos de nieve. Y, según dice aquí Salvador Rueda, la primavera las vierte al pasar, sembrando con ellas la vida y la alegría en todos los seres.

RANDA de flores de almendro
Tul de corolas risueñas,
Calado de ojos de plata
Que a la luz no parpadean:
Sois joyeros del rocío
Que en vuestros pétalos tiembla
Al caerse de los labios
De la tibia primavera.
Como una graciosa virgen
Que al andar sonrisas siembra,
Viene del lado de Oriente
Con su corona de estrellas.
Su mano de sol, tendida
Ante su imagen esbelta,
Toca el árbol y lo cubre
De sutilísimas yemas;
Roza la tierra, y la viste
De verde y tupida felpa;
Toca al pájaro y lo enciende
En arpegios y en cadencias;
Mece el nido y lo revive;
Mueve el ramo, y lo despierta;

Al lago mira, y lo azula;
Mira al monte y lo deshiela;
Respira, y llena los aires
De entremezcladas esencias;
Anda, y dejan sus pisadas
Florecidas las praderas.
En torno de ella, espirales
De mariposas revuelan,
Y a su paso abren las rosas
Y los claveles revientan.
Sus dedos de sol, enrubian
Del niño la cabellera,
Y remueven del anciano
Las cenizas, aun no muertas.
Llenan de sueños de oro
Las frentes de los poetas,
Y de los sabios fecundan
Las descarnadas ideas.
Todos los ojos la siguen,
Todos los labios la besan,
Y todos los corazones
De gozo, al mirarla, tiemblan.
Ella, rïente y sencilla,
Llenas las sienes de estrellas,
Vertiendo flores de almendro
Como una visión se aleja;
Y al trasponer las distancias,
El alma humana contempla,
Llenos de amor y de vida
El mar, el cielo y la tierra.



SOL DE LA TARDE

SOL de la tarde, hermoso patriarca del cielo
Que la cima del monte besas como un abuelo
Que va a morir: La tarde, bella samaritana,
Te unge de aromas para resucitar mañana;
Y a la sonrisa de la brisa, un laurel rosa,
Da como una oración su rosa más hermosa.

Sol de la tarde, augusto sembrador que el tesoro
De la luz nos envías como un trigo de oro
A la tierra, que tiembla bajo el sagrado vuelo
De la vital simiente que aventas desde el cielo,
Con tu brazo solemne que el infinito abarca.
¡Augusto Sembrador! ¡Hermoso Patriarca!

Sol de la tarde, buen amigo de los viejos
Aldeanos, que dan a los mozos consejos,
Y dirimen contiendas de riegos y forales,

Sentados en los poyos que hay bajo los parrales,
Como jueces de un tiempo en que jueces no había,
Y era la tradición toda sabiduría.

Sol de la tarde, que ponías el reflejo
De tu lumbre lejana, como un reir de viejo,
En la torre de aquella casa, nido de hidalgos
Con aroma de mosto en el zaguán, y galgos
Atados en la puerta: La casa que fué mía,
De donde peregrino y pobre salí un día...

RAMÓN DEL VALLE INCLÁN.

REGRESO

José María Gabriel y Galán refiere en este bello poema que, desencantado de la vida ciudadana y de sus engañosos oropeles, retornó al campo, a vivir en contacto con la Naturaleza y con la gente labradora, sencilla y buena.

I

ESTUVE en la ciudad. Vi la materia
Brillar resplandeciente,
Correr arrolladora,
Sonar dulce y rugiente
Y en la vida imperar como señora.
Reina del mundo, la ciudad entera
Su esclava fiel, su adoradora era.
Los sabios peroraban
Del aura en la trinchera
En defensa del ídolo que amaban;
Los coros de los hijos del Parnaso
Coplas sublimes en su honor cantaban,
Obstruían el paso
En plazas y jardines y museos
Las estatuas alzadas a la diosa,
Soberanos trofeos
Que falange de artistas victoriosa
Le rindió generosa
Del ingenio de artísticos torneos;
Y la gran muchedumbre
De libres ciudadanos, de rodillas
En hábito de eterna servidumbre
Que no le pagan sus eternos amos,
Entonaban su canto de costumbre:
« ¡Te adoramos, oh diosa, te adoramos! »

Estuve en la ciudad y vi los sabios.
Fuí dispuesto a escucharles de rodillas,
Sin que allí mis palabras de hombre rudo
Salieran de la cárcel de mis labios,
Que en ellos hizo la ignorancia un nudo.
En sus alas la fama vocinglera
Llevó dos o tres nombres
Al obscuro rincón de mi morada,
Que augusto templo del silencio era,
Y una noble ambición que hay en los hombres
Me hizo salir de mi rincón querido,
Y a oir la voz que del saber es puerta
Fuí con el alma abierta
Puesta debajo del abierto oído.
A entender los misterios fuí dispuesto
De la vida y del mundo,
La fuerte base del obrar modesto,
La clave obscura del saber profundo,
La oculta vía del vivir sin brillo,
La esencia arcana del amor honesto,
La regla simple del pensar sencillo...
Iba a aprender, sin tortuosos modos,
La fórmula del bien, los soberanos
Conceptos graves del amor de hermanos
Que nacimos de Dios, Padre de todos;
Y, rasgadas las brumas que embarazan
La alta visión con su tupido velo,
Iba a saber el punto en que se enlazan
La senda de la vida y la del cielo.
Y así como la abeja,
Libado el polen, de la flor se aleja
Y torna a elaborar el néctar puro
De su colmena en el recinto obscuro,
Yo, conduciendo de placer henchido,
Mi carga de saber, carga de oro,
De los sabios tomada en el tesoro,
A las dulzuras del rincón querido
Contento volvería
A labrar con el polen adquirido
Miel de sabiduría...
¡Oh, fama vocinglera!
¡Cuán fácil es el viento que te guía,
Y tu sonora voz, cuán embustera!
La gran sabiduría nunca ha sido
Música del oído,
Torrente de palabras que allí cae
Donde un hueco encontró, como el sonido
Que el viento se lo lleva que lo trae.
Ni es orgullo que ciega,
Ni es encono que grita,
Ni estéril voz que apasionada niega,
Ni desprecio del bien que al mal invita.
Ni tampoco almacén abarrotado
De innúmeras ideas
Que pueril vanidad ha amontonado
Para que tú ¡oh adulador! las veas,
Y tú, varón sencillo oigas y creas,
Y os asombréis vosotros ¡oh ignorantes!
No, no; sabiduría,
En la noche del mundo tan sombría,
Es estrella que alumbra,
Brazo amigo que guía,
No relámpago breve que deslumbra
Ni mano malhechora que extravía.
¡Oh tú, Fama embustera!

No alborotes las plácidas mansiones
Donde quiere la vida ser sincera:
¡Tienes otras regiones
Donde suenan mejor tus huecos sones!
No vuelvas a mi casa; está cerrada
Y en ella encarcelada
Tu enemiga mortal, la Verdad ruda,
Que no sale a la calle
Porque nadie la quiere ver desnuda.
Y vosotros, ¡oh sabios! cuyos nombres
No saldrán de la cárcel de mis labios,
Una noble ambición que hay en los hombres
Me trajo a vuestros pies... ¡adiós, oh sabios!

Estuve en la ciudad y vi la vida.
Es ligera y hermosa,
Del modo que es hermosa y es ligera
La ingrávida, la leve mariposa
Que nace, vive y muere en Primavera.
Y así como el insecto primoroso,
Visitador inquieto de las flores,
Más parece nutrirse de colores
Que de polen sabroso,
La vida ciudadana,
De la flor del placer fiel cortesana,
No se acercaba a ella
Con aguijón de abeja laboriosa,
Sino con frágil ala lujuriosa
De mariposa bella.
¡Qué de prisa las horas sin regreso
Rodaban por encima de los seres!
¡Qué nervioso el avance del progreso;
Qué fuertes los placeres;
Las fiestas, qué brillantes;
Qué hermosas las mujeres,
Y los hombres, qué cultos, qué elegantes!
Lo que sabe el varón adusto y grave
Que en el pobre lugar pasa por sabio,
Cualquiera allí lo sabe,
Por eso es elocuente todo labio,
Porque los abre del saber la llave.
Conocen allí todos
Los secretos del Arte y de la Ciencia;
Saben de varios modos
Faltar a la verdad con elocuencia;
Saben negar, audaces;
Saben reir, satíricos feroces;
Saben gustar, voraces,
Las mieles de las mieles de los goces,
Y saben ser flexibles distinguidos,
Hablar con gran finura
Y obrar con gran descoco...
¡Saben vivir unidos
Amándose muy poco!
¡El saber, el saber! Ese era el lema,
La aspiración suprema
De la vida veloz que se vivía.
¡Se estudiaba el amor como un problema!
Y yo también quería
Ser un sabio de aquellos que admiraba,
Mas no lo quiso la fortuna mía.
Ufano contemplaba
Montón de ideas mi cerebro hecho,
Pero ¡ay! se me olvidaba
En qué lado del pecho
Mi corazón encadenado estaba.
Sensible corazón que ahora palpitas
Al fuego del amor que ya te quema:
¿Para qué puedo yo necesitarte
Donde el cerebro fabricaba el Arte
Y estudiaba el amor como un problema?
Yo pasaba los días presurosos
Entre sabios famosos,
Y las noches pasaba entre poetas.
¡Qué días tan ruidosos!
Y las noches ¡qué estériles, qué inquietas!
Y después de vivir la fácil vida
Que una noble ambición, humana y santa,
Me pintó de grandezas toda henchida,
Ni ella me dió sabiduría tanta
Como a cualquiera le infundió Natura,
Ni a cantar aprendí con más dulzura
Que la que puso Dios en mi garganta.

II

Pero ya estoy aquí, campos queridos,
Cuyos encantos olvidé por otros
Amasados con miel y con veneno.
¡Pequé contra vosotros!
¡Recibidme otra vez en vuestro seno!
Yo te conozco, solitario monte;
Te cantaré de nuevo, Patria mía;
Beber quiero tu luz, ancho horizonte;
Gozar quiero tu paz, ¡oh, mi alquería!
Mis hijos inocentes
Beben el agua de tus puras fuentes,
Nutren su cuerpo con el pan sabroso
Que produce tu suelo generoso,
Tuesta sus puras frentes
La lumbre pura de tu sol caída,
Y me los hinchen de salud y vida
Los céfiros sedantes y serenos
Que vienen de tus grandes encinares,
Que vienen de tus mieses y tus henos,
Que vienen de tus ricos tomillares...
Aquí no vive la materia inerte
Esa vida que presta el artificio,
Estéril disimulo de la muerte.
Viven aquí las cosas
Porque en su entraña cada cual encierra
La del vivir intimación divina
Que a ti te ha dado jugos, fértil tierra,
Y a ti te ha dado savia, vieja encina.

Yo admiro la hermosura,
La soberana esplendidez grandiosa
Que augusta ostenta sobre sí Natura;
Pero ella es criatura,
No puede ser mi diosa;
Y aunque canto, postrado de rodillas,
Delante de sus grandes maravillas,
Que son del mundo hechizo,
Yo sólo adoro en ella
La mano soberana que la hizo...

Los que colmáis de frutos diferentes
Mi casa, mis laneros,
Mis templados establos, mis graneros
Y mis anchos pajares bien olientes...
Mayorales, gañanes y renteros,
Cabreros y pastores,
Colonos y yegüeros,
Guardas y aperadores,
Montaraces, zagales y vaqueros...
¡Todos los hijos del trabajo rudo



¿Y quién no besará la mano aquella
Que ha sabido crear cosa tan bella?

Hombres de mi alquería,
Custodios fieles de la hacienda mía:
Los que vais encorvados
Detrás de los arados
Desgarrando los senos de mis tierras;
Los que del hierro de la paz armados
Abatís la aspereza de mis sierras;
Los que andáis sin hogar, solos y errantes,
Guardando mis ganados noche y día;
Los de mis montes fieles vigilantes;
Los de mi casa honrada compañía;

Que regáis con sudor la hacienda mía...
Salid a recibirme! ¡Yo os saludo
Y os bendigo en la paz de la alquería!
Vengo a anudar el hilo
Roto en mal hora del vivir tranquilo;
A humillar, cual vosotros, la cabeza
Al yugo del trabajo cotidiano,
Fuente de la riqueza,
Padre providencial de la pobreza,
Sal del vivir humano.
Que ruedan por la mía
Como ruedan también por vuestras frentes,
Las de honrado sudor gotas ardientes
Que cuesta el pan del día,

Y que sepan mis hijos inocentes,
Cuando puedan mirar hacia el pasado,
Que el pan sabroso que los ha nutrido
Era pan amasado
Con gotas de sudor por mí vertido.
Desciendan por mi frente
Del sudor del trabajo los raudales
Y bañen mi pupila distraída,
Que esos son los cristales
Al través de los cuales
Debemos todos contemplar la vida.
¡Hijos humildes del trabajo honrado!
Yo la vuestra contemplo
Como el más alto ejemplo
Del vivir generoso y resignado;
Y vuelvo a vuestro lado,
Porque todo lo bueno que he aprendido
Vuestro grave vivir me lo ha enseñado.
Yo traigo, en cambio, el corazón henchido
De anhelos puros, de doctrinas buenas
Y de costumbres santas,
Y vengo hasta vosotros decidido
A derramar el bien a manos llenas,
Porque el Dios que me dió riquezas tantas
Dióme con ellas el mayor tesoro
Que recibí de su divina mano:
¡Un corazón de oro
Que de todos los hombres me hace hermano!

Y tú, vida serena
De la blanca alquería,
De artificios vacía
Y de vigores naturales llena...
Tú, soledad amena,
Del encinar cargado de reposo,
Donde flota un ambiente religioso
Que de dulzor ¡oh alma! te enajena,
Y un bienestar sabroso
Que a ti, mortal escoria, te encadena
Al placer de un vivir tan deleitoso...
Tú, silencio elocuente
Que en el del campo bienhechor asilo
Hablas grave y severo,
Sabio maestro del pensar prudente,
Padre fecundo del amor tranquilo,
Fiel confidente del sentir austero...
Y tú también, jugosa poesía,
De este rico soñar del alma mía;
De este vivir en el hogar templado,
De este cantar en la alameda obscura,
De la conciencia pura
Que arrulla el sueño del varón honrado...
¡Dejadme respirar esta frescura
De vuestro ambiente que a vivir convida,
Que yo quiero vivir y esta es la vida!
Y vosotros, los anchos horizontes,
Los blancos caseríos,
Los valles y los montes,
Las fuentes y los ríos,
Los áridos y grises labrantíos...
La sombra de la encina,
La música del aire dulce y queda,
Y el cantar de la honrada golondrina
Y el ruidoso hojear de la arboleda...
El agua de la poza cristalina,
Las guindas de mi huerto delicioso,
Sus ricos torongiles y albahacas,
El pan de mis pastores, tan sabroso,
La leche vaheante de mis vacas...
¡Regaladme con goces repetidos,
Que os esperan, abiertos, mis sentidos!
Yo daré cuanto tengo,
Que a derramar entre vosotros vengo
Pedazos de mi ser a manos llenas:
Para ti mi sudor, hacienda mía;
Para ti mis cantares, Patria hermosa;
Para vosotros sangre de mis venas,
Hijos amantes y adorable esposa;
Para los hombres cuyas rudas manos
Colman mi casa de riquezas tantas,
Pan abundante con doctrinas santas
Y el nombre sabrosísimo de hermanos;
Para el mal que a la lucha me provoca,
Los de luchar inacabables modos;
Para el Dios de la Cruz, mi fe de roca,
Y el amor de mi alma, para todos.

¡Bendita ¡oh Patria! seas, que me has dado
Uno en tu seno bienhechor asilo
Para morirme en el vivir honrado,
Que es el secreto de morir tranquilo!

CANÍCULA

Antonio de Zayas, poeta español contemporáneo, traza vigorosamente en estos versos un típico paisaje de estío en una vieja comarca labradora.

POR la sedienta llanura
Serpea el camino blanco
Entre rastrojos de trigo,
De un sol vertical debajo.

Rueda la silla de postas,
Los lentos mulos castaños,
De polvo una nube engendran
A cada golpe de casco.

Crestas de montes azules
Cortan del cielo el cinabrio
Y en lontananza las copas
Yérguense de pobos flácidos.

Denuestos, ayes, caricias,
Del mayoral por los labios,
Intermitentes escapan
A subrayar el letargo.

Ni un ave en el horizonte;
En los barbechos ni un árbol.
Van las pupilas errantes
Por la modorra del cuadro.

Los cascabeles resuenan
Graves, monótonos, gárrulos,
Como implacable estribillo
De algún romance de payos.

Azote de luz, silencio
Impone al mundo el verano,
El que en los valles se bebe
Las aguas de los regatos.

Las ya rematadas leguas
Siguen los hitos contando.
De un mulo en el lomo escueto
Pliega las alas un tábano.

Sopor... Jadeante el tiro
Se para en el yermo campo
Ante una puerta abrumada
Por pabellones de pámpanos.

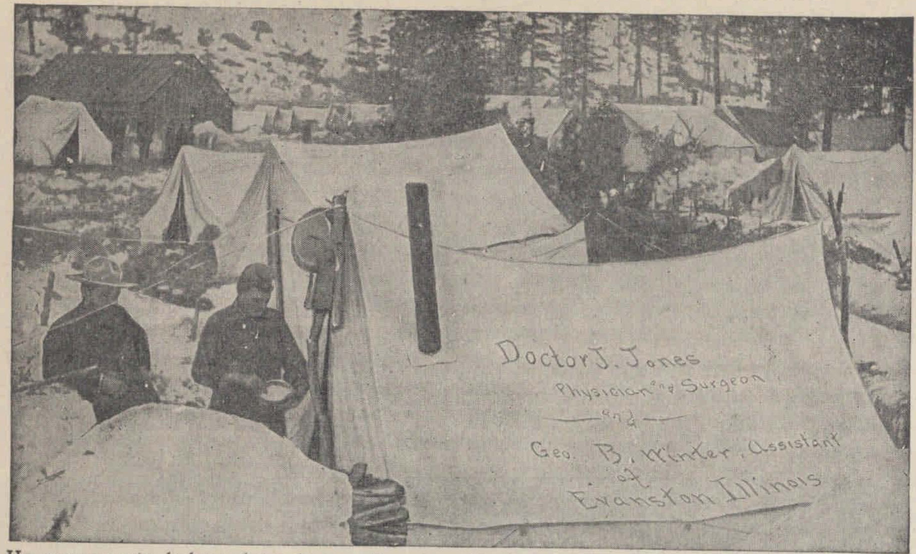
Un mastín se desperezа
Y ladra. Un viejo, retrato
De Zurbarán, gravemente
Saca de Esquivias un jarro.

....

Una roja clavellina
Se abre. Canciones de antaño
Brotan, resbalan... ¡Frescura
Como de brisa entre cáñamos!



EN BUSCA DEL ORO DE ALASKA



Un campamento de buscadores de oro. En primer término vemos la tienda del médico de la colonia.

Una excursión en trineo, tirado por una reata de perros.

ISLAS Y TERRITORIOS EXÓTICOS, EN EL PACÍFICO

EL HELADO TERRITORIO DE ALASKA

AL extremo noroeste del continente americano, en aguas polares, se halla la antigua América rusa, Alaska.

El nombre es indígena; lo empleaban los esquimales de las islas vecinas para designar el continente, y significa « tierra grande ».

Considerada en conjunto, tiene Alaska la forma de un cuadrado regular, cuya superficie es igual a la de Francia y España juntas. A lo largo de la costa hay seis grandes islas y muchísimas pequeñas, que han recibido la denominación de « Archipiélago Alejandro » en memoria del emperador Alejandro I de Rusia.

El país, aunque bajo, u ondulado con pequeñas colinas, tiene picos volcánicos. La montaña más alta es el monte de San Elías, que alza su cima nevada sobre la misma orilla del océano, a una altura de cerca de 6000 metros.

A pesar de que el clima de Alaska es glacial, en tal grado que el mar de Bering y sus ríos se hielan durante el invierno, el interior del país está muy poblado de árboles, entre los cuales vegetan especialmente el abeto, los álamos, chopos y sauces.

Los aborígenes de Alaska se dividen en dos clases muy diferentes; por una parte los esquimales, diseminados en el litoral hasta el estrecho de Bering, y por otra los pueblos o tribus que pertenecen a la gran familia americana que cubre el continente; unos y otros hablan diversas lenguas y dialectos.

LOS RUSOS ARRIBAN A ALASKA

A mediados del siglo XVII, la conquista de la Siberia y el descubrimiento del Kamchatka atrajeron a los rusos a las playas del océano Pacífico. La emperatriz de Rusia, Catalina I, dispuso el viaje de Bering y Chirikoff, en 1728, y los expedicionarios contornearon la extremidad de Asia y comprobaron así, de una manera decisiva, la separación de los dos continentes, cuestión hasta entonces debatida.

Algunos años después empezaron a fundarse en el continente y en las islas los primeros establecimientos rusos, con el objeto especial de cazar nutrias, zorros azules, focas, castores, vacas marinas y otros animales de estimadas pieles; pero la compañía imperial ruso-americana, a la que unió todas las particulares el emperador Pablo, fracasó con enormes pérdidas, y muchos de los industriales blancos se alejaron del país, cayendo éste y su historia en el olvido. Escasos esquimales siguieron habitando en el norte, y algunos indios en el sur, con lo que la gran extensión de Alaska quedó casi despoblada.

Durante este intervalo, sus costas fueron objeto de nuevos reconocimientos. Los españoles Juan Pérez, teniente de navío, en 1774, y al año siguiente el capitán Francisco de la Bodega y Cuadra, exploraron aquellos parajes, a que más tarde, en 1778, llegó el capitán Cook, atravesando el mar de Bering, cruzando el estrecho e internándose en el mar polar hasta el Cabo Helado: en 1791, los capitanes Malaspina, español, y Marchand, francés, vieron diferentes puntos de la costa, cuya situación fijaron perfectamente. Otros viajes se hicieron con posterioridad; y la compañía rusa fundó en 1802 el establecimiento de Nuevo Arkángel, en la isla de Sitka. Posteriormente los rusos fueron avanzando hacia el sur por la costa americana, y un ukase del emperador Alejandro declaró ruso este territorio.

EL DESCUBRIMIENTO DE ORO, EN ALASKA, ATRAE UNA NUBE DE AVENTUREROS

La noticia de haberse encontrado pepitas del precioso metal a orillas del río Yukón, se difundió rápidamente por el Oregón y California, de donde afluyeron millares de buscadores de oro. Más

tarde, en 1898, se descubrió en mayores cantidades en la costa occidental, cuyos ríos depositaban en sus orillas abundantes pepitas que arrancaban en su corriente a los yacimientos de las colinas. Los buscadores trabajaban afanosamente, hora tras hora, excavando las heladas arenas, de las que separaban los dorados granos. Cuéntase que un minero anciano y tullido, incapaz de internarse en el país, lavó en veinte días pepitas por valor de 3000 pesos oro.

Cuando las nuevas de estos descubrimientos se extendieron por todo el mundo, una nube de aventureros invadió Alaska. Apenas desembarcados, quienes a pie, quienes en trineos tirados por perros, partieron a diferentes puntos de la región aurífera, salvando colinas y cruzando corrientes, en busca del codiciado metal. Muchos morían de frío y hambre en la jornada; otros eran atacados y devorados por los lobos, y los menos eran capaces de afrontar los rigores del viaje y sus extraordinarias privaciones. Más tarde llegaron los ferrocarriles al interior de la región, y por el río Yukón y otros varios navegaron vapores modernos. Ulteriores exploraciones condujeron al hallazgo de minas de carbón, hierro, cobre y petróleo, que están hoy día en activa explotación.

EL ARCHIPIÉLAGO MARAVILLOSO

En el centro del Pacífico, entre California, Méjico, China y Japón, surge el admirable archipiélago de las islas denominadas Hawaii, Hauaii o Sandwich, y reino de Polinesia. Volcanes apagados, o en actividad; calcinadas rocas; caprichosas grutas y lagos subterráneos, campos de lava petrificada, altas cimas envueltas en sudario de nieve, rasgado a trechos por las rojizas lavas que vomitan los cráteres; torrentes que se precipitan desde las colinas al valle; selvas y bosques que alternan con llanuras de negro o ceniciento suelo, formadas por la ceniza o los detritos de piedras arrancadas por tremendas convulsiones; mantos de verdura que la pródiga naturaleza extiende sobre capas de lava y escorias; feraces y hermosas vegas, regadas por mansos arroyuelos; tierras fértiles y laborables, a las que no surcan arroyo ni río, donde adquieren las plantas vigor y desarrollo extraordinario, por efecto de la humedad constante que producen el rocío y el descenso de las nubes; millares de flores de todos tamaños, formas y matices; puertos y ciudades con la vida, animación y movimiento que caracterizan a las ciudades y puertos de Europa; y todo bajo un cielo siempre puro, en medio de una atmósfera clara y despejada, en una primavera perpetua; tal es el aspecto general del archipiélago, conjunto de aspectos particulares, los más variados y maravillosos que puede concebir la fantasía. Desde la dura y negra roca que con el mar confina, hasta la cima más escarpada del interior, cada pie de tierra árida o fértil, cada piedra, cada grano de arena, revelan el origen plutónico del archipiélago.

CARÁCTER Y COSTUMBRES DE LOS HAWAIIANOS

Los indígenas del archipiélago Hawaii son muy inteligentes y pacíficos, aunque osados en ocasiones, de carácter leal y afable, hospitalarios, alegres y algún tanto perezosos, aficionados a juegos o ejercicios físicos violentos; buenos jinetes, diestros nadadores y muy dispuestos a aceptar los usos y costumbres de la civilización, pero todavía conservan reminiscencias y rasgos generales de su barbarie e incultura primitivas.

Los que hoy visten a la usanza europea cubríanse en la época de Cook con una faja o pedazo de tela arrollado al talle, y los jefes completaban su atavío con cascos y largos mantos de esterilla o pluma hábilmente entretejidos. Como prendas de lujo usaban collares, brazaletes y sortijas de concha o dientes.

En otro tiempo, cuando moría el rey, el jefe, algún pariente o amigo se entregaban a las más exageradas demostraciones de dolor; mesábanse los cabellos, se revolcaban por el suelo y aun solían arrancarse algunos dientes. Quemaban los cadáveres de las personas de alta jerarquía y recogían los huesos; los ple-



Un buscador de oro que, después de encender una hoguera, aguarda que el suelo se deshiele para poder así excavarlo con más facilidad.



Grupo de niños indígenas y de colonos, en amigable compañía.



En Alaska abundan los renos procedentes de Siberia; estos animales, además de ser de gran utilidad como alimento y abrigo, son excelentes conductores de trineos.

beyos eran enterrados, para exhumarlos más tarde y limpiar los huesos; y colocaban las cenizas en calabazas suspendidas en las puertas de las casas o chozas.

RELIGIÓN Y CULTURA DE LOS HAWAIIANOS

En el siglo XVIII los hawaiianos rendían culto a numerosos dioses y genios que simbolizaban atributos de una divinidad cruel, tiránica y caprichosa, y formaban un Olimpo anárquico, sin dios supremo y dominador soberano de tierra y cielo.

En 1819 llegaron a las islas misioneros cristianos, los cuales predicaron su religión, que no tardó en ser aceptada por los indígenas. Actualmente la corte y la mayoría del pueblo profesan el cristianismo de las sectas protestantes, llamadas metodistas y congregacionistas, siendo escaso el número de católicos. Los misioneros procuraron, desde su llegada a las islas, instruir al pueblo hawaiano; fundaron una imprenta y establecieron escuelas. El gobierno declaró obligatoria la enseñanza, y castigó como delito la falta de asistencia a los establecimientos docentes, siendo de tan provechosa eficacia este rigor, que en 1874 no había diez personas, mayores de veinte años, que no supiesen leer, escribir y contar.

Así, los que, no ha muchos años, se limitaban, como industriales, a construir piraguas y fabricar tejidos de pluma y fibras vegetales, son ya excelentes obreros. Fondas, cafés, relojerías, farmacias, agentes de negocios, empresas mercantiles etc., revelan que Honolulu es al presente la capital de una nación civilizada, pues cualquier artefacto o mercancía puede hallarse, seguramente, en las tiendas o almacenes de la ciudad.

NAVEGANTES ESPAÑOLES DESCUBREN EL ARCHIPIÉLAGO HAWAIIANO

Datos y documentos fidedignos demuestran que fueron españoles los descubridores del Archipiélago, y que el descubrimiento se realizó, al mediar el siglo XVI, por Juan de Gaytán y el general López de Villalobos.

Posteriormente, en 1778, Cook ancló sus barcos en la bahía de Maimea, puerto de la isla Kahuai. Un célebre jefe del país, a quien sus compatriotas deificaron, había profetizado que volvería al archipiélago, conducido en una gran isla flotante, llena de cocos, cerdos y perros. Los indígenas creyeron que era Cook el dios, y sus buques, las islas flotantes; empero el estupor, la admiración y el respeto consiguiente crecieron de punto cuando vieron de cerca a los ingleses, que echaban humo y fuego por boca y narices, y envolvían su cuerpo con pieles de diferentes colores; Cook fué recibido y agasajado como ser divino. Posteriormente, acostumbrados los indígenas a la presencia y trato de los extranjeros, fueron perdiéndoles el temor y respeto; y Cook, de carácter duro e imperioso, adoptó medidas enérgicas, que ocasionaron una sangrienta colisión, en que perdió la vida el intrépido capitán.

EL ARCHIPIÉLAGO ASIÁTICO DE LAS ISLAS FILIPINAS

Entre el mar de la China y el Pacífico está situado un archipiélago, formado por las « Islas Filipinas ». Con exactitud nadie ha podido decir hasta hoy el número de ellas; pero créese que pasan de 1400. Nosotros las divideremos en cuatro grupos, prescindiendo del archipiélago de Joló: Luzón y sus adyacentes; las Bisayas, Paragua y Mindanao, con las suyas respectivas.

En todas ellas la acción volcánica ha ejercido una gran influencia; pocas son las islas en donde esta acción no se manifieste de algún modo, ya por los característicos conos a que este fenómeno da origen, ya por las diversas rocas volcánicas que, en mayor o menor cantidad, existen casi en todas las islas, ya por los temblores de tierra que frecuentemente se experimentan en todas ellas.

Dada su situación, se comprende que el clima del archipiélago sea tropical insular; no hay cambios bruscos de temperatura, llueve mucho, y la atmósfera está saturada de humedad; la uniformidad de temperatura, durante todo el año, produce en los naturales la flojedad e inercia que les caracteriza, y una sensible postración de fuerzas en los

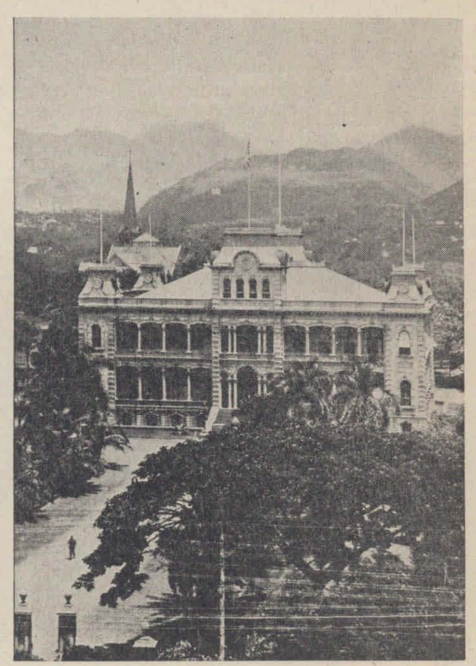
EN LAS BELLAS ISLAS HAWAII





El grabado de la izquierda representa un arrozal hawaiiano, y el de la derecha, un platanal. El plátano o banano constituye uno de los principales alimentos de los habitantes de Hawaii.





Cabaña de paja y hierbas, habitada por los indígenas. Nótese el contraste que con ella ofrece el antiguo palacio real de Honolulu, convertido actualmente en residencia del gobernador norteamericano.



europeos que llevan algunos años de residencia en el país.

La vegetación de las islas Filipinas es tan abudante y rica, que hasta las montañas aparecen cubiertas de hierbas y árboles, que jamás se agostan. Hay inmensos bosques con gigantescos y seculares árboles, que constituyen, indudablemente, la principal riqueza forestal de estas islas. Los principales cultivos son el arroz, café, tabaco, cáñamo, algodón etc.

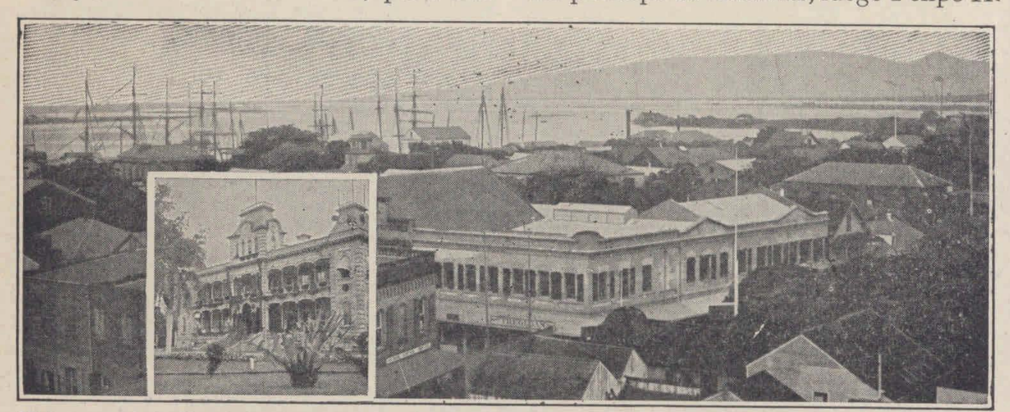
No hay en ellas animales feroces, a pesar de su proximidad a la isla de Java, en que viven tigres y rinocerontes. Algunos han asegurado que hubo elefantes, así en las islas Filipinas como en Joló, fundando su opinión en que este animal tiene nombre indígena, pero hoy sólo existen en la isla de Borneo. El búfalo (carabao) es, sin contradicción, el cuadrúpedo más importante que los españoles hallaron después de su conquista, y que los naturales siguen empleando en los trabajos del cultivo del campo, como podemos ver en uno de los adjuntos grabados. Este animal, tan deforme como indispensable para la agricultura y para toda clase de fatigas, bajo del abrasador cielo de los trópicos, es la bestia más útil de cuantas se han reducido a la vida doméstica; es muy fuerte, y, aunque más corpulento que el buey, bastante ligero; atraviesa con facilidad los caudalosos ríos, y anda cargado con pesados fardos por las montañas más elevadas. En estado salvaje, es una fiera terrible, pero una vez domesticado, lo conduce un niño con la mayor facilidad.

DIVERSIDAD DE RAZAS DEL ARCHIPIÉLAGO FILIPINO

La población de estas islas es muy heterogénea: los primitivos habitantes del país, «*negritos*», de raza negra océanica, y los *malayos*, es decir, los indios, y los moros, todos dotados de matices de color variadísimo, desde el negro hasta el moreno claro. Hay además un nutrido elemento de europeos, españoles-filipinos, chinos, mestizos extranjeros y mestizos chinos, e indígenas, llamados vulgarmente *indios*, denominación que se aplica preferentemente a los indígenas católicos.

DESCUBRIMIENTO DEL ARCHIPIÉLAGO FILIPINO POR LOS ESPAÑOLES

Con cinco naos, tripuladas por 234 hombres y abastecidas de víveres para dos años, salió el célebre Magallanes, de Sevilla, el 10 de agosto de 1519, y un año más tarde, descubrió el estrecho, a que dió su nombre, desde cuya boca se le desertó y volvió a España una nao. Con las restantes siguió surcando el desconocido mar Pacífico y tras muchos días de próspera navegación, se halló a la vista de estas islas, donde fueron acogidos los españoles por los indígenas y sus reyezuelos, los cuales aceptaron su amistad y además prestaron juramento de obediencia y vasallaje al rey de España. El navegante español, Villalobos, dió a estas islas el nombre de Filipinas, en honor del príncipe de Asturias, luego Felipe II.



Vista general de Honolulu, capital de las islas Hawaii. El edificio cuya fotografía se ha insertado, es el antiguo palacio de la reina Liliukalani, ocupado actualmente por las oficinas del Ejecutivo norteamericano.

ESCENAS DE LA VIDA CUOTIDIANA



Joven indígena hilando cáñamo con una rueca de sistema antiquísimo.



Cómo planchan la ropa. La pieza se arrolla al palo que balanceado alisa la tela.

Lavadero público en el río Pasig, de Manila.

EN LAS ISLAS FILIPINAS

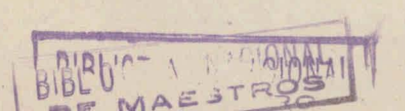


Barcas-viviendas en que habitan miles de manileños.



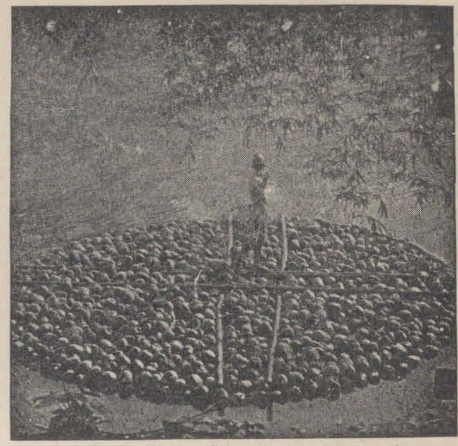
Las riñas de gallos, diversión favorita de los filipinos en los días festivos.

El alimento principal de los filipinos es el arroz. En este grabado vemos cómo lo plantan en terrenos fangosos, introduciendo en ellos tallos jóvenes de la planta.



PRODUCTOS Y CULTIVOS DE LAS FILIPINAS.—EJEMPLARES DE RAZAS SALVAJES DE ESAS ISLAS





Del cocotero extraen los naturales alimento, bebida, aceite, madera y fibras. Un solo cocotero produce 100 cocos al año; estos frutos son transportados por los ríos, formando con ellos originales balsas.



Este curioso modo de arar ha sido empleado por los filipinos desde la época del descubrimiento.



El Albay, uno de los más bellos volcanes, a cuyo pie está la ciudad de Legaspi, en la isla de Luzón.



Un joven cazador, negrito.



Una aldea de igorrotes, raza salvaje y sanguinaria.



LA ZONA DEL CANAL DE PANAMÁ



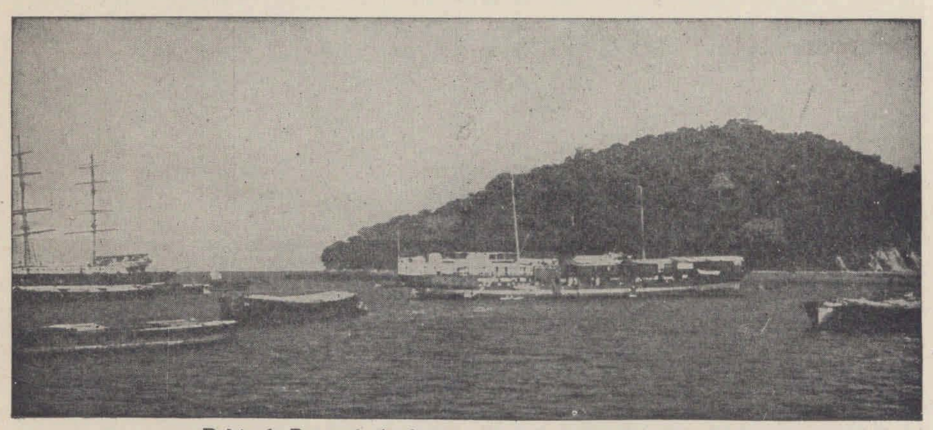


Entre otras plantas tropicales que crecen en Panamá se halla el árbol del caucho, que puede verse en nuestro grabado. En pocas semanas, los helechos y las vides llegan a una altura superior a la estatura de un hombre.





Calle de la ciudad de Panamá, con sus típicos corredores en la parte exterior de la fachada de las casas. En las ruinas de la antigua iglesia vese uno de los arcos más tendidos que existen.



Bahía de Panamá, destinada a ser una de las de mayor tráfico.





La caña de azúcar se produce en Panamá; este grabado representa un ingenio o molino de azúcar de lo más primitivo y rudimentario.

La ciudad de Panamá está hermosamente situada y reune especialísimas condiciones de habitabilidad, después de haber sido saneada por los norteamericanos.



LOCUCIONES LATINAS Y EXTRANJERAS, DE USO FRECUENTE EN NUESTRO IDIOMA

ESCRIBIENDO y hablando castellano, se usan muchas locuciones o frases latinas y extranjeras—francesas, inglesas, italianas—cuyo significado debemos conocer, para darnos perfecta cuenta de lo que leemos y de lo que oímos. La mayoría de dichas locuciones, las latinas especialmente, forman parte de la herencia literaria recibida de los clásicos—Horacio, Virgilio, Ovidio, Juvenal, etc.—y se usan por amor a la tradición o porque, a veces, expresan lo que se quiere decir, mejor de lo que podría hacerse con palabras castellanas. La costumbre de usar dichas locuciones se ha hecho hereditaria de generación en generación; y ello les da un sentido fijo y una grande autoridad.

Así se dice, por ejemplo, *ab irato, in albis, casus belli,* etc. Ciertas frases tienen un carácter jurídico y se deben a las antiguas leyes de los romanos, como *ad referéndum.* Otras son locuciones religiosas que han pasado, por extensión, al lenguaje corriente, como *Miserere, Dei gratiâ, Requiéscat in pace, Laus Deo,* etc., y otras, en fin, son frases célebres que pronunciaron grandes hombres en ocasiones memorables. Hay, además, expresiones y términos propios de algunos juegos, cuya explicación verá el lector en los lugares correspondientes. Es necesario que entendamos bien todo cuanto leemos; y al efecto, nos conviene conocer el significado de todas, o casi todas, las locuciones latinas y extranjeras que se usan en castellano. Ello nos ayudará a descubrir asimismo el origen griego, latino, árabe, etc., de algunas expresiones perfectamente españolas.

Publicamos a continuación una lista de locuciones, muy usadas entre personas instruídas, cuya consulta servirá en muchos casos para desvanecer dudas y comprender mejor e íntegramente las obras que se leen.

A

Ab absurdo.—Latín.—Denominación que distingue a un sistema especial de demostrar la verdad de una proposición haciendo ver que, de suponerla falsa, se seguiría un absurdo.

Ab imo péctore o imo péctore.—Latín.—*Desde el fondo del pecho, con toda el alma.*—Expresa sinceridad absoluta, y es usada igualmente esta frase para expresar una indignación profunda, una indignación *ab imo péctore.*

Ab incunábulis.—Latín.—Desde la cuna, desde la más tierna infancia.

Ab irato.—Latín.—Violentamente.—No conviene dejarse llevar de la ira ni tomar ninguna resolución *ab irato*, es decir, inspirada por la cólera del momento. Un testamento *ab irato.*

A bon entendeur, demi-mot.—Francés.—*Al buen entendedor, media palabra.*—Equivale a nuestra expresión popular: *Al buen entendedor, media palabra basta.*

Ab ovo.—Latín.—*Desde el huevo.*—Es una alusión de Horacio al huevo de Leda, de donde salió Helena. Se encuentran estas palabras horacianas en el *Arte poética.* Homero habría podido empezar por ahí, si hubiese querido referir *ab ovo* la guerra de Troya: pero Horacio se felicita de que el gran poeta griego sacara su *Ilíada* de sólo un acontecimiento del asedio de la ciudad, la cólera de Aquiles, sin remontarse hasta el nacimiento de Helena.

Ab uno disce omnes.—Latín.—*Por uno solo conoce a los demás.*—Comúnmente se usa esta expresión virgiliana indicando que por un rasgo característico de determinado individuo, se puede juzgar a todos los de su clase. Equivale algunas veces al dicho vulgar: «*Para muestra basta un botón*».

Abusus non tóllit úsum.—Latín.—*El abuso no quita el uso.*—Aunque se haga abuso de una cosa, ello no debe obligarnos a que nos pasemos sin usarla, siéndonos necesaria. Es una antigua máxima de derecho.

A cápite ad cálcem.—Latín.—*De pies a cabeza.*—Enteramente, de cabo a rabo, del todo en todo.

A chaque saint sa chandelle.—Francés.—A cada santo su candela. Se emplea para expresar que a cada uno ha de honrársele, según sus meritos y categoría.

Ad hoc.—Latín.—*A esto, para esto.*—Hacer una cosa *ad hoc,* es como decir a propósito, expresamente.

Ad hóminem.—Latín.—*Al hombre.*—Únicamente se usa para indicar un argumento *ad hóminem*, con el cual se confunde a un adversario, deduciendo de sus palabras o conducta lo contrario de lo que defiende.

Ad honórem.—Latín.—*Para dar*

honor.—Un título *ad honorem* es lo que más comúnmente se llama título o nombramiento honorario, es decir, que nada cobra aquel que lo disfruta.

Ad líbitum.—Latín.—*A voluntad*.—Son muchas las cosas que pueden hacerse *ab libitum*, a gusto del interesado.

Ad lítteram.—Latín.—*A la letra*.—Citar los autores a la letra o *ad litteram* es reproducir literalmente el párrafo o frase que se cita.

Ad pédem líttera.—Latín.—Al pie de la letra. Véase **Ad lítteram.**

Ad perpétuam rei memóriam.—Latín.—*Para perpetuar el recuerdo de la cosa*.—Se encuentra grabada esta frase en ciertos monumentos conmemorativos, medallas, monedas antiguas, etc.

Ad referéndum.—Latín.—*Para un ulterior examen*.—Se trata de una fórmula diplomática. Una proposición que se acepta *ad referéndum* es como decir bajo condiciones.

Ad rem.—Latín.—*Al própósito o asunto de que se trata*.—Responder *ad rem* es contestar a lo mismo que se pregunta precisamente.

Ad únguem.—Latín.—*A la uña*. Los antiguos escultores, para apreciar el pulimento de sus estatuas, pasaban por ellas la uña. Se alude a esta costumbre al decir *ad únguem*. Úsase para demostrar que una cosa se sabe perfectamente: saberse la lección de memoria o *ad únguem*. Siempre dará a entender esta expresión latina perfección, o, como si dijéramos, remate o pulimento de una obra.

Ad valórem.—Latín.—*Según el valor*.—Dícese de los derechos, que se basan en el valor de las mercancías.

Aere perénnius. — Latín. — *Más duradero que el bronce*.—Palabras de Horacio, que pueden aplicarse en muy diversos casos.

Affaire d'amour. — Francés. — *Negocio de amor*.—Asunto de enamorados.

Affaire de cœur. — Francés.— *Negocio del corazón*.—Una cosa que interesa en el orden sentimental. En castellano se dice frecuentemente *cosas del querer*, contrariedades o alegrías del amor.

Affaire d'honneur.—Francés.— *Asunto de honra.*

Agitato.—Italiano.—*Con animación*.—Se usa en música y sirve para indicar los pasajes que deben tocarse vivamente, apasionadamente.

Ainé.—Francés. — *Primogénito, el primer hijo*.—Su femenino es: *ainée*.

Á la dernière.—Francés.— *A la última moda*.—Las señoras elegantes visten *à la dernière*.

A látere.—Latín.—*Del lado, de cerca*.—Se dice de ciertos cardenales escogidos por el Papa, entre los que le rodean, para el desempeño de altas y delicadas misiones. En el lenguaje corriente suele usarse en vez de *camarada*. Se dice: su *ad látere*, pero no es *ad látere*, sino *a látere*.

Álea jacta est.—*Está echada la suerte*.—Son palabras atribuídas a César, cuando se disponía a cruzar el Rubicón; porque ordenaba una ley a todo general que entrase en Italia por el Norte, que licenciase sus tropas antes de atravesar dicho río. Es costumbre citar esta frase cuando, después de muchas dudas y vacilaciones, acaba uno por tomar una firme resolución.

Alias.—Latín.—*De otro modo*.—Se emplea indicando un pseudónimo, mote o remoquete. Fulano de Tal; *alias* el *Valiente*, el *Moreno*, el *Saltador*, etc. Abreviadamente se escribe (*a*).

Aliquando bonus dormítat Homerus.—Latín.—*Con frecuencia dormita el buen Homero*.—Palabras de Horacio, en su *Arte poética*, con las cuales nos da a entender que hasta los escritores geniales tienen descuidos censurables.

Álter ego.—Latín.—*Otro yo*.—Amigo de confianza, o auxiliar insuperable en una empresa. Efestión era el *alter ego* de Alejandro.

Allons!—Francés. — *¡Vamos!*—Exclamación muy frecuente.

All right!—Inglés.—*Muy bien*.—Lo usan los ingleses para significar. *¡Bueno! ¡Bien! ¡Perfectamente!* y el mismo significado se le da en castellano.

Á merveille.—Francés.— *A las mil maravillas, admirablemente*.—En castellano se usa también con frecuencia.

Amicus Plato, sed magis amica véritas.—Latín.—*Soy amigo de Platón pero lo soy más de la verdad*.—Quiere decir que la verdad debe ser siempre lo primero, aunque sea preciso ir en contra de tal o cual aserto de un sabio famoso, porque todos los sabios pueden equivocarse alguna vez.

A nativitate.—Latín.—*De nacimiento*.—*Ser poeta a nativitate*, por ejemplo, quiere decir *haber nacido ya poeta*.

Anch'io sono pittore.—Italiano.—*También yo soy pintor*.—Le atribuyen estas palabras a Corregio, que las pronunció—se dice—ante la *Santa Cecilia* de Rafael, la cual decidió la vocación del artista. A veces se modifica la frase, diciéndose: *Anch'io sono poeta*. Igualmente se diría *músico*, *escultor* o *cantante*.

Ante merídiem.—Latín.—*Antes del mediodía*.—Se usa para indicar las horas del día, desde media noche hasta el mediodía. En los horarios de los ferrocarriles suele usarse la abreviatura, A.M. Las 11 A.M. (*ante meridiem*), significa las once de la mañana.

À outrance.—Francés.—*Excesivamente*.—Se dice de los que se exceden en determinados trabajos artísticos. Un pintor realista *à outrance* es un realista exagerado.

À peu près.—Francés.—*Próximamente, bastante cerca*.

A posteriori.—Latín.—De lo posterior.—Cuando de lo que ha ocurrido se infieren las causas y motivos de un hecho determinado.

A priori.—Latín.—*De antemano*, de lo anterior.—Aplícase a las proposiciones que se establecen sin fundamento sólido en la experiencia.

Áquila non cápit muscas.—Latín.—*El águila no caza moscas*.—Un hombre superior no debe perder su tiempo en menudencias.

Argent comptant.—Francés.—*Dinero contante*.—Se usa en el comercio: comprar o vender algo *al contado*.

Arrière pensée.—Francés.—*Pensamiento de atrás*.—Representa reserva, una intención recelosa. Hablar sin *arrière pensée* es hablar con absoluta lealtad.

Ars longa, vita brevis.—Latín.—*El arte es largo, la vida breve*.—Los latinos tomaron esta expresión del griego. Es el primer aforismo de Hipócrates.

A tempo.—Italiano.—*A compás*.—Esta expresión, fuera de la música, significa *a propósito*.

At home.—Inglés.—*En casa.*—Encontrarse a gusto *at home*, o estar bien en casa.

À tout seigneur, tout honneur.—Francés.—*A todo señor, todo honor.*—Debe tratarse a cada cual, según sus méritos.

Audaces fortuna júvat.—Latín.—*La fortuna ayuda a los audaces.*—Para hacer fortuna, como ya lo advirtió Virgilio, la audacia es un gran elemento.

Au grand complet.—Francés.—*Muy completo.*—Se dice de un lugar público que está lleno de gente. Por ejemplo, el teatro estaba *au grand complet*, completamente lleno.

Au revoir!—Francés.—¡Hasta la vista!—Frase de despedida, muy usada en castellano.

Aut Cæsar, aut níhil.—Latín.—*O César o nada.*—Dícese que César Borgia escogió esta divisa, que puede aplicarse a todos los hombres de ambición desmedida.

B

Ballón d'essai.—Francés.—*Globo de prueba.*—Las noticias que se lanzan para sondear la opinión, sobre todo las referentes a los asuntos de Estado, suelen ser clasificadas de este modo. Una noticia que parece un *ballón d'essai*, sirve a veces para preparar la opinión pública y puede preceder a una mala noticia.

Beati possidentes.—Latín.—*Felices los que poseen.*—Significa esta locución que para reivindicar de hecho una cosa o un derecho postergado, conviene primero entrar en posesión del mismo.

Bis dat, qui cito dat.—Latín.—*Quien da pronto da dos veces.*—Este pensamiento de Séneca nos enseña que aquel que siempre está presto a otorgar un favor, merece con doble razón la gratitud del favorecido. Se emplea más comúnmente esta expresión en sentido irónico. Nos referimos a las riñas y pendencias personales, y decimos: *Quien da primero da dos veces.*

Bona fide.—Latín.—*De buena fe.*—Puede uno equivocarse *bona fide*, o de buena fe.

Bonhomíe.— Francés. — *Bondad de carácter.*

Bon marché.—Francés.—*Barato.*—Un género *bon marché* o barato.—En castellano se usa mucho y en el mismo sentido. Dícese también ***à bon marché.***

Bon ton.—Francés.—*Buen tono, de buen tono.*—Elegante, de la vida elegante.

Bon vivant.—Francés.— *Vividor.*—El que entiende la vida egoísticamente.

Broken - down. — Inglés. — *Quebrantado.*—Se usa con referencia a las carreras de caballos. Un caballo *broken-down* anda mal, está cojo; pero puede haber caballos cojos que no estén *broken-down.*

C

Casus belli.—Latín.—*Caso de guerra.*—Es el caso que se presenta en las relaciones entre dos países y que motiva el rompimiento de las hostilidades.

Cela va sans dire.—Francés.—*Eso va sin decir.*—En castellano decimos: *dicho se está, claro está* o *por supuesto.*

Commedia dell'arte.—Italiano.—Comedia de capricho. — Se aplica a un género especial de comedias, de las cuales los mismos actores improvisan las palabras; pues el autor no ha hecho más que pensar en el argumento.

Comme il faut.—Francés.—*Como es necesario.*—Se aplica a una mujer o a un hombre de mérito: una mujer *comme il faut* es que tiene muchas virtudes y talento.

Consummátum est. — Latín. — *Todo está consumado.*—Últimas palabras de Jesucristo en la cruz. Se dicen a propósito de una catástrofe y de la muerte.

Córam pópulo. — Latín. — *En público.*—Hablar *córam pópulo* es hablar en alta voz y con valentía.

Cordón bleu.—Francés.—*Cordón azul.*—En el lenguaje familiar significa *cocinera excelente.*

Coup d'état. — Francés. — *Golpe de Estado.* — Habilidad política que muchas veces determina la caída de un gobierno.

Coup de théatre.—Algo que no se esperaba y que produce general sorpresa.

Crème de la crème.—Francés.—Es de traducción difícil. La *crème* es la nata de la leche, lo más exquisito de una cosa. Entre las personas de la buena sociedad, las más distinguidas, son la *crème.* La expresión castellana equivalente a la *crème de la crème*, es *la flor y nata*; pero tratándose de personas elegantes, se usa mucho **la locución francesa.**

Cuique súum.—Latín.—A cada cual lo suyo.

Cum grano salis.—Latín.—*Con un grano de sal.*—Aquí tiene la palabra *sal* la acepción de gracia, para dar a entender que ciertos dichos o escritos no dejan de tener su gracejo.

Currente cálamo.—Latín.— *Al correr de la pluma.*—Escribir *currente calamo* o al correr de la pluma, es escribir muy aprisa y sin meditar lo que se escribe.

Ch

Chic.—Francés.—*Elegancia, distinción.*—Un vestido *chic*, una mujer *chic*, elegante, de buen gusto.

Chi lo sa?—Italiano.—*¿Quién lo sabe?*—Se emplea en el mismo sentido.

Chi va piano, va sano.—Italiano.—*Quien va despacio va seguro.*—Es un proverbio que se completa diciendo: *Chi va sano, va lontano.—Quien va seguro, va lejos.*

D

De facto.—Latín.—*De hecho.*—Una cosa puede existir *de hecho*, pero a veces no *de derecho*, o sea *de jure.*

De gústibus et colóribus non est disputándum. — Latín. — *De gustos y colores no se debe disputar.*—Lo decían los escolásticos de la Edad Media. Ahora decimos: *De gustos y colores no han escrito los autores*, dando a entender que cada quien es libre de pensar según le parece.

Dei gratiâ.—Latín.—*Por la gracia de Dios.*—En algunas monedas antiguas se encuentra grabada esta locución, que también suele usarse abreviada: D.G.

Delenda est Carthago.—Latín.—*Hay que destruir a Cartago.*—Se emplea para designar la tenacidad del enemigo que lucha hasta conseguir la destrucción del adversario. Con estas palabras terminaba siempre sus discursos Catón, el Antiguo.

Demi-saisón.— Francés.—*Media estación.*—Entretiempo.

De omni re scíbili, et quibúsdam áliis.—Latín.—*De todas las cosas que pueden saberse y de algunas otras.*—Se aplica a los que presumen de saberlo todo y nada saben. *De omni re scibili* **era la divisa del famoso**

Pico de la Mirandola, el cual se comprometía a discutir con quien quisiera de cuanto puede saber el hombre. Un ingenioso, Voltaire probablemente, completó la frase con las palabras *et quibúsdam áliis*, criticando de este modo la vanidad de aquel sabio.

Deo óptimo máximo.—Latín.—*Al Dios muy bueno y muy grande.* — Inscripción latina; usada en abreviatura frecuentemente: D.O.M.

De plano.—Latín.—*Sin dificultad.*—Empleada en el lenguaje forense: quiere decir inmediatamente, sin formalidades. Comúnmente se dice *de plano* indicando facilidad para hacer tal o cual cosa.

De pópulo bárbaro.—Latín.—*De un pueblo bárbaro.* — Se aplica en tono festivo a toda acción irrespetuosa y brutal, y así se dice: *Hacer una de pópulo bárbaro.*

De te fábula narrátur.—Latín.—*De ti se trata en esta fábula.*—Esta expresión horaciana se emplea para decirle a una persona que de ella se trata, cuando hace como que no entiende ante una alusión indirecta.

Deus ex máchina.—Latín.—*Un Dios (bajado) por medio de una máquina.*—Explican estas palabras la intervención, en un drama o comedia, de un ser sobrenatural que baja al escenario por medio de una máquina, es decir, por artificios de tramoya. En sentido figurado, se alude al desenlace de una situación dramática; que tenga mas de conmovedora que de real.

De visu.—Latín.—*Por haberlo visto.*—Lo que se conoce *de visu*, esto es, por haberlo visto.

De vita et móribus.—Latín.—*Sobre la vida y las costumbres.*—Se dice así de la investigación que se hace de la vida y las costumbres de los aspirantes a ciertos cargos oficiales.

Dívide ut regnes.—Latín.—*Divide para reinar.*—Siembra la discordia entre los fuertes y lograrás dominar. Máxima política de Maquiavelo. Se dice también: *Dívide ut imperes*, o *dívide et impera.*

Dixi.—Latín.—*He dicho.* Para terminar un discurso.

Dóctor in utroque.—Latín.—Más frecuentemente se dice: *in utroque jure.* Doctor en derecho civil y canónico.

Dolce far niente.—Italiano.—Dicho del pueblo de Nápoles: *dolce far niente*, es dulce no hacer nada.

Dónec eris félix, multos numerabis amicos.—Latín.—*Mientras seas feliz, tendrás muchos amigos.* — Verso de Ovidio, abandonado por sus amigos al desterrarle Augusto.

Dura lex, sed lex.—Latín.—*La ley es dura, pero es la ley.*—Aunque nos pese a veces y nos sea muy penosa, la ley es la ley y a ella debemos someternos.

E

Editio prínceps.—Latín.—*Primera edición, edición príncipe.*—Expresión usada en bibliografía, que también se emplea cuando se descubre un gran poeta en el primero de sus libros.

Eisen und blut.—Alemán.—*Hierro y sangre.*—Famosa frase de Bismarck, el gran político, a quien se llamó el canciller de hierro, por su voluntad inquebrantable y su invencible energía.

Ejusdem farinæ o fúrfuris.—Latín.—*De la misma harina.*—Se dice así comparando a dos personas que se parecen en sus defectos y en sus vicios.

Embarras du choix.—Francés.—*Dificultad en la elección.*—Muchas veces se presenta el *embarras du choix*, a lo que llamamos en castellano una *elección dudosa.*

En avant! — Francés. — *¡Adelante!*

Enfant gâté. — Francés. — Niño mimado.

Enfant terrible.—Francés.—*Niño terrible.*—Se usa generalmente para designar la indiscreción de los niños, que a veces dicen cosas comprometedoras para las personas mayores.

Entente cordiale. — Francés. — *Armonía cordial.*—Buenas relaciones entre dos países.

E plúribus únum.—Latín.—*Reunión de muchas cosas en un todo.* Lema usado para expresar la reunión de muchos estados en una Confederación.

Errare humánum est.—Latín.—*Es propio del hombre equivocarse.*—Se usa siempre para atenuar un error en lo que puede tener de responsabilidad para aquel que lo ha cometido.

Est modus in rebus.—Latín.—Indican estas palabras que en todo debe procederse siempre con decorosa mesura.

Et in Arcadia ego.—Latín.—*¡Yo también he vivido en Arcadia!*—Se dice al recordar la felicidad perdida.

Eurêka!—Griego.—*¡He encontrado!*—Exclamación proverbial. Árquimedes, al descubrir en el baño, inopinadamente, la ley del peso específico de los cuerpos, exclamó: *Eurêka!*

Ex o ab abrupto.—Latín.—*Con brusquedad.*—Hablar en público bruscamente, sin previa preparación en lo que va a decirse.

Ex abundantia cordis os lóquitur.—Latín.—*La boca habla por abundancia del corazón.*—El hombre suele hablar de lo que le embarga el corazón.

Ex cáthedra.—Latín.—Hablar *ex cáthedra* es hablar en tono doctoral, que no admite réplicas ni distinciones.

Excélsior!—Latín.—*Más alto.*—Esta forma comparativa del positivo *excelsus* se emplea para expresar la aspiración a lo muy elevado y noble.

Ex corde.—Latín.—*De corazón.*—Querer *ex corde*, de veras, profundamente.

Ex officio.—Latín.—*Oficialmente.*—Por designación oficial de los poderes públicos.

Ex professo.—Latín.—*De propósito.*—Hablar de una cosa *ex professo.*

Extra muros.—Latín.—*Fuera de las murallas.*—*Extra muros de la ciudad* es como decir en los alrededores de la misma.

Ex ungue leónem.—Latín.—*Se reconoce al león por la uña.*—Se usa en sentido figurado, dando a entender que se reconoce por ciertos rasgos la mano de un artista verdadero.

F

Facta, non verba.—Latín.—*Hechos, no palabras.*—Indica que las palabras son inútiles cuando no van seguidas de los hechos.

Fama vólat.—Latín.—*La fama vuela.*—Es una expresión virgiliana; una gran noticia vuela, se hace en seguida del dominio público.

Far niente.—Italiano.—*No hacer nada.*

Femme de chambre.—Francés.—*Camarera.*

Fidus Achates.—Latín.—*El fiel Acates.* — Empléase para designar a un amigo íntimo, re-

cordando a Acates, el más fiel compañero de Eneas.

Finis corónat opus.—Latín.—*El fin corona la obra.*—Se emplea para indicar que la terminación de una cosa es el coronamiento de la misma.

Flúctuat nec mérgitur.—Latín.—*Flota sin hundirse.*—Divisa de la ciudad de París.

For ever.—Inglés.—*Por siempre.*—Exclamación que suele seguir a los vítores ¡Viva el rey *for ever*!

Fórtiter in re, suáviter in modo.—Latín.—*Firme en la voluntad, gentil en las maneras.*—Corresponde al refrán castellano: *Lo cortés no quita lo valiente.*

Four in hand.—Inglés.—*Cuatro en mano.*—Tiro de cuatro caballos.

G

Gaudeámus.—Latín *Alegrémonos.*—Se usa en sentido festivo: estar de *gaudeámus* es ir de francachela, a divertirse.

Genus irritábile vátum.—Latín.—*La raza irritable del poeta.*—Expresión de Horacio, que se usa para indicar el vidrioso genio de los poetas y, en general, de todos los escritores.

Glissez, mortels, n'appuyez pas.—Francés.—*Deslizaos, mortales, sin apoyar.*—No se deben puntualizar ciertas cosas que ofrecen peligro.

Gloria victis.—Latín.—*Gloria a los vencidos.*—Antítesis de la locución latina *Vœ victis, ¡Ay de los vencidos!*

Go ahead.—Inglés.—*¡Adelante!*

God save the king!—Inglés.—*¡Dios salve al rey!* Himno nacional de los ingleses. Caso de tratarse de la reina se dice: *God save the queen!*

Grande tenue.—Francés.—*Traje de gala, o de etiqueta.*

Grande vitesse.—Francés.—*Gran velocidad.*

Grosso modo.—Latín.—De un modo grosero.—Se usa en sentido de *próximamente, sumariamente, en general.*

H

Hábeas corpus. — Latín. — *Que tengas el cuerpo* (se sobreentiende *ad subjiciéndum,*—para presentarlo ante el tribunal).—Se designa con *Hábeas corpus* una famosa ley inglesa, que garantiza la libertad individual, obligando a presentar al detenido ante el tribunal, para que éste decida la validez de su detención.

Habemus confiténtem réum.—Latín.—*Tenemos un acusado que confiesa.*—Está tomada esta locución de un discurso de Cicerón, defendiendo a Ligario, partidario de Pompeyo, a quien se desterró después de la victoria de César.

Habent sua fata libelli.—Latín.—*Tienen los libros su hado.*—Es lo único que se cita del poeta Terenciano Mauro, y aun ocurre que este fragmento de verso se atribuye a otro poeta. Acaso por la poca fortuna que alcanzaron las obras de Terenciano Mauro, se ha hecho famosa esta reflexión suya: Los libros tienen su hado: *Habent sua fata libelli.*

Handicap.—Inglés.—Partido de juego en que uno de los contendientes se somete a concidiciones especiales.

Hic et nunc.—Latín.—*Aquí y ahora.*—En el acto y aquí mismo, desde luego, en seguida, inmediatamente.

Hic et ubique.—Latín.—*Aquí y dondequiera.*—Puedo decir esto y aquello *hic et ubique*, aquí y en todas partes.

Hic jácet.—Latín.—*Aquí yace.*

High life.—Inglés.—*Gran vida, vida elegante.*

Hoc erat in votis.—Latín.—*Esto estaba en mis deseos.*—Se recuerdan estas palabras de Horacio cuando al fin vemos colmados deseos largo tiempo contenidos.

Hoc opus, hic lábor est.—Latín.—*He aquí la empresa, he aquí lo que cuesta trabajo.*—Ante una obra difícil, suelen citarse estas palabras de Virgilio (Eneida).

Hoc volo, sic jubeo, sit pro ratione voluntas. — Latín. — *Lo quiero lo mando; sirva mi voluntad de razón.*—Juvenal pone estas palabras en boca de una mujer orgullosa. Se emplean para designar una voluntad arbitraria.

Honest Iago.—Inglés.—*Honrado.*—Iago es el malvado personaje causante de las desgracias de *Otelo* en la tragedia de Shakespeare. Éste empleó irónicamente las palabras transcritas.

Honi soit qui mal y pense.—Francés.—*Vil sea el que piensa mal.*—Divisa de la orden inglesa de la Jarretera. Se usa muy frecuentemente, dándole su verdadero significado.

I

Ibídem.—Latín.—*En el mismo lugar o en el mismo caso.*

Ídem.—Latín.—*Lo mismo.*

Id est. — Latín. — *Esto es.* — Se escribe casi siempre abreviada: *i.e.*

Ignoti nulla cupido.—Latín.—*No se desea lo que no se conoce.*—Aforismo de Ovidio.—En castellano suele decirse: *Ojos que no ven corazón que no siente.*

Impérium in Imperio.—Latín.—*Un Estado en el Estado.*—Se emplea esta locución para significar que hay ciudadanos, en cada Estado, que parecen desear un estado aparte, según son sus esfuerzos por separarse de la ley que a todos alcanza.

In abstracto.—Latín.—*En abstracto.*—Muchos principios establecidos en abstracto, es decir, fuera de la realidad de los hechos, suelen ser equivocados.

In albis.—Latín.—*En blanco.*—Se emplea para significar que no se ha entendido una cosa. Quedarse *in albis* es como si dijéramos: *no entiendo.*

In ánima vili.—Latín.—*En un ser vil.*—Locución empleada, casi invariablemente, en los experimentos científicos hechos con animales: se ensaya un veneno o un medicamento peligroso *in ánima vili.*

In artículo mortis.—Latín.—*En el artículo de la muerte.*—Confesarse, hacer testamento *in artículo mortis.* También se dice, en idénticos casos, *in extremis.*

In cauda venénum.—Latín.—*En la cola el veneno.*—Se dice así del discurso o del escrito que, comenzando al parecer en tono amable, al final se vuelve malicioso y agresivo, siendo como el escorpión o alacrán, que tiene el veneno en la cola.

In extenso.—Latín.—*Por entero.*—Relación *in extenso* de una discusión; discutir todos los puntos de un asunto determinado.

In extremis.—Latín.—*En el último momento.*—Confesarse, hacer testamento *in extremis.*

In fine.—Latín.—*Al fin.*—Al final de un párrafo, de un capítulo. Dícese, por ejemplo: *Esta disposición se encuentra en tal o cual artículo del Código, in fine.*

In foro conscientiæ.—Latín.—*En el tribunal de la conciencia.*—Hay cosas que no condenan

los hombres, pero que no se dejan pasar *in foro conscientiæ.*

In globo.—Latín.—*En globo, en conjunto.*

In medio stat virtus.—Latín.—*La virtud está en el medio.*—Es decir, igualmente alejada de los extremos.

In memóriam.—Latín.—*En memoria.*—En conmemoración.

In naturálibus.—Latín.—*En desnudez.*—Sorprender a uno *in naturálibus* o *in puris naturálibus.* Por corrupción se dice también *in púribus.*

In pártibus (infidélium).—Latín.—*En los países ocupados por los infieles.* Suele decirse así respecto al obispo, cuyo título es nada más que honorífico. Irónicamente, se dice: *ministro in pártibus, embajador in pártibus,* etc.

In péctore.—Latín.—*En el pecho.*—También se dice *in petto* y significa igualmente *en su interior, para sus adentros,* aplicándose al pensar.

In póculis.—Latín.—*En medio de las copas.*—Los hombres que tratan de sus negocios mientras beben, lo hacen *in póculis* o *inter pócula.*

In promptu.—Latín.—*De pronto.*—De repente, de improviso, en el momento. Se emplea en música.

In rérum natura.—Latín.—*En la naturaleza de las cosas.*—Una hipótesis científica que no se comprueba *in rérum natura* no tiene valor.

In situ.—Latín.—*En el mismo sitio.*—Se emplea sobre todo tratándose de minas; los diamantes fueron hallados *in situ,* en la misma roca donde se formaron. Por extensión, tiene otras aplicaciones parecidas.

Intelligenti pauca.—Latín.—*Al buen entendedor pocas palabras.*

Ínter nos.—Latín.—*Entre nosotros.*—Hablar *inter nos.*

Ínter se.—Latín.—*Entre ellos.*—Hablaron *inter se* antes de decidirse.

Intra muros.—Latín.—*Dentro de los muros.*—En el interior de la ciudad.

In utroque jure.—Latín.—*En ambos derechos.*—Un doctor puede serlo en derecho civil y cánonico, es decir, *in utroque jure,* o simplemente *in utroque,* como se dice para abreviar.

Invita Minerva.—Latín.—*A pesar de Minerva.*—Expresión de Horacio que se aplica a los malos escritores. Escribir *invita Minerva* es escribir sin condiciones literarias.

Ipso facto.—Latín.—*Por el mismo hecho.*—El que insulta a un sacerdote queda excomulgado *ipso facto.* Su hecho mismo le condena.

Ipso jure.—Latín.—Por la misma ley.—Dícese cuando no es necesario que declare el juez, por desprenderse de la misma ley la sentencia.

Ita diis plácuit.—Latín.—*Así plugo a los dioses.*—Se aplica a los hechos consumados: lo hecho no tiene remedio; no se hable más del asunto.

Italia irredenta.—Italiano.—*La Italia no rescatada.*—Así designan los italianos a los países de origen itálico que están políticamente separados de Italia (Istria, Trentino, Niza, Córcega, Malta).

J

Jeu de mots.—Francés.—*Juego de palabras.*—Un retruécano o chiste, y por extensión, los argumentos poco sustanciosos.

Jeu d'esprit.—Francés.—*Rasgo de ingenio.*—Donaire, gracia, chiste.

Jurare in verba magistri.—Latín.—*Jurar por las palabras del maestro.*—Expresión de Horacio. Algunos esritores toman como artículo de fe lo que han dicho otros de más fama, de suerte que se apropian afirmaciones ajenas; y esto puede ser, más que modestia, falta de talento.

Jure et facto.—Latín.—*De derecho y de hecho.*—*Ser rey jure et facto.*

Jus géntium.—Latín.—*Derecho de gentes.*—Derecho internacional, que los antiguos romanos aplicaban a los extranjeros.

L

Lábor omnia víncit ímprobus.—Latín.—*Un trabajo ímprobo todo lo vence.*—Proverbio extractado de unos versos de Virgilio.

La critique est aisée et l'art est difficile.—Francés.—*La crítca es fácil y el arte difícil.*—Esto decía Boileau, censurando a los críticos.

Laisser aller.—Francés.—*Dejar ir.*—Significa abandono, descuido.

Lapsus cálami.—Latín.—*Error escapado al correr de la pluma.*—Empléase en el mismo sentido que *lapsus linguæ,* pero refiriéndose a errores escritos.

Lapsus linguæ.—Latín.—*Error escapado a la lengua.*—El que habla y se distrae, puede incurrir en un *lapsus linguæ.*

Lasciate ogni speranza, voi che'ntrate.—Italiano.—Dejad toda esperanza *vosotros que entráis.*—Inscripción que en *La Divina Comedia* de Dante, está colocada a la puerta de los Infiernos.

Látet anguis in herba.—Latín.—*Escóndese una serpiente en la hierba.*—Esta expresión de Virgilio se nos recuerda para indicarnos que nos amenaza un peligro oculto.

Le beau monde.—Francés.—*El mundo elegante.*—La buena sociedad, la gente que vive a la moda.

L'union fait la force.—Francés.—*La unión hace la fuerza.*—Divisa del reino de Bélgica.

M

Magíster díxit.—Latín.—Lo dijo el maestro.—Los escolásticos citaban como maestro indiscutible a Aristóteles. *Lo dice el maestro y no se debe discutir.* Se usa también irónicamente.

Magni nóminis umbra.—Latín.—*La sombra de un gran nombre.*—Lo decía Lucano de Pompeyo, que perdió bajo la toga todas sus virtudes guerreras. Comúnmente se usa aludiendo a hombres y cosas que tuvieron su gloria, de la cual sólo queda el recuerdo.

Mágnum opus.—Latín.—*Obra magna.*—Obra de mucho mérito, obra maestra.

Manu militari.—Latín.—*Con la mano militar.*—Locución usada en el lenguaje jurídico; y que equivale a *por las armas.* Un extranjero puede ser expulsado del territorio nacional *manu militari.*

Mare mágnum.—Latín.—*Mar grande.*—En sentido familiar, significa abundancia de una cosa, y mejor todavía, abundancia y desorden.

Médice, cura te ípsum.—Latín.—*Médico, cúrate a ti mismo.*—Se aplica a los que dan consejos que ellos mismos deberían seguir.

Mens sana in córpore sano.—Latín.—*Mente sana en cuerpo sano.*—La salud del cuerpo, como se expresa en esta máxima de Juvenal, es condición importante para la salud del espíritu. El hombre

debe ser fuerte en el alma y en el cuerpo, y por tanto, ha de aplicarse a la cultura física lo mismo que a la espiritual.

Mésalliance.—Francés.—*Matrimonio entre dos cónyuges de distinta posición social.*

Mise en scéne.—Francés.—*Disposición del escenario.*—Decorado, menaje; vestuario de los comediantes, etc., cuando significa aparato escénico.

Modus vivendi.—Latín.—*Modo de vivir.*—Arreglo, transacción entre dos litigantes. Adoptar un *modus vivendi* es llegar a una solución temporal en un pleito o disputa.

More majórum.—Latín.—*Según la costumbre de los antepasados.*—Obrar de acuerdo con las antiguas costumbres.

Mot pour rire.—Francés.—*Palabra para reir.*—Chiste, gracia, donaire.

Motu proprio.—Latín.—*Por propio impulso.*—Obrar por propio impulso o *motu propio.*

Mutatis mutandis. — Latín. — *Cambiado lo que ha de cambiarse.*—Hechos los cambios necesarios.

Mutato nómine.—Latín.—*Cambiado el nombre.*—Es, *mutato nómine* (cambiado el nombre), la misma cosa.

N

Natura non facit saltus.—Latín. —*La naturaleza no da saltos.*—Aforismo del filósofo Leibniz. Quiere decir que la naturaleza no crea especies ni géneros absolutamente distintos; existe siempre entre ellos algo intermedio que sirve de lazo de unión.

Necéssitas caret lege.—Latín.—*La necesidad carece de ley.*—Lo que hacemos a impulsos de una necesidad imprescindible no se nos puede imputar.

Nec plus ultra.—Latín.—*No más allá.*—Dícese también *non plus ultra*, y significa un límite. El *non plus ultra* de la elegancia, de la sabiduría, etc.

Née.—Francés.—*De nacimiento.* —La expresión francesa: «Mm. Leroy, née Regnier» indica que el apellipo Regnier era el de la Sra. Leroy antes de casarse.

Némine discrepante. — Latín.—*Sin que nadie discrepe.*—Por unanimidad, con el consentimiento de todos.

Ne quid nimis.—Latín.—*Nada de sobra.*—Es una sentencia griega (*mêden agan*) que se apropiaron los latinos y que significa: *El exceso en todo es un defecto.*

Nil novi sub sole.—Latín.—*Nada nuevo bajo el sol.*—Palabras de Salomón en el *Eclesiastés.*

Nom de guerre. — Francés. — *Nombre de guerra.*—El nombre supuesto que toma un artista para sus campañas. Pseudónimo.

Non bis in ídem.—Latín.—*No dos veces por la misma cosa.*—Axioma de jurisprudencia, en virtud del cual no puede uno ser juzgado dos veces por el mismo delito.

Non erat hic locus.—Latín.—*No era su lugar.*—Con estas palabras censura Horacio las digresiones. Se emplea indicando las consideraciones inoportunas, que se apartan de lo principal de un asunto.

Non multa, sed múltum.—Latín. —*No muchas, sino mucho.*—Se dice a propósito de resultados que son de consideración no por su número, sino por su importancia.

Non nova, sed nove.—Latín.—*No cosas nuevas, sino de una manera nueva.*—Se aplica al escritor que tiene una manera original de presentar las ideas ya conocidas.

Non omnis móriar.—Latín.—*No moriré entero.*—Pensando Horacio que le sobreviviría su obra, dijo: *Non omnis moriar.*

Non póssumus.—Latín.—*No podemos.*—Así contestaron San Pedro y San Juan al príncipe de los sacerdotes que les quería prohibir la predicación del Evangelio. En el lenguaje corriente, oponer un *non póssumus* es una negativa rotunda.

Nosce te ípsum.—Latín.—*Conócete a ti mismo.*—Traducción latina de la inscripción griega *Gnôthi seauton*, famosísima, que figuraba en el frontón del templo de Delfos.

Nota bene. — Latín. — *Advierte bien.*—Se escribe abreviado: *N. B.*

O

Omne vívum ex ovo.—Latín.—*Todo ser vivo procede de un germen.* — Aforismo biológico del filósofo inglés Harvey.

On dit.—Francés.—*Se dice.*—Corre el rumor, se susurra.

O témpora! O mores!—Latín.—*¡Oh tiempos! ¡oh costumbres!*—Cicerón decía estas palabras aludiendo a la perversidad de los hombres de su tiempo. En el mismo sentido, son hoy muy repetidas.

P

Partúriunt montes, nascétur ridículus mus.—Latín.—*Paren los montes, nacerá un ratón ridículo.*—Esto dijo Horacio, recordando la fábula de Esopo, al referirse a las promesas que jamás se realizan.

Parvenu. — Francés. —*Medrado.* —El que de un estado humilde pasa a ocupar una elevada posición social, descubriendo en sus gustos su condición plebeya.

Pássim.—Latín.—*Acá y allá.*—Se emplea esta fórmula latina después del título de una obra citada, para indicar que se encontrarán en ella referencias en diversos pasajes de su texto.

Peccata minuta.—Latín.—*Pecados pequeños.*—Familiarmente se emplea esta expresión refiriéndose a una falta leve.

Pédibus.—Latín.—*Con los pies.* —Suele decirse: *Pédibus andando*, andar a pie.

Per áccidens.—Latín.—*Por accidente.*—Desempeñar un cargo temporalmente, *per áccidens.*

Per fas et nefas.—Latín.—*Por lo justo y lo injusto.*—Esta expresión se ha castellanizado, y se acustumbra decir: *por fas o por nefas.*

Per ístam.—Latín.—Por esta.—Están sacadas estas palabras de las que pronuncia el sacerdote al administrar la extremaunción: *Per istam sanctam unctiónem.* Significa, dicho familiarmente, quedarse en ayunas, y el que lo dice suele hacerse una cruz en la boca.

Per se.—Latín.—*Por sí.*—De suyo, directamente. Debe emplearse en cuestiones filosóficas.

Persona grata.—Latín.—*Persona agradable.*—En el lenguaje diplomático, *persona grata* es aquel embajador o ministro plenipotenciario que es aceptado con agrado por el gobierno del país en el cual representa el suyo propio.

Petit comité.—Francés.—*Pequeña reunión.*—Reunirse en *petit comité.*

Pleno jure.—Latín.—*Con todos los poderes.*—Usadas estas palabras en lenguaje jurídico.

Plus minusve.—Latín.—*Más o menos.*—Se emplea en castellano en el mismo sentido.

Plus ultra.—Latín.—**Más allá.**— En todas las ciencias y todas las artes, se puede ir a un más allá, a un *plus ultra.*

Poste restante.—Francés.—*Lista de Correos.*

Post hoc, ergo própter hoc.— Latín.—*Después de esto, luego por eso mismo.*—Argumentación viciosa que supone relación de causalidad, donde sólo existe la de sucesión.

Post merídiem.—Latín.—*Después de mediodía.*—Se escribe abreviado: *p.m.* y suele usarse en el horario de ferrocarriles, indicando las horas que siguen al mediodía, hasta la madrugada.

Post núbila phœbus.—Latín.—*Después de las nubes, el sol.*— Después de los tiempos malos, suelen venir otros buenos.

Post scriptum.—Latín.—*Después de lo escrito.*—Suele escribirse abreviado: *P. S.*

Pot pourri.—Francés.—*Olla podrida.*—Se usa indicando un conjunto heterogéneo de muchas cosas que ofrecen pintorescos contrastes. En música, cuando se trata de varias piezas distintas reunidas en una sola.

Presto.—Italiano.—*De prisa.*— Usado en música.

Prima facie.—Latín.—*A primera vista.*—Estudiar un asunto *prima facie.*

Primo.—Latín.—*Primero, en primer lugar.*

Primo occupanti.—Latín.—*Al primer ocupante.*

Primus ínter pares.—Latín.— *Primero entre sus iguales.*— El presidente de una república no es más que el *primus inter pares.*

Pro aris et focis.—Latín.—*Por los altares y los hogares.*— Dícese combatir *pro aris et focis.*

Pro domo sua.—Latín.—Por su casa.—Hablar *pro domo sua,* o por su propia causa.

Proh púdor!—Latín.—*¡Oh, vergüenza!*—Suele emplearse cuando se ha de manifestar gran indignación.

Pro indiviso.—Latín.—*Por indiviso.*—No dividido, en comunidad.

Pro pane lucrando.—Latín.— *Para ganar el pan.*—Se dice de los escritores y artistas que trabajan para ganarse la vida, no sin gran esfuerzo y muchas dificultades.

Proprio Marte.—Latín.—De propio ingenio.—Hacer una cosa sugerida por el propio ingenio.

Pro témpore.—Latín.—*Según el tiempo.*—Obras *pro tèmpore.*

Púnica fides.—Latín.—*Fe púnica, cartaginesa.*—Expresan estas palabras la *mala fe* que los romanos atribuían a los cartagineses.

Q

Quántum mutatus ab illo!—Latín.—*¡Cuan diferente de lo que era antes!*—De Virgilio. Eneas, en la *Eneida,* pronuncia horrorizado estas palabras al ver a Hector, que se le aparece en sueños cubierto de heridas.

Quia nóminor leo.—Latín.— *Porque me llamo león.*—El león se reparte lo mejor del botín. El más fuerte abusa porque es el más fuerte, *quia nóminor leo.*

Quid pro quo.—Latín.—Una cosa por otra. Error.

Quieta non movere.—Latín.— *No agitar lo que está quieto.*— En el mismo sentido, se recuerdan las palabras de Don Quijote a Sancho: *Peor es meneallo.*

Qui s'excuse, s'accuse.—Francés.—*El que se excusa, se acusa.*—No tiene por qué excusarse el inocente.

Quod di omen avertant!—Latín. —¡Alejen los dioses este presagio!—Se dice así expresando el deseo de que no suceda una desgracia.

Quot cápita, tot sensus.—Latín. —*Cuantas cabezas, tantos pareceres.*—Expresan estas palabras la infinita variedad de opiniones.

Quoúsque tándem.—Latín.— *¿Hasta cuándo?.*—Primeras palabras del primer discurso de Cicerón contra Catilina, cuando se atrevió éste a presentarse en el Senado después de haber sido descubierta su conspiración contra la república.

Quo vadis?—Latín.—*¿A dónde vas?*

R

Raid.—Inglés.—*Incursión.*—Generalmente agresiva.

Rara avis in terris.—Latín.—*Ave rara en la tierra.*—Se dice a propósito de las cosas extraordinarias, usándose frecuentemente sólo las primeras palabras: *Rara avis.*

Rari nantes in gúrgite vasto.— Latín.—*Raros náufragos en el vasto abismo.*—Final de un verso de Virgilio, que se aplica caprichosamente, dándole muchos significados.

Reddite Cæsari quæ sunt Cæsaris, et quæ sunt Dei Deo.—Latín. —*Devolved a César lo que es de César y a Dios lo que es de Dios.*—Respuesta dada por Jesús a los fariseos, quienes le preguntaban insidiosamente si había que pagar el tributo a César.

Remémber.—Inglés.—*Recordad.* —Última palabra de Carlos I, rey de Inglaterra, en el cadalso, dirigiéndose al obispo Juxon.

Requiescat in pace!—Latín.— *¡Descanse en paz!*—Suelen esculpirse estas palabras en las losas de los sepulcros.

Res nullíus.—Latín.—*Cosa de nadie.*—Lo que no pertenece a nadie.

Ridículus mus.—Latín.—*Ratón ridículo.*—Véase: *Partúriunt montes, nascetur ridiculus mus.*

Rien n'est beau que le vrai.— Francés.—*Nada es hermoso sino lo verdadero.*—Palabras de Boileau.

Rísum teneatis?—Latín.—¿Contendríais la risa?—De Horacio. —Se dice a propósito de cosas ridículas.

Rule, Britannia!—Inglés.—*¡Gobierna, Inglaterra!*—Lo cantan en un himno los ingleses, refiriéndose a su imperio de los mares.

S

Salus pópuli suprema lex esto.— Latín.—*Sea la ley suprema la salvación del pueblo.*—Máxima de derecho público, en Roma.

Sans cérémonie.—Francés.—*Sin ceremonia.*—Sin etiqueta, sin cumplidos.

Sans culottes.—Francés.—*Sin pantalones.*—Nombre que se daba a los agitadores de la Revolución Francesa. Se dice en castellano: *descamisados.*

Savoir-faire.—Francés.—*Saber hacer.*—Habilidad, estilo, tacto.

Savoir-vivre.—Francés.—*Saber vivir.*—Adaptarse al medio en que se vive.

Scienti et volenti, non fit injuria. —Latín.—*El que tiene noticia de un daño que se le hace y consiente en él, no puede considerarse injuriado.* Principio de jurisprudencia según el cual, no se admite reclamación contra un daño, conocido y consentido por el que lo padece.

Se non é vero, é bene trovato.— Italiano.—*Si no es cierto, está bien hallado.*—Hay dichos ingeniosos que son graciosas mentiras.

Servum pecus.—Latín.—*Rebaño servil.*—Así llamaba Horacic

a los literatos menores que lo imitaban todo.

Sesquipedalia verba.—Latín.—*Palabras de pie y medio de largo.*—Horacio aconseja a los autores trágicos que no pongan en boca de sus personajes palabras demasiado largas.

Shocking.—Inglés.—Desagradable, repulsivo, chocante.

Sic ítur ad astra.—Latín.—*Así se llega a la inmortalidad.*

Sic tránsit gloria mundi.—Latín.—*Así pasa la gloria del mundo.*—Las glorias mundanales son transitorias y perecederas.

Sine díe.—Latín.—*Sin fijar día.*—Se emplea en lenguaje parlamentario y diplomático. Aplazar la discusión *sine die.*

Sine qua non.—Latín.—*Sin lo que no.*—Cláusula *sine qua non* de la felicidad.

Si vis pácem, para béllum.—Latín.—*Si quieres la paz, prepara la guerra.*—Quiere esto decir que los pueblos deben estar armados para que puedan hacerse respetar.

Soi-disant.—Francés.—*Titulado, llamado.*—Fulano se llama a sí mismo inventor, o *soi-disant* inventor.

Sponte sua.—Latín.—*Por propio impulso.*—Hacer una cosa *sponte sua,* espontáneamente.

Statu quo.—Latín.—*El estado en que se hallaban antes las cosas.*—Debería decirse: *in statu quo ante,* pero se dice nada más *statu quo.*—Se usa en lenguaje diplomático. Cuando dos naciones en guerra acuerdan el *statu quo,* quiere decir que seguirán las cosas como estaban antes de romper las hostilidades.

Struggle for life.—Inglés.—*Lucha por la vida.*—Trabajar, luchar por el pan.

Stultórum infinitus est númerus.—Latín.—*El número de los tontos es infinito.*—Palabras de Salomón.

Sublata causa, tóllitur effectus.—Latín.—*Suprimida la causa, desaparece el efecto.*

Sub lege libertas.—Latín.—*La libertad bajo la ley.*—Cuando la libertad no está sometida a la ley, que es el orden, se vuelve libertinaje.

Súfficit.—Latín.—*Basta.*—Es un modo de decir ya es bastante.

Sui géneris.—Latín.—*De su género.*—Algo *sui generis* es algo particular, especialísimo, raro, extravagante.

Súmmum jus, summa injuria.—Latín.—*Exceso de justicia, exceso de injusticia.*—Según este adagio latino, el rigor excesivo es injusto.

Surge et ámbula.—Latín.—*Levántate y anda.*—Con sólo estas palabras curó Jesús al paralítico.

Súrsum corda.—Latín.—*Elevad vuestros corazones.*—Palabras que pronuncia el sacerdote en la misa al principio del prefacio. Recuérdanse indicando que el hombre debe tener pensamientos elevados.

Sústine et ábstine.—Latín.—*Soporta y abstente.* Soportar la desgracia con resignación y abstenerse de los placeres viciosos. En griego se dice: *Anekhou kai apekhou.*

T

Tableau vivant.—Francés.—*Cuadro vivo.*—Reproducción de algún cuadro famoso hecho a lo vivo, representando las figuras seres vivos.

Tantæ molis érat.—Latín.—*Tan difícil era.*—Se refería Virgilio con estas palabras a las dificultades con que tropezó la nación romana para su fundación.

Témpora si fúerint núbila.—Latín.—*Si los tiempos fueren malos.*—Verso de Ovidio: *Témpora si fúerint núbila, solus eris,* (Si la adversidad te persigue, quedarás solo). Los amigos suelen abandonarle a uno en la desgracia.

Testis unus, testis nullus.—Latín.—*Testigo solo, testigo nulo.*—Adagio de jurisprudencia. No basta un solo testigo para el esclarecimiento de la verdad.

Tête-à-tête.—Francés.—Literalmente: *cabeza a cabeza.*—Conversación entre dos. Se dijeron tal o cual cosa *tête à tête,* frente a frente.

That is the question.—Inglés.—*Esa es la cuestión.*

The right man in the right place.—Inglés.—*El hombre necesario en el puesto que le conviene.*—Expresión muy usada por los ingleses, que se aplica a todo hombre que conviene perfectamente al empleo que desempeña.

Time is money.—Inglés.—*El tiempo es dinero, o el tiempo es oro.*—Los hombres prácticos no pierden nunca el tiempo.

Tímeo dánaos et dona ferentes.—Latín.—*Temo a los griegos, aun cuando hacen ofrendas.*—Palabras que pone Virgilio en boca del sumo sacerdote Laocoonte. Conviene no dejarse engañar por el enemigo.

To be or not to be.—Inglés.—*Ser o no ser.*—Monólogo de Hámlet. Véase: *That is the question.*

Toto corde.—Latín.—*De todo corazón.*—*Toto corde* o *ex corde.* Querer de todo corazón, o de corazón.

Tour de force.—Francés.—*Prueba de fuerza.*—Llegar al esfuerzo máximo en una labor o empresa cualquiera.

Tout est perdu, fors l'honneur.—Francés.—*Todo se ha perdido, menos el honor.*—Se atribuyen estas palabras a Francisco I, de quien se asegura que las ponunció después de haber sido derrotado en Pavía por los españoles.

Tu áutem.—Latín.—*Pero tú...*—Estas dos palabras, tomadas de una frase del breviario, y cuya traducción aislada no tiene sentido, se emplean familiarmente con el significado de *persona* o *cosa precisa.*

Tu Marcellus eris!—Latín.—*¡Tú serás Marcelo!*—Alusión que se hace de las palabras de Anquises (*Eneida*) al mostrar a Eneas, en los Infiernos, entre los gloriosos descendientes de su raza, al joven Marcelo, hijo de Octavia, hermana de Augusto.

Tu quoque, fili! (o *Tu quoque, Brute!*)—Latín.—*¡Tú también, hijo mío!*—Así dijo César al descubrir entre sus asesinos a Bruto, a quien creía hijo suyo.

Turba multa.—Latín.—*Turba numerosa.*—Multitud, muchedumbre, populacho.

Tutti quanti.—Italiano.—*Todos cuantos son.*—Todos sin excepción ninguna.

U

Última ratio régum.—Latín.—*Último argumento de los reyes.*—Luis XIV de Francia tenia grabada en sus cañones esta divisa.

Ultra vires.—Latín.—Sobre las propias fuerzas.

Un bel morir tutta la vita onora.—Italiano.—*Una bella muerte honra toda la vida.*

Urbi et orbi.—Latín.—*A la ciudad* (Roma) *y al mundo.*—Palabras que forman parte de la bendición del soberano pontífice, para indicar que se extiende dicha bendición al universo entero. También se dice por extensión: publicar una noticia *urbi et orbi,* es decir, por todas partes.

Ut infra.—Latín.—*Como abajo.*—Véase: *Ut supra.*

Uti, non abuti.—Latín.— *Usar, pero no abusar.*—Axioma que aconseja la moderación en todo.

Uti possidetis. — Latín. — *Como poseéis.*—Fórmula diplomática que se emplea a propósito de convenios basados en las posesiones territoriales actuales de los contrayentes: Un tratado basado en el *uti possidetis.*

Ut supra.—Latín.—*Como arriba.* —Fórmula que se emplea con frecuencia en los documentos para remitir a lo que antecede. También se dice *vide supra,* véase más arriba. Las locuciones *ut retro* y *ut infra* tienen análogo empleo.

V

Vade mécum.—Latín.— *Va conmigo.*—Se dice así de un amigo íntimo.

Væ soli!—Latín.—*¡Ay del hombre solo!*—El hombre sin amigos, abandonado a su desgracia, es el más infeliz de los hombres. *Væ soli!* dice el *Eclesiastés.*

Væ victis!—Latín.—*¡Ay de los vencidos!*—Tales fueron las palabras de Breno, según Tito Livio, dirigidas a los romanos en un momento en que arrojaba su espada en la balanza en que se pesaba el oro destinado al rescate de Roma. El vencido está siempre a merced del vencedor.

Vale.—Latín.—*Consérvate sano.* —Saludo familiar.

Variórum.—Latín.—*De varios.*— Es una abreviatura de la fórmula *Cum notis variorum scriptorum* (con notas de varios escritores), que se lee en antiguas ediciones clásicas.

Vedi napoli, e poi muori!—Italiano.—*¡Ve Nápoles y muérete después!*—Con estas palabras expresan los italianos su admiración por Nápoles.

Velis nolis.—Latín.—*Quieras o no quieras.*—Hacer algo *velis nolis.*

Veni, vidi, vici.—Latín.— *Vine, vi, vencí.*—Famosas palabras de César al Senado, al comunicarle su rápida victoria sobre Farnaces, rey del Ponto. Se dice a propósito de los triunfos fáciles.

Vera effigies.—Latín.— *Imagen verdadera.*—Su *vera effigies,* su fiel retrato.

Verba volant, scripta manent.— Latín.—*Las palabras vuelan, los escritos quedan.*—Hay que poner más cuidado en lo que se escribe que en lo que se habla.

Verbi gratiâ.—Latín.—Por ejemplo.

Vergiss mein nicht.—Alemán.— *No me olvides.*—Nombre que dan los alemanes a la miosota o *no me olvides.*

Véritas ódium párit.—Latín.— *La franqueza engendra el odio.* —De Terencio. La franqueza es a veces peligrosa.

Vía. — Latín. — *Camino de...*— Para ir de España a Francia, puede hacerse el viaje *vía* Irún o *vía* Port-Bou.

Vice versa.—Latín.—*Lo contrario de...*—Hacer el trayecto de Barcelona a Buenos Aires y *vice versa,* es decir, de Buenos Aires a Barcelona.

Vide.—Latín.— *Ve, mira.*—Frecuentemente se usa como remisión: Sobre este asunto *vide* (o consulta) tal o cual autor.

Vidélicet.—Latín.— *A saber, esto es.*

Vídeo meliora proboque, deteriora séquor.—Latín.—*Veo el bien, lo apruebo; pero hago el mal.*—De Ovidio. Hay muchos hombres que, por falta de voluntad, no saben seguir el buen camino que su propia inteligencia les indica.

Vis-à-vis. — Francés. — Cara a cara.—Sostener una conversación *vis-à-vis.*

Vis cómica.—Latín.—*Fuerza cómica.*—Habilidad para hacer reir a un público.

Vita brevis, ars longa.—Latín.— *La vida es breve, el arte perdurable.*

Viva voce.—Latín.— *Viva voz.*— Testimonio de *viva voce.*

Vixit.—Latín.— *Vivió.*—Los romanos anunciaban con esta fórmula la muerte de una persona.

Voilá.—Francés.—*He aquí.*

Volavérunt. — Latín.— *Volaron.* —Familiarmente se usa indicando que desapareció alguna cosa.

Volente deo.—Latín.—Dios mediante.

Volo, non váleo.—Latín.—*Quiero, pero no puedo.*

Vox clamantis in deserto.—Latín. —*La voz del que grita en el desierto.*—Palabras de San Juan, que se interpretan mal generalmente, y se dice *predicar en desierto* cuando se sabe que será inútil el sermón.

Vox pópuli, vox Dei.—Latín.— *Voz del pueblo, voz de Dios.*— Según este adagio, rara vez se equivoca la opinión unánime del vulgo.

W

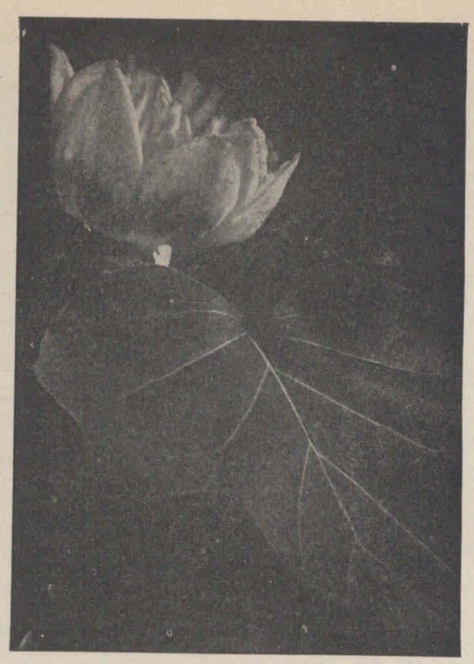
Walk-over. — Inglés. — Nombre que se da a la carrera en que sólo toma parte un caballo.





ACACIA FALSA

Es tan hermoso el follaje de la robinia o acacia falsa, y produce tan abundantes racimos de blancas, olorosas y delicadas flores, que se ve con frecuencia este árbol dando sombra en los parques, especialmente en Europa.



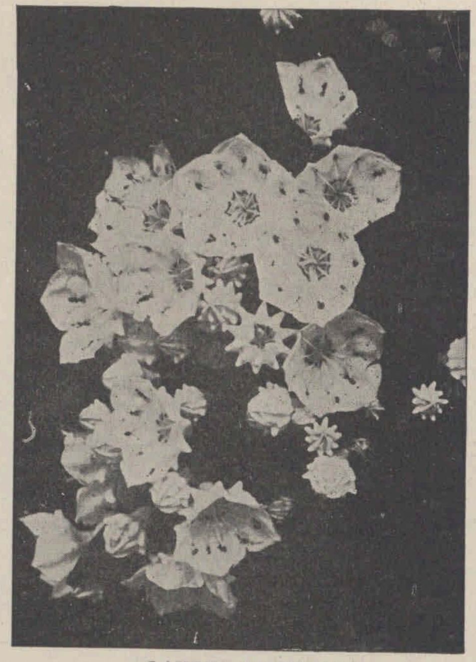
TULÍPERO

El tulípero que crece libremente presenta forma de cono, con su tronco en el centro, derecho y erguido como una columna. Sus flores son hermosísimas, y se obtiene de este árbol excelente madera de construcción.



CORNEJO FLORIDO

El cornejo florido tiene la apariencia de un pequeño manzano. En otoño presenta el follaje toques de brillante escarlata, y aparece más vivo el color rojo de las bayas



LAUREL AMERICANO

Este arbolillo, llamado también kalmia de hojas anchas, es muy hermoso. Se cuenta entre las especies venenosas. Florece al comenzar el estío, y se trasplanta con frecuencia a parques y jardines



ALGUNOS ARBUSTOS NOTABLES

GENERALMENTE nos imaginamos los arbustos como arbolillos de regular tamaño que alcanzan a veces considerable altura; pero quizá nunca se nos ha ocurrido que esa misma denominación comprende a ciertas plantas que se arrastran por el suelo o trepan por el tronco de los árboles hasta tocar la copa. En efecto, se llama arbusto toda planta, erecta, trepadora o rastrera, de tronco leñoso, de tres o cuatro metros de altura, a lo sumo, que no muere al llegar el invierno, sino que conserva de año en año sus retoños, hasta los de la parte inferior, los cuales, en la estación propicia, echan unos capullitos que se convierten más tarde en flores.

Al crecer, los árboles pierden las ramas que tenían en la base de su tronco, y en él se desarrollan sólo las de la parte superior, que a su vez dan origen a mil ramitas entrelazadas, las cuales, cubiertas de hojas, forman lo que llamamos copa del árbol. No sucede lo mismo con los arbustos, que conservan casi siempre todas sus ramas inferiores, formando, con las hojas, una planta de apariencia característica.

GAYUBA RASTRERA AMERICANA

Entre los arbustos que se arrastran por el suelo, uno de los más notables es la gayuba rastrera que se encuentra en varias regiones del Nuevo Mundo. Durante el verano brotan los numerosos retoños de gran longitud, los cuales, arrastrándose en todas direcciones, arraigan a su vez alrededor de la planta. Sus hojas son ovaladas o de contornos casi redondeados, y además duras, rígidas, y perennes, esto es, que se conservan durante todo el año. En otoño, los capullos apiñados en forma de racimo en el extremo de las ramitas cubiertas de pelusilla, parecen próximos a abrirse; pero no sucede así. Llegan los fríos invernales, se amontonan encima del arbusto las hojas secas de otras plantas y, singularmente protegida por ellas, espera la gayuba que los rayos del sol vuelvan a calentarla; apenas experimenta su benéfico influjo, se abren sus flores, ya del todo formadas, que son de las primeras en saludar la llegada de la primavera. Éstas presentan la forma de un platillo; son blancas o de un delicado matiz rosa, parecen de cera, y exhalan delicioso aroma.

La gayuba rastrera pertenece, lo mismo que el laurel americano, la azalea y la verdadera gayuba medicinal o uva de oso, a la familia de los brezos, que abarca gran número de arbustos oloro-

sos, los cuales producen flores blancas o de color de rosa.

AZALEA ROSA, Y BLANCA

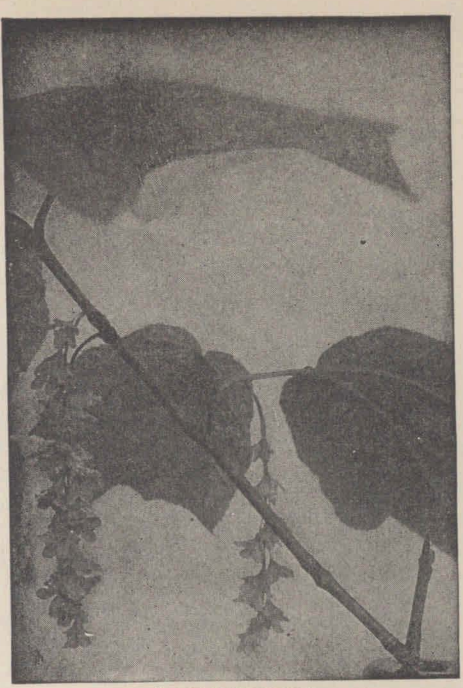
La linda azalea rosa, que florece durante los primeros días de la primavera, se conoce también con el nombre de madreselva silvestre, que no se le aplica sin razón, puesto que los preciosos ramos de flores, de prolongado cáliz y bordes delicadamente recortados, que en los esbeltos y frágiles tallos aparecen, recuerdan en todo, excepto en el color, los de aquella planta. Contribuyen a aumentar tal semejanza los cinco largos estambres y los dos pistilos, que sobresalen excesivamente de los pétalos. Esta disposición podría inducir a creer que el viento lleva de flor en flor el polen; pero los granitos que éste forma están revestidos de una substancia viscosa, de modo que tocando ligeramente con el dedo las celdillas que forman las anteras, queda adherida en él gran cantidad de polen—lo que lleva a suponer que los verdaderos mensajeros de la fecundación son los insectos. La rica fragancia que exhala la azalea rosa parece ser también un medio para atraerlos.

Durante los días calurosos del estío, se ve aparecer en las cercanías de los pantanos la hermosa azalea blanca, cuyo aroma es todavía más penetrante que el de la azalea rosa.

LAUREL AMERICANO

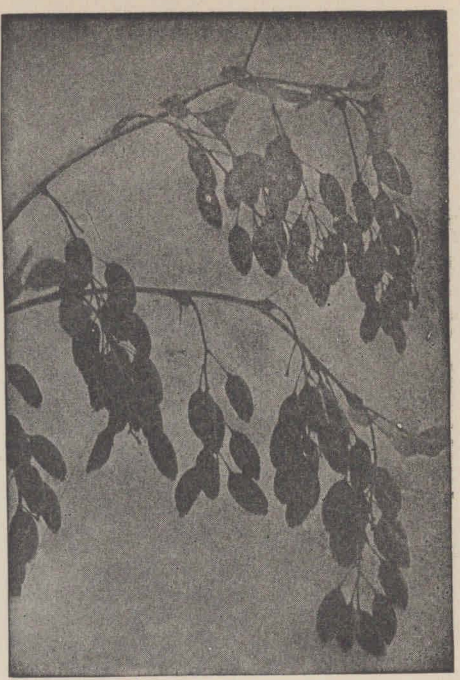
Este arbolillo (llamado también kalmia de hojas anchas), aunque tiene próximo parentesco con la azalea, produce flores inodoras; pero se revisten éstas de tan brillantes matices, que uno no se percata de la falta de aroma. La planta llega a alcanzar hasta tres metros o más de altura, y las flores aparecen apiñadas formando grandes ramos de superficie plana, recorriendo su color todos los tonos, desde el blanco hasta el rosa más vivo. Una corona de hojas lanceoladas, tiesas y de brillante superficie, rodea el ramo, cuyos brillantes colores resaltan doblemente sobre aquel fondo verde obscuro. Cada flor merece ser estudiada por separado. Su forma es bastante parecida a la de un platillo; pero los bordes no son circulares, sino que presentan cinco lados. En cada ángulo, y en cada uno de los espacios que separan a éstos, se halla una bolsita, que sale hacia el exterior como una diminuta protuberancia. Si examinamos una flor recién abierta, veremos que cada una de estas diez bolsitas guarda en su interior el extremo de uno de los diez estambres que posee la flor, del centro de la cual brotan estos filamentos, describiendo un arco. Si tocamos la parte superior de éste, aunque sea ligeramente, con la punta de un lápiz, quedaremos sin duda sorprendidos, porque los estambres retiran de súbito su extremo del interior de la bolsita, y quedan rígidamente erguidos. Si es una abeja o un moscardón el que se acerca a la flor y roza los estambres, éstos le administran un buen porrazo al erguirse, y el insecto queda cubierto de polen, que fluye por la abertura de los dos curiosos jarritos que forman las anteras. Tal vez entonces el visitante emprende disgustado el vuelo, y se posa en otra flor que no tiene, como la anterior, preparado el lazo, a la que comunica alguna cantidad del polen que cubre su cuerpecillo, frotándolo contra el estigma. De este modo cumple el insecto su misión, y fecundiza las semillas en la segunda flor, enviándoles el polen a través del pistilo, siguiendo un procedimiento demasiado largo para explicarlo aquí con todos sus pormenores.

Las ramas y hojas del laurel americano soportan perfectamente el transporte a grandes distancias, así es que en varios países se cortan de los arbustos en cantidades considerables, para emplearlas en el decorado de iglesias o de casas particulares. Pero al desecharlas no han de dejarse bajo ningún pretexto al alcance del ganado, porque este follaje contiene cierto veneno más violento aún que la estricnina, y muchos animales han encontrado la muerte por haber comido de sus hojas. Algunos niños se han envenenado también mascando los



ARCE ESTRIADO

El arce estriado es un arbolillo muy bonito, con flores y frutos realmente preciosos. Los tiernos retoños sirven de alimento a los ciervos. Se le encuentra sobre todo entre los matorrales de las colinas pedregosas.



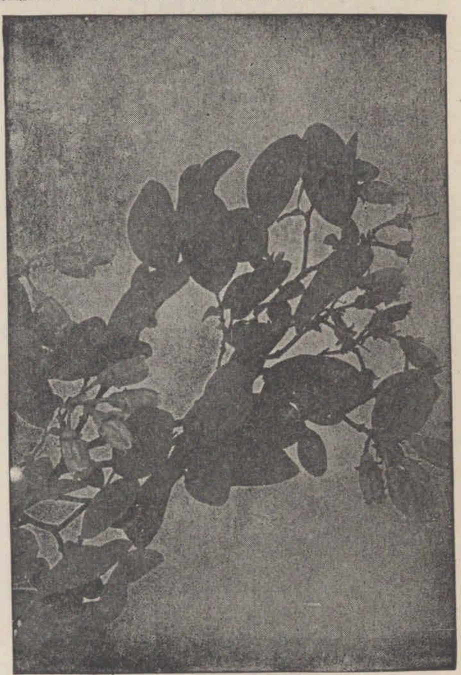
BÉRBERO O AGRACEJO

Este arbusto es originario de ciertas regiones de Europa, desde donde se trasplantó a América, aunque en el Nuevo Continente crecía ya una especie distinta de la misma planta. De la corteza interior se extrae un tinte amarillo.



NOGAL BLANCO AMERICANO

Entre este árbol y el nogal negro existe estrecho parentesco. El que aquí se ve produce grandes y sabrosas nueces, de cuya cáscara se obtenía antiguamente cierto tinte de color pardo.



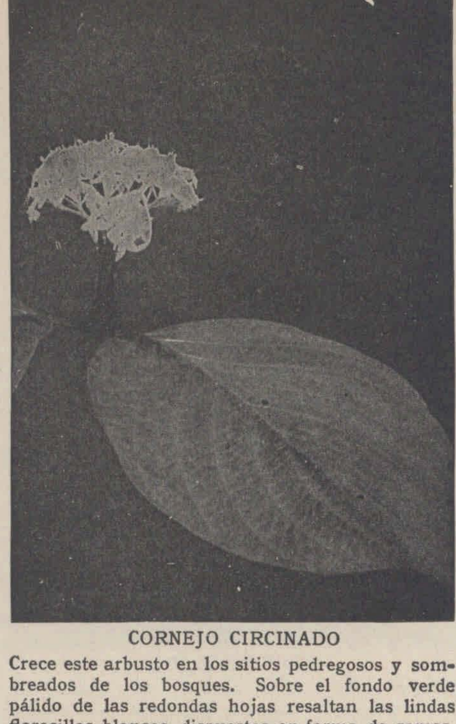
GAILUSACIA FRONDOSA

Este arbusto, de cortas y espesas ramas, produce sabrosísimas bayas, que aparecen poco después de las flores. En otoño se ven las hojas teñidas de lindos tonos escarlata.



CEREZO SILVESTRE

Los pájaros son en extremo aficionados a las pequeñas y ácidas cerezas que produce este árbol, que se encuentra comúnmente en lugares pedregosos. Al llegar la primavera aparece cubierto de bellas y delicadas flores.



CORNEJO CIRCINADO

Crece este arbusto en los sitios pedregosos y sombreados de los bosques. Sobre el fondo verde pálido de las redondas hojas resaltan las lindas florecillas blancas, dispuestas en forma de ramos. Sus frutos son de color celeste.



ESTRAMONIO

No es en realidad arbusto el estramonio, ya que sus tallos mueren al llegar el invierno. Las semillas se escapan del interior del fruto maduro, al abrirse éste, y son venenosas.



GAYUBA RASTRERA AMERICANA

La gayuba rastrera americana posee ciertas propiedades medicinales. Crece en suelo arenoso con preferencia, y sus flores son de las primeras en anunciar la llegada de la primavera.



retoños de esta planta, confundiéndola con otras que son innocuas.

La miel fabricada por las abejas con el néctar contenido en las flores de esta clase de kalmia, es también venenosa, según se dice.

Otra variedad de la misma planta, aunque más pequeña, con obscuras y diminutas flores, es asimismo peligrosa.

GAILUSACIAS

Con este nombre se designa un grupo de arbustos de apariencia en general muy modesta, cubiertos de flores en forma de campanilla, que se inclinan hacia el suelo y cuyo color es de ordinario blanco o levemente teñido de rosa, abundando también las rojas. Son propios de la América, tanto de la del Norte como de la del Sur, y en los Estados Unidos, el Canadá, etc., se hace gran consumo de sus frutas. Éstas son bayas de color diverso, ya azules y apiñadas en forma de racimo, ya de brillante color negro, etc. Son tan abundantes en Norteamérica estas bayas, que gran número de mujeres y niños las recogen y las venden, realizando un apreciable beneficio.

Los indios pieles rojas estimaban mucho estas frutas, y las comían en su puchero o bien en las tortas de maíz que cocían en sus hogueras. Ciertos animales, especialmente los osos, muestran también decidida afición a ellas.

Hoy crecen silvestres estos arbustos en las llanuras arenosas, o bien entre los pedregales de las colinas, como en los tiempos del descubrimiento, aunque en algunas regiones, sobre todo en los Estados Unidos, donde ocupan grandes extensiones de terreno, suelen pegar fuego, cada dos o tres años, al empezar la primavera, a las hierbas y distintas clases de plantas que invaden el suelo, y por este medio se desarrollan rápidamente las gailusacias y producen al año siguiente espléndida cosecha.

CEREZO SILVESTRE

Poco se aprovecha el hombre de las cerezas que produce este arbusto, puesto que su carne es escasa y de sabor muy agrio; pero forma las delicias de mil distintos pajarillos y de algún pequeño cuadrúpedo, que con sus dientecillos roe la fruta en cuanto puede atrapar el menor racimo. Durante la época de su florescencia aparece literalmente cubierto el arbusto de una lluvia de florecillas en forma de estrellas, blancas como la nieve. Pero debe ser mirado con cierto recelo, porque las hojas del cerezo negro silvestre, que es la especie más común y que presenta racimos de olorosas flores y frutos de un negro brillante, son en extremo peligrosas para el ganado, y es probable que también lo sean las de otras variedades de la misma planta.

Los niños no deben tragarse las semillas de ninguna clase de cereza, silvestre o no, porque todas contienen un veneno muy activo, que da la muerte en un instante: el *ácido prúsico*, que puede desprenderse de las semillas después de llegar éstas al estómago. Este veneno tiene el olor y sabor de las almendras amargas.

NOGAL BLANCO AMERICANO

A la sombra del cerezo rojo silvestre suele encontrarse un arbusto de ramas desparramadas, que es otra especie de cerezo (*Pruno de Virginia*), del cual penden largos racimos de bayas teñidas de brillante color escarlata, que astringen extraordinariamente la boca y la garganta si se comen. Y cerca de este arbusto se ve el nogal blanco americano que, llegado a su completo desarrollo, es uno de los más hermosos árboles de la selva. No es fácil alcanzar sus frondosas ramas con hojas a medio abrir, de viscosa superficie y formadas por varias hojuelas afiladas y distribuídas en número par, y con un capullo al extremo de los tallos, de los cuales penden, al llegar la primavera, racimos de flores provistas de estambres, parecidos a amentos de color verde. Otras flores guardan los pistilos, prontos a recoger el polen. Largo tiempo después se convierten tales flores en ricas y sabrosas nueces, encerradas en dura cáscara y protegidas por arrugas con los bordes recortados desigualmente. Al caer del

árbol las nueces, están envueltas en una cubierta dura y viscosa, la cual es verde al principio, pero adquiere pronto color moreno, y mancha los dedos si con ellos se toca. Esta corteza exterior de la nuez se utilizaba antiguamente en algunos países como tinte para el color pardo. Los indios de Norteamérica machacaban también el fruto y lo echaban en agua, revolviéndolo bien, con lo que obtenían un líquido mantecoso.

Este árbol tiene estrecho parentesco y ofrece gran semejanza con el nogal negro, aunque su madera es blanda y ligera y de matiz mucho más pálido que la que se saca de este último. Si se da al nogal blanco un tinte conveniente, presenta, no obstante, idéntica apariencia que el negro, y se usa de ordinario para la construcción de muebles y de toda suerte de obras de ebanistería.

ARCE ESTRIADO

Muy conocidas son varias especies de arce que sirven para dar sombra, como el arce rojo, el plátano falso, el arce sicomoro y el arce de azúcar; pero existe otra variedad, pequeña y delicada, que únicamente suele verse en las montañas de las regiones septentrionales de América. Y aun allí se encuentra sólo en el interior de las selvas, entre matorrales, y rodeado de otros árboles, en las vertientes de colinas pedregosas. Se le llama también *árbol del alce*, aunque el nombre de arce estriado o rayado es muy propio, puesto que su lisa corteza de obscuros tonos verdes aparece señalada de arriba abajo con delicadas líneas de una substancia blanca pigmentosa, que salta si se rasca con la uña. Este árbol sería a propósito para servir de modelo a algún artista japonés, con sus grandes y suaves hojas, que forman tres puntas, y están dispuestas en lindas ramitas, y sus racimos de delicadas campanillas, teñidas de amarillo pálido, que semejan fragmentos de algún precioso collar. En los últimos días de verano aparecen los abundantes frutos, de suave color moreno, que se dejan ver al ser heridos por los rayos del sol poniente.

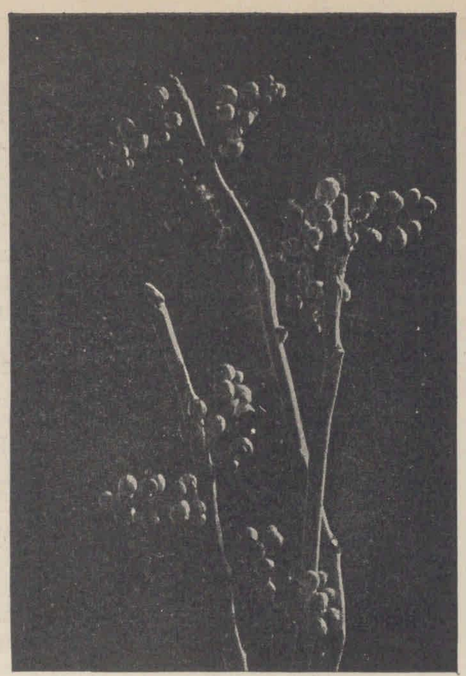
CORNEJO FLORIDO

Tanto en los países fríos como en los de clima cálido, en Europa, Asia y América, se encuentran extendidas las varias especies de cornejo. Aquí tratamos de una de las más interesantes, el cornejo florido. Entrados ya los días primaverales, este arbusto se muestra cubierto de espesa floración como blanca nieve; pero cada una de las flores que le dan esta apariencia se halla oculta, cual si estuviera disfrazada en una especie de dominó blanco formado por anchos pétalos. En realidad, esa capa nívea no son los verdaderos pétalos, pero los creería tales cualquiera persona que no esté versada en botánica. En el interior se hallan las diminutas mascaritas, o sea las flores propiamente dichas, cada una de las cuales es perfecta en sí, aunque algo débil y de pálidos matices, con cuatro incisiones en los bordes de la corola. Las hermosas hojas nevadas, en forma de corazón, que apellidamos pétalos primeramente, son en realidad *brácteas*, esto es, hojas de especial estructura, las cuales envuelven la flor o están pegadas a ella, y la cubren enteramente cuando todavía se halla en estado de capullo. Entonces son verdes estas hojas; pero van mudando de color hasta quedar del todo blancas, al paso que se abren a las caricias del sol. Tienen la misión de atraer los insectos hacia las florecillas, y sirven de plataforma, donde se posan los alados mensajeros para libar el néctar que está oculto en el fondo de los cálices amarillos.

Hay especies de cornejos que se encuentran con frecuencia a orillas de los caminos, mientras otros, en particular el cornejo circinado, que tiene la hoja redonda, prefieren los terrenos pedregosos y sombreados de los bosques. Este último presenta grupos achatados de flores en forma de estrella, algo mayores que las de la especie descrita anteriormente, y del todo blancas, aunque carecen de aquellas preciosas brácteas.

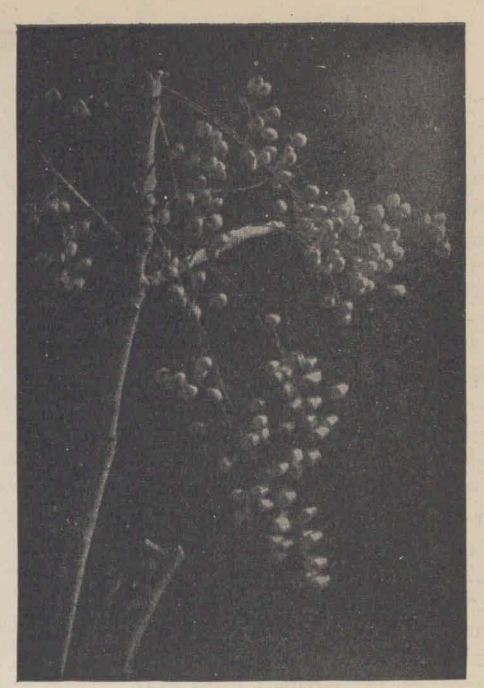
BÉRBERO O AGRACEJO

A orillas de los caminos, en muchas



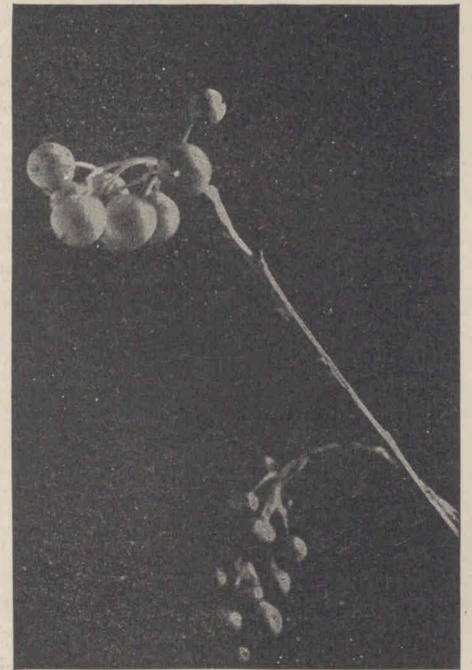
ZUMAQUE DEL PACÍFICO

Esta planta afecta dolorosamente la piel hasta en invierno, cuando ya han desaparecido sus hojas, si contra ella se restriega el fruto o las ramas, aunque sea ligeramente.



ZUMAQUE VENENOSO

Se reconoce fácilmente este peligrosísimo arbusto, en invierno, por sus racimos de blancas y secas bayas, y en verano, por sus hojas lisas y erguidas en el extremo de los tallos rojos.



DULCAMARA O DULCE-AMARGO

Existen dos plantas trepadoras conocidas con estos nombres. La que aquí se ve, con sus bayas de color escarlata y anaranjado, es inofensiva, mientras la otra se considera como venenosa.



AZALEA

Ofrecen entre sí gran parecido las flores de azalea de las distintas variedades, siendo preciosas todas ellas. En la azalea rosa aparecen antes que acaben de abrirse las hojas.

regiones del Nuevo Mundo, se encuentra con frecuencia el bérbero, llamado también agracejo, que es un arbusto de altura considerable, de ramas muy dispersas, y rodeado de multitud de chupones o vástagos que brotan de la raíz. Es originario de Europa, pero se ha aclimatado desde hace muchos años en América. Brotan de él largas ramas, esbeltas y frágiles, cubiertas de grupos de hojitas ovaladas o en forma de espátula. Apenas se coge una de sus ramitas, advierte algún pinchazo que el arbusto está perfectamente armado de agudas espinas, que dirigen a todos lados su afilada punta, y las cuales no son otra cosa que hojas transformadas en su actual estado, como en el cacto. En otoño pierde el arbusto su follaje ordinario, pero conserva las espinas, que defienden los tiernos retoños contra los animales rumiantes, muy aficionados a ellos.

Al llegar la primavera, adornan las ramitas del arbusto numerosos racimos de lindas flores amarillas, las cuales producen el néctar en el interior de unas protuberancias de color de azafrán, que hay sobre los pétalos, y también en los filamentos del círculo interior de estambres, porque los que están provistos de polen, que son seis, forman dos verticilos. Éstos se inclinan hacia el exterior, y descansan en los lados cóncavos de los pétalos colocados de igual modo. La base de dichos estambres es en extremo sensible, de manera que si una abeja u otro insecto cualquiera se acerca volando a la flor inclinada hacia el suelo—la cual forma un techo con el que protege de la lluvia los estambres,—y mete entre éstos sus patas o su trompa, buscando el néctar, podríamos decir que el atolondrado intruso cae en un lazo. Al más leve roce se yerguen hacia el estigma lo estambres, y administran un coscorrón al insecto, abriendo de golpe las puertecillas que hay en la parte superior de la antera y cubriendo de polen al visitante. Los racimos de bayas color de escarlata y forma ovalada, que aparecen más tarde, penden de las inclinadas ramas durante casi todo el invierno. Su sabor es en extremo ácido, demasiado para el gusto de ciertos pájaros; pero con ellas se hacen deliciosas conservas, de sabor característico.

TULÍPERO

Entre todos los árboles que crecen con preferencia en las regiones septentrionales, ninguno, quizá, se adorna con tan grandes y preciosas flores y lindo follaje como el tulípero. La forma de las hojas no ha debido sufrir grandes transformaciones desde los tiempos prehistóricos, en que se desprendían de los primitivos tulíperos y se petrificaban lentamente entre el barro. Su contorno es casi cuadrado, pálido su color, con una profunda incisión en el extremo, y se las ve temblar incesantemente, sujetas al delgado pecíolo. En los cabos de las ramitas se yerguen las flores, que semejan tulipanes de un amarillo verdoso, con una mancha de ricos tonos anaranjados que nace en la base de cada uno de los seis pétalos. Durante el otoño forman las aladas semillas apiñados grupos de color moreno pálido y en figura de cono. Al alcanzar su sazón, se desarrollan los extremos de las escamas, formando una especie de frágil copa, de la que se apodera el viento arrancándola violentamente del árbol, para hacerla caer al suelo girando sobre sí misma. Es famoso el tulípero a causa de la figura cónica perfectamente regular que afecta, si tiene luz y espacio suficiente para desarrollarse; su derecho tronco alcanza con frecuencia más de 30 metros de altura. La madera que produce es muy apreciada, porque es resistante y blanda al mismo tiempo, pudiéndose labrar con gran facilidad. Los indios de América vaciaban el tronco y lo convertían en canoas.

ACACIA FALSA

El tulípero busca terrenos húmedos, pero la robinia o acacia falsa crece con preferencia en lugares secos y arenosos. Tiene algo de tropical en su apariencia, que recuerda las mimosas de África, porque sus hojas se hallan divididas en numerosas hojuelas de forma redondea-

da. Cuando la luz del ocaso se filtra por entre sus ramitas, parecen éstas delicadas algas; y un hermoso ejemplar de acacia trae inmediatamente a la memoria los árboles que vemos en los paisajes de apagados tonos grises de los antiguos pintores franceses, o del célebre Juan Bautista Corot. Sin embargo, rara vez encontramos uno de esos árboles en perfecto estado de conservación, porque ciertos insectos agujerean sus ramas, que son muy frágiles, las cuales se rompen a la menor tormenta. Al comenzar el verano, da gloria ver las acacias. De cada rama penden enormes racimos de flores blancas con el centro de oro, parecidas en su forma al guisante de olor, rivales de la vistaria del Japón en hermosura, y dotadas además de exquisito y penetrante aroma.

Pero hay que acercarse con precaución a ese árbol, puesto que está defendido por punzantes espinas, que abundan también en el tronco y aun en su base, cerca del suelo, donde menos se piensa encontrarlas. Por frágiles que sean de suyo las ramas, resisten admirablemente a la acción del tiempo, cuando han llegado a su sazón, sobre todo si están en contacto con el suelo, y es muy apreciada su madera, para postes.

Todavía más tropical que la acacia es la apariencia del zumaque de asta de ciervo, cuyas retorcidas ramas están cubiertas de suave pelusilla, parecida a la piel aterciopelada que cubre los cuernos de aquellos animales cuando jóvenes. Sus ácidos frutos, apiñados en forma piramidal, están cubiertos también de pelusa carmesí, y alegran las frágiles ramas con su vívido color hasta entrada la primavera, si no los devoran antes los pájaros. Aunque de carne áspera y dura, que parece que se atraganta, ofrecen estos frutos alimento, bien poco nutritivo por cierto, a los pajarillos hambrientos que revolotean por los desnudos campos durante los fríos invernales.

ZUMAQUE VENENOSO

El fruto carmesí y los bordes aserrados de las hojas cubiertas de pelusilla (que se usaban en otro tiempo para curtir el cuero), distinguen el zumaque de asta de ciervo, que es inofensivo, de algunas otras variedades en extremo peligrosas. La peor de todas ellas es el zumaque de los pantanos, pequeño arbusto de corteza gris, que prospera entre la humedad de aquellos sitios. Sus hojuelas son de brillante y suave superficie, bordes lisos y con la punta hacia arriba, y están sostenidas por pecíolos color escarlata. Al desaparecer de la planta, después de haber adquirido aún más vivo matiz, dejan al descubierto espesos racimos de diminutos y blancos frutos, excesivamente secos, que cualquiera creería de papel, al verlos colgar del extremo de las ramas. Tentadores son para formar con ellos un ramo durante la estación invernal, como lo es también su lindo follaje en verano, pero hay que abstenerse enteramente de tocar al arbusto, porque es en extremo venenoso. Si se restriega, aunque sea ligeramente, las hojas, el tallo o el fruto, contra la piel, se produce una terrible erupción, acompañada de escozores, que puede extenderse por todo el cuerpo y torturarlo durante semanas enteras. Hasta el polen de las flores es capaz de causar tales sufrimientos, y nunca es tan peligroso el zumaque como cuando se quema, porque su humo, mezclado con el aire, puede envenenar a quien lo respire.

ZUMAQUE DEL PACÍFICO

Aunque no tan nocivo como el zumaque de los pantanos, con el que tiene estrecho parentesco, ofrece casi igual peligro el zumaque del Pacífico. Está mucho más extendido que aquél; se le encuentra a veces en los campos o en el terreno despejado de algún bosque, y también trepando por las empalizadas y cercas que hay a orillas de los caminos, desde donde extiende sus cortas ramas hasta tocar a veces a los transeuntes. Se vale, para trepar, de unos zarcillos que sobresalen de la corteza. Sus hojas se componen de tres hojuelas cada una, de contorno irregular, aunque podrían ser calificadas de aovadas.

Los caracteres expuestos sirven para distinguir esta planta de algunas otras inofensivas, y bastante parecidas a ella, por ejemplo, la *Ampelopsis quinquefolia*, cuyas hojas están formadas por cinco hojuelas.

La difusión que ha adquirido el zumaque del Pacífico se debe principalmente a los pájaros, que devoran con ansia sus pálidas bayas, cubiertas de dura piel y que tan poco apetitosas parecen. Con frecuencia, las semillas, pasando sin sufrir modificación alguna a través del aparato digestivo de aquellos alados glotones, caen al suelo, donde germinan, después de haber sido transportadas a largas distancias del punto de su origen.

DULCAMARA O DULCE-AMARGO

Apariencia mucho más brillante y vistosa ofrece la dulcamara, llamada también dulce-amargo, que, en las cercas y empalizadas, suele acompañar al zumaque del Pacífico. Durante el verano apenas llama la atención esa planta trepadora, de pálido color entonces, que enreda sus flexibles ramas alrededor del tronco de algún árbol o de cualquier objeto que pueda ofrecerle apoyo. Se encuentran a veces en los bosques o en los plantíos tiernos arbolillos que presentan abultadas protuberancias en algunas de sus partes, alrededor de las que se enrosca, en forma de espiral, una profunda entalladura. Esta señal indica que alguna planta trepadora, la dulcamara probablemente, ha estrechado con tal violencia al tierno arbolillo entre sus ramas, que a poco más lo hubiera ahogado, habiéndolo obligado a desarrollarse de aquel modo anormal, como un dedo que se hincha desmesuradamente alrededor del cordel que lo aprieta. La sombra o el desarrollo del árbol suelen ocasionar la muerte de la dulcamara, dejando libre al preso, pero a veces quedan fragmentos de la planta trepadora incrustados en la corteza de la víctima. En otoño, las bayas de color anaranjado de la dulcamara se abren, separándose en cuatro partes, que dejan paso a una esfera carnosa, teñida de vivo escarlata, la cual cubre las semillas. Según los pintores, si se colocan uno junto a otro los dos colores, amarillo y escarlata, se avivan mutuamente; por eso, sin duda, esas bayas atraen las miradas de los pajarillos, que propagan esta planta como el zumaque del Pacífico, según hemos visto anteriormente.

ESTRAMONIO

Hemos dejado al estramonio para el fin de esta corta reseña, porque en realidad no es un arbusto, sino que cada año se secan sus tallos al llegar la estación de los fríos. Pero sus abiertas ramas se parecen tanto a las de un arbusto, y, por otra parte, es tan peligrosa esta planta, que hemos creído oportuno ocuparnos aquí brevemente de ella. Se le reconoce fácilmente, si se repara en sus hojas irregulares y lobuladas, de color verde obscuro y olor penetrante, las cuales están dispuestas en grupos separados por grandes espacios de desnudo tallo; además, la caracterizan la consistencia de sus ramas, y especialmente sus hermosas flores, que se abren durante la noche, y sus frutos redondeados y provistos de espinas. El estramonio es originario de los países tropicales, pero crece también en comarcas de clima templado, en terrenos áridos, donde se le encuentra a orillas de los caminos, o formando espesos matorrales en campos incultos.

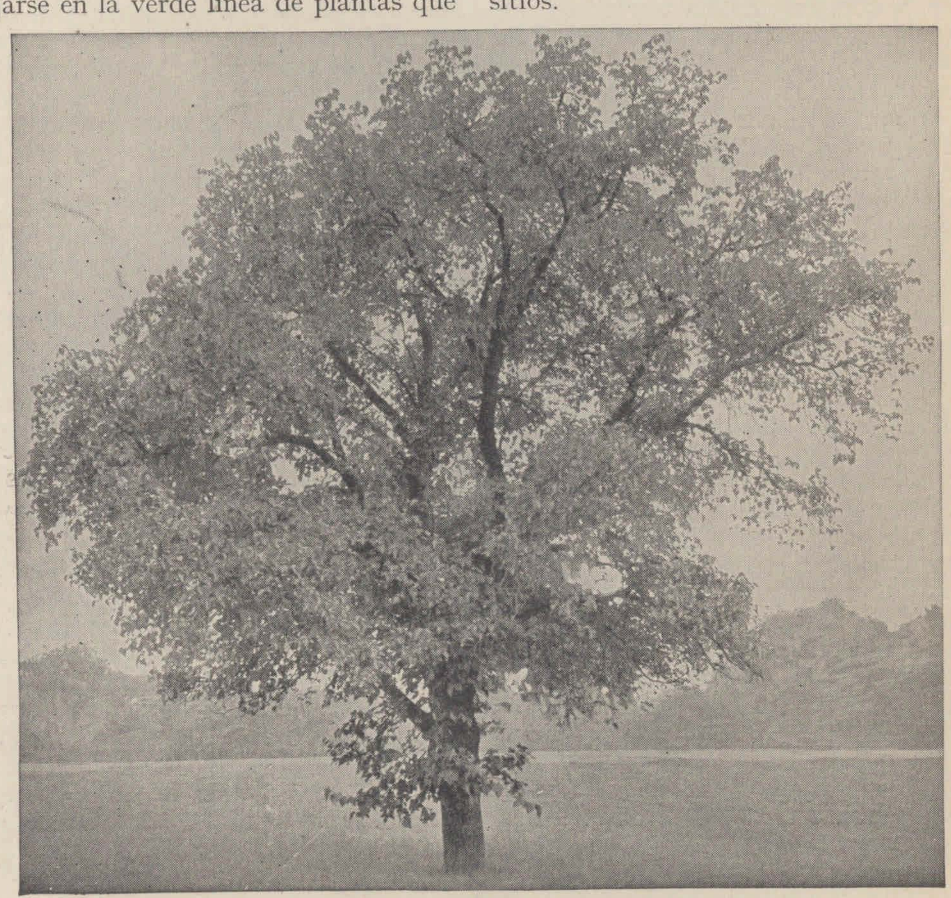
Existen dos especies muy comunes de esta planta: una de ellas se adorna con bellísimas flores blancas, mientras las de la otra tienen la corola matizada de violeta, los tallos son de color de púrpura, y de distintos tonos sus hojas.

El estramonio no es venenoso al tacto, pero obra como peligroso narcótico, que produce delirio y a veces la locura, si se comen sus frutos o los tiernos retoños en pequeñas cantidades. Si se hace de ellos grave abuso, suele caer la víctima en un fatal estupor. Afortunadamente, no es tentadora la apariencia del fruto. Las cápsulas, verdes y carnosas, en forma de bola, se secan muy pronto y adquieren color moreno; están, además, protegidas por largas, aunque no

muy agudas espinas. En breve se abre esta cápsula, en sentido de arriba hacia abajo, quedando dividida en cuatro secciones, que dejan visibles las pequeñas semillas negras que hay en el interior. Éstas constituyen la parte más peligrosa de la planta, y es bueno advertir a los niños que jamás las coman.

El estramonio, creciendo en espesos grupos de escasa altura, forma en ciertos países un hermoso borde en los lindes de los bosques. Traza también una guirnalda de flores en las márgenes de los arroyos, y a veces un gracioso arco sobre la corriente, para calentarse a los rayos del sol, que favorece especialmente la orilla opuesta. Si se sitúa una persona en la cumbre de una colina, le es fácil adivinar el curso del agua, aunque ésta permanezca oculta a sus ojos, con sólo fijarse en la verde línea de plantas que la señalan. Los matorrales que forman son residencia favorita de varias especies de pájaros, los cuales encuentran allí gran abundancia de insectos y de pequeños frutos que les sirven de alimento, hallándose, por otra parte, libres de las garras del gavilán y de otras aves de rapiña.

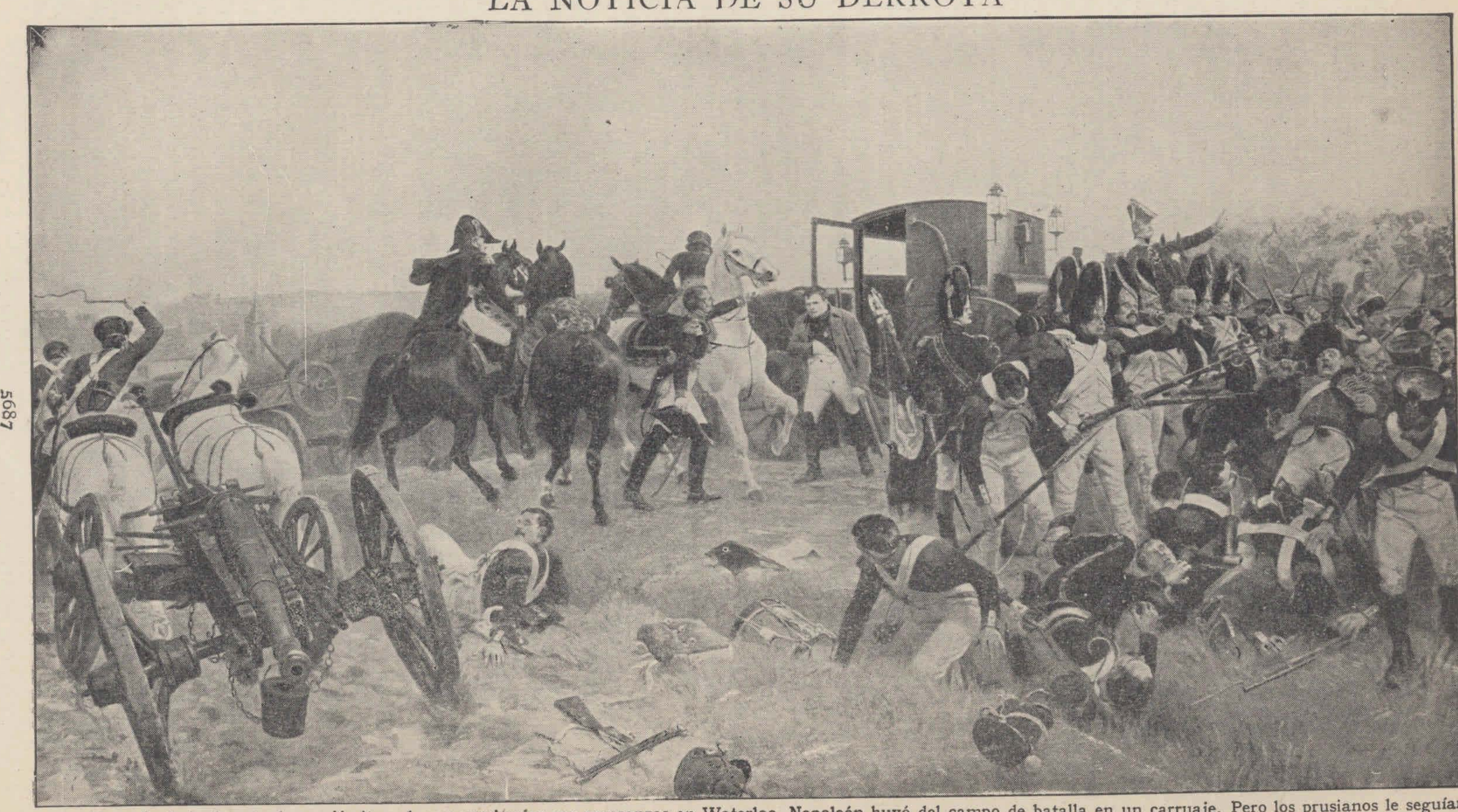
Pocos pajarillos hay que elijan como morada los árboles altos; la mayor parte prefieren la espesura de los matorrales que forman los arbustos. A su sombra viven también muchos insectos, caracoles y otros bichos, entre las hojas secas que cubren el húmedo suelo. Éstos atraen a los sapos, ranas, lagartos, etc., los cuales sirven de alimento a las culebras y a varias especies de mamíferos de poca talla. Las zorras, liebres, conejos, etc., que vagan por los bosques, frecuentan también aquellos sitios.



EL PEQUEÑO PATRIOTA PADUANO

UN navío francés partió de Barcelona, ciudad de España, para Génova, llevando a bordo franceses, italianos, españoles y suizos. Había, entre otros, un chico de once años, solo, mal vestido, que estaba siempre aislado como animal salvaje, dirigiendo a todos lados miradas siniestras. Y tenía razón para mirar así. Hacía dos años que su padre y su madre, labradores de los alrededores de Padua, le habían vendido al jefe de cierta compañía de titiriteros, el cual, después de haberle enseñado a hacer varios juegos a fuerza de puñetazos, patadas y ayunos, le había llevado a través de Francia y España, maltratándole siempre y no saciándole nunca el hambre. Llegado a Barcelona, y no pudiendo soportar ya los golpes y el ayuno, reducido a un estado que inspiraba lástima, se escapó de su carcelero y corrió a pedir protección al cónsul de Italia, el cual, compadecido, le embarcó en aquel bajel, dándole una carta para el alcalde de Génova, que debía enviarlo a sus padres, a los padres que lo habían vendido como vil bestia. El pobre muchacho estaba flaco y enfermucho. Le habían dado billete de segunda clase. Todos le miraban, algunos le preguntaban; pero él no respondía, y parecía que odiaba a todos: ¡tanto le habían irritado y entristecido las privaciones y los golpes! Al fin, tres viajeros, a fuerza de insistencia en sus preguntas, consiguieron hacerle hablar, y en pocas palabras, toscamente dichas, mezcla de español, de francés y de italiano, les contó su historia. No eran italianos aquellos tres viajeros, pero le comprendieron, y parte por compasión, parte por excitación del vino, le dieron algunas monedas, instándole para que contase más. Habiendo entrado en la cámara en aquel momento algunas señoras, los tres, por darse tono, le dieron aún más dinero, gritando: «¡Toma, toma más!» Y hacían sonar las monedas sobre la mesa. El muchacho las cogió todas, dando las gracias a media voz, con aire malhumorado, pero con una mirada, por primera vez en su vida, sonriente y cariñosa. Después se fué sobre cubierta, y permaneció allí solo, pensando en las vicisitudes de su vida. Con aquel dinero podía tomar algún buen bocado a bordo, después de dos años que sólo se alimentaba de pan; podía comprarse una chaqueta, apenas desembarcara en Génova, después de dos años que iba vestido de andrajos, y podía también, llevando algo a su casa, tener mejor acogida del padre y de la madre que si hubiera llegado con los bolsillos vacíos. Aquel dinero era para él casi una fortuna, y en eso pensaba, consolándose, asomado a la claraboya, mientras los tres viajeros conversaban sentados a la mesa en medio de la cámara de segunda clase. Bebían y hablaban de sus viajes y de los países que habían visto, y de conversación en conversación vinieron a hablar de Italia. Empezó uno a quejarse de sus fondas; otro de sus ferrocarriles, y, después, todos juntos, animándose, hablaron mal de todo. Uno hubiera preferido viajar por la Laponia; otro decía que no había encontrado en Italia más que estafadores y bandidos; el tercero, que los empleados italianos no sabían leer. «Un pueblo ignorante», decía el primero. «Sucio», añadió el segundo. «La . . .», exclamó el tercero; y quiso decir ladrón, pero no pudo acabar la palabra. Una tempestad de céntimos y de medias pesetas, cayó sobre sus cabezas y sobre sus espaldas, y descargó sobre la mesa y sobre el suelo con infernal ruido. Los tres se levantaron furiosos mirando hacia arriba, y aun recibieron un puñado de monedas en la cara. «Recobrad vuestro dinero—dijo con desprecio el muchacho, asomado a la claraboya—; yo no acepto limosnas de quienes insultan a mi patria».

NAPOLEÓN HUYE DEL CAMPO DE BATALLA PARA LLEVAR A PARÍS LA NOTICIA DE SU DERROTA



Después de la derrota de su ejército y de ver arruinadas sus esperanzas en Waterloo, Napoleón huyó del campo de batalla en un carruaje. Pero los prusianos le seguían tan de cerca que el emperador se vió precisado a trocar el coche por un caballo; y, apenas hubo salido del coche, cayó éste en manos de sus perseguidores. En su apresuramiento Napoleón se dejó el sombrero en el coche.

CÓMO HUYÓ NAPOLEÓN DE WATERLOO

REFIERE la historia que mientras el duque de Wéllington, montado a caballo al frente de sus tropas, en Waterloo, les decía: « Manteneos firmes, muchachos » o « Resistamos, caballeros; en la resistencia está la victoria », en el lado opuesto del terrible campo de batalla hallábase Napoleón sentado a una mesa, enterrados los pies entre paja, descansando los brazos en los papeles que tenía delante, inclinada la cabeza, hosca la mirada.

¡Qué figura tan trágica! El gran emperador, el terror del mundo, en medio de la tremenda batalla que había de decidir de la suerte de Europa, aturdido al verse arruinado; aplastado con la certidumbre de la catástrofe. ¿Puede uno imaginarse cosa más extraña y triste?

Imaginémonos los enormes cañones rugiendo en un gran círculo de fuego y humo; los escuadrones de caballería atronando en la llanura, con el sable levantado en alto, y elevando al cielo sus desaforados gritos de combate; figurémonos las largas filas de la infantería, inmóviles los soldados con las bayonetas caladas, mientras detrás de ellos y por encima de sus hombros las segundas líneas descargan su incesante fuego de fusil contra el enemigo que se acerca. Representémonos el clamoreo, el estruendo del cañón y del fusil, el vocerío de los hombres, los relinchos de los caballos y el estrépito de sus cascos al galopar sobre la temblorosa tierra. Pintémonos en la imaginación el movimiento, el ímpetu de la caballería, las maniobras de la infantería, el terrible choque de dos cuerpos de tropas que caen uno sobre otro para emprender una desesperada lucha cuerpo a cuerpo. Contemplemos con los ojos del espíritu este espantoso cuadro, y luego concentremos la atención en la figura dominante del mismo, en el hombre que aparece sentado a una mesa, con un mapa delante, al aire libre, vistiendo su capote gris y botas de montar, inclinada la cabeza y extraviada la mirada, aturdido por el presentimiento de su inminente ruina.

Y cuando el vencedor de tantas batallas se convence, al fin, de que aquella está irremisiblemente perdida, levántase, inundados de terror sus ojos, para ver por sí mismo la verdad, pero todavía deslumbrada y ofuscada la vista como la de quien no acaba de salir de su estupor. El admirable sueño de cien días, que comenzara con la salida de Elba, está ahora a punto de extinguirse para siempre en Waterloo. Saliendo del campo de batalla, Napoleón sube al carruaje que le aguarda, mientras en torno de él huyen del enemigo los destrozados y sangrientos restos de su derrotado ejército. Cuerpos de jinetes al galope, cuerpos de infantes que escapan a todo correr, cuerpos de artilleros que con indecibles fatigas consiguen apenas mover los cañones; una muchedumbre de gente destrozada que cae tropezando, que llena el aire con sus gemidos, que agoniza y muere; las desgarradas banderas flotando al aire; las anudadas vendas alrededor de las cabezas de los barbudos soldados que parecían blancos al proyectarse sobre el plomizo tinte del encapotado cielo . . . ; un gran ejército sobrecogido de pánico, escapando de la muerte en insano desorden.

Todo esto ve Napoleón con sus ofuscados y deslumbrados ojos.

—¿No está sorprendido Su Majestad? —dícese que le preguntó alguien a Napoleón.

—No—contestó éste.—Desde los días de Cressy siempre he visto lo mismo.

En Gennappe, los prusianos le seguían tan de cerca que el fugitivo emperador se vió precisado a trocar el carruaje por un caballo, y al hacerlo dícese que tuvo que defenderse con sus pistolas. Apenas dejó el coche, cuando éste caía en manos de sus perseguidores; y tanta fué la prisa con que hubo de huir, que dejó en él su sombrero y su espada.

—¿Qué haré?—preguntó a los que le rodeaban mientras corrían a todo galope

de sus caballos en la obscuridad de la noche.

—Ir a París—se le contestó.

Prosiguió, pues, su camino, adelantándose a su ejército, luchando por despertar las energías de su perturbado entendimiento, en otro tiempo tan claro y vigoroso, forzando la imaginación por hallar un medio que le permitiese salvar su trono.

A las cuatro de la mañana llegó a París y se encaminó a su palacio. Lo único que pudo hacer al hallarse en él fué pasear de una a otra parte de sus doradas y espaciosas habitaciones, exclamando: «¡Oh Dios mío, Dios mío!»

Estaba vencido; había caído sobre él un terrible juicio. Antes de ahora, había vuelto por dos veces a París con el ejército destrozado. Esta era la tercera vez, y París no podía perdonárselo. Francia arrojaba de su suelo a Napoleón por última vez. ¡Una hora se le concedió para deliberar y resolver! ¡Él, que les había dado un imperio; él, que había recibido de ellos un trono, no obtenía ahora más que sesenta minutos para decidir su suerte!

Renunció al trono. Durante algunas semanas se detuvo en París, esperando que sus soldados volvieran a llamarle; luego, por última vez, salió de la capital y se entregó a un buque inglés.

IDA Y SUS FLORES

—¡TODAS mis pobres flores están marchitas!—dijo Ida suspirando.—Ayer tarde estaban frescas y hermosas, y ahora todas sus hojas están lacias. ¿En qué consiste esto?—preguntó a su hermano mayor, que era un estudiante aplicado y juicioso.

El estudiante sabía contar historias muy bonitas y recortar figuras de cartulina y papel muy lindas, corazones con mujercitas que bailaban, flores y grandes castillos a los que se podía abrir la puerta. ¡Oh! ¡Era un chico de provecho!

—¿En qué consiste que mis flores tienen hoy un aspecto tan triste?—preguntó de nuevo la niña, mostrándole un ramillete seco.

—Voy a decirte lo que tienen—dijo el estudiante.—Tus flores han estado esta noche en el baile, y se han fatigado mucho; por eso tienen la cabeza tan inclinada.

—Pero ¿acaso las flores saben bailar? ¡Nunca había oído decir semejante cosa! —dijo la niña.

—Pues saben, no lo dudes—replicó el estudiante.—De noche, cuando todo está en tinieblas y nadie puede verlas, saltan y se regocijan.

—¿Y los niños no pueden asistir a sus bailes?

—Sí—respondió el estudiante;—pero son los niños del jardin, las margaritas y los musgos.

—¿Y dónde celebran sus bailes las flores?—preguntó la niña.

—¿No te acuerdas del paseo en que está el gran castillo que sirve al rey de palacio de verano, y donde hay un magnífico jardín de flores? ¿No te has fijado en los majestuosos cisnes que nadan hacia ti cuando les das miguitas de pan? Pues allí es donde se dan los grandes bailes.

—Pero yo he ido ayer por la tarde con mamá al jardín—replicó la niña,—y no había en él ni hoja en los árboles, ni una sola flor, porque estamos en otoño. ¿Dónde se encuentran ahora las flores?

—Están dentro del castillo, en un hermoso invernadero de cristales que hay en él—contestó el estudiante.—En cuanto el rey y los cortesanos vuelven a la ciudad, las flores salen del jardín, entran en el castillo y pasan una vida muy alegre. ¡Oh; si tú las vieras! Las dos rosas más hermosas y aromáticas se sientan en el trono y hacen los papeles de rey y de reina. Las crestas de gallo de color rojo vivo, se colocan en fila a los lados y se inclinan; hacen el papel de oficiales de la Casa Real. En seguida vienen las demás flores, y celebran un gran baile. Las violetas azules hacen de alumnos del Colegio de Estado Mayor: bailan con los jacintos y los claveles, a quienes llaman señoritas; los

tulipanes y los lirios rojos son señoras mayores encargadas de vigilar para que se baile como es debido y de conservar el orden.

—Dime — preguntó Ida: — ¿no hay nadie que castigue a las flores por atreverse a bailar en el castillo del rey?

—Casi nadie se entera—dijo el estudiante.—Es verdad que algunas veces durante la noche llega el intendente, que debe hacer su ronda, y que es muy viejo y gruñón. Lleva en la mano un gran manojo de llaves, y en cuanto las flores las oyen sonar se están quietas, se ocultan detrás de las largas cortinas y no muestran más que la cabeza. «¡Parece que huele a flores aquí!» dice el intendente; pero no puede verlas.

—¡Eso es magnífico!—dijo Ida dando palmadas de alegría —¿Y no podría yo ver la danza de las flores?

—Creo que sí—dijo el estudiante.— Acuérdate cuando vuelvas a pasear por el jardín del rey. Asómate por la ventana, y puede ser que las veas. Yo he mirado hoy, y he visto un hermoso lirio verde y amarillo tendido en el sofá. Era una dama de la corte.

—¿Pero las flores del Jardín Botánico van también allí? ¿Cómo pueden hacer un viaje tan largo? ¿Tendrían que ir arrastrándose por el suelo, y se les estropearían las hojas?

—¡No lo creas!—contestó su hermano.—Cuando quieren pueden volar. ¿No has visto las hermosas mariposas de alas encarnadas, verdes, amarillas y blancas? ¿No has reparado que se parecen completamente a las flores? Pues porque antes lo han sido. Las flores han dejado su tallo y se han elevado por lo aires. Allí han agitado las hojas como pequeñas alas, y torpemente al principio, tropezando aquí y allí y con más ligereza luego, han empezado a volar, hasta que han podido sostenerse, sin necesidad de quedarse en casa adheridas al tallo. Así es como al fin



Las dos rosas más hermosas y aromáticas se sientan en el trono y hacen los papeles de rey y de reina. En seguida vienen las demás flores y celebran un gran baile.

las hojas se han convertido en alas verdaderas. Esto está sucediendo a cada paso. Por lo demás, es posible que las flores del Jardín Botánico no hayan ido nunca al jardín del rey, y hasta es fácil que no sepan que allí se pasa por la noche tan alegre vida. Por eso quiero decirte una cosa que asombraría mucho a nuestro vecino el profesor de Botánica. Cuando vayas al jardín, anuncia a una flor que hay un gran baile en el castillo; inclinarse las flores y hacerse señales con la cabeza? ¿No has reparado cómo se agitan las hojas verdes? Pues esos movimientos son tan fáciles de entender para ellas como para nosotros las palabras.

—Pero ¿entiende el profesor su lenguaje?—preguntó Ida.

—Sin duda alguna. Un día que estaba en su jardín vió un cardo muy espinoso y punzante que con sus hojas



De pronto la muñeca Sofía se levantó y miró a su alrededor. ¿Hay aquí baile?—dijo—¿Cómo es que nadie me ha avisado?—¿Quieres bailar conmigo?—dijo el hombre del jarrón con galantería.

ésta se lo contará a todas las demás y volarán. ¡Ya verás qué ojos abre el profesor cuando vaya a visitar su jardín y no vea en él ni una sola flor, sin que pueda comprender lo que les ha pasado!

—¿Pero cómo se las arreglará una flor para decírselo a las demás? Las flores no hablan, que yo sepa al menos.

—Tienes razón: no hablan—respondió el estudiante;—pero son muy entendidas en pantomima. ¿No has visto muchas veces, cuando hace un poco de viento, hacía señas a un hermoso clavel rojo, y le decía: « ¡Qué hermoso eres, y cuánto te quiero! » Entonces el profesor se enfadó, y golpeó las hojas que sirven de dedos a la planta. Se pinchó en ellas y desde entonces no se atreve a tocar un cardo, como no sea con un bastón.

—¡Eso tiene mucha gracia!—dijo Ida, y se echó a reir.

—¡No se deben contar esas fantasmagorías a las niñas!—dijo entonces en tono gruñón un señor grueso y de bastante edad que había entrado durante la conversación para hacer una visita,

y que se había sentado en el sofá cerca de los dos hermanos.

No le habían parecido propias de un joven formal las narraciones del estudiante, y no cesó de murmurar mientras le veía recortar sus figuritas de papel muy bien hechas por cierto. Primero recortó el estudiante un hombre colgado de una horca y que sostenía en la mano un corazón robado; después, una bruja que trotaba a caballo sobre una escoba y llevaba a su marido en la nariz. El consejero no podía soportar aquellos juegos, y repetía sin cesar su primera reflexión: « ¿Cómo pueden imbuirse tales mentiras en la cabeza de una niña? ¡Es una fantasía estúpida y sin gracia! »

Pero todo lo que el estudiante contaba a su hermanita tenía para ella un encanto extraordinario y le hacía pensar mucho. Las flores tenían la cabeza inclinada, y ella creía que era porque estaban muy fatigadas de haber bailado toda la noche. Sin duda estaban enfermas. Las puso al lado de otros juguetes que había en una bonita mesa, cuyo cajón estaba lleno de magníficas cosas. Encontró a su muñeca Sofía acostada y durmiendo; pero la niña le dijo: « Tienes que levantarte, Sofía, y dejar el cajón por esta noche. Las pobres flores están enfermas, y necesitan ocupar tu lugar. Eso quizás las cure, y así habrás hecho una obra de caridad ».

Dicho esto levantó la muñeca, que se mostró muy contrariada, aun cuando no dijo una palabra: no era muy caritativa, y estaba disgustada por no poder dormir aquella noche en su cama.

Ida colocó las flores en la cama de Sofía, las tapó con la pequeña colcha, y les dijo que se estuvieran quietas. Después les llevó un poco de te para que pudieran alegrase y levantarse buenas a la mañana siguiente. Por último, corrió las cortinas alrededor de la pequeña cama, a fin de que el sol no molestase a las flores.

Durante toda la noche no dejó de pensar en lo que le había contado su hermano mayor, y en el momento de ir a acostarse se dirigió primero hacia las cortinas de las ventanas donde estaban las hermosas flores que cuidaba su madre, jacintos y tulipanes, y les dijo por lo bajo: « ¡Ya sé que iréis al baile esta noche! »

Las flores hicieron como si no comprendieran nada, y ni aun movieron una hoja, lo cual no impidió que Ida se convenciese de que la habían entendido.

Cuando estuvo acostada, pensó mucho tiempo en lo agradable que debía de ser ver bailar a las flores en el castillo del rey. « ¿Habrán ido allá mis flores? »—se preguntaba; al fin se durmió. Despertó a media noche: había soñado con las flores, con lo que le contó su hermano y con el señor anciano que le había reprendido. Todo era silencio en la habitación donde Ida reposaba. Una lamparilla ardía con débil luz sobre la mesa, y el padre y la madre dormían profundamente.

—Quisiera saber si mis flores están todavía en el cajoncito de la muñeca—se dijo la niña.

En seguida se incorporó en la cama y miró hacia la puerta entreabierta. Escuchó, y le pareció oir tocar el piano en el salón; pero tan suave y delicadamente, que nunca había oído música semejante. Si las teclas hubieran sido movidas por alas de mariposa, no habrían sonado con más discreción y dulzura.

—¡Quién sabe si son las flores que bailan! ¡Ah, Dios mío; yo quisiera verlas!—pensó Ida.

Pero no se atrevió a levantarse del todo, por miedo de hacer ruido y despertar a su padre y a su madre, que tenían el sueño ligero.

—¡Qué buenas serían las flores si quisieran entrar aquí!—pensó.

Pero las flores no fueron, y la música seguía sonando suavemente. Al fin no pudo contenerse la niña; era demasiado angelical y seductora aquella música. Dejó su cama, y fué de puntillas hasta la puerta para mirar al salón. ¡Qué espectaculo tan soberbio el que apareció a su vista!

No había allí ninguna luz encendida; pero se disfrutaba, sin embargo, de bastante claridad. Los rayos de la luna

penetraban por la ventana y caían sobre el piso, y aquel tibio resplandor era de un efecto prodigioso. Todos los jacintos y tulipanes estaban de pie en dos largas filas; ni uno solo permanecía en la ventana; los tiestos habían quedado vacíos. En el suelo bailaban alegremente todas las flores, unas en medio de otras, haciendo toda clase de figuras y cogiéndose por sus largas hojas verdes para hacer la cadena. Al piano estaba sentado un hermosísimo lirio amarillo que la niña había conocido en el verano último, y del cual se acordaba muy bien, porque su hermano el estudiante le había dicho: « Mira cómo se parece ese lirio a tu amiguita Isabel ». Todos se habían reído del estudiante al oir aquello, y, sin embargo, Ida creyó entonces reconocer que la hermosa flor amarilla se parecía de una manera extraña a su amiga.

Adoptaba enteramente los mismos ademanes al tocar el piano; inclinaba su rostro amarillo unas veces a un lado y otras a otro, llevando dulcemente el compás con su dorada cabeza. Nadie había advertido que estaba allí Ida. Después vió una arrogante dalia de carmín, que saltó en medio de la mesa donde estaban sus juguetes, y que fué a abrir lentamente las cortinas del lecho de la muñeca. Allí era donde estaban acostadas las flores enfermas, que se levantaron en seguida, y dijeron a las demás con un signo de cabeza que también ellas tenían deseos de bailar. Una figurita de anciano que adornaba el jarrón se incorporó, e hizo un saludo a las hermosas flores. Estas, reanimadas por la alegría, volvieron a tomar su aspecto y se mezclaron con las demás, mostrándose sumamente contentas. De pronto cayó una cosa de la mesa. Ida miró: era la vara del anciano del jarrón que se había desprendido; parecía como que también quería tomar su parte en la fiesta de las flores. En ella había sentada una muñequita de cera que llevaba un sombrero grande y de forma elegantísima. La vara saltó en medio de las flores sobre los tres ramos rojos, y se puso a llevar con fuerza el compás bailando una mazurka; sólo ella era capaz de hacerlo, porque las demás flores eran demasiado delicadas, y aunque hubieran querido, no habrían podido hacer el mismo ruido con sus pies. De pronto el anciano del jarrón, a quien se le había caído la vara, se alargó y agrandó, se volvió hacia las flores, y gritó muy alto: « ¿Cómo es posible que haya quien quiera meter tales cosas en la cabeza de un niño? ¡Es una fantasía estúpida! »

En aquellos momentos el viejecito se parecía extraordinariamente al señor gruñón de la tarde anterior; tenía el mismo tinte amarillo y el mismo aire malhumorado. Pero sus largas piernas frágiles pagaron su atrevimiento. Las flores las golpearon fuertemente, y entonces el viejecillo se encogió y volvió a quedar hecho un muñequito. ¡Cómo se divertía Ida viendo aquellas cosas!

La cosa, en efecto, era para reirse. La vara continuó bailando y el viejecillo se vió obligado a bailar con ella, a pesar de su resistencia, aunque algunas veces se agrandaba y otras volvía a tomar las proporciones de un muñequito pequeño. Aquello parecía cosa de magia. Al fin las otras flores intercedieron por él, sobre todo las que habían salido del lecho de la muñeca; la vara cedió a sus instancias, y el viejecillo se sentó con aire de contrariedad.

En seguida se oyó llamar violentamente en el cajón donde estaban encerrados los demás juguetes. El hombrecillo del jarrón corrió hacia aquel lado de la mesa, se extendió sobre el vientre y se negó a abrir el cajón.

De pronto la muñeca Sofía se levantó y miró a su alrededor.

—¡Vaya una ocurrencia! ¿Hay aquí baile?—dijo.—¿Cómo es que nadie me ha avisado?

—¿Quieres bailar conmigo?—dijo el hombre del jarrón con mucha galantería.

—¡Vaya un bailarín ridículo!—dijo ella volviéndole la espalda.

Después se sentó sobre el cajón, y esperó a que alguna de las flores fuese

a invitarla. Pero ninguna se presentó; y por más que tosió y se movió en su asiento, nadie se acercó a ella. El hombrecillo se puso a bailar solo, y se desquitó muy bien de los desdenes de la muñeca.

Como ninguna de las flores parecía fijar la atención en Sofía ésta se fingió enferma y haciendo mucho ruido se dejó caer desde el cajón al suelo. Todas las flores acudieron preguntándole si se había hecho mal y mostrándose muy amables con ella, sobre todo las que se habían acostado en su cama. No se había hecho ningún daño, y las flores de Ida le dieron las gracias por haberles prestado su cama; la condujeron al centro de la sala, donde brillaba la luna, y se pusieron a bailar con ella. Las demás flores hicieron círculo para verla. Sofía, contentísima, les dijo que podían en lo sucesivo conservar su cama, porque le era igual acostarse en cualquiera otra parte.

Las flores le respondieron:

—Te lo agradecemos cordialmente; pero nuestra vida es muy corta, y toca ya a su fin. Mañana habremos muerto, y hemos querido aprovechar esta última noche bailando alegremente. Di, sin embargo, a Ida que nos entierre en el jardín, en el mismo sitio donde está enterrado el canario. Al verano inmediato resucitaremos, y estaremos más bonitas que ahora.

—¡No, yo no quiero que muráis!—respondió la muñeca besando a las flores.

En aquel mismo momento se abrió la puerta del gran salón, y una inmensa multitud de flores magníficas entró bailando. Ida no podía comprender de donde venían. Eran, sin duda, todas las flores del jardín del rey. A la cabeza marchaban dos rosas deslumbradoras de hermosura y de fragante aroma, que llebavan pequeñas coronas de oro: eran el rey y la reina. Detrás iban encantadores alelíes y preciosos claveles, dalias, azucenas, y nardos, que saludaban hacia todas partes. Iban acompañados de una orquesta: grandes adormideras y peonías soplaban con tal fuerza en vainas de guisantes, que tenían el rostro enrojecido; los jacintos azules y las campanillas sonaban como si tuvieran verdaderos cascabeles. Era aquello una orquesta admirable y deliciosa; las demás flores se unieron a la nueva banda, y se vió bailar a violetas y amarantos con claveles y margaritas. Se abrazaron unas a otras. Aquello era un espectáculo delicioso, como no puede apenas imaginarse.

Después se despidieron las flores deseándose una buena noche, e Ida volvió a meterse en su cama, donde soñó con todo lo que había visto. Al día siguiente, en cuanto se levantó, corrió a la mesita para ver si las flores seguían donde las había dejado. Abrió las cortinillas de la camita: allí estaban todas, todavía más secas y marchitas que la víspera. La muñeca estaba acostada en el cajón donde la había colocado, y aparentaba tener sueño.

—¿Sofía, nada tienes que decirme?—le preguntó Ida.

Pero Sofía estaba muy rendida, y no contestó una palabra.

—¡Tú no eres buena, ni tienes franqueza conmigo!—dijo Ida—Yo se bien que han bailado contigo.

Dicho esto, cogió una cajita de papel con pajaritos pintados y puso en ella las flores muertas.

—Este será vuestro magnífico ataúd—les dijo;—y luego, cuando vengan a verme mis primitos, me ayudarán a enterraros en el jardín, para que resucitéis el verano que viene y seáis todavía más hermosas.

Los primitos de Ida eran dos alegres niños que se llamaban Rafael y Carlitos. Su padre les había comprado dos escopetitas con fulminantes, y las llevaron para enseñárselas a Ida.

La niña les contó la historia de las pobres flores que habían muerto, y les invitó para que asistieran al entierro. Los dos niños marcharon delante con sus escopetitas al hombro y su sable al costado.

La niña los siguió con las flores muertas colocadas en su precioso ataúd. Cavaron cuidadosamente una pequeña

fosa en el jardín, e Ida, después de haber dado un último beso a sus flores, depositó el ataúd en la tierra a poca profundidad. En seguida los niños descargaron varias veces sus escopetas sobre la tumba, y así acabó aquella ceremonia.

La verdad es que Ida había estado durmiendo toda la noche, y que aquello del baile de las flores no fué más que un sueño; pero la niña lo creyó tan firmemente como si hubiera sido realidad.

FÁBULAS DE ESOPO

EL LEÓN Y LA CABRA

Observando un león hambriento que una cabra pacía en lo alto de un risco, al que no le era posible subir, se fué acercando poco a poco, y al fin le dirigió cariñosas frases invitándola a que bajase para encontrar en la pradera frescas y aromáticas hierbas.

—¡Deja esas peñas tan estériles, le



decía, y bájate a los verdes prados en donde yo habito, amiga mía!

—Tienes razón, contestó la cabra: lo haré con mucho gusto, pero será cuando tú te halles bien lejos de estos contornos.

No debemos creer a todos los que nos aconsejen, pues muchos nos sugerirán lo que les convenga a ellos y no a nosotros.

LA CORNEJA SEDIENTA

Quería beber una corneja sedienta



en un cántaro que encontró cerca de un pozo, pero con tan poca agua que apenas alcanzaba a ella con el pico. No obstante, discurrió un medio, y consistió en ir echando piedrecitas dentro del cántaro, llevándolas con el pico, y así el agua subió más arriba y pudo beber sin dificultad alguna.

Más pueden el arte y el ingenio que la fuerza.

LAS DOS RANAS

Era un día sofocante de un verano tan caluroso que los campos estaban amarillentos, y en charcos y pantanos sólo se veían yerbajos y escasas aguas corrompidas.

Dos ranas, secas las fauces y rugosa la piel, caminaban juntas en busca de agua. Llegaron a la orilla de un pozo



muy profundo, y sentándose a sus bordes, pusiéronse a discutir si habían de saltar o no, dentro de él. Alegaba, como razón, una de las ranas, que siendo el agua tan abundante, en el fondo del pozo, podrían vivir tranquilas. Mas la otra, después de reflexionar seriamente, le objetó.

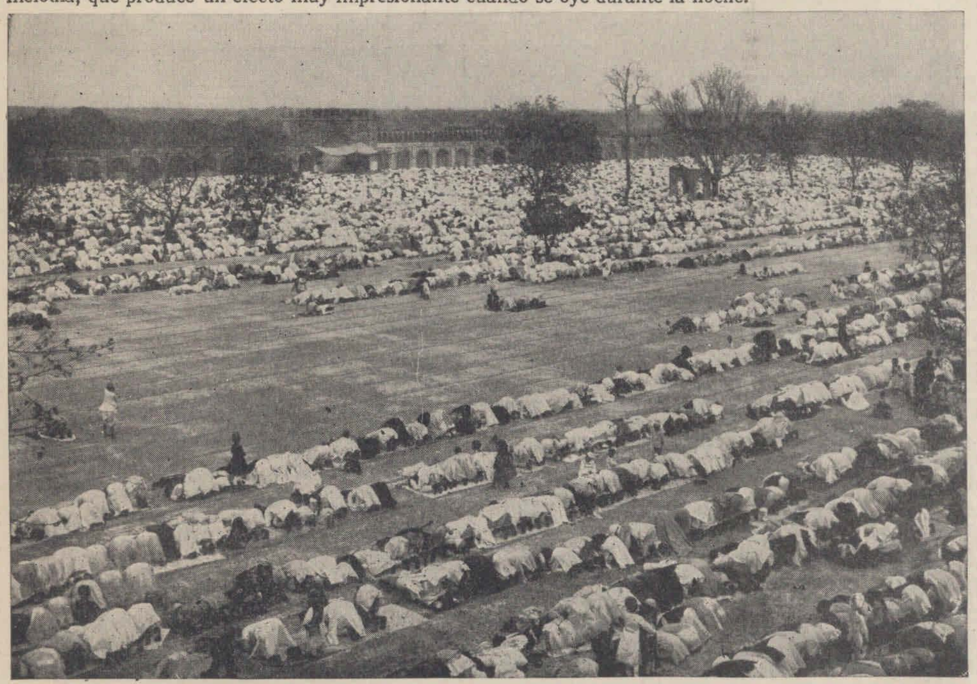
—Todo eso está muy bien: yo no tengo ningún inconveniente en saltar, pero, si el agua se seca, ¿cómo saldremos del pozo?

Nunca debemos obrar precipitadamente y sin reflexión.



DIEZ MIL MAHOMETANOS AGUARDANDO LA SEÑAL DE ORAR

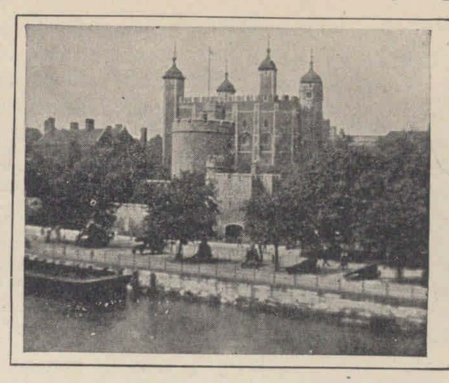
Los mahometanos están obligados por su religión a rezar tres veces al día, y en todo lugar donde se halla una mezquita el muecín llama al pueblo a la oración desde lo alto del alminar. Ese llamamiento es una sencilla melodía, que produce un efecto muy impresionante cuando se oye durante la noche.



DIEZ MIL MAHOMETANOS ORANDO INCLINADOS HACIA EL SUELO

No es exagerado decir que los mahometanos devotos ejecutan sus oraciones, ya que su rezo consiste principalmente en ejercicios de los brazos y en diversas posiciones del cuerpo. Parte del tiempo están de pie, parte arrodillados o prosternados en el suelo; el rostro del que ora debe estar vuelto siempre en dirección a la Meca.







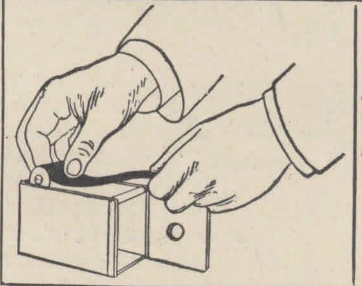
EXPLICACIÓN Y MANEJO DE LA CÁMARA FOTOGRÁFICA "BROWNIE"

LA fotografía es uno de los entretenimientos más útiles, pues nos permite conservar un recuerdo gráfico de los lugares que visitamos o de los hechos que pasan a nuestro alrededor.

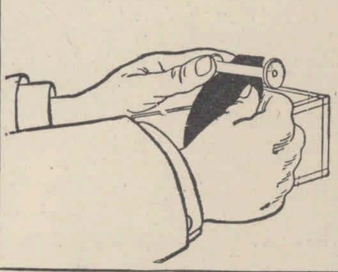
Para aprender a hacer fotografías por vía de pasatiempo, debemos comenzar por adquirir una cámara «Brownie» (Duende) de la casa Kodak, que es una de las más baratas y sencillas que se conocen, y dan imágenes perfectas, aunque pequeñas, las cuales pueden ampliarse, si así se desea.

1. Manera de abrir la cámara.

Además de la cámara, necesitamos los accesorios que han de servirnos para revelar las películas y para imprimir las imágenes. Puede adquirirse todo el material necesario, consistente en una linterna plegable, tres cubetas, una copa graduada, una prensa, una varilla de cristal para remover los líquidos, dos paquetes de polvos para revelar, cien gramos de hiposulfito de sosa, una docena de papeles sensibles y un poco de bromuro de potasio y de alumbre. También debe adquirirse un enfocador pequeñito. La principal ventaja de estas cámaras es que pueden cargarse a la luz del día, lo que evita la molestia de tener que ir a la cámara obscura cada vez que sea preciso cambiar el rollo de películas. Para cargarla se la coloca sobre una mesa lo más lejos posible de puertas y ventanas, a fin de que reciba la menor cantidad posible de luz, pues aunque puede cargarse, como queda dicho, a la luz del día, lo más prudente es alejarnos de ella para efectuar esta operación. Se abre la cámara haciendo girar el pestillo de nikel, como se ve en la figura 1. Con esto queda libre la llave giratoria, que debe ser retirada de la cámara. Después, cogiendo ésta de suerte que quede hacia arriba la cara de los pestillos, y el extremo que contiene la ventanilla roja hacia atrás; se hace resbalar el pestillo niquelado hacia la derecha, y se levanta su borde exterior, y de esta suerte se abre la puertecilla posterior. Introduciendo el dedo en el orificio circular del pestillo interior, se le levanta hasta que quede en posición horizontal y, tirando suavemente, se saca la parte de la cámara destinada a



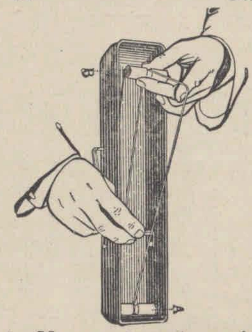
2. Manera de colocar la película dentro de la cámara.



3. Manera de fijar la extremidad del papel negro.

contener el rollo de películas. Entonces se observa que hay una chumacera de latón en cada ángulo delantero que sostiene un carrete para película. A la derecha se ve un carrete vacío, en el cual ha de ser arrollada la película. En la parte posterior del soporte del rollo hay una orejeta articulada con un agujero en su centro, y es preciso tener buen cuidado de que esta orejeta caiga por detrás de la película cuando se carga la cámara. Colocando el soporte a su lado, se toma un cartucho y se rompe la tira de papel que sujeta la extremidad del papel negro. Se desenrolla una extensión de éste de unos 7 ú 8 centímetros, y se pone el cartucho en la chumacera de la parte derecha del soporte, como se ve en la figura 2. Se pasa después el papel negro a través de la abertura cuadrada que hay en la parte posterior del soporte, y enfrente de la orejeta de cartón. Tomando el carrete vacío, se pasa la extremidad del papel negro a través de la ranura, como se ve en la figura 3, procurando que el papel quede bien enrollado. Debemos hacerlo girar una o dos veces y colocar después la orejeta en la ranura. Si se quire, se puede colocar la llave y darle una vuelta hacia la izquierda, haciendo que el papel negro se conserve tirante, apretando suavemente sobre los carretes con los dedos. No debemos olvidar una o dos advertencias importantes. La parte superior del carrete lleno debe coincidir con la parte superior del soporte. Se conoce cuál es la parte superior del carrete porque está marcada en su extremo, y la parte superior del soporte contiene la abertura a través de la cual se introduce la llave en el carrete. Si no se tiene esta precaución, se echará a perder toda la película, puesto que presentará al exterior su parte no sensibilizada cada vez que pretendamos tomar una fotografía. Otra cosa que debemos recordar es que si desenrollamos una porción demasiado considerable de papel negro antes de que la cámara esté perfectamente cerrada, quedará expuesta a la luz y se echará a perder.

4. La cámara ya cargada.



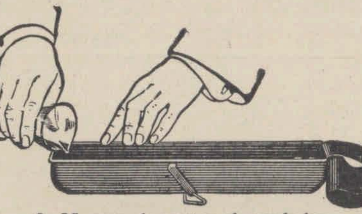
5. Manera de colocar la cuerda alrededor de los rollos de la caja de revelar.

Ahora se procede a cerrar la cámara, ejecutando en orden inverso todas las operaciones que se practicaron para abrirla. Cuando se vuelve a poner en su sitio el soporte debe cuidarse de que el extremo acanalado del carrete giratorio caiga frente al ojo de la llave de la caja exterior. Resta sólo introducir la llave y colocarla en su debida posición, lo cual se logra dando vuelta a los pestillos hacia la izquierda y a la llave después en este mismo sentido, como se ve en la figura 4, hasta que aparezca el número 1 en la ventanilla roja que hay en el frente posterior de la cámara, la cual queda así preparada para tomar cualquier fotografía.



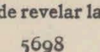
6. Manera de sostener la cuerda.

7. Manera de desenrollar el papel negro.



8. Manera de verter el revelador.

La película es sensible a los rayos de luz blanca, los cuales no pueden llegar hasta ella más que a través de la lente que hay en la parte anterior de la cámara, colocada detrás de un obturador de muelle que permanece cerrado mientras no se le abre de intento. Para esto basta oprimir una palanca que existe en la cara superior de la cámara, que acciona el muelle del obturador, y hace que éste se abra durante una fracción de segundo, tiempo que basta



9. Manera de revelar la película.

para que la imagen del objeto que tratamos de retratar, impresione la película. Las fotografías tomadas de esta suerte se denominan instantáneas. La cámara no ve, como nosotros, los colores, sino sólo espacios blancos y negros, o sea, masas de luz y sombra. La luz, al iluminar los objetos y proyectar las sombras de los mismos, es la que verdaderamente hace las fotografías. Sólo debemos tratar de sacar instantáneas en días despejados y de sol, teniendo siempre buen cuidado de que los rayos de éste no hieran directamente el objetivo, si queremos obtener buenas fotografías. La mejor situación con respecto al sol es recibir su luz por la derecha o la izquierda. Para tomar una fotografía, se empieza buscando una escena a propósito por medio del enfocador, y se coge la cámara con todos los dedos por debajo y los pulgares por la parte superior, de tal suerte que el pulgar derecho toque la palanca que acciona el obturador. Debe sostenérsela bien horizontalmente evitando el menor movimiento y procurando que la palanca del lado izquierdo sea empujada hacia dentro hasta que no pueda entrar más, pues de lo contrario la fotografía no saldrá bien. Tan pronto como suena la palanca, queda tomada la fotografía, y se debe girar la llave hacia la izquierda, hasta que aparezca el número 2 en la ventanilla roja. Si olvidamos el dar vuelta a la llave, echaremos a perder la primera fotografía, pues impresionaremos sobre ella la segunda. Para hacer un retrato, debe hacerse la fotografía con exposición; y al efecto se saca la palanca del costado izquierdo de la cámara y se coloca ésta sobre una mesa. Teniendo presente que la cámara sólo vé la luz y las sombras, la persona que se trata de retratar debe ser colocada mirando parcialmente hacia la luz. Si la colocásemos de suerte que los rayos del sol la diesen de plano, no podríamos obtener una buena fotografía, porque la luz sería demasiado fuerte y no habría verdaderas sombras. En un salón bien iluminado, donde haya dos ventanas, debe prolongarse la exposición por espacio de dos o tres segundos, en un día de sol; si el cielo está nublado, ese tiempo debe ser de treinta segundos; y en habitaciones muy oscuras, con paredes tapizadas con papel de tonos bajos, la exposición ha de durar dos minutos y medio en días muy nublados. Con un poco de práctica se aprenderá en breve el tiempo de exposición que requieren las diferentes luces.

La operación de revelar las películas requiere mucho cuidado, pues es muy fácil estropearlas del todo. Debe hacerse en una habitación oscura, en la que no penetre ni la más insignificante claridad solar, alumbrándonos con una débil luz de color rubí, pues los rayos rojos no ejercen, en general, ninguna acción sobre las películas. Debemos tener en la habitación oscura una palangana de loza, bien honda, un cubo para verter las aguas sucias y el revelador ya usado, y un gran depósito de agua fría, pues si fuese caliente fundiría la capa gelatinosa sensibilizada de las películas.

Debe reinar en la cámara oscura una perfecta limpieza, cerciorándonos antes de empezar la operación de que todas las cubetas están limpias, y teniendo buen cuidado de no derramar agua. Si penetra en una cubeta algún grano de arena o piedrecilla, es probable que arañe la gelatina de las películas, lo cual se traduce después en rayas que afean la fotografía.

Para preparar el revelador se disuelve el contenido de un paquete de polvos para revelar en 120 gramos de agua, y se vierte este líquido en la cubeta correspondiente. Después se disuelven 30 gramos de hiposulfito de sosa en 250 de agua, y se vierte en la cubeta correspondiente este líquido que constituye el baño fijador. La tercera cubeta se llena de agua fría y bien limpia.

Se desenrolla la película y cogiendo la tira de papel negro, con cuidado de no tocar aquélla, se pasa por la cubeta de agua clara varias veces, como se ve en la figura 9. Cuando toda la película está ya bien mojada se la sumerje en una palangana de agua fría, cuidando de que no se arañe ni doble.

Pasado cierto tiempo, se procede a pasar la película por el revelador, de una manera análoga, teniendo la precaución de moverla sin cesar, pues de lo contrario se mancharía, estropeándose. Al cabo de un minuto, aproximadamente, empieza a revelarse la imagen, tardando en aparecer por completo de cinco a diez minutos. Después se repite la misma operación en el baño fijador; y, cuando la película pierde su aspecto lechoso, y se hace del todo transparente, la retiramos de él ya fijada.

Después, hay que lavarla con gran escrupulosidad en agua corriente por espacio de una hora, y se la deja secar, por fin. Una vez logrado éste último, se la divide en sus secciones naturales y se sacan las pruebas positivas. Después de ser revelada, la película se compone de una serie de negativas, así llamadas, porque todas las parte negras del objeto fotografiado resultan en ellas blancas, y al contrario. De las negativas se sacan las positivas, que son las fotografías ordinarias que todos conocemos.

Esto puede hacerse de varias maneras, bien a la luz del sol, bien a la sombra o con luz artificial. La negativa debe ser colocada en la prensa con su cara mate adosada a la sensible del papel.

Si empleamos papel autovirador sólo tendremos que sumergirlo, al sacarlo de la prensa, en un baño fijador ordinario, y la fotografía se vira y fija al mismo tiempo. Pero si empleamos papel sensibilizado ordinario es preciso virarla primero y fijar en seguida la imagen, después de lo cual se lava perfectamente y se seca. Cualquiera que sea la clase de papel que empleemos, es preciso seguir con escrupulosidad las instrucciones que lo acompañen para obtener fotografías perfectas. Hecho esto, resta sólo pegar el papel en su cartón.

Si se prefiere, se puede también cortar la película en el número de trozos conveniente y revelar separadamente cada uno de estos; pero habremos de cuidar de efectuar bien los cortes a fin de no dividir las diversas vistas. Se puede revelar a la luz del día empleando una caja especial para revelar, marca «Brownie» también, que hace innecesario el cuarto oscuro. Gracias a una disposición especial, tan sencilla como ingeniosa, se puede colocar la película en la caja de tal modo que cuando se vierte debidamente en ella el revelador, como se ve en la figura 8, y se cierra bien la caja, se puede desenrollar fácilmente la película con sólo hacer girar un pequeño manubrio. La figura 5 nos muestra cómo debe fijarse la cuerda en la caja para revelar; en la figura 6 vemos la cuerda ligada al rollo de película; en tanto que la figura 7 nos muestra la manera de separar el papel negro de la película, pasando la extremidad de aquél por debajo del carrete, en el punto de la izquierda marcado con la letra A.

MANERA DE HACER UNA COLECCIÓN DE MINERALES

HEMOS leído ya bastante en este libro acerca de la corteza de la tierra que habitamos; y podremos procurarnos un recreo, a la vez agradable e instructivo, haciendo una colección de fósiles y rocas. Por mudas que nos parezcan, cada piedra tiene una historia que referirnos y una lección que enseñarnos.

LO QUE DEBE CONTENER LA COLECCIÓN

Al hacer una colección de piedras y rocas, debemos cuidar de que se hallen representadas en ella todas las capas de la corteza terrestre. Debe haber ejemplares de rocas formadas por la acción del fuego, rocas constituídas por sustancias depositadas por las aguas, trozos de las partes de la corteza terrestre que se componen de capas de sustancias vegetales, como las capas superpuestas de carbón mineral, etc., y reunir, además, la mayor cantidad posible de fósiles, o sea, de seres que vivieron en edades muy remotas, los cuales han llegado hasta nosotros por haberse petrificado. Después, dondequiera que intentemos guardar nuestra colección de piedras, procuraremos siempre que se hallen colocadas en el debido orden, esto es, según la época en que fueron formadas, o, lo que es igual casi siempre, la profundidad a que han sido encontradas.

LUGAR DONDE PUEDEN OBTENERSE LOS DIVERSOS EJEMPLARES

No es difícil obtener ejemplares de ciertas rocas. Hállanse muchos de ellas en las orillas del mar, y admira la variedad de piedras que se pueden reunir de este modo en el transcurso de unos cuantos años, tales como piedras graníticas, calizas, areniscas, mármol serpentino, cuarzo, coral, madrépora, etc.

Cuando menos pensamos en ello, tropezamos con un ejemplar que no poseemos, en medio de un camino o de una calle. Hace algunos años, un joven que estudiaba geología vió en una carretera empedrada, sobre la cual recientemente habían echado

material, que aun no había sido apisonado por el rodillo de vapor, un trozo de una roca en extremo interesante, llamada micacita. Al detenerse para cogerlo, encontró a su lado otra roca llamada gneis y luego un fósil, medio incrustado en una piedra. Estos encuentros excitaron su curiosidad, y cogió otras varias piedras, hasta llenarse por completo los bolsillos.

Al enseñar a sus compañeros de estudios la hermosa colección geológica que había logrado reunir de un modo tan inesperado como extraño, treinta o cuarenta muchachos dedicáronse a recorrer el camino cogiendo piedras y llenándose los bolsillos de ellas, operación que siguió repitiéndose en los días sucesivos, hasta que las autoridades encargaron a la policía la tarea de vigilar la carretera; siendo ésta, probablemente, la primera vez que los encargados de hacer cumplir las leyes hayan tenido que ordenar la vigilancia de una vía pública para evitar su desaparición. Lejos de nuestro ánimo el recomendar al lector que tome el material destinado a empedrar los caminos, para obtener minerales, pero buscando con alguna atención, pueden encontrarse ejemplares preciosos para nuestra colección, donde menos lo pensemos.

HERRAMIENTAS NECESARIAS PARA OBTENER MINERALES

Es cosa natural, los ejemplares más instructivos y que más interés han de ofrecer cuando transcurran los años, son los que arrancamos con nuestras propias manos de sus lechos de roca en las canteras actualmente en explotación. Las herramientas que para esto necesitamos nada tienen de costosas: un martillo de acero y un cincel fuerte y de buena calidad. El martillo debe ser de cabeza ancha y pesada con pico en forma de cuña. Un martillo de esta clase puede adquirirse fácilmente y es indispensable al geólogo.

Al dar con un ejemplar que no poseemos, debemos cortar un trozo de tamaño y forma convenientes y envolverlo en un papel, en el que se cuidará de anotar el lugar donde lo hemos adquirido.

Estos ejemplares podemos obtenerlos en varios sitios, tales como en las excavaciones que se practican para el paso de vías férreas y caminos, y para construir los cimientos de los edificios; en las minas, canteras, etc., siendo de advertir que los obreros ocupados en estos trabajos suelen ser, por lo general, muy amables y ayudan en sus investigaciones a los aficionados. Si vivimos cerca de algunas de esas obras, nos será fácil lograr que algún obrero nos guarde algunos ejemplares raros o fósiles, y ellos mismos nos señalarán los lugares del país en que haya mayores probabilidades de encontrar ejemplares de estos últimos.

MANERA DE GUARDAR LOS EJEMPLARES

Al llegar a casa después de estas expediciones, debemos clasificar los nuevos ejemplares obtenidos, poner a cada uno su rótulo, escrito con letra bien clara, en el que se haga constar el lugar donde fué hallado, el nombre de la roca, y, si nos es conocido, el nombre geológico de su formación, o la capa de rocas de donde proviene, y pegar cada rótulo al trozo a que corresponde.

Para guardar nuestras rocas y fósiles, si no tenemos en casa algún lugar a propósito, podemos servirnos de cajones muy planos, de madera, o hacer unas bandejas planas con compartimientos para los diversos ejemplares, los cuales, en general, no deben tener un tamaño superior al de una nuez grande.

Es posible coleccionar numerosos ejemplares de minerales y rocas hasta en las mismas praderas de nuestro propio país, estudiando los guijarros y cantos depositados en ellas por los hielos del Período Glacial, acerca del cual es preciso leer algo, lo que se hace con gusto desde el momento en que se despierta en nosotros el interés por esta clase de asuntos.

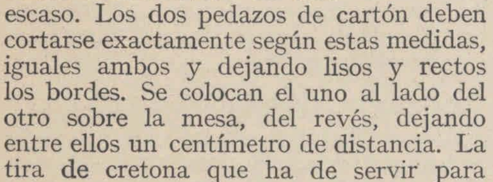
MANERA DE HACER UNA LINDA CARPETA

CIERTAMENTE es un objeto de grande utilidad una sólida y elegante carpeta, en la que poder guardar los papeles de notas, pliegos de escribir y sobres, y cuya cubierta pueda quitarse con facilidad cuando haya que lavarla, para volver después a colocarla. La que describimos aquí es de fácil ejecución y poco coste.

Se necesitan dos pedazos de cartón muy sólido para formar las dos mitades de la cubierta; una tira de cretona para unirlas; tela cruda o de color con la que cubriremos el cartón, un bonito cordón

para coser alrededor de la cubierta y una madeja de seda lavable que nos servirá para bordar las iniciales o un lindo dibujo en la misma cubierta.

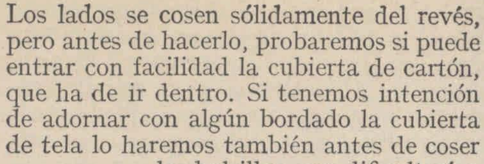
Suele emplearse para este objeto una tela muy resistente, algo parecida al cañamazo y que, por tanto, se borda con mucha facilidad, de unos 90 centímetros de ancho. Podemos hacer la carpeta del tamaño que queramos. Si la preferís bastante grande, esto es, de 30 centímetros de largo por 22 centímetros de ancho, necesitaremos medio metro de tela escaso. Los dos pedazos de cartón deben cortarse exactamente según estas medidas, iguales ambos y dejando lisos y rectos los bordes. Se colocan el uno al lado del otro sobre la mesa, del revés, dejando entre ellos un centímetro de distancia. La tira de cretona que ha de servir para unirlos será más larga que ellos, y tendrá 3 centímetros de ancho; se pega a los bordes interiores de los cartones con goma fuerte o bien cola. No pueden colocarse demasiado juntos los pedazos de cartón, porque esto impediría abrir y cerrar la carpeta fácilmente. Se doblan los extremos de la cretona pegándolos primorosamente, según nos muestra el primer grabado.



1. La armazón de la cubierta.

Mientras van secándose los cartones, podemos preparar la tela que ha de servirnos para la cubierta.

Si sus dimensiones lo permiten, la cortaremos en forma de larga faja, dejándole toda su anchura, esto es, 90 centímetros, de los cuales emplearemos 45 centímetros, para forrar la cubierta por delante y del revés, y los 45 centímetros restantes los dividiremos en dos pedazos para formar los dos bolsillos interiores. En el grabado número 1 vemos claramente cómo se hacen estos bolsillos. Un ancho dobladillo impedirá a la tela romperse.



2. Dibujo para la cubierta.

Los lados se cosen sólidamente del revés, pero antes de hacerlo, probaremos si puede entrar con facilidad la cubierta de cartón, que ha de ir dentro. Si tenemos intención de adornar con algún bordado la cubierta de tela lo haremos también antes de coser los bolsillos, que dificultarían nuestro trabajo.

El grabado número 2 nos muestra el dibujo que podemos ejecutar en la cubierta, bordándolo con seda flor, color de rosa.

Colocados ya los bolsillos coseremos el cordón alrededor del borde de la cubierta, escogiéndolo de un lindo matiz rosa, si de tal color es el bordado, o celeste, si hemos preferido este tono. Antes de colocar el cartón dentro de la cubierta cortaremos tres grandes hojas de papel de notas, plegándolas según el tamaño de la carpeta, y las sujetaremos con algunas largas puntadas en la tira de cretona, como se hace con los cuadernos de ejercicios que usáis en la escuela.

Ya podemos colocar ahora las dos hojas de cartón dentro de sus respectivos bolsillos, con lo que tendremos lista nuestra carpeta. Si la hacemos para regalársela a alguna amiga, quedará más bonita con un dibujo algo más complicado, y será muy elegante con la cubierta de terciopelo o de brocado rosa y oro, por ejemplo, o verde y plata, aunque estas telas resultan bastante caras.

Con lo que nos sobre, podemos hacer otra cubierta chiquita para la guía de ferrocarriles, por ejemplo, la de teléfonos o cualquier otro libro, mientras tengamos tela suficiente. La cubierta de papel o la encuadernación se introduce en los bolsillos de la cubierta de tela, pasando un lindo cordoncillo por entre las hojas y el dorso del libro para sujetarlo. Un poste telefónico o unas banderolas de las que

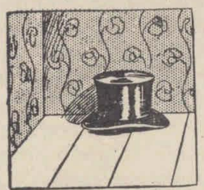
sirven para hacer las señales en las vías férreas, serían dibujos adecuados para la cubierta, o bien el título « Guía de Teléfonos », o « Guía de Ferrocarriles » bordado en el dorso o en sentido diagonal sobre la cubierta, como hemos hecho en la carpeta, escogiendo para ello seda de un matiz que resaltara en el fondo.

Nosotras mismas podemos trazar las letras, y si no nos vemos capaces de ello, pedir a otra persona que nos las dibuje. Resultan muy bonitas las letras de imprenta, y para este trabajo podemos calcar de algún libro las que necesitemos. Si estamos familiarizados con el uso de los tipos de imprenta, podríamos valernos de ellos, o también emplear el estarcido. Al ejecutar el bordado seguiremos cuidadosamente los contornos trazados con el lápiz.

PASATIEMPOS

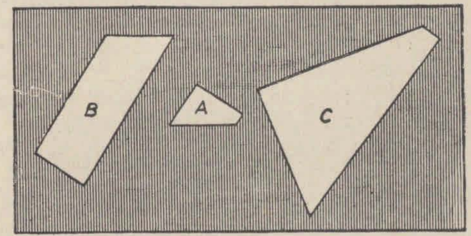
¿QUÉ ALTURA TIENE EL SOMBRERO?

POR un efecto de óptica parece muchas veces un objeto mayor o menor de lo que es. Un bonito experimento nos lo demostrará. Se trata de señalar en la pared, a partir del suelo, la altura de un sombrero de copa que se tenga a la vista. Parece muy fácil, pero es bastante difícil; pues con aplicar el sombrero de copa a la pared donde se ha hecho la señal, veríamos cuán grande es nuestro error.



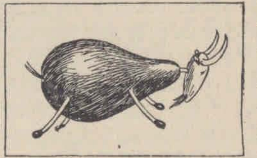
FORMAR UN CUADRADO

Se cortan diez trozos de cartulina (dos del tamaño y forma A, cuatro de B y cuatro de C) y se los coloca formando un cuadrado. Parece bastante difícil, pero con perseverancia lo conseguiremos.



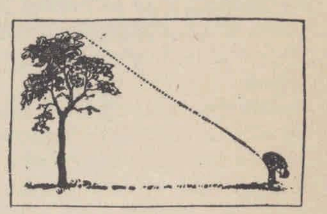
HACER UNA CABRA DE UNA PERA

El grabado nos muestra la pera ya transformada, con ayuda de fósforos que se colocan tal como se ve en el grabado; una almendra forma la cabeza y en ésta ponemos dos ramitas de pasa para figurar los cuernos, cuatro o cinco para la barba, dos pequeñitos como orejas; la cabeza se une al cuerpo por medio de un fósforo. Se hacen también dos agujeros para los ojos. Con alguna práctica podremos imitar otros animales.



CÓMO SE MIDE UN ÁRBOL

Algunos naturales de la América del Sur, miden la altura de árboles, torres, etc., en la forma siguiente. Puestos de espaldas al árbol se alejan de él, mirando entre sus dos piernas hasta distinguir la copa del árbol. Allí se detienen y este punto da aproximadamente la altura.



MANERA APROPIADA DE REPARAR LAS COSAS

HAY muchas cosas de uso constante que se rompen y renunciamos en seguida a su uso, siendo así que, en muchos casos, es sumamente fácil repararlas. Damos a continuación algunas indicaciones que serán de utilidad al lector y le enseñarán la manera de reparar los juguetes y libros, y otros muchos objetos, dejándolos como nuevos.

JUGUETES ROTOS

Por mucho cuidado que se tenga con ellos, los juguetes están expuestos siempre a sufrir diversos accidentes; pero es una lástima que se desechen, cuando es fácil repararlos. Para ello se requiere cola, cinta, cuerda, pintura, clavos y papel principalmente.

Los soldados de plomo estrujados pueden enderezarse por medio de unas pinzas, y después se les pinta nuevamente; los vagones de lata de un tren torcidos, pueden ser enderezados con auxilio de un martillo; las aspas rotas de un molino de viento, las ruedas desprendidas de los carros, las patas

de los muebles de las casas de muñecas y todos los juguetes de madera rotos, pueden ser pegados con cola; y si somos habilidosos, podremos hasta soldar los de metal.

DESGARRADURAS DEL PAPEL DEA MÚSICA

Los papeles de música suelen rasgarse por los bordes y, si no se acude a tiempo, fácilmente se rompen en dos partes. Una buena manera de evitarlo, y de reforzar al mismo tiempo los bordes de las hojas, es cortar una tira de papel muy fino, de longitud y anchura convenientes y pegarla al canto del borde sobre la desgarradura. Si ésta alcanza a la parte impresa, tómese un trozo de papel de seda, mójese en clara de huevo y colóquese sobre la parte rota, y de este modo podremos, a través de él, leer la música. Un carrete de papel engomado transparente surtirá los mismos efectos. Un trozo de cinta estrecha pegada por la parte posterior del papel, le dará mayor consistencia.

LIBROS DETERIORADOS

Las pastas de los libros que han sido maltratados, o imperfectamente encuadernados, se rompen con frecuencia, desprendiéndose generalmente una de ellas, primero que la otra. La parte rota puede ser reparada engomándola al lomo, reforzándola con tela y pegando la mitad desprendida de la tapa a la primera hoja; pero si la encuadernación es muy recia, será conveniente emplear cola en vez de goma.

Las hojas desprendidas pueden fijarse en sus respectivos lugares por medio de tiras de papel adherente, dobladas a lo largo de las inmediatas de ambos lados.

UNA AZADA ROTA

Cuando se rompe en dos trozos el mango de madera de una azada, se toma un trozo fino, ya sea de madera también, ya de barba de ballena o de acero, y, uniendo los dos extremos rotos del mango, se amarra a lo largo de ellos, cual si fuese una tablilla quirúrgica, con un trozo de cuerda, dándole numerosas vueltas, perfectamente apretadas. Colocando dos tablillas quedará mucho más fuerte, pero no tan bonito. Si el mango se rompe por la pala no hay manera de reparar la azada; pero si la pala es de hierro, podemos quemar el trozo de madera que queda dentro del ojo de aquélla, hacerle punta al mango, introducirlo en el ojo y afirmarlo con clavos o tornillos.

PANDEROS Y TAMBORES ROTOS

Si los pergaminos que llevan estos juguetes se agujerean y rasgan, quítese toda la parte rota, tómese un trozo de papel apergaminado, recórtesele en la forma conveniente, empápesele en clara de huevo y péguesele sobre el marco de la raqueta o tambor.

UN PNEUMÁTICO DE UNA BICICLETA, PICADO

Debemos separar parcialmente el protector y sacar el pneumático. Después de inyectar en él algún aire con la bomba, trataremos de ver dónde se encuentra el pinchazo, valiéndonos del oído. Si no podemos así descubrirlo, probaremos de hacerlo por medio del tacto, y si ni aún así lo logramos, tendremos que introducir el pneumático en un cubo de agua, y las burbujas que forma el aire al escaparse nos darán a conocer el sitio en que está el agujero o pinchazo.

Rascaremos inmediatamente el tubo con papel de esmeril alrededor del orificio, y untaremos con solución de caucho la parte rascada y el parche de gutapercha que ha de cubrirla; y cuando esté la solución casi seca, colocaremos el parche encima y lo oprimiremos fuertemente por su alrededor con los dedos. Se frota todo después con jaboncillo de sastre y se coloca luego el pneumático en su sitio.

ROTURA DE OBJETOS DE CRISTAL O PORCELANA

Los pequeños objetos que adornan nuestras mesas y vitrinas a veces se caen y se rompen; y, a menos que la rotura sea demasiado importante, no perderemos el tiempo en componerlos, lo que en realidad es bien fácil.

Pueden ser pegados con cola poco espesa, la cual se aplica a los bordes de la rotura con un pincel de pelo de camello, haciendo coincidir los trozos inmediatamente y manteniéndolos fuertemente unidos por espacio de un minuto o dos. Las gotas que chorrean de las uniones deben secarse sin dilación con un trapo, pues la cola clara se seca muy pronto y después de seca es muy difícil hacerla desaparecer.



EL AMIGO DE LOS ESCLAVOS

SABIDO es que, durante mucho tiempo, aun después de la reacción que se produjo contra el comercio de esclavos, continuó éste ocasionando graves males en el continente africano.

Las primeras gestiones serias para abolir este comercio en el África Central, debiéronse a un intrépido viajero inglés, Sir Samuel Baker, quien, acompañado de su esposa, penetró en el lugar en donde más arraigada estaba la esclavitud y luchó contra ella a brazo partido. Este caballero había recibido del jedive de Egipto el mando de una expedición destinada a la supresión del comercio de esclavos, para la cual disponía de una fuerza de 1645 soldados; pero los oficiales egipcios, que en el Sudán ganaban muy buenas sumas de dinero con este tráfico inmoral, suscitaron tales obstáculos a la obra de Sir Samuel Baker, que cualquiera hombre menos animoso y decidido que él hubiera renunciado con desesperación a su empresa.

Todo parecía conjurarse contra el esforzado caudillo. Por el río, a la sazón escaso de caudal, no pudieron viajar los vapores que estaban a su disposición, de manera que, en vez de salir de Kartum con bajeles y animales de carga, hubo de hacerlo sin estos elementos. A pesar de todo, sin dar oídos más que a su valor, se aventuró a lo que parecía imposible, apoyado heroicamente en todo por su esforzada esposa, la primera mujer blanca que puso el pie en aquellas regiones. En cierta ocasión vieron llegar tres barcos, pertenecientes al gobernador de Fashoda. Sir Samuel se entrevistó con este dignatario y le preguntó si llevaba esclavos a bordo. El gobernador, mostrándose muy ofendido, contestó que se ocupaba únicamente en recaudar contribuciones; mas examinados los barcos, se hallaron a bordo unos setenta esclavos, además de ochenta y cuatro que estaban ocultos en la orilla. Pues bien, este oficial había asegurado a Sir Samuel que, con su propia industria, tenía suprimido el comercio de esclavos en su distrito y que no se atrevía a entrar en él un solo traficante de negros.

Sir Samuel y Lady Baker declararon libres en el mismo instante a todos los esclavos, con inmensa alegría de estos desgraciados y amargo resentimiento del gobernador.

Otra vez, viendo pasar un bajel por medio del río, mandó detenerlo. Interrogado el capitán, declaró con fingida indignación que no llevaba a bordo esclavos, sino solamente grano. Introducida en el trigo una baqueta de rifle, oyóse un grito apagado debajo del grano y fué sacada una negra. En vista de este resultado se removió el trigo; nada menos que 150 esclavos había allí ocultos, todos los cuales recobraron al punto la libertad.

No tardó mucho Sir Samuel en descu-

brir que no sólo eran los oficiales egipcios los principales traficantes de esclavos, sino que también el mismo gobierno, de quien había recibido el encargo de suprimir este comercio, había conferido igualmente a un negrero el derecho exclusivo de adquirir esclavos en una área de 145.000 kilómetros cuadrados.

No fueron suficientes para quebrantar su energía la traición de los oficiales de su propio ejército y el motín promovido entre las tropas; más todavía; cuando oyó que unos y otras estaban decididos a desistir de la expedición y regresar a Kartum, dejando así a los esclavos a su propia suerte, escribió en su diario: « Nadie retrocederá, a menos que sea por orden mía ». Y con todo, este hombre tan fuerte e inquebrantable, no pudo contener las lágrimas a la vista de un niño esclavo de once años que, cubierto de heridas, buscó refugio en el bote de Sir Samuel.

La fuerza de 1645 hombres quedó reducida a solos 504, pero el valiente caudillo no se desanimó. « No desespero —dijo.—Estoy resuelto a que la reducción de mis tropas no paralice la actividad de esta expedición; a pesar de los pesares, he de conseguir el fin principal de mi empresa, es decir, la supresión de la esclavitud ». Continuando al Sur, llegó con su esposa y un reducido ejército a Masindi, cerca de Victoria Nyanza. El rey le trató como buen amigo, pero Sir Samuel creyó oportuno tomar toda clase de precauciones.

Las continuadas pruebas de amistad, que el rey le prodigaba, fueron causa de que el viajero inglés perdiera poco a poco algo de su primitiva prevención, y en estas circunstancias, hallándose paseando una tarde de un lado a otro en compañía de su esposa, desde los matorrales próximos les hicieron una descarga cerrada. Afortunadamente, escaparon ambos, pero el cuartel en que se hallaban sus tropas fué cercado de millares de indígenas armados, a quienes fué muy difícil rechazar.

Desde entonces la obra de Sir Samuel ha producido opimos frutos, por cuanto el comercio de negros quedó suprimido en todos los lugares que visitó. El libro en que trató de su expedición termina con las siguientes palabras: « No puedo menos de reconocer la acertada asistencia que he recibido en unión de todas las personas relacionadas con la expedición al interior, de mi esposa, que cuidaba de los enfermos cuando nos hallábamos sin asistencia médica, y cuya amable ayuda confortó a muchos, cuya energía a no ser por ella, hubiera flaqueado ».

Livingstone, refiriéndose a Baker, dice así en una carta: « Actualmente, Sir Samuel está ocupado en una empresa mucho más noble que el descubrimiento de los orígenes del Nilo; si llega a suprimir el comercio de esclavos, habrá hecho al género humano un servicio sin comparación, mayor que todos los míos juntos ».

UNA MUJER QUE SALVÓ A SU FAMILIA

UNA señora, que con sus dos hijos de corta edad pasaba las vacaciones en Suiza, deseosa un día de llegar a un valle a la otra parte de las montañas, mandó disponer un coche que condujera a la familia.

Ahora bien, la mayor parte de las gargantas de estas montañas tienen uno o varios lugares peligrosos, en los cuales un cochero experto necesita de toda su habilidad para impedir que el carruaje se precipite desde la estrecha carretera. En el caso de que estamos hablando, tiraban del coche tres caballos, uno delante, y los otros dos detrás.

Todo salió a pedir de boca hasta que el coche llegó a un agreste paraje de la carretera en uno de cuyos lados se acumulan las rocas sobre ella, mientras en el otro se abre un precipicio que da al valle y mide algunos centenares de pies de profundidad. Precisamente en el momento crítico, el caballo delantero, sintiéndose lastimado, no sé con qué cosa, se volvió hacia el precipicio, fijó

en el borde sus patas delanteras e irguió la cabeza y atiesó el cuerpo, como disponiéndose a dar el terrible salto.

Un grito de los niños hubiera sido suficiente para que el pobre animal, espantado, hubiera dado con todos ellos en el fondo del valle. El cochero, perdida en absoluto la serenidad, quedó mirando despavorido al animal, cual si estuviera paralizado.

La madre, sentada en lo interior del coche, conoció al punto que un momento de dilación acarrearía necesariamente la muerte a todos los que iban en el carruaje. Súbitamente, con la valentía que sólo sabe inspirar el amor maternal, saltó del vehículo; rápida como el rayo, corrió a la cabeza del animal delantero, le tomó de la rienda con la derecha, mientras con la izquierda se tapaba los ojos lo mejor que podía, y, acariciando con suaves palabras al caballo, procuró volverle a la carretera. Mucho le costó conseguirlo; mas al cabo obedeció el animal, salvándose así todos de la muerte que tan de cerca les había amenazado.

HERMOSO RASGO DE GENEROSIDAD

DURANTE la guerra de la independencia, que los norteamericanos sostuvieron contra Inglaterra, hallábase un día una columna del ejército inglés cerca de otra de tropas americanas, cuando el coronel que mandaba la primera, observó que un oficial enemigo, a caballo, practicaba, incauto, un reconocimiento, llegando hasta ponerse a tiro de los contrarios, sin advertir que éstos le estaban observando.

Por el derecho cruel de guerra, el coronel hubiera muy bien podido hacer fuego sobre aquel oficial. Un soldado le ofreció un arma, que él tomó, y con el dedo ya en el gatillo, se contuvo, movido de un sentimiento de caridad, ante la idea de quitar la vida a un semejante de una manera que podía considerarse como un verdadero asesinato; y bajando el fusil dejó que el oficial enemigo se alejase.

El coronel inglés, en cuyo pecho latía uno de los corazones más nobles y valientes del ejército, tuvo en sus manos por un momento la vida del magnánimo y célebre Wáshington, pues no otro era el oficial americano, y bendijo después aquel arranque de generosidad que le libró de matar al que, por sus virtudes, fué más tarde la admiración de sus mismos enemigos.

HEROICA MAGNANIMIDAD DE UN PATRIOTA

NICOLÁS Bravo, uno de los caudillos de la independencia mejicana, al saber que su padre había caído en poder de sus enemigos, y teniendo él en su poder trescientos prisioneros, propuso al jefe de las fuerzas contrarias un canje de todos ellos por su padre, proposición que se le dijo no podía ser admitida mientras no fuera acompañada de su rendición, con la promesa de desertar de sus banderas.

Bravo consideró que sus deberes de patriota eran antes que todo, y se negó a aceptar aquella condición. Su padre fué ejecutado, y el noble y caballeroso hijo de Méjico, en vez de ejercer entonces el terrible derecho de represalias, tan común en las guerras, hizo formar a los trescientos prisioneros, que sabedores de lo ocurrido se preparaban a morir; y ahogando en su pecho todo sentimiento de venganza, les dijo: « Las leyes de la guerra y el recuerdo de mi padre sacrificado podrían justificar, en cierto modo, cualquier acto de sangrienta venganza por mi parte; pero no quiero manchar mi conciencia con lo que consideraría un crimen. ¡Sois libres! »

MÚSICA

OTROS DOS JUEGOS DE LAS HADAS

YA habéis probado el que os enseñamos el otro día, del *brazo dormido* ¿no es verdad? A las hadas les gusta mucho este juego, porque da gran flexibilidad a los brazos, cosa necesaria para llegar a tocar bien el piano. No dejemos de entretenernos con él un rato cada día. Porque tanto en el reino de las hadas, como en todas partes, es muy verdadera la sentencia que dice: *la perfección se adquiere sólo con la práctica.*

Las hadas nos enseñarán a servirnos correctamente de nuestros brazos, manos y dedos, pero de un modo natural y sin esfuerzo; casi sin que nos demos cuenta de ello: porque hemos de emplear nuestro pensamiento, nuestros ojos, oídos, y la inteligencia toda en comprender las armonías que las hadas nos reservan y en gozar de ellas. Cuando andamos o corremos, no nos preocupa la manera de colocar los pies en el suelo ¿verdad? Y es porque lo hemos hecho con tanta frecuencia, que el movimiento de las piernas es ya maquinal en nosotros, es decir, lo practicamos casi sin enterarnos de ello. Pues lo mismo ha de llegar a suceder respecto a nuestros brazos, manos y dedos. Debemos ejercitarlos de tal manera que al fin ejecuten los debidos movimientos *sin ningún esfuerzo,* y casi sin que nosotros lo pensemos.

Las hadas han discurrido para nosotros otras dos diversiones. ¿Queréis saberlas? Sentémonos delante de la mesa para la primera, ni más ni menos que si estuviéramos sentados al piano: coloquemos encima la mano extendida, de modo que entre unos 8 centímetros, y con mucha lentitud, como si la mesa estuviera cubierta de peladillas y nosotros fuéramos recogiéndolas, apretemos los dedos contra la palma de la mano y al mismo tiempo levantémosla desde la muñeca, moviendo la articulación, y volviendo a colocarla luego en su primera posición. Para el otro pasatiempo que llaman las hadas el *columpio,* hemos de ir al piano. Con la yema del dedo mayor, o sea el de en medio, toquemos la nota del *Hada Do.* Ligeramente, porque no queremos que la tecla quede hundida. Conservemos el dedo en el centro de la nota y movamos la muñeca hacia arriba y hacia abajo sucesivamente, sólo unos 2 centímetros cada vez, para que el brazo adquiera soltura. Con gran cuidado hemos de evitar que se ponga rígido. Estos pasatiempos son los que nos recomiendan las hadas y quisieran, para nuestro bien, que todos los días dedicáramos a ellos un ratito, primero ejercitando una mano y luego otra, para no cansarnos.

Cierto día, una niña que aprendía el piano, decía a su madre: « Es una tontería tomarse tanto trabajo, mamá: las personas listas lo hacen de prisa ».

Las hadas oyeron la reflexión de la niña y, como respuesta le contaron la siguiente historieta que hoy nos murmuran sus vocecitas.

Había una vez un niño que se llamaba Félix Méndelssohn Bartholdy, y cuya memoria ha llegado hasta nosotros bajo el nombre de Méndelssohn. Las hadas de la música le distinguían especialmente, y él las quería con delirio. Sabía que le reservaban cosas maravillosas y se puso a trabajar con empeño para llegar a poseer estos tesoros.

No le bastaban las veinticuatro horas del día para cuanto quería hacer, y se levantaba con el sol para trabajar hasta muy entrada la noche. Un solo día de descanso tenía después de una semana de dura labor, pero que las dulces melodías de las hadas hacían suave. Este niño dió un gran concierto a los nueve años, y apenas había cumplido los once, cuando su nombre era ya conocido de los amantes de la música, por la que él había compuesto. A esta edad era ya autor de algunas obras musicales admirables. Si alguna vez visitáis la Biblioteca Real de Berlín, veréis allí algunos de sus manuscritos, muy pulcros y ordenados todos, porque Méndel-

ssohn ponía gran cuidado en cuanto hacía. Llegó a ser un grande artista y escribió, entre otras obras inmortales, *Lieder ohne Worte,* que es el nombre alemán de las *Romanzas sin palabras* que algún día conoceréis.

DIBUJO

ALGUNOS SENCILLOS MODELOS DE FLORES

AL combinar con flores u hojas nuestros dibujos, debemos prescindir siempre de algunos pormenores que, en lugar de acrecentar la belleza de la composición, no harían más que complicar inútilmente el dibujo. Cuanto más sencillos sean éstos, así en la forma como en el colorido, tanto más bonitos saldrán, por lo menos a nosotros, que somos principiantes. Hasta que estemos más adelantados no nos empeñemos en hacer nada complicado.



Semillas y hojas de rosas.

Para tener clara idea de la forma de una flor, lo mejor es pintarla primero en tonos neutros, esto es: con un poco de pintura gris, negra o de color pardo; y copiar todos los pormenores de ella del mejor modo que sepamos.

¿Qué vamos a escoger hoy como modelo: hojas o flores? Creo que todos contestáis: una flor. Vamos, pues, a pintar una flor, y aun tres, si queréis. ¿Qué os parecen las rosas, los lirios y esta hermosa flor blanca, que se llama la flor de loto? Con ella adornaban los egipcios, muchos siglos ha, sus templos, sus vasos y hasta sus vestidos. Y la dorada flor de lis, que es una variedad del lirio, resplandecía en el noble escudo de los reyes de Francia. En cuanto a la rosa, dió su nombre a una célebre guerra de que tal vez habréis oido hablar, que tuvo lugar en Inglaterra hace mucho tiempo; la fragante flor es allí muy apreciada como en todas partes.



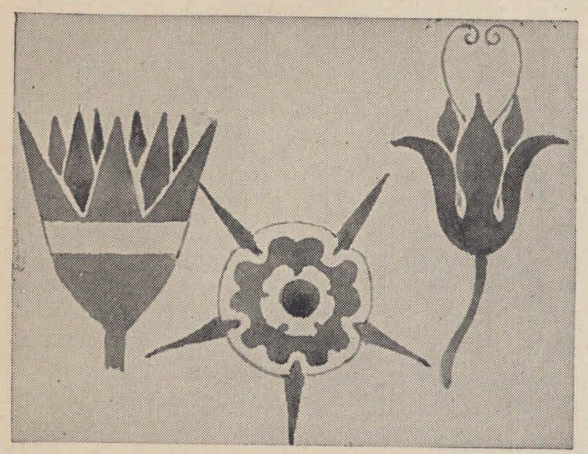
Rosa pintada del natural en tonos neutros.

Pero vamos a escoger las especies más sencillas de estas flores; de otro modo tropezaríamos con dificultades mayores que nuestra habilidad. Las recortadas hojas y delicados estambres de las rosas no son tampoco a propósito para esculpirlos en piedra o tallarlos en la madera, y los niños que a estas ocupaciones se quieran dedicar pueden empezar ahora a procurarse modelos, y es natural que los escojan propios para el caso.

Las niñas también pueden dibujar modelos que les sirvan para bordar. Veamos qué partido puede sacarse de

una rosa para este objeto y el precedente. Supongamos que hemos de tallar la madera para el marco de un cuadro.

El modelo no ha de tener delicados detalles; atendamos a que produzca sólo buen efecto. La combinación de rosas sencillas, de cinco pétalos, con sus verdes hojas, nos facilitarán lo que deseamos; pero no nos limitemos a copiar los dibujos que aquí se encuentran, ni la linda esquina que veréis, sino que con las ideas que ellos nos sugieren, hemos de hallar algo nuevo.

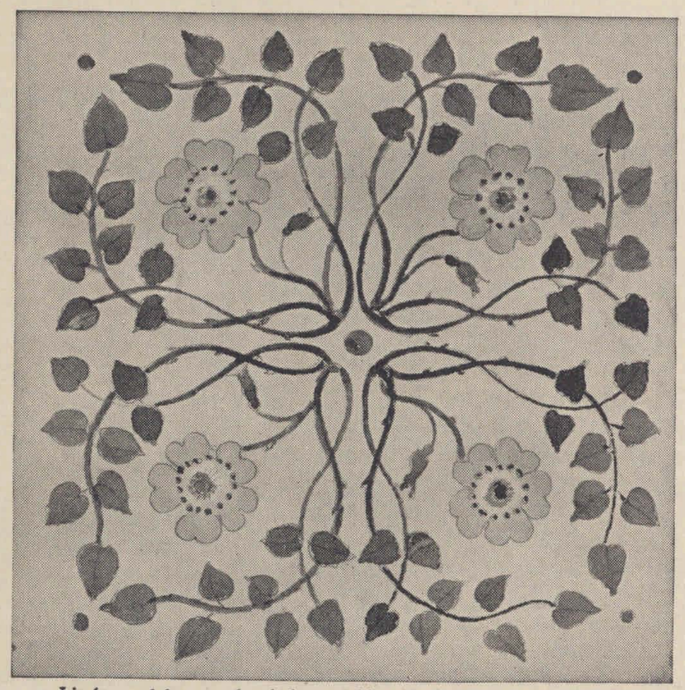


Flor de loto, rosa y flor de lis.

El modelo para bordado ya puede ser un poquito más complicado. Lo trabajaremos en seda o fina batista, y, por tanto, no estará fuera de lugar la delicadeza de los pormenores. Hasta podemos permitirnos copiar los colores de la rosa, pero no todos a la vez, porque nuestra labor saldría muy imperfecta. Hemos de prescindir también de algunos pormenores que tienen las rosas de los jardines y que dificultarían demasiado nuestro trabajo. Aquí encontraréis un precioso modelo para bordado, de rosas rodeadas de sus hojas, pero preferiríamos que vosotras también, niñas, combinarais un dibujo por vosotras mismas.

Cuando tengáis terminada una esquina de vuestro modelo, dibujad las otras con papel de calcar, que emplearéis siempre que queráis repetir un dibujo, teniendo cuidado de colocarlo exactamente al lado de lo que habéis hecho. El papel de calcar puede ser azul, rojo o negro, y ahora vamos a explicaros su uso. Se coloca entre el dibujo terminado ya y el material, y se

Gracioso marco de rosas y hojas, tallado en madera.



Lindo modelo para bordado, combinando las hojas y sus rosas.

siguen otra vez las líneas del dibujo con un lápiz de punta ancha u otro instrumento. El papel azul o negro es mejor para la madera, y el rojo para telas de color. Se vende también cierto tejido blanco para calcar que se amolda a maravilla a materiales de color oscuro y fina supeficie.

Las campanillas azules, tan lindas, son muy a propósito para servirnos de modelo cuando queramos bordar, y el cardo y la hoja de laurel podemos copiarlos, al tallar la madera. En este último caso es muy útil modelar en barro nuestro dibujo antes de empezar a tallar la madera.

Podemos hacer cubiertas para nuestro álbum de dibujo, libro de notas u otros libros, dibujando o pintando telas de diferentes colores. Nos resultarán muy bonitas con uno o dos colores nada más, y señalando fuertemente los contornos. Para que el dibujo sea más claro que el fondo, usad primero pintura blanca, y cuando esté completamente seca, poned encima los otros colores. Muchas veces os hacen falta modelos para vuestros trabajos menudos, ¿no estaríais contentos si pudieseis prepararoslos vosotros mismos?

HISTORIETAS EN FRANCÉS E INGLÉS

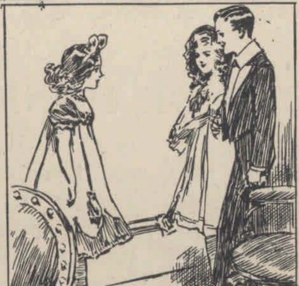
Primera línea: Francés. Segunda línea: Traducción literal de la frase. Tercera línea: Inglés. Cuarta línea: Las mismas palabras en español. Quinta línea: Traducción correcta de la frase.

Hier nos cousins ont donné une fête. Jeannette et moi nous étions invités.
Ayer nuestros primos han dado una fiesta. Juanita y mí nosotros éramos o estábamos invitados.
Yesterday our cousins gave a party. Jenny and I were invited.
Ayer nuestros primos dieron una fiesta. Juanita y yo éramos o estábamos invitados.
Ayer nuestros primos dieron una fiesta. Juanita y yo estábamos invitados.

Jeannette portait une robe de soie et des souliers blancs. Elle était très belle.
Juanita llevaba un traje de seda y de los zapatos blancos. Ella era o estaba muy hermosa.
Jenny wore a silk frock and white shoes. She was very fine.
Juanita usaba un seda traje y blanco zapatos. Ella era o estaba muy hermosa.
Juanita llevaba un traje de seda y zapatitos blancos. Estaba muy hermosa.

Nous sommes arrivés à la maison. Elle était éclairée du haut en bas.
Nosotros somos llegados a la casa. Ella era iluminada del alto en bajo.
We arrived at the house. It was lit from top to bottom.
Nosotros llegamos a la casa. Ello era iluminado arriba desde arriba abajo.
Llegamos a la casa. Estaba iluminada de arriba abajo.







Dans le salon nous avons trouvé quelqu'un que nous avons reconnu.
En el salón nosotros hemos encontrado alguien que nosotros hemos reconocido.
In the drawing-room we found some one whom we knew.
En el salón nosotros encontramos alguien a quien nosotros conocíamos.
En el salón encontramos a un conocido nuestro.

C' était Annette. Je l' ai invitée à danser. Elle a mis sa main dans la mienne.
Eso era Anita. Yo la he invitado a bailar. Ella ha puesto su mano en la mía.
It was Annette. I asked her to dance. She put her hand in mine.
Ello era Anita. Yo pedí a ella a bailar. Ella puso su mano en mía.
Era Anita. La invité a bailar. Ella puso su mano en la mía.

La salle était décorée de fleurs. Ma cousine a donné une rose à Jeannette.
La sala era o estaba decorada de flores. Mi prima ha dado una rosa a Juanita.
The room was decorated with flowers. My cousin gave Jenny a rose.
La sala era o estaba decorada con flores. Mi prima dió Juanita una rosa.
La sala estaba adornada con flores. Mi prima dió una rosa a Juanita.

A neuf heures nos sommes descendus pour le souper. J'avais faim.
A nueve horas nosotros somos bajados para la cena. Yo tenía hambre.
At nine o'clock we went down to supper. I was hungry.
A nueve en reloj nosotros fuimos abajo a cena. Yo era hambriento.
A las nueve bajamos para la cena. Yo tenía apetito.







Les fraises étaient très bonnes mais j'aime mieux les glaces.
Las fresas eran o estaban muy buenas, pero yo amo mejor los helados.
The strawberries were very good, but I like ices best.
Las fresas eran o estaban buenas, pero yo gusto helados lo mejor.
Las fresas estaban muy buenas, pero prefiero los helados.

Nous avons dansé le « Sir Roger de Coverley ». Puis le bal était fini.
Nosotros hemos bailado el « Sir Roger de Coverley ». Luego el baile era o estaba acabado.
We danced "Sir Roger de Coverley." Then the ball was over.
Nosotros bailamos « Sir Roger de Coverley ». Luego el baile era acabado.
Bailamos el « Sir Roger de Coverley ». Luego se acabó el baile.

Nous avons dit « Bon soir », et nous sommes alles en voiture à la maison.
Nosotros hemos dicho « Buenas noches » y nosotros somos idos en coche a la casa.
We said "Good-night" and drove home.
Nosotros dijimos: « Buenas noches » y fuimos en coche casa.
Dimos las « Buenas noches », y volvimos en coche a casa.

UN ACTO DE HONRADEZ

DURANTE la guerra franco-prusiana, un destacamento de franceses había salido a forrajear a un campo donde abundaba la cebada. A su paso encontraron un caserón, y después de presentarse al dueño, que era un pobre labriego ya anciano, expusieron sus deseos, y el buen hombre se dispuso inmediatamente a complacerles.

Colocado a la cabeza del destacamento, como guía, pasó por uno y otro campo, sin detenerse, maravillándose el oficial de que no llegaran nunca a sitio conveniente, a pesar de que habían cruzado ya varias heredades repletas de cebada. Por fin paróse el anciano, y señaló una de ellas, diciendo: « Aquí es. Pueden ustedes proveerse de cuanto forraje necesiten ». « ¿Y cómo así?—le preguntó el oficial. « ¿Por qué no nos hemos detenido en esas otras que estaban más cerca? » « Porque—respondió modestamente el labriego—esos sembrados no son míos ».

El honrado anciano, no obstante la libertad relativa que tenía para no mermar su hacienda, aprovechándose de la de los demás, consintió en sacrificarse antes que faltar a la honradez.

